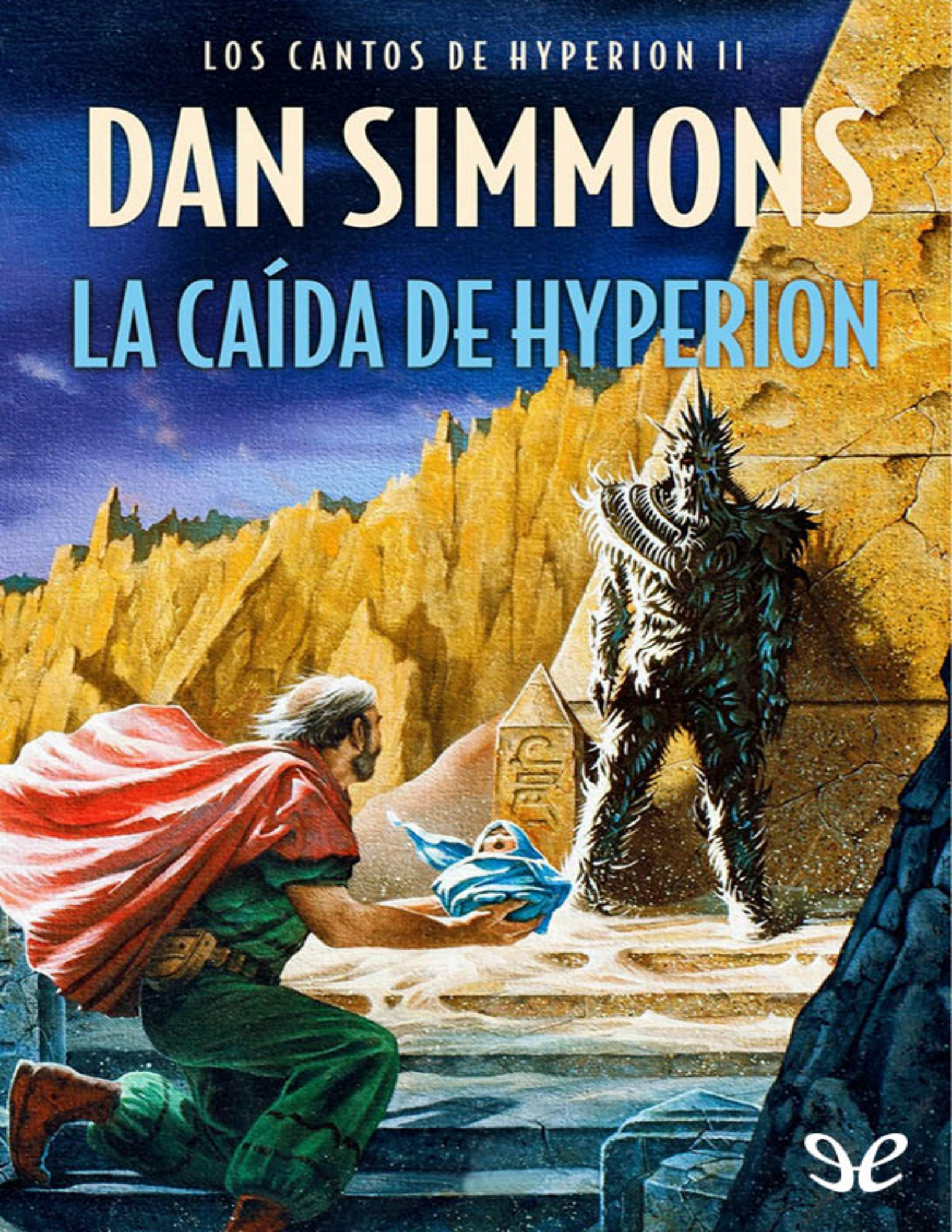
LOS CANTOS DE HYPERION II

DAN SIMMONS

LA CAÍDA DE HYPERION



La aventura épica de HYPERION alcanzó su clímax cuando los peregrinos se reúnen ante las Tumbas de Tiempo y éstas se abren para liberar al Alcaudón. Los humanos de la Hegemonía y de los enjambres éxter, las inteligencias Artificiales de Tecnonúcleo, los peregrinos del Alcaudón y el cíbrido que reproduce la personalidad de John Keats, se verán irremisiblemente envueltos en la compleja trama del tiempo, del poder, de la guerra, de la inteligencia, de la religión y del amor.

Dan Simmons

La caída de Hyperion

Los cantos de Hyperion - 2

ePub r2.2
Titivillus 21.06.2021

Título original: *The Fall of Hyperion*
Dan Simmons, 1989
Traducción: Carlos Gardini

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: Karpanta, renlibre, Yorik, gurney, castroponce, Watcher, Menos_y_Nada, el nota, alibre, antoniov y aigor
ePub base r2.1

PRESENTACIÓN

Poco hay que añadir a la presentación de HYPERION, *la primera entrega de esta narración ya clásica e imprescindible, uno de los mayores logros de la moderna ciencia ficción. En esta segunda parte de la novela, la aventura épica de* HYPERION *alcanza su clímax cuando los peregrinos se reúnen ante las Tumbas de Tiempo y éstas se abren para liberar al Alcaudón*.

Es posible leer LA CAÍDA DE HYPERION *sin haber leído* HYPERION, *su primera parte, pero no se lo recomiendo a nadie, aunque me consta que es factible ya que así lo hizo Pedro Jorge Romero, uno de los buenos conocedores y especialistas en ciencia ficción de nuestro país*.

También es posible leer LA CAÍDA DE HYPERION *casi un año después de* HYPERION, *como tuvieron que hacer los lectores norteamericanos, y yo mismo, pero tampoco se lo recomiendo a nadie: resulta en realidad una nueva forma de tortura, algo tan poco recomendable como un* coitus interruptus…

De hecho, HYPERION *y* LA CAÍDA DE HYPERION *son dos partes de una única novela que, por su extensión, se editó en Estados Unidos en dos volúmenes. Para pesar de los lectores en inglés, las dos mitades se publicaron, además, con casi un año de separación: desde junio de 1989 a marzo de 1990. Por si ello fuera poco, a la primera edición en inglés de* LA CAÍDA DE HYPERION *le faltaba la página 305, lo que motivó no poca agitación. La editorial tuvo que distribuir montones de «hojas 305» adicionales y los libreros hacerlas llegar a sus lectores. Un buen follón*.

Espero que todo ello pueda resultar tan sólo anecdótico para el lector español y que nuestra edición resulte completa, correcta y, además, accesible para poder disfrutar de LA CAÍDA DE HYPERION *inmediatamente después de finalizar la lectura de* HYPERION, que viene a representar, de hecho, un largo prólogo de la presente novela.

Como ya indiqué en su presentación, HYPERION *mostraba una gran riqueza a la vez estilística y temática en todos y cada uno de los relatos de los peregrinos del Alcaudón, narrados, a modo de homenaje, con estilos diversos y, tal vez, complementarios. Pero es en* LA CAÍDA DE HYPERION *donde se alza la voz propia de Simmons como autor de ciencia ficción con su personal estilo*.

Con gran maestría, Simmons logra en este libro una brillante conclusión al articular todos los temas presentados en la primera mitad e impregnar el aparente caos temático que de ella se podría derivar con un significado definitivo.

El conjunto debe entenderse, por lo tanto, como una única novela, y como tal la juzga Tom Whitmore en LOCUS:

> La saga de Hyperion puede leerse como aventura, como ciberpunk, como una alegoría o como novela del estructuralismo literario en clave de ciencia ficción; en cualquier caso, debe ser leída por todo aquel que tenga un mínimo interés por la ciencia ficción… y muchos otros la encontrarán también imprescindible.

En la presentación de HYPERION *decía que estoy convencido de que esta saga* (Hyperion Cantos *es el nombre que ha dado al conjunto un editor norteamericano) es una de esas obras excepcionales que surgen sólo muy de vez en cuando en la ciencia ficción. Una de esas novelas que colaboran eficazmente a aumentar el prestigio y el reconocimiento de un género*.

Por todo ello, HYPERION *obtuvo los premios Hugo (el más popular y prestigioso de los que se conceden en la ciencia ficción) y el*

premio Locus. Su continuación, LA CAÍDA DE HYPERION, *ha obtenido también el premio Locus y ha sido finalista tanto del Hugo como del Nébula. No obstante, resulta curioso y sorprendente el hecho de que* HYPERION *obtuviese el premio Hugo* y LA CAÍDA DE HYPERION *haya quedado tan sólo finalista de dicho premio pese a que muchos críticos la consideran incluso superior a la primera mitad*.

Aunque los datos de que dispongo cuando escribo esta presentación (primera semana de septiembre) son sólo provisionales, parece ser que el Hugo de novela de 1991 lo ha obtenido Lois McMaster Bujold con THE VOR GAME, *una nueva aventura en la serie protagonizada por Miles Vorkosigan, a quien nuestros lectores pudieron conocer en* EL APRENDIZ DE GUERRERO *(1986, NOVA ciencia ficción, número 33), y reencontrarán en* FRONTERAS DEL INFINITO *(1989, NOVA ciencia ficción, número 45), que obtuvo tanto el Hugo como el Nébula en la categoría de novela corta*.

No es éste el momento de comentar el gran éxito popular, la amenidad y el evidente interés de la obra de Bujold, sino de decir que es muy posible que, siendo en realidad LA CAÍDA DE HYPERION *la «segunda mitad» de una novela ya premiada* (HYPERION), *ello puede haberle restado votos para alzarse con un Hugo que, en especial este año, se presentaba muy disputado por la gran calidad de todas las obras finalistas*: THE VOR GAME *de Lois McMaster Bujold*, LA CAÍDA DE HYPERION *de Dan Simmons*, QUEEN OF ANGELS *de Greg Bear*, EARTH *de David Brin* y THE QUIET POOLS *de Michael P. Kube-McDowell*.

Para los lectores que siguen esta colección y son buenos aficionados a la ciencia ficción, me apresuraré a decir que cuatro de estas novelas se editarán en castellano en las colecciones de Ediciones B. En concreto las de Bujold, Simmons y Bear se publicarán en esta misma colección y ya tendré oportunidad de comentarlas.

Pero EARTH *(Tierra) de David Brin (por cierto con una cuidada y brillante traducción de Rafael Marín Trechera) aparecerá en la*

colección Éxito Internacional*, donde también se publicarán las otras obras de Dan Simmons (por cierto, Carrión Comfort se llamará en España* LOS VAMPIROS DE LA MENTE*). Hay varias razones para editar* EARTH *en otra colección, las más importantes de las cuales son el posible carácter de best-seller de esta última obra de Brin y, también, el exagerado precio de los derechos de edición que ha solicitado el nuevo agente español de David Brin, que aleja prácticamente a este autor de las colecciones especializadas y de géneros todavía minoritarios como la ciencia ficción. Aprovecho pues esta oportunidad para recomendar a los lectores de esta colección que no se olviden de* EARTH*, de David Brin, claramente una de las mejores obras de ciencia ficción de 1990, pese a que en España no se publique en una colección especializada en el género*.

No quisiera que se repitiese algo parecido a lo que ocurrió con LAS TORRES DEL OLVIDO *(1987, Ediciones B, Colección Tiempos Modernos, número 7) del australiano George Turner, una obra comparable a* UN MUNDO FELIZ *de Huxley y a* 1984 *de Orwell, y que muchos buenos lectores de ciencia ficción todavía desconocen por haber aparecido en una colección no especializada*.

Y, para volver a LA CAÍDA DE HYPERION, *finalizaré esta presentación como ya hice al comentar su primera parte: en mis ratos de mayor optimismo, se me ocurre pensar que esta obra de Dan Simmons pueda aportar a la ciencia ficción algo parecido al reconocimiento que supuso para el género una obra como las* Crónicas marcianas*, de Ray Bradbury. Hay en la saga de* HYPERION *suficiente calidad literaria y capacidad de sugerencia para lograrlo y dispone también de una gran riqueza temática claramente extraída de lo mejor del gran acervo de la ciencia ficción*.

¿Qué más se puede pedir?

MIQUEL BARCELÓ

A John Keats
cuyo nombre estaba escrito en la eternidad

¿Puede Dios jugar un juego trascendente con su propia criatura? ¿Puede cualquier creador, por limitado que sea, jugar un juego trascendente con su propia criatura?

NORBERT WIENER
Dios y Gólem, S.A.

¿No habrá seres superiores que se diviertan con las gráciles aunque instintivas actitudes en que pueda incurrir mi mente, tal como a mí me divierten la picardía del armiño o la angustia del venado? Aunque una pelea callejera es algo detestable, las energías que en ella se exhiben son loables. Para un ser superior, nuestros razonamientos pueden cobrar el mismo tono: aunque erróneos, pueden ser loables. La poesía consiste precisamente en esto.

JOHN KEATS
en una carta a su hermano

La Imaginación se puede comparar con el sueño de Adán: cuando él despertó se había vuelto realidad.

JOHN KEATS
en una carta a un amigo

PRIMERA PARTE

1

El día en que la armada fue a la guerra, el último día de la vida tal como la conocíamos, me invitaron a una fiesta. Esa noche había fiestas por doquier en más de ciento cincuenta mundos de la Red, pero ésta era la única que importaba.

Comuniqué mi aceptación a través de la esfera de datos, me cercioré de que mi mejor americana de etiqueta estuviera limpia, me tomé tiempo para bañarme y afeitarme, me vestí con sumo cuidado y usé la placa de invitación para teleyectarme de Esperance a Centro Tau Ceti a la hora convenida.

Era de noche en ese hemisferio de TC^2, y una luz intensa bañaba las colinas y valles del Parque de los Ciervos, las grises torres del complejo de Administración, los sauces llorones y los radiantes helechos que bordeaban las orillas del río Tetis, y los blancos peristilos del palacio del gobernador. Llegaban miles de invitados, pero el personal de seguridad saludaba a cada uno, cotejaba los códigos de invitación con los patrones ADN y nos indicaba el camino hacia la barra y la mesa con un grácil ademán.

—¿Joseph Severn? —confirmó cortésmente el guía.

—Sí —mentí. Ese era mi nombre, pero no mi identidad.

—La FEM Gladstone desea verle más tarde. Se le notificará cuando ella esté libre para la cita.

—Muy bien.

—Si le apetece algún refrigerio o entretenimiento que no esté a la vista, sólo tiene que expresar sus deseos y los monitores de tierra procurarán satisfacerle.

Asentí, sonreí y seguí de largo. En cuanto avancé unos pasos, el guía se volvió hacia los siguientes huéspedes que se apeaban de la plataforma del términex.

Desde la altura de una loma observé a miles de huéspedes que paseaban por cientos de hectáreas de césped, muchos de ellos

vagando entre bosques ornamentales. Después de la extensión de hierba donde yo me hallaba —una ancha franja a la sombra de la arbolada que bordeaba el río— se extendían los jardines formales, y más allá se erguía la imponente mole del palacio del gobernador. Una banda tocaba en el distante patio, y altavoces ocultos trasladaban el sonido hasta los confines del Parque de los Ciervos. Una hilera constante de vehículos electromagnéticos descendía de un portal teleyector. Observé un rato a los pasajeros con atuendo brillante que desembarcaban en la plataforma cercana al términex peatonal. Me fascinaba la variedad de aeronaves; la luz del anochecer centelleaba no sólo en la carrocería de los Vikkens, Altz y Sumatsos estándar, sino en las cubiertas rococó de las barcas de levitación y el casco metálico de antiguos deslizadores que habían sido exóticos incluso cuando aún existía Vieja Tierra.

Descendí por el suave declive hacia el río Tetis, hasta más allá del muelle donde una increíble variedad de naves fluviales descargaba pasajeros. El Tetis era el único río que recorría la Red entera y atravesaba portales teleyectores permanentes para recorrer tramos de más de doscientos mundos y lunas. Las gentes que vivían en sus riberas se contaban entre las más ricas de la Hegemonía. Los vehículos del río lo demostraban: grandes cruceros almenados, barcas con toldos, barcazas de cinco niveles, muchas de ellas dotadas con equipo de levitación; complejas viviendas flotantes, obviamente previstas de sus propios teleyectores; pequeñas islas móviles importadas de los océanos de Alianza-Maui; lanchas deportivas y sumergibles pre-Hégira, una selección de VEM náuticos tallados a mano en Vector Renacimiento y algunos yates contemporáneos del tipo anda-dondequiera, sus perfiles ocultos por la superficie ovoide, lustrosa y lisa de los campos de contención.

Los huéspedes que descendían de aquellas naves eran tan fastuosos e imponentes como sus vehículos, y exhibían desde conservadores trajes pre-Hégira sobre cuerpos jamás tocados por un tratamiento Poulsen hasta la última moda de TC^2 en figuras modeladas por los más famosos ARNistas de la Red. Seguí adelante

y me detuve ante una mesa para llenar el plato con carne asada, ensalada, filete de calamar del cielo, curry de Parvati y pan recién horneado.

La baja luz del atardecer se había disuelto en el crepúsculo y ya despuntaban las estrellas cuando hallé un sitio para sentarme cerca de los jardines. Esa noche habían atenuado las luces de la ciudad y del Complejo Administrativo para que pudiéramos presenciar la armada. Hacía siglos que el cielo nocturno de Centro Tau Ceti no lucía tan diáfano. Una mujer me echó un vistazo y sonrió.

—Estoy segura de que nos conocemos.

Sonreí también, convencido de lo contrario. Era muy atractiva y tendría el doble de mi edad, pero gracias al dinero y a Poulsen, a sus cincuenta años estándar tenía mucho mejor aspecto que yo a mis veintiséis. La tez era tan blanca que parecía traslúcida. Llevaba el cabello recogido en una trenza alta. Los senos, realzados por el insinuante vestido, eran perfectos. Los ojos brillaban crueles.

—Tal vez sí —dije—, aunque parece improbable. Me llamo Joseph Severn.

—Desde luego —asintió ella—. ¡Eres un artista!

Yo no era un artista. Era (había sido) un poeta. Pero la identidad Severn, en la cual yo habitaba desde la muerte y nacimiento de mi persona real un año antes, establecía que yo era un artista. Constaba en mi archivo de la Entidad Suma.

—Me he acordado —rió la dama. Mentía. Había usado sus costosos implantes comlog para tener acceso a la esfera de datos.

Yo no necesitaba «acceso», una palabra redundante y torpe que menospreciaba a pesar de su antigüedad. Cerré los ojos mentalmente y estuve en la esfera de datos. Franqueé las barreras superficiales de la Entidad Suma, me sumergí bajo el oleaje de la superficie de datos y seguí el fulgurante manojo del umbilical de acceso de aquella mujer hasta las oscuras profundidades de su flujo de información «segura».

—Me llamo Diana Philomel —se presentó ella—. Mi esposo es administrador sectorial de transportes de Sol Draconi Septem.

Asentí y estreché la mano que me ofrecía. Diana no mencionó que su marido había sido cabecilla del Sindicato de Barrenderos de Puertas del Cielo antes de que su carrera política lo llevara a Sol Draconi; ni que el nombre de ella había sido «Tetas» Dinee, ex prostituta y anfitriona de delegados gremiales en Lodazales de Midsump; ni que la habían arrestado dos veces por abuso de Flashback; ni que había herido gravemente al enfermero de una institución en el segundo de esos arrestos, ni que a los nueve años había envenenado a su hermanastro cuando éste amenazó con contarle al padrastro que Diana salía con un minero de Ciudad Lodazal llamado…

—Encantado, Philomel —dije. La mano de Diana era cálida. Prolongó el apretón un segundo más de lo debido.

—¿No es excitante? —jadeó.

—¿El qué?

Ella hizo un ademán expansivo que abarcaba la noche, los faroles recién encendidos, los jardines y la multitud.

—Oh, la fiesta, la guerra… todo —explicó ella.

Sonreí, asentí y saboreé la carne asada. Estaba poco hecha y sabía muy bien, pero tenía el aroma salobre de los recipientes de clonación de Lusus. El calamar parecía auténtico. Se habían acercado camareros con champán y probé el mío. Era de baja calidad. El buen vino, el escocés y el café habían sido tres bienes irreemplazables tras la muerte de Vieja Tierra.

—¿Crees que la guerra es necesaria? —pregunté.

—Claro que sí. —Diana Philomel había abierto la boca, pero fue su esposo quien contestó. Había aparecido por detrás, y se había sentado en el falso tronco donde cenábamos. Era un hombre corpulento, dos palmos más alto que yo. Pero yo, desde luego, soy bajo. Mi memoria dice que una vez escribí un verso ridiculizándome como «señor John Keats, de metro y medio», aunque mido uno cincuenta y ocho, lo cual no era tan poco cuando vivían Napoleón y Wellington y la estatura media de los hombres era menos de un metro setenta, ridículamente escasa ahora que los hombres de

mundos con gravedad media suelen llegar a los dos metros. Obviamente, yo no tenía la musculatura ni la osamenta necesaria para afirmar que procedía de un mundo de alta gravedad, así que a ojos de todos era simplemente bajo. (Me cuesta no expresarme en las unidades en que sé pensar. De todos los cambios mentales desde que renací en la Red, pensar en medidas métricas es lo más difícil. A veces rehúso intentarlo).

—¿Por qué es necesaria la guerra? —pregunté a Hermund Philomel, marido de Diana.

—Porque ellos lo pidieron —gruñó el grandote. Hacía rechinar los molares y flexionaba las mejillas. Tenía un cuello ínfimo y una barba subcutánea que obviamente desafiaba las cremas depilatorias, la hoja de afeitar y la máquina eléctrica. Las manazas eran dos veces más grandes que las mías, y muchas veces más fuertes.

—Entiendo —dije.

—Los condenados éxters lo pidieron —repitió, repasando los puntos fuertes de su argumentación—. Nos jodieron en Bressia y ahora nos joden en… cómo se llama…

—El sistema de Hyperion —apuntó su esposa, sin dejar de mirarme.

—Sí —dijo su amo y señor—. El sistema de Hyperion. Nos jodieron y ahora tenemos que ir allá para demostrarles que la Hegemonía no está dispuesta a tolerarlo. ¿Entendido?

La memoria me indicaba que en mi infancia me habían enviado a la academia de John Clarke, en Enfield, y allí me había topado con varios ejemplares como éste, matones de cerebro obtuso y manos regordetas. Cuando llegué allí, los eludía o los aplacaba. Cuando murió mi madre, cuando el mundo cambió, empecé a atacarlos con guijarros en los puños y me levantaba del suelo para golpear de nuevo, aunque ellos ya me hubieran ensangrentado la nariz y aflojado los dientes.

—Comprendo —murmuré. Yo tenía el plato vacío. Alcé mi último sorbo de champán barato para brindar por Diana Philomel.

—Dibújame —pidió ella.

—¿Cómo has dicho?

—Dibújame, Severn. Eres un artista.

—Un pintor —dije, mostrando la mano vacía—. Temo que no tengo pincel.

Diana Philomel hurgó en el bolsillo de la túnica del esposo y me ofreció una pluma ligera.

—Dibújame. Por favor.

La dibujé. El retrato cobró forma en el aire, con líneas que subían, bajaban y caracoleaban como filamentos de neón en una escultura de alambres. Una pequeña multitud se reunió para curiosear. Sonaron discretos aplausos cuando terminé. El dibujo no estaba mal. Captaba el cuello curvo, largo y voluptuoso, el alto puente de cabello trenzado, los pómulos prominentes e incluso el ligero y ambiguo destello de los ojos. Era lo mejor que yo podía hacer, gracias a la medicación ARN y las lecciones, que me habían preparado para esta personalidad. El verdadero Joseph Severn era mucho mejor… había sido mejor. Le recuerdo dibujándome mientras yo agonizaba.

Diana Philomel estaba radiante. Hermund Philomel fruncía el ceño.

Estalló un grito.

—¡Allí están!

La multitud murmuró, jadeó y calló. Las luces se atenuaron y se apagaron. Miles de huéspedes alzaron los ojos al cielo. Borré el dibujo y guardé la pluma en la túnica de Hermund.

—Es la armada —observó un hombre mayor de aire distinguido con uniforme negro de FUERZA. Alzó la copa para señalarle algo a su joven compañera—. Acaban de abrir el portal. Primero irán los exploradores, luego las naves-antorchas de escolta.

El portal teleyector militar de FUERZA no era visible desde donde estábamos, incluso en el espacio, debía de lucir como una aberración rectangular en el campo estelar. Sin embargo, las estelas de fusión de las naves exploradoras sí se veían, primero como un enjambre de luciérnagas o espejines radiantes, luego como cometas

fulgurantes, cuando encendieron los motores principales y atravesaron la región de tráfico cislunar del sistema Tau Ceti. Se oyó otro jadeo colectivo cuando aparecieron las naves-antorcha, sus estelas cien veces más largas. Estrías rojizas rasgaban el cielo nocturno de TC^2 del cenit al horizonte.

Alguien empezó a aplaudir y pocos instantes después ovaciones roncas y entusiastas llenaron los campos, parques y jardines del Parque de los Ciervos del palacio del gobernador, mientras la elegante multitud de millonarios, funcionarios y nobles de cien mundos vibraba con un fanatismo y una sed de sangre que despertaban al cabo de un siglo y medio de letargo.

Yo no aplaudí. Ignorado por quienes me rodeaban, brindé de nuevo —ya no por lady Philomel, sino por la obstinada estupidez de mi especie— y engullí el resto del champán. Ya no tenía espuma.

Las más importantes naves de la flota se habían materializado dentro del sistema. Un breve contacto con la esfera de datos —en una superficie se encrespaban olas de información, que la transformaban en un mar turbulento— me indicó que la línea principal de la armada espacial FUERZA contaba con más de cien gironaves: negros aparatos de combate que parecían lanzas, con sus aquilones plegados: naves de mando 3C, bellas y torpes como meteoros de cristal negro; bulbosos destructores semejantes a mastodónticas naves-antorchas, pues eso eran: naves de defensa perimétrica, más energía que materia con vastos campos de contención ahora sintonizados en reflejo total, brillantes espejos que reflejaban Tau Ceti y los cientos de estelas que los rodeaban: veloces cruceros deslizándose como tiburones entre los lentos cardúmenes de naves; desmañados transportes de tropas con miles de marines de FUERZA en sus compartimientos de gravedad cero; veintenas de naves de apoyo; fragatas, cazas de ataque rápido, torpederos, naves de relé ultralínea; y finalmente las naves-puente teleyectoras, macizos dodecaedros con su fascinante despliegue de antenas y sondas.

Alrededor de la flota, manteniéndose a una distancia prudente por el control de tráfico, revoloteaban yates, navíos solares y naves privadas cuyas velas recibían la luz del sol y reflejaban la gloria de la armada.

Los huéspedes daban vivas y aplaudían en los jardines. El caballero con uniforme de FUERZA sollozaba en silencio. En las cercanías, cámaras ocultas y proyectores de banda ancha informaban de ese momento a todos los mundos pertenecientes a la Red y —vía ultralínea— a los cientos de mundos que no lo eran.

Sacudí la cabeza y permanecí sentado.

—¿Señor Severn? —me llamó una guardia de seguridad.

—¿Sí?

La mujer señaló la mansión ejecutiva.

—La FEM Gladstone le recibirá ahora.

2

Toda época asolada por la rencilla y el peligro parece engendrar un líder ideal para esas circunstancias, un gigante político cuya ausencia parece retrospectivamente inconcebible cuando se escribe la historia. Meina Gladstone era esa clase de líder en nuestra Era Final, aunque entonces nadie habría soñado que sólo yo quedaría para dar fe de la verdadera historia de ella y de sus tiempos.

La habían comparado tantas veces con la clásica figura de Abraham Lincoln que cuando me condujeron a su presencia casi me sorprendió no verla en levita negra y chistera. La Funcionaria Ejecutiva Máxima del Senado, líder de un gobierno que servía a ciento treinta mil millones de personas, llevaba un traje gris de lana suave, pantalones y túnica adornada sólo con escasos galones rojos en las costuras y los puños. No vi en ella a un Abraham Lincoln ni a un Álvarez-Temp, el otro héroe de la antigüedad con quien la comparaba la prensa. Al observarla sólo vi a una anciana dama.

Meina Gladstone era alta y delgada, pero su semblante recordaba más a un águila que a Lincoln, con su nariz afilada, sus pómulos agudos, la ancha y expresiva boca de labios delgados, el cabello gris que se elevaba en una onda cerrada semejante a un plumaje. Pero, a mi juicio, los ojos constituían el rasgo principal de Meina Gladstone: grandes, castaños, infinitamente tristes.

No estábamos a solas. Me habían conducido a una habitación larga y tenuemente iluminada, bordeada por estantes de madera que contenían cientos de libros impresos. Un largo holomarco que simulaba una ventana daba una vista de los jardines. Concluía una reunión, y hombres y mujeres sentados o de pie aguardaban en un semicírculo dominado por el escritorio de Gladstone. La FEM estaba apoyada en la mesa, los brazos cruzados. Alzó la frente cuando entré.

—¿Severn?

—Sí.

—Gracias por venir. —La voz me resultaba familiar, pues la había oído en mil debates de la Entidad Suma. Tenía un timbre gastado por la edad y un tono tan suave como el de un licor añejo. El célebre acento combinaba una precisa sintaxis con un olvidado canturreo de inglés pre-Hégira, que ahora sólo se encontraba en las regiones fluviales de su mundo natal, Patawpha.

—Caballeros y damas, permítanme presentarles a Joseph Severn —dijo.

Varios inclinaron la cabeza obviamente desconcertados por mi presencia. Gladstone no hizo más presentaciones, pero yo toqué la esfera de datos para identificar a todos los presentes; tres miembros del gabinete, incluido el ministro de Defensa; dos oficiales de la plana mayor de FUERZA; dos asistentes de Gladstone; cuatro senadores, entre ellos el influyente Kolchev; y la proyección de un asesor del TecnoNúcleo conocido como Albedo.

—Hemos invitado a Severn para que aporte la perspectiva de un artista en nuestras deliberaciones —explicó la FEM Gladstone.

El general Morpurgo, de la FUERZA terrestre, soltó una risotada.

—¿La perspectiva de un *artista*? Con el debido respeto, FEM, ¿qué demonios significa eso?

Gladstone sonrió. En vez de responder al general, se volvió hacia mí.

—¿Qué opina del desfile de la armada, Severn?

—Bonito —respondí.

El general Morpurgo resopló.

—*¿Bonito?* ¿Contempla la mayor concentración de poder de fuego en la historia de la galaxia y lo considera bonito? —Se volvió hacia otro militar y meneó la cabeza.

Gladstone aún sonreía.

—¿Y la guerra? —me preguntó—. ¿Tiene una opinión acerca de nuestro intento de rescatar Hyperion de los bárbaros éxter?

—Me parece estúpido —respondí.

Se hizo un gran silencio. Las encuestas en tiempo real de la Entidad Suma revelaban una aprobación del noventa y ocho por ciento ante la decisión de la FEM Gladstone de luchar en vez de ceder el mundo colonial de Hyperion a los éxters. El futuro político de Gladstone dependía de un resultado positivo en el conflicto. Los hombres y mujeres de esa sala habían cumplido importantes funciones en la organización, la decisión de invadir y las operaciones logísticas. El silencio se prolongó.

—¿Por qué es estúpido? —murmuró Gladstone.

Gesticulé con la mano derecha.

—La Hegemonía no ha librado guerras desde que se fundó hace siete siglos —expliqué—. Es absurdo poner a prueba su precaria estabilidad de esta manera.

—¡No ha librado guerras! —estalló el general Morpurgo. Se aferró las rodillas con las manos macizas—. ¿Cómo demonios llama usted a la Rebelión de Glennon-Heightt?

—Una rebelión —repliqué—. Un motín. Una acción policíaca.

El senador Kolchev mostró los dientes en una sonrisa huraña. Era de Lusus y parecía más musculatura que hombre.

—Acciones de la flota —dijo—, medio millón de muertos, dos divisiones FUERZA en combate durante más de un año. Vaya acción policíaca, hijo.

No contesté.

Leigh Hunt, un hombre mayor de aire consumido, con fama de ser el más íntimo asesor de Gladstone, carraspeó.

—Pero lo que dice el señor Severn es interesante. ¿Qué diferencia ve usted entre este… conflicto y las guerras de Glennon-Heightt?

—Glennon-Heightt era ex oficial de FUERZA —señalé, consciente de que aclaraba lo evidente—. Los éxters han sido una incógnita durante siglos. Las fuerzas de los rebeldes eran conocidas, su potencial resultaba fácil de calibrar; los enjambres éxter han estado fuera de la Red desde la Hégira. Glennon-Heightt permaneció dentro del Protectorado, asolando mundos cuya distancia respecto de la

Red no superaba los dos meses de deuda temporal; Hyperion está a tres años de Parvati, nuestra base más próxima en la Red.

—¿Cree usted que no hemos pensado todo esto? —preguntó el general Morpurgo—. ¿Qué hay de la Batalla de Bressia? Ya luchamos contra los éxters allí. Eso no fue una… rebelión.

—Calma, por favor —rogó Leigh Hunt—. Continúe, Severn.

Me encogí de hombros.

—La principal diferencia es que ahora se trata de Hyperion —dije.

La senadora Richeau asintió como si la explicación fuera más que suficiente.

—Usted teme al Alcaudón —apuntó—. ¿Pertenece a la Iglesia de la Expiación Final?

—No. No soy miembro del Culto del Alcaudón.

—¿Qué es usted? —preguntó Morpurgo.

—Un artista —mentí.

Leigh Hunt sonrió y se volvió hacia Gladstone.

—Convengo en que necesitábamos esta perspectiva para recobrar la templanza, FEM —dijo al tiempo que señalaba la ventana y las holoimágenes de multitudes entusiastas—, pero ya hemos escuchado y sopesado plenamente los buenos argumentos de nuestro amigo artista.

El senador Kolchev carraspeó.

—Detesto mencionar lo evidente cuando parece que todos nos empeñamos en ignorarlo, pero… ¿tiene este caballero la calificación de seguridad adecuada para presenciar esta deliberación?

Gladstone asintió y exhibió la ligera sonrisa que tantos caricaturistas habían intentado plasmar.

—El Ministerio de Artes ha encomendado al señor Severn que me dibuje en una serie de retratos durante los próximos días o semanas. Entiendo que la teoría consiste en que cobrarán significación histórica y quizá den pie a un retrato oficial. De cualquier modo, Severn goza de una calificación de seguridad nivel T, y podemos hablar libremente en su presencia. Además agradezco su franqueza. Quizá su llegada sirva para sugerir que nuestra reunión ha concluido.

Me reuniré con ustedes en la Sala de Guerra a las 0800 antes de que la flota se traslade al espacio de Hyperion.

El grupo se disolvió de inmediato. El general Morpurgo me fulminó con la mirada al marcharse. El senador Kolchev me observó con cierta curiosidad. El asesor Albedo simplemente se esfumó. Leigh Hunt fue el único que se quedó con Gladstone y conmigo. Se apoltronó y apoyó una pierna en el brazo del invalorable sillón pre-Hégira donde estaba sentado.

—Siéntese —me invitó.

Miré de soslayo a la FEM, quien se había acomodado detrás del macizo escritorio. Gladstone asintió. Me senté en la silla de respaldo recto que había ocupado el general Morpurgo.

—¿De verdad opina que es estúpido defender Hyperion? —preguntó Gladstone.

—Sí.

Gladstone alargó los dedos y se acarició el labio inferior. A sus espaldas, la ventana mostraba la continuación de los festejos, una algarabía silenciosa.

—Si tiene alguna esperanza de reunirse con su… gemelo —dijo—, redundaría en su interés que lleváramos a cabo esta campaña.

Guardé silencio. La ventana ahora mostraba el cielo nocturno surcado por estelas de fusión.

—¿Ha traído instrumentos de dibujo? —preguntó Gladstone.

Saqué el lápiz y la libreta de bosquejos, cuya existencia había ocultado a Diana Philomel.

—Dibuje mientras hablamos —indicó Meina Gladstone.

Empecé a dibujar, trazando un bosquejo de aquella postura relajada, casi desmañada, y retocando luego los detalles del rostro. Los ojos me intrigaban.

Advertí que Leigh Hunt me miraba intensamente.

—Joseph Severn —murmuró—. Interesante nombre.

Hice trazos rápidos y enérgicos para retratar los altos pómulos y la fuerte nariz de Gladstone.

—¿Sabe usted por qué la gente recela de los cíbridos? —preguntó Hunt.

—Sí —respondí—. El síndrome de Frankenstein. Temor a cualquier cosa con forma humana que no sea totalmente humana. La verdadera razón por la cual se prohibieron los androides.

—Ajá —convino Hunt—. Pero los cíbridos son totalmente humanos, ¿verdad?

—Genéticamente, sí —dije. Me sorprendí pensando en mi madre, recordando las ocasiones en que le leía cuando ella estaba enferma. Recordé a mi hermano Tom—. Pero también forman parte del Núcleo, de manera que responden a la descripción «no totalmente humanos».

—¿Forma usted parte del Núcleo? —preguntó Meina Gladstone, volviendo la cara hacia mí. Inicié un nuevo bosquejo.

—En realidad, no. Puedo viajar libremente por las regiones donde me permiten entrar, pero se parece más a un acceso a la esfera de datos que a la aptitud de una verdadera personalidad del Núcleo. —El rostro era más interesante en medio perfil, pero los ojos resultaban más enérgicos de frente. Esbocé la tracería de líneas que irradiaban los bordes de esos ojos. Era evidente que Meina Gladstone nunca se había concedido un tratamiento Poulsen.

—Si fuera posible guardar secretos ante el Núcleo —señaló—, sería una locura permitir que usted tuviera libre acceso a los consejos de gobierno. Dada la situación… —Aflojó las manos e irguió el cuerpo. Pasé a otra página—. Dada la situación, usted posee información que yo necesito. ¿Es verdad que puede usted leer la mente de su gemelo, la primera personalidad recobrada?

—No —respondí. Resultaba difícil captar el complicado juego de arrugas y músculos de las comisuras de los labios. Lo intenté con unos trazos, pasé a la enérgica barbilla y sombreé la zona que estaba debajo del labio inferior.

Hunt frunció el ceño y miró de soslayo a la FEM. Gladstone unió las yemas de los dedos.

—Explíquese —indicó.

Aparté los ojos del dibujo.

—Sueño. El contenido del sueño parece corresponderse con los acontecimientos relacionados con la persona que lleva el implante de la anterior personalidad Keats.

—Una mujer llamada Brawne Lamia —manifestó Leigh Hunt.

—Sí.

Gladstone asintió.

—¿De manera que la personalidad Keats original, presuntamente muerta en Lusus, todavía vive?

Vacilé.

—Todavía es consciente —admití—. Usted sabe que el sustrato primario de personalidad fue extraído del Núcleo, quizá por el cíbrido mismo, e implantado en una bioconexión Schrön que Lamia lleva.

—Sí, sí —se impacientó Leigh Hunt—. Pero lo cierto es que usted está en contacto con la personalidad Keats y, a través de ella, con los peregrinos del Alcaudón.

Rápidos trazos brindaron un fondo oscuro para dar más profundidad al boceto de Gladstone.

—No estoy en contacto. Sueño con Hyperion y las emisiones ultralínea confirman que los sueños se corresponden con acontecimientos en tiempo real. No me puedo comunicar con la personalidad Keats pasiva, ni con el organismo huésped o los demás peregrinos.

La FEM Gladstone parpadeó.

—¿Cómo sabía lo de las emisiones ultralínea?

—El cónsul habló a los demás peregrinos acerca de la capacidad de su comlog para retransmitir a través del equipo ultralínea de su nave. Lo reveló antes que todos descendieran al valle.

El tono de Gladstone evocaba sus años de abogada, antes de iniciarse en política.

—¿Y cómo reaccionaron los demás ante esa revelación?

Me guardé el lápiz en el bolsillo.

—Sabían que había un espía entre ellos. Usted misma se lo dijo a todos.

Gladstone miró de soslayo a su ayudante. Hunt permaneció inexpresivo.

—Si está usted en contacto con ellos —dijo Gladstone—, sabrá que no recibimos ningún mensaje desde que abandonaron la Fortaleza de Cronos para descender hacia las Tumbas de Tiempo.

Sacudí la cabeza.

—El sueño de anoche terminó cuando se aproximaban al valle.

Meina Gladstone se levantó, caminó hacia la ventana, alzó una mano y la imagen se desvaneció.

—¿Entonces no sabe si alguno de ellos aún vive?

—No.

—¿Cuál era la situación la última vez que usted… soñó?

Hunt no me quitaba los ojos de encima. Meina Gladstone escudriñaba la oscura pantalla, dándonos la espalda.

—Todos los peregrinos estaban vivos —respondí—, con la posible excepción de Het Masteen, la Verdadera Voz del Árbol.

—¿Murió? —preguntó Hunt.

—Desapareció de la carreta eólica en el Mar de Hierba, dos noches antes, horas después de que las naves éxter destruyeran la nave-árbol *Yggdrasill*. Pero poco antes de descender de la Fortaleza de Cronos, los peregrinos vieron una figura con túnica que cruzaba la arena rumbo a las Tumbas.

—¿Het Masteen? —preguntó Gladstone.

Alcé una mano.

—Eso creyeron ellos. No estaban seguros.

—Háble me de los demás —pidió la FEM.

Cobré aliento. Por los sueños sabía que Gladstone conocía por lo menos a dos de los integrantes de la última Peregrinación del Alcaudón; el padre de Brawne Lamia había sido senador, y el cónsul de la Hegemonía había sido representante personal de Gladstone en negociaciones secretas con los éxters.

—El padre Hoyt sufre grandes dolores —dije—. Contó la historia del cruciforme. El cónsul supo que Hoyt también tiene uno… dos, en realidad. El del padre Duré y el propio.

Gladstone asintió.

—¿De manera que todavía lleva el parásito de la resurrección?

—Sí.

—¿El dolor se intensifica a medida que se acerca a la guarida del Alcaudón?

—Eso creo.

Continúe.

—El poeta, Silenus, estuvo ebrio casi todo el tiempo. Está convencido de que su poema inconcluso predijo y determina el curso de los acontecimientos.

—¿En Hyperion? —preguntó Gladstone, aún de espaldas.

—En todas partes.

Hunt miró a la Funcionaria Ejecutiva Máxima y luego me observó a mí.

—¿Silenus está loco?

Lo miré sin responder. En realidad no lo sabía.

—Continúe —repitió Gladstone.

—El coronel Kassad aún es presa de sus obsesiones gemelas: hallar a la mujer llamada Moneta y matar al Alcaudón. Sabe que ambos pueden ser una única entidad.

—¿Está armado? —murmuró Gladstone.

—Sí.

—Continúe.

—Sol Weintraub, el profesor de Mundo de Barnard, espera entrar en la tumba llamada la Esfinge en cuanto…

—Perdón —interrumpió Gladstone—. ¿Su hija todavía le acompaña?

—Sí.

—¿Qué edad tiene ahora Rachel?

—Cinco días, creo. —Cerré los ojos para recordar el sueño de la noche anterior con mayor detalle—. Sí, cinco.

—¿Y todavía sigue rejuveneciendo?

—Sí.

—Continúe, Severn. Por favor, hábleme de Brawne Lamia y el cónsul.

—Lamia cumple con los deseos de su ex cliente y amante. La personalidad Keats consideraba necesario enfrentarse al Alcaudón. Lamia lo está haciendo en nombre de él.

—Severn —comenzó Leigh Hunt—, habla usted de la «personalidad Keats», como si no guardara ninguna relación con su propia…

—Luego, Leigh, por favor —intervino Meina Gladstone. Se volvió hacia mí—. El cónsul me intriga. ¿También reveló sus razones para formar parte de la peregrinación?

—Sí.

Gladstone y Hunt esperaron.

—El cónsul les habló de su abuela —dije—. La mujer llamada Siri, quien inició la rebelión de Alianza-Maui hace más de medio siglo. Les habló de la muerte de su familia durante la Batalla de Bressia, y reveló sus reuniones secretas con los éxters.

—¿Eso es todo? —preguntó Gladstone. Los ojos castaños eran muy intensos.

—No. El cónsul les comentó que había activado un artefacto éxter que aceleraba la apertura de las Tumbas de Tiempo.

Hunt se irguió en el sillón y bajó la pierna. Gladstone suspiró visiblemente.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Cómo reaccionaron los demás ante esta revelación de… traición? —preguntó.

Vacilé, traté de reconstruir las imágenes oníricas de una manera más lineal de lo que permitía la memoria.

—Algunos lo tomaron a mal —precisé—. Pero a estas alturas ninguno siente extrema lealtad por la Hegemonía. Decidieron continuar. Creo que cada peregrino entiende que el Alcaudón, no un agente humano, les infligirá el castigo.

Hunt descargó un puñetazo sobre el brazo del sillón.

—Si el cónsul estuviera aquí —masculló—, pronto descubriría lo contrario.

—Calma, Leigh. —Gladstone regresó hacia el escritorio, tocó unos papeles. Todas las luces de comunicaciones parpadeaban con impaciencia. Me sorprendió que dedicara tanto tiempo a charlar conmigo en semejante momento—. Gracias Severn. Quiero que se quede con nosotros los próximos días. Ahora lo conducirán a su suite del ala residencial de la Casa de Gobierno.

Me levanté.

—Regresaré a Esperance a buscar mis cosas —dije.

—No es necesario —replicó Gladstone—. Las trajeron aquí antes que usted bajara de la plataforma del términex. Leigh le indicará el camino.

Asentí y seguí al hombre alto hacia la puerta.

—Señor Severn… —llamó Meina Gladstone.

—¿Sí?

La FEM sonrió.

—Le aseguro que agradezco su anterior franqueza —dijo—. Pero, a partir de ahora, entendamos que usted es un artista de la corte, y sólo eso, callado e invisible. ¿Comprendido?

—Comprendido, ejecutiva.

Gladstone asintió y se volvió hacia el parpadeo de las luces telefónicas.

—Muy bien. Por favor, lleve su libreta de bosquejos a la Sala de Guerra a las 0800.

Un guardia de seguridad nos recibió en la antesala y empezó a conducirme hacia el laberinto de pasillos y puestos de inspección. Hunt le gritó que se detuviera y avanzó por la ancha sala con pasos resonantes. Me tocó el brazo.

—No se equivoque —advirtió—. Sabemos… ella sabe… quién es usted, qué es usted y a quién representa usted.

Le sostuve la mirada y liberé mi brazo con calma.

—Enhorabuena —mascullé—, porque a estas alturas le aseguro que yo no lo sé.

3

Seis adultos y un bebé en un paisaje hostil. La fogata parece pequeña contra el anochecer. Las colinas del valle se yerguen como murallas mientras las enormes sombras de las Tumbas reptan como saurios escapados de una época antediluviana.

Brawne Lamia está cansada, dolorida e irritable. El llanto del bebé de Sol Weintraub la saca de quicio. Sabe que los demás también están cansados; han dormido sólo unas horas en las últimas tres noches y el día que termina ha estado plagado de tensiones y terrores irresueltos. Echa el último tronco al fuego.

—Donde encontramos ésta no hay más —protesta Martin Silenus. El fuego alumbra los rasgos de sátiro del poeta.

—Lo sé —dice Brawne Lamia, demasiado cansada para expresar cólera. Habían cogido la leña en un escondrijo antaño utilizado por los peregrinos. Las tres pequeñas tiendas se alzan en una zona que los peregrinos usaban tradicionalmente en la última noche, antes de enfrentarse al Alcaudón. Acampan cerca de la Tumba de Tiempo llamada la Esfinge, y la negra extensión de lo que quizá sea un ala bloquea parte del cielo.

—Usaremos la linterna cuando se apague el fuego —apunta el cónsul. El diplomático parece aún más exhausto que los demás. La luz fluctuante le tiñe de rojo los tristes rasgos. Se había puesto su atuendo consular, pero ahora la capa y el tricornio tienen un aspecto tan sucio y marchito como el cónsul mismo.

El coronel Kassad regresa a la fogata y alza el visor nocturno del casco. Lleva su traje de combate y el polímero camaleónico activado muestra sólo un rostro que flota a dos metros sobre el suelo.

—Nada —informa—. Ningún movimiento. Ningún rastro calórico. Ningún sonido aparte del viento. —Kassad apoya el rifle de FUERZA en una piedra y se sienta cerca de los demás. Las fibras de la

armadura de impacto se desactivan, cobrando una negrura no mucho más visible que el camuflaje.

—¿Cree usted que el Alcaudón vendrá esta noche? —pregunta el padre Hoyt con voz tensa. El sacerdote está arropado en su capa negra y se confunde con la noche, igual que el coronel Kassad.

Kassad se inclina para atizar el fuego con el bastón de mando.

—Quién sabe. Montaré guardia por si acaso.

Los seis alzan los ojos cuando el cielo constelado de estrellas se sacude en espasmos de color, silenciosos capullos anaranjados y rojos que arrasan el campo estelar.

—Hace horas que no veíamos este espectáculo —comenta Sol Weintraub, meciendo al bebé. Rachel ha dejado de llorar y trata de coger la barba corta del padre. Weintraub le besa la mano diminuta.

—De nuevo están tanteando las defensas de la Hegemonía —dice Kassad. Saltan chispas del fuego atinado y las ascuas se elevan al cielo, como si procuraran unirse a las brillantes llamaradas.

—¿Quién ganó? —pregunta Lamia aludiendo a la silenciosa batalla espacial que había estremecido el cielo la noche anterior y buena parte de ese día.

—¿A quién demonios le importa? —rezonga Martin Silenus. Hurga nerviosamente en los bolsillos de su abrigo de piel como si buscara una botella. Sin embargo, no encuentra nada—. A quién demonios le importa —masculla otra vez.

—A mí —replica fatigosamente el cónsul—. Si los éxters logran pasar, quizá destruyan Hyperion antes que encontremos al Alcaudón.

Silenus ríe socarronamente.

—Oh, sería terrible, ¿verdad? Morir antes de descubrir la muerte, ser destruidos, perecer deprisa y sin dolor en vez de contorsionarse en las espinas del Alcaudón. Vaya, terrible perspectiva.

—Cállese —ordena Brawne Lamia, y la voz no trasunta emoción pero sí amenaza. Mira al cónsul—. Entonces, ¿dónde está el Alcaudón? ¿Por qué no lo encontramos?

El diplomático mira el fuego.

—No lo sé. ¿Cómo iba a saberlo?

—Tal vez el Alcaudón se ha ido —sugiere el padre Hoyt—. Tal vez usted lo liberó para siempre al destruir los campos antientrópicos. Tal vez se ha llevado su flagelo a otra parte.

El cónsul menea la cabeza en silencio.

—No —dice Sol Weintraub. La niña duerme contra su hombro—. Vendrá. Lo presiento.

Brawne Lamia asiente.

—También yo. Está esperando. —Ha sacado unidades alimentarias de la mochila, y ahora activa el mecanismo térmico y reparte las unidades.

—Sé que el anticlímax es la materia que conforma el mundo —dice Silenus—. Pero esto resulta puñeteramente ridículo. Todos acicalados y ningún sitio donde morir.

Brawne Lamia le clava los ojos pero calla y durante un rato comen en silencio.

Las llamas del cielo se desvanecen y las apiñadas estrellas despuntan de nuevo, pero las chispas continúan elevándose como si huyeran.

Envuelto en la brumosa turbulencia de los pensamientos de la lejana Brawne Lamia, trato de reconstruir los hechos a partir de la última vez que soñé sus vidas.

Los peregrinos descendieron al valle antes del alba, cantando, sus sombras proyectadas por la luz de la batalla que se libraba a mil millones de kilómetros. Todo el día exploraron las Tumbas de Tiempo, temiendo morir a cada instante. Al cabo de algunas horas, cuando el sol despuntó disipando el frío del desierto, el temor y la exaltación se desvanecieron. El largo día fue silencioso excepto por el susurro de la arena, los gritos ocasionales y el gemido constante y casi subliminal del viento entre las rocas y las tumbas. Kassad y el cónsul llevaban instrumentos para medir la intensidad de los campos antientrópicos, pero Lamia fue la primera en comprender que eran innecesarios, que el flujo y reflujo de las mareas de tiempo se sentía

como una leve náusea cargada con una persistente sensación de *déjà vu*.

La tumba más cercana a la entrada del valle era la Esfinge; luego venía la Tumba de Jade, cuyas paredes eran traslúcidas sólo de mañana y en el ocaso; a menos de cien metros se elevaba el Obelisco; luego el sendero se ensanchaba conduciendo hacia la tumba más grande, situada en el centro: el Monolito de Cristal, cuya superficie lisa no tenía aberturas y cuyo techo plano reflejaba las paredes del valle, luego venían las tres Tumbas Cavernosas, cuya entrada sólo resultaba visible gracias a los gastados senderos que conducían a ellas; por último, casi un kilómetro valle abajo, estaba el Palacio del Alcaudón, cuyos rebordes aguzados y capiteles curvos evocaban las espinas de la criatura que merodeaba ese valle.

Todo el día habían vagado de tumba en tumba. Ninguno se alejaba de los demás y el grupo titubeaba antes de entrar en los artefactos donde era posible entrar. Sol Weintraub estaba abrumado por la emoción al ingresar en la Esfinge, la tumba donde su hija había contraído la enfermedad de Merlín veintiséis años antes. Los instrumentos del equipo universitario aún permanecían apoyados en trípodes frente a la tumba, aunque ningún miembro del grupo supo discernir si todavía funcionaban, cumpliendo con sus funciones de monitorización. Los pasajes de la Esfinge eran tan estrechos y laberínticos como lo sugería el comlog de Rachel, y las hileras de lámparas dejadas por varios grupos de investigación estaban consumidas y apagadas. Usaron linternas y el visor nocturno de Kassad para explorar el lugar. No había indicios de la sala donde estuvo Rachel cuando se cerraron las paredes y ella contrajo la enfermedad. Sólo quedaban vestigios de las otrora poderosas mareas de tiempo. Ni rastro del Alcaudón.

Cada tumba ofreció su momento de terror, esperanza y espanto, al cual sucedía el desánimo cuando las polvorientas y desiertas salas aparecían tal como las habían visto los turistas y peregrinos durante siglos.

El día terminó marcado por la frustración y la fatiga, y las sombras de la pared oriental cubrieron las Tumbas y el valle como un telón que se cerrara sobre una obra decepcionante. El calor del día se disipó y el frío del desierto regresó en alas de un viento que olía a las nevadas cumbres de la Cordillera de la Brida, veinte kilómetros al sudoeste.

Kassad sugirió acampar. El cónsul los guió hasta el terreno tradicional donde los peregrinos del Alcaudón aguardaban la última noche antes de encontrarse con la criatura que buscaban. La zona llana cercana a la Esfinge, donde no sólo los peregrinos sino también los grupos de investigación habían dejado su marca, agradaba a Sol Weintraub, quien imaginaba que su hija había acampado allí. Nadie se opuso.

Ahora, en plena oscuridad y mientras ardía el último tronco advertí que los seis se acercaban no sólo al calor del fuego, sino entre sí atraídos por los frágiles pero tangibles hilos de experiencia compartida durante el viaje río arriba en la barcaza de levitación *Benarés* y en el trayecto hasta la Fortaleza de Cronos. Más aún, percibí una relación más palpable que los lazos emocionales: pronto comprendí que el grupo estaba conectado en una microesfera de datos compartidos y una red sensorial. En un mundo donde los primeros combates habían despedazado los primitivos relés de datos regionales, este grupo tenía comlogs y biomonitores para compartir información y protegerse mutuamente.

Aunque las barreras eran evidentes y sólidas, logré franquearlas, para recoger las limitadas pero abundantes claves —pulso, temperatura cutánea, actividad de ondas corticales, solicitud de acceso, inventario de datos—, que me permitían atisbar lo que pensaba, sentía y hacía cada peregrino. Kassad, Hoyt y Lamia tenían implantes y el flujo de sus pensamientos resultaba más fácil de seguir. En ese instante, Brawne Lamia se preguntaba si no era un error buscar al Alcaudón: algo la acuciaba, algo borroso pero insistente. Las sospechas de Lamia apuntaban a que desconocía una importantísima clave que contenía la solución de… ¿de qué?

Brawne Lamia detestaba los misterios: era una de las razones por las cuales había abandonado una vida de comodidad y ocio para trabajar como investigadora privada. Pero ¿cuál era el misterio? Había resuelto el asesinato de su cliente —y amante— cíbrido, y había ido a Hyperion para cumplir con el último deseo de él. Pero intuía que aquella duda persistente tenía poco que ver con el Alcaudón. ¿Qué era?

Lamia atizó el fuego moribundo. Tenía un cuerpo fuerte, criado para resistir la gravedad estándar 1,3 de Lusus, y adiestrado para ser aún más fuerte, pero hacía varios días que no dormía y estaba extenuada. Advirtió vagamente que alguien hablaba.

—… sólo darme una ducha y conseguir un poco de comida —dice Martin Silenus—. Tal vez usar su unidad de comunicaciones y su enlace ultralínea para ver quién está ganando la guerra.

El cónsul sacude la cabeza.

—Aún no. La nave es para una emergencia.

Silenus señala la noche, la Esfinge y el viento aullante.

—¿Esto no le parece una emergencia?

Brawne Lamia comprende que hablan de traer la nave del cónsul desde la ciudad de Keats.

—¿Está seguro de que la emergencia a que se refiere no es la falta de alcohol? —pregunta.

Silenus le clava los ojos.

—¿Qué tendría de malo un trago?

—No —decide el cónsul. Se frota los ojos y Lamia recuerda que él también es bebedor. Pero se niega a traer la nave—. Esperaremos hasta que sea necesario.

—¿Qué hay del transmisor ultralínea? —interviene Kassad.

El cónsul asiente y extrae el antiguo comlog de su pequeño estuche. El instrumento perteneció a su abuela Siri, y antes a los abuelos de ella. El cónsul señala el control.

—Con esto puedo emitir, pero no recibir.

Sol Weintraub ha apoyado a la niña dormida en la entrada de la tienda más próxima. Ahora se vuelve hacia el fuego.

—¿La última vez que transmitió fue cuando llegamos a la Fortaleza?

—Sí.

—¿Hemos de creerle… —ironiza Silenus—, habida cuenta de que se trata de un traidor confeso?

—Sí —responde el cónsul con una voz que es pura fatiga.

La cara delgada de Kassad flota en la oscuridad. El cuerpo, las piernas y los brazos son manchas de negrura contra el fondo oscuro.

—¿Pero servirá para llamar a la nave en caso de que la necesitemos?

—Sí.

El padre Hoyt se arrebuja en su capa para evitar que flamee en el viento aullante. La arena raspa la lana y la tela de la tienda.

—¿Y no teme que las autoridades portuarias o FUERZA trasladen o toquen la nave? —pregunta al cónsul.

—No. —El cónsul menea la cabeza, como si la fatiga le impidiera sacudirla—. Nuestra autorización era de Gladstone. Además, el gobernador general es amigo mío… o lo era.

Los otros conocieron al flamante gobernador de la Hegemonía poco después del aterrizaje. Brawne Lamia consideró a Theo Lane un hombre catapultado hacia acontecimientos de demasiado alcance para su talento.

—El viento arrecia —comenta Sol Weintraub. Gira el cuerpo para proteger a la niña. Con ojos entornados ante la ventisca, el profesor dice—: Me pregunto si Het Masteen estará allá fuera.

—Hemos buscado por todas partes —señala el padre Hoyt, la voz sofocada porque ha hundido la cabeza en los pliegues del abrigo.

—Perdóneme, sacerdote —ríe Martin Silenus—, pero eso es una patraña. —El poeta camina hacia el linde de la fogata. El viento le acaricia la piel del abrigo y le arrebata las palabras—. Las paredes del risco ofrecen mil escondrijos. El Monolito de Cristal nos oculta su

entrada, pero ¿a un templario? Además, usted vio la escalera hacia el laberinto en la sala más profunda de la Tumba de Jade.

Hoyt alza la cabeza, entornando los ojos ante el aguijonazo de la arena.

—¿Cree usted que está allí? ¿En el laberinto?

Silenus ríe y alza los brazos. La blusa de seda ondula y flamea.

—¿Cómo diablos he de saberlo padre? Sólo sé que Het Masteen podría estar allí observándonos, esperando para venir a reclamar su equipaje. —El poeta señala el cubo de Möbius que está en el centro de la pila de bártulos—. También podría estar muerto. O algo peor.

—¿Peor? —se extraña Hoyt. El sacerdote ha envejecido en las últimas horas. Los ojos son espejos hundidos de dolor, la sonrisa es un rictus.

Martin Silenus regresa hacia el fuego moribundo.

—Peor —repite—. Podría estar retorciéndose en el árbol de acero del Alcaudón, donde todos estaremos dentro de…

Brawne Lamia se levanta súbitamente y aferra al poeta por la camisa. Lo levanta del suelo, lo sacude, le mira los ojos.

—Si lo repite otra vez —masculla— le haré cosas muy dolorosas. No le mataré, pero usted deseará que lo haga.

El poeta esboza su sonrisa de sátiro. Lamia lo suelta y le da la espalda.

—Estamos cansados —dice Kassad—. Es hora de dormir. Yo montaré guardia.

Mis sueños con Lamia se mezclan con los sueños de Lamia. No es desagradable compartir los sueños y los pensamientos de una mujer, separada de mí por un abismo de tiempo y cultura mucho mayor que cualquier diferencia de sexos. Extrañamente, como por reflejo, ella soñó con su amante muerto. Johnny, con su nariz pequeña y su mandíbula maciza, su pelo ensortijado y sus ojos, ojos demasiado expresivos y reveladores animando un rostro que —

excepto por los ojos mismos— podría haber pertenecido a cualquier campesino nacido a un día de marcha de Londres.

Ella soñaba con mi rostro, oía mi voz. Pero cuando soñó que hacía el amor, recordando, no pude compartirlo. Procuré escapar de su sueño, al menos para hallar el mío. Si deseara ser un mirón, me bastaría con la cascada de recuerdos manufacturados que pasaban por ser mis propios sueños.

Pero no se me permitía soñar mis propios sueños. Aún no. Sospecho que nací —y renací en mi lecho de muerte— simplemente para soñar esos sueños de mi gemelo muerto y distante.

Me resigné, no hice más esfuerzos para despertar, soñé.

Brawne Lamia despierta alarmada, arrancada de un sueño agradable por un ruido o movimiento. Por un instante se siente desorientada: está oscuro, hay un ruido mucho más fuerte que la mayoría de los sonidos de la colmena de Lusus donde vive, está ebria de fatiga pero sabe que se ha despertado después de dormir poco; está sola en un espacio reducido, sofocante, algo que parece un saco para cadáveres de tamaño excesivo.

Criada en un mundo donde los sitios cerrados significan protección contra el aire viciado, los vientos y los animales, donde mucha gente sufre de agorafobia cuando se enfrenta a los espacios abiertos pero donde pocos conocen el significado de claustrofobia, Brawne Lamia reacciona sin embargo como una claustrofóbica: respira con ansiedad, aparta la manta y la puerta de la tienda en el desesperado afán de escapar del pequeño capullo de fibroplástico, se arrastra a gatas hasta que siente la arena bajo las palmas y el cielo encima.

En realidad no es cielo, comprende al recordar dónde está. Arena. Una huracanada tormenta de partículas que le aguijonean la cara como alfileres. La arena ha cubierto el fuego y se ha acumulado contra las tres tiendas. Los flancos flamean, crepitando como escopetazos; nuevas dunas han crecido alrededor del campamento,

dejando estrías, surcos y riscos al pie de las tiendas y del equipo. Nadie se mueve en las demás tiendas. La tienda que ella compartía con el padre Hoyt está casi derrumbada, casi sepultada por las crecientes dunas.

Hoyt.

Eso la había despertado: la ausencia del padre. Incluso en sueños oía la blanda respiración y los gemidos del sacerdote dormido, que luchaba con su dolor. Durante la última media hora se había ido. Tal vez sólo unos minutos antes: aún mientras soñaba con Johnny, Brawne Lamia percibió un sonido susurrante por encima de los rasguños de la arena y el rugido del viento.

Lamia se levanta y se protege los ojos. Está muy oscuro. Las altas nubes y la tormenta ocultan las estrellas pero un resplandor tenue y casi eléctrico llena el aire y se refleja en las rocas y las dunas. Lamia comprende que es eléctrico, que el aire está cargado de una estática que le hace culebrear el pelo rizado como si fuera el cabello de Medusa. Las cargas de estática le resbalan por las mangas de la túnica y flotan sobre las tiendas como fuegos de san Telmo. Cuando se le adaptan los ojos, Lamia comprende que un fuego pálido alumbra las cambiantes dunas. Cuarenta metros hacia el este, la Esfinge es un contorno crepitante y pulsátil. Ondas de corriente se desplazan por los extensos apéndices que muchos llaman alas.

Brawne Lamia mira alrededor, no encuentra indicios del padre Hoyt, piensa en pedir ayuda. Comprende que el fragor del viento se le llevará la voz. Se pregunta si el sacerdote sólo habrá ido a otra tienda o a la tosca letrina que está a veinte metros, pero algo le dice que no es así. Mira la Esfinge y por un instante le parece ver la silueta de un hombre —capa negra ondeante como un pendón caído, hombros encorvados— perfilado contra el fulgor de estática de la tumba.

Una mano le toca el hombro.

Brawne Lamia se aparta, se agazapa para luchar; el puño izquierdo extendido, la mano derecha rígida. Reconoce el cuerpo alto

y escuálido de Kassad. Relámpagos diminutos acarician la delgada silueta del coronel cuando se acerca para gritarle al oído.

—¡Ha ido hacia allí!

El largo y negro brazo de espantajo señala la Esfinge.

Lamia asiente y responde con otro grito, una voz casi inaudible en la ventisca.

—¿Despertamos a los demás?

Había olvidado que Kassad montaba guardia. ¿No dormía nunca aquel hombre?

Fedmahn Kassad niega con la cabeza. Tiene los visores levantados y el casco desestructurado forma una capucha sobre la espalda del traje de combate. Kassad parece muy pálido en el fulgor del traje. Señala la Esfinge. Lleva el rifle multipropósito de FUERZA en el brazo izquierdo. Granadas, binoculares y otros elementos cuelgan de los ganchos y correas de la armadura. De nuevo señala la Esfinge.

—¿Se lo llevó el Alcaudón? —grita Lamia.

Kassad niega con la cabeza.

—¿Puede usted verle? —Lamia señala el visor nocturno y los binoculares.

—No —dice Kassad—. La tormenta interfiere las huellas térmicas.

Brawne Lamia vuelve la espalda al viento y las partículas le pinchan el cuello como dardos. Consulta el comlog, pero éste sólo indica que Hoyt está vivo y en movimiento, por la banda común no se transmite nada más. Se acerca a Kassad, y las espaldas de ambos forman una muralla contra la tormenta.

—¿Lo seguimos? —grita Lamia.

Kassad sacude la cabeza.

—No podemos dejar el perímetro sin custodia. He instalado mecanismos de vigilancia, pero… —Señala la tormenta.

Brawne Lamia regresa a la tienda, se calza las botas y sale con la capa multiclima y la pistola automática de su padre. En el bolsillo de la capa lleva un arma más convencional, un paralizador Gier.

—Entonces, iré yo —decide.

Al principio cree que el coronel no lo ha oído, pero pronto ve un destello de aprobación en los ojos pálidos. Él se toca el comlog militar que lleva en la muñeca.

Lamia asiente y se cerciora de que su implante y comlog estén sintonizados en la banda más ancha.

—Regresaré pronto —asegura, mientras escala la creciente duna. Las perneras de sus pantalones relucen con la descarga de estática. Pulsaciones plateadas de corriente vibran en la arremolinada superficie de arena.

A veinte metros del campamento, Lamia ya no distingue al coronel. Diez metros más allá se yergue la Esfinge. No hay rastro del padre Hoyt, las huellas no se conservan ni diez segundos en la tormenta.

La ancha entrada de la Esfinge está abierta, estuvo abierta desde que la humanidad conoció este lugar. Ahora es un rectángulo negro en una pared radiante. La lógica sugería que Hoyt iría allí, al menos para protegerse de la tormenta, pero algo que trasciende la lógica le indica que éste no es el destino del sacerdote.

Brawne Lamia se guarece en la Esfinge para sacudirse la arena de la cara y respirar libremente por un instante, pero luego continúa a lo largo de una senda apisonada entre las dunas. Al frente, la Tumba de Jade emite un fulgor verde y lechoso. Las suaves curvas y crestas parecen bañadas en aceite.

Lamia entorna los ojos y ve una figura perfilada contra ese fulgor. De repente, la figura desaparece, porque ha entrado en la tumba o porque se ha vuelto invisible contra el semicírculo negro de la entrada.

Lamia agacha la cabeza y avanza impulsada por el viento.

4

El informe militar se prolongaba. Sospecho que dichas reuniones han compartido las mismas características —un tono monocorde y vibrante—, el sabor rancio del exceso de café, la humareda en el aire, fajos de documentos y el vértigo cortical de los accesos de implante durante muchos siglos. Sospecho que era más sencillo en mi infancia; Wellington reunía a sus hombres, a quienes con frialdad y precisión llamaba «la hez de la tierra», no les decía nada y los enviaba a la muerte.

Observé de nuevo al grupo. Estábamos en una sala inmensa: paredes grises con rectángulos de luz blanca, moqueta gris, mesa en herradura color metal con controles negros, jarras de agua. La FEM Meina Gladstone estaba sentada en el centro del arco de la mesa, los senadores y ministros cerca de ella, los militares y otros funcionarios de segundo rango más lejos.

Detrás de todos estaban sentados los inevitables enjambres de ayudantes, y detrás de éstos —en sillas menos confortables— los asistentes de los ayudantes. Ningún miembro de FUERZA ostentaba un grado inferior a coronel.

Yo no tenía silla. Con otro grupo de invitados, que a todas luces, no cumplían ningún propósito, estaba sentado en un taburete cerca de un rincón, a veinte metros de la FEM y aún más lejos del oficial que hablaba, un joven coronel con un puntero en la mano y sin titubeos en la voz. A espaldas del coronel se erguía la losa dorada y gris de un proyector de datos, al frente la omniesfera típica de cualquier holofoso. De vez en cuando, el proyector se enturbiaba y cobraba vida o complejos hologramas cubrían el aire. Miniaturas de estos diagramas relucían en cada pantalla y revoloteaban sobre algunos comlogs.

Yo observaba a Gladstone y dibujaba bocetos.

Al despertar esa mañana en la sala de Huéspedes de la Casa de Gobierno, con la brillante luz de Tau Ceti atravesando los cortinajes color melocotón que se habían abierto automáticamente a las 0630, quedé desorientado por un instante. Todavía perseguía a Lenar Hoyt, todavía sentía miedo del Alcaudón y de Het Masteen. Luego, como si una potestad me hubiera concedido el deseo de soñar mis propios sueños, sufrí un minuto de confusión, y me quedé sentado, jadeando, mirando en torno alarmado, temiendo que la moqueta color limón y la luz ambarina se disiparan como un sueño febril, dejando sólo el dolor, la flema y las terribles hemorragias, la sangre sobre el lino, la luminosa sala disolviéndose en las sombras de mi oscuro apartamento de la Piazza di Spagna mientras Joseph Severn inclinaba hacia mí el delicado rostro pintando mi muerte.

Me duché dos veces, primero con agua y luego con vibraciones sónicas, me puse el flamante traje gris que me aguardaba en la cama recién hecha cuando salí del cuarto de baño y enfilé hacia el patio este, donde —según me informaba un mensaje grabado— se servía el desayuno para los huéspedes.

El zumo de naranja estaba recién exprimido. El tocino era crujiente y auténtico. El periódico decía que la FEM Gladstone dirigiría un discurso a la Red a través de la Entidad Suma y los medios a las 1030, hora estándar. Las páginas estaban llenas de noticias referentes a la guerra. Fotos bidimensionales de la armada relucían a todo color. El general Morpurgo fruncía el ceño en la página tres; el periódico lo llamaba «el héroe de la Segunda Rebelión de Height».

Diana Philomel me miró de soslayo desde la mesa donde comía con su esposo Neanderthal. Llevaba un vestido más formal, azul oscuro, mucho menos revelador, pero un corte al costado permitía un atisbo del espectáculo de la noche anterior. No me quitó los ojos de encima mientras cogía una loncha de tocino con uñas pintadas y mordía con cuidado.

Hermund Philomel gruñó al leer una noticia agradable en las páginas financieras.

—El grupo de migración éxter, comúnmente llamado enjambre, fue detectado por equipos sensores de distorsión Hawking en el sistema Camn hace poco más de tres años estándar —decía el joven oficial encargado de presentar el informe—. Inmediatamente después, la Fuerza Especial 42 de FUERZA, preparada para la evacuación del sistema de Hyperion, pasó a estatus C máximo desde Parvati con órdenes selladas de crear una capacidad teleyectora al alcance de Hyperion. Al mismo tiempo, la Fuerza Especial 87.2 fue enviada desde Solkov-Tikata, alrededor de Camn III, con órdenes de reunirse con la fuerza de evacuación del sistema de Hyperion, para hallar el grupo migratorio éxter, trabar combate y destruir sus componentes militares. —En el proyector, frente al joven coronel, aparecieron imágenes de la armada. El militar señaló con el puntero y un haz color rubí atravesó el holo más grande hasta iluminar una de las naves 3C de la formación—. La Fuerza Especial 87.2 está a las órdenes del almirante Nashita, a bordo de la nave *Hébridas*…

—Sí, sí —rezongó el general Morpurgo—, ya sabemos todo esto, Yani. Vaya al grano.

El joven coronel fingió una sonrisa, asintió y continuó con voz menos segura.

—Durante las últimas setenta y dos horas estándar, transmisiones ultralínea codificadas de la Fuerza Especial 42 han indicado intensos combates entre elementos de exploración de la Fuerza Especial y elementos de avanzada del grupo migratorio éxter…

—El enjambre —interrumpió Leigh Hunt.

—Sí —dijo Yani. Se volvió hacia el proyector y cinco metros de vidrio escarchado cobraron vida. Para mí el despliegue era un incomprensible laberinto de símbolos arcanos, vectores de color, códigos de sustrato y acrónimos de FUERZA que configuraban una incomprensible jerigonza. Quizá tampoco tuviera sentido para los

altos oficiales y políticos presentes en la sala, pero nadie lo dio a entender. Inicié un nuevo dibujo de Gladstone, con el perfil de bulldog de Morpurgo al fondo.

—Aunque los primeros informes sugerían cerca de cuatro mil estelas Hawking, esta cifra induce a la confusión —continuó el coronel Yani. Me pregunté si ése era el nombre o el apellido—. Como ustedes saben, los enjambres éxter pueden incluir hasta diez mil unidades, pero la mayoría son pequeñas y no portan armamento o son militarmente irrelevantes. Las señales de microondas, ultralínea y otros tipos de emisión sugieren…

—Excúseme —intervino Meina Gladstone, cuya voz enérgica contrastaba con el tono melifluo del oficial—, pero ¿puede usted decirnos cuántas naves éxter son militarmente *relevantes*?

—Ah… —dudó el coronel, quien miró de soslayo a sus superiores.

El general Morpurgo carraspeó.

—Seiscientas, a lo sumo setecientas —respondió—. Nada de qué preocuparse.

La FEM Gladstone enarcó las cejas.

—¿Y con cuántos efectivos contamos?

Morpurgo indicó al joven coronel que adoptara la posición de descanso.

—La Fuerza Especial 42 —contestó— tiene sesenta naves, FEM. La Fuerza…

—¿La Fuerza 42 es el grupo de evacuación? —preguntó Gladstone.

El general Morpurgo asintió, y creí ver un aire condescendiente en la sonrisa.

—Así es. La Fuerza 87.2, el grupo de batalla que penetró en el sistema hace una hora…

—¿Sesenta naves bastan para hacer frente a seiscientas o setecientas? —preguntó Gladstone.

Morpurgo miró de soslayo a otro oficial, como pidiendo paciencia.

—Sí —aseguró—, de sobras. Debe usted entender, FEM, que seiscientas unidades Hawking parecen muchas, pero no son

peligrosas cuando impulsan unidades simples exploradoras o esas naves de ataque de cinco personas que llaman lanceros. La Fuerza 42 consiste en casi dos docenas de gironaves. Incluidas la *Sombra del Olimpo* y *Estación Neptuno*. Cada una de ellas puede lanzar más de cien cazas o torpederos. —Morpurgo hurgó en el bolsillo, extrajo un cigarrillo del tamaño de un puro, pareció recordar que a Gladstone no le agradaban y se lo guardó en la chaqueta. Frunció el ceño—. Cuando la Fuerza 87.2 complete su despliegue, tendremos poder de fuego para habérnoslas con una docena de enjambres. —Indicó a Yani que continuara.

El coronel se aclaró la garganta y señaló el despliegue visual con el puntero.

—Como ustedes ven, la Fuerza 42 no tuvo problemas en despejar el volumen de espacio necesario para iniciar la construcción del teleyector. Esta construcción se inició hace seis semanas, tiempo estándar, y se completó ayer a las 1624 horas estándar. Los primeros ataques éxter de hostigamiento fueron repelidos sin bajas por parte de la Fuerza 42, y durante las últimas cuarenta y ocho horas se ha librado una gran batalla entre nuestras unidades de vanguardia y las principales fuerzas éxter. El foco de esta escaramuza estuvo aquí. —Yani gesticuló con el puntero y una parte del proyector palpitó con una luz azul—, veintinueve grados por encima del plano de la eclíptica, a treinta UA del sol de Hyperion, aproximadamente 0,35 UA del linde hipotético de la nube de Oort del sistema.

—¿Bajas? —preguntó Leigh Hunt.

—Dentro de los límites aceptables para un enfrentamiento de esta duración —dijo el joven coronel, quien no parecía haber estado siquiera a un año-luz de un enfrentamiento. El cabello rubio peinado de lado brillaba bajo el resplandor intenso de los focos—. Sufrimos la pérdida o destrucción de veintiséis cazas, dos torpederos, tres naves-antorcha, el transporte de combustible *Orgullo de Asquith* y el crucero *Draconi III*.

—¿Cuántas bajas *humanas*? —preguntó la FEM Gladstone con voz serena.

Yani miró de soslayo a Morpurgo, pero respondió la pregunta.

—Dos mil trescientas. Pero se están realizando operaciones de rescate, y hay esperanzas de hallar supervivientes del Draconi. —El coronel se alisó la túnica y continuó—: Tengamos en cuenta que hemos confirmado la destrucción de por lo menos ciento cincuenta naves éxters. Nuestras incursiones dentro del enjambre han dado como resultado la destrucción de treinta a sesenta naves más, incluyendo cometas con granjas, naves procesadoras de mineral y por lo menos un grupo de mando.

Meina Gladstone se frotó los dedos.

—¿La estimación de nuestras bajas incluye a los pasajeros y tripulantes de la nave-árbol *Yggdrasill* que estaba destinada a la evacuación?

—No —respondió Yani—. Aunque en ese momento los éxters efectuaban una incursión, nuestro análisis indica que la *Yggdrasill* no fue destruida por la acción enemiga.

Gladstone enarcó las cejas de nuevo.

—¿Qué ocurrió?

—Sabotaje, por lo que sabemos —respondió el coronel. Proyectó otro diagrama del sistema de Hyperion.

El general Morpurgo miró su comlog y ordenó:

—Pase a las defensas terrestres, Yani. La FEM debe pronunciar un discurso dentro de treinta minutos.

Terminé el bosquejo de Gladstone y Morpurgo, me desperecé, busqué otro tema. Leigh Hunt parecía un desafío, con sus rasgos borrosos y contraídos. Cuando alcé los ojos, el holograma detuvo su giro para descomponerse en una serie de proyecciones planas —oblicua equirrectangular, Bonne, ortográfica, roseta, Vander Grinten, Gores, homoloseno interrumpido de Goode, gnomónica, sinusoidal, azimutal, Briesemeister, Buckminster, cilíndrica Miller; multicoligrafiada, satelital estándar— antes de resolverse en un mapa Robinson-Baird de Hyperion.

Sonreí. Eso había sido lo más agradable desde el comienzo del informe. Varios allegados de Gladstone se movían con impaciencia.

Querían pasar por lo menos diez minutos con la FEM antes de la emisión.

—Como ustedes saben —comenzó el coronel—, Hyperion es Vieja Tierra estándar hasta nueve coma ocho nueve en la escala Thuron-Laumier…

—Demonios —gruñó Morpurgo—, explique la disposición de las tropas y terminemos con esto.

—Sí, señor. —Yani tragó saliva y alzó el puntero. La voz ya no sonaba confiada—. Como ustedes saben… —Señaló el continente boreal, que flotaba como un mal bosquejo de la cabeza y el pescuezo de un caballo y terminaba escabrosamente donde comenzarían el pecho y los músculos traseros de la bestia—, esto es Equus. Tiene otro nombre oficial, pero todos lo llaman así desde… Esto es Equus. La cadena de islas que va hacia el sudeste, aquí y aquí, se llama el Gato y las Nueve Colas. Se trata de un archipiélago con más de cien… De cualquier modo, el segundo continente se llama Aquila, y tal vez ustedes adviertan que parece una águila de Vieja Tierra, con el pico aquí, en la costa noroeste, y las garras aquí, al sudoeste, y al menos un ala levantada aquí, hacia la costa nordeste. Esta sección es la llamada Meseta del Piñón y resulta casi inaccesible debido a los bosques flamígeros; pero aquí y aquí, al sudoeste, están las principales plantaciones de fibroplástico…

—La disposición de las tropas —gruñó Morpurgo.

Dibujé a Yani. Descubrí que es imposible plasmar el brillo del sudor a lápiz.

—Sí, señor. El tercer continente es Ursus, que parece un oso… pero allí no desembarcaron tropas de FUERZA porque es polar, casi inhabitable, aunque la Fuerza de Autodefensa de Hyperion tiene allí una estación de escucha… —Yani pareció comprender que estaba divagando. Recobró la compostura, se enjugó el labio superior con el dorso de la mano y continuó con voz más aplomada—. Los principales efectivos terrestres de FUERZA están aquí y aquí. —El puntero iluminó zonas cercanas a Keats, la capital, en lo alto del pescuezo de Equus—. Las unidades espaciales de FUERZA custodian

el principal puerto espacial de la capital, así como campos secundarios aquí y aquí. —Tocó las ciudades de Endimión y Puerto Romance, ambas en el continente de Aquila—. Las unidades terrestres de FUERZA han establecido instalaciones defensivas aquí… —Dos docenas de luces rojas parpadearon, la mayoría en el pescuezo y la crin de Equus, pero varias en el pico de Aquila y la región de Puerto Romance—. Incluyen elementos de los marines, así como defensas terrestres, componentes tierra-aire y tierra-espacio. El alto mando espera que no se repita lo de Bressia y no se produzcan batallas en el planeta mismo, pero si los éxters intentaran una invasión, estamos preparados para ello.

Meina Gladstone consultó su comlog. Faltaban diecisiete minutos para su transmisión en vivo.

—¿Qué hay de los planes de evacuación?

El aplomo de Yani se derrumbó. Miró con desesperación a sus oficiales superiores.

—No habrá evacuación —explicó el almirante Singh—. Era un cebo, una trampa para los éxters.

Gladstone unió los dedos.

—Hay varios millones de personas en Hyperion, almirante.

—Sí —admitió Singh—, y las protegeremos, pero es impensable evacuar siquiera a los sesenta mil ciudadanos de la Hegemonía. La entrada de tres millones de personas en la Red sembraría el caos. Además, por razones de seguridad, resulta imposible.

—¿El Alcaudón? —preguntó Leigh Hunt.

—Razones de seguridad —aclaró el general Morpurgo. Se levantó y cogió el puntero de Yani. El joven titubeó un instante, sin ver un sitio donde sentarse o permanecer de pie, y al fin se dirigió hacia el lado de la sala donde estaba yo, adoptó la posición de descanso y miró algo en el techo, tal vez el final de su carrera militar.

—La Fuerza Especial 87.2 está dentro del sistema —informó Morpurgo—. Los éxters se han replegado al centro del enjambre, a sesenta UA de Hyperion. En la práctica, el sistema está a salvo. Hyperion está a salvo. Estamos aguardando un contraataque, pero

sabemos que podemos repelerlo. En la práctica, insisto, ahora Hyperion forma parte de la Red. ¿Alguna pregunta?

No hubo ninguna, Gladstone salió con Leigh Hunt, un grupo de senadores y sus asistentes. Los militares se agruparon por rangos. Los ayudantes se dispersaron. Los pocos periodistas autorizados para estar en la sala corrieron hacia las cámaras que aguardaban en el exterior. El joven coronel Yani permaneció en posición de descanso, la mirada perdida, la cara muy pálida.

Me quedé sentado un instante, observando el mapa de Hyperion. La semejanza del continente Equus con un caballo se acentuaba a esta distancia. Podía distinguir las montañas de la Cordillera de la Brida y el color anaranjado del alto desierto debajo del «ojo» del caballo. No había posiciones defensivas de FUERZA en el norte, ningún símbolo excepto un diminuto fulgor rojo que quizá fuera la abandonada Ciudad de los Poetas. Las Tumbas de Tiempo no estaban marcadas, como si no tuvieran ninguna relevancia militar, ninguna función en los acontecimientos. Pero yo sabía que no era así. Sospechaba que toda la guerra, el desplazamiento de millares, el destino de millones o miles de millones, dependía de los actos de seis personas en aquella franja anaranjada y amarilla que no aparecía en el mapa.

Cerré la libreta, me guardé los lápices en los bolsillos, busqué una salida y me fui.

Leigh Hunt me salió al encuentro en uno de los largos pasillos que conducían a la entrada principal.

—¿Se marcha usted?

Contuve el aliento.

—¿Acaso no tengo permiso?

Hunt sonrió, si se podía llamar sonrisa a aquel plegamiento de finos labios.

—Desde luego que sí, Severn. Pero la FEM Gladstone me ha pedido que le informe que desea hablar de nuevo con usted esta

tarde.

—¿Cuándo?

Hunt se encogió de hombros.

—Después del discurso, cuando más le convenga a usted.

Asentí. Millones de aduladores, buscadores de empleo, aspirantes a biógrafos, empresarios, fanáticos de la FEM y asesinos en potencia darían cualquier cosa por hablar un minuto con la líder más visible de la Hegemonía, incluso unos segundos con la FEM Gladstone. En cambio, yo podía visitarla «cuando más me conviniera». Nadie había dicho jamás que el universo fuera cuerdo.

Me deshice de Leigh Hunt y busqué la salida del frente.

Por larga tradición, el palacio del gobernador no tenía portales teleyectores públicos en el interior. Dejé atrás los mecanismos de seguridad de la entrada principal, crucé el jardín y al cabo de un corto trecho llegué al edificio blanco y bajo que oficiaba de cuartel general de la prensa y términex. Los periodistas estaban apiñados alrededor de un foso de proyección donde el conocido rostro de Lewellyn Drake, «la voz de la Entidad Suma», calificaba el discurso de Gladstone como «de vital importancia para la Hegemonía». Encontré un portal libre, presenté mi tarjeta universal y fui en busca de un bar.

La Confluencia era el único sitio de la Red donde uno se podía teleyectar gratis. Cada mundo de la Red había ofrecido por lo menos una de sus mejores manzanas urbanas. —TC^2 brindaba veintitrés manzanas— para compras, entretenimientos, restaurantes elegantes y bares. Sobre todo bares.

Como el río Tetis, la Confluencia circulaba entre portales de tamaño militar de doscientos metros de altura.

Con las autoconexiones, la calle causaba el efecto de un toroide de delicias materiales de cien kilómetros.

Uno podía disfrutar, como yo aquella mañana, del brillante sol de Tau Ceti mientras miraba el neón y los hologramas del tramo

nocturno de Deneb Drei; atisbar el paseo principal de Lusus sabiendo que más allá se encontraban las sombreadas tiendas de Bosquecillo de Dios, con su galería de ladrillos y sus ascensores para Copa-del-Árbol, el restaurante más caro de la Red.

Me importaba un bledo. Yo sólo buscaba un bar tranquilo.

Los bares de TC^2 estaban llenos de burócratas, periodistas y hombres de negocios, así que cogí un vehículo y me bajé en la calle mayor de Sol Draconi Septem. La gravedad desalentaba a muchos —incluso a mí— pero eso significaba menos gente en los bares, y la poca que los frecuentaba estaba allí para beber.

Escogí un bar de planta baja, escondido bajo las columnas y conductos que conducían a la pérgola principal. El interior estaba oscuro: paredes oscuras, madera oscura y parroquianos oscuros, de tez tan negra como pálida era la mía. Era un buen sitio para beber y a eso me dediqué, empezando con un escocés doble y continuando con medidas cada vez más generosas.

Ni siquiera allí estaba libre de Gladstone. Un televisor de pantalla plana mostraba la cara de la FEM con el trasfondo azul y oro que usaba para las emisiones oficiales. Varios bebedores se habían reunido para mirar. Oí fragmentos del discurso: «… garantizar la seguridad de los ciudadanos de la Hegemonía y… no podemos permitir amenazas para la seguridad de la Red ni nuestros aliados en… he autorizado, pues, una respuesta militar plena…».

—¡Bajen ese trasto! —Descubrí con asombro que era yo quien gritaba. Los parroquianos me fulminaron con la mirada, pero bajaron el volumen. Observé por un instante el movimiento de la boca de Gladstone, luego pedí otro doble al camarero.

Un rato después —tal vez horas— aparté los ojos del vaso y comprendí que una persona se había sentado frente a mí en el oscuro reservado. Tardé un instante en reconocerla en la penumbra. Por un momento pensé *Fanny* y el corazón se me desbocó, pero al final parpadeé y dije:

—Lady Philomel.

Aún llevaba el vestido azul oscuro que se había puesto para el desayuno, pero el escote parecía más pronunciado. El rostro y los hombros brillaban en la penumbra.

—Severn —susurró—, he venido a pedirte que cumplas con tu promesa.

—¿Promesa? —Llamé al camarero, pero no me hizo caso. Fruncí el ceño y miré a Diana Philomel—. ¿Qué promesa?

—La de dibujarme, claro. ¿Has olvidado lo que prometiste en la fiesta?

Chasqueé los dedos, pero el insolente camarero no se dignó mirarme.

—Ya te dibujé —dije.

—Sí —admitió lady Philomel—, pero no me dibujaste *toda*.

Suspiré y terminé el escocés.

—Estaba bebiendo —objeté.

—Ya veo —sonrió lady Philomel.

Me levanté para ir en busca del camarero, lo pensé mejor y me senté lentamente en la gastada madera del banco.

—Armagedón —dije—. Están jugando con el Armagedón. —Miré a la mujer entornando los ojos—. ¿Conoces esa palabra?

—No creo que te sirvan más alcohol —indicó—. Tengo bebida en mi casa. Podrías beber mientras dibujas.

Entorné de nuevo los ojos, esta vez con aire astuto. Aunque hubiera tomado algunos tragos, no había perdido la lucidez.

—Tu marido —señalé.

Diana Philomel me obsequió una sonrisa radiante.

—Está pasando unos días en el palacio del gobernador —susurró —. No puede estar alejado del poder en un momento tan trascendente. Ven, tengo mi vehículo fuera.

No recuerdo haber pagado, pero supongo que lo hice. O tal vez se encargó lady Philomel. No recuerdo que ella me llevara al exterior, pero supongo que alguien lo hizo. Tal vez un chófer. Recuerdo a un hombre con túnica y pantalones grises, recuerdo estar apoyado en él.

El vehículo electromagnético tenía una burbuja, polarizada en el exterior pero muy transparente desde el interior de mullidos cojines. Conté un par de portales y luego nos alejamos de la Confluencia, elevándonos sobre campos azules bajo un cielo amarillo. Lujosas casas de ébano se erguían sobre colinas rodeadas por campos de amapolas y lagos broncíneos. ¿Vector Renacimiento? Era un enigma demasiado difícil de descifrar en ese momento, así que apoyé la cabeza en la burbuja y decidí descansar. Tenía que estar en forma para dibujar a lady Philomel. Je, je.

La campiña se deslizaba allá abajo.

5

El coronel Fedmahn Kassad se dirige a la Tumba de Jade siguiendo a Brawne Lamia y al padre Hoyt a través de la tormenta de polvo. Había mentido a Lamia: su visor nocturno y sus sensores funcionan bien a pesar de las descargas eléctricas. Seguir a ambos parecía el mejor modo de encontrar al Alcaudón. Kassad recuerda las cacerías de leones en Hebrón: había que amarrar una cabra y esperar.

Los datos de los sistemas de vigilancia que había instalado alrededor del campamento fluctúan en la pantalla táctica y susurran en el implante.

Kassad corre el riesgo calculado de dejar sin protección a Weintraub, Rachel, Martin Silenus y el cónsul, excepto por las automáticas y una alarma. De todos modos, Kassad duda que ni siquiera él pueda detener al Alcaudón. Todos son cabras amarradas, esperando. Pero antes de morir, Kassad está resuelto a hallar a la mujer, el fantasma llamado Moneta.

El viento arrecia y aúlla, reduciendo la visibilidad normal a cero y tamborileando en la armadura. Las dunas fulguran con las descargas y pequeños relámpagos crepitan en las botas y las piernas de Kassad mientras procura seguir el rastro calórico de Lamia. Llegan informes desde el comlog conectado. Los canales cerrados de Hoyt sólo revelan que está vivo y en movimiento.

Kassad pasa bajo el ala tendida de la Esfinge, sintiendo ese peso invisible que cuelga como una gran bota de acero. Luego desciende por el valle, percibiendo la Tumba de Jade como una ausencia de calor en infrarrojo, un contorno frío. Hoyt está entrando en la abertura semiesférica; Lamia lo sigue a veinte metros. Nada más se mueve en el valle. Los sistemas de vigilancia del campamento, ocultos por la noche y la tormenta, revelan que Sol y la niña

duermen, que el cónsul está despierto pero inmóvil, que no hay nada más dentro del perímetro.

Kassad quita el seguro del arma y avanza a grandes pasos. Daría cualquier cosa por tener acceso a un satélite de localización y los canales tácticos completos en vez de habérselas con la imagen parcial de una situación fragmentada. Se encoge de hombros y continúa la marcha.

Brawne Lamia avanza trabajosamente los últimos quince metros que la separan de la Tumba de Jade. El viento se transforma en un vendaval y la arroja de bruces sobre la arena. Verdaderos relámpagos desgarran ahora el cielo en grandes estallidos que alumbran la tumba fulgurante. Lamia intenta llamar a Hoyt, Kassad o los demás, segura de que nadie puede estar durmiendo en el campamento, pero el comlog y los implantes sólo escupen estática y las bandas registran un parloteo confuso. Después de la segunda caída, Lamia se incorpora y mira al frente; no había tenido indicios de Hoyt desde que entrevió a alguien avanzando hacia la entrada.

Lamia empuña la pistola automática de su padre y se pone en pie, aprovechando la inercia del viento. Se detiene ante la entrada semiesférica.

Sea por la tormenta, la electricidad o lo que fuere, la Tumba de Jade irradia un fulgor verde bilioso que se confunde con las dunas y tiñe las manos de Lamia como si formaran parte de la tumba. Lamia hace un último intento para llamar a alguien con el comlog y entra.

El padre Lenar Hoyt de la Compañía de Jesús, una institución de mil doscientos años, residente en Nuevo Vaticano de Pacem, y leal servidor de Su Santidad el papa Urbano XVI, grita obscenidades.

Está perdido y dolorido. Las anchas salas cercanas a la entrada de la Tumba de Jade se han hecho más estrechas y el corredor gira sobre sí mismo. El padre Hoyt está extraviado en una serie de

catacumbas, vaga entre brillantes paredes verdes, en un laberinto que no recuerda haber visto en sus exploraciones diurnas ni en los mapas. El dolor —el dolor que lo acompaña desde hace años, el dolor que ha sido su compañero desde que la tribu de los bikura le implantó los dos cruciformes, el suyo y el de Paul Duré— ahora amenaza enloquecerlo con renovada intensidad.

De nuevo los pasillos estrechos, Lenar Hoyt grita sin darse cuenta, sin reparar en sus palabras, términos que no usa desde la infancia. Liberarse del dolor. Liberarse del peso de llevar el ADN, la personalidad, el alma de Duré en el parásito cruciforme de la espalda. Y de sufrir la terrible maldición de su propia y abyecta resurrección en el cruciforme del pecho.

Pero mientras grita sabe que no fueron los bikura, ahora muertos, quienes lo condenaron a semejante dolor: esos colonos perdidos, resucitados tantas veces por los cruciformes que se habían idiotizado, meros vehículos de su propio ADN y el de sus parásitos, también eran sacerdotes del Alcaudón.

El padre Hoyt de la Compañía de Jesús trae un recipiente de agua bendecida por Su Santidad, una eucaristía consagrada en una solemne misa mayor y una copia del antiguo rito eclesiástico del exorcismo. Ahora olvida esas cosas, guardadas en una burbuja de Perspex en el bolsillo de la capa.

Hoyt tropieza con una pared y grita de nuevo. El dolor es una fuerza indescriptible y la ampolla de ultramorfina que se inyectó quince minutos atrás no lo atenúa. El padre Hoyt se araña la ropa hasta arrancarse la gruesa capa, la túnica negra y el cuello romano, los pantalones, la camisa y la ropa interior, hasta quedar desnudo, tiritando de frío y dolor en los relucientes pasillos de la Tumba de Jade, gritando obscenidades en la noche.

Avanza desmañadamente, encuentra una abertura y entra en una sala más grande que no recuerda. Paredes desnudas y traslúcidas se elevan treinta metros a cada lado de un espacio vacío. Hoyt cae sobre las manos y las rodillas, mira abajo y nota que el suelo se ha vuelto casi transparente. Está contemplando un conducto vertical

debajo de aquel suelo que es una delgada membrana, un conducto que desciende un kilómetro o más hasta las llamas. La pulsación rojiza del fuego inunda la sala.

Hoyt rueda a un costado y ríe. Si se trata de una imagen del infierno hecha a propósito para él, es un fracaso. Hoyt tiene una imagen táctil del infierno: es el dolor que le araña las venas y las entrañas como un alambre dentado. El infierno es también otras cosas: niños muertos de hambre en los barrios bajos de Armaghast, políticos sonrientes enviando a los jóvenes a morir en guerras coloniales. El infierno es la idea de una Iglesia agonizante, cuyos últimos creyentes son un puñado de ancianos que llenan sólo algunos bancos en las enormes catedrales de Pacem. El infierno es la hipocresía de decir misa mientras el obsceno cruciforme le palpita sobre el corazón.

Sopla una ráfaga de aire caliente y un tramo del suelo se desliza hasta abrir un escotillón hacia el conducto inferior. El hedor del azufre inunda la sala. Hoyt se ríe del cliché, pero pronto la risa se transforma en sollozo.

Ahora está de rodillas, raspándose con unas uñas ensangrentadas los cruciformes del pecho y la espalda. Los magullones en forma de cruz fulguran en la luz roja. Hoyt oye el fragor de las llamas.

—¡Hoyt!

Aún sollozando, se vuelve hacia la mujer —Lamia— que está en la puerta. Ella mira más allá de Hoyt y alza una antigua pistola. Tiene los ojos muy abiertos.

El padre Hoyt siente el calor a sus espaldas, percibe un rugido de horno distante, pero ante todo oye el metal que patina y araña la piedra. Pasos.

Aún aferrándose la cuña ensangrentada del pecho, Hoyt se vuelve, las rodillas despellejadas contra el suelo.

Primero ve la sombra: diez metros de ángulos aguzados, espinas, cuchillas, piernas como barras de acero con un cinturón de cimitarras en rodillas y talones. Luego, a través de la pulsación de

luz caliente y sombra negra, Hoyt distingue los ojos. Mil facetas rojas y relucientes, un láser atravesando rubíes gemelos, encima del cuello de espinas de acero y el pecho de mercurio donde se reflejan llamas y sombras.

Brawne Lamia dispara la pistola de su padre. El eco de las detonaciones retumba por encima del fragor de las llamas.

El padre Lenar Hoyt se vuelve hacia ella, alza una mano.

—¡No lo haga! —grita—. ¡Él concede un deseo! Tengo que…

El Alcaudón, que estaba *allá* a cinco metros, de pronto está *aquí* frente a Hoyt.

Lamia sigue disparando. Hoyt alza la mirada, ve su propio reflejo en el cromo pulido del caparazón, ve algo más en los ojos del Alcaudón, y de pronto éste desaparece. Hoyt alza la mano despacio, se toca la garganta, mira la cascada roja que le empapa las manos, el pecho, el cruciforme, el vientre.

Se vuelve hacia la puerta y ve que Lamia lo observa aterrorizada. En ese instante comprende que el dolor ha desaparecido. Abre la boca para hablar pero sólo brota un surtidor rojo. Hoyt mira hacia abajo, advierte que está desnudo, ve la sangre que le mana de la barbilla y del pecho, derramándose sobre el suelo oscurecido, brotando como si alguien hubiera volcado un cubo de pintura roja. No ve nada más cuando se desploma lentamente en el suelo.

6

El cuerpo de Diana Philomel ostentaba toda la perfección que podían lograr la ciencia cosmética y la destreza de los ARNistas. Después de despertar, me quedé en el lecho varios minutos para admirarla. La clásica curva de la espalda, la cadera y el flanco ofrecía una geometría más bella y poderosa que cualquier hallazgo de Euclides: dos hoyuelos visibles por encima del fascinante arco de un trasero blanco como la leche, una intersección de ángulos blandos, muslos carnosos, más sensuales y sólidos de lo que jamás podría ser cualquier punto de la anatomía masculina.

Lady Diana estaba dormida, o eso parecía. Nuestras ropas yacían desperdigadas por la verde alfombra. A través de la densa luz magenta y azul que atravesaba los ventanales se veían las copas de árboles dorados. Grandes hojas de papel de dibujo yacían desparramadas, encima y debajo de nuestras prendas. Me incliné a la izquierda, alcé una hoja y vi un apresurado bosquejo de pechos, muslos, un brazo corregido con precipitación, un rostro sin rasgos. Realizar un estudio al natural estando borracho y en medio de una seducción no es la mejor fórmula para la calidad artística.

Gemí, rodé sobre mi espalda y estudié las volutas esculpidas en el alto techo. Si aquella mujer hubiera sido Fanny, jamás me habría movido. No lo era, así que me levanté, encontré mi comlog, advertí que era de madrugada en Centro Tau Ceti —catorce horas después de mi cita con la FEM— y fui al cuarto de baño en busca de una pastilla para la resaca.

En el botiquín de lady Diana había una variedad de medicamentos para escoger. Además de la habitual aspirina y las endorfinas, vi estimulantes, tranquilizantes, tubos de Flashback, inyecciones orgásmicas, pistones para empalmes cefálicos, inhaladores de cannabis, cigarrillos de tabaco y un centenar de drogas menos identificables. Encontré un vaso y engullí dos píldoras

contra la resaca. La náusea y la jaqueca se disiparon en cuestión de unos segundos.

Lady Diana estaba despierta, sentada en la cama, aún desnuda, cuando regresé. Iba a sonreírle cuando vi a los dos hombres plantados junto a la puerta del este. Ninguno era el marido, aunque ambos eran igualmente corpulentos y compartían aquel estilo bestial que Hermund Philomel había perfeccionado.

A lo largo de la historia humana, sin duda hubo algún hombre que fue capaz de enfrentarse, sorprendido y desnudo, a dos forasteros totalmente vestidos y potencialmente hostiles (machos rivales, por así decirlo) *sin* acobardarse, *sin* sentir la urgencia de encorvarse para cubrirse los genitales y sin sentirse totalmente vulnerable y en desventaja, pero yo no soy ese personaje.

Me encorvé cubriéndome los genitales, retrocedí, farfullé «¿Qué…? ¿Quiénes…?». Me volví hacia Diana Philomel buscando ayuda y le vi la sonrisa, una sonrisa que congeniaba con la crueldad que antes le había descubierto en la mirada.

—Cogedlo. ¡Deprisa! —ordenó mi ex amante.

Llegué al cuarto de baño y busqué el interruptor manual para cerrar la puerta cuando uno de los dos me alcanzó, me atrapó, me arrastró al dormitorio y me lanzó a los brazos de su socio. Ambos eran de Lusus u otro mundo de mucha gravedad, o bien se alimentaban exclusivamente de esteroides y células de Sansón, pues me arrojaron de aquí para allá sin esfuerzo. Excepto por mi breve carrera como luchador del patio escolar, mi vida —el recuerdo de mi vida— ofrecía pocos ejemplos de violencia y menos ejemplos donde yo saliera vencedor en un enfrentamiento. Un vistazo a los dos hombres que se divertían a mis expensas me bastó para ver que pertenecían a esa especie sobre la que todos hemos leído sin poder creerlo: sujetos que rompen, achatan narices o destrozan rótulas sin mayores escrúpulos de los que yo sentiría al tirar una pluma defectuosa.

—¡Deprisa! —repitió Diana.

Indagué la esfera de datos, la memoria de la casa, la conexión comlog de Diana, la tenue conexión de los dos matones con el universo de la información. Averigüé dónde estaba —la finca Philomel, a seiscientos kilómetros de la capital de Pirre, en la franja agrícola de la zona terraformada de Renacimiento Menor— y quiénes eran los matones —Debin Farrus y Hemmit Gorma, personal de seguridad del Sindicato de Barrenderos de Puertas del Cielo— pero eso no me ayudó a saber por qué uno de ellos se me sentaba encima, con la rodilla en mi espalda, mientras el otro aplastaba mi comlog con el talón y me calzaba una esposa osmótica en la muñeca y el brazo…

Oí el siseo y me relajé.

—¿Quién eres?

—Joseph Severn.

—¿Es tu verdadero nombre?

—No. —Sentí el efecto de la droga de la verdad y supe que podía burlarla con sólo alejarme, sumirme en la esfera de datos o replegándome en el Núcleo. Pero eso significaría dejar mi cuerpo a merced de quien hiciera las preguntas. Me quedé donde estaba. Tenía los ojos cerrados pero reconocí la otra voz.

—¿Quién eres? —preguntó Diana Philomel.

Suspiré. Resultaba difícil responder con firmeza.

—John Keats —contesté al final. El silencio me indicó que el nombre no significaba nada para ellos. Era lógico. Una vez yo había predicho que sería un nombre «escrito en el agua». Aunque no podía moverme ni abrir los ojos, no tuve problemas para escrutar la esfera de datos, siguiendo los vectores de acceso. El nombre del poeta figuraba entre los ochocientos John Keats de la lista del archivo público, pero ellos no parecían demasiado interesados en alguien que había muerto novecientos años atrás.

—¿Para quién trabajas? —preguntó Hermund Philomel. Por alguna razón me sorprendí.

—Para nadie.

El tenue efecto Doppler de las voces cambió mientras parloteaban entre ellos.

—¿Se estará resistiendo a la droga?

—Nadie puede resistirla —dijo Diana—. Pueden morir cuando se les administra, pero no pueden resistirla.

—¿Qué ocurre entonces? —preguntó Hermund—. ¿Por qué Gladstone lleva a un tío insignificante al Consejo en vísperas de una guerra?

—Puede oírnos —advirtió uno de los matones.

—No importa —resolvió lady Diana—. De todos modos no vivirá para contarlo. —Se volvió hacia mí—. ¿Por qué te invitó FEM al Consejo… John?

—No estoy seguro. Para tener noticias de los peregrinos, quizá.

—¿Qué peregrinos, John?

—Los peregrinos del Alcaudón.

Alguien masculló unas palabras.

—Silencio —exigió lady Diana Philomel y continuó dirigiéndose a mí—. ¿Te refieres a los peregrinos que están en Hyperion, John?

—Sí.

—¿Se está realizando una peregrinación ahora?

—Sí.

—¿Y por qué Gladstone te pregunta a ti, John?

—Sueño con ellos.

Alguien resopló.

—Está loco —resolvió Hermund—. No sabe quién es ni siquiera con la droga de la verdad y ahora nos suelta esta bobada. Terminemos con esto…

—Cállate —se impacientó lady Diana—. Gladstone no está loca. Ella lo invitó, ¿recuerdas? John, ¿qué quiere decir que sueñas con ellos?

—Sueño con las impresiones de la primera personalidad recobrada Keats —expliqué. Tenía la voz gangosa, como si hablara en sueños—. Él se introdujo en uno de los peregrinos, una mujer,

cuando le asesinaron el cuerpo, y ahora vaga por la microesfera de ellos. De alguna manera, sus percepciones son mis sueños. Quizá mis actos son los sueños de él, no lo sé.

—Descabellado —espetó Hermund.

—No, no —dijo lady Diana con voz tensa, alarmada—. John, ¿eres un cíbrido?

—Sí.

—Oh, Cristo y Alá —exclamó lady Diana.

—¿Qué es un cíbrido? —preguntó uno de los matones con voz aflautada, casi femenina.

Diana habló al cabo de un instante de silencio.

—Idiota. Los cíbridos son remotos humanos creados por el Núcleo. Hubo algunos en el consejo asesor hasta el siglo pasado, cuando los prohibieron.

—¿Algo parecido a un androide? —preguntó el otro matón.

—Cállate —ordenó Hermund.

—No —respondió Diana—. Los cíbridos son genéticamente perfectos, configurados con ADN que se remonta a Vieja Tierra. Sólo se necesitaba un hueso, un fragmento de pelo… John, ¿me oyes? ¿John?

—Sí.

—John, eres un cíbrido. ¿Sabes quién era tu modelo de personalidad?

—John Keats.

Le oí contener el aliento.

—¿Quién es… quién era John Keats?

—Un poeta.

—¿Cuándo vivió, John?

—De 1795 a 1821.

—¿Según qué cronología, John?

—Era cristiana. Vieja Tierra. Pre-Hégira. La era moderna…

—John —intervino agitadamente Hermund—, ¿estás en contacto con el TecnoNúcleo ahora?

—Sí.

—¿Puedes comunicarte con él a pesar de la droga de la verdad?

—Sí.

—Mierda —rezongó el matón de voz aflautada—. Tenemos que largarnos de aquí —urgió Hermund.

—Un momento —replicó Diana—. Tenemos que saber…

—¿Podemos llevarlo con nosotros? —preguntó el matón de voz profunda.

—Idiota —refunfuñó Hermund—. Si está vivo y en contacto con la esfera de datos y el Núcleo… demonios, vive en el Núcleo, su mente está allí… puede prevenir a Gladstone, al secretario ejecutivo, a FUERZA… ¡a cualquiera!

—Cállate —estalló Diana—. Lo mataremos en cuanto haya concluido. Unas preguntas más, John.

—Sí.

—¿Por qué Gladstone necesita saber qué ocurre con los peregrinos del Alcaudón? ¿Tiene algo que ver con la guerra con los éxters?

—No estoy seguro.

—Mierda —jadeó Hermund—. Vámonos.

—Silencio, John, ¿de dónde eres?

—Viví en Esperance los últimos diez meses.

—¿Y antes de eso?

—En la Tierra.

—¿Qué Tierra? —preguntó Hermund—. ¿Nueva Tierra? ¿Tierra Dos? ¿Ciudad Tierra? ¿Cuál de ellas?

—Tierra —respondí. Luego recordé—. Vieja Tierra.

—¿Vieja Tierra? —exclamó uno de los matones—. Esto es una locura. Me largo de aquí.

Se oyó un siseo de láser, un ruido de tocino frito. Olí algo más dulzón que el tocino frito, y oí que algo se desplomaba.

—John —continuó Diana—, ¿hablas de la vida de tu modelo de personalidad en Vieja Tierra?

—No.

—¿Tú… tu cíbrido estuvo en Vieja Tierra?

—Sí. Allí desperté de la muerte. En la misma habitación de la Piazza di Spagna donde morí, Severn no estaba conmigo, pero estaban el doctor Clark y algunos de los demás…

—Está loco —se asombró Hermund—. Hace más de cuatro siglos que Vieja Tierra fue destruida… A menos que los cíbridos puedan vivir más de cuatrocientos años.

—No —replicó lady Diana—. Cállate y déjame terminar. John, ¿por qué el Núcleo te trajo de vuelta?

—No lo sé.

—¿Tiene algo que ver con la guerra civil que se libra entre las IAs?

—Quizá —respondí—. Probablemente. —Diana hacía preguntas interesantes.

—¿Qué grupo te creó? ¿Los Máximos, los Estables o los Volátiles?

—No lo sé.

Oí un suspiro de exasperación.

—John, ¿has comunicado a alguien tu paradero, lo que te ocurre ahora?

—No —dije. El hecho de que hubiera esperado tanto para formular esta pregunta indicaba que su inteligencia no era excepcional.

Hermund también soltó un suspiro.

—Sensacional —dijo—. Larguémonos de aquí antes…

—John —prosiguió Diana—. ¿Sabes por qué Gladstone inventó esta guerra con los éxters?

—No —contesté—. Mejor dicho, podría haber muchas razones. Lo más probable es que se trate de una treta para negociar con el Núcleo.

—¿Por qué?

—Hay elementos del liderazgo ROM del Núcleo que tienen miedo de Hyperion. Este planeta constituye una incógnita en una galaxia donde todas las variables están mesuradas.

—¿Quién tiene miedo, John? ¿Los Máximos, los Estables o los Volátiles? ¿Qué inteligencias artificiales temen a Hyperion?

—Las tres.

—Mierda —susurró Hermund—. Escucha… John. ¿Las Tumbas de Tiempo y el Alcaudón tienen algo que ver con todo esto?

—Sí, tienen mucho que ver.

—¿Cómo? —preguntó Diana.

—No lo sé. Nadie lo sabe.

Hermund o alguien me golpeó con saña en el pecho.

—¿Quieres decir que el puñetero Consejo Asesor del Núcleo no ha predicho el resultado de esta guerra, de estos acontecimientos? —gruñó Hermund—. ¿Esperas que crea que Gladstone y el Senado fueron a la guerra sin una predicción de probabilidades?

—No —respondí—. Se ha predicho hace siglos.

Diana Philomel se humedeció los labios como una niña ante una enorme golosina.

—¿Qué se predijo, John? Cuéntanoslo todo.

Tenía la boca seca. La droga me había dejado sin saliva.

—Se predijo la guerra. La identidad de los peregrinos del Alcaudón. La traición del cónsul de la Hegemonía, quien activó un artilugio que abrirá, de hecho ya ha abierto, las Tumbas de Tiempo. El surgimiento del flagelo del Alcaudón. El resultado de la guerra y el flagelo…

—¿Cuál es el resultado, John? —jadeó la mujer con quien horas antes había hecho el amor.

—El final de la Hegemonía. La destrucción de la Red de Mundos. —Traté de humedecerme los labios pero tenía la lengua seca—. El final de la especie humana.

—Oh, Jesús y Alá —susurró Diana—. ¿Hay alguna probabilidad de que la predicción sea errónea?

—No. Mejor dicho, sólo en el efecto de Hyperion en el resultado. Las demás variables ya están resueltas.

—Mátalo —gritó Hermund Philomel—. Mátalo, así podremos largarnos de aquí e informar a Harbrit y los demás.

—De acuerdo —dijo Lady Diana. Un segundo después añadió—: No, no con el láser, idiota. Le inyectaremos la dosis letal de alcohol,

tal como habíamos planificado. Ten, sujeta la esposa osmótica para que pueda introducirle esta sonda.

Sentí una presión en el brazo derecho. Un instante después hubo explosiones, conmociones, un grito. Olí humo y aire ionizado. Una mujer chilló.

—Quitadle la esposa —ordenó Leigh Hunt. Lo vi de pie, en su conservador traje gris, rodeado por comandos de Seguridad Ejecutiva con armadura completa y polímeros camaleónicos. Un comando del doble de la talla de Hunt asintió, se llevó su látigo infernal al hombro y se apresuró a cumplir la orden.

En uno de los canales tácticos, el que yo monitorizaba desde hacía un rato, vi la imagen retransmitida de mí mismo: desnudo, despatarrado en la cama, la esposa osmótica en el brazo y una magulladura creciente en el pecho. Diana Philomel, su esposo y uno de los matones, yacían inconscientes pero vivos entre las astillas y cristales rotos de la habitación. El otro energúmeno estaba tendido en la puerta, y la parte superior del cuerpo tenía el color y la textura de un bistec muy hecho.

—¿Se encuentra bien, Severn? —preguntó Leigh Hunt, alzándome la cabeza y apoyándome una delgada máscara de oxígeno en la boca y la nariz.

Resoplé y farfullé. Ascendí a la superficie de mis sentidos como un buceador que emerge con demasiada rapidez. Me dolía la cabeza. Tenía las costillas resentidas. Los ojos aún no funcionaban bien, pero a través del canal táctico vi que Leigh Hunt contraía los labios en lo que para él era una sonrisa.

—Le ayudaremos a vestirse —me confortó—. Le serviremos café en el vuelo de regreso. Luego iremos a la Casa de Gobierno, Severn. No llegará puntual a su reunión con la FEM.

7

Siempre me han aburrido las batallas espaciales en películas y holos, pero contemplar el suceso real ejercía cierta fascinación: era como ver la retransmisión en vivo de una serie de accidentes de tránsito. Los costes de producción para la realidad —como sin duda había ocurrido durante siglos— eran mucho más bajos que los de un holodrama de presupuesto moderado. Incluso con las tremendas energías que se involucraban, una batalla real en el espacio causaba la aplastante sensación de que el espacio era vastísimo, mientras que las flotas, naves y acorazados de la humanidad parecían insignificantes.

Al menos eso me pareció mientras permanecía sentado en el centro de información táctica, la llamada Sala de Guerra, con Gladstone y sus patanes de la milicia y las paredes se transformaron en ventanas de veinte metros hacia el infinito. Cuatro enormes holomarcos nos rodearon con imágenes profundas y los altavoces inundaron la habitación con transmisiones ultralínea: parloteo radial entre los cazas, el chachareo de los canales de mando táctico, mensajes nave a nave en la banda ancha, canales láser, ultralínea de seguridad y gritos, exclamaciones, alaridos y obscenidades de batalla que dominaban todos los medios además del aire y la voz humana.

Era una dramatización del caos total, una definición funcional de la confusión, una danza de triste violencia sin coreografía. Era la guerra.

Gladstone y un puñado de allegados estaban sentados en medio del estruendo y las luces. La Sala de Guerra flotaba como un rectángulo enmoquetado de gris entre las estrellas y explosiones, el limbo de Hyperion era un resplandor lapislázuli que llenaba la mitad

del holomuro norte, los gritos de hombres y mujeres moribundos llenaban todos los canales y todos los oídos. Yo era uno de los escogidos que tenía el dudoso privilegio de estar allí.

La FEM giró en su silla de respaldo alto, se tocó el labio inferior con los dedos ahusados y se volvió hacia los militares.

—¿Qué piensan ustedes?

Los siete hombres con medallas se observaron y luego seis de ellos miraron al general Morpurgo, quien mascaba un puro sin encender.

—No va bien —masculló—. Los mantenemos lejos del teleyector, nuestras defensas resisten bien allí, pero han penetrado demasiado en el sistema.

—¿Almirante? —preguntó Gladstone, ladeando la cabeza hacia el hombre alto y delgado con el uniforme negro de los efectivos espaciales de FUERZA.

El almirante Singh se tocó la pulcra barba.

—El general Morpurgo tiene razón. La campaña no va como se esperaba. —Señaló el cuarto muro, donde había diagramas (elipses, óvalos y arcos) superpuestos sobre una foto estática del sistema de Hyperion. Algunos arcos crecían a ojos vistas. Las líneas brillantes y azules representaban las trayectorias de la Hegemonía. Las líneas rojas eran éxters. Había más trazos rojos que azules.

—Los dos portanaves de ataque asignados a la Fuerza 42 están fuera de combate —explicó el almirante Singh—. *Sombra del Olimpo* fue destruido con toda la dotación y *Estación de Neptuno* sufrió serias averías, pero regresa a la zona de amarre cislunar con cinco naves-antorcha como escolta.

La FEM Gladstone se acarició el labio inferior.

—¿Cuántos había a bordo de *Sombra del Olimpo*, almirante?

Los ojos castaños de Singh eran tan grandes como los de Gladstone, pero no sugerían la misma tristeza. Le sostuvo la mirada un largo rato.

—Cuatro mil doscientos, sin contar el destacamento de marines, seiscientos hombres. Algunos desembarcaron en la Estación

Teleyectora Hyperion, así que no tenemos información precisa acerca de cuántos había en la nave.

Gladstone asintió. Se volvió hacia el general Morpurgo.

—¿Por qué esta repentina dificultad, general?

Morpurgo tenía el semblante tranquilo, pero había mordido el puro que tenía entre los dientes.

—Más unidades de combate de las que esperábamos, FEM —informó—. Además de los lanceros, naves de cinco tripulantes, en realidad naves-antorcha en miniatura, más rápidos y mejor armados que nuestros cazas de largo alcance. Son como avispas mortíferas. Los hemos destruido a centenares, pero si uno logra pasar, puede penetrar las defensas de la flota y causar estragos. —Morpurgo se encogió de hombros—. Más de uno ha logrado pasar.

El senador Kolchev estaba sentado al otro lado de la mesa con ocho colegas. Kolchev se volvió hacia el mapa táctico.

—Parece que ya llegan a Hyperion —comentó con voz ronca.

Singh intervino.

—Recuerde la escala, senador. Lo cierto es que todavía retenemos la mayor parte del sistema. Todo lo que está en diez UA a la redonda de la estrella de Hyperion es nuestro. La batalla se libró más allá de la nube de Oort, y nos estamos reagrupando.

—¿Y esas manchas rojas por encima del plano de la eclíptica? —preguntó la senadora Richeau. La senadora vestía de rojo, una de sus marcas distintivas en el Senado.

Singh asintió.

—Una interesante estratagema —dijo—. El enjambre lanzó un ataque de tres mil lanceros para completar un movimiento en pinza contra el perímetro electrónico de la Fuerza Especial 87.2. Fue repelido, pero hay que admirar la astucia de…

—¿Tres mil lanceros? —interrumpió suavemente Gladstone.

—Sí, FEM.

Gladstone sonrió. Dejé de dibujar y me felicité de no ser el destinatario de aquella sonrisa.

—¿No se nos informó ayer que los éxters contarían a lo sumo con seiscientas o setecientas unidades? —Morpurgo había dicho esas palabras. Gladstone se volvió hacia el general. Enarcó la ceja derecha.

El general Morpurgo se sacó el puro de la boca, lo miró con mal ceño y se extrajo un fragmento de la dentadura.

—Eso decían nuestros informes de inteligencia. Estaban equivocados.

Gladstone asintió.

—¿El Consejo Asesor IA participó en esa evaluación de los servicios de inteligencia?

Todos los ojos se volvieron hacia el asesor Albedo. Era una proyección perfecta: estaba sentado entre los demás, las manos apoyadas en los brazos del sillón, no aparecía borroso ni transparente, como solía ocurrir en las proyecciones móviles. Tenía un rostro largo, con pómulos altos y una boca móvil que sugerían una sonrisa sardónica aun en los momentos más serios. Este era un momento serio.

—No, FEM —respondió el asesor Albedo—. No se pidió al grupo asesor que evaluara la fuerza éxter.

Gladstone asintió.

—Tenía entendido —dijo dirigiéndose a Morpurgo— que se incorporaban las proyecciones del Consejo en las estimaciones de los servicios de inteligencia de FUERZA.

El general de FUERZA fulminó a Albedo con la mirada.

—No, FEM —explicó—. Como el Núcleo no reconoce contacto con los éxters, entendimos que sus proyecciones no serían mejores que las nuestras. Utilizamos la red IA EMO:RHT para realizar nuestras evaluaciones. —Se metió el puro acortado en la boca. Irguió la barbilla. Habló mascando el puro—. ¿El Consejo lo habría hecho mejor?

Gladstone miró a Albedo.

El asesor movió los largos dedos.

—Nuestras estimaciones sugerían que este enjambre tendría de cuatro a seis mil unidades de combate.

Morpurgo se volvió hacia él, la cara roja de rabia.

—Usted no mencionó esto durante el informe —señaló Gladstone —, ni durante nuestras deliberaciones anteriores.

El asesor Albedo se encogió de hombros.

—El general tiene razón —admitió—. No tenemos contacto con los éxters. Nuestras estimaciones no son más fiables que las de FUERZA… Simplemente se basan en otras premisas. El Mando Olympus realiza una excelente labor. Si las IAs de allí tuvieran un orden de agudeza más alto en la escala Turing-Demmler, tendríamos que incorporarlas al Núcleo. —Gesticuló grácilmente—. Dada la situación, las premisas del Consejo podrían resultar útiles para la planificación futura. Desde luego, entregaremos todas las proyecciones a este grupo en cualquier momento.

Gladstone asintió.

—Hágalo de inmediato.

Se volvió hacia la pantalla, y los demás la imitaron. Captando el silencio, los monitores de la sala elevaron de nuevo el volumen de los altavoces y otra vez oímos gritos de victoria, llamadas de auxilio, la tranquila enumeración de posiciones, instrucciones y órdenes.

El muro más cercano era una proyección en tiempo real de la nave-antorcha *N'Diamena*, que buscaba supervivientes entre los restos del Grupo de Combate B.5. La nave-antorcha a la cual se acercaba, magnificada mil veces, parecía una fruta reventada, una granada cuyas semillas y pellejo rojo se derramaban a cámara lenta, transformándose en una nube de partículas, gases, fragmentos congelados, un millón de artefactos arrancados de sus soportes, alimentos, marañas de cables y —reconocibles ahora por sus brazos y piernas de marioneta— muchos cuerpos. La luz del *N'Diamena*, con diez metros de anchura a treinta mil kilómetros, acariciaba las ruinas alumbradas por las estrellas, identificando objetos, facetas y rostros. Tenía una belleza atroz. El reflejo de luz avejentaba a Gladstone.

—Almirante —dijo—, ¿es posible que el enjambre aguardara hasta que la Fuerza 87.2 se trasladara al sistema?

Singh se tocó la barba.

—¿Pregunta usted si fue una trampa?

—Sí.

El almirante miró de soslayo a sus colegas y luego a Gladstone.

—No creo. Sospechamos… yo sospecho… que cuando los éxters descubrieron la magnitud de nuestras fuerzas, decidieron ponerse a la par. Desde luego, eso significa que están totalmente decididos a tomar el sistema de Hyperion.

—¿Pueden lograrlo? —preguntó Gladstone sin apartar la vista de las ruinas que giraban en el espacio. El cuerpo de un joven mutilado se volvió hacia la cámara, mostrando los ojos y los pulmones reventados.

—No —respondió el almirante Singh—. Pueden desangrarnos. Pueden empujarnos hacia un perímetro totalmente defensivo alrededor de Hyperion. Pero no pueden derrotarnos ni expulsarnos.

—¿Destruir el teleyector? —preguntó la senadora Richeau con voz tensa.

—No, no pueden destruir el teleyector —contestó Singh.

—Tiene razón —intervino el general Morpurgo—. Apostaría mi carrera profesional.

Gladstone sonrió y se levantó. Los demás nos apresuramos a imitarla.

—Ya lo ha hecho —le murmuró Gladstone a Morpurgo—. Ya lo ha hecho. —Miró alrededor—. Nos reuniremos aquí cuando los acontecimientos lo requieran. Hunt será mi enlace con usted. Entretanto, caballeros y damas, la tarea del gobierno ha de continuar. Buenas tardes.

Mientras los demás se marchaban, me quedé sentado hasta que me quedé solo en la sala. Los altavoces recobraron el volumen. En una banda, un hombre lloraba. Una risa maniática atravesó la estática. Los campos estelares se movían despacio contra la negrura, y la gélida luz de las estrellas rebotaba sobre ruinas y escombros.

La Casa de Gobierno tenía forma de estrella de David, y en el centro de la figura había un jardín más pequeño que el Parque de los Ciervos pero no menos hermoso, protegido por parapetos y árboles que crecían estratégicamente. Yo paseaba por allí al anochecer, mientras el brillante azul blancuzco de Tau Ceti se transformaba en oro, cuando se me acercó Meina Gladstone.

Caminamos un rato en silencio. Advertí que ella se había cambiado el traje por una bata larga como las que usaban las matronas de Patawpha: la bata ancha y ondeante lucía intrincados y oscuros dibujos en azul y oro que casi armonizaban con el oscuro cielo. Gladstone tenía las manos en bolsillos ocultos, y las anchas mangas flameaban en la brisa, el ruedo acariciaba las lechosas piedras del sendero.

—Permitió usted que me interrogaran —dije—. Me gustaría saber por qué.

—No estaban transmitiendo —contestó Gladstone con voz cansada—. No había peligro de que comunicaran la información.

Sonreí.

—Pero permitió que me sometieran a esos tratos.

—Seguridad deseaba que hablaran para obtener información.

—¿A expensas de cualquier… incomodidad por mi parte?

—Sí.

—¿Y sabe Seguridad para quién trabajaban?

—El hombre mencionó a Harbrit —respondió la FEM—. Seguridad tiene la certeza de que se referían a Emlem Harbrit.

—¿La comerciante de Asquith?

—Sí. Ella y Diana Philomel tienen viejos lazos con las facciones realistas de Glennon-Heightt.

—Eran aficionados —comenté al recordar que Hermund había mencionado a Harbrit, en el confuso interrogatorio de Diana.

—Desde luego.

—¿Los realistas están vinculados con algún grupo serio?

—Sólo la Iglesia del Alcaudón —dijo Gladstone. Se detuvo ante un arroyo con un puente de piedra. Se recogió la bata y se sentó en un banco de hierro forjado—. Ninguno de los obispos ha salido aún de su escondrijo.

—Con los tumultos y las reacciones, no los culpo —observé. Me quedé de pie. No había guardias ni monitores a la vista, pero yo despertaría en una celda de Seguridad Ejecutiva si realizaba cualquier gesto amenazador hacia Gladstone. Las nubes perdieron su tinte áureo y reflejaron la luz plateada de las innumerables ciudades-torre de TC^2.

—¿Qué hizo Seguridad con Diana y su esposo? —pregunté.

—Los sometió a interrogatorio pleno. Están… detenidos.

Asentí. Interrogatorio pleno significaba que sus cerebros estaban flotando en tanques con conexiones. Sus cuerpos permanecerían en almacenaje criogénico hasta que un juicio secreto determinara si sus actos podían calificarse de traición. Después del juicio, los cuerpos serían destruidos y Diana y Hermund permanecerían «detenidos», con todos los canales sensoriales y de comunicación cortados. Hacía siglos que la Hegemonía no usaba la pena de muerte, pero las otras posibilidades no resultaban mucho más agradables. Me senté en el largo banco, a cierta distancia de Gladstone.

—¿Aún escribe poesía?

La pregunta me sorprendió. Contemplé el sendero, donde se acababan de encender faroles japoneses y lámparas ocultas.

—No. A veces sueño en verso. O soñaba…

Gladstone cruzó las manos sobre el regazo y se las estudió.

—Si usted escribiera acerca de los acontecimientos actuales —dijo—, ¿qué clase de poema crearía?

Reí.

—Ya lo he comenzado y abandonado dos veces; mejor dicho, él lo hizo. Trataba de la muerte de los dioses y su resistencia a que los reemplazaran. Versaba sobre la transformación, el sufrimiento y la injusticia. Y sobre el poeta… quien a su propio entender era quien más sufría dicha injusticia.

Gladstone me miró. Su rostro era una masa de líneas y sombras en la penumbra.

—¿Cuáles son los dioses a quienes reemplazarán esta vez, Severn? ¿Es la humanidad, o los falsos dioses que creamos para que nos derrocaran?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —repliqué, alejándome para mirar el arroyo.

—Usted forma parte de ambos mundos, ¿verdad? La Humanidad y el TecnoNúcleo.

Reí de nuevo.

—No formo parte de ninguno de los dos mundos. Aquí soy un monstruo cíbrido, allá un proyecto de investigación.

—Sí, pero ¿la investigación de quién? ¿Y con qué finalidad?

Me encogí de hombros.

Gladstone se levantó y la seguí. Cruzamos el arroyo y escuchamos el murmullo del agua sobre las piedras. La senda serpeaba entre altas rocas cubiertas con un liquen exquisito que relucía bajo los faroles. Gladstone se detuvo al final de una corta escalinata de piedra.

—¿Cree usted que los Máximos del Núcleo lograrán construir la Inteligencia Máxima, Severn?

—¿Construirán a Dios? —repliqué—. Hay algunas IAs que no quieren construir a Dios. Aprendieron de la experiencia humana que buscar el siguiente paso en la conciencia es una invitación a la esclavitud, cuando no a la extinción.

—Pero ¿cree que extinguiría un Dios verdadero a sus criaturas?

—En el caso del Núcleo y de la hipotética IM, Dios es la criatura, no el creador. Tal vez un dios deba crear a los seres inferiores que están en contacto con él para sentir alguna responsabilidad por ellos.

—Pero el Núcleo parece responsabilizarse por los seres humanos en los siglos transcurridos desde la Secesión IA —apuntó Gladstone. Me miraba intensamente, como si evaluara mi expresión.

Miré hacia el jardín. En la oscuridad el sendero irradiaba un fulgor blanco, casi sobrecogedor.

—El Núcleo trabaja para sus propios fines —dije consciente de que ningún ser humano sabía eso mejor que la FEM Meina Gladstone.

—¿Y usted piensa que la humanidad ya no constituye un medio para esos fines?

Hice un ademán de indiferencia.

—No pertenezco a ninguna de ambas culturas —repetí—. No estoy agraciado con el candor de los creadores involuntarios ni consumido por la terrible conciencia de sus criaturas.

—Genéticamente, es usted totalmente humano.

No era una pregunta. No respondí.

—Se dice que Jesucristo era plenamente humano —continuó Gladstone—. Y también plenamente divino. La intersección de la Humanidad y la Divinidad.

Me asombró la referencia a esa antigua religión. El cristianismo había sido reemplazado por el cristianismo Zen, luego por el gnosticismo Zen, luego por cien teologías y filosofías más vitales. El mundo natal de Gladstone no era un depósito de creencias desechadas, y tampoco lo era la FEM. Al menos eso esperaba yo.

—Si era plenamente humano y plenamente divino —dije—, yo soy su antiimagen.

—No —rebatió Gladstone—. Yo diría que la antiimagen es el Alcaudón al que ahora se enfrentan sus amigos peregrinos.

La miré fijamente. Era la primera vez que mencionaba al Alcaudón, a pesar de que yo sabía —y ella sabía que yo sabía— que su plan había inducido al cónsul a abrir las Tumbas de Tiempo y liberar a ese ser.

—Tal vez usted debió participar en la peregrinación, Severn —señaló la FEM.

—En cierto modo, ya participo.

Gladstone gesticuló, y la puerta de sus aposentos privados se abrió.

—Sí, en cierto modo participa usted. Pero si la mujer que lleva a su gemelo es crucificada en el legendario árbol de espinas del Alcaudón, ¿sufrirá usted por toda la eternidad en sus sueños?

No tenía respuesta, así que guardé silencio.

—Hablaremos por la mañana, después de la conferencia —dijo Meina Gladstone—. Buenas noches, Severn. Felices sueños.

8

Martin Silenus, Sol Weintraub y el cónsul caminan por las dunas hacia la Esfinge mientras Brawne Lamia y Fedmahn Kassad regresan con el cuerpo del padre Hoyt. Weintraub se arrebuja en la capa, tratando de guarecer a la niña del furor de la arena y la luz crepitante.

Kassad desciende por la duna, las piernas negras y caricaturescas contra la arena electrificada. Los brazos y piernas de Hoyt oscilan a cada paso.

Silenus grita, pero el viento le arrebata las palabras. Brawne Lamia señala la única tienda que permanece en pie: la tormenta había tumbado o desgarrado las otras. Se apiñan en la tienda de Silenus. El coronel Kassad entra en último lugar, sosteniendo con sumo cuidado el cuerpo. Grita para hacerse oír a pesar del crujido de la tienda de fibroplástico.

—¿Muerto? —grita el cónsul, alzando la capa con que Kassad había arropado el cuerpo desnudo de Hoyt. Los cruciformes irradian un fulgor rosado.

El coronel señala los parpadeos del equipo médico de FUERZA adherido al pecho del sacerdote. Luces rojas, excepto el guiño amarillo de los filamentos y nódulos de soporte.

La cabeza de Hoyt se descuelga hacia atrás y Weintraub descubre la sutura que une los bordes irregulares de la garganta cortada.

Sol Weintraub trata de tomarle el pulso: nada. Se inclina, apoya la oreja en el pecho del sacerdote. No oye palpitaciones, pero siente la tibieza del cruciforme. Sol mira a Brawne Lamia.

—¿El Alcaudón?

—Sí, eso creo… no sé. —Señala la antigua pistola que todavía empuña—. Vacié el cargador… Doce disparos a lo que fuera.

—¿Lo vio usted? —pregunta el cónsul a Kassad.

—No. Entré en la sala diez segundos después de Brawne, pero no vi nada.

—¿Y para qué tiene sus puñeteros juguetes de soldado? —espeta Martin Silenus, acurrucado en posición fetal en la parte trasera de la tienda—. ¿Esas basuras de FUERZA no le mostraron nada?

—No.

La mochila médica emite una pequeña alarma. Kassad se descuelga otro cartucho de plasma del cinturón, lo inserta en la cámara del equipo y se acuclilla, bajándose el visor para vigilar la entrada de la tienda. El altavoz del casco le distorsiona el habla.

—Ha perdido más sangre de la que podemos darle aquí. ¿Alguien más ha traído equipo de primeros auxilios?

Weintraub hurga en su mochila.

—Yo tengo un equipo elemental, pero no basta para esto. La cosa que le ha cortado la garganta ha abierto un buen tajo.

—El Alcaudón —susurra Martin Silenus.

—No importa —dice Lamia, quien se abraza para no temblar, y mira al cónsul—. Tenemos que ayudarle.

—Está muerto —replica el cónsul—. Ni siquiera el quirófano de una nave lo recobrará.

—¡Hay que intentarlo! —grita Lamia, aferrando la túnica del cónsul—. No podemos dejarlo a merced de esas… cosas… —Señala el cruciforme que reluce bajo la piel del pecho del muerto.

El cónsul se frota los ojos.

—Podemos destruir el cuerpo. Usar el rifle del coronel…

—¡*Nosotros* también moriremos si no salimos de esta puñetera tormenta! —grita Silenus. La tienda vibra y el fibroplástico abofetea la cabeza del poeta con cada ondulación. La arena ruge contra la tela como un cohete al despegar—. Llame a la condenada nave. ¡Llámela!

El cónsul acerca su mochila, como custodiando el antiguo comlog que hay adentro. El sudor le perla las mejillas y la frente.

—Podríamos protegernos de la tormenta en una de las Tumbas —sugiere Weintraub—. La Esfinge, tal vez.

—Y una mierda —masculla Martin Silenus. El profesor se vuelve hacia el poeta en la congestionada tienda.

—Usted ha venido hasta aquí para encontrar al Alcaudón. ¿Acaso ha cambiado de opinión, ahora que por lo visto se ha presentado?

Los ojos de Silenus relucen bajo la boina.

—No he cambiado de opinión, simplemente quiero tener aquí esa maldita nave. Y cuanto antes.

—Podría ser buena idea —admite el coronel Kassad. El cónsul lo mira.

—Si hay una posibilidad de salvar la vida de Hoyt, debemos aprovecharla.

El cónsul lucha consigo mismo.

—No podemos irnos —señala—. No podemos irnos ahora.

—No —conviene Kassad—. No usaremos la nave para irnos. Pero el quirófano automático podría ayudar a Hoyt. También podemos usarla para guarecernos de la tormenta.

—Y quizás averiguar qué sucede allá —añade Brawne Lamia, señalando el techo de la tienda con el pulgar.

La niña Rachel está llorando. Weintraub la acuna, sosteniéndole la cabeza con la ancha mano.

—Estoy de acuerdo —dice—. Si el Alcaudón quiere, nos hallará tanto en la nave como aquí. Nos cercioraremos de que nadie se vaya. —Toca el pecho de Hoyt—. Por horrendo que parezca, la información que nos dé el equipo quirúrgico acerca del funcionamiento de este parásito podría resultar invalorable para la Red.

—Bien —cede el cónsul. Apoya la mano en el comlog y susurra varias frases.

—¿Viene? —pregunta Martin Silenus.

—Ha confirmado la orden. Tendremos que almacenar nuestros bártulos para transferirlos. Le ordené que aterrizara cerca de la entrada del valle.

Lamia se sorprende al advertir que ha estado llorando. Se enjuga las mejillas y sonríe.

—¿Qué es lo que le parece tan gracioso? —pregunta el cónsul.

—Todo esto —responde Lamia, mientras se seca las mejillas con el dorso de la mano—, y sólo puedo pensar en lo agradable que será darse una ducha.

—Un trago —dice Silenus.

—Refugio contra la tormenta —añade Weintraub. La niña bebe leche de un suministro de lactancia.

Kassad asoma la cabeza y los hombros por la entrada de la tienda. Alza el arma y quita el seguro.

—Los aparatos de vigilancia —anuncia—. Algo los está desplazando detrás de la duna. —El visor se vuelve hacia los demás, reflejando a un grupo apiñado y pálido, el cuerpo inanimado de Lenar Hoyt—. Voy a inspeccionar. Esperen aquí hasta que llegue la nave.

—¡No salga! —exclama Silenus—. Es como uno de esos puñeteros holos de terror, donde todos salen de uno en uno… ¡Oiga! —El poeta calla. La entrada de la tienda es un triángulo de luz y ruido. Fedmahn Kassad se ha marchado.

La tienda empieza a derrumbarse. La arena afloja las estacas y los cables. Acurrucados, gritando para hacerse oír en medio del fragor del viento, el cónsul y Lamia envuelven el cuerpo de Hoyt en la capa. Las lecturas del equipo médico continúan en rojo. Ya no mana sangre de la tosca sutura.

Sol Weintraub pone a su niña de cuatro días en el saco del pecho, la envuelve con la capa y se agacha en la entrada.

—No hay indicios del coronel —grita. Un rayo toca el ala extendida de la Esfinge.

Brawne Lamia se acerca a la entrada y alza el cuerpo del sacerdote. Le asombra lo poco que pesa.

—Llevemos al padre Hoyt a la nave y al quirófano. Luego algunos regresaremos para buscar a Kassad.

El cónsul se baja el tricornio y se sube el cuello.

—La nave tiene sensores de radar y movimiento. Nos indicará el paradero del coronel.

—Y del Alcaudón —dice Silenus—. No olvidemos a nuestro anfitrión.

—Vamos —urge Lamia, mientras se levanta. Se inclina en el viento para avanzar, seguida por la crepitación de la capa de Hoyt, y las ondulaciones de su propio abrigo. Orientándose a la luz de los relámpagos, se encamina hacia la entrada del valle, mirando atrás sólo para cerciorarse de que los demás la siguen.

Martin Silenus sale de la tienda, coge el cubo de Möbius de Het Masteen y el viento le arrebata la boina roja. Silenus maldice y decide callar cuando la boca se le llena de arena.

—Vamos —grita Weintraub, apoyándole la mano en el hombro. Sol siente el tamborileo de la arena en la cara, la suciedad en la corta barba. Con otra mano se cubre el pecho como si protegiera algo infinitamente precioso—. Perderemos de vista a Brawne si no nos damos prisa. —Ambos se ayudan en medio del viento. El abrigo de Silenus se agita salvajemente cuando él se arrodilla para recuperar la boina, que cae detrás de una duna.

El cónsul es el último en irse, cargando con su equipo y el de Kassad. Al cabo de un instante las estacas ceden, la tela se desgarra y la tienda aureolada de estática vuela hacia la noche. El cónsul avanza penosamente, viendo a veces a los dos hombres que lo preceden, con frecuencia extraviándose y caminando en círculos hasta que encuentra de nuevo el sendero. Las Tumbas de Tiempo resultan visibles detrás cuando la tormenta amaina un poco y los relámpagos se suceden con rapidez. El cónsul ve la Esfinge, que aún reluce con los repetidos fogonazos; la Tumba de Jade, con sus paredes luminiscentes; y el Obelisco, una hendidura vertical de oscuridad, contra las paredes rocosas. Luego el Monolito de Cristal. No hay indicios de Kassad, aunque las dunas cambiantes, la arena arremolinada y los relampagueos crean la impresión de que muchas cosas se mueven.

El cónsul yergue la cabeza mientras contempla la ancha entrada del valle y las nubes bajas, esperando ver el azul fulgor de fusión de la nave. Es una tormenta feroz, pero su nave ha aterrizado en peores condiciones. Se pregunta si ya habrá descendido y los demás lo esperan al pie del vehículo.

Pero cuando llega a la curva que une las paredes rocosas en la entrada del valle, los vientos arremeten de nuevo y descubre a los otros cuatro acurrucados en el linde de la ancha y desolada llanura, pero no hay nave.

—¿No debería estar aquí? —grita Lamia cuando el cónsul se acerca al grupo.

El cónsul afirma y se agacha para sacar el comlog de la mochila. Weintraub y Silenus se inclinan para protegerlo de la arena arremolinada. El cónsul saca el comlog y titubea, mirando alrededor. La tormenta le da la impresión de estar en una habitación ondulante con paredes que se contraen y se dilatan, como en esa escena del *Cascanueces* de Tchaikovsky donde la sala y el árbol de Navidad se expanden ante Clara.

El cónsul apoya la mano en la placa, se agacha y susurra. El antiguo instrumento responde con palabras casi inaudibles en el fragor de la arena. El cónsul se endereza y mira a los demás.

—La nave no ha recibido autorización para partir.

Una andanada de protestas.

—¿A qué se refiere? —pregunta Lamia cuando callan los demás.

El cónsul se encoge de hombros y mira el cielo como si una estela azul aún pudiera anunciar la llegada de la nave.

—No le han dado permiso en el puerto espacial de Keats.

—¿No dijo usted que tenía autorización de la puñetera reina? —grita Martin Silenus—. ¿Nuestra avinagrada Gladstone?

—La señal de autorización de Gladstone estaba en la memoria de la nave —dice el cónsul—. Tanto las autoridades del puerto como las de FUERZA lo sabían.

—Entonces, ¿qué demonios ha pasado? —Lamia se seca la cara. Las lágrimas que había derramado en la tienda dejan hilillos de lodo

en la arena que le cubre las mejillas.

El cónsul se encoge de hombros.

—Gladstone ha cancelado la señal original. Hay un mensaje de ella. ¿Quieren oírlo?

Por un instante, nadie responde. Al cabo de una semana de viaje, la idea de ponerse en contacto con una persona de fuera parece incongruente: era como si el mundo ajeno a la peregrinación hubiera dejado de existir excepto por las explosiones en el cielo nocturno.

—Sí —contesta Sol Weintraub—, oigamos. —Una repentina tregua en la tormenta vuelve estridentes sus palabras.

Se reúnen alrededor del viejo comlog, y dejan al padre Hoyt, en el centro del círculo. En ese mismo instante, una pequeña duna se empieza a formar alrededor del cuerpo. Todas las luces están rojas excepto por los amarillos monitores de emergencia. Lamia inserta otro cartucho de plasma y comprueba si la máscara osmótica está bien adherida a la boca y la nariz de Hoyt, filtrando el oxígeno e impidiendo el paso de la arena.

—De acuerdo —conviene.

El cónsul activa el comlog.

Es un mensaje de ultralínea que la nave ha grabado hace diez minutos. Las columnas de datos y las coloidales imágenes esféricas que caracterizan a los comlogs desde tiempos de la Hégira cubren el aire. La imagen de Gladstone fluctúa, un millón de granos de arena la atraviesan creando una cómica distorsión. Incluso a todo volumen, la voz se pierde en la tormenta.

—Lo siento —dice—, pero no puedo permitir que la nave se acerque aún a las Tumbas. La tentación de partir sería demasiado grande y la importancia de la misión debe prevalecer sobre todos los demás factores. Entiendan, por favor, que el destino de muchos mundos puede depender de ustedes. Mis esperanzas y plegarias los acompañan. Fin de la transmisión.

La imagen se contrae y desaparece. El cónsul, Weintraub y Lamia siguen observando en silencio. Martin Silenus se levanta, arroja un

puñado de arena al lugar donde momentos antes estaba la cara de Gladstone y grita:

—¡Maldita hija de puta, política de mierda, parapléjica moral!

Lanza arena al aire. Los otros se vuelven hacia él.

—Bien, eso ha sido una ayuda —murmura Brawne Lamia.

Silenus agita los brazos, disgustado y se aleja pateando las dunas.

—¿Hay algo más? —le pregunta Sol Weintraub al cónsul.

—No.

Brawne Lamia se cruza de brazos y mira el comlog con mal ceño.

—No recuerdo cómo funcionaba esta cosa. ¿Cómo supera usted la interferencia?

—Un haz llega a un satélite de bolsillo que planté cuando salimos de la *Yggdrasill* —dice el cónsul.

Lamia asiente.

—Cuando usted se comunicaba, enviaba mensajes breves a la nave, que a su vez enviaba mensajes ultralínea a Gladstone… y los contactos éxter.

—Sí.

—¿Puede la nave despegar sin autorización? —pregunta Weintraub. Está sentado, las rodillas erguidas y los brazos apoyados en ellas en una clásica postura de agotamiento. La voz también suena cansada—. ¿Desobedecer la prohibición de Gladstone?

—No —responde el cónsul—. Cuando Gladstone denegó el permiso, FUERZA estableció un campo de contención clase tres alrededor de la fosa donde aparcamos la nave.

—Llámela —sugirió Brawne Lamia—. Explíquele la situación.

—Lo he intentado. —El cónsul guarda el comlog—. No hay respuesta. Además, en el mensaje original ya mencioné que Hoyt estaba malherido y que necesitábamos asistencia médica. Quería que el quirófano de la nave estuviera listo.

—Malherido —repite Martin Silenus, regresando hacia ellos—. Y una mierda. Nuestro amigo cura está tan muerto como el perro de

Glennon-Heightt. —Señala con el pulgar el cuerpo envuelto en la capa, todos los monitores están en rojo.

Brawne Lamia toca la mejilla de Hoyt. Está fría. El biomonitor del comlog y el equipo médico emiten advertencias de muerte cerebral. La máscara osmótica continúa introduciendo oxígeno en los pulmones, y los estimuladores aún impulsan los pulmones y el corazón, pero el gorjeo se transforma en chillido y luego en una queja persistente.

—Perdió demasiada sangre —dice Sol Weintraub. Con los ojos cerrados, la cabeza gacha, toca la cara del sacerdote muerto.

—Sensacional —masculla Silenus—. Magnífico. Y según su propia historia, Hoyt se descompondrá y se recompondrá, gracias a ese maldito cruciforme, no, dos cruciformes. Ese tío tiene un gran seguro de resurrección… y luego nos acechará como una versión retardada del fantasma del padre de Hamlet. ¿Qué haremos entonces?

—Cállese —espeta Brawne Lamia, envolviendo el cuerpo de Hoyt en un lienzo que había traído de la tienda.

—Cállese usted —grita Silenus—. Ya tenemos un monstruo al acecho. Grendel está en alguna parte, afilándose las uñas para la próxima comida. ¿Quiere que el zombi de Hoyt se una a la fiesta? ¿Recuerda su descripción de los bikura? Permitieron que los cruciformes los resucitaran durante siglos, y mantener una conversación con ellos era como hablar con una esponja ambulante. ¿De verdad quiere que el cadáver de Hoyt viaje con nosotros?

—Dos —dice el cónsul.

—¿Qué? —Martin Silenus gira, pierde el equilibrio, cae de rodillas cerca del cuerpo—. ¿Qué ha dicho?

—Dos cruciformes —repite el cónsul—. El de Hoyt y el del padre Paul Duré. Si la historia acerca de los bikura era cierta, ambos resucitarán.

—Dios santo —masculla Silenus, sentándose en la arena.

Brawne Lamia termina de amortajar el cuerpo del sacerdote. Estudia el cadáver.

—Recuerdo al bikura llamado Alfa en la historia del padre Duré —dice—. Pero todavía no lo entiendo. La ley de conservación de la masa tiene que intervenir en alguna parte.

—Serán zombis enanos —rezonga Martin Silenus. Se arrebuja en el abrigo de piel y descarga un puñetazo en la arena.

—¡Habríamos aprendido tanto si hubiera llegado la nave! —se lamenta el cónsul—. Los autodiagnósticos podrían… —Calla y señala alrededor—. Miren. Hay menos arena en el aire. Quizá la tormenta esté…

Relampaguea y empieza a llover. Las gotas heladas les golpean la cara con más furia que la arena.

Martin Silenus se echa a reír.

—¡Es un puñetero desierto! —le grita al cielo—. Quizá se inunde y nos ahoguemos.

—Tenemos que salir de aquí —dice Sol Weintraub. La cara de la niña asoma entre los pliegues de la capa. Rachel llora: tiene la cara muy roja. Parece una recién nacida.

—¿La Fortaleza de Cronos? —apunta Lamia—. Está a un par de horas…

—Demasiado lejos —rechaza el cónsul—. Acampemos en una de las Tumbas.

Silenus ríe de nuevo. Recita:

¿Quiénes son los que van al sacrificio?
¿A qué verde altar, misterioso sacerdote,
llevas esa novilla que le muge al cielo
los sedosos flancos ornados con guirnaldas?

—¿Eso significa un sí? —pregunta Lamia.

—Eso significa «¿Por qué no?» —ríe Silenus—. ¿Para qué vamos a dificultar la búsqueda a nuestra fría musa? Podemos observar la descomposición de nuestro amigo mientras aguardamos. ¿Cuánto dijo Duré que un bikura tardaba en reunirse con el rebaño cuando la muerte interrumpía su apacentamiento?

—Tres días —responde el cónsul.

Martin Silenus se palmea la frente.

—Desde luego. ¿Cómo pude olvidarlo? Qué adecuado. Como en el Nuevo Testamento. Entretanto, quizá nuestro lobo Alcaudón se lleve algunas ovejas de este rebaño. ¿Creen que al padre le molestaría que yo cogiera uno de sus cruciformes, por si acaso? Él tiene otro.

—En marcha —dice el cónsul. La lluvia cae en un chorro del tricornio—. Nos quedaremos en la Esfinge hasta la mañana. Yo llevaré el equipo de Kassad y el cubo de Möbius. Brawne, usted lleve las cosas de Hoyt y la mochila de Sol. Sol, mantenga tibia y seca a la niña.

—¿Qué hacemos con el padre? —pregunta el poeta, señalando el cuerpo con el pulgar.

—Usted cargará con el padre Hoyt —murmura Brawne Lamia.

Martin Silenus abre la boca, ve la pistola en la mano de Lamia, se encoge de hombros y se agacha para recoger el cuerpo.

—¿Quién llevará a Kassad cuando lo encontremos? —pregunta—. Desde luego, habrá trozos suficientes para todos…

—Cállese, por favor —ordenó fatigosamente Brawne Lamia—. Si me veo obligada a dispararle, tendremos que cargar un cuerpo más. Limítese a caminar.

Con el cónsul encabezando la marcha, Weintraub a pocos pasos, Martin Silenus trajinando a unos metros, y Brawne Lamia en la retaguardia, descienden de nuevo al Valle de las Tumbas.

9

La FEM Gladstone estaba muy atareada esa mañana. Centro Tau Ceti tiene un día de veintitrés horas, lo cual permite al gobierno respetar el tiempo estándar de la Hegemonía sin alterar los ritmos diurnos locales.

A las 0545 Gladstone se reunió con sus asesores militares. A las 0630 desayunó con importantes senadores y representantes de la Entidad Suma y el TecnoNúcleo. A las 0715 se teleyectó a Vector Renacimiento, donde era de noche, para inaugurar oficialmente el Centro Médico Hermes en Cadua. A las 0740 regresó a la Casa de Gobierno para reunirse con sus principales asistentes, entre ellos Leigh Hunt, y revisar el discurso que pronunciaría ante el Senado y la Entidad Suma a las 1000. A las 0830, se reunió con el general Morpurgo y el almirante Singh para ponerse al día acerca de la situación en el sistema de Hyperion. A las 0845 se reunió conmigo.

—Buenos días, Severn —saludó la FEM. Estaba sentada al escritorio de la oficina donde yo la había visto tres noches antes. Señaló una mesa contra la pared, donde había té y café caliente en recipientes de plata fina.

Rechacé con un gesto y me senté. Tres ventanas holográficas mostraban una luz blanca, pero la que estaba a mi izquierda presentaba el mapa tridimensional del sistema de Hyperion que yo había intentado descifrar en la Sala de Guerra. El rojo éxter ahora cubría e infiltraba el sistema como una tintura que se disolviera y penetrara en una solución azul.

—Cuénteme sus sueños —dijo Gladstone.

—Cuénteme por qué los abandonó —repliqué—. Por qué permitió la muerte del padre Hoyt.

Quizá Gladstone no estuviera acostumbrada a que le hablaran en ese tono, después de cuarenta y ocho años en el Senado y una

década y media como FEM, pero su única reacción fue enarcar una ceja.

—De manera que en efecto usted sueña con los acontecimientos reales.

—¿Acaso lo dudaba?

Gladstone dejó la libreta electrónica que tenía en la mano, la apagó y sacudió la cabeza.

—No, pero aún así resulta asombroso oír hablar de algo sobre lo que nadie en la Red tiene noticias.

—¿Por qué les negó el uso de la nave del cónsul?

Gladstone se volvió hacia la ventana donde el despliegue táctico cambiaba a medida que nuevas actualizaciones modificaban el flujo rojo, la retirada del azul, el movimiento de lunas y planetas. Sin embargo, la situación militar iba a formar parte de su explicación, cambió de enfoque. Se volvió hacia mí.

—¿Por qué he de explicarle una decisión ejecutiva, Severn? ¿Cuál es su electorado? ¿A quién representa usted?

—Represento a esas cinco personas y al bebé que usted dejó abandonados en Hyperion. Hoyt se pudo haber salvado.

Gladstone cerró la mano y curvó el índice para tocarse el labio inferior.

—Quizás —admitió—. Y tal vez ya estaba muerto. Sin embargo, no se trataba de eso, ¿verdad?

Me recliné en la silla. No me había molestado en traer la libreta de dibujo, y ansiaba tener las manos ocupadas con algo.

—¿De qué se trata, entonces?

—¿Recuerda la historia del padre Hoyt… la historia que contó durante su viaje a las Tumbas? —preguntó Gladstone.

—Sí.

—Cada uno de los peregrinos puede solicitar un favor al Alcaudón. La tradición sostiene que la criatura otorga un deseo, pero niega los demás y asesina a los no favorecidos. ¿Recuerda usted cuál era el deseo de Hoyt?

Vacilé. Recordar episodios del pasado de los peregrinos era como evocar detalles de los sueños de la semana anterior.

—Quería que le extirparan los cruciformes —repliqué—. Quería libertad para el alma, el ADN o lo que fuere del padre Duré… y para sí mismo.

—No —rebatió Gladstone—. El padre Hoyt quería morir.

Me levanté bruscamente y caminé hacia el mapa pulsátil.

—Chorradas —espeté—. Aún así, los demás tenían la obligación de salvarle… y usted también. Usted le dejó morir.

—Sí.

—¿Y dejará morir a los demás?

—No necesariamente —respondió Gladstone—. Ésa es la voluntad de ellos… y del Alcaudón, si existe tal criatura. Yo sólo sé que la peregrinación reviste demasiada importancia para permitirles un medio de retirada en el momento de la decisión.

—¿La decisión de quién? ¿De ellos? ¿Cómo pueden las vidas de seis o siete personas y un bebé afectar el desenlace de una sociedad de ciento cincuenta mil millones? —Yo conocía la respuesta, desde luego. El Consejo Asesor IA y los predictores IA de la Hegemonía habían escogido a los peregrinos con sumo cuidado. Pero ¿por qué? Factores imposibles de predecir. Eran cifras que congeniaban con el enigma de toda la ecuación Hyperion. ¿Lo sabía Gladstone, o sólo sabía lo que decían el asesor Albedo y sus espías? Suspiré y volví a sentarme.

—¿El sueño le reveló el destino del coronel Kassad?

—No. Desperté antes que regresaran a la Esfinge para refugiarse contra la tormenta.

Gladstone sonrió.

—Usted comprenderá, Severn, que para nosotros resultaría más cómodo hacerlo sedar con la misma droga que usaron Philomel y sus amigos, y conectarlo a subvocalizadores para obtener información constante acerca de los acontecimientos de Hyperion.

Le devolví la sonrisa.

—Sí, sería más cómodo. Pero les resultaría menos cómodo si yo me escabullera hacia el Núcleo a través de la esfera de datos y abandonara mi cuerpo, que es exactamente lo que haré si me someten de nuevo a esos tratos.

—Desde luego —asintió Gladstone—. Es lo que yo haría en tales circunstancias. Dígame, Severn, ¿cómo es el Núcleo? ¿Cómo es ese lugar remoto donde reside su conciencia?

—Un lugar activo. ¿Quería verme para algo más?

Gladstone sonrió de nuevo. Intuí que era una sonrisa real, no el arma política que ella usaba con tanta eficacia.

—Sí, tenía otra cosa en mente. ¿Le gustaría ir a Hyperion? ¿Al verdadero Hyperion?

—¿El verdadero Hyperion? —repetí como un imbécil. Sentí un cosquilleo en los dedos, una sensación de euforia. Aunque mi conciencia residiera en el Núcleo, mi cuerpo y mi cerebro eran demasiado humanos, demasiado susceptibles a la adrenalina y a otras sustancias químicas.

Gladstone afirmó.

—Millones de personas desean ir. Teleyectarse a un sitio nuevo. Observar la guerra desde cerca. —Suspiró y movió su libreta electrónica—. Menuda estupidez. —Me observó con seriedad—. Pero quiero que alguien vaya allí y me informe personalmente. Leigh usará una de las nuevas terminales teleyectoras militares esta mañana, y se me ocurrió que usted podría acompañarlo. Tal vez no haya tiempo para bajar a Hyperion, pero usted estaría en el sistema.

Se me ocurrieron varias preguntas y la primera que me vino a los labios me avergonzó.

—¿Será peligroso?

Gladstone no se inmutó.

—Tal vez. Aunque usted estará detrás de las líneas y Leigh tiene instrucciones explícitas de no exponerse a ningún riesgo evidente. Y de no exponerlo a usted, por supuesto.

Riesgo evidente pensé. ¿Pero cuántos riesgos no evidentes había en una zona de guerra, cerca de un mundo donde una criatura como

el Alcaudón vagaba en libertad?

—Sí —accedí—. Iré. Pero hay algo…

—¿Sí?

—Necesito saber por qué desea que vaya. Si sólo le interesa mi conexión con los peregrinos, enviarme allá es un riesgo innecesario.

Gladstone asintió.

—Severn, es verdad que me interesa su tenue conexión con los peregrinos. Pero también me interesan sus observaciones y evaluaciones. Insisto, las observaciones de usted.

—Pero yo no significo nada para usted. No sabe a quién más podría informar, deliberadamente o no. Soy una criatura del TecnoNúcleo.

—Sí, pero quizá sea la persona con menos intereses creados de Centro Tau Ceti en este momento, acaso de toda la Red. Además, tiene usted la mentalidad de un poeta con experiencia, un hombre cuyo genio respeto.

Me eché a reír.

—*Él* era el genio. Yo soy un simulacro. Un robot. Una caricatura.

—¿Tan seguro está? —preguntó Meina Gladstone.

Alcé las manos vacías.

—No he escrito un solo verso en los diez meses que he vivido en esta extraña resurrección —expliqué—. No pienso como poeta. ¿Eso no demuestra que el proyecto de recuperación del Núcleo es un fiasco? Incluso este nombre postizo es un insulto para un hombre infinitamente más inteligente de lo que yo seré jamás… Joseph Severn era una sombra en comparación con el verdadero Keats, pero yo mancillo su nombre al usarlo.

—Quizá sea cierto —apuntó Gladstone—. Quizá no. En cualquier caso, solicito que usted acompañe a Hunt en este breve viaje a Hyperion. —Hizo una pausa—. Usted no está *obligado* a ir. En más de un sentido, ni siquiera es ciudadano de la Hegemonía. Pero le agradecería que fuera.

—Iré —repetí, oyendo mi voz como si llegara de lejos.

—Muy bien. Necesitará ropa de abrigo. No use ninguna prenda que se pueda aflojar o causar problemas en caída libre, aunque es improbable que pase por eso. Reúnase con Hunt en el nexo teleyector primario de la Casa de Gobierno dentro de… —Miró el comlog—. Doce minutos.

Asentí y me dispuse a marcharme.

—Ah, Severn…

Me detuve junto a la puerta. La anciana de pronto parecía menuda y fatigada.

—Gracias, Severn.

Era cierto que millones de personas ansiaban teleyectarse a la zona de guerra. La Entidad Suma bullía con solicitudes, argumentos para autorizar el viaje de civiles a Hyperion, requerimientos de líneas comerciales para efectuar excursiones breves, ruegos de políticos planetarios y representantes de la Hegemonía para recorrer el sistema en «misiones de indagación». Todas las solicitudes se denegaban. Los ciudadanos de la Red —sobre todo los que gozaban de poder e influencia— no estaban acostumbrados a que les negaran acceso a nuevas experiencias, y para la Hegemonía la guerra total era una de las pocas experiencias desconocidas.

Pero la oficina de la FEM y las autoridades de FUERZA fueron tajantes: ninguna teleyección de civiles ni traslados no autorizados al sistema de Hyperion, ninguna cobertura informativa no censurada. En una época donde ningún dato resultaba inaccesible, donde no se negaba ningún viaje, semejante exclusión era perturbadora y alarmante.

Me reuní con Hunt en el nexo teleyector ejecutivo después de mostrar mi señal de autorización en una docena de nódulos de seguridad. El severo atuendo de lana negra de Hunt evocaba los uniformes de FUERZA que se veían por doquier en ese sector de la Casa de Gobierno. Yo había tenido poco tiempo para cambiarme. Había regresado a mis aposentos sólo para coger un chaleco

holgado con muchos bolsillos para guardar material de dibujo y una cámara de 35 milímetros.

—¿Listo? —preguntó Hunt con su cara perruna. No parecía contento de verme. Llevaba un sencillo maletín negro.

Asentí.

Hunt dirigió un ademán a un técnico de transporte de FUERZA y un portal no permanente cobró vida. Yo sabía que aquello estaba sintonizado con nuestras huellas ADN y no admitiría a nadie más. Hunt respiró hondo y atravesó el portal. La superficie líquida ondeó como un arroyo que recobrara la calma después de una brisa. Seguí los pasos de Hunt.

Se rumoreaba que los prototipos originales del teleyector no producían sensaciones durante la transición y que los diseñadores IA y humanos habían alterado las máquinas añadiendo ese cosquilleo, esa sensación de carga de ozono, para infundir al viajero la convicción de haber viajado realmente. Fuera como fuese, mi piel aún vibraba cuando me alejé del portal, me detuve y giré en redondo. Es extraño pero cierto que las naves espaciales de combate se han mostrado en ficción, películas, holos y simuladores durante más de ochocientos años: incluso antes de que los humanos abandonaran la atmósfera de Vieja Tierra en aviones convertidos, sus películas bidimensionales mostraban épicas batallas espaciales, enormes acorazados interestelares con increíble armamento atravesando el espacio como ciudades aerodinámicas. Aun los holos bélicos recientes, posteriores a la Batalla de Bressia, mostraban grandes flotas batallando a distancias que dos soldados de tierra hallarían claustrofóbicas, naves embistiendo, disparando y ardiendo como trirremes griegas apiñadas en el estrecho de Artemisio.

No es de extrañar, pues, que el corazón me palpitara y tuviera las manos sudadas cuando entré en la nave insignia de la flota. Esperaba aparecer en un puente ancho como los que se ven en los holos, con pantallas gigantescas mostrando vehículos enemigos, alarmas, ceñudos comandantes encaramados sobre paneles de mando táctico mientras la nave se escoraba a babor y estribor.

Hunt y yo nos hallábamos en lo que podría haber sido el estrecho pasillo de una planta energética. Tubos con códigos cromáticos serpeaban por doquier, asideros y compuertas herméticas nos recordaban que estábamos en una nave espacial, paneles flamantes demostraban que el corredor servía para algo más que para llegar a otra parte, pero el efecto general era de claustrofobia y tecnología primitiva. Yo casi esperaba ver cables saliendo de los nódulos de circuitos. Un conducto vertical intersectaba nuestro pasillo; a través de otras compuertas se veían pasajes estrechos y abarrotados.

Hunt me miró y se encogió de hombros. Me pregunté si nos habrían teleyectado a un destino equivocado.

Antes de que pudiéramos pronunciar palabra, un joven alférez de FUERZA con traje de combate negro apareció por un pasillo lateral, se cuadró ante Hunt y dijo:

—Bienvenidos a la *Hébridas*, caballeros. El almirante Nashita me ha pedido que les comunique sus cumplidos y los invite al centro de control de combate. Síganme, por favor. —El alférez dio media vuelta, manipuló un peldaño y trepó a un sofocante conducto vertical.

Lo seguimos como pudimos. Hunt esforzándose para no soltar el maletín y yo evitando que Hunt me pisara las manos mientras subíamos. Al cabo de pocos metros comprendí que la gravedad era inferior a 1 g estándar, que en realidad no había gravedad sino algo parecido a una multitud de manos pequeñas pero insistentes que me empujaban hacia «abajo». Sabía que las naves espaciales utilizaban un campo de contención clase uno para simular gravedad, pero ésta era mi primera experiencia directa. La sensación no resultaba agradable; la presión constante parecía un viento en contra y el efecto se sumaba a las cualidades claustrofóbicas de los estrechos corredores, las pequeñas compuertas y los pasajes atiborrados de equipo.

La *Hébridas* era una nave 3C (Comunicación-Control-Comando) y el centro de control de combate era su corazón y su cerebro; a pesar de eso, no era muy imponente. El alférez nos condujo a través de

tres compuertas herméticas, nos guió por un corredor entre guardias marines, se cuadró y nos dejó en una sala de veinte metros cuadrados, pero tan llena de ruido, personal y equipo que uno ansiaba salir por la escotilla en busca de una bocanada de aire.

No había pantallas gigantescas, pero sí docenas de jóvenes oficiales de FUERZA encaramados sobre imágenes enigmáticas, conectados a un simulador o erguidos frente a proyecciones pulsátiles que parecían surgir de las seis paredes. Los hombres y mujeres estaban sujetos a sus sillas y cunas sensoriales, excepto algunos oficiales —la mayoría con más aspecto de burócratas atareados que de guerreros curtidos— que vagaban por los angostos pasillos, palmeando la espalda de los subalternos, exigiendo más información o enchufándose a las consolas con sus implantes. Uno de estos hombres se acercó deprisa, nos miró a ambos, se cuadró ante mí y preguntó.

—¿Hunt?

Señalé a mi compañero.

—Señor Hunt —dijo el obeso y joven teniente de navío—. El almirante Nashita le recibirá enseguida.

El comandante de todas las fuerzas de la Hegemonía en Hyperion era un hombre menudo de pelo canoso y corto, tez mucho más lisa de lo que sugería su edad y un semblante ceñudo que parecía tallado en roca. El almirante Nashita usaba un traje negro de cuello alto sin insignias de rango, excepto la enana roja del cuello. Tenía manos toscas y enérgicas, pero las uñas estaban recién manicuradas. El almirante estaba sentado en una pequeña tarima rodeada de controles y proyectores. Se erguía en medio de aquel ajetreo de locos como una roca impávida en medio de un arroyo burbujeante.

—Usted es el mensajero de Gladstone —le dijo a Hunt—. ¿Quién es él?

—Mi ayudante —respondió Leigh Hunt.

Resistí el impulso de enarcar las cejas.

—¿Qué desea? —preguntó Nashita—. Como ve, estamos ocupados.

Leigh Hunt asintió y miró alrededor.

—Tengo material para usted, almirante. ¿Hay algún lugar donde podamos estar a solas?

El almirante Nashita gruñó y apoyó la palma en un reosensor. A mis espaldas, el aire se transformó en una bruma semisólida a medida que el campo de contención se rectificaba. El bullicio del centro de control de combate se desvaneció. Los tres estábamos en un pequeño iglú de silencio.

—Deprisa —urgió el almirante.

Hunt abrió el maletín y extrajo un pequeño sobre con un símbolo de la Casa de Gobierno en el dorso.

—Una comunicación privada de la Funcionaria Ejecutiva Máxima —informó Hunt—. Léalo cuando guste, almirante.

Nashita gruñó y dejó el sobre a un lado.

Hunt colocó un sobre más grande sobre el escritorio.

—Y ésta es una copia de la moción del Senado en lo concerniente a la continuación de esta acción militar. Como sabe, el Senado desea una rápida demostración de fuerza para alcanzar objetivos limitados, con la menor cantidad posible de bajas, seguida por el habitual ofrecimiento de auxilio y protección a nuestro nuevo patrimonio colonial.

Nashita torció el gesto. No se dignó tocar ni leer la comunicación que contenía la voluntad del Senado.

—¿Es todo?

Hunt se tomó tiempo para responder.

—Es todo, a menos que usted desee enviar un mensaje personal a la FEM a través de mí, almirante.

Nashita lo taladró con la mirada. No había hostilidad abierta en aquellos ojillos negros, únicamente una impaciencia que quizá sólo se aplacara cuando los enturbiara la muerte.

—Tengo acceso de ultralínea privado a la Ejecutiva Máxima —replicó el almirante—. Muchas gracias, Hunt. No habrá mensajes

esta vez. Ahora, tenga la amabilidad de regresar al nexo teleyector y permitirme continuar con esa *acción militar*.

El campo de contención se derrumbó y el ruido nos inundó, como agua al derretirse una barrera de hielo.

—Hay una cosa más —dijo Leigh Hunt, la voz casi inaudible en medio del ruido del centro de combate.

El almirante Nashita se volvió en la silla y aguardó.

—Queremos transporte hasta el planeta —prosiguió Hunt—. Hasta Hyperion.

El mal ceño del almirante se ahondó.

—La gente de Gladstone no dijo nada acerca de una nave de descenso.

Hunt no parpadeó.

—El gobernador general Lane está al corriente.

Nashita miró de soslayo una proyección, chasqueó los dedos y le ladró algo a un mayor de marines que pasaba apresurado.

—Tendrán ustedes que apurarse —advirtió el almirante a Hunt—. Hay un correo listo para partir del muelle veinte. El mayor Inverness le mostrará el camino. Retornarán a la nave-puente primaria. La *Hébridas* abandonará esta posición dentro de veintitrés minutos.

Hunt asintió y siguió al mayor. Yo lo seguí a él. La voz del almirante nos detuvo.

—Señor Hunt —dijo—, por favor comunique a la FEM Gladstone que a partir de ahora la nave insignia estará demasiado atareada para recibir visitas políticas.

Nashita se volvió hacia las fluctuantes proyecciones y una fila de subordinados expectantes.

Seguí a Hunt y al mayor por el laberinto.

—Tendría que haber ventanas.

—¿Qué? —Yo estaba distraído, sumido en mis propios pensamientos.

Leigh Hunt se volvió hacia mí.

—Nunca había estado en una nave de descenso sin ventanas ni pantallas. Es extraño.

Asentí, miré alrededor y reparé en el interior sofocante y abarrotado. Sólo había paredes, pilas de provisiones y un joven teniente en la sección de pasajeros. Parecía congeniar con el ambiente claustrofóbico de la nave de comando.

Desvié la mirada y regresé a los pensamientos que me preocupaban desde que habíamos dejado a Nashita. Mientras seguía a los otros dos al muelle veinte, se me ocurrió que no echaba de menos algo que había esperado echar de menos. Parte de mi angustia ante la nave nacía del temor a abandonar la esfera de datos, la angustia de un pez al considerar la idea de dejar el mar. Parte de mi conciencia estaba sumergida en aquel mar, el océano de datos y enlaces de doscientos mundos y el Núcleo, todo vinculado por el sistema invisible otrora llamado plano de datos, ahora conocido como megaesfera.

Cuando nos despedimos de Nashita, advertí que aún percibía el rumor de aquel mar —alejado pero constante, como el mugido del oleaje a medio kilómetro de la costa— e intentaba entenderlo mientras corríamos hacia la nave de descenso, nos asegurábamos y desprendíamos para iniciar el pequeño brinco cislunar hacia el linde de la atmósfera de Hyperion.

FUERZA utilizaba sus propias inteligencias artificiales, sus propias esferas de datos y fuentes informáticas. La justificación radicaba en la necesidad de operar en los grandes espacios que separaban los mundos de la Red, los oscuros y silenciosos abismos que se abrían entre las estrellas y allende la megaesfera de la Red, pero en gran parte se trataba del tenaz afán de independencia que FUERZA había mostrado ante el TecnoNúcleo durante siglos. Pero en una nave de FUERZA, en el centro de una armada de FUERZA, en un sistema que no pertenecía a la Red ni al Protectorado, yo estaba sintonizado al cálido parloteo de datos y energía que habría hallado en cualquier parte de la Red. Interesante.

Pensé en los enlaces que el teleyector había traído al sistema de Hyperion: no sólo la nave-puente y la esfera de contención teleyectora que flotaba en el punto L3 de Hyperion como una reluciente luna nueva, sino también los kilómetros de cable gigacanal de fibra óptica que serpeaba por los portales teleyectores permanentes de la nave-puente, los repetidores de microondas que recorrían mecánicamente pocos centímetros para emitir mensajes en tiempo casi real, las dóciles IAs de la nave de comando que requerían —y recibían— nuevos enlaces con el Alto Mando Olympus de Marte y otras partes. De algún modo, la esfera de datos se había inmiscuido, tal vez sin que lo supieran las máquinas de FUERZA, sus operadores y aliados. Las IAs del Núcleo estaban al corriente de todo lo que sucedía en el sistema de Hyperion. Si mi cuerpo hubiese muerto en aquel instante, yo habría tenido la misma escapatoria de siempre, los enlaces palpitantes que conducían como pasadizos secretos más allá de la Red, más allá de todo vestigio del plano de datos tal como lo conocía la humanidad, que llegaban por túneles al TecnoNúcleo. *Pero no al núcleo del Núcleo* pensé, *porque el Núcleo rodea y envuelve el resto, como un océano que albergara diversas corrientes, grandes Corrientes del Golfo que se consideran mares autónomos*.

—Ojalá hubiera una ventana —susurró Leigh Hunt.

—Sí —dije—. Ojalá.

La nave de descenso se zarandeó y cimbreó cuando entramos en la atmósfera superior de Hyperion. *Hyperion*, pensé. *El Alcaudón*. Mi gruesa camisa y mi chaleco estaban pegajosos. Un leve susurro exterior nos indicaba que surcábamos los cielos color lapislázuli a varias veces la velocidad del sonido.

El joven teniente se volvió hacia nosotros.

—¿Primer descenso, caballeros?

Hunt asintió.

El teniente mascaba chicle, alardeando de su calma.

—¿Son ustedes técnicos civiles de la *Hébridas*?

—Venimos de allá, sí —respondió Hunt.

—Lo suponía —sonrió el teniente—. Yo llevo correspondencia a la base de marines cercana a Keats. Es mi quinto viaje.

Me sobresalté al oír mencionar la capital: Hyperion había sido poblado por Triste Rey Billy y su colonia de poetas, artistas y otros inadaptados, que huían de la invasión de Horace Glennon-Heightt, una invasión que nunca se consumó. El poeta de la actual peregrinación del Alcaudón, Martin Silenus, había aconsejado a Billy, casi dos siglos atrás, que llamara Keats a la capital. Los lugareños llamaban Jacktown al casco antiguo.

—Este lugar es increíble —comentó el teniente—. Es el culo del mundo. No hay esfera de datos, ni VEM, ni teleyectores, ni bares con simuladores, nada. No me extraña que haya miles de nativos acampados alrededor del puerto espacial, presionando la cerca para largarse.

—¿Están atacando el puerto espacial? —preguntó Hunt.

—No —replicó el teniente, haciendo estallar un globo de chicle—. Pero están preparados para hacerlo. Por eso el Segundo Batallón de Marines instaló un perímetro y vigila la autopista de la ciudad. Además, esos patanes creen que vamos a instalar teleyectores para sacarlos del berenjenal en que ellos se han metido.

—¿*Ellos* se han metido? —me extrañé.

El teniente se encogió de hombros.

—Algo habrán hecho para irritar a los éxters, ¿no? Nosotros estamos aquí para sacarles las ostras del fuego.

—Castañas —corrigió Leigh Hunt.

El chicle estalló.

—Lo que sea.

El susurro del viento en el casco se transformó en un chillido. La nave de descenso saltó dos veces y se deslizó con suavidad —una suavidad siniestra—, como si hubiera encontrado un tobogán de hielo a quince kilómetros del suelo.

—Ojalá hubiera una ventana —repitió Leigh Hunt.

El interior de la nave era sofocante. Los saltos resultaban extrañamente tranquilizadores, como si brincáramos por el oleaje a

bordo de un velero. Cerré los ojos varios minutos.

10

Sol, Brawne, Martin Silenus y el cónsul llevan los pertrechos, el cubo de Möbius de Het Masteen y el cuerpo de Lenar Hoyt por el largo declive que baja a la entrada de la Esfinge. La intensa nevisca gira sobre las dunas cambiantes en una compleja danza de partículas arremolinadas. Aunque el comlog indica que la noche llega a su fin, no hay vestigios de la aurora hacia el este. Las repetidas llamadas por la radio del comlog no traen ninguna respuesta del coronel Kassad.

Sol Weintraub se detiene ante la entrada de la Tumba de Tiempo llamada Esfinge. Siente la presencia de la hija como una tibieza contra el pecho debajo de la capa, el vaivén de la tibia respiración del bebé contra la garganta. Alza una mano, toca el pequeño bulto y trata de imaginar a Rachel como una mujer de veintiséis años, una investigadora que se detuvo ante esta misma entrada antes de entrar para verificar los misterios antientrópicos de la Tumba de Tiempo. Sol menea la cabeza. Han pasado veintiséis largos años y una vida desde ese momento. Al cabo de cuatro días será el cumpleaños de su hija. A menos que Sol encuentre al Alcaudón, que llegue a un trato con la criatura, a menos que haga algo Rachel morirá al cabo de cuatro días.

—¿Viene usted, Sol? —pregunta Lamia. Los otros han guardado el equipo en la primera sala, en el estrecho corredor de piedra.

—Voy —responde Sol, y entra en la tumba. Lámparas globulares y luces eléctricas bordean el túnel, pero están apagadas y cubiertas de polvo. Sólo la linterna de Sol y el fulgor de una de las pequeñas linternas de Kassad alumbran el camino.

La primera sala es pequeña, cuatro metros por seis. Los otros tres peregrinos han apoyado los bártulos contra la pared trasera y extienden lienzos y mantas en el centro de la sala. Dos linternas sisean y proyectan una luz fría. Sol se detiene para mirar alrededor.

—El cuerpo del padre Hoyt está en la sala contigua —anuncia Brawne Lamia, respondiendo a su tácita pregunta—. Allí hace aún más frío.

Sol se acerca a los demás. Incluso a esta distancia se oye el arañazo de la arena y la nieve contra la piedra.

—El cónsul probará suerte con el comlog —dice Brawne—. Le explicará la situación a Gladstone.

Martin Silenus ríe.

—Es inútil. Totalmente inútil. Ella sabe lo que hace y nunca nos dejará salir de aquí.

—Lo intentaré después del amanecer —insiste el cónsul con voz fatigada.

—Yo montaré guardia —decide Sol. Rachel se mueve y llora débilmente—. De todos modos, debo alimentar a la niña.

Los otros parecen demasiado extenuados para responder.

Brawne se apoya en una mochila, cierra los ojos y al cabo de unos instantes respira ruidosamente. El cónsul se cala el tricornio sobre los ojos. Martin Silenus cruza los brazos y mira la puerta, esperando. Sol Weintraub coge un suministro de lactancia. Le cuesta activar el mecanismo calentador con los dedos fríos y artríticos. Mira en el saco y advierte que sólo tiene diez suministros más, y un puñado de pañales.

La niña bebe y Sol cabecea casi adormilado cuando un ruido los despierta a todos.

—¿Qué es? —exclama Brawne, cogiendo la pistola del padre.

—¡Shh! —chista el poeta, pidiendo silencio con la mano.

El sonido se repite en alguna parte de la tumba. Un crujido seco y perentorio que se impone al gemido del viento y el arañar de la arena.

—El rifle de Kassad —dice Brawne Lamia.

—O el de alguien más —susurra Martin Silenus.

Escuchan en silencio, y por un largo instante no oyen nada. De pronto la noche se convierte en una erupción de ruidos, detonaciones que los obligan a acurrucarse y taparse los oídos.

Rachel berrea aterrada, pero las explosiones y estruendos ahogan los sollozos.

11

Desperté cuando aterrizó la nave. *Hyperion*, pensé, aún separando mis pensamientos de las hilachas de sueño.

El joven teniente nos deseó suerte y bajó en cuanto se abrió la puerta y un aire fresco y ligero reemplazó la atmósfera enrarecida y presurizada. Seguí a Hunt al exterior. Bajamos por una rampa, atravesamos la pared de protección y salimos a la pista.

Era de noche, y yo ignoraba la hora local, si el límite de iluminación acababa de pasar ese punto del planeta o si se estaba acercando, pero daba una sensación de hora tardía. Caía una llovizna perfumada con el aroma salobre del mar y un regusto a vegetación húmeda. Brillaban luces alrededor del distante perímetro, y una veintena de torres iluminadas proyectaban aureolas hacia las nubes bajas. Media docena de jóvenes marines descargaban la nave de descenso, y a treinta metros, nuestro joven teniente charlaba animadamente con un oficial. El pequeño puerto espacial parecía salido de un libro de historia, un puerto colonial de los primeros días de la Hégira. Primitivos fosos y cuadrángulos de aterrizaje se extendían un kilómetro hacia las oscuras colinas del norte, andamios y torres de mantenimiento rodeaban una veintena de transportes militares y naves de combate, y las zonas de aterrizaje estaban bordeadas por edificios militares modulares que exhibían antenas, violáceos campos de contención y un apiñamiento de deslizadores y aviones.

Seguí la mirada de Hunt y advertí que un deslizador se nos acercaba. Las luces de navegación iluminaban el símbolo geodésico de la Hegemonía, azul y oro, en uno de los bordes: la lluvia goteaba de las ampollas delanteras y se alejaba de las turbinas en una violenta cortina de vapor. El deslizador se posó, se abrió una ampolla de Perspex, un hombre bajó y corrió hacia nosotros.

Le tendió la mano a Hunt.

—¿Señor Hunt? Soy Theo Lane.

Hunt le estrechó la mano, y me señaló con la cabeza.

—Es un placer, gobernador general. Éste es Joseph Severn.

Estreché la mano de Lane y me asombró reconocerlo. Recordaba a Theo Lane por los jirones de *déjà vu* de la memoria del cónsul, que evocaban los años en que el joven era vicecónsul; también por el breve encuentro de una semana atrás, cuando saludó a todos los peregrinos antes que se remontaran río arriba en la barcaza de levitación *Benarés*. Parecía más viejo que seis días atrás. Pero el rebelde mechón de la frente era el mismo, así como las arcaicas gafas y el enérgico apretón.

—Me alegra que tuviera usted tiempo para descender a Hyperion —le dijo el gobernador general a Hunt—. Necesito comunicar varias cosas a la FEM.

—Por eso estamos aquí —dijo Hunt. Alzó al cielo los ojos entornados—. Tenemos una hora. ¿Hay alguna parte donde podamos secarnos?

El gobernador general exhibió una sonrisa juvenil.

—Esto es un manicomio, incluso a las 0520 y el consulado está bajo sitio. Pero conozco un lugar. —Señaló el deslizador.

Mientras nos elevábamos, reparé en los dos deslizadores de los marines que nos seguían, pero aún me sorprendía que un gobernador general del Protectorado pilotara su propio vehículo y no tuviera una guardia permanente. Luego recordé lo que el cónsul había dicho a los demás peregrinos —Theo Lane era un joven eficaz que pasaba inadvertido— y comprendí que esa discreción congeniaba con el estilo del diplomático.

El sol se elevó mientras nos alejábamos del puerto espacial rumbo a la ciudad. Las nubes bajas relucían iluminadas desde abajo, las colinas del norte chispeaban con un brillo verde, violeta y rojizo, y la franja del cielo que asomaba bajo las nubes hacia el este era de ese sobrecogedor tono verde y lapislázuli que yo recordaba de mis sueños. *Hyperion*, pensé, y la tensión y la euforia me formaron un nudo en la garganta.

Apoyé la cabeza en la ampolla del deslizador y comprendí que parte del vértigo y la confusión se debía a la pérdida de contacto con la esfera de datos. La conexión aún existía, a través de canales de microondas y ultralínea, pero era más tenue que nunca. Si la esfera de datos había sido el mar donde yo nadaba, ahora estaba en un bajío, en un charco formado por la marea, y el agua escaseaba cada vez más a medida que abandonábamos el puerto espacial y su tosca microesfera. Me obligué a prestar atención a la conversación entre Hunt y el gobernador general Lane.

—Aquí pueden ver las chabolas —señaló Lane, inclinando el deslizador para brindarnos una mejor vista de las colinas y el valle que separaban el puerto espacial de los suburbios de la capital.

Chabolas era un término demasiado cortés para aquel mísero apiñamiento de paneles de fibroplástico, retazos de lona, pilas de cajas de embalaje y astillas de flujoespuma que cubrían las colinas y los profundos desfiladeros. Lo que en el pasado había sido un grato paseo de diez kilómetros desde la ciudad hasta el puerto espacial, a través de colinas arboladas, ahora mostraba un terreno donde habían talado los árboles para usarlos como leña y material de construcción, prados tan pisoteados que se habían convertido en extensos lodazales, y una ciudad de setecientos u ochocientos mil refugiados que ocupaba cada palmo de terreno visible. El humo de cientos de fogatas se elevaba a las nubes y se veía movimiento por doquier: niños corriendo descalzos, mujeres recogiendo agua en arroyos que debían de estar contaminados, hombres acuclillados en los campos abiertos o haciendo fila frente a improvisados retretes. Vi alambradas y violáceos campos de contención a ambos lados de la carretera, y puestos militares cada medio kilómetro. Largas hileras de vehículos terrestres y deslizadores camuflados de FUERZA se desplazaban en ambas direcciones a lo largo de la carretera y en los carriles de vuelo bajo.

—… la mayoría de los refugiados son aborígenes —explicaba el gobernador general Lane—, aunque hay miles de terratenientes que

tuvieron que largarse de las ciudades australes y las grandes plantaciones de fibroplástico de Aquila.

—¿Están aquí porque creen que los éxters los invadirán? —preguntó Hunt.

Theo Lane miró de soslayo al asistente de Gladstone.

—Al principio cundió el pánico ante la idea de que se abrieran las Tumbas de Tiempo —dijo—. La gente estaba convencida de que el Alcaudón atacaría.

—¿Y atacó? —pregunté.

El joven se volvió en el asiento para mirarme.

—La Tercera Legión de la Fuerza de Autodefensa enfiló hacia el norte hace siete meses —informó—. No regresó.

—Dijo usted que al principio huían del Alcaudón —observó Hunt —. ¿Por qué vinieron los demás?

—Esperan la evacuación —respondió Lane—. Todos saben lo que los éxters y las tropas de la Hegemonía hicieron en Bressia. Quieren estar lejos cuando eso le ocurra a Hyperion.

—¿Sabe usted que FUERZA considera que la evacuación es sólo un último recurso? —preguntó Hunt.

—Sí. Pero no lo hemos anunciado a los refugiados. Ya se produjeron grandes disturbios. Han destruido el Templo del Alcaudón… una turba lo sitió y alguien usó explosivos de plasma robados en las minas de Lusus. La semana pasada hubo ataques contra el consulado y el puerto espacial, y multitudes robando alimentos en Jacktown.

Hunt asintió y miró hacia la ciudad. Los bajos edificios —pocos tenían más de cinco pisos— y sus paredes claras y blancas relucían bajo los rayos oblicuos del sol matutino. Miré por encima del hombro de Hunt y vi la baja montaña con la cara tallada de Triste Rey Billy cavilando en el valle. El río Hoolie serpeaba por el centro del casco antiguo, se enderezaba antes de dirigirse hacia la invisible Cordillera de la Brida y se perdía de vista en las marismas de raraleña del sudeste, donde se ensanchaba formando un delta a lo largo de la Alta Crin. La ciudad parecía poco atestada y apacible después de la

triste confusión de las barriadas de refugiados, pero cuando empezamos a descender hacia el río reparé en el tráfico militar, tanques, transportes blindados y vehículos armados con el polímero de camuflaje deliberadamente desactivado para que las máquinas parecieran más amenazadoras. Luego vi a los refugiados de la ciudad: tiendas improvisadas en plazas y callejones, miles de personas durmiendo en las aceras como bultos de ropa sucia y descolorida.

—Keats tenía doscientos mil habitantes hace dos años —prosiguió el gobernador general Lane—. Ahora nos acercamos a los tres millones y medio, incluyendo las barriadas suburbanas.

—Creía que había menos de cinco millones de personas en el planeta —dijo Hunt—. Nativos incluidos.

—Así es —asintió Lane—. Usted comprenderá por qué todo se desmorona. Las otras dos ciudades grandes, Puerto Romance y Endimión, albergan a la mayor parte del resto de los refugiados. Las plantaciones de fibroplástico de Aquila están desiertas, amenazadas por la selva y los bosques flamígeros, las granjas de la Crin y las Nueve Colas no están produciendo… y si producen no pueden trasladar los alimentos al mercado debido al colapso del sistema de transporte civil.

Hunt miró hacia el río.

—¿Qué está haciendo el gobierno?

Theo Lane sonrió.

—¿Qué estoy haciendo *yo*? Bien, la crisis ha fermentado durante tres años. El primer paso fue disolver el Consejo Interno e incluir formalmente a Hyperion en el Protectorado. Cuando me concedieron poderes ejecutivos, decidí nacionalizar las restantes compañías de tránsito y las líneas de dirigibles (ahora sólo los militares utilizan deslizadores) y desarticular la Fuerza de Autodefensa.

—¿Desarticularla? —dijo Hunt—. Pensé que querría utilizarla.

El gobernador general Lane meneó la cabeza. Pulsó el omnicontrol y el deslizador descendió en tirabuzón hacia el centro de la vieja Keats.

—Era peor que inútil —explicó—. Resultaba peligrosa. No lo lamenté demasiado cuando la «Tercera Legión de Combatientes» fue al norte y desapareció. En cuanto desembarcaron las tropas terrestres y marines de FUERZA, desarmé al resto de esos matones de la FA. Instigaban la mayoría de los saqueos. Aquí podremos desayunar y conversar.

El deslizador descendió sobre el río, trazó un último círculo y se posó en el patio de una antigua estructura de piedra y estacas con ventanas de imaginativo diseño: Cícero. Incluso antes que Lane identificara el lugar, lo reconocí por el recuerdo de los peregrinos: el viejo restaurante, cantina y posada estaba en el corazón de Jacktown y ocupaba más de cuatro edificios en nueve niveles, con balcones, pasadizos y aceras de raraleña oscura que colgaban sobre el parsimonioso Hoolie por un lado y los estrechos callejones de Jacktown por el otro. Cícero era más antiguo que el retrato de piedra de Triste Rey Billy, y sus umbríos cubículos y profundas bodegas habían sido el verdadero hogar del cónsul durante su exilio.

Stan Leweski nos salió al encuentro en la puerta del patio. Alto y macizo, con un rostro oscuro y fisurado como las paredes de piedra de la taberna, Leweski *era* Cícero, tal como lo habían sido su padre, abuelo y bisabuelo.

—¡Demonios! —tronó el gigante, palmeando el hombro de Theo con tal fuerza que hizo trastabillar al gobernador general y dictador *de facto* de aquel mundo—. Viene temprano por variar, ¿eh? ¿Trae a sus amigos a desayunar? ¡Bienvenidos a Cícero! —La manaza de Stan Leweski engulló la de Hunt y luego la mía en una bienvenida que me hizo temer una rotura en las articulaciones de los dedos—. ¿O es tarde para ustedes… por la hora de la Red? ¡Quizá les apetezca tomar una copa o cenar!

Leigh Hunt miró al tabernero fijamente.

—¿Cómo ha sabido que somos de la Red?

Leweski soltó una risotada que hizo girar los ventiladores.

—¡Ja! Una difícil deducción, ¿eh? Vienen con Theo al amanecer… ¿Creen ustedes que él trae a todo el mundo? Además, usan ropa de

lana y aquí no hay ovejas. No son ustedes de FUERZA ni magnates del fibroplástico… ¡Los conozco a todos! *Ipso facto toto*, ustedes se teleyectan a naves de la Red y bajan aquí a gozar de una buena comida. Pues bien, ¿desayuno o copas?

Theo Lane suspiró.

—Danos un rincón tranquilo, Stan. Tocino, huevos y arenques para mí. ¿Caballeros?

—Sólo café —pidió Hunt.

—Café —dije. Seguimos al tabernero por pasillos, escaleras cortas, rampas de hierro forjado y más pasillos. El lugar era más bajo, más oscuro, más lleno de humo y más fascinante de lo que yo recordaba por mis sueños. Algunos parroquianos nos miraron, pero el lugar estaba menos frecuentado de lo que yo recordaba. Sin duda Lane había enviado efectivos para expulsar a los últimos bárbaros de la FA que ocupaban el lugar. Pasamos ante una ventana alta y estrecha y comprobé tal hipótesis echando un vistazo al transporte de FUERZA aparcado en el callejón: tropas merodeando con armas cargadas.

—Aquí —señaló Leweski mientras nos conducía a un pequeño porche que colgaba sobre el Hoolie y daba a los tejados de dos aguas y las torres de piedra de Jacktown—, Dommy estará aquí dentro de dos minutos con el desayuno y el café. —Se marchó con pasos que eran ágiles para aquel corpachón.

Hunt miró el comlog.

—Tenemos tres cuartos de hora hasta el retorno de la nave de descenso. Hablemos.

Lane asintió, se quitó las gafas y se frotó los ojos. Comprendí que había estado en vela toda la noche, quizá varias noches.

—Bien —dijo, calándose de nuevo las gafas—. ¿Qué quiere saber la FEM Gladstone?

Hunt guardó silencio mientras un hombre bajo de tez blanca como el pergamino y ojos amarillos nos traía el café en tazones profundos y gruesos, y ponía un plato con la comida de Lane.

—La FEM quiere saber cuáles son sus prioridades —dijo Hunt—. Necesita saber si usted puede resistir en caso de una lucha prolongada.

Lane comió un instante sin responder. Tomó un largo sorbo de café y miró intensamente a Hunt. Era café verdadero, superior al que se cultivaba en la Red.

—En primer lugar, contestaré la última pregunta —dijo Lane—. ¿A qué llama prolongada?

—Semanas.

—Semanas, quizá. Meses, imposible. —El gobernador general probó los arenques—. Ya ve usted el estado de nuestra economía. Si no fuera por los suministros que nos trae FUERZA, tendríamos saqueos todos los días, no una vez a la semana. Con la cuarentena no hay exportaciones. La mitad de los refugiados quiere dar con los sacerdotes del Templo del Alcaudón y matarlos, la otra mitad desea convertirse antes que el Alcaudón los encuentre a ellos.

—¿Ha encontrado usted a los sacerdotes? —preguntó Hunt.

—No. Estamos seguros de que escaparon del atentado contra el templo, pero las autoridades no han sabido localizarlos. Corre el rumor de que han ido a la Fortaleza de Cronos, un castillo de piedra que domina la alta estepa donde se encuentran las Tumbas de Tiempo.

Yo sabía que no era así. Por lo menos, sabía que los peregrinos no habían visto a ningún sacerdote del Templo del Alcaudón durante su breve estancia en la Fortaleza. Pero había indicios de una matanza.

—En cuanto a nuestras prioridades —continuó Lane—, la primera es la evacuación. La segunda es la eliminación de la amenaza éxter. La tercera es auxilio frente a la amenaza del Alcaudón.

Leigh Hunt se retrepó contra la madera pulida. El vapor del café aureolaba el grueso tazón que sostenía en las manos.

—La evacuación no es posible en este momento…

—¿Por qué? —exclamó Lane, quien disparó la pregunta como un proyectil.

—La FEM Gladstone no tiene el poder político, en este momento, para convencer al Senado y a la Entidad Suma de que la Red acepte cinco millones de refugiados…

—Estupideces. Había el doble de esa cantidad de turistas en Alianza-Maui en su primer año en el Protectorado. Y eso destruyó una singular ecología planetaria. Llévenos a Armaghast o algún mundo desértico hasta que pase la amenaza de la guerra.

Hunt sacudió la cabeza. Sus ojos perrunos parecían más tristes que de costumbre.

—No es sólo la cuestión logística, ni la cuestión política. Es…

—El Alcaudón —lo interrumpió Lane. Cortó un trozo de tocino—. El Alcaudón es la verdadera razón.

—Sí. Y también el temor de una infiltración éxter en la Red.

El gobernador general rió.

—¿Conque teme que si se instalan portales teleyectores para evacuarnos, un puñado de éxters de tres metros aterrizarán y se pondrán en fila sin que nadie se dé cuenta?

Hunt bebió café.

—No —respondió—, pero hay verdadero peligro de invasión. Cada portal es una entrada en la Red. El Consejero Asesor se opone.

—De acuerdo —asintió Lane, masticando—. Utilicen naves. ¿No era ésa la razón para enviar una fuerza especial?

—La razón aparente —dijo Hunt—. Nuestro verdadero propósito es derrotar a los éxters e incorporar Hyperion a la Red.

—¿Y qué hay de la amenaza del Alcaudón?

—La neutralizaremos —aseguró Hunt. Calló cuando un pequeño grupo de hombres y mujeres pasó junto al porche. Miré al grupo que se internaba en el pasillo. Algo me había llamado la atención.

—¿Ése no era Melio Arúndez? —dije, interrumpiendo al gobernador general.

—¿Qué? Oh, el doctor Arúndez. Sí. ¿Lo conoce usted, Severn?

Leigh Hunt me fulminó con la mirada, pero lo ignoré.

—Sí —contesté, aunque nunca había visto personalmente a Arúndez—. ¿Qué hace en Hyperion?

—Su equipo vino hace seis meses locales con un proyecto de la Universidad Reichs de Freeholm para realizar nuevas investigaciones en las Tumbas de Tiempo.

—Pero las Tumbas estaban cerradas para investigadores y turistas.

—Sí. Pero sus instrumentos ya habían mostrado el cambio en los campos antientrópicos que rodeaban las Tumbas. Permitimos que los datos se transmitieran semanalmente al receptor ultralínea del consulado. La Universidad Reichs sabía que las Tumbas se estaban abriendo, si eso es lo que significa el cambio, y enviaron a los principales investigadores de la Red para estudiarlo.

—Pero usted no les otorgó autorización.

Theo Lane me dirigió una sonrisa glacial.

—La FEM Gladstone no les otorgó autorización. Las Tumbas están cerradas por orden directa de TC^2. Si de mí dependiera, habría negado el permiso a los peregrinos y habría concedido acceso prioritario al equipo del doctor Arúndez. —Se volvió hacia Hunt.

—Perdonen —dije, y me fui del porche.

Encontré a Arúndez y su gente —tres mujeres y cuatro hombres, con atuendos y rasgos que sugerían diferentes mundos de la Red— a dos porches de distancia. Desayunaban encorvados sobre sus comlogs científicos, discutiendo en términos técnicos tan enigmáticos que habrían despertado la envidia a un estudioso del Talmud.

—¿Doctor Arúndez?

—¿Sí? —Arúndez se volvió hacia mí. Parecía veinte años mayor de lo que yo recordaba: era un hombre maduro y sesentón, pero aún conservaba el perfil elegante, la tez bronceada, la mandíbula maciza, el cabello ondulado y negro apenas canoso en las sienes, los penetrantes ojos castaños. Comprendí que una joven estudiante se hubiera enamorado enseguida de él.

—Me llamo Joseph Severn —me presenté—. Usted no me conoce, pero yo conocí a una amiga suya: Rachel Weintraub.

Arúndez se levantó al instante, presentó disculpas a los demás y me cogió por el codo para conducirme a un reservado vacío, bajo una ventana redonda que daba a tejados rojos. Me soltó el hombro y me evaluó con la mirada, reparando en mis ropas de la Red. Me estudió las muñecas, buscando los rastros azules del tratamiento Poulsen.

—Es usted demasiado joven —resolvió—. A menos que conociera a Rachel en la infancia.

—En realidad, conozco mejor al padre —dije.

El doctor Arúndez soltó un suspiro y asintió.

—Desde luego. ¿Dónde está Sol? Hace meses que trato de localizarlo a través del consulado. Las autoridades de Hebrón sólo me informan de que se mudó. —De nuevo me evaluó con la mirada —. ¿Usted está al corriente de la dolencia de Rachel?

—Sí —respondí. El mal de Merlín, que la había hecho envejecer a la inversa, restándole recuerdos con cada día y hora que pasaba. Melio Arúndez había sido uno de esos recuerdos—. Sé que usted fue a visitarla hace quince años estándar en Mundo de Barnard.

Arúndez hizo una mueca.

—Fue un error —reconoció—. Pensé que hablaría con Sol y Sarai. Cuando la vi… —Sacudió la cabeza—. ¿Quién es usted? ¿Sabe dónde están Sol y Rachel? Faltan tres días para el cumpleaños de la chica.

Asentí.

—Su primer y último cumpleaños. —Miré alrededor. El pasillo estaba vacío y en silencio, excepto por una risa distante—. Estoy aquí en un viaje de indagación del gobierno de la FEM. Sé que Sol Weintraub y su hija han viajado a las Tumbas de Tiempo.

Arúndez se quedó aturdido, como si le hubieran asestado un puñetazo en el plexo solar.

—¿Aquí? ¿En Hyperion? —Contempló los tejados un instante—. Debí imaginarlo… aunque Sol siempre se negó a venir aquí… pero

con la muerte de Sarai… —Se volvió hacia mí—. ¿Está usted en contacto con él? ¿Ella está… están todos bien?

Sacudí la cabeza.

—En la actualidad no hay enlaces radiales ni de esfera de datos. Sé que pudieron llegar a salvo. La pregunta es qué sabe usted. Su equipo. Los datos acerca de lo que ocurre en las Tumbas de Tiempo pueden ser importantísimos para la supervivencia de ellos.

Melio Arúndez se alisó el cabello.

—¡Si tan sólo nos permitieran viajar allá! Esa estúpida miopía de los burócratas… Usted dice que pertenece al gobierno de Gladstone. ¿Puede explicarles por qué es importante que nos traslademos allá?

—Yo soy sólo un mensajero —me excusé—. Pero dígame por qué es tan importante y trataré de hacer llegar la información a alguien.

Las manazas de Arúndez aferraron una forma invisible en el aire. La tensión y la cólera eran palpables.

—Durante tres años recibimos datos vía telemetría, en los mensajes que el consulado permitía enviar semanalmente en su precioso aparato ultralínea. Revelaban una lenta pero inexorable degradación de la envoltura antientrópica, las mareas de tiempo que rodeaban e impregnaban las Tumbas. Era irregular, ilógica, pero constante. Nuestro equipo recibió autorización para viajar aquí cuando comenzó la degradación. Llegamos hace seis meses, descubrimos datos que sugerían que las Tumbas se estaban abriendo, entrando en fase con el presente, pero cuatro días después de nuestra llegada los instrumentos cesaron de emitir. Todos. Suplicamos a ese bastardo de Lane que nos permitiera ir para recalibrarlos, instalar nuevos sensores aunque no nos dejara investigar personalmente.

»Nada. Ningún permiso de tránsito. Ninguna comunicación con la universidad… ni siquiera cuando llegaron las naves de FUERZA, que facilitarían las cosas. Tratamos de navegar río arriba, sin autorización, y los marines de Lane nos interceptaron en Rizos de Karla y nos trajeron de vuelta esposados. Pasé cuatro semanas en la cárcel. Ahora nos permiten andar por Keats, pero nos encerrarán

indefinidamente si abandonamos de nuevo la ciudad. ¿Puede usted ayudarnos?

—No lo sé. Quiero ayudar a los Weintraub. Tal vez sería mejor si usted pudiera llevar su equipo a las Tumbas. ¿Sabe cuándo se abrirán?

El físico gesticuló con furia.

—¡Ojalá tuviéramos nuevos datos! —Suspiró—. No, no lo sabemos. Ya podrían estar abiertas, o podrían transcurrir otros seis meses.

—Cuando usted dice «abiertas», no quiere decir abiertas físicamente.

—Claro que no. Las Tumbas de Tiempo han estado físicamente abiertas desde que las descubrimos, hace cuatro siglos estándar. Quiero decir abiertas en el sentido de eliminar los telones de tiempo que ocultan determinadas zonas, poniendo el complejo entero en fase con el flujo local de tiempo.

—¿Con «local» se refiere usted…?

—Me refiero a este universo, desde luego.

—¿Y está seguro de que las Tumbas retroceden en el tiempo desde nuestro futuro? —pregunté.

—Retroceden en el tiempo, sí. No sabemos si desde nuestro futuro. Ni siquiera sabemos qué significa «futuro» en términos físico-temporales. Podría haber una serie de probabilidades sinusoidales o un megaverso ramificado, o incluso…

—En cualquier caso, las Tumbas de Tiempo y el Alcaudón proceden de allí.

—Las Tumbas de Tiempo son seguras —replicó el físico—. No sé nada acerca del Alcaudón. Sospecho que es un mito alimentado por el mismo afán de verdades supersticiosas que impulsa a otras religiones.

—¿Incluso después de lo que ocurrió con Rachel? ¿Aún no cree en el Alcaudón?

Melio Arúndez me taladró con la mirada.

—Rachel contrajo el mal de Merlín. Se trata de una enfermedad antientrópica, no de la mordedura de un monstruo mítico.

—La mordedura del tiempo nunca ha sido mítica —espeté, sorprendiéndome con esa muestra barata de filosofía casera—. La pregunta es si el Alcaudón, o el poder que habita las Tumbas de Tiempo, permitirá que Rachel regrese al flujo temporal «local».

Arúndez asintió y miró hacia los tejados. Las nubes ocultaban el sol en aquella mañana lúgubre, y las tejas rojas parecían descoloridas.

Empezaba a llover de nuevo.

—Y la pregunta es —añadí, sorprendiéndome de nuevo— si usted sigue enamorado de ella.

El físico volvió la cabeza despacio, dirigiéndome una mirada colérica. Noté que la réplica —posiblemente un puñetazo— crecía, alcanzaba un momento álgido y se desvanecía. Se metió la mano en el bolsillo y me mostró una holoinstantánea de una atractiva mujer con cabello canoso y dos hijos adolescentes.

—Mi esposa e hijos —explicó Melio Arúndez—. Me esperan en Vector Renacimiento. —Me apuntó con el dedo—. Si Rachel se curara hoy, yo tendría ochenta y dos años estándar antes que ella alcanzara la edad que tenía cuando nos conocimos. —Bajó el dedo, se guardó el holo en el bolsillo—. Y sí, todavía estoy enamorado de ella.

Se hizo un silencio. Una voz lo quebró al cabo de un instante.

—¿Preparado? —Me volví y vi a Hunt y Theo Lane en la puerta—. La nave despega dentro de diez minutos —anunció Hunt.

Estreché la mano de Melio Arúndez.

—Lo intentaré —prometí.

El gobernador general Lane ordenó que uno de sus deslizadores de escolta nos llevara de vuelta al puerto espacial mientras él regresaba al consulado. El deslizador militar no era más cómodo que el aparato consular, pero sí más veloz. Ya estábamos asegurados en nuestros asientos de red a bordo de la nave de descenso cuando Hunt dijo:

—¿Para qué habló usted con ese físico?

—Sólo renovaba viejos lazos con un extraño.

Hunt frunció el ceño.

—¿Qué intentará?

La nave ronroneó, se inclinó y brincó cuando la catapulta nos lanzó hacia el cielo.

—Le prometí que intentaría conseguirle una visita para una amiga enferma.

Hunt aún fruncía el ceño. Extraje una libreta de dibujo y garrapateé imágenes de Cícero hasta que entramos en la nave-puente, quince minutos después.

Fue todo un golpe atravesar el portal teleyector para regresar al nexo ejecutivo de la Casa de Gobierno. Otro paso nos condujo a la galería del Senado, donde Meina Gladstone aún hablaba ante una sala atestada.

Las cámaras y micrófonos transmitían el discurso a la Entidad Suma y a cien mil millones de ciudadanos expectantes.

Miré mi cronómetro. Las 1038. Sólo nos habíamos ausentado noventa minutos.

12

El Senado de la Hegemonía del Hombre se parecía más al Senado de Estados Unidos de ocho siglos atrás que a los imperiales edificios de la República de América del Norte o del Primer Consejo Mundial. La principal sala de asambleas, amplia y bordeada por galerías, tenía tamaño suficiente para albergar a los trescientos y pico senadores de los mundos de la Red y los más de setenta representantes sin poder de voto de las colonias del Protectorado. Las moquetas eran de color vino tinto y nacían en la tarima central, donde el presidente provisional, el portavoz de la Entidad Suma, y hoy la Funcionaria Ejecutiva Máxima de la Hegemonía tenían sus asientos. Los escritorios de los senadores eran de madera Muir —donados por los templarios de Bosquecillo de Dios, para quienes esos productos eran sagrados— y el fulgor y el aroma de la madera pulida llenaban la sala a pesar de estar atestada.

Leigh Hunt y yo entramos cuando Gladstone terminaba el discurso. Pulsé el comlog para hacer una lectura rápida. Era breve y relativamente sencilla, como la mayoría de sus alocuciones, sin condescendencia ni jactancia, recurría a frases originales e imágenes enérgicas. Gladstone mencionaba los episodios y conflictos que desembocaban en el actual estado de beligerancia con los éxters, proclamaba el tradicional deseo de paz que aún predominaba en la política de la Hegemonía y convocaba a la unidad dentro de la Red y el Protectorado hasta que hubiera pasado la crisis. Escuché su resumen.

—… y así ha ocurrido, conciudadanos, que al cabo de más de un siglo de paz nos encontramos de nuevo comprometidos en una lucha para mantener los derechos que nuestra sociedad defiende desde antes de la muerte de nuestra Madre Tierra. Al cabo de más de un siglo de paz, ahora debemos empuñar, contra nuestra voluntad, contra nuestra inclinación, el escudo y la espada, que siempre han

preservado nuestros derechos y garantizado el bien común, para que la paz prevalezca nuevamente.

»No nos dejemos desorientar por el toque de trompetas ni por la euforia que inevitablemente produce la llamada a las armas. Quienes ignoran las lecciones de la historia acerca de la locura de la guerra están obligados a algo peor que repetirlas… quizás a ser la causa de su propia muerte. Quizá nos aguarden grandes sacrificios. Tal vez nos esperen grandes penurias. Pero al margen de los triunfos o reveses que inevitablemente sobrevendrán, debemos recordar dos cosas. Primero, que luchamos por la paz y sabemos que la guerra nunca debe ser una condición permanente, sino un flagelo temporal que sufrimos tal como un niño padece una fiebre, sabiendo que la salud sucede a la larga noche del dolor y que la salud significa la paz. Segundo, que nunca cederemos, nunca escucharemos voces subalternas ni impulsos seductores, no titubearemos hasta que la victoria sea nuestra, eliminemos la agresión y conquistemos la paz. Gracias.

Leigh Hunt observó atentamente mientras la mayoría de los senadores se levantaban para brindar a Gladstone una ovación que retumbó en el techo y llegó hasta la galería en oleadas. La mayoría de los senadores. Advertí que Hunt contaba a los que permanecían sentados, algunos con los brazos cruzados, otros con visible mal ceño. La guerra había durado menos de dos días, pero la oposición ya estaba creciendo: primero en los mundos coloniales, que temían por su propia seguridad mientras FUERZA operaba en Hyperion, luego entre los opositores de Gladstone, que eran muchos, pues nadie permanece en el poder tanto tiempo sin crearse enemigos; y por fin entre los miembros de su propia coalición, quienes consideraban la guerra como un necio atentado contra una prosperidad sin precedentes.

Gladstone bajó de la tarima estrechando la mano del viejo presidente y el joven portavoz, salió por el pasillo central hablando con la gente y exhibiendo su conocida sonrisa. Las cámaras de la Entidad Suma la seguían y sentí cómo aumentaba la presión en la

red de debates mientras miles de millones expresaban su opinión en los niveles interactivos de la megaesfera.

—Tengo que verla ahora —señaló Hunt—. ¿Sabe usted que está invitado a una cena oficial esta noche en Copa-del-Árbol?

—Sí.

Hunt meneó la cabeza, como si no entendiera por qué la FEM me quería tener cerca.

—Se prolongará hasta horas avanzadas y será seguida por una reunión con el mando de FUERZA. Ella desea que usted asista a ambas.

—Allí estaré —aseguré.

Hunt se detuvo en la puerta.

—¿Tiene algo que hacer en la Casa de Gobierno hasta la cena?

Le sonreí.

—Trabajaré en mis bocetos. Luego daré un paseo por el Parque de los Ciervos. Después… no sé… quizás eche una siesta.

Hunt meneó de nuevo la cabeza y se marchó deprisa.

13

El primer disparo pasa a menos de un metro de Fedmahn Kassad, astillando una roca. Kassad busca protección, el polímero de camuflaje activado, la armadura tensa, el rifle preparado, el visor en función de ataque. Kassad aguarda un largo instante, sintiendo los latidos del corazón y escrutando las colinas, el valle y las Tumbas en busca de calor o movimiento. Nada. Tuerce el gesto detrás del negro espejo del visor.

Quien le había disparado se proponía errar, sin duda. Había usado un rayo pulsátil estándar, encendido por un cartucho de 18 milímetros, y resultaba imposible no dar en el blanco a menos que el tirador estuviera a diez o más kilómetros de distancia.

Kassad se levantaba para correr hacia la Tumba de Jade, el segundo disparo le da en el pecho y lo tumba al suelo.

Gruñe y se aleja rodando, reptando hacia la entrada de la Tumba de Jade con todos los sensores activados. El segundo disparo fue una bala de rifle. Quien juega con él está usando un arma multipropósito similar a la suya. Supone que el atacante sabe que él usa blindaje, que la bala de rifle sería ineficaz a cualquier distancia. Pero el arma multipropósito tiene otros recursos, y si el siguiente nivel de juego incluye un láser mortífero, Kassad es hombre muerto. Se arroja en el portal de la tumba.

Aún no registra calor ni movimiento en los sensores, excepto las imágenes rojas y amarillas de las huellas de los demás peregrinos, las cuales se enfrían deprisa por donde ellos pasaron varios minutos antes.

Kassad usa sus implantes tácticos para cambiar las imágenes, recorriendo los canales VHF y de comunicación óptica. Nada. Aumenta el valle cien veces, calcula el viento y la arena, activa un indicador de blancos móviles. No se mueve nada que sea mayor que un insecto. Envía pulsaciones de radar, sonar y lorfo, desafiando al

francotirador a reaccionar. Nada. Pide despliegues tácticos de los dos primeros disparos, y el visor muestra trazos balísticos azules.

El primer disparo había procedido de la Ciudad de los Poetas, más de cuatro kilómetros al sudoeste. El segundo disparo, menos de diez segundos después, vino del Monolito de Cristal, un kilómetro valle abajo hacia el nordeste. La lógica indica que tiene que haber dos francotiradores. Kassad está seguro de que sólo hay uno. Ajusta la escala. El segundo disparo provino desde lo alto del Monolito, al menos treinta metros de altura en la cara abrupta.

Kassad se asoma, eleva la ampliación, escruta la noche y los vestigios de la tormenta de arena y nieve, enfocando la enorme estructura. Nada. Ninguna ventana, ninguna ranura, ninguna abertura.

Sólo los millones de partículas coloidales que la tormenta dejó en el aire permiten ver el láser durante una fracción de segundo. Kassad descubre el rayo verde después de que le golpea el pecho. Se repliega hacia la entrada de la Tumba de Jade, preguntándose si las paredes verdes contribuirán a desviar un haz de luz verde, mientras los superconductores de la armadura de combate irradian calor en todas direcciones y el visor táctico le indica lo que ya sabe: el disparo ha sido lanzado desde lo alto del Monolito de Cristal.

El dolor le aguijonea el pecho y al mirar descubre un círculo de cinco centímetros de blindaje que gotea fibras en el suelo. Sólo la última capa lo ha salvado. Tiene el cuerpo bañado en sudor dentro del traje y las paredes de la tumba relucen con el calor que ha desprendido el traje. Los biomonitores exigen atención, pero no aportan noticias graves. Los sensores del traje indican daños en los circuitos pero no describen nada irreemplazable, y su arma aún está cargada, activa y operativa.

Kassad reflexiona. Todas las Tumbas son invalorables tesoros arqueológicos, preservados durante siglos como un obsequio para las generaciones futuras, aunque estén retrocediendo en el tiempo. Sería un crimen a escala interplanetaria que el coronel Fedmahn

Kassad pusiera su propia vida por encima de la preservación de estructuras de tal valor.

—Qué demonios —susurra Kassad mientras adopta la posición de ataque.

Rocía con fuego láser el flanco del Monolito hasta que el cristal se derrite y resquebraja. Descarga haces de alto poder explosivo a intervalos de diez minutos, empezando por los niveles superiores. Miles de astillas de material especular vuelan hacia la noche, rodando en cámara lenta hacia el piso del valle, abriendo huecos dentados en la fachada del edificio. Kassad sintoniza de nuevo la luz coherente de haz ancho y barre el interior a través de las brechas, sonriendo cuando algo estalla en llamas en varios pisos. Kassad dispara rayos de electrones de alta energía que desgarran el Monolito y abren boquetes cilíndricos de catorce centímetros de anchura en la rocosa pared del valle. Dispara granadas que estallan en decenas de miles de agujas después de atravesar la fachada de cristal del Monolito. Escupe ráfagas de láser que cegarían a cualquiera que lo esté espiando desde la estructura. Dispara dardos de rastreo térmico en cada orificio de la astillada estructura.

Kassad regresa a la puerta de la Tumba de Jade y se sube el visor. Las llamas de la torre ardiente se reflejan en mil astillas de cristal desperdigadas por el valle. El humo se eleva hacia una noche donde de pronto no sopla el viento. Las dunas bermejas relucen en las llamas. El campanilleo del viento llena de pronto el aire cuando más trozos de cristal se resquebrajan y desmoronan, algunos colgando de largos cables de vidrio derretido.

Kassad desecha los cartuchos energéticos consumidos y los cargadores vacíos, los reemplaza, rueda sobre la espalda, inhalando el aire fresco que sale por la puerta abierta. No tiene la esperanza de haber matado al francotirador.

—Moneta —susurra Fedmahn Kassad. Cierra los ojos un segundo antes de continuar.

Moneta se le había aparecido en Agincourt en una mañana de finales de octubre del 1415 de la era cristiana. Los campos estaban sembrados de cadáveres franceses e ingleses y en el bosque vibraba la amenaza de un solo enemigo, pero ese enemigo habría sido el vencedor sin la ayuda de la alta mujer de pelo corto y ojos inolvidables. Después de aquella victoria compartida, aún empapados con la sangre del caballero derrotado, Kassad y la mujer hicieron el amor en el bosque.

La Red Histórico-Táctica de la Escuela de Mando Olympus era un simulador de estímulos más realista de lo que ningún civil pudiera experimentar, pero la amante fantasmal llamada Moneta no era una creación del simulador. A lo largo de los años, cuando Kassad era cadete en la Escuela de Mando Olympus de FUERZA y después, en los sueños postcatárticos que inevitablemente sucedían al combate real, ella acudía a él.

Fedmahn Kassad y la sombra llamada Moneta hicieron el amor en campos de batalla que abarcaban desde Antietam hasta Qom-Riyadh. Sin que nadie lo supiera, invisible para los demás cadetes, Moneta lo visitó en noches de guardia en el trópico y en días helados en las estepas rusas. Murmuraron apasionadamente en los sueños de Kassad tras noches triunfales reales en los campos de batalla isleños de Alianza-Maui y durante la dolorosa reconstrucción física, cuando estuvo al borde de la muerte en Bressia Sur. Y Moneta siempre había sido su único amor, una pasión abrumadora mezclada con el olor de la sangre y la pólvora: tufo de napalm, labios suaves, carne ionizada.

Luego vino Hyperion.

La nave-hospital del coronel Fedmahn Kassad fue atacada por naves éxter cuando regresaba del sistema de Bressia. Sólo Kassad sobrevivió, después de robar una nave éxter y aterrizar en Hyperion. En el continente de Equus. En los altos desiertos y áridos páramos

de las tierras que se extendían más allá de la Cordillera de la Brida. En el Valle de las Tumbas de Tiempo. En el reino del Alcaudón.

Y Moneta esperaba. Hicieron el amor, y cuando los éxters aterrizaron para reclamar su prisionero, Kassad, Moneta y la fantasmagórica presencia del Alcaudón destruyeron las naves éxters, arrasaron sus grupos de desembarco y exterminaron sus tropas. Por un breve instante, el coronel Fedmahn Kassad, de las barriadas de Tharsis, hijo, nieto y bisnieto de refugiados, ciudadano de Marte en todo sentido, conoció el puro éxtasis de usar el tiempo como un arma, de moverse entre sus enemigos sin que lo vieran, convertirse en un dios de la destrucción de modos jamás soñados por los guerreros mortales.

Pero luego, mientras hacían el amor tras la carnicería, Moneta había cambiado. Se había transformado en un monstruo. O el Alcaudón la había reemplazado. Kassad no recordaba los detalles, no quería recordarlos a menos que fuera imprescindible para sobrevivir.

Pero sabía que había regresado para encontrar al Alcaudón y matarlo. Para encontrar a Moneta y matarla. ¿Matarla? No lo sabía. El coronel Fedmahn Kassad sólo sabía que todas las grandes pasiones de una vida apasionada lo habían conducido a ese lugar y a ese momento, y si la muerte aguardaba, que así fuera. Y si aguardaban el amor, la gloria y una victoria que haría temblar el Valhalla, que así fuera.

Kassad baja el visor, se levanta, sale gritando de la Tumba de Jade. Su arma lanza granadas de humo y partículas de interferencia hacia el Monolito, pero éstas ofrecen escasa protección para la distancia que debe cruzar. Alguien todavía dispara desde la torre; balas y centelleos estallan a lo largo del camino mientras Kassad las esquiva saltando de duna en duna, de una pila de escombros a la otra.

Recibe saetas en el casco y las piernas. El visor se resquebraja y emite señales de alarma. Kassad desactiva las lecturas tácticas y

deja sólo los sensores de visión nocturna. Balas sólidas de alta velocidad le aciertan en el hombro y la rodilla. Kassad cae. La armadura se endurece, se distiende. Su polímero camaleónico trabaja desesperadamente para imitar la tierra de nadie que está cruzando: noche, llamas, arena, cristal derretido, piedra ardiente.

A cincuenta metros del Monolito, cintas de luz se clavan a izquierda y derecha, cristalizando la arena, buscándolo a una velocidad que nada podría superar. Los láseres mortíferos dejan de jugar con él y dan en el blanco, apuñalándole el casco, el corazón y la entrepierna con un fuego estelar. La armadura brilla como un espejo, cambiando de frecuencia en microsegundos para imitar los vibrantes colores del ataque. Un nimbo de aire recalentado rodea a Kassad. Los microcircuitos sobrecargados chillan liberando el calor y tratando de construir un campo de fuerza micrométrico para proteger la carne y el hueso.

Kassad avanza los últimos veinte metros, usando energía auxiliar para saltar sobre barreras de escoria cristalina. Múltiples explosiones lo tumban y lo levantan. El traje está rígido; Kassad es un muñeco que rebota entre manos llameantes.

El bombardeo cesa. Kassad se arrodilla y luego se yergue. Mira la fachada del Monolito de Cristal y sólo descubre llamas y fisuras. El visor está roto e inactivo. Kassad lo alza, inhala el humo y el aire ionizado, entra en la tumba. Sus implantes le indican que los demás peregrinos lo buscan en todos los canales de comunicación. Kassad los apaga, se quita el casco y entra en la oscuridad.

Hay una única sala, cuadrangular y oscura. Un conducto de ascenso se abre en el centro y Kassad alza los ojos: a cien metros hay una claraboya despedazada. Aureolada por las llamas, una figura aguarda en el décimo nivel, a sesenta metros de altura.

Kassad se apoya el arma en el hombro, se guarda el casco debajo del brazo, halla la gran escalera de caracol del centro del conducto e inicia el ascenso.

14

—¿Ha dormido la siesta? —preguntó Leigh Hunt cuando entramos en la zona de recepción teleyectora de Copa-del-Árbol.

—Sí.

—Espero que haya tenido dulces sueños —dijo Hunt, sin disimular su sarcasmo ni su opinión sobre quienes dormían mientras laboriosos funcionarios se deslomaban.

—No crea —repliqué, y miré en torno mientras subíamos por la ancha escalera.

Incluso en una Red donde cada ciudad de cada provincia de cada país de cada continente parecía alardear de un restaurante de cuatro tenedores, donde los verdaderos sibaritas se contaban en decenas de millones y los paladares se educaban con exóticos manjares de doscientos mundos, incluso en una Red saturada de triunfos culinarios y restaurantes de éxito, Copa-del-Árbol era único.

Instalado en uno de los doce árboles más altos de un mundo de gigantes arbóreos, Copa-del-Árbol ocupaba varias hectáreas de ramas a medio kilómetro del suelo. La escalera por donde ascendíamos Hunt y yo, con cuatro metros de anchura, se perdía en la inmensidad de ramas grandes como avenidas, hojas grandes como velas náuticas y un tronco principal —iluminado por reflectores y apenas visible entre los huecos del follaje— más empinado y macizo que la mayoría de las paredes de montaña. Copa-del-Árbol contenía una veintena de plataformas en las ramas superiores, en orden ascendente de rango, privilegio, riqueza y poder. Sobre todo, poder.

En una sociedad donde los millonarios eran casi un lugar común, donde un almuerzo en Copa-del-Árbol podía costar mil marcos y estar al alcance de millones, el árbitro definitivo de la posición y el privilegio era el poder, una moneda que jamás perdía vigencia.

La reunión de aquella noche se celebraba en la terraza superior, una ancha y curva plataforma de raraleña (pues la madera Muir no se puede pisar) con vistas a un cielo color limón, una infinitud de copas de árboles más bajos que se extendían hasta el horizonte, y la tenue luz naranja de los hogares y casas de culto de los templarios que brillaban a través de lejanas murallas —verdes, pardas y amarillas— de follaje susurrante. Había sesenta personas; reconocí al senador Kolchev, cuyo pelo blanco relucía bajo los faroles japoneses, y al asesor Albedo, al general Morpurgo, al almirante Singh, al presidente temporal Denzel-Hiat-Amin, al portavoz Gibbons de la Entidad Suma, a varios senadores de mundos de la Red tan poderosos como Sol Draconi Septem, Deneb Drei, Nordholm, Fuji, ambos Renacimientos, Metaxas, Alianza-Maui, Hebrón, Nueva Tierra e Ixión, así como un grupo de políticos menores. Spenser Reynolds, practicante del *action art*, estaba allí, resplandeciente en su túnica ceremonial de terciopelo marrón, pero no vi a otros artistas. Descubrí a Tyrena Wingreen-Feif en la atestada plataforma; la editora transformada en filántropa aún sobresalía en una multitud, con su túnica confeccionada con miles de pétalos de cuero tenues como seda y su escultórica onda de pelo negro azulado, aunque la túnica era un Tedekai genuino, el maquillaje era llamativo pero no interactivo y el aspecto resultaba mucho más discreto que el de cinco o seis décadas antes. Me acerqué a ella mientras los huéspedes circulaban por la penúltima plataforma, atacando los bares y aguardando la cena.

—Querido Joseph —exclamó Wingreen-Feif—, ¿cómo te han invitado a esta *lúgubre* velada?

Sonreí y le ofrecí una copa de champán. La emperatriz viuda de la moda literaria me conocía sólo por su visita de una semana al festival de artes de Esperance, el año anterior, y por amistad con tipos prestigiosos como Salmud Brevy III, Millon de Havre y Rithmet Corber. Tyrena era un dinosaurio que se negaba a la extinción. Se había sometido a tantos tratamientos Poulsen que las muñecas, las palmas y el cuello habrían emitido un fulgor azul de no ser por el

maquillaje, y pasaba décadas en cruceros interestelares cortos o tomaba siestas criogénicas increíblemente caras en gimnasios demasiado exclusivos para tener nombre, el resultado era que Tyrena Wingreen-Feif había dominado la escena social con puño de hierro durante más de tres siglos y no parecía dispuesta a abandonarla. Con cada siesta de veinte años, su fortuna se expandía y su leyenda crecía.

—¿Aún vives en ese *lúgubre* planeta que visité el año pasado? —preguntó.

—Esperance —acoté, consciente de que ella sabía muy bien dónde residía cada artista importante de aquel mundo sin importancia—. No, de momento me he mudado a TC^2.

Wingreen-Feif hizo una mueca. Advertí que un grupo de curiosos nos observaba, preguntándose quién era el atrevido joven que se había desplazado hacia la órbita de aquella mujer.

—Qué espanto para ti —se lamentó Tyrena—. Tener que vivir en un mundo de empresarios y burócratas del gobierno. ¡Ojalá te dejen pronto en libertad!

Alcé la copa para brindar.

—Quería preguntarte… ¿tú no editaste la obra de Martin Silenus?

La emperatriz viuda bajó la copa y me dirigió una mirada glacial. Por un instante imaginé a Meina Gladstone y aquella mujer trabadas en una lucha de voluntades. Tirité y aguardé la respuesta.

—Querido niño —dijo ella—, eso es agua pasada. ¿Por qué ocupar tu joven cabecita con trivialidades prehistóricas?

—Me interesa Silenus. Su poesía. Deseaba saber si aún estabas en contacto con él.

—Ay, Joseph, Joseph, Joseph —sermoneó Wingreen-Feif—, nadie ha tenido noticias del pobre Martin desde hace décadas. ¡Vaya, el pobre hombre ahora sería una antigualla!

Preferí no recordarle que el poeta era mucho más joven que ella cuando Tyrena trabajaba con Silenus.

—Me extraña que lo menciones —continuó—. Mi vieja empresa, Transline, comentó recientemente que pensaba publicar parte de la

obra de Martin. No sé si se han puesto en contacto con sus herederos.

—¿Sus libros de *La Tierra Moribunda*? —pregunté, pensando en esos volúmenes que se habían vendido tanto tiempo atrás gracias a la nostalgia por la Vieja Tierra.

—No. Curiosamente, creo que pensaban publicar sus *Cantos* —respondió Tyrena. Rió y exhibió un cigarrillo de cannabis colocado al extremo de una larga boquilla de ébano. Uno de sus allegados se apresuró a encenderlo—. Una rara elección, considerando que nadie leyó los *Cantos* cuando Martin vivía. Bien, como siempre digo, nada mejor para la carrera de un artista que un poco de muerte y anonimato. —Se echó a reír, chirridos de metal partiendo roca. Media docena de cortesanos rieron con ella.

—Mejor asegúrate de que Silenus haya muerto. Los *Cantos* mejorarían mucho si estuvieran completos.

Tyrena Wingreen-Feif me dirigió una mirada extraña. Sonaron campanillas entre hojas susurrantes. Spenser Reynolds ofreció el brazo a la *grande dame* y la gente empezó a subir la última escalera rumbo a las estrellas. Terminé el trago, dejé la copa vacía en la baranda y fui a reunirme con el rebaño.

La FEM y su comitiva llegaron poco después, y Gladstone ofreció una breve charla, quizá la vigésima del día aparte del discurso matutino ante el Senado y la Red. El motivo original de la velada era homenajear una campaña de recaudación para el Fondo de Socorro de Armaghast, pero Gladstone pronto abordó el tema de la guerra y la necesidad de continuarla con vigor y eficacia mientras los dirigentes de toda la Red promovían la unidad.

Miré por encima de la baranda. El cielo color limón se había vuelto azafrán y pronto se disolvió en un crepúsculo tropical tan profundo como si hubieran corrido un grueso telón azul en el cielo. Bosquecillo de Dios tenía seis pequeñas lunas, cinco de ellas visibles desde esta latitud, y había cuatro surcando el cielo mientras

despuntaban las estrellas. El aire resultaba rico en oxígeno, casi embriagador, y estaba impregnado con una densa fragancia de vegetación húmeda que me recordó mi visita matinal a Hyperion. Pero en Bosquecillo de Dios no se permitían VEM, deslizadores ni máquinas voladoras de ningún tipo —las emisiones petroquímicas y las estelas de fusión jamás habían contaminado esos cielos— y la ausencia de ciudades, autopistas y luz eléctrica permitía que las rutilantes estrellas compitieran con los faroles japoneses y lámparas que colgaban de ramas y montantes.

Después del ocaso se levantó brisa, y el árbol osciló suavemente. La ancha plataforma se balanceaba como un barco en un mar en calma y los montantes y soportes de raraleña y madera Muir crujían blandamente en el suave oleaje. Vi luces en árboles distantes y supe que muchas venían de las «habitaciones» —algunas de las miles alquiladas por los templarios— que se podían añadir a una residencia multimundo conectada por teleyectores, si uno tenía los millones de marcos necesarios para esa extravagancia.

Los templarios no administraban las operaciones cotidianas de Copa-del-Árbol ni las agencias de alquiler, y simplemente imponían condiciones ecológicas estrictas e inviolables para tales empresas, pero se beneficiaban con los cientos de millones de marcos que se ganaban con ello.

Pensé en el crucero interestelar *Yggdrasill*, un Árbol de un kilómetro de longitud del bosque más sagrado del planeta, impulsado por los generadores de singularidad de un motor Hawking y protegido por complejísimos escudos de fuerza y campos erg. Inexplicablemente, los templarios habían aceptado enviar la *Yggdrasill* en una misión de evacuación que constituía una mera pantalla para la flota de invasión de FUERZA.

Y, como suele ocurrir cuando uno pone en peligro objetos invalorables, la *Yggdrasill* fue destruida en órbita de Hyperion, debido a un ataque éxter o a una fuerza aún no determinada. ¿Cómo habían reaccionado los templarios? ¿Con qué propósito habían arriesgado una de las cuatro naves arbóreas existentes? ¿Y

por qué Het Masteen, capitán de la nave, había sido escogido como uno de los siete peregrinos del Alcaudón y luego había desaparecido antes que la carreta eólica llegara a la Cordillera de la Brida en las costas del Mar de Hierba?

Había demasiados interrogantes y la guerra sólo llevaba algunos días.

Meina Gladstone concluyó el discurso y nos invitó a disfrutar de la cena. Aplaudí cortésmente y llamé a un camarero para que me sirviera vino. El primer plato era una clásica ensalada del período imperial, y la ataqué con entusiasmo. Recordé que no había comido nada desde el desayuno. Mientras ensartaba un brote de berro acuático, me acordé del gobernador general Theo Lane comiendo tocino con huevos y arenques mientras la llovizna caía en el cielo lapislázuli de Hyperion. ¿Había sido un sueño?

—¿Qué opina usted de la guerra, Severn? —preguntó Reynolds, el artista. Estaba a varios asientos de distancia, pero su voz sonaba muy diáfana. Tyrena, tres asientos a mi derecha, enarcó las cejas.

—¿Qué se puede opinar de la guerra? —respondí, saboreando de nuevo el vino. Era muy bueno, aunque en la Red no había nada que se comparase con mi recuerdo del Bordeaux francés—. La guerra no pide reflexión, sólo supervivencia.

—Al contrario —rebatió Reynolds—, como muchas otras cosas que la humanidad ha redefinido desde la Hégira, la guerra está a punto de transformarse en una forma de arte.

—Una forma de arte —suspiró una mujer de cabello castaño y corto. La esfera de datos me informó que era Sudette Chier, esposa del senador Gabriel Fyodor Kolchev y una poderosa fuerza política en sí misma. Chier lucía un vestido de lamé azul y oro y una expresión de embeleso—. ¡La guerra como una forma de arte, señor Reynolds! ¡Qué concepto más fascinante!

Spenser Reynolds era más bajo que lo habitual en la Red, pero muy guapo. Tenía el pelo rizado pero corto, y la tez parecía bronceada por un sol benévolo y dorada por una pátina de sutil maquillaje corporal. La ropa y la ARNistería eran costosamente

llamativas sin resultar excesivas, y el semblante proclamaba una serena suficiencia que todos los hombres anhelaban y pocos conseguían. Su ingenio era manifiesto, su cortesía cautivante, su sentido del humor legendario.

El hijo de puta me cayó mal al instante.

—Todo es una forma de arte, Chier, Severn —sonrió Reynolds—. O debería llegar a serlo. Hemos superado el punto en que la guerra era sólo la grosera imposición de la política por otros medios.

—Diplomacia —intervino el general Morpurgo, a la izquierda de Reynolds.

—¿Cómo ha dicho, general?

—Diplomacia —repitió Morpurgo—. Y es «prolongación de», no «imposición de».

Spenser Reynolds asintió y agitó la mano. Sudette Chier y Tyrena rieron suavemente. La imagen del asesor Albedo se inclinó a mi izquierda y dijo:

—Von Clausewitz, creo.

Miré al asesor. Una unidad de proyección portátil no mucho más grande que los radiantes espejines que revoloteaban entre las ramas flotaba a dos metros. La ilusión no era tan perfecta como en la Casa de Gobierno, pero quedaba mucho mejor que un holo privado.

El general Morpurgo asintió.

—De cualquier modo —insistió Chier—, lo brillante es la idea de la guerra como arte.

Terminé la ensalada; un camarero humano se llevó el cuenco, y lo reemplazó por una sopa oscura y gris que no reconocí. Humeaba, desprendía un aroma de canela y mar, y era deliciosa.

—La guerra es un medio perfecto para un artista —comenzó Reynolds, sosteniendo el cubierto como un bastón de mando—. Y no sólo para esos… artesanos que han estudiado la llamada ciencia de la guerra. —Dirigió una sonrisa hacia Morpurgo y otro oficial de FUERZA que estaba a la derecha del general, desechándolos a ambos—. Sólo alguien que está dispuesto a trascender el límite burocrático de la táctica y la estrategia y la obsoleta voluntad de

«ganar» puede insuflar un genuino toque artístico a un medio tan complejo como la guerra de la era moderna.

—¿La *obsoleta* voluntad de ganar? —exclamó el oficial de FUERZA. La esfera de datos me susurró que era el teniente de navío William Ajunta Lee, héroe naval del conflicto de Alianza-Maui. Tenía un aspecto joven —rondaría la cincuentena— y su rango sugería que la juventud se debía a años de viajes interestelares más que a tratamientos Poulsen.

—Obsoleta, desde luego —rió Reynolds—. ¿Cree usted que un escultor desea derrotar a la arcilla? ¿Acaso un pintor bombardea el lienzo? Llegado el caso, ¿un águila o un halcón atacan el cielo?

—Las águilas están extinguidas —gruñó Morpurgo—. Quizá debieron atacar el cielo. El cielo las traicionó.

Reynolds se volvió hacia mí. Los camareros le retiraron la ensalada y le trajeron la sopa que yo estaba terminando.

—Severn, usted es un artista… al menos un ilustrador. Ayúdeme a explicar a estas personas de qué hablo.

—No sé de qué está hablando —dije. Mientras esperaba el plato siguiente, toqué la copa de vino. La llenaron de inmediato. Desde la cabecera de la mesa, a diez metros, llegaban las risas de Gladstone, Hunt y varios representantes del Fondo de Socorro.

Spenser Reynolds no se sorprendió de mi ignorancia.

—Para que nuestra especie alcance al verdadero *satori*, para que pasemos al siguiente nivel de conciencia y evolución que proclaman muchos de nuestros filósofos, todas las facetas de la actividad humana se deben transformar en una búsqueda artística consciente.

El general Morpurgo tomó un largo sorbo y gruñó.

—Incluyendo, supongo, funciones corporales como comer, reproducirse y eliminar desechos.

—¡Especialmente esas funciones! —exclamó Reynolds. Abrió las manos, como si ofreciera la larga mesa y sus muchos deleites—. Lo que vemos aquí es el requerimiento animal de procesar compuestos orgánicos muertos para obtener energía, el acto vil de devorar otra forma de vida, pero Copa-del-Árbol lo ha transformado en arte. Hace

tiempo que la reproducción ha reemplazado sus toscos orígenes animales por la esencia de la danza entre los seres humanos civilizados. ¡La eliminación ha de transformarse en poesía pura!

—Lo recordaré la próxima vez que haga de vientre —dijo Morpurgo.

Tyrena Wingreen-Feif rió y se volvió hacia el hombre vestido de rojo y negro que tenía a la derecha.

—Monseñor, la iglesia de usted… católica, cristiana primitiva, ¿verdad? ¿No tienen ustedes alguna antigua doctrina acerca de que la humanidad alcanzará una condición evolutiva más elevada?

Todos nos volvimos hacia el sereno hombrecillo de túnica negra y gorra extraña y pequeña. Monseñor Edouard, representante de la secta cristiana casi olvidada que ahora se limitaba al mundo de Pacem y algunos planetas coloniales, figuraba en la lista de invitados debido a su participación en el proyecto de Armaghast, y hasta entonces se había dedicado en silencio a la sopa. Alzó la cara, surcada por décadas de exposición a la preocupación y la intemperie, con ligera sorpresa.

—Vaya, sí —dijo—. Las enseñanzas de san Teilhard mencionan una evolución hacia el Punto Omega.

—¿Y el Punto Omega se parece a nuestra idea gnóstica Zen del *satori* práctico? —preguntó Sudette Chier.

Monseñor Edouard miró la sopa pensativamente, como si le pareciera más importante que la conversación.

—No demasiado —respondió—. San Teilhard entendía que toda forma de vida, cada nivel de conciencia orgánica, formaba parte de una evolución planificada hacia la fusión última con la Divinidad. —Frunció el ceño—. La posición de Teilhard ha sufrido muchos cambios en los últimos ocho siglos, pero el punto común es que consideramos a Jesucristo como un ejemplo vivo de lo que sería esa conciencia última en el plano humano.

Carraspeé.

—¿El jesuita Paul Duré no escribió acerca de la hipótesis de Teilhard?

Monseñor Edouard se volvió hacia mí. Había asombro en aquel rostro interesante.

—Pues sí —contestó—, pero me sorprende que usted conozca la obra del padre Duré.

Sostuve la mirada del hombre que había sido amigo de Duré aun mientras exiliaba al jesuita a Hyperion por apostasía. Pensé en otro refugiado del Nuevo Vaticano, el joven Lenar Hoyt, muerto en una Tumba de Tiempo mientras los parásitos del cruciforme, portadores del ADN mutado de Duré y de él, realizaban su siniestro propósito de resurrección. ¿Cómo encajaba la abominación del cruciforme en la visión de Teilhard y Duré, una inevitable y benévola evolución hacia la Divinidad?

Spenser Reynolds sin duda pensó que la conversación se le iba de las manos.

—Lo cierto —terció con voz profunda— es que la guerra, como la religión o cualquier otra empresa humana que aproveche y organice energías en tamaña escala, debe abandonar su pueril preocupación por un literal *Ding an sich*, habitualmente expresado en una servil fascinación por las «metas», y regocijarse en la dimensión artística de su propia obra. Mi más reciente proyecto…

—¿Y cuál es el propósito de su culto, monseñor Edouard? —preguntó Tyrena Wingreen-Feif, arrebatando a Reynolds el balón de la conversación sin elevar la voz ni dejar de observar al clérigo.

—Ayudar a la humanidad a conocer y servir a Dios —explicó el monseñor, quien terminó la sopa con una sonora cucharada. El menudo sacerdote se volvió hacia la proyección del asesor Albedo—. He oído rumores, asesor, de que el TecnoNúcleo persigue una meta curiosamente similar. ¿Es verdad que ustedes procuran construir su propio Dios?

La sonrisa de Albedo estaba perfectamente calculada para resultar afable, sin rastros de paternalismo.

—No es un secreto que algunos elementos del Núcleo trabajan desde hace siglos para crear por lo menos un modelo teórico de una inteligencia artificial que trascienda nuestro pobre intelecto. —Hizo

un gesto despectivo—. No es un intento de crear a Dios, sino un proyecto de investigación que explora las posibilidades en las que san Teilhard y el padre Duré fueron pioneros.

—¿Pero ustedes no creen posible orquestar su propia evolución con miras a una conciencia más elevada? —preguntó el teniente Lee, el héroe naval, quien había escuchado con atención—. ¿Diseñar una inteligencia máxima tal como antaño nosotros diseñamos a los toscos antepasados de ustedes con silicio y microchips?

Albedo rió.

—Nada tan sencillo ni imponente, me temo. Y al decir «ustedes», teniente, por favor recuerde que soy sólo una personalidad en un conjunto de inteligencias no menos variadas que los seres humanos de este planeta… de la Red misma. El Núcleo no es monolítico. Hay tantas filosofías, creencias, hipótesis, religiones, si usted quiere, como en cualquier comunidad heterogénea. —Plegó las manos como si festejara una broma privada—. Aunque yo prefiero pensar que la búsqueda de una Inteligencia Máxima es una afición más que una religión. Como construir barcos en una botella, teniente, o preguntarse cuántos ángeles caben en la cabeza de un alfiler, monseñor.

El grupo rió cortésmente, excepto Reynolds, quien fruncía el ceño preguntándose, sin duda, cómo recobrar el control de la conversación.

—¿Y qué hay del rumor de que el Núcleo ha construido una réplica perfecta de Vieja Tierra para buscar una Inteligencia Máxima? —apunté, asombrado de mi propia pregunta.

La sonrisa de Albedo no se borró, la mirada afable no se alteró, pero por un nanosegundo la proyección comunicó algo. ¿Alarma? ¿Cólera? ¿Diversión? Yo no tenía ni idea. Se pudo haber comunicado privadamente conmigo durante ese segundo eterno, transmitiendo inmensas cantidades de datos a través de mi conexión con el Núcleo o por los invisibles pasillos que reservábamos para nosotros en la laberíntica esfera de datos que la humanidad consideraba tan simple. O pudo haberme matado, valiéndose de su influencia ante

los dioses del Núcleo que controlaban el medio ambiente de una conciencia como la mía. Habría resultado tan simple como si el director de un instituto ordenara a los técnicos que anestesiaran para siempre a un ratón de laboratorio rebelde.

La conversación había cesado a lo largo de la mesa. Incluso Meina Gladstone y sus importantes interlocutores nos observaron.

El asesor Albedo sonrió expansivamente.

—¡Qué rumor tan deliciosamente extraño! Dígame, Severn, ¿cómo es posible, sobre todo para un organismo como el Núcleo, que los comentaristas humanos han denominado «un grupo de cerebros incorpóreos, programas fuera de control que escaparon de sus circuitos y pasan la mayor parte del tiempo sacando pelusa intelectual de sus inexistentes ombligos», cómo es posible construir una «réplica perfecta de Vieja Tierra»?

Miré a la proyección, a través de la proyección, y caí en la cuenta de que los platos y la cena de Albedo también eran proyecciones; comía mientras conversaba.

—Y —continuó con aire divertido—, ¿han pensado los que difunden este rumor que una «réplica perfecta de Vieja Tierra» sería en la práctica la Vieja Tierra? ¿Qué beneficio comportaría tal esfuerzo en la exploración de las posibilidades teóricas de una matriz realzada de inteligencia artificial?

Como no respondí, un incómodo silencio envolvió a los comensales.

Monseñor Edouard carraspeó.

—Se diría que cualquier sociedad capaz de producir una réplica exacta de cualquier mundo, pero especialmente un mundo destruido hace cuatro siglos, no tendría necesidad de buscar a Dios. *Sería* Dios.

—¡Exacto! —rió el asesor Albedo—. Es un rumor descabellado, pero delicioso. ¡Absolutamente delicioso!

Una risa de alivio cerró el paréntesis de silencio. Spenser Reynolds comenzó a hablar de su próximo proyecto —un intento de lograr que los suicidas coordinaran sus saltos desde puentes en una

veintena de mundos mientras la Entidad Suma observaba— y Tyrena Wingreen-Feif capturó la atención de todos cuando rodeó con el brazo a monseñor Edouard y lo invitó a su fiesta para nudistas en su finca flotante de Mare Infinitus.

Advertí que Albedo me observaba fijamente, me volví a tiempo para sorprender una mirada inquisitiva de Leigh Hunt y la FEM, y me volví para observar a los camareros que traían el plato fuerte en bandejas de plata.

La cena fue excelente.

15

No asistí a la fiesta nudista de Tyrena. Tampoco Spenser Reynolds, a quien vi charlando animadamente con Sudette Chier. Ignoro si monseñor Edouard cedió a las exhortaciones de Tyrena.

La cena aún no había terminado, los presidentes del Fondo de Socorro aún pronunciaban cortos discursos y muchos senadores importantes habían empezado a manifestar impaciencia cuando Leigh Hunt me susurró que el grupo de la FEM estaba preparado para marcharse y se requería mi presencia.

Eran casi las 2300 hora estándar de la Red, y supuse que el grupo regresaría a la Casa de Gobierno, pero cuando atravesé el portal —fui el último del grupo, excepto por los pretorianos que nos protegían— me encontré en un pasillo de piedra donde largas ventanas mostraban un amanecer marciano.

Técnicamente, Marte no estaba en la Red; resultaba deliberadamente difícil llegar a la más antigua colonia extraterrestre de la humanidad. Los peregrinos del gnosticismo Zen que viajaban a la Roca del Maestro, en la cuenca de Hellas, tenían que teleyectarse a la Estación Sistema Originario y abordar naves desde Ganímedes o Europa hasta Marte. Era un inconveniente de escasas horas, pero constituía un sacrificio y una aventura para una sociedad donde todo quedaba literalmente a diez pasos de cualquier lugar. Salvo para los historiadores o los expertos en el cultivo del cacto licorero, había pocas razones profesionales para viajar a Marte. Con la gradual declinación del gnosticismo Zen durante el siglo pasado, incluso el tráfico de peregrinos empezó a ralear. A nadie le interesaba Marte.

Excepto a FUERZA. Aunque las oficinas administrativas de FUERZA estaban en TC^2 y las bases se diseminaban por la Red y el Protectorado, Marte continuaba siendo la verdadera sede de la organización militar, cuyo corazón era la Escuela de Mando Olympus.

Un pequeño grupo de importantes oficiales recibió al pequeño grupo de importantes políticos, y yo me acerqué a una ventana mientras ambas pandillas giraban como galaxias en colisión.

El corredor formaba parte de un complejo tallado en el labio superior del Mons Olympus, y desde esa altura de quince kilómetros daba la impresión de que se podía contemplar el planeta entero de una sola ojeada. El antiguo volcán predominaba, y el engaño de la distancia reducía las carreteras de acceso, la vieja ciudad del acantilado, las barriadas de la meseta de Tharsis y los bosques a meros garabatos en un paisaje rojo que tenía el mismo aspecto desde que los primeros humanos habían hollado ese mundo, reclamándolo para un país llamado Japón, y habían tomado una fotografía.

Estaba mirando un pequeño sol naciente, pensando que ése era *el* sol, disfrutando del increíble juego de luces sobre las nubes que emergían de la oscuridad junto a la interminable ladera, cuando Leigh Hunt se me acercó.

—La FEM lo recibirá después de la conferencia. —Me entregó dos cuadernos de dibujo que un asistente había traído de la Casa de Gobierno—. Comprenderá que todo lo que vea y oiga en esta conferencia es secreto.

No tomé esa afirmación como una pregunta.

Anchas puertas de bronce se abrieron en las paredes de piedra, y se encendieron luces que mostraban la rampa enmoquetada y la escalera que conducía a la mesa de una Sala de Guerra, en el centro de una estancia ancha y negra que podría haber sido un vasto teatro sumido en absoluta oscuridad excepto por la pequeña isla de iluminación. Los asistentes se apresuraron a indicar el camino, traer sillas y fundirse de nuevo con las sombras. De mala gana, di la espalda al amanecer y seguí al grupo.

El general Morpurgo y un trío de dirigentes de FUERZA se encargaron del informe. Los gráficos estaban a años-luz de distancia

de las toscas proyecciones y holos de informe de la Casa de Gobierno; nos hallábamos en un espacio vasto, suficiente para albergar a ocho mil cadetes y oficiales cuando fuera necesario, pero ahora la mayor parte de esa negrura estaba cubierta por holos de óptima calidad y diagramas como campos de juego. En cierto modo, resultaba intimidatorio.

También lo era el contenido del informe.

—Estamos perdiendo la lucha en el sistema de Hyperion —concluyó Morpurgo—. A lo sumo conseguiremos un empate, si mantenemos a raya al enjambre éxter más allá de un perímetro de quince UA de la esfera de singularidad del teleyector. El acoso de sus naves pequeñas constituirá un problema permanente. En el peor de los casos, tendremos que adoptar posiciones defensivas mientras evacuamos la flota y a los ciudadanos de la Hegemonía y dejamos que Hyperion caiga en manos de los éxters.

—¿Qué pasó con el golpe contundente que nos habían prometido? —preguntó el senador Kolchev, sentado cerca de la cabecera de la mesa con forma de diamante—. ¿El ataque decisivo contra el enjambre?

Morpurgo carraspeó pero miró de soslayo al almirante Nashita, quien se levantó. El uniforme negro del comandante espacial de FUERZA creaba la ilusión de que sólo su mal ceño flotaba en la oscuridad. Tuve una sensación de *déjà vu* ante esa imagen, pero volví la mirada hacia Meina Gladstone, ahora iluminada por los mapas de guerra y los colores que flotaban sobre nosotros como una versión holoespectral de la proverbial espada de Damocles, y me puse de nuevo a dibujar. Había dejado la libreta de papel y ahora usaba mi ligera pluma sobre una hoja electrónica flexible.

—En primer lugar, nuestros informes de inteligencia acerca de los enjambres eran necesariamente limitados —comenzó Nashita. Los gráficos cambiaron sobre nosotros—. Las sondas de reconocimiento y los exploradores de largo alcance no nos pudieron explicar la naturaleza de cada unidad de la flota migratoria éxter. El resultado ha consistido en una obvia y grave subestimación de la capacidad de

combate de este enjambre. Nuestros esfuerzos para penetrar las defensas del enjambre, usando sólo cazas de largo alcance y naves-antorcha, no arrojaron los resultados esperados.

»En segundo lugar, la necesidad de mantener un perímetro defensivo de tal magnitud en el sistema de Hyperion ha planteado tantas exigencias a nuestras dos fuerzas especiales que resultó imposible dedicar naves suficientes a nuestra ofensiva.

—Almirante —interrumpió Kolchev—, usted está diciendo que tiene pocas naves para llevar a cabo la misión de destruir o derrotar esta fuerza éxter en el sistema de Hyperion. ¿Correcto?

Nashita miró fijamente al senador y recordé las pinturas que retrataban a un samurái segundos antes de desenvainar la mortífera espada.

—Correcto, senador Kolchev.

—No obstante, en los informes del gabinete de guerra de hace sólo una semana estándar, nos aseguró que las dos fuerzas especiales bastarían para proteger Hyperion de la invasión o la destrucción y para asestar un golpe contundente al enjambre éxter. ¿Qué ha sucedido, almirante?

Nashita irguió el cuerpo —era más alto que Morpurgo pero más bajo que lo habitual en la Red— y se volvió hacia Gladstone.

—Ejecutiva, he explicado las variables que requieren una alteración en nuestro plan de batalla. ¿Comienzo de nuevo este informe?

Meina Gladstone estaba acodada sobre la mesa, la cabeza apoyada en la mano derecha, dos dedos contra la mejilla, dos bajo la barbilla, el pulgar en la mandíbula en un gesto de fatigada atención.

—Almirante —dijo en voz baja—, aunque considero que la pregunta del senador Kolchev es muy pertinente, entiendo que la situación que usted describió en este y otros informes de hoy la responde. —Se volvió hacia Kolchev—. Gabriel, nos equivocamos. Con estos efectivos de FUERZA obtendremos a lo sumo un empate. Los éxters son más resistentes, combativos y numerosos de lo que

suponíamos. —Volvió su cansada mirada hacia Nashita—. Almirante, ¿cuántas naves más necesitará?

Nashita cobró aliento, sin duda sorprendido de que le formularan esa pregunta tan pronto. Miró a Morpurgo y a los demás jefes del estado mayor conjunto y entrelazó las manos sobre el regazo, como el director de una empresa fúnebre.

—Doscientas naves de combate —respondió—. Por lo menos. Es el número mínimo.

Un murmullo recorrió la sala. Aparté los ojos del dibujo. Todos cuchicheaban o cambiaban de posición excepto Gladstone. Tardé un instante en comprender.

La flota espacial de FUERZA totalizaba menos de seiscientas naves de combate. Desde luego, cada una era tremendamente cara. Pocas economías planetarias podían permitirse el lujo de construir más de una o dos naves interestelares, y hasta un puñado de naves-antorcha equipadas con motor Hawking podían llevar a un mundo colonial a la bancarrota. Por otra parte, cada cual era tremendamente poderosa: un portanaves de ataque era capaz de destruir un mundo, una fuerza de cruceros y gironaves podía acabar con un sol. Era concebible que las naves de la Hegemonía reunidas en el sistema de Hyperion pudieran —si utilizaban la matriz teleyectora de tránsito masivo de FUERZA— destruir la mayoría de los sistemas estelares de la Red. Se habían requerido menos de cincuenta naves como las que solicitaba Nashita para destruir la flota de Glennon-Height un siglo atrás, y para aplastar el motín para siempre.

Pero el verdadero problema de la solicitud de Nashita radicaba en la utilización simultánea de dos tercios de la flota de la Hegemonía en el sistema de Hyperion. Una angustia eléctrica flotaba en el aire.

La senadora Richeau de Vector Renacimiento se aclaró la garganta.

—Almirante, nunca hemos concentrado una flota de tal envergadura, ¿verdad?

La cabeza de Nashita giró como si se deslizara sobre cojinetes. El mal ceño no se alteró.

—Nunca hemos emprendido una acción de tal importancia para el futuro de la Hegemonía, senadora Richeau.

—Sí, entiendo. Pero yo me refería al impacto que esto tendrá en otras defensas de la Red. ¿No es un riesgo excesivo?

Nashita gruñó y los gráficos del vasto espacio que tenía detrás giraron, se disolvieron y formaron una asombrosa vista de la galaxia de la Vía Láctea tal como se veía desde arriba del plano de la eclíptica; el ángulo cambió lanzándonos a vertiginosa velocidad hacia un brazo espiralado hasta que la azul tracería de la red de teleyectores se hizo visible: la Hegemonía, un irregular núcleo dorado con protuberancias y seudópodos que se extendían al nimbo verde del Protectorado. La Red mostraba un diseño casual y parecía minúscula en comparación con la galaxia. Ambas impresiones eran acertados reflejos de la realidad.

De pronto el gráfico cambió, y la Red y los mundos coloniales se transformaron en el universo, excepto por un puñado de centenares de estrellas que le conferían perspectiva.

—Esto representa la posición de los elementos de nuestra flota en la actualidad —explicó el almirante Nashita. Dentro y alrededor del oro y el verde aparecieron cientos de manchas anaranjadas, la concentración más densa rodeaba una distante estrella del Protectorado, que tardé en reconocer como la de Hyperion—. Y éstos son los enjambres éxter según nuestros últimos datos. —Aparecieron una docena de líneas rojas, vectores y estelas de corrimiento al azul que mostraban trayectorias. Incluso en esa escala, ningún vector éxter se cruzaba con el espacio de la Hegemonía excepto por el vasto enjambre que se internaba en el sistema de Hyperion.

Advertí que los despliegues espaciales de FUERZA a menudo reflejaban vectores de enjambres, excepto por las aglomeraciones próximas a bases y mundos problemáticos como Alianza-Maui, Bressia y Qom-Riyadh.

—Almirante —intervino Gladstone, impidiendo toda descripción de esos despliegues—, supongo que usted ha tenido en cuenta la capacidad de reacción de la flota si hubiera una amenaza contra otros puntos de nuestra frontera.

El ceño fruncido de Nashita ofreció algo que quizá fuera una sonrisa.

—Sí, FEM —contestó con vago paternalismo—. Si usted repara en los enjambres más próximos, además del de Hyperion… —La proyección enfatizó vectores rojos encima de una nube dorada que abrazaba varios sistemas estelares, incluidos los de Puertas del Cielo, Bosquecillo de Dios y Mare Infinitus. En esa escala, la amenaza éxter parecía muy remota—. Rastreamos las migraciones de los enjambres según las estelas Hawking captadas por puestos de vigilancia dentro y fuera de la Red. Además, nuestras sondas de largo alcance verifican con frecuencia el tamaño y la dirección de los enjambres.

—¿Con cuánta frecuencia, almirante? —preguntó el senador Kolchev.

—Una vez cada varios años —replicó el almirante—. Comprenda usted que el tiempo de viaje es de muchos meses, incluso a velocidad de gironave, y la deuda temporal desde nuestro punto de vista puede sumar hasta doce años para semejante tránsito.

—Con brechas de años entre las observaciones directas —insistió el senador—, ¿cómo sabe usted dónde se hallan los enjambres en un momento determinado?

—Los motores Hawking no mienten, senador —respondió secamente Nashita—. Es imposible simular la estela de distorsión Hawking. Aquí vemos la posición en tiempo real de cientos, en algunos casos de miles, de motores de singularidad en marcha. Al igual que con las emisiones ultralínea, no hay deuda temporal en la transmisión del efecto Hawking.

—Sí —dijo Kolchev, con voz tan seca y desdeñosa como la del almirante—, pero ¿qué ocurriría si viajaran a menor velocidad?

Nashita sonrió.

—¿A velocidades *sublumínicas*, senador?

—Sí.

Vi que Morpurgo y otros oficiales sacudían la cabeza u ocultaban sonrisas. Sólo el joven teniente de navío William Ajunta Lee escuchaba con atención y seriedad.

—A velocidades sublumínicas —expuso el almirante Nashita—, los nietos de nuestros nietos quizá deban preocuparse de prevenir a sus nietos de que sufrirán una invasión.

Kolchev no desistió. Se levantó y señaló el enjambre más cercano, que trazaba una curva sobre Puertas del Cielo.

—¿Qué ocurriría si este enjambre se aproximara sin motores Hawking?

Nashita suspiró, a todas luces irritado ante detalles que le impedían ir al grano.

—Senador, le aseguro que si el enjambre apagara ahora sus motores y virara ahora hacia la Red, tardaría… —Nashita parpadeó mientras consultaba sus implantes y enlaces de comunicación— doscientos treinta años estándar en acercarse a nuestras fronteras. No es un factor a tomar en cuenta en esta decisión, senador.

Meina Gladstone se inclinó hacia delante y todas las miradas confluyeron en ella. Almacené mi boceto anterior en la hoja electrónica e inicié uno nuevo.

—Almirante, creo que nuestra verdadera preocupación radica en que esta concentración de fuerzas cerca de Hyperion no tiene precedentes y en el temor a poner todos los huevos en un solo cesto.

Hubo murmullos risueños. Gladstone era famosa por sus aforismos, anécdotas y clichés, tan antiguos y olvidados que resultaban novedosos. Éste era un ejemplo.

—¿Estamos poniendo todos los huevos en un solo cesto? —preguntó.

Nashita apoyó las manos en la mesa y extendió los largos dedos, apretando con intensidad. Esa intensidad congeniaba con la enérgica personalidad del hombrecillo; era uno de esos raros individuos que obtenía sin esfuerzo la atención y la obediencia de los demás.

—No, FEM, no es así. —Sin volverse, señaló las imágenes que tenía encima y detrás—. Los enjambres más próximos no podrían acercarse al espacio de la Hegemonía sin un tiempo de advertencia de dos meses de impulso Hawking. Eso representa tres años de nuestro tiempo. Nuestras unidades de Hyperion, aunque estuvieran desplegadas en una vasta escala y en situación de combate, tardarían menos de *cinco horas* en regresar a cualquier parte de la Red.

—Eso no incluye las unidades del exterior de la Red —apuntó la senadora Richeau—. Las colonias no pueden quedar sin protección.

Nashita gesticuló de nuevo.

—Las doscientas naves de guerra que utilizaremos para resolver la campaña de Hyperion son las que ya están dentro de la Red o las que poseen naves-puente con capacidad de teleyección. Ninguna de las unidades independientes asignadas a las colonias resultará afectada.

Gladstone asintió.

—¿Y si el portal de Hyperion fuera dañado o capturado por los éxters?

Los gestos y suspiros de los civiles me indicaron que Gladstone había mencionado la principal preocupación.

Nashita asintió y regresó a la pequeña tarima como si hubiera esperado esta pregunta y se alegrara de que hubieran terminado los detalles irrelevantes.

—Excelente pregunta. Se ha mencionado en informes anteriores, pero trataré esta posibilidad con cierto detalle.

»Primero, tenemos asegurada nuestra capacidad de teleyección, con dos naves-puente en el sistema en este momento y planes para llevar tres más cuando lleguen los refuerzos. Las probabilidades de que destruyan estas cinco naves son ínfimas, casi insignificantes si tenemos en cuenta nuestra mayor capacidad defensiva con los refuerzos.

»Segundo, las probabilidades de que los éxters capturen un teleyector militar intacto y lo utilicen para invadir la Red son nulas.

Cada nave y cada individuo que atraviesa un portal de FUERZA se somete a la identificación de un microtranspónder a prueba de intercepciones, cuyo código se actualiza a diario…

—¿No podrían los éxters descifrar estos códigos e insertar los suyos? —preguntó el senador Kolchev.

—Imposible. —Nashita se paseaba por la tarima, las manos a la espalda—. La actualización de códigos se realiza diariamente a través de transmisiones ultralínea desde las jefaturas de FUERZA de la Red…

—Perdone —interrumpí, asombrado de oír mi propia voz en aquel sitio—, pero esta mañana hice una breve visita al sistema de Hyperion y no vi ningún código.

Las cabezas se volvieron hacia mí. El almirante Nashita adoptó de nuevo el aspecto de un búho que volviera la cabeza sobre cojinetes sin fricción.

—No obstante, señor Severn, usted y el señor Hunt tenían un código trazado indolora e imperceptiblemente por láseres infrarrojos, en ambos extremos del tránsito.

Asentí, asombrado de que el almirante hubiera recordado mi nombre, hasta que caí en la cuenta de que también él tenía implantes.

—Tercero —continuó Nashita, como si yo no hubiera hablado—, si ocurre lo imposible y las fuerzas éxter arrasan nuestras defensas, capturan los teleyectores intactos, burlan los códigos de tránsito y activan una tecnología con la cual no están familiarizados y que les hemos negado durante más de cuatro siglos… entonces todos sus esfuerzos serán en balde, pues todo el tráfico militar se encauza hacia Hyperion a través de la base de Madhya.

—¿De dónde? —preguntó un coro de voces.

Yo sólo había oído hablar de Madhya en la historia de Brawne Lamia acerca de la muerte de su cliente.

—Madhya —repitió el almirante Nashita, sonriendo sin disimulos. Era una sonrisa curiosamente infantil—. No busquen en los comlogs, caballeros y damas. Madhya es un sistema «negro» que no figura en

los inventarios ni en los mapas civiles. Lo reservamos para este propósito. Con un solo planeta habitable, únicamente adecuado para la minería y nuestras bases, Madhya es la posición de retirada extrema. Si las naves éxter logran lo imposible y barren nuestras defensas y portales en Hyperion, el único sitio accesible para ellos será Madhya, donde hay gran cantidad de armas automáticas apuntadas contra todo lo que llegue. Si logran lo imposible y la flota sobrevive al tránsito hacia el sistema de Madhya, las conexiones teleyectoras con el exterior se autodestruirán automáticamente y sus naves quedarán perdidas a años de la Red.

—Sí, pero también las nuestras —objetó la senadora Richeau—. Dos tercios de la flota quedarían en el sistema de Hyperion.

Nashita adoptó la posición de descanso.

—Es verdad —reconoció—, y desde luego los jefes de estado mayor y yo hemos sopesado muchas veces las consecuencias de este hecho estadísticamente imposible. Los riesgos nos parecen aceptables. Si ocurriera lo imposible, aún tendríamos una reserva de más de doscientas naves para defender la Red. En el peor de los casos, habríamos perdido el sistema de Hyperion tras asestar un terrible golpe a los éxters… lo cual bastaría para disuadirlos de futuras agresiones.

»Sin embargo, no prevemos este desenlace. Con la transferencia de doscientas naves de guerra dentro de las próximas ocho horas estándar, nuestros analistas y los del Consejo Asesor IA estiman en un noventa y nueve por ciento las probabilidades de una derrota total del enjambre agresor, con pérdidas escasas para nuestras fuerzas.

Meina Gladstone se volvió hacia el asesor Albedo. La proyección resultaba perfecta en aquella luz tenue.

—Consejero, no sabía que habían formulado esta pregunta al Grupo Asesor. ¿La cifra del noventa y nueve por ciento es fiable?

Albedo sonrió.

—Muy fiable, FEM. Por otra parte, el factor de probabilidades fue del 99,962794 por ciento. —La sonrisa se ensanchó—. Bastante

tranquilizador como para poner todos los huevos en un solo cesto provisionalmente.

Gladstone no sonrió.

—Almirante, ¿cuánto cree que durará la lucha después que reciban los refuerzos?

—Una semana estándar, FEM. A lo sumo.

Gladstone enarcó la ceja izquierda.

—¿Tan poco?

—Sí, FEM.

—¿General Morpurgo? ¿Qué piensa el sector terrestre de FUERZA?

—Estamos de acuerdo, FEM. Los refuerzos son necesarios, y de inmediato. Los transportes llevarán cien mil marines y tropas terrestres para limpiar los restos del enjambre.

—¿En siete días estándar o menos?

—Sí, FEM.

—¿Almirante Singh?

—Absolutamente necesario, FEM.

—¿General Van Zeidt?

Gladstone pidió la opinión de todos los jefes del estado mayor conjunto y los más altos oficiales, incluida la del comandante de la Escuela de Mando Olympus, que se hinchó de orgullo al ser consultado. Uno por uno aconsejaron enviar refuerzos.

—¿Teniente Lee?

Todos se volvieron hacia el joven oficial naval. Advertí la rigidez y el mal talante de los oficiales de más alto rango y comprendí que Lee estaba allí por invitación de la FEM y no por benevolencia de sus superiores. Recordé que Gladstone había comentado que el joven teniente de navío Lee demostraba la iniciativa y la inteligencia que a veces faltaba en FUERZA. Sospeché que su presencia en aquella reunión pondría en jaque su carrera.

El teniente William Ajunta Lee se agitó incómodamente en su cómoda silla.

—Con el debido respeto, FEM, soy un oficial naval de baja gradación y no estoy calificado para opinar en asuntos de tanta importancia estratégica.

Gladstone no sonrió. Asintió apenas.

—Agradezco esa actitud, teniente. Sin duda sus superiores también la agradecen. Sin embargo, en este caso, le pido que me complazca y nos ofrezca su comentario.

Lee estaba rígido. Por un instante sus ojos expresaron tanto una gran convicción como la desesperación de un animal acorralado.

—Pues bien, FEM, si he de opinar, diré que mi instinto (y es sólo instinto, pues soy muy ignorante en táctica interestelar) me aconsejaría no enviar refuerzos. —Lee cobró aliento—. Es una evaluación puramente militar, FEM. No sé nada acerca de las complejidades políticas de la defensa del sistema de Hyperion.

Gladstone se inclinó hacia delante.

—Pues bien, desde un punto de vista puramente militar, teniente, ¿por qué se opone a los refuerzos?

El impacto de las miradas de los jefes de FUERZA parecía una de esas descargas láser de cien millones de julios utilizadas para encender esferas de deuterio-tritio en un antiguo reactor de fusión inercial de confinamiento. Me asombró que Lee no sufriera un colapso, una implosión, una ignición y una fusión ante nuestros propios ojos.

—Desde un punto de vista militar —continuó Lee, con ojos desesperados pero con voz firme—, los dos mayores pecados que se pueden cometer son dividir las fuerzas propias y, como usted dice, FEM, poner todos los huevos en un solo cesto. En este caso, ni siquiera hemos tejido el cesto.

Gladstone asintió y se reclinó, entrelazando los dedos debajo del labio inferior.

—Teniente —escupió literalmente el general Morpurgo—, ahora que contamos con su consejo, ¿puedo preguntarle si alguna vez ha participado en una batalla espacial?

—No, señor.

—¿Está entrenado para una batalla espacial, teniente?

—Excepto por la cantidad mínima requerida en la EMO, que se limita a unos pocos cursos de historia, no, señor.

—¿Alguna vez ha participado en una planificación estratégica por encima del nivel de…? ¿Cuántas unidades navales comandó usted en Alianza-Maui, teniente?

—Una, señor.

—Una —jadeó Morpurgo—. ¿Una nave grande, teniente?

—No, señor.

—¿Se le otorgó el mando de esa nave, teniente? ¿Lo ganó usted? ¿O le llegó por vicisitudes de la guerra?

—Mataron a nuestro capitán, señor. Tomé el mando para sustituirlo. Eran las últimas acciones navales de la campaña de Alianza-Maui y…

—Eso es todo. —Morpurgo dio la espalda al héroe de guerra e interpeló a la FEM—. ¿Desea usted interrogarnos de nuevo?

Gladstone denegó con un gesto.

El senador Kolchev carraspeó.

—Quizá debiéramos celebrar una reunión de gabinete en la Casa de Gobierno.

—No es preciso —decidió Meina Gladstone—. Ya he tomado una decisión. Almirante Singh, está usted autorizado a desviar tantas unidades hacia el sistema de Hyperion como usted y los jefes conjuntos consideren necesario.

—Sí, FEM.

—Almirante Nashita, espero que las hostilidades cesen una semana estándar después de que usted reciba los refuerzos adecuados. —Miró alrededor—. Caballeros y damas, huelga decir que es importante conservar Hyperion y eliminar de una vez por todas la amenaza éxter. —Se levantó y enfiló hacia la rampa que conducía a arriba y a la oscuridad—. Muy buenas noches, caballeros, damas.

Eran casi las 0400 de la Red y Centro Tau Ceti cuando Hunt llamó a mi puerta. Yo había combatido el sueño durante tres horas desde que habíamos regresado. Pensaba que Gladstone se había olvidado de mí y empezaba a adormilarme cuando oí el golpe.

—El jardín —dijo Leigh Hunt—, y por amor de Dios, métase la camisa en los pantalones.

Mis botas resonaron suavemente en la gravilla del sendero mientras recorría las oscuras sendas. Los faroles y lámparas apenas irradiaban luz. Las estrellas no se veían debido al resplandor de las interminables ciudades de TC^2, pero las luces de navegación de las estaciones orbitales surcaban el cielo como un incesante anillo de luciérnagas.

Gladstone estaba sentada en el banco de hierro, cerca del puente.

—Severn —murmuró—, gracias por venir. Discúlpeme por la hora. La reunión de gabinete ha terminado ahora mismo.

Callé y permanecí en pie.

—Quería preguntarle acerca de su visita de esta mañana a Hyperion. —Rió en la oscuridad—. La mañana de ayer. ¿Alguna impresión?

Me pregunté a qué se refería. Supuse que aquella mujer tenía un insaciable apetito de información, por irrelevante que fuese.

—Encontré a una persona —dije.

—¿Ah, sí?

—Sí, al doctor Melio Arúndez. Él era… es…

—… un amigo de la hija de Weintraub —concluyó Gladstone—. La niña que envejece a la inversa. ¿Tiene usted información actualizada acerca de ella?

—No. Hoy dormí una breve siesta, pero los sueños eran fragmentarios.

—¿Y qué surgió de la reunión con el doctor Arúndez?

Me froté la barbilla con dedos súbitamente fríos.

—Su equipo de investigación espera hace meses en la capital. Quizá sea nuestra única esperanza para comprender qué ocurre con las Tumbas. Y el Alcaudón…

—Nuestros analistas sostienen que es importante que los peregrinos actúen por su cuenta hasta cumplir su cometido —advirtió Gladstone. Parecía estar mirando al lado, hacia el arroyo.

Sentí una cólera repentina, inexplicable, incontenible.

—El padre Hoyt ya «cumplió su cometido» —espeté con tono más hiriente del que deseaba—. Se pudo haber salvado si se hubiera permitido que los peregrinos llamaran la nave. Arúndez y su gente podrían salvar a la niña Rachel, aunque sólo quedan pocos días.

—Menos de tres. ¿Hubo algo más? ¿Alguna impresión acerca del planeta o de la nave del almirante Nashita que le resultara interesante?

Apreté los puños, me calmé.

—¿No dejará que Arúndez vuele hasta las Tumbas?

—Por ahora, no.

—¿Y la evacuación de los civiles de Hyperion? Al menos los ciudadanos de la Hegemonía.

—No es posible en este momento.

Iba a decir algo, me contuve. El agua murmuraba bajo el puente.

—¿Ninguna otra impresión, Severn?

—No.

—Bien, le deseo buenas noches y gratos sueños. Mañana será un día muy agitado, pero deseo conversar con usted sobre esos sueños en algún momento.

—Buenas noches —me despedí, girando sobre los talones. Regresé deprisa hacia mi ala de la Casa de Gobierno.

En mi oscura habitación, sintonicé una sonata de Mozart y tomé tres trisecobarbitales. Me sumirían en un sueño profundo y sin sueños donde el espectro del difunto Johnny Keats y sus fantasmales peregrinos no me encontrarían. Eso defraudaría a Meina Gladstone, pero a mí me daba lo mismo.

Pensé en Gulliver, el marino de Swift, y en su repugnancia por la humanidad cuando regresó de la comarca de los equinos sabios, los houyhnhnms, una repugnancia por su propia especie que llegó al extremo de que debía dormir en establos para hallar consuelo en el olor y la presencia de los caballos.

Mi último pensamiento antes de dormirme fue: *Al demonio con Meina Gladstone, al demonio con la guerra, al demonio con la Red*.

Y al demonio con los sueños.

SEGUNDA PARTE

16

Brawne Lamia se durmió profundamente poco antes del alba y sus sueños estuvieron poblados de imágenes y sonidos de otras partes: jirones de conversaciones con Meina Gladstone, una sala que parecía flotar en el espacio, hombres y mujeres circulando por pasillos cuyas paredes susurraban como un receptor ultralínea mal sintonizado. Por debajo de los sueños febriles y las imágenes caóticas reinaba la enloquecedora sensación de que Johnny, su Johnny, estaba cerca, *muy cerca*. Lamia gritó en sueños, pero el ruido se perdió en los ecos de las frías piedras de la Esfinge y las cambiantes arenas.

Lamia despertó y recobró la conciencia de golpe, como un instrumento de estado sólido al conectarse. Se suponía que Sol Weintraub montaba guardia, pero ahora dormitaba cerca de la puerta baja de la sala donde se refugiaba el grupo. La niña Rachel dormía en el suelo, el culito alzado, la cara apretada contra la manta, los labios húmedos de baba.

Lamia miró alrededor. Bajo una débil lámpara de bajo voltaje y una borrosa luz diurna que cubría cuatro metros de pasillo, sólo otro de los peregrinos resultaba visible, un bulto oscuro en el suelo de piedra. Martin Silenus roncaba. Lamia sintió un arrebato de temor, como si la hubieran abandonado mientras dormía Silenus, Sol, la niña. Comprendió que sólo faltaba el cónsul. El cortejo de peregrinos, siete adultos y una niña, había sufrido pérdidas: Het Masteen, desaparecido en la carreta eólica cuando cruzaban el Mar de Hierba; Lenar Hoyt, muerto la noche anterior; Kassad, desaparecido… el cónsul. ¿Dónde estaba el cónsul?

Brawne Lamia miró de nuevo en torno, comprobó que la oscura sala sólo contenía paquetes, mantas, el poeta dormido, el profesor y la niña, y luego se levantó, encontró la pistola automática de su

padre entre las mantas, buscó el paralizador neural y enfiló hacia el corredor.

Era una mañana tan brillante que Lamia se protegió los ojos con la mano mientras bajaba por la escalinata de piedra de la Esfinge para tomar la apisonada senda que conducía valle abajo. La tormenta había amainado. Los cielos de Hyperion eran de un cristalino y profundo color lapislázuli jaspeado de verde. La blanca y brillante estrella de Hyperion se elevaba sobre los acantilados del este. Las sombras de las rocas se fundían con las siluetas de las Tumbas de Tiempo. La Tumba de Jade resplandecía. Lamia vio los nuevos remolinos y dunas que había creado la tormenta, arenas blancas y bermejas que se fundían en curvas y estriaciones sensuales alrededor de la piedra. No quedaba ni rastro del campamento de la noche anterior. El cónsul estaba sentado en una roca, diez metros colina abajo. Miraba el valle fumando la pipa. Lamia bajó mientras se guardaba la pistola en el bolsillo.

—No hay señales del coronel Kassad —anunció el cónsul sin volverse.

Lamia miró hacia el Monolito de Cristal. La brillante superficie estaba acribillada de agujeros, la parte superior había desaparecido y aún humeaban restos en la base. Había cráteres y quemaduras en el medio kilómetro que separaba la Esfinge del Monolito.

—Parece que no se fue sin ofrecer resistencia —comentó Lamia.

El cónsul gruñó. El humo de pipa enfureció a Lamia.

—Llegué hasta el Palacio del Alcaudón, dos kilómetros valle abajo —explicó el cónsul—. Parece que el Monolito fue el centro del combate. Aún no hay señales de una abertura en el nivel del terreno, pero hay suficientes orificios arriba para distinguir el diseño de panal que el radar profundo indica en el interior.

—¿Pero no hay indicios de Kassad?

—Nada.

—¿Sangre? ¿Huesos calcinados? ¿Una nota para avisarnos que regresará después de dejar la ropa en la lavandería?

—Nada.

Brawne Lamia suspiró y se sentó en una piedra junto al cónsul. El sol le entibiaba la piel. Miró con ojos entornados hacia la entrada del valle.

—Mierda —resopló—, ¿qué haremos ahora?

El cónsul cogió la pipa, la estudió, meneó la cabeza.

—Esta mañana he probado suerte con el comlog, pero la nave todavía está encerrada. —Sacudió las cenizas—. También tanteé las bandas de emergencia, pero como cabía esperar no establecemos contacto. O bien la nave no retransmite, o la gente tiene órdenes de no contestar.

—¿Usted se marcharía?

El cónsul se encogió de hombros. Se había quitado su atuendo diplomático para enfundarse en un tosco jersey de lana, pantalones de paño gris y botas altas.

—Tener la nave aquí nos daría la alternativa de marcharnos. Ojalá los demás pensaran en largarse. A fin de cuentas, Masteen ha desaparecido, Hoyt y Kassad ya no están con nosotros… No sé qué hacer.

—Podríamos preparar el desayuno —sugirió una voz profunda.

Lamia se volvió. Sol bajaba por el sendero. Rachel iba en el saco que colgaba del pecho del profesor. La luz de la mañana relucía en la calva de Sol.

—No es mala idea —admitió Lamia—. ¿Tenemos suficientes provisiones?

—Suficientes para el desayuno —dijo Weintraub—. También hay suministros de alimentos fríos en el saco de vituallas del coronel. Luego comeremos bichos, o nos comeremos unos a otros.

El cónsul intentó sonreír, se guardó la pipa en el bolsillo de la túnica.

—Sugiero que regresemos a Fortaleza de Cronos antes de llegar a ese extremo. Terminamos la reserva de alimentos de la *Benarés*, pero había depósitos en la Fortaleza.

—Me alegraría… —empezó Lamia, pero un grito la interrumpió desde el interior de la Esfinge.

Lamia fue la primera en llegar a la Esfinge y ya tenía la pistola automática en la mano antes de atravesar la entrada. El pasillo estaba oscuro, la sala de dormir más oscura, y Lamia tardó un instante en advertir que allí no había nadie. Brawne Lamia se agazapó y giró la pistola hacia la oscura curva del pasillo mientras la voz de Silenus repetía «¡Por aquí!».

Lamia miró por encima del hombro cuando el cónsul atravesó la entrada.

—¡Espere aquí! —exclamó Lamia. Se internó en el pasillo apoyándose contra la pared, pistola en mano, la carga propelente preparada, el seguro quitado. Se detuvo ante la puerta abierta de la pequeña sala donde yacía el cuerpo de Hoyt, se agazapó, se volvió y entró apuntando con el arma.

Martin Silenus estaba en cuclillas junto al cadáver, estrujando en la mano la manta de fibroplástico con que habían cubierto el cuerpo. Silenus se volvió hacia Lamia, miró el arma sin interés, volvió a observar el cuerpo.

—Mire esto —murmuró.

Lamia bajó el arma y se acercó. El cónsul entró. Sol Weintraub estaba en el pasillo, la niña lloraba.

—Dios mío —exclamó Brawne Lamia, agachándose junto al cuerpo del padre Lenar Hoyt. Los torturados rasgos del joven sacerdote se habían transformado en el rostro de un sesentón, frente alta, nariz larga y aristocrática, labios finos con una agradable curva en las comisuras, pómulos prominentes, orejas puntiagudas bajo un mechón de pelo gris, ojos grandes bajo párpados pálidos y delgados como pergamino.

El cónsul se agachó junto a ellos.

—He visto holos. Es el padre Paul Duré.

—Miren —señaló Martin Silenus. Bajó aún más la manta, hizo rodar el cuerpo. Dos pequeños cruciformes rosados palpitaban en el pecho, pero la espalda estaba desnuda.

Sol se detuvo en la puerta, acunando a Rachel y susurrando para calmarla. Cuando la niña se calló, Sol dijo:

—Creí que los bikura tardaban tres días en… regenerarse.

Martin Silenus suspiró.

—Los parásitos cruciformes resucitaron a los bikura durante más de dos siglos estándar. Tal vez sea más fácil la primera vez.

—¿Está…? —empezó Lamia.

—¿Vivo? —Silenus le cogió la mano—. Compruébelo usted misma.

El pecho del hombre se movía ligeramente. La tez resultaba cálida al tacto. El calor que irradiaban los cruciformes era palpable. Brawne Lamia retiró la mano.

La cosa que seis horas antes había sido el cadáver del padre Lenar Hoyt abrió los ojos.

—¿Padre Duré? —preguntó Sol, acercándose.

El hombre volvió la cabeza. Parpadeó como si la tenue luz le lastimara los ojos, luego farfulló.

—Agua —interpretó el cónsul, y extrajo una pequeña botella de plástico del bolsillo de la túnica. Martin Silenus sostuvo la cabeza del hombre mientras el cónsul le ayudaba a beber.

Sol se acercó más, se apoyó en una rodilla y tocó el antebrazo del hombre. Hasta los oscuros ojos de Rachel parecían expresar curiosidad.

—Si no puede hablar —dijo Sol—, parpadee dos veces para decir «sí», una vez para decir «no». ¿Es usted Duré?

El hombre volvió la cabeza hacia el profesor.

—Sí —murmuró con voz profunda y tono culto—. Soy el padre Paul Duré.

El desayuno consistió en lo que les quedaba de café, trozos de carne fritos en la unidad térmica, una cucharada de cereal con leche rehidratada y los restos de la última hogaza repartida en cinco trozos. A Lamia le pareció una delicia.

Estaban en el linde de la sombra, bajo el ala extendida de la Esfinge, y utilizaban una roca baja y chata a modo de mesa. El sol

ascendía en un cielo matinal sin nubes.

Sólo se oía el tintineo de los cubiertos y los murmullos de la conversación.

—¿Recuerda usted… recuerda usted lo anterior? —preguntó Sol. El sacerdote llevaba la muda de ropa del cónsul, un traje gris con el sello de la Hegemonía en la parte izquierda del pecho. El uniforme le quedaba algo pequeño.

Duré sostenía la taza de café con ambas manos, como si fuera a levantarla para la consagración. Sus ojos sugerían honduras de inteligencia y tristeza.

—¿Lo anterior a mi muerte? —dijo Duré. Los labios patricios esbozaron una sonrisa—. Sí, recuerdo. Recuerdo el exilio, los bikura… —Bajó los ojos—. Incluso el árbol tesla.

—Hoyt nos habló del árbol —manifestó Brawne Lamia. El sacerdote se había clavado a un árbol tesla activo en las selvas flamígeras, sufriendo años de agonía, muerte, resurrección y más muerte para no ceder a la fácil simbiosis de una vida dominada por el cruciforme.

Duré sacudió la cabeza.

—En esos últimos segundos pensé que lo había derrotado.

—Lo había derrotado —aseguró el cónsul—. El padre Hoyt y los demás lo encontraron. Usted se había arrancado la cosa del cuerpo. Luego los bikura plantaron el cruciforme de usted en Lenar Hoyt.

Duré asintió.

—¿Y no hay rastros del muchacho?

Martin Silenus señaló el pecho del hombre.

—Evidentemente, esa puñetera cosa no puede desafiar las leyes que rigen la conservación de la masa. Como el dolor de Hoyt fue tan intenso durante tanto tiempo, pues se negaba a regresar adonde la cosa quería obligarlo, jamás ganó el peso suficiente para… ¿cómo demonios llamarlo? Una doble resurrección.

—No importa —suspiró Duré con una sonrisa triste—. El ADN del parásito cruciforme tiene una paciencia infinita. Puede reconstituir

un organismo huésped durante generaciones, si es necesario. Tarde o temprano, ambos parásitos tendrán un hogar.

—¿Recuerda algo después del árbol tesla? —preguntó Sol.

Duré bebió el resto del café.

—¿De la muerte? ¿Del cielo o el infierno? —Sonrió con franqueza —. No, amigos. Ojalá lo recordara. Recuerdo el dolor, eternidades de dolor, y luego la liberación. Después vino la oscuridad. Luego desperté aquí. ¿Cuántos años han transcurrido?

—Casi doce —respondió el cónsul—. Pero sólo la mitad para el padre Hoyt. Pasó tiempo en tránsito.

El padre Duré se levantó, se desperezó, caminó de un lado al otro. Era un hombre alto, delgado pero fuerte, y Brawne Lamia se sintió impresionada por su presencia, por aquel extraño e inexplicable carisma que había representado una maldición y un poder para unos pocos individuos desde tiempos inmemoriales. Tuvo que recordar que, primero, era sacerdote de un culto que exigía el celibato a sus clérigos y, segundo, que una hora antes era cadáver. El hombre caminaba de un lado a otro con movimientos elegantes y felinos, y Lamia se dio cuenta de que sus anteriores consideraciones no bastaban para contrarrestar el magnetismo personal del sacerdote. Se preguntó si los hombres lo captarían.

Duré se sentó en una roca, estiró las piernas y se frotó los muslos como para combatir un calambre.

—Ustedes me han contado algo acerca de quiénes son y por qué están aquí —dijo—. ¿Pueden contarme más?

Los peregrinos se miraron.

Duré asintió.

—¿Piensan que yo también soy un monstruo? ¿Un agente del Alcaudón? No los culparía.

—No pensamos eso —replicó Brawne Lamia—. El Alcaudón no necesita agentes para cumplir con sus deseos. Además, le conocemos a usted por el relato del padre Hoyt y por su diario. — Lamia miró a los demás—. Nos resulta difícil contar por qué vinimos a Hyperion. Nos sería casi imposible repetir nuestras historias.

—Hice algunas notas en mi comlog —explicó el cónsul—. Están muy resumidas, pero ordenan un poco nuestras historias… y la historia de la última década de la Hegemonía. Por qué la Red está en guerra con los éxters y todo eso. Consúltelas, si lo desea. No le llevará más de una hora.

—Lo agradecería —asintió el padre Duré. Siguió al cónsul hacia la Esfinge.

Brawne Lamia, Sol y Silenus caminaron hacia la entrada del valle. Desde la garganta, entre los riscos bajos, veían las dunas y yermos que se extendían hacia las montañas de la Cordillera de la Brida, menos de diez kilómetros al sudoeste. Las lámparas rotas, las suaves torres y las astilladas galerías de la Ciudad de los Poetas se veían a un par de kilómetros a la derecha, a lo largo de un ancho risco sigilosamente invadido por el desierto.

—Regresaré a la Fortaleza en busca de raciones —anunció Lamia.

—No me gusta dividir el grupo —protestó Sol—. Podríamos regresar todos.

Martin Silenus se cruzó de brazos.

—Alguien debería quedarse aquí por si regresa el coronel.

—Antes de marcharnos —advirtió Sol—, deberíamos investigar el resto del valle. El cónsul no fue más allá del Monolito esta mañana.

—De acuerdo —accedió Lamia—. Pongamos manos a la obra antes de que se haga muy tarde. Quiero conseguir provisiones en la Fortaleza y regresar antes del anochecer.

Habían bajado a la Esfinge cuando aparecieron Duré y el cónsul. El sacerdote tenía el comlog de repuesto del cónsul en una mano. Lamia explicó el plan de búsqueda y los dos hombres acordaron reunirse con ellos.

Una vez más recorrieron los pasillos de la Esfinge. Los haces de las linternas y láseres alumbraron la piedra sudorosa y los extraños ángulos. Salieron al sol del mediodía, caminaron trescientos metros hasta la Tumba de Jade. Lamia tiritó cuando entraron en la sala donde el Alcaudón había aparecido la noche anterior. La sangre de Hoyt había dejado una mancha pardusca en los suelos de cerámica

verde. No había indicios de la abertura transparente que conducía al laberinto inferior. Ni rastro del Alcaudón.

El Obelisco no tenía habitaciones, sólo un conducto central donde una empinada rampa de caracol ascendía entre paredes negras. Allí retumbaban incluso los susurros, y el grupo procuró guardar silencio. No había ventanas en la parte superior de la rampa, a cincuenta metros del suelo, y las linternas sólo iluminaban más oscuridad mientras se acercaban al techo. Cuerdas fijas y cadenas, vestigios de dos siglos de turismo, les permitieron bajar sin temor a resbalar y sufrir una caída mortal.

En la entrada, Martin Silenus llamó a Kassad por última vez y los ecos los siguieron hasta la luz del sol.

Pasaron media hora inspeccionando los daños cerca del Monolito de Cristal. Charcos de arena cristalizada, de cinco a diez metros de anchura, descomponían la luz del mediodía y reflejaban calor en la cara. La fachada destrozada del Monolito, sembrada de agujeros e hilachas de cristal derretido, parecía el blanco de un acto de vandalismo insensato, pero todos sabían que Kassad debía de haber luchado por la supervivencia. No había puerta, ninguna abertura hacia el panel interior. Los instrumentos indicaban que el interior estaba tan vacío y aislado como siempre. Marcharon a regañadientes hacia la base de los riscos del norte, donde las Tumbas Cavernosas se erguían a intervalos de cien metros.

—Los primeros arqueólogos pensaban que estas Tumbas eran las más viejas, a causa de su tosquedad —explicó Sol cuando entraron en la primera caverna y los haces de las linternas juguetearon en los mil dibujos indescifrables labrados en la piedra. Ninguna caverna tenía más de cuarenta metros de profundidad. Todas terminaban en una pared de piedra detrás de la cual ninguna sonda ni radar había descubierto nada.

Al salir de la tercera Tumba Cavernosa, se sentaron bajo la escasa sombra que pudieron hallar y compartieron agua y bizcochos proteínicos de las raciones de Kassad. El viento suspiraba y susurraba entre las rocas acanaladas.

—No lo encontraremos —se lamentó Martin Silenus—. El maldito Alcaudón se lo ha llevado.

Sol alimentaba a la niña con uno de los últimos suministros de lactancia. Rachel tenía la coronilla rosada por el sol, a pesar de los esfuerzos del padre para protegerla.

—Podría estar en una de las tumbas que hemos visitado, si hay tramos que están fuera de nuestra fase temporal. Esa es la teoría de Arúndez. Considera que las tumbas son artilugios tetradimensionales con intrincados pliegues en el espaciotiempo.

—Sensacional —masculló Lamia—. De modo que no veremos a Fedmahn Kassad aunque esté allí.

—Bien —dijo el cónsul al tiempo que se incorporaba con un suspiro de fatiga—, al menos cumplamos con nuestro plan. Nos queda una tumba.

El Palacio del Alcaudón estaba un kilómetro valle abajo. Era más bajo que las demás tumbas y estaba oculto por una curva en las paredes del risco. Era más pequeña que la Tumba de Jade, pero su intrincada construcción —rebordes, torres, contrafuertes y columnas que se arqueaban y curvaban en un caos controlado— la hacía parecer mayor de lo que era.

El interior del Palacio del Alcaudón era una cámara resonante con un suelo irregular constituido por miles de segmentos curvos articulados que evocaban las costillas y vértebras de una criatura fosilizada. A quince metros de altura, la cúpula estaba entrecruzada por docenas de «hojas» de cromo que pasaban a través de las paredes y de sí mismas para surgir como espinas aceradas por encima de la estructura. El material de la cúpula era ligeramente opaco y daba un tono lechoso al espacio abovedado.

Lamia, Silenus, el cónsul, Weintraub y Duré llamaron a Kassad a gritos, pero sólo les respondieron los ecos.

—No hay rastros de Kassad ni de Het Masteen —manifestó el cónsul cuando salieron—. Tal vez todo se desarrollará así: desapareceremos de uno en uno hasta que sólo quede el elegido.

—¿Y el último obtendrá su deseo, como vaticinan las leyendas del culto del Alcaudón? —preguntó Brawne Lamia. Se sentó en la rocosa entrada del Palacio del Alcaudón, meciendo las piernas en el aire.

Paul Duré alzó el rostro al cielo.

—No puedo creer que el deseo del padre Hoyt fuera morir para que yo viviera de nuevo.

Martin Silenus miró al sacerdote.

—¿Y cuál sería el deseo de usted, padre?

Duré no vaciló.

—Rogaría que Dios libre a la humanidad, de una vez por todas, de estas obscenidades gemelas: la guerra y el Alcaudón.

Se hizo un silencio y el viento de la tarde intercaló en él sus distantes suspiros y gemidos.

—Entretanto —dijo Brawne Lamia—, debemos conseguir alimentos o aprender a vivir del aire.

Duré asintió.

—¿Por qué trajeron tan poco?

Martin Silenus rió y dijo en voz alta.

No le interesaba el vino ni la cerveza,
ni el pescado, la carne ni las aves,
y las salsas consideraba indignas como paja,
desdeñaba a los palurdos que bebían,
no retozaba con sensuales juerguistas,
ni reía con amantes lujuriosas,
mas el alma de este peregrino anhelaba los arroyos,
y todo su alimento era el aire del bosque,
aunque a menudo solazábase con raros alelíes.

Duré sonrió, todavía desconcertado.

—Todos esperábamos triunfar o morir la primera noche —expuso el cónsul—. No habíamos previsto una larga estancia aquí.

Brawne Lamia se levantó y se sacudió los pantalones.

—Yo iré —resolvió—. Podré cargar raciones para cuatro o cinco días si hay suministros de alimentos o comida almacenada.

—Yo iré también —dijo Martin Silenus.

Hubo un silencio. Durante la semana de peregrinación, el poeta y Lamia se habían enfrentado varias veces. En una ocasión ella había amenazado con matarlo. Lamia lo observó un largo instante.

—De acuerdo —accedió al fin—. Pasemos por la Esfinge para recoger las mochilas y botellas de agua.

El grupo caminó valle arriba mientras las paredes occidentales empezaban a arrojar sus sombras.

17

Doce horas antes, el coronel Fedmahn Kassad salió de la escalera de caracol al más alto nivel del Monolito de Cristal. Crecían llamas por todas partes. A través de los boquetes que había abierto en la superficie de cristal, Kassad veía la oscuridad. La tormenta impulsaba granos bermejos a través de las aperturas y el aire parecía sangre en polvo. Kassad se puso el casco.

Moneta aguardaba a diez pasos.

Estaba desnuda bajo el traje energético, lo cual daba un efecto de mercurio derramado sobre la piel. Las llamas se reflejaban en las curvas de los senos y los muslos, la luz se arqueaba en los huecos de la garganta y el ombligo. El cuello era largo, el rostro una perfecta talla de cromo. Los ojos albergaban reflejos gemelos de la alta sombra que era Fedmahn Kassad.

Kassad alzó el rifle y sintonizó el selector en fuego de espectro pleno. Dentro de la armadura activada, el cuerpo se le tensó, preparándose para el ataque.

Moneta movió la mano y el traje se disolvió desde la coronilla hasta el cuello. Ahora era vulnerable. Kassad conocía cada faceta de aquel rostro, cada poro y folículo. El corto pelo castaño caía a la izquierda. Los grandes y curiosos ojos reflejaban sorpresa en sus verdes honduras.

La pequeña boca de labios carnosos vacilaba al borde de una sonrisa. Kassad reparó en las inquisitivas cejas arqueadas, las pequeñas orejas que había besado tantas veces. La blanda garganta donde había apoyado las mejillas para escuchar sus palpitaciones.

Kassad la apuntó con el rifle.

—¿Quién eres? —preguntó ella. La voz era tan suave y sensual como él recordaba, el acento igualmente elusivo.

Con el dedo en el gatillo, Kassad titubeó. Habían hecho el amor veintenas de veces, se habían conocido durante años en sus sueños

y el paisaje de las simulaciones militares. Pero si ella en efecto retrocedía en el tiempo…

—Lo sé —se respondió ella misma con voz tranquila, al parecer sin notar que él ya presionaba el gatillo—, eres el prometido por el Señor del Dolor.

Kassad respiraba entrecortadamente. Habló con voz ronca y tensa.

—¿No me recuerdas?

—No. —Ella ladeó la cabeza para observarlo—. Pero el Señor del Dolor prometió un guerrero. Estábamos destinados a encontrarnos.

—Nos encontramos hace mucho tiempo —balbuceó Kassad. El rifle apuntaría automáticamente a la cara, cambiando de longitud de onda y de frecuencia a cada microsegundo hasta vencer las defensas del traje. Al cabo de un instante dispararía los haces láser, el látigo infernal, dardos y rayos pulsátiles.

—No tengo recuerdos de hace mucho tiempo —explicó ella—. Nos movemos en direcciones opuestas en el flujo general del tiempo. ¿Con qué nombre me conoces en mi futuro, tu pasado?

—Moneta —jadeó Kassad, cerrando la mano para disparar.

Ella sonrió, asintió.

—Moneta. Hija de la Memoria. Qué ironía.

Kassad recordó la traición, la transformación mientras hacían el amor esa última vez ante la desolada Ciudad de los Poetas. Moneta se había convertido en el Alcaudón o había permitido que el Alcaudón la sustituyera. Había transformado un acto de amor en una obscenidad.

El coronel Kassad apretó el gatillo.

Moneta parpadeó.

—No funcionará aquí, dentro del Monolito de Cristal. ¿Por qué deseas matarme?

Kassad gruñó, arrojó el arma inútil, infundió energía a sus guanteletes y embistió.

Moneta no intentó escapar. Se quedó mirándolo. Kassad tenía la cabeza baja. La armadura gemía mientras cambiaba el alineamiento

cristalino de los polímeros y Kassad aullaba. Ella bajó los brazos para rechazarlo.

La masa y la velocidad de Kassad hicieron trastabillar a Moneta y ambos rodaron. Kassad intentó apresarle la garganta con las manos enguantadas, Moneta le cogió las muñecas con fuerza mientras rodaban por el suelo hasta el borde de la plataforma. Kassad se montó sobre ella, para que la gravedad se sumara a la fuerza del ataque: los brazos rectos, los guantes rígidos, los dedos curvados en un gesto letal. La pierna izquierda le colgaba sobre el abismo de sesenta metros.

—¿Por qué deseas matarme? —susurró Moneta, y lo hizo girar. Ambos cayeron de la plataforma.

Kassad gritó e hizo descender el visor con un cabeceo brusco. Cayeron, las piernas entrelazadas con fiereza. Ella le sostenía las manos con fuerza. El tiempo pareció frenar su transcurso y cayeron a cámara lenta. El aire se movía como una manta que le cubriera la cara lentamente. Luego el tiempo se aceleró, se volvió normal: caían los últimos diez metros. Kassad gritó y visualizó el símbolo adecuado para que la armadura se pusiera rígida. Hubo un gran estrépito.

Desde una rojiza distancia, Fedmahn Kassad trepó a la superficie de la conciencia, sabiendo que sólo habían transcurrido un par de segundos desde la caída. Se levantó trabajosamente. Moneta también se incorporaba despacio, apoyándose en una rodilla, mirando el suelo de cerámica astillado por el impacto.

Kassad infundió energía a los servomecanismos de la pierna del traje y le arrojó un fuerte puntapié a la cabeza.

Moneta esquivó el golpe, le cogió la pierna, giró y lo lanzó. Kassad se estrelló contra el cuadrado de cristal, lo hizo añicos, cayó en la arena y la noche. Moneta se tocó el cuello, el mercurio le cubrió la cara, salió.

Kassad alzó el visor destrozado, se quitó el casco. El viento le agitaba el cabello corto y negro, la arena le arañaba las mejillas. Se levantó despacio. La pantalla del cuello del traje emitía parpadeos rojos, anunciando que se agotaban las últimas reservas de energía.

Kassad ignoró las alarmas; habría suficiente para los próximos segundos, y eso era todo lo que importaba.

—Lo que haya ocurrido en mi futuro… tu pasado —empezó Moneta—. No fui yo quien cambió. Yo no soy el Señor del Dolor. Él…

Kassad saltó los tres metros que los separaban, aterrizó detrás de Moneta y trazó con el guantelete de la mano derecha un arco que rompió la barrera del sonido, el canto rígido y aguzado como podían lograrlo los filamentos piezoeléctricos de carbono-carbono.

Moneta no se agachó ni intentó frenar el golpe. El guantelete le dio en la base del cuello con una fuerza que habría talado un árbol o quebrado medio metro de piedra. En Bressia, combatiendo cuerpo a cuerpo en la capital de Buckminster, Kassad había matado a un coronel éxter con tal celeridad —el guantelete había atravesado la armadura, el casco, el campo de fuerza, la carne y el hueso sin pausa— que la cabeza del hombre había mirado el cuerpo veinte segundos antes que la muerte lo reclamara.

El golpe de Kassad dio en el blanco, pero se detuvo en la superficie del traje. Moneta no trastabilló ni reaccionó. Kassad advirtió que la energía del traje fallaba en el mismo instante que el brazo se le aturdía y los músculos del hombro se le retorcían de dolor. Retrocedió, el brazo derecho caído al costado. El traje perdía energía como un herido que se desangra.

—No quieres escuchar —suspiró Moneta. Avanzó, cogió a Kassad, lo arrojó veinte metros hacia la Tumba de Jade.

Aterrizó con fuerza y la armadura se endureció para absorber parte de la colisión mientras se le agotaba la energía. El brazo izquierdo le protegió la cara y el cuello, pero la armadura se detuvo y el brazo quedó inútilmente curvado.

Moneta saltó los veinte metros, aterrizó junto a él, lo alzó en el aire con una mano, apresó un puñado de blindaje con la otra y le desgarró el traje, abriendo doscientas capas de microfilamento y polímeros de tela omega. Lo abofeteó suavemente, casi con pereza. Kassad casi se desvaneció. El viento y la arena le aguijoneaban la carne desnuda del pecho y el vientre.

Moneta le arrancó el resto del traje, destruyendo biosensores y controles de realimentación. Alzó al hombre desnudo por los brazos y lo sacudió. Kassad saboreó sangre y puntos rojos nadaron en su campo visual.

—No teníamos que ser enemigos —murmuró ella.

—Tú… me… disparaste.

—Para probar tus reacciones, no para matarte. —La boca se movía normalmente bajo la capa de mercurio. Lo abofeteó de nuevo. Kassad voló dos metros en el aire, aterrizó en una duna, rodó cuesta abajo en la fría arena. Un millón de manchas poblaban el aire: nieve, polvo, puntos de luz coloreada. Kassad rodó, se incorporó, aferró la duna con dedos transformados en garfios insensibles.

—Kassad —susurró Moneta.

Él se tendió de espaldas, esperando.

Ella había desactivado el traje. La carne parecía cálida y vulnerable, la tez tan pálida que era casi traslúcida. Claras venas azules se perfilaban sobre los pechos perfectos. Las piernas eran fuertes y escultóricas, los muslos se entreabrían en la ingle. Los ojos brillaban verdes y oscuros.

—Amas la guerra, Kassad —susurró Moneta, al tiempo que se echaba sobre él.

Kassad se resistió, alzó los brazos para golpearla. Moneta le sujetó los brazos por encima de la cabeza con una sola mano. Su cuerpo irradiaba calor, sus senos se mecían rozando el pecho de Kassad. Se acomodó entre las piernas abiertas de Kassad, quien sintió la ligera curva del vientre de Moneta contra el abdomen.

Comprendió que esto era una violación, que podía negarse con sólo no reaccionar, rechazándola. No dio resultado. El aire parecía líquido, la tormenta bramaba distante, la arena oscilaba en la brisa como una cortina de encaje.

Moneta se contoneaba sobre él, contra él. Kassad sintió el lento movimiento de su propia excitación. Se resistió, luchó, pateó, forcejeó para liberar los brazos. Ella era mucho más fuerte. Usó la rodilla derecha para apartarle la pierna izquierda. Los pezones le

frotaban el pecho como guijarros tibios; la calidez del vientre y la ingle de Moneta hicieron que su carne reaccionara como una flor que buscara la luz.

—¡No! —gritó Fedmahn Kassad, pero Moneta lo besó obligándole a callar. Con la mano izquierda, ella continuaba aferrándole los brazos; con la mano derecha lo tanteó, lo encontró, lo guió.

Kassad le mordió el labio, pero sus forcejeos lo obligaron a penetrar más en ella. Trató de relajarse, y ella lo aplastó contra la arena. Kassad recordó las otras veces que habían hecho el amor, hallando cordura en la mutua calidez mientras la guerra tronaba fuera del círculo de su pasión.

Kassad cerró los ojos, arqueó el cuello para postergar la agonía de placer que lo embestía como una ola. Saboreó sangre, sin saber si era de él o de ella.

Poco después, mientras aún se movían juntos, Kassad comprendió que ella le había soltado los brazos. Sin titubear, bajó ambos brazos, le apoyó los dedos en la espalda, la apretó, deslizó una mano para acariciarle la nuca con suavidad.

El viento sopló de nuevo, el sonido regresó, la arena arremolinada sopló desde el linde de la duna como rocío.

Kassad y Moneta resbalaron por la suave curva, rodaron cuesta abajo hasta el lugar donde rompería la ola de arena, olvidando la noche, la tormenta, la batalla y todo lo demás excepto ese momento y ellos dos.

Luego, mientras caminaban a través de la despedazada belleza del Monolito de Cristal, ella lo tocó una vez con una férula dorada y después con un toroide azul. En la astilla de un panel de cristal, él vio que su reflejo se transformaba en un bosquejo de mercurio líquido, perfecto hasta los detalles de los genitales y las líneas de las costillas en el delgado torso.

«*¿Ahora qué?*», preguntó Kassad en ese medio que no era telepatía ni sonido.

«El Señor del Dolor aguarda».

«¿Eres su servidora?».

«No. Soy su consorte y su némesis. Su guardiana».

«¿Has venido del futuro con él?».

«No, me arrebataron de mi época para retroceder con él en el tiempo».

«Entonces, ¿quién eras antes de…?».

La repentina aparición; no, la repentina *presencia* del Alcaudón interrumpió la pregunta.

La criatura era tal como la recordaba de su primer encuentro, sucedido años atrás. Kassad reparó en el brillo de mercurio y cromo, tan similar a sus propios trajes, pero supo intuitivamente que debajo del caparazón no había mera carne y hueso. El ser tenía por lo menos tres metros de altura, los cuatro brazos tenían una apariencia normal en el elegante torso, y el cuerpo era una escultura de espinas, puñales, articulaciones y capa de alambre cortante. Los ojos de mil facetas ardían con la luz de un láser color rubí. La larga mandíbula y las hileras de dientes eran de pesadilla.

Kassad estaba preparado. Si el traje le daba la misma fuerza y movilidad que había proporcionado a Moneta, al menos moriría luchando.

No hubo tiempo para eso. En un momento el Señor del Dolor estaba a cien metros, al siguiente estaba al lado de Kassad, aferrándole el brazo en un apretón de acero que penetró el traje y le hizo sangrar los bíceps.

Kassad se tensó, esperando el golpe y resuelto a devolverlo, aunque ello significara empalarse en las hojas, espinas y el cortante acero.

El Alcaudón alzó la mano derecha y un portal rectangular de cuatro metros cobró existencia. Era similar a un portal teleyector, excepto por el fulgor violáceo que llenaba el interior del Monolito con una densa luz.

Moneta asintió y lo atravesó. El Alcaudón avanzó, hundiendo apenas los agudos dedos en el brazo de Kassad.

Kassad pensó en resistirse, pero comprendió que la curiosidad era más intensa que el deseo de morir y avanzó con el Alcaudón.

18

La FEM Meina Gladstone no lograba conciliar el sueño. Se levantó, se vistió en los oscuros aposentos de la Casa de Gobierno e hizo lo que solía hacer cuando no podía dormir: recorrió los mundos.

Su portal teleyector privado cobró vida. Gladstone dejó a sus guardias humanos en la antesala y se llevó sólo uno de los microrremotos. No hubiera llevado ninguno, pero las leyes de la Hegemonía y las reglas del TecnoNúcleo no lo permitían.

Era más de medianoche en TC^2, pero ella sabía que en muchos mundos sería de día, de manera que se puso una larga capa con cogulla de Renacimiento. Los pantalones y las botas no revelaban el sexo ni la clase, aunque la calidad de la capa la habría delatado en ciertos lugares.

La FEM Gladstone atravesó el portal no permanente. El microrremoto zumbaba a sus espaldas, buscando altitud e invisibilidad mientras ella salía a la Plaza de San Pedro, en Nuevo Vaticano, Pacem. Por un instante, no supo por qué había codificado su implante para este destino (¿tal vez la presencia de aquel obsoleto monseñor en la cena de Bosquecillo de Dios?), pero luego comprendió que había estado pensando en los peregrinos durante su insomnio, en los siete que tres años antes habían ido al encuentro del destino en Hyperion. Pacem era la cuna del padre Lenar Hoyt y del otro sacerdote, Duré.

Gladstone se arrebujó en la capa y cruzó la plaza. Visitar el mundo natal de los peregrinos era tan buen paso como cualquier otro; en la mayoría de sus noches de insomnio visitaba una veintena de mundos y regresaba antes del alba y de las primeras reuniones en Centro Tau Ceti. Al menos esta vez serían sólo siete mundos.

Era temprano en Pacem. Los cielos amarillos, surcados por nubes verdosas, estaban impregnados de un olor de amoníaco que le hirió las fosas nasales y le hizo lagrimear. El aire tenía ese aroma ligero,

desagradable y químico de un mundo que no estaba totalmente terraformado ni era totalmente hostil al hombre. Gladstone miró alrededor.

San Pedro se erguía en la cima de una colina y un semicírculo de columnas abrazaba la plaza. En el centro del semicírculo se erguía una gran basílica. A la derecha las columnas se entreabrían, mostrando una escalera que descendía al sur. Se veía una ciudad pequeña, casas toscas y bajas acurrucadas entre árboles blancos que parecían los esqueletos de criaturas atrofiadas, muertas tiempo atrás.

Sólo algunas personas atravesaban deprisa la plaza o subían las escaleras, como si llegaran tarde a misa. Repicaron campanas bajo la gran cúpula de la catedral, pero el aire ligero despojaba al sonido de toda autoridad.

Gladstone caminó hacia el círculo de columnas, la cabeza gacha, ignorando la mirada curiosa de los clérigos y los barrenderos, quienes iban montados en una bestia parecida a un erizo de media tonelada. En la Red había veintenas de mundos marginales como Pacem, y más en el Protectorado y el Afuera: demasiado pobres para atraer a una ciudadanía que gozaba de infinita movilidad, demasiado terrícolas para ser ignorados durante los oscuros días de la Hégira. Había gustado a un pequeño grupo como los católicos, quienes habían ido allí en busca de un resurgimiento de la fe. En aquella época habían sido millones, pero ahora no sumaban más de decenas de miles. Gladstone cerró los ojos y recordó los holos del padre Paul Duré.

Gladstone amaba la Red. Quería a los seres humanos que formaban parte de ella; a pesar de su superficialidad, egoísmo y resistencia al cambio, formaban el entramado de la humanidad. Gladstone amaba la Red. La amaba tanto como para saber que debía contribuir a destruirla.

Regresó al pequeño términex de tres portales, invocó su nexo teleyector con una simple orden de precedencia dirigida a la esfera de datos, y salió al sol y al olor marino.

Alianza-Maui. Gladstone sabía muy bien dónde estaba. Se hallaba en la colina de Primersitio, donde la tumba de Siri indicaba el lugar donde casi un siglo atrás había comenzado la efímera rebelión. En aquella época Primersitio era una aldea con unos pocos miles de habitantes, y cada Semana del Festival los flautistas daban la bienvenida a las islas móviles que enfilaban hacia sus zonas de alimentación en el Archipiélago Ecuatorial. Ahora Primersitio se extendía por toda la isla, con arcópolis y colmenas residenciales que se elevaban medio kilómetro por doquier, dominando la colina que antaño había brindado la mejor vista del mundo oceánico de Alianza-Maui.

Pero la tumba permanecía. El cuerpo de la abuela del cónsul no estaba allí —nunca había estado— pero la cripta vacía, como tantas cosas simbólicas de aquel mundo, imponía reverencia, casi adoración.

Gladstone miró entre las torres, más allá de la vieja rompiente donde las lagunas azules se habían vuelto pardas, más allá de las plataformas de perforación y las barcas de turismo, hacia donde comenzaba el mar. Ya no había islas móviles. Ya no se desplazaban en grandes rebaños por el océano, las velas aleteando en las brisas australes, los delfines hendiendo las aguas.

Las islas estaban colonizadas y pobladas por ciudadanos de la Red. Los delfines habían muerto. Algunos habían perecido en las grandes batallas con FUERZA, la mayoría se habían matado en el inexplicable Suicidio en Masa del Mar del Sur, última incógnita de una raza envuelta en misterios.

Gladstone se sentó en un banco cerca del borde del risco y se puso a mascar un tallo de hierba. ¿Qué sucedía con un mundo cuando dejaba de ser un hogar para cien mil humanos, en delicado equilibrio con una delicada ecología, para transformarse en patio de juegos de más de cuatrocientos millones en la primera década estándar de pertenencia a la Hegemonía?

Respuesta: el mundo moría. O su alma moría, aunque la ecosfera de algún modo continuara funcionando. Los ecologistas planetarios y

los especialistas en terraformación mantenían vivo el caparazón, evitaban que los desperdicios, cloacas y manchas de petróleo sofocaran los mares por completo, trabajaban para reducir o disfrazar la contaminación sónica y mil otros inconvenientes que traía el progreso. Pero la Alianza-Maui que el cónsul había conocido en su infancia, menos de un siglo antes, cuando subía por esa misma colina para los funerales de la madre, había desaparecido para siempre.

Pasó una formación de alfombras voladoras con turistas risueños y bulliciosos. Mucho más arriba, un enorme VEM de excursiones ocultó el sol un instante. En la repentina sombra, Gladstone arrojó el tallo de hierba y apoyó los brazos en las rodillas. Pensó en la traición del cónsul. Había contado con la traición del cónsul, habría apostado cualquier cosa a que el hombre criado en Alianza-Maui, descendiente de Siri, se uniría a los éxters en la inevitable batalla por Hyperion. No había sido sólo el plan de ella, Leigh Hunt había participado en las décadas de planificación, en la delicada cirugía de poner al individuo exacto en contacto con los éxters, en una posición donde podría traicionar a ambas partes activando el artefacto éxter para destruir las mareas de tiempo de Hyperion.

Y lo había hecho. El cónsul, un hombre que había entregado cuatro décadas de su vida, además de su esposa e hijo, al servicio de la Hegemonía, había estallado en la venganza como una bomba que hubiera aguardado medio siglo.

A Gladstone no le complacía esa traición. El cónsul había vendido el alma y pagaría un precio espantoso —en la historia, ante su propia conciencia—, pero esa traición no era nada comparada con la traición por la cual Gladstone estaba dispuesta a sufrir. Como FEM de la Hegemonía, era el líder simbólico de ciento cincuenta mil millones de almas humanas. Estaba dispuesta a traicionarlas para salvar a la humanidad.

Se levantó, sintió la edad y el reumatismo en los huesos, y se dirigió despacio hacia el términex. Se detuvo un instante ante el susurrante portal, dirigiendo una última mirada a Alianza-Maui. La

brisa soplaba del mar, pero estaba impregnada con el hedor de las manchas de petróleo y los gases de las refinerías, y Gladstone volvió la cara.

El peso de Lusus le aplastó los hombros como un grillete de hierro. Era la hora punta en el Bulevar y miles de peatones, compradores y turistas se apiñaban en todos los niveles, atestando las kilométricas escaleras mecánicas, dando al aire una densidad rancia que se mezclaba con el olor y el ozono de aquel sistema cerrado. Gladstone ignoró la lujosa galería comercial y recorrió en una acera de tránsito los diez kilómetros que la separaban del principal Templo del Alcaudón.

Campos policiales de interdicción y contención brillaban con un fulgor violeta y verde más allá del pie de la ancha escalera. El templo estaba tapiado y a oscuras; muchos de los altos vitrales que daban al Bulevar estaban hechos añicos. Gladstone recordó los disturbios de varios meses atrás y supo que el obispo y sus acólitos habían huido.

Caminó cerca del campo de interdicción, mirando a través de la bruma violeta la escalera por donde Brawne Lamia había subido con su cliente y amante moribundo, el cíbrido Keats original, hacia los expectantes sacerdotes del Alcaudón. Gladstone había conocido bien al padre de Brawne, habían compartido los primeros años del Senado. El senador Byron Lamia era un hombre inteligente. Hubo un tiempo, mucho antes que la madre de Brawne irrumpiera en la escena social desde su apartada provincia de Freeholm, en que Gladstone había pensado en casarse con él. Cuando Lamia murió, parte de la juventud de Gladstone quedó sepultada con él. Byron Lamia estaba obsesionado con el TecnoNúcleo, consumido por la idea de liberar a la humanidad de la esclavitud que las IAs habían impuesto en más de cinco siglos y mil años-luz. El padre de Brawne Lamia había señalado a Gladstone el peligro, la había inducido al compromiso que derivaría en la traición más espantosa de la historia del hombre.

Y el «suicidio» del senador Byron Lamia la había preparado para décadas de cautela. Gladstone no sabía si los agentes del Núcleo habían orquestado la muerte del senador —quizá fueran jerarcas de la Hegemonía que protegían sus intereses creados—, pero sabía que Byron Lamia jamás se habría suicidado, jamás habría abandonado a su indefensa esposa y su tozuda hija de aquella manera. El último acto senatorial de Lamia había consistido en proponer, junto con una colega, la inclusión de Hyperion en el Protectorado, una decisión que habría incluido aquel mundo en la Red veinte años estándar antes de los acontecimientos actuales. Cuando él murió, la colega —la influyente Meina Gladstone— retiró la propuesta.

Gladstone encontró un conducto de descenso y bajó, dejando atrás niveles comerciales y residenciales, de manufacturas y servicios de eliminación de desechos y reactores. El comlog y el altavoz del conductor le advirtieron que estaba penetrando en zonas no autorizadas e inseguras, muy abajo en la Colmena. El programa intentó detener el descenso. Ella dio una contraorden y silenció las advertencias. Continuó cayendo por niveles sin paneles ni luces, a través de una maraña de espaguetis de fibra óptica, conductos de calefacción y refrigeración, roca desnuda. Por fin se detuvo.

Salió a un pasillo iluminado por lámparas distantes y una brillante pintura fosforescente. El agua goteaba de cien grietas del techo y las paredes y se acumulaba en charcos tóxicos. Surgía vapor de boquetes de la pared que quizá fueran más pasillos, cubículos personales o meros agujeros. A lo lejos se oía el chillido ultrasónico de metal cortando metal; más cerca, los chirridos electrónicos de la nihilmúsica. En alguna parte un hombre gritó y una mujer rió, y la voz retumbó metálicamente por los conductos. Luego se oyó el carraspeo de un rifle de minidardos.

Colmena de la Escoria. Gladstone llegó a una intersección de pasillos y miró a un lado y a otro. El microrremoto se le acercó, insistente como un insecto colérico. Estaba pidiendo respaldo de seguridad. Sólo las persistentes anulaciones de Gladstone impedían que se oyeran sus aullidos.

Colmena de la Escoria. Allí se habían escondido Brawne Lamia y su amante cíbrido unas horas antes del intento de llegar al Templo del Alcaudón. Era uno de los miles de albañales de la Red, donde el mercado negro suministraba desde Flashback hasta armas de FUERZA, desde androides ilegales hasta tratamientos Poulsen de contrabando, que podían matarte o darte otros veinte años de juventud. Gladstone giró a la derecha y tomó por el corredor más oscuro.

Algo del tamaño de una rata pero con muchas patas se escabulló por un tubo roto. Gladstone olió a cloacas, sudor, el ozono de bandejas electrónicas recalentadas, el olor dulzón del propelente para armas, vómito, el hedor de feromonas de baja gradación mutadas en toxinas. Atravesó los pasillos pensando en los meses futuros, en el precio terrible que los mundos pagarían por sus decisiones y obsesiones.

Cinco jóvenes, esculpidos por ARNistas aficionados al extremo de que parecían más bestias que hombres, se plantaron ante Gladstone. La FEM se detuvo.

El microrremoto se interpuso y les neutralizó los polímeros de camuflaje. Las criaturas rieron, viendo sólo una máquina del tamaño de una avispa que revoloteaba en el aire. Era muy posible que se hubieran excedido tanto en los tratamientos ARN que ni siquiera reconocieran el aparato. Dos de ellos abrieron navajas vibrátiles. Uno extendió zarpas de acero de diez centímetros. Otro preparó una pistola de dardos con tambores rotativos.

Gladstone no quería pelear. Sabía, aunque aquellos energúmenos de la Colmena de la Escoria lo ignorasen, que el microrremoto podía defenderla de esos cinco y de cien más. Pero no quería que nadie muriese porque ella decidía pasear por allí.

—Idos —advirtió.

Los jóvenes la escudriñaron: ojos amarillos, ojos negros y bulbosos, ranuras sombrías, bandas ventrales fotorreceptivas. Abriéndose en semicírculo, avanzaron dos pasos como un solo hombre.

Meina Gladstone se irguió, se arrebujó en la capa y se quitó la cogulla protectora para que le vieran los ojos.

—Idos —repitió.

Los jóvenes titubearon. Las plumas y escamas vibraron. En dos de ellos, temblaron antenas y palpitaron vellos sensitivos.

Se fueron tan silenciosa y rápidamente como habían llegado. Pronto se oyó sólo el goteo del agua, risas lejanas.

Gladstone agitó la cabeza, invocó su portal personal y lo atravesó.

Sol Weintraub y su hija procedían del Mundo de Barnard. Gladstone se trasladó a un términex menor de la ciudad de Crawford. Era de noche. Casas blancas y bajas contra parques pulcros reflejaban el gusto por el estilo República Canadiense y el pragmatismo de los granjeros. Los árboles altos, de troncos anchos, guardaban una gran fidelidad a sus ancestros de Vieja Tierra. Gladstone se alejó de los peatones que enfilaban hacia sus hogares tras un día de trabajo en otra parte de la Red y se encontró paseando por aceras de ladrillo, entre edificios que rodeaban un óvalo herboso. A la izquierda se extendían campos sembrados. Plantas altas y verdes, quizá maíz, crecían en hileras susurrantes que llegaban hasta el remoto horizonte, donde se ponía un enorme sol rojo.

Gladstone atravesó el campus, preguntándose si habría sido el colegio donde enseñaba Sol, pero no sintió tanta curiosidad como para interrogar a la esfera de datos. Las lámparas de gas se encendían bajo el dosel de hojas, y las primeras estrellas despuntaban en los intersticios, donde el cielo pasaba del azul al ámbar y al ébano.

Gladstone había leído el libro de Weintraub, *El dilema de Abraham*, donde el profesor analizaba la relación entre un Dios que exigía el sacrificio de un hijo y la especie humana que accedía a ello. Weintraub razonaba que el Jehová del Viejo Testamento no sólo

ponía a prueba a Abraham, sino que se comunicaba en el único lenguaje de lealtad, obediencia, sacrificio y autoridad que la humanidad podía comprender a esas alturas de la relación. Weintraub consideraba el mensaje del Nuevo Testamento como un presagio de la nueva etapa de esa relación, una etapa donde la humanidad ya no sacrificaría a sus hijos ante ningún Dios, por ninguna razón, sino que los padres —razas enteras de padres— se ofrecerían a sí mismos. De allí los Holocaustos del siglo veinte, la Batalla Breve, las guerras tripartitas, los siglos implacables y quizá también el Gran Error del 38.

Por último, Weintraub había abordado el rechazo de todo sacrificio, rehusando toda relación con Dios que excluyera el respeto mutuo y un sincero intento de comprensión mutua. Escribía acerca de las múltiples muertes de Dios y la necesidad de una resurrección divina ahora que la humanidad había construido sus propios dioses y los había soltado en el universo.

Gladstone cruzó un grácil puente de piedra que se arqueaba sobre un arroyo que murmuraba en las sombras. Una luz tenue y amarilla bañaba las barandas de piedra tallada a mano. A cierta distancia un perro ladró y alguien lo hizo callar. Había luces encendidas en el tercer piso de un viejo edificio, una estructura de ladrillos con gabletes y tejas toscas que debía de ser anterior a la Hégira.

Gladstone pensó en Sol Weintraub, su esposa Sarai y su bella hija de veintiséis años que había regresado de un año de búsqueda arqueológica en Hyperion sin más hallazgo que la maldición del Alcaudón, el mal de Merlín. Imaginó a Sol y Sarai observando mientras la joven retrocedía hacia la infancia, transformándose en bebé. Y luego a Sol observando a solas, cuando Sarai murió en una estúpida colisión mientras visitaba a la hermana.

Rachel Weintraub, cuyo primero y último cumpleaños llegaría en menos de tres días estándar.

Gladstone asestó un puñetazo a la piedra, invocó su portal y se marchó a otra parte.

Era mediodía en Marte. Los barrios bajos de Tharsis habían sido pobres durante más de seis siglos. El cielo era rosado, el aire demasiado fino y frío para Gladstone a pesar de la capa, y había polvo por doquier. Recorrió las callejas de la ciudad de los refugiados, sin hallar una rendija que le permitiera ver nada más allá de las chabolas hacinadas o las goteantes torres de filtración.

Había pocas plantas. Los grandes bosques de forestación se habían talado para leña o se habían marchitado y ahora estaban cubiertos por dunas rojas. Sólo se veían cactos licoreros y líquenes-araña entre los senderos apisonados como piedra por veinte generaciones de pies descalzos.

Gladstone halló una roca baja y descansó, agachando la cabeza y masajeándose las rodillas. Grupos de niños, desnudos excepto por harapos y empalmes colgantes, la rodearon, mendigaron dinero y echaron a correr riendo de su silencio.

El sol estaba alto. Mons Olympus y la cruda belleza de la academia FUERZA, donde había estudiado Fedmahn Kassad, no se veían desde allí. Gladstone miró alrededor. De allí procedía aquel hombre orgulloso. Allí había correteado con pandillas juveniles antes de ser sentenciado al orden, la cordura y el honor de los militares.

Gladstone halló un lugar recóndito y atravesó el portal.

Bosquecillo de Dios estaba igual que siempre: el aroma de un billón de árboles, silencio excepto por el susurro de las hojas y el viento, colores tenues y claros. El ocaso alumbraba el literal techo del mundo, un océano de copas de árboles titilando en la brisa, reluciente de rocío y llovizna matinal. Desde una alta plataforma, por encima del mundo aún sumido en el sueño y la oscuridad, medio kilómetro más abajo, Gladstone aspiró la brisa impregnada con el olor de la lluvia y la vegetación húmeda.

Un templario se acercó, descubrió el destello del brazalete de acceso de Gladstone y se retiró, una figura alta cuya túnica se fundía con el laberinto de follaje y lianas.

Los templarios constituían una de las variables más díscolas del juego de Gladstone. El sacrificio de la nave arbórea *Yggdrasill* era insólito, inexplicable y alarmante. Entre todos sus aliados potenciales en la guerra inminente, ninguno era más necesario e inescrutable que los templarios. Dedicada a la vida y consagrada al Muir, la Hermandad del Árbol era una fuerza pequeña pero potente en la Red, un símbolo de la conciencia ecológica en una sociedad dedicada a la autodestrucción y el derroche, pero reacia a admitir su complacencia.

¿Dónde estaba Het Masteen? ¿Por qué había dejado el cubo de Möbius a los demás peregrinos?

Gladstone contempló el amanecer. El cielo se llenó de montgolfieras huérfanas, salvadas del exterminio de Remolino. Sus cuerpos multicolores ascendían al cielo como galeones portugueses. Radiantes espejines extendían las alas membranosas para recibir la luz del sol. Una bandada de cuervos remontó el vuelo, y sus graznidos dieron un áspero contrapunto a la brisa suave y el susurro de lluvia que venían desde el oeste. El tamborileo de las gotas sobre las hojas le evocó su hogar en los deltas de Patawpha, el Monzón del Día Centésimo, cuando ella y sus hermanos se internaban en los marjales buscando sapos alígeros, béndits y culebras de musgo para llevarlos a la escuela en una jarra.

Gladstone comprendió por milésima vez que aún había tiempo para detener el proceso. La guerra total aún no era inevitable. Los éxters no habían contraatacado de una manera que la Hegemonía no pudiera ignorar. El Alcaudón aún no estaba libre. Todavía no.

Para salvar cien mil millones de vidas sólo tenía que regresar a la sala del Senado, revelar tres décadas de engaño y duplicidad, confesar sus temores e incertidumbres…

No. Seguiría los planes hasta que todo superara la planificación. Hacia lo imprevisto. Hacia las aguas turbulentas del caos donde incluso los analistas del TecnoNúcleo, quienes lo veían todo, estarían ciegos.

Gladstone recorrió las plataformas, torres, rampas y puentes oscilantes de la ciudad arbórea templaria. Arborícolas de una veintena de mundos y chimpancés ARNizados fruncieron el ceño y huyeron, meciéndose grácilmente en las frágiles lianas a trescientos metros del suelo del bosque. Desde zonas cerradas al turismo y a los visitantes privilegiados, Gladstone aspiró el aroma del incienso y oyó claramente los cánticos de la ceremonia templaria del amanecer, similares a cantos gregorianos. La luz y el movimiento ya animaban los niveles inferiores. Los breves chaparrones habían pasado y Gladstone regresó a los niveles superiores, disfrutando del paisaje, cruzando un puente colgante de madera de sesenta metros que conectaba su árbol con uno mayor, donde estaban amarrados media docena de grandes globos de aire caliente —el único transporte aéreo que los templarios permitían en Bosquecillo de Dios—, al parecer impacientes por echar a volar. Las barquillas de pasajeros oscilaban como huevos pesados y pardos, y la tintura de los globos imitaba seres vivos: montgolfieras, mariposas monarca, halcones, radiantes espejines, extintos zeplen, calamares del cielo, mariposas lunares, águilas —tan reverenciadas en la leyenda que nunca las habían clonado ni ARNizado— y otras.

Todo esto podría desaparecer si continúo. Será destruido.

Gladstone se detuvo al borde de una plataforma circular y cogió una baranda con tal fuerza que las manchas de la mano resaltaron contra la piel repentinamente pálida. Evocó viejos libros que había leído, anteriores a la Hégira y al vuelo espacial, acerca de gentes de naciones embrionarias del continente europeo que transportaban a gentes más oscuras —africanos—, arrancándolas de sus hogares para condenarlas a una vida de esclavitud en el Occidente colonialista. ¿Acaso esos esclavos, encadenados y engrillados, desnudos y acurrucados en el fétido vientre de una nave de transporte, habrían titubeado en rebelarse, en arrastrar consigo a sus captores, aunque ello significara destruir la belleza de aquella nave… de la misma Europa?

Pero siempre podían regresar a África.

Meina Gladstone soltó un gruñido que era un sollozo. Dio la espalda al glorioso amanecer, a los cánticos que saludaban el nuevo día, al ascenso de los globos —vivientes y artificiales— hacia el cielo recién nacido, y descendió a la relativa oscuridad para invocar su teleyector.

No podía ir al lugar de donde procedía el último peregrino, Martin Silenus. Silenus tenía sólo un siglo y medio. Estaba amoratado por los tratamientos Poulsen y sus células recordaban la gelidez de largas fugas criogénicas y almacenajes aún más fríos, pero su vida abarcaba más de cuatro siglos. Había nacido en Vieja Tierra durante los últimos días de aquel mundo, su madre pertenecía a una familia de rancio abolengo y su juventud fue una mezcla de decadencia y elegancia, belleza impregnada con el aroma del deterioro. Mientras su madre permanecía en Vieja Tierra, lo había enviado al espacio para que saldara las deudas familiares, aunque ello significara —como en efecto significó— años de servidumbre abyecta en uno de los mundos más retrasados e infernales de la Red.

Gladstone no podía ir a Vieja Tierra, así que fue a Puertas del Cielo.

Ciudad Lodazal era la capital, y Gladstone recorrió las calles adoquinadas admirando las viejas casonas que asomaban sobre los estrechos canales de piedra que serpeaban en la ladera artificial como imágenes de una estampa de Escher. Árboles elegantes y grandes helechos coronaban las cimas, bordeaban las anchas y blancas avenidas, y se perdían de vista en las elegantes curvas de playas de arena blanca. La perezosa marea traía olas violáceas que se desintegraban en una veintena de colores antes de morir en las playas perfectas.

Gladstone se detuvo en un parque que daba al bulevar de Ciudad Lodazal, donde veintenas de parejas y elegantes turistas aspiraban el aire nocturno bajo las lámparas de gas y la sombra de las hojas, e imaginó cómo había sido Puertas del Cielo tres siglos antes, cuando

era un tosco mundo del Protectorado, aún no plenamente terraformado, y el joven Martin Silenus, que sufría aún la dislocación cultural, la pérdida de su fortuna y las lesiones cerebrales debidas al shock criogénico del largo viaje, trabajaba allí como esclavo.

La Estación de Generación Atmosférica brindaba entonces unos centenares de kilómetros cuadrados de aire respirable y una tierra donde apenas se podía vivir. Olas gigantescas arrasaban ciudades, proyectos de reclamación de tierras y obreros con igual indiferencia. Esclavos contratados como Silenus cavaban en los ácidos canales, arrancaban bacterias de los laberínticos conductos de respiración y exhumaban escoria y cadáveres de los lodazales después de las inundaciones.

Hemos realizado algunos progresos, pensó Gladstone, *a pesar de la inercia impuesta por el Núcleo. A pesar de la agonía de la ciencia. A pesar de nuestra fatal adicción a los juguetes que nos regalan nuestras propias creaciones*.

Estaba insatisfecha. Había anhelado visitar el hogar de cada uno de los peregrinos de Hyperion, por fútil que resultara este gesto. Puertas del Cielo era el lugar donde Martin Silenus había aprendido a escribir auténtica poesía mientras su mente temporalmente dañada permanecía ajena al lenguaje, pero éste no era su hogar.

Gladstone ignoró la grata música del concierto del bulevar, ignoró los VEM de pasajeros que surcaban el cielo como aves migratorias, ignoró el aire agradable y la luz tenue. Invocó el portal y le ordenó que la teleyectase a la luna de la Tierra. La Luna.

En vez de activar la traslación el comlog le advirtió que ese viaje entrañaba peligro. Gladstone canceló la advertencia.

El microrremoto zumbó y su voz diminuta sugirió que no convenía que la Ejecutiva Máxima se trasladara a un sitio tan inestable. Gladstone lo silenció.

El portal mismo objetó la elección hasta que Gladstone usó su tarjeta universal para programarlo manualmente.

El borroso portal se recortó en el aire y Gladstone lo atravesó.

El único lugar todavía habitable de la luna de Vieja Tierra era la zona montañosa y la planicie destinada a la Ceremonia de Masada de FUERZA. Allí salió Gladstone. Los palcos y avenidas estaban desiertos. Campos de contención clase diez difuminaban las estrellas y las distantes laderas, pero la calefacción interna de terribles mareas de gravedad había derretido las lejanas montañas y las había convertido en nuevos mares de roca.

Recorrió una planicie de arena mientras sentía la ligera gravedad como una invitación a volar. Se imaginó siendo uno de los globos templarios, amarrada pero ansiosa de alejarse. Contuvo el impulso de saltar, de avanzar a brincos, pero su avance era ligero y el polvo volaba alrededor.

El aire era muy tenue bajo la cúpula del campo de contención, y Gladstone tiritó a pesar de la calefacción de la capa. Permaneció un largo instante en el centro de la desnuda llanura y trató de imaginar sólo la Luna, el primer paso de la humanidad en su larga zancada para abandonar la cuna. Pero los palcos y cobertizos de FUERZA la distraían, impidiéndole imaginar, y al final alzó los ojos para contemplar aquello por lo que había ido.

Vieja Tierra colgaba en el cielo negro. Pero no Vieja Tierra, desde luego, sólo el palpitante disco creciente y la nube globular de desechos que otrora habían sido Vieja Tierra. Era muy brillante, mucho más que cualquier astro visto desde Patawpha aun en las noches más diáfanas, pero ese brillo resultaba extrañamente siniestro y arrojaba una luz mórbida en el campo gris.

Gladstone observó. Nunca había estado allí, se había obligado a no ir, y ahora ansiaba desesperadamente *sentir* algo, *oír* algo, una voz de advertencia o inspiración o quizá de mera conmiseración.

No oyó nada.

Permaneció allí unos minutos, sin pensar, sintiendo el frío en las orejas y la nariz. Luego decidió partir. Ya casi amanecería en TC^2.

Gladstone había activado el portal y echaba una última ojeada cuando otro teleyector portátil cobró vida a menos de diez metros. Gladstone titubeó. No había cinco seres humanos de la Red que tuvieran acceso individual a la luna terrícola.

El microrremoto descendió para revolotear entre ella y la figura que salía del portal.

Leigh Hunt emergió, miró alrededor, tiritó de frío y avanzó deprisa hacia ella. La voz era aflautada, casi infantil en el aire fino.

—Ejecutiva Máxima, debe usted regresar ahora mismo. Los éxters han logrado atravesar nuestras líneas en un contraataque apabullante.

Gladstone suspiró. Ése era el próximo paso.

—De acuerdo —asintió—. ¿Ha caído Hyperion? ¿Podemos evacuar nuestras fuerzas?

Hunt meneó la cabeza. Tenía los labios amoratados de frío.

—Usted no lo comprende —murmuró—. No es sólo Hyperion. Los éxters están atacando en varios puntos. *¡Están invadiendo la Red!*

Súbitamente aturdida y helada, más por la sorpresa que por el frío lunar, Meina Gladstone asintió, se arrebujó en la capa y regresó por el portal a un mundo que nunca más sería el mismo.

19

Se reunieron en la entrada del Valle de las Tumbas de Tiempo. Brawne Lamia y Martin Silenus cargaban con tantos bártulos como podían. Sol Weintraub, el cónsul y el padre Duré guardaban silencio como un tribunal de patriarcas. Las primeras sombras de la tarde se extendían hacia el este por el valle, rozando las relucientes Tumbas como dedos de oscuridad.

—Aún no sé si conviene separarse de este modo —manifestó el cónsul, frotándose la barbilla. Hacía mucho calor. El sudor se le acumulaba en la barba crecida y le goteaba por el cuello.

Lamia se encogió de hombros.

—Sabíamos que cada cual tendría que enfrentarse solo al Alcaudón. ¿Tiene importancia que nos separemos unas horas? Necesitamos la comida. Ustedes tres pueden venir, si lo desean.

El cónsul y Sol miraron al padre Duré, quien a todas luces estaba exhausto. La búsqueda de Kassad le había consumido las escasas energías que le restaban después de su ordalía.

—Alguien debería esperar aquí, por si regresa el coronel —dijo Sol. El bebé parecía muy pequeño en sus brazos.

Lamia asintió. Se puso las correas en los hombros y el cuello.

—De acuerdo. Tardaremos un par de horas en llegar a la Fortaleza. Un poco más en regresar. Calculemos una hora para reunir las provisiones. Estaremos aquí antes del anochecer. A la hora de la cena.

El cónsul y Duré dieron la mano a Silenus. Sol abrazó a Brawne.

—Cuídese —susurró.

Ella tocó la mejilla del hombre barbudo, apoyó la mano un segundo en la cabeza de la niña, dio media vuelta y echó a andar valle arriba con paso enérgico.

—¡Oiga, espéreme! —rezongó Martin Silenus, haciendo tintinear los cacharros mientras corría.

Salieron de la garganta que unía ambos riscos. Silenus miró hacia atrás y vio a tres hombres empequeñecidos por la distancia, meras manchas de color entre las rocas y dunas que rodeaban la Esfinge.

—No va a salir tal como planeamos, ¿eh? —comentó.

—No lo sé —dijo Lamia. Se había puesto pantalones cortos para la caminata, y los músculos de las piernas cortas y poderosas relucían bajo una pátina de sudor—. ¿Cómo lo planeamos?

—Mi plan era concluir el más grandioso poema del universo e irme a casa —respondió Silenus. Bebió un sorbo de la última botella de agua—. Demonios, ojalá hubiéramos traído más vino.

—Yo no tenía un plan —declaró Lamia, casi para sí misma. Los rizos cortos, empapados de transpiración, se le pegaban al ancho cuello.

Martin Silenus soltó una carcajada.

—Usted está aquí por ese amante cíborg…

—Cliente —replicó Lamia.

—Como sea. La persona Johnny Keats consideraba importante llegar aquí. Y ahora que usted lo ha arrastrado tan lejos… Aún tiene el bucle Schrön, ¿verdad?

Lamia se tocó distraídamente la diminuta conexión neural que tenía detrás de la oreja izquierda. Una delgada membrana de polímero osmótico impedía que el polvo y la arena penetraran en los pequeños enchufes.

—Sí.

Silenus rió de nuevo.

—¿De qué demonios sirve si no hay una esfera de datos para interactuar? Daría lo mismo haber dejado la persona Keats en Lusus o en cualquier otra parte. —El poeta se detuvo un momento para ajustarse las correas y mochilas—. Oiga, ¿usted tiene acceso a esa personalidad?

Lamia pensó en sus sueños de la noche anterior. La presencia que había en los sueños parecía Johnny, pero las imágenes eran de la Red. ¿Recuerdos?

—No —contestó—, no tengo acceso al bucle Schrön por mí misma. Lleva más datos de los que podrían manipular cien implantes simples. ¿Por qué no cierra el pico y camina? —Apuró el paso y lo dejó plantado allí.

El cielo verdoso y límpido insinuaba las honduras del lapislázuli. Adelante la extensión rocosa se extendía hasta los yermos, y éstos daban paso a las dunas. Los dos anduvieron en silencio media hora, separados por cinco metros y sus pensamientos. El sol de Hyperion, pequeño y brillante, colgaba a la derecha.

—Las dunas son más empinadas —observó Lamia mientras escalaban otra cresta y se deslizaban al otro lado. La superficie estaba caliente, y los zapatos ya se les llenaban de arena.

Silenus asintió, se detuvo y se enjugó la cara con un pañuelo de seda. La boina púrpura le colgaba sobre la frente y la oreja izquierda, pero no ofrecía protección.

—Sería más fácil seguir el terreno alto hacia el norte. Cerca de la ciudad muerta.

Brawne Lamia se protegió los ojos para mirar hacia allí.

—Perderíamos media hora yendo por ese camino.

—Perderemos más yendo por éste. —Silenus se sentó en la duna y bebió agua. Se arrancó la capa, la plegó y la guardó en la mochila más grande.

—¿Qué lleva ahí? —preguntó Lamia—. Esa mochila parece llena.

—Nada que le importe a usted, mujer.

Lamia meneó la cabeza, se frotó las mejillas y sintió la quemadura del sol. No estaba acostumbrada a tantos días a la luz del sol, y la atmósfera de Hyperion filtraba pocos rayos ultravioleta. Sacó crema protectora del bolsillo y se embadurnó la cara.

—De acuerdo —accedió—. Nos desviaremos hacia allá. Seguiremos la línea del risco hasta dejar atrás las dunas más difíciles y luego avanzaremos en línea recta hacia la fortaleza.

Las montañas colgaban en el horizonte y no parecían más próximas. Las cumbres nevadas brindaban la promesa de brisa

fresca y agua. El Valle de las Tumbas de Tiempo quedaba detrás de las dunas y las rocas.

Lamia se acomodó los bártulos, giró a la derecha y se deslizó duna abajo.

Cuando salieron de la arena para internarse en la aulaga y la hierba aguzada del risco, Martin Silenus no podía apartar los ojos de las ruinas de la Ciudad de los Poetas. Lamia había tomado a la izquierda, eludiendo todo excepto las piedras de las carreteras semienterradas que rodeaban la ciudad. Otras carreteras conducían a los yermos y se perdían detrás de las dunas.

Silenus se rezagó cada vez más, y al fin se detuvo y se sentó en una columna caída que otrora había sido un portal donde todas las noches pasaban los siervos androides después de trabajar en los campos. Esos campos ya no existían. De los acueductos, canales y carreteras sólo quedaban piedras caídas, depresiones en la arena o tocones castigados por la arena donde antaño los árboles daban sombra a un canal o un grato sendero.

Martin Silenus se enjugó la cara con la boina y contempló las ruinas. La ciudad aún era blanca. Blanca como las osamentas descubiertas por las cambiantes arenas, blanca como los dientes de un cráneo oscurecido por la tierra.

Silenus veía muchos de los edificios tal como los había visto hacía un siglo y medio. El Anfiteatro de los Poetas, inconcluso pero imponente, era un fantasmagórico coliseo romano cubierto de enredaderas del desierto y hiedra.

El gran atrio estaba abierto al cielo, las galerías destruidas no por el tiempo, sino por las sondas, lanzas y cargas explosivas de los atolondrados agentes de seguridad de Triste Rey Billy en las décadas posteriores a la evacuación. Iban a matar al Alcaudón. Iban a usar aparatos electrónicos y haces de luz coherente para matar a Grendel después de que el monstruo hubiera arrasado la sala de banquetes.

Martin Silenus rió y se inclinó hacia delante, de pronto mareado por el calor y el agotamiento.

Veía la gran cúpula de la Sala Común donde había comido, primero con centenares de artistas, luego en silencio con los pocos que se habían quedado, por razones inescrutables, cuando Billy se marchó a Keats, luego solo. Completamente solo. Una vez lanzó una copa y el eco retumbó medio minuto en la cúpula recubierta de hiedra.

Solo con los Morlocks, pensó Silenus. *Pero al final ni siquiera la compañía de los Morlocks. Sólo mi musa*.

Se oyó un aleteo brusco y una bandada de palomas blancas abandonó un nicho en el montón de torres rotas que había sido el palacio de Triste Rey Billy. Las palomas volaron en círculos en el cielo caliente, y Silenus se maravilló de que hubieran sobrevivido tantos años en el linde de ninguna parte.

Si yo pude, ¿por qué ellas no?

Había sombras en la ciudad, charcos de dulce sombra. Silenus se preguntó si los pozos aún tendrían agua: los grandes depósitos subterráneos, excavados antes de la llegada de las naves seminales humanas, aún llenos de preciosa agua. Se preguntó si su mesa de madera, una antigüedad de Vieja Tierra, aún estaría en la habitación donde había escrito buena parte de sus *Cantos*.

—¿Qué ocurre? —preguntó Brawne Lamia, quien había desandado camino para acercarse.

—Nada. —Martin Silenus la miró con ojos entornados. Aquella mujer parecía un árbol robusto, una masa de oscuras raíces-muslo, corteza curtida por el sol y energía detenida. Trató de imaginarla exhausta, y el esfuerzo lo fatigó—. Acabo de comprender que perdemos el tiempo al retroceder hasta la Fortaleza. Hay pozos de agua en la ciudad. Probablemente haya reservas de alimento.

—No —dijo Lamia—. El cónsul y yo pensamos en ello. Han saqueado la Ciudad Muerta durante generaciones. Los peregrinos del Alcaudón deben de haber agotado las reservas hace sesenta u ochenta años. Los pozos no son de fiar… la corriente subterránea ha

cambiado de rumbo y los depósitos están contaminados. Iremos a la Fortaleza.

Silenus se encolerizó ante el insufrible orgullo de aquella mujer, que daba por sentado que podía tomar el mando en cualquier situación.

—Iré a explorar —decidió—. Quizá nos ahorre horas de viaje.

Lamia se interpuso entre Silenus y el sol. Los bucles negros brillaban como la corona de un eclipse.

—No. Si perdemos tiempo aquí, no regresaremos antes del anochecer.

—Vaya usted, pues —replicó el poeta, sorprendido de sus palabras—. Yo estoy cansado. Iré a inspeccionar el depósito que hay detrás de la Sala Común. Quizá recuerde almacenes que los peregrinos nunca hallaron.

La mujer tensó el cuerpo pensando en arrastrarlo de nuevo a las dunas. Estaban apenas a un tercio del camino hasta los cerros donde comenzaba el largo ascenso a la escalera de la Fortaleza. Lamia relajó los músculos.

—Martin, los demás dependen de nosotros. Por favor, no lo eche a perder.

Él rió y se recostó contra la columna derrumbada.

—Al diablo con eso —masculló—. Estoy agotado. Usted sabe que transportará el noventa y cinco por ciento de las cosas, de todos modos. Soy viejo, mujer. Más viejo de lo que usted imagina. Déjeme descansar un rato. Tal vez encuentre comida. Tal vez escriba algo.

Lamia se agachó junto a él y palpó la mochila.

—Eso es lo que trae. Las páginas del poema. Los *Cantos*.

—Desde luego.

—¿Y todavía cree que la cercanía del Alcaudón le permitirá terminarlo?

Silenus se encogió de hombros, sintiendo el calor y el mareo.

—Esa cosa es una máquina de matar, un Grendel metálico forjado en el infierno —dijo—. Pero es mi musa.

Lamia suspiró, estudió el sol que descendía hacia las montañas, miró el camino que habían recorrido.

—Regrese —murmuró—. Al valle. —Titubeó un instante—. Iré con usted, luego regresaré.

Silenus sonrió con los labios cuarteados.

—¿Para qué regresar? ¿Para jugar a los bebés con los otros tres viejos hasta que nuestra bestia venga a arroparnos? No, gracias, prefiero quedarme aquí a trabajar. Continúe, mujer. Usted puede cargar más cosas que tres poetas. —Se deshizo de sus mochilas y botellas vacías y se las entregó.

Lamia cogió la maraña de correas con un puño corto y duro como la cabeza de un martillo de acero.

—¿Está seguro? Podemos caminar despacio.

Silenus se levantó, irritado ante la piedad y la condescendencia de Lamia.

—Váyase al demonio, mujer de Lusus. Por si se ha olvidado, el propósito de la peregrinación era saludar al Alcaudón. Su amigo Hoyt no lo olvidó. Kassad comprendía el juego. El puñetero Alcaudón tal vez esté masticando sus estúpidos huesos militares en este mismo instante. No me sorprendería que los tres que dejamos atrás ya no necesiten alimentos ni agua a estas alturas. Continúe. Lárguese de aquí. Estoy harto de su compañía.

Brawne Lamia permaneció en cuclillas un momento, observando al poeta. Luego se puso de pie, titubeó, le tocó el hombro un instante, recogió las mochilas y botellas y echó a andar a un paso más rápido del que Silenus habría podido seguir incluso en su juventud.

—Regresaré dentro de unas horas —anunció Lamia, sin volverse —. Quédese en este linde de la ciudad. —Regresaremos juntos a las Tumbas.

Martin Silenus guardó silencio mientras Lamia desaparecía en el tosco terreno del sudoeste. Las montañas titilaban en el calor. Silenus miró el suelo y vio que ella le había dejado la botella de

agua, escupió, cogió la botella y entró en la sombra expectante de la ciudad muerta.

20

Duré se había derrumbado mientras acababan con los dos últimos paquetes de raciones; Sol y el cónsul lo condujeron a la sombra por la ancha escalera de la Esfinge. El sacerdote tenía la cara tan blanca como el pelo. Intentó sonreír cuando Sol le acercó una botella de agua a los labios.

—Todos ustedes aceptan sin remilgos mi resurrección —comentó, enjugándose las comisuras de la boca con el dedo.

El cónsul se apoyó en la Esfinge de piedra.

—Vi los cruciformes de Hoyt. Los mismos que usted tiene ahora.

—Yo creo en la historia de él… la historia de usted —dijo Sol. Le pasó el agua al cónsul.

Duré se tocó la frente.

—He escuchado los discos del comlog. Las historias parecen increíbles, incluida la mía.

—¿Duda de alguna de ellas? —preguntó el cónsul.

—No. El desafío radica en darles sentido. Hallar el elemento común, el punto de relación.

Sol se llevó a Rachel al pecho y la acunó suavemente.

—¿Tiene que haber una relación? ¿Aparte del Alcaudón?

—Oh, sí —dijo Duré. Estaba recobrando el color de las mejillas—. Esta peregrinación no ha sido una casualidad. Y la selección no fue de ustedes.

—Diversos elementos opinaron acerca de quiénes debían venir a esta peregrinación —explicó el cónsul—. El Grupo Asesor IA, el Senado de la Hegemonía, incluso la Iglesia del Alcaudón.

Duré meneó la cabeza.

—Sí, pero había una sola inteligencia rectora detrás de esta selección, amigos míos.

Sol se le acercó.

—¿Dios?

—Quizá —sonrió Duré—, pero yo estaba pensando en el Núcleo… las inteligencias artificiales que se han comportado tan misteriosamente durante estos acontecimientos.

El bebé gimió suavemente. Sol halló un chupete y sintonizó el comlog al ritmo de las palpitaciones cardíacas. La niña agitó los puños y se relajó contra el hombro del profesor.

—La historia de Brawne sugiere que esos elementos del Núcleo intentan desestabilizar el status quo… conceder a la humanidad una oportunidad de sobrevivir mientras continúan con su proyecto Inteligencia Máxima.

El cónsul señaló el cielo sin nubes.

—Todo lo sucedido, esta peregrinación, incluso la guerra, ha sido el resultado de la política interna del Núcleo.

—¿Y qué sabemos del Núcleo? —preguntó Duré.

—Nada —replicó el cónsul, quien lanzó un guijarro hacia la izquierda de la escalera de la Esfinge—. En definitiva, no sabemos nada.

Duré se sentó, masajeándose la cara con un paño húmedo.

—No obstante, la meta que persigue es curiosamente similar a la nuestra.

—¿Cuál es? —preguntó Sol, acunando a la niña.

—Conocer a Dios —dijo el sacerdote—. Y si esto es imposible, crearlo. —Contempló el largo valle. Las sombras se alejaban de las paredes del sudoeste y rozaban las Tumbas, comenzando a envolverlas—. Yo contribuí a promover esa idea dentro de la Iglesia…

—Leí sus tratados acerca de san Teilhard —dijo Sol—. Usted realizó una brillante defensa de la necesidad de evolucionar hacia el Punto Omega, la Divinidad, sin caer en la herejía sociniana.

—¿La qué? —preguntó el cónsul.

El padre Duré sonrió.

—Socino fue un hereje italiano del siglo dieciséis de la era cristiana. Su creencia, por la cual lo excomulgaron, era que Dios es un ser limitado, capaz de crecer y aprender a medida que el mundo,

el universo, se vuelve más complejo. Pero sí caí en la herejía sociniana, Sol. Ése fue mi primer pecado.

Sol le sostuvo la mirada.

—¿Y su último pecado?

—¿Además de la soberbia? —preguntó Duré—. Mi mayor pecado fue falsificar datos de una excavación de siete años en Armaghast. Era un intento de establecer una relación entre los extinguidos archiarquitectos de allá y una forma de protocristianismo. No existía tal conexión. Yo manipulé los datos. Irónicamente, mi mayor pecado, al menos a ojos de la Iglesia, fue contravenir el método científico. En sus días finales, la Iglesia puede aceptar la herejía teológica pero no soporta que alguien viole el protocolo de la ciencia.

—¿Armaghast era así? —preguntó Sol, abarcando con un ademán el valle, las Tumbas y el acechante desierto.

Duré miró en torno, y los ojos le relucieron un instante.

—El polvo, la piedra y la sensación de muerte, sí. Pero este lugar es infinitamente más amenazador. Hay aquí algo que aún no ha sucumbido a la muerte, cuando debería haberlo hecho.

El cónsul rió.

—Esperemos entrar en esa categoría. Arrastraré el comlog a ese collado para tratar nuevamente de comunicarme con la nave.

—Yo también iré —anunció Sol.

—Y yo —intervino el padre Duré, quien se levantó, trastabilló un instante y rechazó la mano de Weintraub.

La nave no respondió a las llamadas. Sin la nave, no había ultralínea con los éxters, la Red ni ninguna otra parte fuera de Hyperion. Las bandas normales de comunicación no funcionaban.

—¿Habrán destruido la nave? —preguntó Sol al cónsul.

—No. Recibe el mensaje pero no responde. Gladstone aún tiene la nave en cuarentena.

Sol miró los yermos donde las montañas titilaban en el calor. Varios kilómetros más cerca, las escabrosas ruinas de la Ciudad de

los Poetas se recortaban contra el horizonte.

—Qué más da —dijo—. Ya tenemos un *deus ex machina* de más.

Paul Duré se echó a reír con franqueza, pero se contuvo cuando sufrió un ataque de tos y tuvo que beber un sorbo de agua.

—¿De qué se trata? —preguntó el cónsul.

—El *deus ex machina*. La relación de que hablábamos antes. Sospecho que ésta es precisamente la razón por la cual estamos aquí. El pobre Lenar con su *deus* en la *machina* del cruciforme. Brawne con su poeta resucitado, atrapado en un bucle de Schrön, buscando la *machina* que la libere de su *deus* personal. Usted, Sol, esperando al oscuro *deus* que resolverá el terrible problema de su hija. El Núcleo, generado por una *machina*, procurando construir su propio *deus*.

El cónsul se ajustó las gafas.

—¿Y usted, padre?

Duré meneó la cabeza.

—Espero a que la mayor *machina* de todas produzca su *deus* el universo. En gran medida, mi exaltación de san Teilhard nació del simple hecho de que yo no hallaba indicios de un Creador viviente en el mundo actual. Como las inteligencias del TecnoNúcleo, procuro construir lo que no hallo en otra parte.

Sol escrutó el cielo.

—¿Qué *deus* buscan los éxters?

El cónsul respondió:

—La obsesión que tienen con Hyperion es real. Creen que ésta será la cuna de una nueva esperanza para la humanidad.

—Será mejor que regresemos allá —observó el profesor, protegiendo a Rachel del sol—. Brawne y Martin regresarán antes de la cena.

Pero no regresaron antes de la cena. Tampoco regresaron para el ocaso. A cada hora, el cónsul caminaba hasta la entrada del valle, trepaba a una roca y escudriñaba las dunas y las rocas. No había nadie. El cónsul lamentó que Kassad no hubiera dejado un par de sus binoculares de potencia.

Incluso antes que el anochecer oscureciera el cielo, los estallidos de luz en el cenit anunciaron que la batalla continuaba en el espacio. Los tres hombres se sentaron en el escalón más alto de la Esfinge y observaron el espectáculo de luces, lentas explosiones blancas, capullos rojos y opacos, estrías verdes y anaranjadas que dejaban ecos en la retina.

—¿Quién estará ganando? —se preguntó Sol.

El cónsul no volvió la cabeza.

—No tiene importancia. ¿Podremos dormir en otra parte esta noche? ¿Aguardar en alguna de las demás Tumbas?

—No puedo abandonar la Esfinge —dijo Sol—. Pero ustedes pueden irse.

Duré tocó la mejilla del bebé. Estaba succionando el chupete, moviendo la mejilla.

—¿Qué edad tiene ahora, Sol?

—Dos días. Casi exactamente. Habría nacido quince minutos después del ocaso en esta latitud, hora de Hyperion.

—Iré a mirar por última vez —anunció el cónsul—. Luego tendremos que encender una fogata o algo para ayudarlos a orientarse.

El cónsul había bajado media escalera cuando Sol se levantó y señaló. No hacia la reluciente entrada del valle, sino en dirección contraria, hacia las sombras.

El cónsul se detuvo y los otros dos se reunieron con él. El cónsul extrajo el paralizador neural que Kassad le había dado días antes. En ausencia de Lamia y Kassad, era la única arma que tenían.

—¿Ve usted? —susurró Sol.

La figura se movía en la oscuridad, más allá del fulgor tenue de la Tumba de Jade. No parecía tan grande ni tan veloz como el Alcaudón; su andar era lento y vacilante.

El padre Duré miró en dirección contraria, hacia la entrada del valle.

—¿Es posible que Martin Silenus haya entrado en el valle desde esa dirección?

—No, a menos que haya saltado de los riscos —susurró el cónsul —. O se desviara ocho kilómetros hacia el nordeste. Además, es demasiado alto para ser Silenus.

La figura se detuvo, zigzagueó, se desplomó. A cien metros de distancia, parecía otra roca en el valle.

—Vamos —indicó el cónsul.

No corrieron. El cónsul encabezó la marcha por la escalera, el paralizador en la mano y sintonizado en veinte metros, aunque sabía que el efecto neural sería mínimo a esa distancia. El padre Duré lo seguía, sosteniendo a la niña mientras Sol buscaba una piedra.

—¿David y Goliat? —preguntó Duré cuando Sol puso un guijarro en una honda de fibroplástico que había construido durante la tarde con las correas.

La cara bronceada del profesor cobró un tinte más oscuro.

—Algo parecido. Déme, llevaré a Rachel.

—Me gusta llevarla. Y si hay que luchar, convendrá que ustedes dos tengan las manos libres.

Sol asintió y apresuró el paso para alcanzar al cónsul, dejando atrás al sacerdote y la niña.

A quince metros resultó evidente que la figura caída era un hombre, un hombre muy alto que llevaba una túnica tosca y yacía de bruces en el suelo.

—Quédense aquí —ordenó el cónsul al tiempo que echaba a correr. Giró el cuerpo, se guardó el arma en el bolsillo y desprendió una botella de agua del cinturón.

Sol trotó hacia ambos y el agotamiento le pareció una especie de vértigo agradable. Duré lo siguió más despacio.

Cuando el sacerdote llegó a la aureola de luz de la linterna del cónsul, vio que la capucha del hombre caído revelaba una cara asiática, larga y distorsionada por el fulgor de la Tumba de Jade.

—Es un templario —señaló Duré, asombrado de hallar allí a un seguidor del Muir.

—Es la Verdadera Voz del Árbol —dijo el cónsul—. El primero de nuestros peregrinos desaparecidos: Het Masteen.

21

Martin Silenus había trabajado toda la tarde en su poema épico, y sólo la muerte de la luz le impuso una pausa en sus esfuerzos.

Había encontrado su viejo estudio saqueado. La antigua mesa no estaba. El palacio de Triste Rey Billy, el edificio más afrentado por el tiempo, tenía todas las ventanas rotas. Pequeñas dunas ondulaban sobre alfombras descoloridas que otrora habían valido fortunas, y entre las piedras tumbadas vivían ratas y pequeñas anguilas de roca. Las torres albergaban palomas y aves de cetrería que habían vuelto al estado salvaje. Por último el poeta había regresado a la Sala Común, a sentarse en una mesita bajo la gran cúpula geodésica del comedor para escribir.

El polvo y los escombros cubrían los suelos de cerámica, y el color escarlata de la enredadera del desierto oscurecía los paneles rotos, pero Silenus olvidó esas irrelevancias para trabajar en los *Cantos*.

El poema trataba de la muerte y el desplazamiento de los Titanes por obra de sus vástagos, los dioses helénicos. Trataba de la olímpica lucha que estalló cuando los Titanes se resistieron: el hervor de grandes mares mientras Océano luchaba con el usurpador Neptuno, la extinción de los soles mientras Hyperion luchaba con Apolo por el control de la luz, y el temblor del universo mismo cuando Saturno luchó con Júpiter por el trono de los dioses. No se trataba del mero ocaso de un conjunto de deidades que serían sustituidas por otras, sino del final de una edad áurea y el comienzo de tiempos tenebrosos que significaban la condenación para todos los mortales.

Los *Cantos de Hyperion* no ocultaban las múltiples identidades de estos dioses: resultaba fácil comprender que los Titanes eran los héroes de la breve historia de la humanidad en la galaxia, que los usurpadores olímpicos eran las IAs del TecnoNúcleo, y que el campo

de batalla se extendía por los continentes, océanos y rutas aéreas de todos los mundos de la Red. En medio de todo ello, el monstruo Dis, hijo de Saturno pero ansioso de heredar el reino con Júpiter, acechaba a sus presas, segando a dioses y mortales.

Los *Cantos* también trataban de la relación entre criaturas y creadores, el amor entre padre e hijos, artistas y obras de arte, todos los creadores y sus creaciones. El poema celebraba el amor y la lealtad pero rayaba en el nihilismo, con su insistencia en la corrupción a través del ansia de poder, la ambición humana y la soberbia intelectual.

Martin Silenus había trabajado en los *Cantos* a lo largo de más de dos siglos estándar. Había realizado su mejor labor en ese entorno: la ciudad abandonada, los vientos del desierto que gemían como un coro griego, la constante amenaza de una súbita interrupción por parte del Alcaudón. Al marcharse para salvar la vida, Silenus había abandonado a su musa y había condenado su pluma al silencio. Al reanudar el trabajo, al seguir aquella senda segura, aquel circuito perfecto que sólo ha experimentado el escritor inspirado, Martin Silenus recobraba la vitalidad. Las venas se le ensanchaban, los pulmones se le dilataban. Saboreaba la rica luz y el aire puro sin darse cuenta, disfrutando de cada trazo de la antigua pluma en el pergamino. Las páginas se apilaban en un enorme fajo en la mesa circular, los trozos de mampostería rota servían como pisapapeles, la historia fluía de nuevo en libertad, la inmortalidad asomaba en cada estrofa, cada verso.

Silenus había llegado a la parte más difícil y apasionante del poema, las escenas donde el conflicto ha asolado mil paisajes, civilizaciones enteras han sido arrasadas, y los representantes de los Titanes piden una tregua para negociar con los solemnes héroes olímpicos. En este ancho paisaje de la imaginación ambulaban Saturno, Hyperion, Coto, Japeto, Océano Bríareo, Mimo, Porfirión, Encélado, Reto y otros, las titánicas Tetis, Febe, Teia y Clímene, y frente a ellos los adustos semblantes de Júpiter, Apolo y su progenie.

Silenus ignoraba el desenlace de este poema épico. Seguía viviendo sólo para terminar la narración, lo había hecho durante décadas. Los sueños de su juventud acerca de la fama y la riqueza que conquistaría al someterse a la Palabra se habían esfumado. Había ganado inconmensurable fama y riqueza y eso lo había matado, había matado su arte. Aunque sabía que los *Cantos* eran la mejor obra literaria de su época, sólo deseaba terminarlos, averiguar el desenlace, imprimir a cada estrofa, cada verso, cada *palabra*, la forma más perfecta, diáfana y bella.

Ahora escribía febrilmente, impulsado por el deseo de acabar lo que por mucho tiempo había considerado interminable. Las palabras y frases volaban de la antigua pluma al antiguo papel; las estrofas cobraban vida espontáneamente, los cantos hallaban su propia voz y se redondeaban sin necesidad de revisión, sin tregua para la inspiración. El poema se desplegaba con asombrosa celeridad, con sorprendentes revelaciones, con sobrecogedora belleza en palabra e imagen.

Bajo la bandera de tregua, Saturno y el usurpador Júpiter se enfrentaban ante una losa de mármol. El diálogo era épico pero sencillo, los razonamientos y la justificación de la guerra daban pie al mejor debate desde el *Diálogo de Melos* de Tucídides. De pronto, algo nuevo —algo totalmente imprevisto para Martin Silenus, que tantas horas había reflexionado sin su musa— entró en el poema. Ambos reyes de los dioses manifestaron temor ante el tercer usurpador, una temible fuerza externa que amenazaba la estabilidad de ambos reinos. Silenus observó atónito que los personajes creados en miles de horas de esfuerzo desafiaban la voluntad del poeta y se estrechaban la mano sobre la losa de mármol, pactando una alianza contra…

¿Contra qué?

El poeta hizo una pausa, la pluma se detuvo, y Silenus comprendió que apenas veía la página. Hacía rato que escribía en la penumbra, y ahora había anochecido por completo.

Silenus permitió que el mundo lo invadiera de nuevo, en ese retorno a los sentidos tan similar al momento que sigue al orgasmo. Pero el descenso del escritor al mundo era más doloroso, y las nubes de gloria pronto se esfumaban en el flujo mundano de las trivialidades sensoriales.

Silenus miró alrededor. El gran comedor estaba a oscuras, excepto por el espasmódico fulgor de la luz estelar y las explosiones distantes que atravesaban los paneles y la hiedra. Las mesas que lo rodeaban eran sombras: las paredes, en treinta metros a la redonda, sombras más oscuras atravesadas por la agrietada oscuridad de las trepadoras del desierto. Fuera del comedor el viento arreciaba con voces más audibles, solos de contralto y soprano en las fisuras de las vigas carcomidas y las rendijas de la cúpula.

El poeta suspiró. No tenía linterna. Sólo había traído el agua y los *Cantos*. El estómago se le revolvía de hambre. *¿Dónde estaba la puñetera Brawne Lamia?* Pero pronto comprendió que le alegraba que la mujer no hubiera regresado a buscarlo. Necesitaba soledad para completar el poema… A este ritmo, sólo tardaría un día, tal vez esa noche. En pocas horas habría concluido la obra de su vida, y estaría preparado para descansar y apreciar las cosas cotidianas, las trivialidades de la vida que durante décadas habían sido sólo una interrupción del poema que no podía terminar.

Martin Silenus suspiró de nuevo y comenzó a guardar páginas en la mochila. Ya encontraría una luz en alguna parte. Encendería una fogata aunque tuviera que usar los antiguos tapices de Triste Rey Billy para alimentarla. Escribiría en el exterior, a la luz de la batalla espacial, si era preciso.

Silenus cogió las últimas páginas y la pluma y enfiló hacia la salida.

Algo se erguía en la oscuridad de la sala.

Lamia, pensó Silenus, desgarrado entre el alivio y la decepción.

Pero no era Brawne Lamia. Silenus reparó en la distorsión, la mole de arriba y las largas piernas, el juego de la luz estelar sobre el

caparazón y las espinas, la sombra de brazos bajo brazos, el fulgor de rubí de un cristal infernal.

Silenus gruñó y se sentó.

—¡Ahora no! —exclamó—. ¡Lárgate, malditos sean tus ojos!

La alta sombra se acercó con pasos silenciosos sobre la fría cerámica. El cielo onduló con una energía sanguinolenta, y el poeta vio las espinas, los rebordes acerados.

—¡No! —exclamó Martin Silenus—. Me niego. Déjame en paz.

El Alcaudón se acercó más. La mano de Silenus tembló, cogió la pluma, y escribió en el margen inferior de la última página: AHORA, MARTIN.

Silenus miró lo que había escrito, ahogando el impulso de reír como un demente. Por lo que sabía, el Alcaudón nunca había hablado, nunca se había comunicado con nadie salvo mediante el dolor y la muerte.

—¡No! —gritó de nuevo—. Tengo trabajo que hacer. ¡Llévate a otro, maldito seas!

El Alcaudón avanzó otro paso. El cielo palpitaba con silenciosas explosiones de plasma bañando el pecho y los brazos de la criatura con reflejos amarillos y rojos, líquidos como pintura derramada. La mano de Silenus tembló, escribió encima del mensaje anterior: AHORA ES EL MOMENTO, MARTIN.

Silenus abrazó el manuscrito y recogió las últimas páginas de la mesa para no escribir más. Mostró los dientes en un rictus mientras gruñía a la aparición.

ESTABAS DISPUESTO A CAMBIAR DE SITIO CON TU MECENAS, escribió su mano sobre la mesa.

—¡Ahora no! —gritó el poeta—. ¡Billy está muerto! Tan sólo déjame terminar. ¡Por favor! —En su larguísima vida, Silenus jamás había suplicado. Ahora lo hacía—. Por favor, déjame terminar.

El Alcaudón avanzó otro paso. Estaba tan cerca que su torso deforme ocultaba la luz de las estrellas y arrojaba una sombra sobre el poeta.

NO, escribió la mano de Martin Silenus, y la pluma cayó cuando el Alcaudón extendió los brazos infinitamente largos y los dedos infinitamente afilados perforaron los brazos del poeta hasta la médula. Martin Silenus lanzó un alarido mientras lo arrastraban bajo la cúpula. Gritó al ver las dunas, al oír el susurro de la arena, hasta que descubrió el árbol que se elevaba en el valle.

El árbol era más vasto que el valle, más alto que las montañas que habían cruzado los peregrinos; las ramas superiores parecían llegar al espacio. Era de acero y cromo, sus ramas eran espinas y ortigas. Seres humanos forcejeaban y se bamboleaban en esas espinas, miles, decenas de miles. En la rojiza luz del cielo moribundo, Silenus se sobrepuso al dolor y comprendió que reconocía algunas de aquellas formas. Eran cuerpos, no almas ni abstracciones, y evidentemente sufrían los suplicios de los vivientes arrasados por el dolor.

ES NECESARIO, escribió su mano en el frío pecho del Alcaudón. La sangre goteó sobre el mercurio y la arena.

—¡No! —exclamó el poeta. Golpeó los puños contra los rebordes afilados. Se debatió, luchó y se retorció mientras la criatura lo estrechaba, perforándolo con sus espadas como si ensartara una mariposa, un espécimen. Lo que enloquecía a Silenus no era el increíble dolor, sino la sensación de pérdida irremediable. Casi había terminado. *¡Casi lo había terminado!*

—¡No! —gritó Martin Silenus, forcejeando, lanzando al aire un chorro de sangre y procacidades. El Alcaudón lo llevó hacia el árbol.

En la ciudad muerta, los gritos resonaron otro minuto y se alejaron poco a poco. Luego se hizo un silencio sólo interrumpido por las palomas que regresaban al nido, posándose en las cúpulas y torres derruidas con un susurrante aleteo.

Sopló el viento, agitando los paneles de Perspex y la mampostería, arrastrando hojas quebradizas por fuentes secas, penetrando en los paneles rotos de la cúpula y arremolinando hojas manuscritas. Algunas páginas escaparon para arrastrarse por los patios silenciosos, las aceras vacías, los acueductos derrumbados.

El viento se calmó al cabo de un rato y luego todo permaneció inmóvil en la Ciudad de los Poetas.

22

La caminata de cuatro horas se transformó en una pesadilla de diez horas para Brawne Lamia. Primero fue el desvío hacia la ciudad muerta y la difícil decisión de dejar a Silenus. No quería que el poeta se quedara solo, pero tampoco quería obligarlo a continuar ni perder tiempo regresando a las Tumbas. El desvío por el risco le supuso un retraso de una hora.

El cruce de las últimas dunas y los yermos rocosos resultó agotador y aburrido. Cuando llegó a los cerros, atardecía y la Fortaleza estaba en sombras.

Había sido fácil bajar los seiscientos sesenta y un escalones de piedra de la Fortaleza cuarenta horas antes. El ascenso, en cambio, puso a prueba incluso sus músculos lusianos. Mientras subía, el aire se volvía más fresco y la vista más espectacular. A cuatrocientos metros de los cerros, dejó de sudar y vio de nuevo el Valle de las Tumbas de Tiempo. Desde ese ángulo sólo se distinguía la punta del Monolito de Cristal, y apenas como una pulsación irregular. Lamia se detuvo una vez para cerciorarse de que no fuera un mensaje, pero el parpadeo era espasmódico, un reflejo de luz en un panel roto.

Antes de los últimos cien escalones, Lamia activó el comlog. Los canales de comunicación emitían el farfulleo habitual, quizá distorsionados por las mareas de tiempo, que perturbaban todas las comunicaciones electromagnéticas salvo las más próximas. Un láser de comunicaciones habría funcionado, como en el relé del antiguo comlog del cónsul, pero aparte de ese aparato no tenían láseres de comunicaciones después de la desaparición de Kassad. Lamia se encogió de hombros y subió el último tramo.

Los androides de Triste Rey Billy habían construido la Fortaleza de Cronos, que jamás había sido una fortaleza sino que estaba destinada a funcionar como lugar de recreo, hotel y refugio estival para artistas. Después de la evacuación de la Ciudad de los Poetas,

el lugar había permanecido vacío durante más de un siglo, y sólo recibía la visita de los aventureros más temerarios.

Con la desaparición gradual de la amenaza del Alcaudón, los turistas y peregrinos habían empezado a utilizar el lugar, y al final la Iglesia del Alcaudón lo inauguró de nuevo como una escala necesaria en la peregrinación anual. Se rumoreaba que algunas habitaciones, talladas en las honduras de la montaña o en los torreones más inaccesibles, eran el escenario de rituales arcanos y complejos sacrificios consagrados a aquella criatura que sus adoradores llamaban el Avatar.

Con la inminente apertura de las Tumbas, las campantes irregularidades de las mareas de tiempo y la evacuación de las zonas septentrionales, la Fortaleza de Cronos había vuelto a callar y aún guardaba silencio cuando regresó Brawne Lamia.

La luz del sol todavía bañaba el desierto y la ciudad muerta, pero la Fortaleza estaba sumida en el crepúsculo cuando Lamia llegó a la terraza inferior, descansó un instante, cogió su linterna y entró en el laberinto. Los pasillos estaban a oscuras. Durante su estancia, dos días antes, Kassad había descubierto que todas las fuentes de energía estaban inservibles: conversores solares destruidos, células de fusión trituradas, baterías de respaldo rotas y desparramadas en los sótanos. Lamia había pensado en ello varias veces mientras subía los seiscientos sesenta y un escalones, observando con furia las barquillas del ascensor, congeladas en sus oxidados rieles verticales.

Las salas más grandes, destinadas a banquetes y reuniones, aún mostraban restos de celebraciones abandonadas y señales de pánico. No había cadáveres, pero las estrías pardas en las paredes de piedra y los tapices sugerían una orgía de violencia desencadenada pocas semanas atrás.

Lamia ignoró el caos, ignoró a los heraldos —grandes pájaros negros con rostro obscenamente humano— que echaban a volar desde el comedor central e ignoró su propia fatiga mientras ascendía hasta el depósito donde habían acampado. Las escaleras se estrechaban inexplicablemente, la luz pálida arrojaba tonos mórbidos

por los vitrales. A través de ventanas rotas o ausentes, las gárgolas atisbaban como congeladas en el acto de entrar.

Un viento frío soplaba desde las cumbres nevadas de la Cordillera de la Brida y hacían tiritar a la bronceada Lamia.

Las mochilas y demás pertenencias estaban donde las habían dejado, en el pequeño depósito encima de la cámara central. Lamia se cercioró de que algunas cajas contuvieran alimentos no perecederos y salió al pequeño balcón donde Lenar Hoyt había tocado la balalaika hacía tan pocas horas… toda una eternidad.

Las sombras de los altos picos se extendían kilómetros sobre la arena, casi hasta la ciudad muerta. El Valle de las Tumbas de Tiempo y el caótico páramo aún languidecían bajo la luz mortecina, y las piedras y formaciones rocosas proyectaban sombras confusas. Lamia no distinguía las Tumbas, a pesar de que el Monolito aún emitía algún centelleo.

De nuevo activó el comlog, maldijo al recibir sólo estática y una algarabía de fondo y regresó al interior para escoger y empaquetar las provisiones.

Cogió cuatro mochilas de elementos básicos envueltos en flujoespuma y fibroplástico moldeado. Había agua en la Fortaleza —los bebederos que aprovechaban la nieve derretida constituían una tecnología que no sufría fallos mecánicos— y Lamia llenó todas las botellas que había traído y buscó más. El agua era lo más necesario. Maldijo a Silenus por no haber venido; el viejo podía haber cargado por lo menos media docena de botellas.

Se disponía a marcharse cuando oyó el ruido. Había algo en el Gran Salón, entre ella y la escalera. Lamia se calzó la última mochila, desenfundó la pistola automática de su padre y bajó despacio.

El salón aparecía vacío; los heraldos no habían regresado. Los gruesos tapices, agitados por el viento, ondeaban como pendones podridos por encima de los desechos. Contra la pared de enfrente, una enorme escultura del rostro del Alcaudón, cromo y acero flotantes, giraba en la brisa.

Lamia avanzó con cautela, girando para no descuidarse las espaldas. De pronto un grito la detuvo en seco.

No era un grito humano. Los tonos ululaban más allá del ultrasónico, le hacían rechinar los dientes y palidecer los dedos con que aferraba la pistola. El grito cesó de golpe, como si hubieran dejado de tocar un disco.

Lamia descubrió de dónde había venido el ruido. Más allá de la mesa, más allá de la escultura, bajo los seis grandes vitrales donde la luz moribunda se desangraba en colores apagados, había una pequeña puerta. La voz había retumbado hacia arriba y afuera, como si proviniera de una mazmorra o sótano.

Brawne Lamia era curiosa. Toda su vida se había debatido en un conflicto con su insaciable espíritu inquisitivo, que había culminado con la elección de la obsoleta y a veces divertida profesión de investigadora privada. A menudo su curiosidad le había provocado turbaciones, problemas o ambas cosas. Y con frecuencia le había brindado conocimientos que pocos tenían.

Esta vez, no.

Lamia había ido en busca de agua y comida. Ninguno de los demás podía haberla sustituido —los tres ancianos habrían tardado más, a pesar de su desvío, a la ciudad muerta— y nada ni nadie más le concernía.

¿Kassad? Se preguntó, pero ahogó el pensamiento. Ese sonido no procedía de la garganta del coronel.

Brawne Lamia se alejó de la puerta empuñando la pistola, buscó los escalones que conducían a los niveles principales y bajó con cuidado, atravesando cada habitación con el mayor sigilo posible mientras cargaba setenta kilos de provisiones y más de una docena de botellas de agua. Se vio a sí misma en un espejo borroso en el nivel inferior: el cuerpo robusto alerta, la pistola levantada, la gran carga de paquetes oscilando sobre la espalda y colgando de anchas correas, botellas y cantimploras tintineando.

No le resultó divertido. Soltó un suspiro de alivio cuando salió de la terraza inferior y aspiró el aire fresco y ligero, disponiéndose a

descender. Aún no necesitaba la linterna. El cielo del atardecer, de pronto cubierto de nubes, arrojaba una luz rosada y ambarina, bañando aún la Fortaleza y los cerros con su rico fulgor.

Bajó los escalones de dos en dos y los potentes músculos de las piernas empezaron a dolerle a mitad de camino. No enfundó el arma, sino que la mantuvo lista por si algo descendía o asomaba por una apertura de la pared rocosa. Al llegar abajo, se alejó de la escalera y observó las torres y terrazas.

Caían rocas. No, comprendió, no eran rocas, sino gárgolas arrancadas de sus antiguas perchas. Rodaban con las rocas, los rostros demoníacos iluminados por el fulgor del crepúsculo. Lamia echó a correr, agitando mochilas y botellas, pero comprendió que no tenía tiempo de eludir los escombros y se arrojó entre dos rocas bajas y contiguas.

Las mochilas le impedían guarecerse bien, y forcejeó, aflojando correas, oyendo el estrépito de las primeras rocas que caían junto a ella y rebotaban. Lamia forcejeó desgarrando el cuero, quebrando el fibroplástico, y al final se protegió bajo las rocas, arrastrando mochilas y botellas para no tener que regresar a la Fortaleza.

Llovían piedras del tamaño de su cabeza y sus manos. La cabeza partida de un duende de piedra botó y destrozó un pedrejón a tres metros. Por un instante, el aire se llenó de proyectiles, piedras más grandes se hicieron trizas contra la roca que la protegía, y luego el alud pasó y sólo se oyó el repiqueteo de los guijarros de la caída secundaria.

Lamia se inclinaba para coger la mochila cuando una piedra del tamaño del comlog rebotó en la pared rocosa, voló hacia el escondrijo, rebotó dos veces en la pequeña caverna donde se refugiaba y le pegó en la sien.

Lamia despertó con un gruñido de anciana. Le dolía la cabeza. En el exterior era plena noche y las pulsaciones de escaramuzas

distantes alumbraban su refugio a través de los resquicios. Se tocó la sien y encontró sangre seca en la mejilla y el cuello.

Salió de la hendidura, tropezando con el montón de rocas caídas, y se quedó sentada un momento, la cabeza gacha, luchando contra las náuseas que la dominaban.

Las mochilas estaban intactas y sólo una botella de agua aparecía aplastada. Encontró la pistola en un pequeño recodo donde no había rocas partidas. La protuberancia de piedra donde se había refugiado mostraba los tajos y cicatrices provocados por la violencia del breve alud.

Lamia consultó el comlog. Había transcurrido menos de una hora. Nada había bajado para llevársela o degollarla mientras estaba inconsciente. Echó un último vistazo a las almenas y balcones, ahora invisibles en las alturas, cogió su equipo y echó a andar deprisa por el traicionero sendero de piedra.

Martin Silenus no estaba en el linde de la ciudad muerta. Por alguna razón, Brawne Lamia lo había temido, aunque tenía la esperanza de que el poeta se hubiera cansado de esperar y hubiera vuelto al valle caminando.

La tentación de liberarse de los bártulos y descansar era muy fuerte. Lamia la resistió. Automática en mano, recorrió las calles de la ciudad devastada. Las explosiones de luz bastaban para guiarla.

El poeta no respondió a sus gritos estentóreos, aunque cientos de aves echaron a volar, las alas blancas en la oscuridad. Lamia atravesó los niveles inferiores del viejo palacio del rey, gritando en las escaleras, disparando una vez la pistola, pero no halló rastros de Silenus. Atravesó patios bajo muros recargados de enredaderas, llamando al poeta, buscando indicios de su presencia. Una fuente le recordó la narración de Silenus acerca de la noche en que el Alcaudón capturó a Triste Rey Billy, pero había otras fuentes y ella no sabía con certeza cuál era la del relato.

Lamia atravesó el comedor central, bajo la cúpula derruida, pero la habitación estaba a oscuras. Percibió un sonido y giró sobre los talones, pero era sólo una hoja o un antiguo papel raspando la cerámica.

Suspiró y se marchó de la ciudad, caminando a paso vivo a pesar de la fatiga de los días en vela. El comlog no respondía, pero Lamia sentía el tirón de *déjà vu* de las mareas de tiempo y no se sorprendió. Los vientos nocturnos habían borrado todo rastro que Martin pudiera haber dejado en su retorno al valle.

Al llegar a la entrada del valle advirtió que las Tumbas relucían de nuevo. No era un fulgor brillante —nada comparable con el silencioso estallido de luces en el cielo— pero cada Tumba parecía proyectar una luz pálida, como si liberase la energía almacenada durante el largo día.

Lamia se detuvo en la entrada del valle y gritó, anunciando su regreso a Sol y los demás. No habría rechazado una oferta de ayuda para cargar con las provisiones los últimos cien metros. Tenía la espalda en carne viva y las correas le habían mordido la piel empapándole la camisa de sangre. Nadie respondió a sus gritos.

Notó su agotamiento cuando subió la escalera de la Esfinge, soltó los bártulos en el ancho porche de piedra y buscó la linterna. El interior estaba oscuro. Había mantas y mochilas desperdigadas en la habitación donde habían dormido. Lamia gritó, esperó a que los ecos se desvaneciesen y exploró la habitación con la luz. Todo estaba igual. No, algo había cambiado. Cerró los ojos y recordó la habitación tal como la había visto esa mañana.

Faltaba el cubo de Möbius. La caja de energía que Het Masteen había dejado en la carreta eólica ya no estaba en el rincón. Lamia se encogió de hombros y salió.

El Alcaudón esperaba en el exterior, más alto de lo que ella había imaginado. Lamia salió y retrocedió, ahogando el deseo de gritar. La pistola parecía pequeña y fútil. Dejó caer la linterna.

El ser ladeó la cabeza para estudiarla. Una luz roja palpitaba detrás de los ojos multifacetados. Los ángulos del cuerpo y los

rebordes afilados recibían la luz de arriba.

—Hijo de perra —dijo Lamia con voz serena—. ¿Dónde están? ¿Qué has hecho con Sol y la niña? ¿Dónde están los demás?

La criatura ladeó la cabeza en sentido contrario. El rostro resultaba tan desconcertante que Lamia no discernía ninguna expresión. Su lenguaje gestual sólo comunicaba amenaza. Los dedos de acero se abrieron como escalpelos retráctiles.

Lamia le disparó cuatro veces en la cara y las balas de 16 milímetros rebotaron y se perdieron en la noche.

—No he venido aquí a morir, hijo de puta metálico —exclamó Lamia. Apuntó y disparó una docena de veces, acertando cada impacto.

Volaron chispas. El Alcaudón irguió la cabeza como si escuchara un ruido distante. Desapareció.

Lamia jadeó, se agazapó, dio media vuelta. Nada. El valle brillaba bajo la luz de las estrellas mientras el cielo se calmaba. Las sombras eran negras pero distantes, y hasta el viento había amainado.

Brawne Lamia retrocedió tambaleante hacia las mochilas y se sentó en la mayor, tratando de calmar sus palpitaciones. Quería pensar que no había sentido miedo, pero no había modo de negar la adrenalina.

Aún empuñando la pistola, con doce balas más en el cargador y una buena carga de propelente, alzó una botella de agua y bebió un largo sorbo.

El Alcaudón apareció a su lado. Había llegado instantánea y silenciosamente. Lamia soltó la botella, trató de apuntar la pistola mientras giraba al costado.

Hubiera dado lo mismo moverse a cámara lenta. El Alcaudón extendió la mano derecha, dedos aguzados y largos como agujas de tejer reflejaron la luz. Una punta se deslizó detrás de la oreja de Lamia, halló el cráneo y penetró en la cabeza suavemente, sin ningún dolor salvo una gélida sensación de penetración.

23

El coronel Fedmahn Kassad había atravesado el portal esperando algo extraño; en cambio halló la demencial coreografía de la guerra. Moneta le había precedido. El Alcaudón lo había escoltado mientras le hundía los dedos en el brazo. Cuando Kassad atravesó la cosquilleante cortina de energía, Moneta aguardaba y el Alcaudón había desaparecido.

Kassad supo enseguida dónde estaban: en la cima del cerro donde Triste Rey Billy había ordenado tallar su efigie dos siglos antes. La zona llana de la cumbre estaba desierta, excepto por los restos de una batería de misiles de defensa antiespacial que todavía humeaba. Por el brillo esmaltado del granito y el burbujeo del metal derretido, Kassad comprendió que un vehículo orbital acababa de destruir la batería.

Moneta avanzó hasta el borde del risco, cincuenta metros por encima de la maciza frente de Triste Rey Billy, y Kassad la siguió. El valle del río, la ciudad y el puerto espacial, diez kilómetros al oeste, no dejaban lugar a dudas.

La capital de Hyperion ardía. El fuego arrasaba el casco viejo, Jacktown, y cien incendios menores tachonaban los suburbios y bordeaban la autopista del aeropuerto como señales luminosas. Incluso el río Hoolie ardía, pues una mancha de petróleo se extendía bajo los antiguos muelles y depósitos. La torre de una antigua iglesia se elevaba sobre las llamas. Kassad buscó Cícero, pero el humo y las llamas ocultaban el bar.

Las colinas y el valle bullían como si unas botas gigantes hubieran destrozado un hormiguero. Las autopistas estaban anegadas por un río humano que se desplazaba con mayor lentitud que el río verdadero, decenas de miles de fugitivos. Fogonazos de artillería sólida y armas energéticas se extendían hasta el horizonte iluminando las nubes bajas. Máquinas voladoras —deslizadores

militares o naves de descenso— se elevaban desde la humareda que rodeaba el puerto espacial o desde las colinas boscosas del norte y el sur. Lanzazos de luz coherente hendían el aire y derribaban los vehículos, dejando un penacho de volutas negras y llamas anaranjadas.

Los hovercrafts flotaban sobre el río como insectos acuáticos, esquivando las ruinas llameantes de barcos, barcazas y otros hovercrafts. El único puente estaba derrumbado, y hasta los contrafuertes de cemento y piedra ardían. Láseres de combate y haces de látigo infernal apuñalaban el humo; los misiles antipersonal, manchas blancas más rápidas que la vista, dejaban estelas de aire ondulante y recalentado. Una nube de llamas creció cerca del aeropuerto.

«*No es nuclear*», pensó.

«No».

El traje cutáneo que le cubría los ojos actuaba como un visor de FUERZA mejorado, y Kassad usó esa ventaja para concentrarse en una colina, cinco kilómetros al noroeste, en la otra margen del río. Marines de FUERZA trajinaban cuesta arriba, y algunos ya usaban sus cargas explosivas especiales para cavar madrigueras. Tenían los trajes activados. Los polímeros de camuflaje eran perfectos y los rastros térmicos mínimos, pero Kassad no tenía la menor dificultad en verlos. Hasta podía discernir los rostros si lo deseaba.

Los canales de mando táctico y banda estrecha le susurraban en los oídos. Reconoció el parloteo excitado y las secas obscenidades que habían constituido la característica del combate durante muchas generaciones humanas. Miles de efectivos se habían dispersado desde el aeropuerto y sus bases y cavaban un círculo cuya circunferencia estaba a veinte kilómetros de la ciudad y cuyos radios eran campos de fuego y vectores de destrucción cuidadosamente planificados.

«*Esperan una invasión*», comunicó Kassad, sintiendo el esfuerzo de algo que era más que subvocalización, menos que telepatía.

Moneta señaló el cielo con un brazo líquido.

A dos mil metros de altura, varias naves romas atravesaron de repente las nubes. La mayoría estaban cubiertas por polímeros de camuflaje y campos de contención con código de trasfondo, pero Kassad tampoco tuvo dificultades para distinguirlas. Bajo los polímeros, los cascos grises tenían marcas tenues en caligrafía éxter. Algunos vehículos grandes eran evidentemente naves de descenso, con visibles estelas azules de plasma, pero los demás descendían despacio bajo el aire ondulante de los campos de suspensión, y Kassad reparó en los voluminosos tambores de invasión éxter, algunos sin duda con suministros y artillería, y muchos otros vacíos, señuelos para las defensas terrestres.

Un instante después, miles de manchas cayeron como granizo atravesando el techo de nubes: infantes éxter pasaron entre tambores y naves, esperando el último momento para desplegar sus campos de suspensión y paracaídas.

El comandante de FUERZA demostró dominio de sí mismo y de sus hombres. Las baterías terrestres y los miles de marines desplegados en torno de la ciudad ignoraron los fáciles blancos de las naves y los tambores, y esperaron. En cuanto los paracaidistas desplegaron sus membranas de descenso, algunos a muy baja altura, las vibraciones láser y las humeantes estelas de los misiles surcaron el aire. A primera vista, el daño parecía devastador, suficiente para detener cualquier ataque, pero una rápida ojeada indicó a Kassad que un cuarenta por ciento de los éxters habían llegado a tierra, un número adecuado para la primera oleada en cualquier ataque planetario.

Un grupo de cinco paracaidistas descendía hacia la montaña donde estaban él y Moneta. Haces procedentes de las colinas derribaron a dos, uno cayó en barrena en el afán de eludir nuevos impactos, y una brisa del este desvió a los otros dos hacia el bosque.

Todos los sentidos de Kassad estaban alerta; olía el aire ionizado, la cordita, el propelente sólido; el humo y el ácido opaco del plasma le hacían aletear las fosas nasales; en alguna parte de la ciudad gemían las sirenas, mientras el crepitar de armas portátiles y árboles

ardientes le llegaba en la suave brisa; la radio y los canales interceptados farfullaban; las llamas iluminaban el valle y los haces láser jugaban como reflectores a través de las nubes. A aproximadamente medio kilómetro, en el linde del bosque, escuadras de marines de la Hegemonía se enfrentaban a paracaidistas éxter en una lucha cuerpo a cuerpo. Se oían gritos.

Fedmahn Kassad observaba con la fascinación que había sentido en la experiencia simulada de una carga de caballería francesa en Agincourt.

«¿Esto no es una simulación?».

«*No*», respondió Moneta.

«¿Está sucediendo ahora?».

El fantasma plateado ladeó la cabeza inquisitivamente.

«¿Cuándo es ahora?».

«Después de nuestro… encuentro… en el Valle de las Tumbas».

«No».

«¿El futuro?».

«Sí».

«¿El futuro cercano?».

«Sí. Cinco días después que tú y tus amigos entrarais en el valle».

Kassad meneó la cabeza, maravillado. Si Moneta decía la verdad, había viajado en el tiempo.

El rostro de Moneta reflejaba llamas y colores al girar hacia él.

«¿Deseas participar en la lucha?».

«*¿Luchar contra los éxters?*». Kassad cruzó los brazos y observó con renovada intensidad. Ya había experimentado la capacidad de combate de aquel extraño traje cutáneo. Tenía posibilidades de cambiar por sí solo el curso de la batalla, destruir a los pocos miles de efectivos éxter que ya estaban en tierra. «*No, no ahora. No en este momento*».

«El Señor del Dolor cree que tú eres un guerrero».

Kassad se volvió hacia ella. Le causaba curiosidad el pomposo título que ella daba al Alcaudón.

«*El Señor del Dolor se puede ir al demonio* —masculló—. *A menos que desee combatir conmigo*».

Moneta guardó silencio un largo instante, una escultura líquida en un cerro barrido por el viento.

«*¿De verdad lucharías con él?*», respondió al fin.

«Vine a Hyperion a mataros. A él y a ti. Lucharé cuando cualquiera de ambos acepte».

«¿Aún crees que soy tu enemiga?».

Kassad recordó el forzado abrazo en las Tumbas, consciente de que era menos una violación que la concesión de un deseo, el deseo subvocalizado de ser de nuevo el amante de aquella mujer improbable.

«No sé qué eres».

«*Al principio fui víctima como muchos* —dijo Moneta, mirando de nuevo el valle—. *Luego, en el lejano futuro, comprendí por qué habían creado al Señor del Dolor, por qué tenían que forjarlo… y me transformé en su compañera y guardiana*».

«¿Guardiana?».

«Controlaba las mareas de tiempo, reparaba la maquinaria, me cercioraba de que el Señor del Dolor no despertara antes de tiempo».

«Entonces, ¿puedes controlarlo?».

El corazón de Kassad se desbocó ante esa idea.

«No».

«Entonces, ¿qué o quién puede controlarlo?».

«Sólo quien lo derrote en un combate singular».

«¿Quién le ha derrotado?».

«Nadie. Ni en tu futuro ni en tu pasado».

«¿Cuántos lo intentaron?».

«Millones».

«¿Y todos murieron?».

«O algo peor».

Kassad cobró aliento.

«¿Sabes si se me permitirá luchar contra él?».

«Se te permitirá».

Kassad soltó el aire. Nadie lo había derrotado. El futuro de él era el pasado de ella. Ella había vivido allí, había atisbado el terrible árbol de espinas, había visto rostros familiares tal como él había contemplado a Martin Silenus forcejeando, empalado, años antes de conocer al poeta. Kassad dio la espalda a la batalla del valle.

«¿Podemos ir ahora? Lo desafío a un combate singular».

Moneta lo escrutó en silencio. Kassad vio su propio semblante líquido reflejado en el de ella. Sin responder, Moneta dio media vuelta, tocó el aire y dio existencia a un portal.

Kassad se dispuso a atravesarlo.

24

Gladstone se trasladó a la Casa de Gobierno y entró en el Centro de Mando Táctico seguida por Leigh Hunt y media docena de asistentes. La sala estaba atestada: Morpurgo, Singh, Van Zeid y varios otros representaban a las fuerzas armadas, aunque Gladstone advirtió que faltaba el joven héroe naval, el teniente Lee; estaban presentes la mayoría de los ministros, entre ellos Allan Imoto, de Defensa; Garion Persov, de Diplomacia y Barbre Dan-Gyddis, de Economía; los senadores seguían llegando, algunos con expresión adormilada.

La «curva de poder» de la mesa oval incluía a los senadores Kolchev, de Lusus; Richeau, de Vector Renacimiento; Roanquist, de Nordholm; Kakinuma, de Fuji; Sabenstorafem, de Sol Draconi Septem y Peters, de Deneb Drei. El presidente provisional Denzel-Hiat-Amin mostraba una expresión de desconcierto y la calva le brillaba bajo las lámparas; su joven colega, Gibbons, el portavoz de la Entidad Suma, revelaba impaciencia sentado al borde del asiento, las manos en las rodillas. La proyección del asesor Albedo estaba sentada frente a la silla vacía de Gladstone. Todos se pusieron en pie cuando entró Gladstone, quien atravesó el pasillo, se sentó y los invitó a imitarla.

—Quiero explicaciones —exigió Gladstone.

El general Morpurgo se levantó, le hizo una seña a un subalterno y las luces se atenuaron mientras surgían los holos.

—¡Olvide el espectáculo visual! —exclamó Meina Gladstone—. Cuéntenos.

Los holos se esfumaron y retornaron las luces. Morpurgo parecía aturdido y ausente. Miró su puntero luminoso, frunció el ceño y lo guardó en un bolsillo.

—Ejecutiva, senadores, ministros, presidente y portavoces, honorables… —Morpurgo carraspeó—. Los éxters han librado con

éxito un devastador ataque por sorpresa. Sus enjambres de combate se ciernen sobre media docena de mundos de la Red.

La conmoción lo obligó a callar. «¡Mundos de la Red!», exclamaron varias voces. Políticos, ministros y funcionarios ejecutivos protestaban.

—Silencio —ordenó Gladstone, y se hizo el silencio—. General, usted nos aseguró que las fuerzas hostiles estaban a un mínimo de cinco años de la Red. ¿Cómo y por qué ha cambiado esto?

El general miró a la FEM.

—Ejecutiva, por lo que sabemos, todas las estelas Hawking eran señuelos. Los enjambres apagaron sus motores hace décadas y enfilaron hacia sus objetivos a velocidad sublumínica…

Un parloteo nervioso lo obligó a callar.

—Continúe, general —indicó Gladstone, y los murmullos murieron.

—A velocidad sublumínica (algunos enjambres deben de haber viajado así durante cincuenta años estándar o más) no había manera de detectarlo. No ha sido culpa de…

—¿Qué mundos peligran, general? —preguntó Gladstone en voz baja.

Morpurgo miró el aire vacío como si buscara un apoyo visual, volvió a mirar la mesa. Apretó los puños.

—Nuestra actual información, basada en avistamientos de motores de fusión seguidos por un cambio a motores Hawking cuando fueron descubiertos, sugiere que la primera oleada llegará a Puertas del Cielo, Bosquecillo de Dios, Mare Infinitus, Asquith, Ixión, Tsingtao-Hsishuang Panna, Acteón, Mundo de Barnard y Tempe dentro de quince a setenta y dos horas.

Esta vez no hubo modo de silenciar la reacción. Gladstone dejó que los gritos y exclamaciones continuaran varios minutos antes de alzar la mano para controlar el grupo.

El senador Kolchev estaba de pie.

—¿Cómo diablos ocurrió esto, general? ¡Usted nos dio absoluta seguridad!

Morpurgo no cedió terreno. No había cólera en su voz.

—Sí, senador, pero basado en datos incompletos. Nos equivocamos porque nuestros supuestos eran erróneos. La FEM tendrá mi renuncia dentro de una hora, los demás jefes de estado mayor comparten esa decisión.

—¡Al demonio con su renuncia! —gritó Kolchev—. Todos estaremos colgados de las vigas de los teleyectores antes de que esto acabe. La pregunta es qué diablos piensa hacer ante la invasión.

—Gabriel —murmuró Gladstone—, calma, por favor. Ésa era mi próxima pregunta, general, almirante. Supongo que ustedes ya han impartido órdenes para la defensa de esos mundos.

El almirante Singh se levantó y se acercó a Morpurgo.

—Ejecutiva, hemos hecho todo lo posible. Lamentablemente, de todos los mundos amenazados por la primera oleada, sólo Asquith posee un contingente de FUERZA. La flota puede llegar a los demás, pues ninguno carece de teleyector, pero es imposible concentrar las defensas para protegerlos todos. Y por desgracia… —Singh hizo una pausa y elevó la voz ante el creciente tumulto—. Por desgracia, el despliegue de la reserva estratégica para reforzar la campaña de Hyperion ya se ha iniciado. El sesenta por ciento de las doscientas unidades que comprometimos en este nuevo despliegue se han trasladado al sistema de Hyperion o a bases alejadas de sus posiciones defensivas de vanguardia en la periferia de la Red.

Meina Gladstone se frotó la mejilla. Advirtió que todavía llevaba la capa, aunque sin la cogulla de protección. Se la desabrochó y la colgó del respaldo de la silla.

—Usted dice, almirante, que estos mundos están indefensos y no hay manera de lograr que nuestras fuerzas regresen a tiempo. ¿Es eso?

Singh se cuadró, poniéndose rígido como un condenado ante el pelotón de fusilamiento.

—En efecto, FEM.

—¿Qué se puede hacer? —preguntó Gladstone en medio de la nueva baraúnda.

Morpurgo dio un paso adelante.

—Estamos usando la matriz teleyectora civil para trasladar infantes y marines de FUERZA a los mundos amenazados, junto con artillería ligera y defensas aeroespaciales.

El ministro de Defensa Imoto se aclaró la garganta.

—Pero esos efectivos no tendrán mucha capacidad sin una flota.

Gladstone miró a Morpurgo.

—Es verdad —concedió el general—. A lo sumo nuestras fuerzas realizarán una acción de retaguardia mientras se lleva a cabo un intento de evacuación…

La senadora Richeau se levantó.

—¡Un *intento* de evacuación! General, ayer declaró usted que no era práctico evacuar a los dos o tres millones de civiles de Hyperion. ¿Ahora dice que podemos evacuar… —consultó el implante comlog— a siete mil millones de personas antes que llegue la fuerza de invasión éxter?

—No —replicó Morpurgo—. Podemos sacrificar tropas para salvar a… funcionarios escogidos, primeras familias, líderes comunitarios e industriales necesarios para continuar el esfuerzo bélico.

—General —dijo Gladstone—, ayer este grupo autorizó la transferencia inmediata de tropas de FUERZA a la flota de refuerzo que se trasladaba a Hyperion. ¿Eso constituye un problema en este nuevo reordenamiento?

El general Van Zeidt de los marines se levantó.

—Sí, Ejecutiva. Los efectivos fueron teleyectados a sus transportes una hora después de la decisión. Casi dos tercios de los cien mil efectivos designados se trasladaron al sistema de Hyperion a las… —echó una ojeada a su antiguo cronómetro— 0530 horas estándar. Hace unos veinte minutos. Transcurrirán por lo menos de ocho a quince horas antes que estos transportes puedan regresar a sus bases en el sistema de Hyperion y retornar a la Red.

—¿Y cuántos efectivos de FUERZA están disponibles en la Red? —preguntó Gladstone. Se tocó el labio inferior con el nudillo.

Morpurgo cobró aliento.

—Unos treinta mil, Ejecutiva.

El senador Kolchev dio una palmada en la mesa.

—De manera que no sólo privamos a la Red de sus naves de combate, sino de la mayoría de sus efectivos.

No era una pregunta y Morpurgo no la respondió.

La senadora Feldstein de Mundo de Barnard se puso en pie.

—Ejecutiva, es preciso advertir a mi mundo… o a todos los mundos mencionados. Si usted no está dispuesta a efectuar un anuncio inmediato, yo debo hacerlo.

Gladstone asintió.

—Anunciaré la invasión en cuanto termine esta reunión, Dorothy. Facilitaremos el contacto con los votantes a través de todos los medios.

—Al demonio con los medios —espetó la mujer baja de cabello oscuro—. Me teleyectaré a casa en cuanto terminemos aquí. Sea cual fuere el destino de Mundo de Barnard, he de compartirlo. Caballeros y damas, si la noticia es cierta, todos merecemos que nos cuelguen de las vigas. —Feldstein se sentó entre murmullos y susurros.

El portavoz Gibbons se levantó y aguardó que se hiciera el silencio.

—General —dijo con voz tensa—, habló usted de la primera oleada. ¿Es una cauta jerga militar o tiene usted informes de que habrá más ataques? En tal caso, ¿qué otros mundos de la Red y el Protectorado quedarán involucrados?

Morpurgo abría y cerraba las manos. Escrutó el aire vacío, se volvió hacia Gladstone.

—Ejecutiva, ¿puedo usar un gráfico?

Gladstone accedió.

Era el mismo holo que habían usado los militares en su informe de Olympus; la Hegemonía, oro; las estrellas del Protectorado,

verdes; los vectores de los enjambres éxter, líneas rojas con estelas que viraban al azul; la flota de la Hegemonía, naranja. No cabía duda de que los vectores rojos se habían alejado de sus rumbos anteriores, penetrando en el espacio de la Hegemonía como lanzas ensangrentadas. Las ascuas anaranjadas estaban concentradas en el sistema de Hyperion, mientras otras se desperdigaban en rutas de teleyección como abalorios en una cadena.

Algunos senadores con experiencia militar jadearon ante lo que veían.

—De la docena de enjambres cuya existencia conocemos —declaró Morpurgo—, todos parecen estar dedicados a la invasión de la Red. Varios se han dividido en grupos de ataque múltiples. Estimamos que la segunda oleada llegará a sus blancos entre cien y doscientas cincuenta horas después de la primera, y sus vectores son los que vemos aquí.

Reinaba el silencio en la sala. Gladstone se preguntó si los demás también contenían el aliento.

—Los blancos de la segunda oleada incluyen Hebrón, dentro de cien horas; Vector Renacimiento, ciento diez horas; Renacimiento Menor, ciento doce horas; Nordholm, ciento veintisiete horas; Alianza-Maui, ciento treinta horas; Talía, ciento cuarenta y tres horas; Deneb Drei y Vier, ciento cincuenta horas; Sol Draconi Septem, ciento sesenta y nueve horas; Freeholm, ciento setenta horas; Nueva Tierra, ciento noventa y tres horas; Fuji, doscientas cuatro horas; Nueva Meca, doscientas cinco horas; Pacem, Armaghast y Svoboda, doscientas veintiuna horas; Lusus, doscientas treinta horas; y Centro Tau Ceti, doscientas cincuenta horas.

El holo se esfumó. El silencio se prolongó.

—Suponemos —prosiguió el general Morpurgo— que los enjambres de la primera oleada tendrán blancos secundarios después de las invasiones iniciales, pero los tiempos de tránsito con sistema Hawking tendrán deudas temporales estándar en la Red, desde nueve semanas hasta tres años.

Retrocedió y adoptó la posición de descanso.

—Dios mío —susurró alguien detrás de Gladstone.

La Ejecutiva Máxima se frotó el labio inferior. Para salvar a la humanidad de lo que consideraba una eternidad de esclavitud —o, peor aún, la extinción— estaba dispuesta a franquearle la entrada al lobo mientras la mayor parte de la familia se ocultaba arriba y cerraba las puertas con llave. Sólo que había llegado el día y los lobos entraban por todas las puertas y ventanas. Casi sonrió ante la justicia de todo ello, ante su extrema necedad al suponer que podía desencadenar el caos y luego controlarlo.

—Primero —declaró—, no habrá renuncias ni autorrecriminaciones hasta que yo las autorice. Es muy posible que este gobierno caiga, que muchos miembros de este gabinete, yo incluida, cuelguen de las vigas, como Gabriel ha dicho con certeza. Pero mientras tanto, somos el gobierno de la Hegemonía y debemos actuar como tal.

»Segundo, me reuniré con este comité y los representantes de otros comités senatoriales dentro de una hora para revisar el discurso que pronunciaré ante la Red a las 0800, hora estándar. Agradeceré cualquier sugerencia en ese momento.

»Tercero, ordeno y autorizo que las autoridades de FUERZA, aquí y en toda la Hegemonía hagan todo lo que esté en su mano para preservar y proteger a los ciudadanos de la Red y el Protectorado y su propiedad, aunque deban recurrir a medios extraordinarios. General, almirante, quiero que las tropas sean devueltas a los mundos amenazados dentro de diez horas. No me importa cómo, pero *debe* hacerse.

»Cuarto, después de mi discurso, convocaré a una sesión plenaria del Senado y la Entidad Suma. En ese momento, declararé que existe un estado de guerra entre la Hegemonía Humana y las naciones éxter. Gabriel, Dorothy, Tom, Eiko… todos estaréis muy ocupados en las próximas horas. Preparad vuestros discursos para vuestros mundos, pero *votad a favor*. Necesito apoyo unánime del Senado. Portavoz Gibbons, sólo puedo pedirle que ayude a moderar

el debate de la Entidad Suma. Es esencial que contemos con un voto de la Entidad Suma a las 1200 de hoy. No puede haber sorpresas.

»Quinto, evacuaremos a los ciudadanos de los mundos amenazados por la primera oleada. —Gladstone alzó la mano y acalló las objeciones y explicaciones de los expertos—. Evacuaremos a todos los que podamos en el tiempo de que disponemos. Los ministros Persov, Imoto, Dan-Gyddis y Crunnens del Ministerio de Tránsito crearán y conducirán el Consejo de Coordinación de Evacuaciones y me presentarán un informe detallado y un plan de acción hoy a las 1300. FUERZA y la Oficina de Seguridad de la Red supervisarán el control de multitudes y la protección del acceso a los teleyectores.

»Por último, deseo ver al asesor Albedo, al senador Kolchev y al portavoz Gibbons en mis aposentos privados dentro de tres minutos. ¿Alguna pregunta?

Ojos desconcertados se clavaron en ella. Gladstone se levantó.

—Buena suerte —deseó—. Trabajen todos ustedes deprisa. No permitan que cunda innecesariamente el pánico. Y Dios salve a la Hegemonía.

Dio media vuelta y se marchó.

Gladstone estaba sentada al escritorio, con Kolchev, Gibbons y Albedo frente a ella. La tensión que palpitaba en el ambiente se agudizó cuando Gladstone miró en silencio al asesor Albedo.

—Usted nos ha traicionado —masculló al fin.

La cortés sonrisa de la proyección no se inmutó.

—Jamás, FEM.

—Entonces, tiene un minuto para explicar por qué el TecnoNúcleo, y concretamente el Consejo Asesor IA, no predijo esta invasión.

—Basta una palabra para explicarlo, Ejecutiva —respondió Albedo —. Hyperion.

—¡Y una mierda! —exclamó Gladstone, descargando un palmetazo sobre el escritorio en un inusitado ataque de cólera—. Estoy harta de oír hablar de variables imposibles de descomponer en factores y de Hyperion como el agujero negro de las predicciones, Albedo. O bien el Núcleo puede ayudarnos a comprender las probabilidades, o nos ha mentido durante cinco siglos. ¿Cuál es la respuesta?

—El Consejo predijo la guerra, FEM —señaló la imagen cana—. Nuestros consejos confidenciales para usted y el círculo de notables explicaron la incertidumbre de los hechos cuando interviniera Hyperion.

—Pamplinas —rezongó Kolchev—. Se supone que esas predicciones son infalibles en cuanto a las tendencias generales. Este ataque se planeó hace decenios, quizá siglos.

Albedo se encogió de hombros.

—Sí, senador, pero es posible que sólo la determinación de este gobierno de iniciar una guerra en el sistema de Hyperion haya impulsado a los éxters a poner en práctica el plan. Nos opusimos a todas las decisiones concernientes a Hyperion.

El portavoz Gibbons se inclinó hacia delante.

—Usted nos proporcionó los nombres de los individuos necesarios para la Peregrinación del Alcaudón.

Albedo no volvió a encogerse de hombros, pero conservó su postura serena y confiada.

—Ustedes nos pidieron nombres de individuos de la Red cuyas solicitudes al Alcaudón cambiaran el desenlace de la guerra que predijimos.

Gladstone alargó los dedos y se tamborileó la barbilla.

—¿Y han determinado ustedes cómo cambiarían esas solicitudes el resultado de esa guerra… esta guerra?

—No —respondió Albedo.

—Asesor —dijo la FEM Meina Gladstone—, sepa que a partir de este momento y según lo que suceda en los próximos días, el gobierno de la Hegemonía del Hombre considera la posibilidad de

declarar un estado de guerra entre nosotros y la entidad conocida como TecnoNúcleo. Siendo usted embajador de facto de dicha entidad, le encomiendo que comunique esta situación.

Albedo sonrió y extendió las manos.

—Ejecutiva, el choque de esta terrible noticia sin duda la ha incitado a hacer una broma de mal gusto. Declarar la guerra contra el Núcleo sería como… como si un pez le declarase la guerra al agua, como si un conductor atacara su VEM porque se ha enterado de que ha habido un accidente en otra parte.

Gladstone no sonrió.

—En Patawpha tenía un abuelo —dijo lentamente, enfatizando su acento dialectal— que le metió seis balas al VEM de la familia porque no arrancó una mañana. Puede usted marcharse, asesor.

Albedo parpadeó y desapareció. Esa repentina partida era una transgresión deliberada de la etiqueta —la proyección por lo general salía de la habitación o esperaba a que se marcharan los demás para desvanecerse—, o un indicio de que la inteligencia que controlaba el Núcleo se había conmocionado ante el diálogo.

Gladstone asintió ante Kolchev y Gibbons.

—No los retendré, caballeros. Pero sepan que espero respaldo total cuando dentro de cinco horas se presente la declaración de guerra.

—La tendrá usted —aseguró Gibbons. Los dos hombres se marcharon.

Entraron ayudantes por puertas y paneles ocultos, la acribillaron a preguntas y pidieron instrucciones a los comlogs.

Gladstone alzó un dedo.

—¿Dónde está Severn? —preguntó. Al ver que nadie respondía, añadió—: Me refiero al poeta, al artista. El que dibuja mis retratos.

Varios asistentes se miraron como si la Ejecutiva hubiera perdido el juicio.

—Todavía duerme —informó Leigh Hunt—. Tomó somníferos, y nadie pensó en despertarlo para la reunión.

—Lo quiero aquí dentro de veinte minutos —ordenó Gladstone—. Quiero que lo pongan al corriente de todo. ¿Dónde está el teniente Lee?

Niki Cardon, la joven a cargo del enlace militar, habló:

—Morpurgo y el jefe del sector naval de FUERZA lo asignaron anoche a patrullas de perímetro. Saltará de un mundo oceánico a otro durante veinte años de nuestro tiempo. Ahora acaban de trasladarlo al centro naval de FUERZA en Bressia y aguarda transporte hacia otro mundo.

—Que regrese aquí —exigió Gladstone—. Quiero que lo asciendan a contraalmirante o el rango que sea necesario y me lo asignen a mí, no a la Casa de Gobierno ni a la Rama Ejecutiva. Si es necesario, portará el maletín nuclear.

Gladstone miró la pared. Pensó en los mundos que había recorrido esa noche: Mundo de Barnard, la luz de los faroles entre las hojas, antiguos edificios académicos de ladrillo; Bosquecillo de Dios, globos amarrados y zeplens flotantes saludando el alba; Puertas del Cielo, con su bulevar. Todos ellos eran blancos primarios. Meneó la cabeza.

—Leigh, quiero que usted, Tarra y Brindenath me presenten los primeros borradores de ambos discursos, el anuncio general y la declaración de guerra; dentro de cuarenta y cinco minutos. Breve. Preciso. Consulte en los archivos, bajo Churchill y Strudensky. Realista pero desafiante, optimista pero templado por una terca resolución. Niki, necesito monitorización en tiempo real de cada decisión de los jefes de estado mayor. Quiero mis propios mapas de mando, retransmitidos a través de mi implante. FEM ÚNICAMENTE. Barbre, tú serás mi prolongación de la diplomacia por otros medios en el Senado. Entra allí y pide notas, mueve hilos, soborna, seduce, pero hazles comprender que si me irritan en las próximas votaciones desearán haber salido a luchar contra los éxters.

»¿Alguna pregunta? —Gladstone esperó tres segundos y a continuación batió palmas—. ¡Bien, entonces manos a la obra!

En el breve intervalo siguiente, antes que entrara la siguiente oleada de senadores, ministros y asistentes, Gladstone se volvió hacia la pared vacía, alzó el dedo al techo y sacudió la cabeza.

Se volvió de nuevo justo cuando entraba la siguiente horda de personajes importantes.

25

Sol, el cónsul, el padre Duré y el inconsciente Het Masteen estaban en la primera Tumba Cavernosa cuando oyeron los disparos. El cónsul salió solo, despacio, con cuidado, prudente ante las mareas de tiempo que los habían internado en las profundidades del valle.

—Está bien —anunció. El tenue fulgor del farol de Sol iluminaba la parte trasera de la caverna, bañando tres rostros pálidos y el cuerpo del templario—. Las mareas han disminuido.

Sol se levantó abrazando a la hija.

—¿Está seguro de que era la pistola de Brawne?

El cónsul avanzó hacia la oscuridad.

—Ninguno de nosotros llevaba un arma con balas. Iré a mirar.

—Aguarde —dijo Sol—. Iré con usted.

El padre Duré permaneció de rodillas junto a Het Masteen.

—Vayan ustedes. Yo me quedaré con él.

—Uno de nosotros regresará dentro de cinco minutos —informó el cónsul.

El valle relucía bajo la luz pálida de las Tumbas de Tiempo. El viento bramaba desde el sur, pero esa noche las corrientes soplaban por encima de los riscos y no arremolinaban las dunas. Sol siguió al cónsul por el tosco sendero, enfilando hacia la entrada del valle. Ligeros tirones de *déjà vu* recordaron a Sol la violencia de las mareas de tiempo de una hora antes, pero los vestigios de la extravagante tormenta ya se estaban disipando.

Sol y el cónsul dejaron atrás el calcinado campo de batalla del Monolito de Cristal. La alta estructura irradiaba un fulgor lechoso reflejado por el sinfín de astillas que cubrían el fondo del arroyo. Luego pasaron frente a la Tumba de Jade, con su fosforescencia verde y clara, doblaron de nuevo y siguieron en zigzag hacia la Esfinge.

—Cielos —susurró Sol, echando a correr, tratando de no molestar a la niña dormida. Se arrodilló junto a la figura oscura que yacía en el escalón superior.

—¿Brawne? —preguntó el cónsul, al tiempo que se detenía para recobrar el aliento después del abrupto ascenso.

—Sí. —Sol le alzó la cabeza y apartó la mano cuando advirtió que algo brillante y fresco sobresalía del cráneo.

—¿Está muerta?

Sol se apoyó la cabeza de la hija contra el pecho mientras tocaba la garganta de la mujer para tantear el pulso.

—No —respondió, cobrando aliento—. Está viva pero inconsciente. Déme la linterna.

La cogió y alumbró el cuerpo despatarrado de Brawne Lamia, siguiendo el cordel de plata —«tentáculo» era una palabra más atinada, pues la cosa tenía una masa carnosa que evocaba orígenes orgánicos— que salía de la conexión neural del cráneo y entraba en la Esfinge por el portal abierto. La Esfinge refulgía, la más brillante de todas las Tumbas, pero la entrada estaba muy oscura.

El cónsul se acercó.

—¿Qué es? —Tendió la mano hacia el cable de plata, la retiró con igual alarma que Sol—. Dios mío, está tibio.

—Parece vivo —convino Sol. Frotó las manos de Brawne y le palmeó las mejillas para despertarla. Ella no se movía. Sol alumbró con la linterna el cable que se perdía de vista en el pasillo de entrada—. No creo que ella se lo haya conectado voluntariamente.

—El Alcaudón —apuntó el cónsul. Activó las lecturas biomonitoras del comlog de Brawne—. Todo está normal excepto las ondas cerebrales, Sol.

—¿Qué indican?

—Indican que ha muerto. Muerte cerebral, al menos. Ninguna función superior.

Sol suspiró y se balanceó sobre los talones.

—Tenemos que ver adónde va ese cable.

—No podemos arrancarlo del empalme.

—Mire —señaló Sol, alumbrando la nuca de Brawne mientras apartaba una mata de rizos oscuros. El empalme neural, normalmente un disco de plasticarne de pocos milímetros de anchura con un orificio de diez micrómetros, parecía fundido. La carne se hinchaba en una cuña roja para conectarse con las prolongaciones del cable de metal.

—Necesitaríamos cirugía para extraerlo —susurró el cónsul. Tocó la feroz cuña de carne. Brawne no se movió. El cónsul recobró la linterna y se levantó—. Quédese usted con ella. Yo lo seguiré.

—Use los canales de comunicación —indicó Sol, sabiendo lo inútiles que habían sido durante las oscilaciones de las mareas de tiempo.

El cónsul asintió y se marchó deprisa antes que el miedo le hiciera titubear.

El cable de cromo serpeaba por el pasillo principal, perdiéndose de vista más allá de la sala donde los peregrinos habían dormido la noche anterior. El cónsul alumbró las mantas y mochilas que habían dejado en su precipitada salida.

Siguiendo el cable, dobló el recodo del corredor, atravesó el portal central donde el pasillo se dividía en tres conductos más estrechos, cruzó una rampa y el angosto pasaje que en sus exploraciones anteriores habían llamado «Autopista del Rey Tut», bajó por otra rampa, se internó en un túnel estrecho donde tuvo que arrastrarse, tratando de no tocar con las manos ni las rodillas aquel tentáculo de metal tibio como carne, trepó por un declive empinado, se metió en una ancha y húmeda gruta que no recordaba de antes, resbaló por un descenso abrupto despellejándose palmas y rodillas, y al fin reptó por un tramo cuya longitud era mayor que la anchura aparente de la Esfinge. El desorientado cónsul confiaba en que el cable lo guiara durante el regreso.

—Sol —llamó al fin, sin confiar ni por un instante que el comunicador funcionara a través de la piedra y las mareas de tiempo.

—Aquí —susurró el profesor.

—Estoy muy adentro —dijo el cónsul—. En un corredor que no recuerdo haber visto. Parece muy profundo.

—¿Ha encontrado el extremo del cable?

—Sí —respondió el cónsul, reclinándose para enjugarse el sudor de la cara con un pañuelo.

—¿Un nexo? —preguntó Sol, aludiendo a uno de los muchísimos nódulos terminales donde los ciudadanos de la Red podían conectarse con la esfera de datos.

—No. La cosa parece fundirse con la piedra del suelo. El corredor también termina aquí. He tratado de moverlo, pero el enlace es similar al que hay en la conexión neural del cráneo de Lamia. Parece formar parte de la roca.

—Salga —dijo Sol por encima del berrido de la estática—. Trataremos de quitárselo a ella.

En la húmeda oscuridad del túnel, el cónsul sintió claustrofobia por primera vez en su vida. Le costaba respirar. Estaba seguro de que algo acechaba en la oscuridad, cortándole el aire y el único camino de retirada. El corazón le latía desbocado en el estrecho túnel.

Suspiró despacio, se enjugó de nuevo la cara y controló el pánico.

—Eso podría matarla —advirtió con voz entrecortada.

Ninguna respuesta. El cónsul llamó de nuevo, pero algo había interrumpido la tenue comunicación.

—Voy a salir —anunció al silencioso instrumento, y giró, alumbrando el túnel con la linterna. *¿El tentáculo había oscilado, o era sólo un truco de la luz?*

El cónsul comenzó a arrastrarse por donde había venido.

Habían hallado a Het Masteen en el ocaso, minutos antes de la tormenta de tiempo. El templario caminaba dando tumbos cuando lo descubrieron el cónsul, Sol y Duré, y luego lo hallaron inconsciente.

—Llevémoslo a la Esfinge —sugirió Sol.

En ese momento, como coreografiadas por el sol poniente, las mareas de tiempo los alcanzaron en una embestida de náusea y *déjà vu*. Los tres hombres cayeron de rodillas. Rachel despertó y lloró con el vigor y el terror de los recién nacidos.

—Vamos hacia la entrada del valle —jadeó el cónsul, cargando a hombros a Het Masteen—. Tenemos… que salir… del valle.

Los tres hombres enfilaron hacia la entrada del valle y dejaron atrás la primera tumba, la Esfinge, pero las mareas de tiempo recrudecieron lanzándoles un terrible viento de vértigo. A treinta metros ya no pudieron subir más. Cayeron al suelo, Het Masteen rodó por el sendero apisonado. Rachel había dejado de llorar y se contorsionaba incómodamente.

—Regresemos —jadeó Paul Duré—. Regresemos al valle. Era… mejor… abajo.

Desanduvieron el camino, tambaleándose como borrachos, cada cual llevando una carga demasiado preciosa para abandonarla. Descansaron un momento debajo de la Esfinge, apoyados contra una roca, mientras la textura misma del espacio y del tiempo oscilaba y se agitaba. Era como si el mundo fuera la superficie de una bandera y alguien la hiciera flamear con un chasquido violento. La realidad ondulaba, se plegaba, se sumergía, se replegaba como una ola erguida. El aterrado cónsul dejó al templario apoyado contra la roca, cayó al suelo jadeando, y clavó los dedos en la arena.

—El cubo de Möbius —señaló el templario, moviéndose, los ojos aún cerrados—. Necesitamos el cubo de Möbius.

—Demonios —masculló el cónsul. Sacudió a Het Masteen—. ¿Por qué lo necesitamos? Masteen, ¿por qué lo necesitamos? —El templario movió la cabeza y se desmayó de nuevo.

—Yo lo traeré —dijo Duré. El pálido sacerdote tenía un aspecto avejentado y enfermo.

El cónsul asintió, se echó a Het Masteen sobre los hombros, ayudó a Sol a incorporarse y avanzó valle abajo, sintiendo que las mareas de los campos antientrópicos amainaban a medida que se alejaban de la Esfinge.

El padre Duré trepó por el sendero, subió la larga escalera y entró tambaleando en la Esfinge, aferrándose a las ásperas piedras como un marinero se agarraría a un cabo en un mar encrespado. La Esfinge parecía oscilar, escorándose ora hacia un lado, ora hacia el otro. Duré sabía que era una distorsión provocada por las violentas mareas de tiempo, pero aun así se arrodilló para vomitar en la piedra.

Las mareas cesaron un instante, como un oleaje brusco al descansar entre un embate y otro, y Duré se incorporó, se enjugó la boca con el dorso de la mano y entró trastabillando en la oscura tumba.

No tenía linterna; avanzó a tientas por el corredor, aterrado por la sensación de tocar algo pulido y frío en la oscuridad o de entrar en la sala donde había renacido y encontrar allí su propio cadáver, recién salido de la tumba. Gritó, pero el sonido se perdió en el huracán de sus palpitaciones cuando las mareas de tiempo embistieron de nuevo.

La sala donde habían dormido estaba sumida en una profunda oscuridad, pero Duré distinguió el guiño de las luces del cubo de Möbius.

Entró tambaleando en la sala atiborrada y cogió el cubo, alzándolo en un repentino estallido de adrenalina. Las cintas de resumen del cónsul mencionaban el artefacto —el misterioso equipaje de Masteen durante la peregrinación— y el hecho de que presuntamente contenía un erg, una de esas criaturas energéticas utilizadas para impulsar una nave templaria. Duré ignoraba por qué el erg era importante ahora, pero aferró la caja mientras regresaba tropezando en el pasillo, bajaba la escalera y se internaba en el valle.

—¡Aquí! —llamó el cónsul desde la primera Tumba Cavernosa, al pie del risco—. Es mejor aquí.

Duré subió trabajosamente por el sendero, asiendo el cubo a duras penas en su confusión y su repentino agotamiento; el cónsul lo ayudó los últimos treinta pasos.

En el interior se estaba mejor. Duré sentía el flujo y reflujo de las mareas de tiempo frente a la entrada, pero el fondo de la cueva, bajo la luz fría de lámparas que revelaban intrincadas tallas, daba casi una sensación de normalidad.

El sacerdote se desplomó junto a Sol Weintraub y colocó el cubo de Möbius cerca de la silenciosa pero atenta figura de Het Masteen.

—Despertó cuando usted se acercaba —susurró Sol. Los ojos de la niña eran muy anchos y oscuros en la tenue luz.

El cónsul se sentó junto al templario.

—¿Por qué necesitamos el cubo? Masteen, ¿por qué lo necesitamos?

Het Masteen no parpadeó.

—Nuestro aliado —susurró—. Nuestro único aliado contra el Señor del Dolor. —Hablaba con el curioso acento del mundo templario.

—¿De qué manera es nuestro aliado? —preguntó Sol, cogiendo la túnica del hombre con ambos puños.

—¿Cómo lo usamos? ¿Cuándo?

El templario miraba a lo lejos.

—Luchamos por ese honor —jadeó con voz ronca—. La Verdadera Voz del *Sequoia* Sempervirens fue la primera en establecer contacto con el cibrido Keats, pero yo fui honrado por la luz del Muir. El *Yggdrasill*, mi *Yggdrasill* fue ofrecido en expiación por nuestros pecados contra el Muir. —El templario cerró los ojos. La ligera sonrisa no congeniaba con los severos rasgos.

El cónsul miró a Duré y a Sol.

—Eso me suena a terminología del culto del Alcaudón, no a dogma templario.

—Quizá sea ambas cosas —susurró Duré—. Hubo alianzas más extrañas en la historia de la teología.

Sol acercó la palma a la frente del templario. El hombre hervía de fiebre. Sol hurgó en el suministro médico en busca de una jeringa para el dolor o una compresa para la fiebre. Al hallar una, titubeó.

—No sé si los templarios están dentro de las normas médicas estándar. No quisiera que una reacción alérgica lo matara.

El cónsul cogió la compresa y la aplicó al frágil brazo del templario.

—Están dentro de la norma. —Se acercó al templario—. Masteen, ¿qué sucedió en la carreta eólica?

El templario abrió los ojos turbios.

—¿Carreta eólica?

—No comprendo —susurró el padre Duré.

Sol lo llevó aparte.

—Masteen no llegó a contar su historia durante la peregrinación —susurró—. Desapareció durante nuestra primera noche en la carreta eólica. Quedó sangre detrás, mucha sangre, así como el equipaje y el cubo de Möbius. Pero Masteen no estaba.

—¿Qué sucedió en la carreta eólica? —insistió el cónsul. Sacudió la cara del templario—. ¡Piense, Verdadera Voz del Árbol, Het Masteen!

La cara del hombre se alteró, los ojos se aclararon, los rasgos asiáticos cobraron su aspecto severo y familiar.

—Liberé lo elemental de su confinamiento…

—El erg —susurró Sol al pasmado sacerdote.

—… y lo sujeté con la disciplina mental que había aprendido en las Ramas Altas. Pero luego, de repente, el Señor del Dolor vino a nosotros.

—El Alcaudón —susurró Sol.

—¿Era sangre de usted la que estaba derramada allí? —preguntó el cónsul al templario.

—¿Sangre? —Masteen se cubrió con la cogulla para ocultar su turbación—. No, no era mi sangre. El Señor del Dolor tenía un… celebrante en su puño. El hombre forcejeaba, intentando escapar de las espinas de la expiación…

—¿Y qué hay del erg? —presionó el cónsul—. El elemental. ¿Qué esperaba usted que hiciera? ¿Protegerle del Alcaudón?

El templario frunció el ceño y se llevó una mano trémula a la frente.

—Él no estaba listo. Yo no estaba listo. Lo devolví a su encierro. El Señor del Dolor me tocó en el hombro. Yo me sentí satisfecho de que mi expiación llegara a la misma hora que el sacrificio de mi nave arbórea.

Sol se acercó a Duré.

—La nave arbórea *Yggdrasill* fue destruida en órbita aquella misma noche —susurró.

Het Masteen cerró los ojos.

—Cansado —musitó con un hilo de voz. El cónsul lo sacudió de nuevo.

—¿Cómo llegó usted aquí? Masteen, ¿cómo llegó aquí desde el Mar de Hierba?

—Desperté entre las Tumbas —susurró el templario sin abrir los ojos—. Desperté entre las tumbas. Cansado. Debo dormir.

—Déjele descansar —indicó el padre Duré.

El cónsul asintió y acomodó al hombre para que durmiera.

—Nada tiene sentido —susurró Sol mientras tres hombres y un bebé, sentados en la penumbra, sentían el flujo y reflujo de las mareas de tiempo.

—Perdemos un peregrino, ganamos otro —murmuró el cónsul—. Es como un juego extravagante.

Una hora después oyeron el eco de los disparos valle abajo.

Sol y el cónsul estaban agazapados junto a la forma silenciosa de Brawne Lamia.

—Necesitaríamos un láser para cortar esa cosa —dijo Sol—. Sin Kassad, tampoco tenemos armas.

El cónsul tocó la muñeca de la joven.

—Si cortamos, podemos matarla.

—Según el biomonitor, ella ya está muerta.

El cónsul sacudió la cabeza.

—No, está ocurriendo algo más. Esa cosa debe de estar sondeando la persona cíbrida Keats que ella lleva dentro. Cuando termine, quizá nos devuelva a Brawne.

Sol alzó a su hijita de tres días y miró hacia el valle reluciente.

—Qué locura. Nada sale como habíamos previsto. Ojalá su maldita nave estuviera aquí, tendríamos instrumentos cortantes para liberar a Brawne de esta cosa… y ella y Masteen tendrían una oportunidad de sobrevivir en el quirófano.

El cónsul permaneció de rodillas, mirando el vacío.

—Aguarde aquí, por favor —dijo al cabo de un momento. Se levantó y desapareció en las oscuras fauces de la Esfinge. Cinco minutos después regresó con su gran bolso de viaje.

Sacó una alfombra enrollada y luego la desplegó sobre el escalón superior.

Era una alfombra antigua, con poco menos de dos metros de largo y poco más de un metro de ancho.

La tela intrincadamente tejida se había desteñido con los siglos, pero las hebras de vuelo de monofilamento aún brillaban como oro en la penumbra.

Cables delgados iban desde la alfombra hasta una célula energética que el cónsul desprendió.

—Santo Dios —susurró Sol. Recordaba la historia del cónsul acerca del trágico romance de su abuela Siri con el navegante Merin Aspic de la Hegemonía. Ese romance había iniciado una rebelión contra la Hegemonía y había sumido a Alianza-Maui en años de guerra. Merin Aspic había volado a Primersitio en la alfombra voladora de un amigo.

El cónsul asintió.

—Perteneció a Mike Osho, el amigo del abuelo Merin. Ella la dejó en su tumba para que Merin la encontrara. Él me la dio a mí cuando yo era niño, antes de la Batalla del Archipiélago, donde murieron él y el sueño de libertad.

Sol acarició el antiguo artefacto.

—Es una lástima que no funcione aquí.

—¿Por qué no? —preguntó el cónsul.

—El campo magnético de Hyperion está por debajo del nivel crítico de los vehículos electromagnéticos. Por esta razón hay dirigibles y deslizadores y no VEM, por eso también la *Benarés* ya no era una barcaza de levitación. —Calló, sintiéndose ridículo por explicar todo esto a un hombre que había sido cónsul de la Hegemonía en Hyperion durante once años locales—. ¿O me equivoco?

El cónsul sonrió.

—Usted tiene razón en cuanto a los VEM estándar. Demasiada proporción masa-elevación. Pero la alfombra voladora es pura elevación, casi sin masa. La probé cuando vivía en la capital. Es un viaje con sobresaltos… pero funciona con una persona a bordo.

Sol miró valle abajo, más allá de las formas relucientes de la Tumba de Jade, el Obelisco y el Monolito de Cristal, hasta donde las sombras de la pared rocosa ocultaban la entrada en las Tumbas de Tiempo. Se preguntó si el padre Duré y Het Masteen aún estaban a solas, si aún estaban vivos.

—¿Piensa ir a buscar ayuda?

—Uno de nosotros irá a buscar ayuda. A traer la nave. O al menos liberarla y enviarla aquí. Podríamos decidir quién va echándolo a suertes.

Esta vez fue Sol quien sonrió.

—Piense un poco, amigo mío. Duré no está en condiciones de viajar y en todo caso no conoce el camino. Yo… —Sol alzó a Rachel hasta rozarle la cabeza con la mejilla—. El viaje podría durar varios días. Nosotros no disponemos de varios días. Si he de hacer algo por ella, debo quedarme aquí y correr mis riesgos. Tiene que ir usted.

El cónsul suspiró pero no discutió.

—Además —añadió Sol—, la nave le pertenece. Si alguien puede liberarla de la prohibición de Gladstone, usted es el indicado. Por otra parte, conoce bien al gobernador general.

El cónsul miró hacia el oeste.

—Me pregunto si Theo aún estará en el poder.

—Regresemos a comentar nuestro plan con el padre Duré —dijo Sol—. Además, dejé los suministros de lactancia en la caverna, y Rachel tiene hambre.

El cónsul enrolló la alfombra, la guardó en la mochila y miró a Brawne Lamia, el cable obsceno que se internaba en la oscuridad.

—¿Ella estará bien?

—Pediré a Paul que regrese con una manta y le haga compañía mientras usted y yo trasladamos aquí a nuestro otro enfermo. ¿Partirá usted esta noche o esperará el amanecer?

El cónsul se frotó fatigosamente las mejillas.

—No me gusta la idea de cruzar las montañas de noche, pero no podemos perder tiempo. Partiré en cuanto haya ordenado algunas cosas.

Sol asintió y miró hacia la entrada del valle.

—Ojalá Brawne pudiera decirnos a qué lugar fue Silenus.

—Lo buscaré mientras vuelo —dijo el cónsul. Miró hacia las estrellas—. Calculemos de treinta y seis a cuarenta horas de vuelo para regresar a Keats. Unas horas para liberar la nave. Tendría que estar de vuelta dentro de dos días estándar.

Sol asintió, acunando a la niña inquieta. Su cansada pero afable expresión no ocultaba sus dudas. Apoyó la mano en el hombro del cónsul.

—Es correcto intentarlo, amigo mío. Vamos, hablemos con el padre Duré, veamos si nuestro otro compañero de viaje está despierto y comamos algo juntos. Parece que Brawne trajo suficientes provisiones para permitirnos un último banquete.

26

Cuando Brawne Lamia era niña y su padre, el senador, fue trasladado con la familia desde Lusus a las boscosas maravillas del Complejo Residencial Administrativo de Centro Tau Ceti, ella había visto la antigua película de dibujos animados *Peter Pan* de Walt Disney. Después de ver la película leyó el libro y ambos la cautivaron.

Durante meses, la niña de cinco años esperó que Peter Pan llegara una noche para llevársela. Dejaba notas bajo el gabinete indicando el camino hasta su dormitorio. Salía de la casa mientras sus padres dormían y se tendía en la blanda hierba del Parque de los Ciervos, contemplando el lechoso cielo nocturno de TC^2 y soñando con el niño de la Tierra de Nunca jamás, que una noche vendría a llevarla, volando hacia la segunda estrella a la derecha, siguiendo el viaje hasta la mañana. Ella sería su compañera, la madre de los chicos descarriados, la gran enemiga del maléfico Garfio y, ante todo, la nueva Wendy de Peter, la nueva amiga del niño que no envejecía.

Veinte años más tarde, Peter fue finalmente a buscarla.

Lamia no sintió dolor, sólo un torrente helado cuando la garra de acero del Alcaudón penetró en la conexión neural situada detrás de la oreja. Luego Lamia echó a volar.

Una vez había atravesado el plano de datos y penetrado en la esfera de datos. Sólo semanas antes, Lamia había entrado en la matriz del TecnoNúcleo con su ciberfan favorito, el tonto BB Surbringer, para ayudar a Johnny a robar su persona cíbrida. Habían penetrado en la periferia y robado la personalidad, pero habían activado una alarma y BB había muerto. Lamia no quería entrar de nuevo en la esfera de datos.

Pero allí estaba.

La sensación no se parecía en nada a lo que había experimentado con el comlog o los nódulos. Eso era como un simulador —como estar en medio de un holodrama a todo color con estéreo envolvente— pero esto era como *estar allí*.

Peter al fin había ido a llevarla.

Lamia se elevó sobre la curva del limbo planetario de Hyperion, viendo los rudimentarios canales de microondas y comunicaciones de banda estrecha que allí conformaban una embrionaria esfera de datos. No se detuvo a examinarla, pues seguía un extraño umbilical anaranjado hacia las verdaderas avenidas y autopistas del plano de datos.

FUERZA y el enjambre éxter invadían el espacio de Hyperion y ambos traían consigo los intrincados pliegues y tracerías de la esfera de datos. Con nuevos ojos, Lamia pudo ver los mil niveles del flujo de datos de FUERZA, un verde y turbulento océano de información entrecruzado por rojizas venas de canales herméticos y giratorias esferas violáceas con sus fagos negros, las IAs de FUERZA. Este seudópodo de la gran megaesfera de la Red salía del espacio normal por los negros embudos de los teleyectores de a bordo, junto con expansivos frentes ondulatorios de olas superpuestas e instantáneas que Lamia reconoció como estallidos continuos de una veintena de transmisores ultralínea.

Vaciló, sin saber de pronto adónde ir, por dónde tomar. Era como si volara y su incertidumbre pusiera en peligro la magia, amenazando con arrojarla al suelo.

Entonces Peter le cogió la mano y la alzó.

«¡Johnny!».

«Hola, Brawne».

La imagen corporal de Lamia cobró existencia en cuanto ella vio y sintió la comunicación. Era Johnny, como lo había visto la última vez: su cliente y amante, el Johnny de los pómulos salientes, los ojos castaños, la nariz compacta y la mandíbula maciza. Los rizos rojizos de Johnny aún le caían en el cuello y el rostro todavía

revelaba la misma energía. La sonrisa de Johnny le hizo derretirse por dentro.

¡Johnny! Lo abrazó, y *sintió* el abrazo, *sintió* las fuertes manos de él en la espalda mientras flotaban por encima de todo, *sintió* los senos que se aplastaban contra el pecho de Johnny mientras él la estrechaba con una fuerza asombrosa en un físico tan menudo. Se besaron y era innegable que eso era real.

Lamia flotaba apoyándole las manos en los hombros. El gran océano de datos les alumbraba la cara con un fulgor verde y violáceo.

«*¿Esto es real?*». Lamia oyó su voz y su acento, aunque sabía que sólo había pensado la pregunta.

«*Sí. Tan real como puede serlo cualquier parte de la matriz del plano de datos. Estamos en el linde de la megaesfera en el espacio de Hyperion*». La voz de Johnny aún tenía ese acento elusivo que la fascinaba y enloquecía.

«*¿Qué ha sucedido?*». Con estas palabras, Lamia comunicó imágenes de la aparición del Alcaudón, la repentina y terrible penetración de aquel dedo metálico.

«*Sí* —pensó Johnny mientras la abrazaba con más fuerza—. *De algún modo me liberó del bucle Schrön y nos proyectó directamente a la esfera de datos*».

«¿Estoy muerta, Johnny?».

Johnny Keats sonrió.

La meció, la besó, giró para que ambos vieran el espectáculo de arriba y abajo.

«No, no estás muerta, Brawne, aunque quizás estés conectada a un extravagante sistema de soporte vital mientras tu análogo vagabundea por aquí conmigo».

«¿Tú estás muerto?».

Él sonrió de nuevo.

«Ya no, aunque la vida en un bucle Schrön no es todo lo que debería ser. Era como soñar los sueños de otro».

«Yo soñé contigo».

Johnny asintió.

«Creo que no era yo. Yo tuve los mismos sueños: conversaciones con Meina Gladstone, atisbos de los consejos de gobierno de la Hegemonía…».

«¡Si!»

Él le estrujó la mano.

«Sospecho que han reactivado a otro cíbrido Keats. De algún modo pudimos conectarnos a través de los años-luz».

«¿Otro cíbrido? ¿Cómo? Tú destruiste el molde del Núcleo, liberaste la personalidad…».

Su amante se encogió de hombros. Llevaba una camisa arrugada y un extraño chaleco de seda. El flujo de datos los teñía a ambos con pulsaciones de neón.

«Sospeché que habría más copias de las que BB y yo podríamos localizar en una penetración tan superficial de la periferia del Núcleo. No importa, Brawne. Si hay otra copia, él es yo, y no creo que sea un enemigo. Ven, exploremos».

Lamia titubeó un instante mientras él la arrastraba arriba.

«¿Explorar qué?».

«Ésta es nuestra oportunidad de ver lo que ocurre, Brawne. Una oportunidad de llegar al fondo de muchos misterios».

«*No sé si quiero hacerlo, Johnny*», dijo Lamia con inusitada timidez.

Él giró para mirarla.

«¿Esta es la detective que conocí? ¿Qué ha ocurrido con la mujer que no soportaba los secretos?».

«He pasado momentos muy difíciles, Johnny. He logrado mirar atrás y comprender que hacerme detective fue, en gran medida, una reacción ante el suicidio de mi padre. Aún trato de resolver los detalles de su muerte. Entretanto, muchas personas han sido lastimadas en la vida real. Entre ellas tú, querido».

«¿Y lo has resuelto?».

«¿Qué?».

«La muerte de tu padre».

Lamia frunció el ceño.

«No lo sé. No lo creo».

Johnny señaló el flujo y reflujo de la esfera de datos.

«Allá nos aguardan muchas respuestas, Brawne. Si tenemos el valor de buscarlas».

Ella le cogió la mano de nuevo.

«Podríamos morir allí».

«Sí».

Lamia titubeó, miró hacia Hyperion. El mundo era una curva oscura con aislados bolsones de datos que brillaban como fogatas en la noche.

El gran océano vibraba y palpitaba con luces y ruidos de datos, y Brawne sabía que era sólo una mínima prolongación de la megaesfera.

Sabía que sus análogos renacidos podrían ir a lugares con los que ningún ciberfan había soñado.

Con Johnny como guía, llegarían a honduras de la megaesfera y el TecnoNúcleo que ningún humano había explorado. Lamia tenía miedo.

Pero al fin estaba con Peter Pan. Y la Tierra de Nunca jamás la llamaba.

«¿De acuerdo, Johnny? ¿Qué estamos esperando?».

Se elevaron juntos hacia la megaesfera.

27

El coronel Fedmahn Kassad siguió a Moneta por el portal y se encontró en una vasta superficie lunar donde un terrible árbol de espinas se erguía a cinco kilómetros de altura contra un cielo rojo sangre. Figuras humanas se contorsionaban en las ramas y espinas: las más cercanas eran reconocibles en su humanidad y dolor; las más alejadas, empequeñecidas por la distancia, parecían racimos de uvas pálidas.

Kassad parpadeó y cobró aliento bajo la superficie del traje cutáneo. Miró alrededor, apartando los ojos de aquel árbol obsceno.

Lo que había considerado una llanura lunar era la superficie de Hyperion, en la entrada del Valle de las Tumbas de Tiempo, pero un Hyperion muy cambiado. Las dunas estaban congeladas y distorsionadas, como si una explosión térmica las hubiera transformado en cristal; las rocas se habían derretido y solidificado en glaciares de piedra pálida. No había atmósfera. El cielo tenía la diáfana e implacable oscuridad de un satélite sin aire. El sol no era el de Hyperion; la luz no pertenecía a la experiencia humana. Kassad alzó la mirada y los filtros de visión del traje se polarizaron para rechazar las energías que colmaban el cielo con bandas rojas y capullos blancos.

Abajo, el valle vibraba como siguiendo temblores invisibles. Las Tumbas de Tiempo relucían con su energía interior, pulsaciones de luz fría que surcaban el suelo del valle desde cada entrada, portal y abertura. Las Tumbas lucían nuevas, pulidas, brillantes.

Kassad comprendió que sólo el traje le permitía respirar y proteger su piel del frío lunar que había reemplazado la calidez del desierto. Se volvió hacia Moneta, intentó articular una pregunta inteligente, no lo consiguió. Observó de nuevo el imposible árbol.

El árbol de espinas parecía hecho del mismo acero y cromo y cartílago que el Alcaudón: a todas luces artificial pero

espantosamente orgánico.

El tronco tenía más de doscientos metros de grosor en la base y las ramas inferiores eran igualmente anchas, pero las ramas y espinas menores pronto se ahusaban como estiletes y se alzaban al cielo con su carga atroz de frutos humanos.

Era imposible que los humanos empalados pudieran vivir mucho tiempo; doblemente imposible que lograran sobrevivir en el vacío de este lugar apartado del espacio y del tiempo. Pero sobrevivían y sufrían.

Kassad observó sus contorsiones. Todos estaban vivos. Todos padecían.

El dolor era un gran sonido más de lo audible, un enorme e incesante bocinazo, como si miles de dedos torpes pulsaran miles de teclas de un macizo órgano de sufrimiento. El dolor resultaba tan palpable que Kassad escrutó el cielo ardiente como si el árbol fuera una pira o un faro enorme que irradiara ondas de dolor claramente visibles.

Sólo había la cruda luz y el silencio lunar.

Kassad elevó el aumento de las lentes de visión del traje y miró de rama en rama, de espina en espina. Las gentes que se contorsionaban eran de ambos sexos y de todas las épocas. Usaban vestimentas desgarradas y cosméticos despintados que abarcaban muchas décadas o siglos. Muchos estilos resultaban desconocidos para Kassad, quien supuso que estaba viendo a víctimas de su futuro. Había miles, decenas de miles de víctimas. Todas vivas. Todas sufriendo.

Kassad se concentró en una rama que estaba a cuatrocientos metros del suelo, un racimo de espinas y cuerpos alejados del tronco, una espina de tres metros de longitud donde se retorcía una conocida capa roja.

La figura se contorsionó, pataleó, se volvió hacia Fedmahn Kassad.

Era Martin Silenus, empalado.

Kassad maldijo y apretó los puños con tal fuerza que le dolieron los nudillos. Buscó sus armas, mientras aumentaba la visión para escrutar el Monolito de Cristal. Allí no había nada.

El coronel Kassad meneó la cabeza, comprendió que el traje cutáneo era mejor arma que las que había llevado a Hyperion y echó a andar hacia el árbol. No sabía cómo podría salvar a Silenus, bajar a todas las víctimas, pero lo intentaría o moriría en ello.

Kassad avanzó diez pasos y se detuvo en la curva de una duna congelada. El Alcaudón se interponía entre él y el árbol.

Advirtió que sonreía fieramente bajo el campo de fuerza cromado del traje. Hacía años que esperaba esto. Ésta era la guerra honorable a la cual había consagrado su vida y honor veinte años antes, en la Ceremonia de Masada de FUERZA. Combate singular entre guerreros. Una lucha para proteger a los inocentes. Kassad hizo una mueca, transformó el borde de su mano derecha en una hoja de plata y avanzó.

«¡Kassad!».

Miró hacia atrás al oír la voz de Moneta. La luz resbalaba por la superficie líquida del cuerpo desnudo cuando ella señaló hacia el valle.

Un segundo Alcaudón emergía de la tumba llamada Esfinge. Valle abajo, un Alcaudón salió de la entrada de la Tumba de Jade. Una cruda luz se reflejaba en las espinas y rebordes afilados cuando otro salió del Obelisco, a medio kilómetro.

Kassad los ignoró y se volvió hacia el árbol y el guardián.

Cien Alcaudones se interponían entre Kassad y el árbol. Cien más aparecieron a la izquierda. Kassad miró hacia atrás: una legión de Alcaudones impasibles como estatuas se erguían en las frías dunas y piedras derretidas.

Kassad se dio un puñetazo en la rodilla. Mierda.

Moneta se le acercó hasta que sus brazos se tocaron. Los trajes cutáneos se unieron como líquido y Kassad sintió la cálida frente de Moneta contra la suya. Sus muslos se rozaban.

«Te amo, Kassad».

Él observó las líneas perfectas del rostro de Moneta, ignoró la multitud de reflejos y colores y trató de recordar la primera vez que la había visto, en el bosque cercano a Agíncourt. Recordó los asombrosos ojos verdes y el cabello corto y castaño. El carnoso labio inferior, que sabía a lágrimas cuando él lo mordió por accidente.

Alzó una mano y le acarició la mejilla, sintiendo la tibieza de la piel debajo del traje.

«*Si me amas* —dijo—, *quédate aquí*».

El coronel Fedmahn Kassad giró sobre los talones y soltó un grito que sólo él oía en el silencio lunar: en parte un grito rebelde del pasado distante, en parte el grito de graduación de los cadetes de FUERZA, en parte grito de karate, y en parte puro desafío.

Corrió por las dunas hacia el árbol de espinas y el Alcaudón que lo custodiaba.

Ahora había miles de Alcaudones en los cerros y valles. Las garras chasquearon al unísono; la luz resbaló sobre decenas de miles de hojas y espinas agudas como escalpelos.

Kassad ignoró a los demás y corrió hacia el primer Alcaudón. Allá arriba, formas humanas se contorsionaban en la soledad del dolor.

El Alcaudón hacia el cual corría abrió los brazos como para estrecharlo. Hojas curvas surgieron de vainas ocultas en las muñecas, las articulaciones y el pecho.

Kassad gritó y acometió.

28

—No debería ir yo —dijo el cónsul.

Él y Sol habían llevado al inconsciente Het Masteen desde la Tumba Cavernosa hasta la Esfinge, mientras el padre Duré cuidaba de Brawne Lamia. Era casi medianoche y el valle relucía con el reflejo de las Tumbas. Las alas de la Esfinge formaban arcos en el retazo de cielo que alcanzaban a ver entre las paredes de roca. Brawne permanecía inmóvil y el obsceno cable serpeaba hacia la oscuridad de la tumba.

Sol tocó el hombro del cónsul.

—Ya hemos hablado de ello. Debe ir usted.

El cónsul meneó la cabeza y acarició la alfombra voladora.

—Quizá pueda transportar a dos. Usted y Duré podrían llegar adonde está amarrada la *Benarés*.

Sol sostuvo la cabecita de su hija mientras la acunaba.

—Rachel tiene dos días de edad. Además, aquí es donde debemos estar.

El cónsul miró alrededor con expresión dolorida.

—Aquí es donde yo debo estar. El Alcaudón…

Duré se inclinó hacia delante. El brillo de la tumba le alumbró la alta frente y las huesudas mejillas.

—Hijo mío, si usted se queda aquí, sólo será para suicidarse. Si usted intenta recobrar la nave para Lamia y el templario, estará ayudando a otros.

El cónsul se frotó las mejillas. Estaba muy cansado.

—Hay lugar para usted en la estera, padre.

Duré sonrió.

—Sea cual fuere mi destino, siento que debo encontrarlo aquí. Esperaré a que usted regrese.

El cónsul agitó la cabeza de nuevo, pero se sentó con las piernas cruzadas en la alfombra, acercándose el bolso. Contó las raciones y

botellas de agua que Sol le había empacado.

—Son demasiadas. Usted necesitará más.

Duré rió.

—Tenemos comida y agua suficientes para cuatro días, gracias a Lamia. Después de eso, si hemos de ayunar, para mí no será nada nuevo.

—¿Y si regresan Silenus y Kassad?

—Pueden compartir nuestra agua —dijo Sol—. Podemos emprender otro viaje hasta la Fortaleza para buscar comida si regresan los demás.

El cónsul suspiró.

—De acuerdo. —Tocó las hebras de vuelo y los dos metros de alfombra se pusieron rígidos y se elevaron diez centímetros. Si había una oscilación en los inciertos campos magnéticos, no se apreciaba.

—Necesitará oxígeno para cruzar la montaña —apuntó Sol.

El cónsul mostró la máscara osmótica.

Sol le entregó la pistola automática de Lamia.

—No puedo…

—No nos será de ayuda contra el Alcaudón —explicó Sol—. Pero puede ayudarle a llegar a Keats.

El cónsul asintió y guardó el arma en el bolso. Estrechó la mano del sacerdote y la del viejo profesor. Los deditos de Rachel le rozaron el brazo.

—Buena suerte —deseó Duré—. Que Dios lo acompañe.

El cónsul asintió, tocó los dibujos de vuelo y se inclinó hacia delante mientras la alfombra voladora se elevaba cinco metros, se bamboleaba ligeramente y ascendía como deslizándose por rieles invisibles.

El cónsul enfiló hacia la entrada del valle, sobrevoló las dunas y se dirigió hacia los yermos. Miró atrás sólo una vez. Las cuatro figuras que se hallaban en el escalón superior de la Esfinge, dos hombres de pie, dos formas reclinadas, parecían muy pequeñas. No pudo distinguir a la niña en los brazos de Sol.

Tal como habían convenido, el cónsul se dirigió al oeste para sobrevolar la Ciudad de los Poetas con la esperanza de hallar a Martin Silenus. La intuición le decía que el irascible poeta podía estar allí. Las explosiones de la batalla espacial eran relativamente tenues y el cónsul tuvo que escudriñar sombras donde no penetraba la luz de las estrellas mientras pasaba a veinte metros de las torres y cúpulas derruidas. No había señales del poeta. Si Brawne y Silenus habían pasado por allí, los vientos nocturnos que ahora agitaban el pelo ralo y las ropas del cónsul habían borrado las huellas.

Hacía frío a esa altitud. El cónsul tembló mientras la alfombra se orientaba por inestables líneas de fuerza. Dado el traicionero campo magnético de Hyperion y la vejez de las hebras EM, era muy posible que la estera cayera a tierra mucho antes de llegar a la capital.

El cónsul gritó el nombre de Martin Silenus varias veces, pero sólo le respondió el aleteo de unas palomas que echaron a volar sobre la derruida cúpula de una galería. Meneó la cabeza y enfiló hacia la Cordillera de la Brida.

A través de su abuelo Merin, el cónsul conocía la historia de aquella alfombra voladora. Había sido una de las primeras que se fabricaron, diseñadas por Vladimir Sholokov, famoso lepidopterólogo de la Red e ingeniero de sistemas EM, y quizá fuera la alfombra que el ingeniero había regalado a su sobrina adolescente. El amor de Sholokov por la muchacha se había vuelto legendario, así como el hecho de que ella había rechazado el obsequio.

Pero a otros les había gustado la idea, y aunque las alfombras pronto se prohibieron en mundos con un control de tráfico sensato, se siguieron usando en mundos coloniales. Ésta había permitido al abuelo del cónsul conocer a su abuela Siri en Alianza-Maui.

El cónsul miró hacia la cordillera. Diez minutos de vuelo habían cubierto la marcha de dos horas por los yermos. Los otros le habían pedido que no se detuviera en la Fortaleza de Cronos para buscar a Silenus; el destino que hubiera sufrido el poeta podría afectar al

cónsul antes del verdadero comienzo del viaje. Se contentó con revolotear cerca de las ventanas, a poca distancia de la terraza desde donde habían contemplado el valle tres días antes, para gritar el nombre de Silenus.

Sólo ecos le respondieron desde los oscuros salones y corredores. El cónsul aferró los bordes de la alfombra voladora, sintiendo la altitud y la peligrosa cercanía de aquellas imponentes paredes de piedra. Sintió alivio cuando se alejó de la Fortaleza, ganó altura y trepó hacia los pasos de montaña donde la nieve relucía bajo la luz de las estrellas.

Siguió los cables del funicular, que ascendían al paso y conectaban los picos de nueve mil metros que jalonaban la vasta cordillera. Hacía mucho frío a esa altura, y el cónsul agradeció la capa térmica extra de Kassad, arrebujándose en ella para cubrirse las manos y las mejillas. El gel de la máscara osmótica se le adhería al rostro como un parásito hambriento, sorbiendo el escaso oxígeno que encontraba.

Bastaba. El cónsul aspiraba despacio mientras volaba a diez metros de los cables cubiertos de hielo. Los funiculares no funcionaban, y el aislamiento resultaba sobrecogedor por encima de los glaciares, los abruptos picos y los valles amortajados de sombras. El cónsul se alegró de realizar el viaje, al menos para contemplar la belleza de Hyperion por última vez, no estropeada por la temible amenaza del Alcaudón o la invasión éxter.

El funicular había tardado doce horas en trasladarlos del sur al norte. Aunque la alfombra volaba a sólo veinte kilómetros por hora, el cónsul efectuó el cruce en seis horas. El amanecer lo sorprendió todavía sobre los altos picos. Despertó sobresaltado, comprendió con alarma que había estado soñando mientras la estera enfilaba hacia una cima. Había cantos rodados y campos de nieve a cincuenta metros. Un pájaro negro con tres metros de envergadura —los lugareños lo llamaban heraldo— abandonó su helada guarida y flotó en el aire, escrutándolo con ojos negros y turbios. El cónsul viró a la izquierda, notó que algo fallaba en el equipo de vuelo y cayó treinta

metros, hasta que las hebras de vuelo hallaron apoyo y estabilizaron la estera.

El cónsul aferró los bordes de la alfombra con dedos blanquecinos. Se había sujetado la correa del bolso al cinturón, de lo contrario este habría caído a un glaciar.

No había indicios del funicular. El cónsul se había dormido, volando a la deriva. Por un instante sintió pánico, viró hacia un lado y otro, buscando desesperadamente un sendero entre los picos dentados. Luego descubrió el dorado sol de la mañana en las laderas, a la derecha. Las sombras crecían sobre los glaciares y la alta tundra detrás y a la izquierda, y comprendió que estaba en el camino correcto. Más allá de la última estribación de altas cimas se hallaban los cerros del sur. Y más allá…

La alfombra titubeó cuando el cónsul tocó los controles para elevarla, pero ascendió con desgana hasta dejar atrás el último pico de nueve mil metros y el cónsul alcanzó a ver las montañas más bajas, cerros con sólo trescientos metros sobre el nivel del mar. El cónsul descendió agradecido.

La línea del funicular brillaba al sol a ocho kilómetros. Los coches colgaban en silencio en la estación terminal oeste. Los escasos edificios de la aldea Reposo del Peregrino parecían tan abandonados como varios días antes. No había indicios de la carreta eólica que habían dejado en el muelle que se internaba en los bajíos del Mar de Hierba.

El cónsul descendió cerca del muelle, desactivó la estera, estiró las doloridas piernas. Enrolló la alfombra y halló un retrete en uno de los edificios abandonados cerca del muelle. Cuando salió, el sol de la mañana bañaba los cerros y borraba las últimas sombras. Al sur y al oeste se extendía el Mar de Hierba, y su llanura de meseta quedaba desmentida por brisas ocasionales que creaban ondas en la superficie verde, revelando por un instante tallos rojizos y ultramarinos, en un movimiento tan oceánico que uno esperaba ver crestas de olas y peces brincando.

No había peces en el Mar de Hierba, pero sí serpientes de veinte metros de longitud. Si la alfombra fallaba allí, no bastaría un buen aterrizaje para conservar la vida mucho tiempo.

El cónsul desenrolló la alfombra, acomodó el bolso, activó la estera. Viajó a baja altura —veinticinco metros por encima de la superficie—, pero no tanto como para que una serpiente de hierba lo confundiera con un bocado volante. La carreta eólica había tardado menos de un día en cruzar el Mar, pero los frecuentes vientos del nordeste habían exigido muchas maniobras. El cónsul pensaba que podría sobrevolar la franja más estrecha del Mar en menos de quince horas. Tocó los controles de aceleración.

A los veinte minutos, las montañas quedaron atrás y los cerros se perdieron a lo lejos. Una hora más tarde, los picos se encogieron, la base oculta por la curvatura del horizonte. A las dos horas, el cónsul sólo distinguía los picos más altos como una sombra borrosa y dentada elevándose en la bruma.

Luego el Mar de Hierba abarcó todos los horizontes, inmutable excepto por las sensuales ondas y surcos causadas por la brisa. Hacía más calor que en la alta meseta del norte de la Cordillera de la Brida. El cónsul se quitó la capa térmica, la chaqueta, el jersey. El sol era intenso a pesar de la alta latitud. El cónsul hurgó en el bolso, halló el arrugado y maltrecho tricornio que había usado con tanto aplomo dos días antes y se lo colocó para darse sombra. El sol ya le había curtido la frente y la calva incipiente.

A las cuatro horas tomó la primera comida del viaje, mascando las insípidas lonchas de proteínas como si fuera *filet mignon*. El agua fue la parte más deliciosa de la comida y el cónsul tuvo que contener su ansiedad de vaciar todas las botellas en una orgía de bebida.

El Mar de Hierba se extendía por doquier. El cónsul se adormiló, y despertaba de vez en cuando con una sensación de caída, aferrando el borde de la rígida alfombra. Comprendió que tendría que haberse sujetado con la única cuerda que traía en el bolso, pero no quería aterrizar. La hierba era aguzada y alta. Aunque no había visto las

estelas con forma de V que delataban a las serpientes de hierba, ignoraba si estaban descansando y al acecho.

Se preguntó adónde habría ido la carreta eólica. El vehículo era totalmente automático y presuntamente estaba programado por la Iglesia del Alcaudón, que patrocinaba la peregrinación. ¿Qué otros deberes cumpliría la carreta? El cónsul meneó la cabeza, se pellizcó las mejillas. Soñaba aun mientras pensaba en la carreta eólica. Quince horas habían parecido un tiempo corto al hablar de ello en el Valle de las Tumbas de Tiempo. Miró su comlog, habían transcurrido sólo cinco.

El cónsul elevó la alfombra a doscientos metros, buscó atentamente indicios de una serpiente y luego descendió a cinco metros por encima de la hierba. Cogió la cuerda, hizo un lazo, se movió hacia el frente y anudó varios tramos alrededor de la alfombra, dejando suficiente margen para acomodar el cuerpo antes de tensar el nudo.

La cuerda sería inútil si la estera caía, pero la tibieza de la soga contra la espalda le brindó una sensación de seguridad. Estabilizó la alfombra a cuarenta metros y apoyó la mejilla en el paño cálido. La luz del sol le atravesaba los dedos, y notó que los antebrazos desnudos se le estaban inflamando.

Estaba demasiado cansado para sentarse y bajarse las mangas.

Sopló una brisa. El cónsul oyó un susurro abajo: la hierba, o algo resbaladizo.

Estaba demasiado cansado para mirar. Cerró los ojos y se durmió enseguida.

El cónsul soñó con su hogar —su verdadero hogar de Alianza-Maui, y el sueño estaba lleno de color: el insondable cielo azul, la ancha extensión del Mar del Sur, el ultramarino que se volvía verde donde comenzaban los Bajíos Ecuatoriales, los sorprendentes verdes, amarillos y rojos orquídea de las islas móviles mientras los delfines las arreaban al norte. Los delfines se habían extinguido

durante la invasión de la Hegemonía, durante la infancia del cónsul, pero en el sueño vivían y hendían las aguas en grandes brincos, empapando el aire puro con mil prismas de luz.

En el sueño, el cónsul era de nuevo un niño y estaba en el nivel superior de una casa arbórea en su Isla de la Primera Familia. La abuela Siri estaba con él, no la majestuosa *grande dame* que había conocido, sino la bella joven de quien se había enamorado su abuelo. Las velas flameaban en los vientos del sur, desplazando el rebaño de islas móviles en una precisa formación a través de los azules canales de los Bajíos. En el horizonte del norte, el verde contorno de las islas fijas del Archipiélago Ecuatorial se perfilaba contra el cielo nocturno.

Siri le tocó el hombro y señaló hacia el oeste.

Las islas ardían, se hundían, agitaban las raíces de dolor. Los delfines habían desaparecido. Llovía fuego del cielo. Haces de mil millones de voltios quemaban el aire y dejaban sombras azuladas en la retina. Explosiones submarinas relampagueaban en los océanos y enviaban miles de peces y frágiles criaturas moribundas a la superficie.

—¿Por qué? —preguntaba la abuela Siri con el suave susurro de una adolescente.

El cónsul intentó responder, pero no pudo. Las lágrimas lo cegaban. Trató de cogerle la mano, pero ella ya no estaba, y la sensación de que se había ido, de que él nunca podría expiar sus pecados, resultaba tan dolorosa que le impedía respirar. La emoción le apretaba la garganta. Luego comprendió que el humo le irritaba los ojos y le llenaba los pulmones; la isla familiar estaba en llamas.

El niño que era el cónsul avanzó trastabillando en la azulada oscuridad, buscando a ciegas a alguien que le diera la mano y lo consolara.

Una mano se cerró sobre la del cónsul con implacable firmeza. Los dedos eran afilados.

El cónsul despertó jadeando.

Estaba oscuro. Había dormido por lo menos siete horas. Forcejeando con las cuerdas, se incorporó y miró el reluciente comlog.

Doce horas. Había dormido doce horas.

Le dolía cada músculo del cuerpo cuando se inclinó para mirar abajo. La alfombra mantenía una altura estable de cuarenta metros, pero el cónsul ignoraba dónde estaba. Abajo ondulaban las colinas. La alfombra debía de haber pasado a escasos metros de algunas de ellas; una hierba naranja y un liquen achaparrado crecían en matas esponjosas.

Había sobrevolado la costa sur del Mar de Hierba, dejando atrás el pequeño puerto de Linde y los muelles del río Hoolie, donde habían amarrado la *Benarés*.

El cónsul no tenía brújula —las brújulas no funcionaban en Hyperion— y su comlog no estaba programado para la búsqueda inercial de direcciones. Había previsto que se orientaría siguiendo el Hoolie al sur y al oeste, desandando el laborioso camino de su peregrinación río arriba, aunque salvando los recodos del río.

Ahora estaba perdido.

Posó la estera en una colina baja, pisó la tierra firme con un gruñido de dolor, desactivó la alfombra. Sabía que la carga de las hebras de vuelo debía de estar consumida por lo menos en un tercio, quizá más. Ignoraba cuánta eficacia perdía la estera con el paso del tiempo.

Al parecer se hallaba en la tosca campiña del sudoeste del Mar de Hierba, pero no había señales del río. El comlog indicaba que había anochecido hacía un par de horas, pero el cónsul no veía indicios del poniente en el oeste. El cielo estaba encapotado, y no se distinguían estrellas ni batallas espaciales.

—Mierda —jadeó. Caminó hasta recobrar la circulación, orinó en el borde de un pequeño despeñadero y regresó a la alfombra para

beber agua. *Piensa*.

Había fijado un curso sudoeste que tendría que haber abandonado el Mar de Hierba cerca del puerto de Linde. Si hubiera sobrevolado Linde y el río mientras dormía, el río estaría al sur y a la izquierda. Pero si había fijado mal el curso al salir de Reposo del Peregrino, tan sólo unos grados a la izquierda, el río se encontraría al nordeste y a la derecha. Aunque equivocara el camino, al final encontraría un hito —la costa de la Crin Norte, al menos—, pero el retraso le costaría un día entero.

El cónsul pateó una piedra y se cruzó de brazos. El aire estaba muy fresco después del calor del día. Tiritó y comprendió que el sol lo había afectado. Se tocó la coronilla y apartó los dedos con una maldición. *¿Hacia dónde?*

El viento silbaba en la salvia y el liquen. El cónsul se sentía muy lejos de las Tumbas de Tiempo y la amenaza del Alcaudón, pero la presencia de Sol, Duré, Het Masteen, Brawne y los desaparecidos Silenus y Kassad le pesaba sobre los hombros. El cónsul había participado en la peregrinación como un acto final de nihilismo, un suicidio insensato para poner fin al dolor: dolor ante la pérdida de hasta el *recuerdo* de su esposa y su hijo, muertos durante las maquinaciones de la Hegemonía en Bressia, y dolor ante el conocimiento de su terrible traición, traición al gobierno al que había servido durante casi cuatro décadas, traición a los éxters que habían confiado en él.

Se sentó en una roca y superó aquel inoportuno autodesprecio pensando en Sol y su hija, que aguardaban en el Valle de las Tumbas de Tiempo. Pensó en Brawne, aquella mujer valiente, pura energía, con la extensión parasitaria del mal del Alcaudón insertada en el cráneo.

Se sentó, activó la alfombra, se elevó a ochocientos metros, tan cerca del techo de nubes que podía tocarlas con la mano. Por un instante las nubes se entreabrieron y a la izquierda centelleó una onda. El Hoolie estaba cinco kilómetros al sur.

El cónsul viró hacia la izquierda. El fatigado campo de contención lo aplastó contra la alfombra, pero todavía se sentía más seguro sujeto con las cuerdas. Diez minutos después sobrevolaba el agua, descendiendo para comprobar si era el ancho Hoolie y no un afluente.

Era el Hoolie. Espejines radiantes aleteaban en las marismas de las orillas. Las altas torres almenadas de las hormigas-arquitecto arrojaban siluetas fantasmagóricas contra un cielo apenas más oscuro que la tierra.

El cónsul se elevó a veinte metros, tomó un sorbo de agua y avanzó río abajo a toda velocidad.

El amanecer lo encontró al pie de la aldea de Bosque de Doukhobor, casi en los Rizos de Karla, donde el Real Canal de Transporte enfilaba hacia los poblados septentrionales y la Crin.

El cónsul sabía que faltaban menos de ciento cincuenta kilómetros para la capital, pero aún quedaban siete insufribles horas a la baja velocidad de la alfombra voladora. Había esperado hallar un deslizador militar o un dirigible de pasajeros del Bosquecillo de Náyade, incluso una lancha patrullera. Pero no había señales de vida en las riberas del Hoolie, excepto edificios en llamas o lámparas de aceite en ventanas lejanas. No quedaban embarcaciones en los muelles. Los corrales de las mantas fluviales estaban vacíos, las grandes puertas abiertas a la corriente, y no había barcazas de transporte donde el río doblaba su anchura.

El cónsul soltó una imprecación y continuó volando.

Era una bella mañana. El amanecer iluminaba las nubes bajas y la luz baja y horizontal perfilaba cada arbusto y cada árbol. El cónsul tenía la sensación de no haber visto una vegetación verdadera desde hacía meses. Los árboles de raraleña y semirroble se elevaban a majestuosas alturas en los distantes acantilados, mientras que en la llanura la luz vibrante destacaba los verdes brotes de un millón de habichuelas-periscopio que se elevaban en las plantaciones nativas.

Mangles y helechos bordeaban las orillas, y cada rama se perfilaba contra la dura luz del amanecer.

Las nubes engulleron el sol. Comenzó a llover. El cónsul se caló el maltrecho tricornio, se acurrucó bajo la capa de Kassad y voló hacia el sur a cien metros.

El cónsul trató de recordar. *¿Cuánto tiempo tenía la niña Rachel?*

A pesar del largo sueño del día anterior, la mente del cónsul aún estaba afectada por toxinas de fatiga. *Rachel tenía cuatro días cuando llegaron al valle. Eso había sido… cuatro días atrás*.

El cónsul se frotó la mejilla, buscó una botella de agua, comprobó que todas estaban vacías. Podía descender y llenar las botellas en el río, pero no quería perder tiempo. La piel maltratada por el sol le dolía y lo hacía tiritar mientras la lluvia le goteaba del tricornio.

Sol dijo que bastaría con que yo regresara al anochecer. Rachel nació después de la medianoche, traducido a tiempo de Hyperion. Si eso es correcto, si no hay error, dispone hasta las ocho de esta noche. El cónsul se apartó el agua de las mejillas y las cejas. Calculemos siete horas más hasta Keats. Un par de horas para liberar la nave. Theo me ayudará… ahora es gobernador general. Puedo convencerlo de que a la Hegemonía le conviene contravenir la orden de cuarentena de Gladstone. Si es preciso, le diré que ella me ordenó que conspirase con los éxters para traicionar a la Red.

Digamos diez horas, más quince minutos de vuelo en la nave. Quedaría por lo menos una hora antes del ocaso. Rachel tendrá sólo unos minutos de edad pero… ¿qué? ¿Qué intentamos además de los tanques de fuga criogénica? Nada. Tiene que ser eso. Siempre fue la última oportunidad de Sol aunque los médicos advirtieron que podría matar a la niña. Pero ¿qué haremos con Brawne?

El cónsul tenía sed. Se apartó la capa, pero ahora la lluvia era una mera llovizna, apenas suficiente para mojarle los labios y la lengua y provocarle más sed. Maldijo entre dientes y empezó a

descender. Quizá pudiera revolotear sobre el río el tiempo suficiente para llenar la botella.

A treinta metros del río, la alfombra se detuvo. De pronto el suave descenso degeneró en una brusca caída en picado.

El cónsul gritó y trató de saltar, pero se enmarañó en la soga que lo unía a la estera y la correa del bolso. Cayó con la alfombra, rodando y pataleando, hasta chocar con la dura superficie del río Hoolie.

29

Sol Weintraub abrigaba grandes esperanzas la noche en que se marchó el cónsul. Al fin hacían algo, o al menos lo intentaban. Sol no creía que las bóvedas criogénicas de la nave fueran la solución para Rachel —los expertos médicos de Vector Renacimiento habían señalado que ese método era muy peligroso—, pero resultaba tranquilizador tener una posibilidad, *cualquier* posibilidad. Y Sol pensaba que ya habían sido pasivos durante mucho tiempo, mientras aguardaban la decisión del Alcaudón como condenados esperando la guillotina.

El interior de la Esfinge parecía muy traicionero aquella noche y Sol trasladó sus pertenencias al ancho porche de granito de la tumba, donde él y Duré cubrieron a Masteen y Brawne con mantas, utilizando las mochilas como almohadas. Los monitores médicos de Brawne no indicaban aún ninguna actividad cerebral, y el cuerpo descansaba cómodamente. Masteen se revolvía presa de la fiebre.

—¿Cuál cree usted que es el problema del templario? —preguntó Duré—. ¿Una enfermedad?

—Podría ser la mera exposición a la intemperie —apuntó Sol—. Después de ser secuestrado en la carreta eólica, deambuló por los yermos y el Valle de las Tumbas de Tiempo. Comió nieve, a falta de líquido, y no tenía ningún alimento.

Duré asintió y observó el emplasto médico de FUERZA que habían adherido al brazo de Masteen. Las señales indicaban que la solución intravenosa goteaba con regularidad.

—Sin embargo, parece haber algo más —indicó el jesuita—. Una especie de locura.

—Los templarios tienen una conexión casi telepática con sus naves arbóreas. Voz del Árbol Masteen debió de perder el juicio al ver la destrucción de la *Yggdrasill*. Sobre todo si sabía que era necesario.

Duré asintió y continuó enjugando la frente cerosa del templario. Había pasado la medianoche y el viento arreciaba, arremolinando el polvo bermejo y gimiendo entre las alas y los ásperos bordes de la Esfinge. Las Tumbas resplandecían y se apagaban sin orden ni secuencia aparente. En ocasiones el tirón de las mareas de tiempo asaltaba a ambos hombres, haciéndoles jadear y aferrar la piedra, pero la oleada de *déjà vu* y vértigo se desvanecía al cabo de un instante. No podían irse, pues Brawne Lamia estaba conectada a la Esfinge por el cable que se le introducía en el cráneo.

Poco antes del alba se desgarraron las nubes y asomó el cielo. Las apiñadas estrellas eran casi dolorosas en su nitidez. Durante un rato, los únicos indicios de las grandes flotas de combate fueron algunas estelas de fusión, aguzados trazos de diamante en el cristal de la noche, pero luego volvieron a florecer los capullos de explosiones distantes, y al cabo de una hora la violencia del cielo dominaba el fulgor de las Tumbas.

—¿Quién cree usted que ganará? —preguntó el padre Duré. Ambos estaban sentados de espaldas a la pared de la Esfinge, mirando el retazo de cielo que asomaba entre las alas curvas.

Sol masajeaba la espalda de Rachel, quien dormía de bruces, con el trasero erguido bajo las delgadas mantas.

—Por lo que comentan los demás, parece preordenado que la Red debe sufrir una guerra terrible.

—Entonces, ¿cree usted en las predicciones del Consejo Asesor IA?

Sol se encogió de hombros.

—No sé nada de política ni de la exactitud de las predicciones del Núcleo. Soy un modesto profesor de un pequeño colegio de un mundo apartado. Sin embargo, tengo la sensación de que nos espera algo terrible, de que una tosca bestia avanza hacia Belén para nacer.

Duré sonrió.

—Yeats —dijo. La sonrisa se disipó—. Sospecho que este lugar es la nueva Belén. —Miró valle abajo hacia las relucientes Tumbas—.

He pasado toda una vida enseñando las teorías de san Teilhard acerca de la evolución hacia el Punto Omega. En cambio, tenemos esto. Locura humana en los cielos, y un terrible Anticristo esperando para heredar el resto.

—¿Cree usted que el Alcaudón es el Anticristo?

El padre Duré se apoyó los codos en las rodillas y entrelazó las manos.

—Si no lo es, estamos en apuros. —Rió amargamente—. Poco tiempo atrás me habría encantado descubrir un Anticristo, incluso la presencia de una potestad antidivina habría servido para apuntalar mi frágil creencia en una divinidad.

—¿Y ahora?

Duré extendió los dedos.

—A mí también me crucificaron.

Sol evocó imágenes de la historia de Duré tal como la había narrado Lenar Hoyt: el anciano jesuita clavándose a un árbol tesla, sufriendo años de dolor y renacimiento para no sucumbir al parásito cruciforme que aún ahora llevaba en el pecho.

Duré dejó de mirar el cielo.

—Ningún padre celestial me dio la bienvenida —murmuró—. No tuve garantías de que el dolor y el sacrificio valieran la pena. Sólo dolor. Dolor y tinieblas y de nuevo dolor.

Sol dejó de acariciar a la niña.

—¿Y eso le hizo perder la fe?

Duré miró a Sol.

—Todo lo contrario, me hizo sentir que la fe es esencial. El dolor y la oscuridad han sido nuestra suerte desde la Caída del Hombre. Pero tiene que haber una esperanza de que podamos elevarnos a un plano más elevado… de que la conciencia evolucione hacia un plano más benévolo que su contrapunto, un universo consagrado a la indiferencia.

Sol asintió despacio.

—Durante la larga batalla de Rachel con el mal de Merlín tuve un sueño. Mi esposa Sarai tuvo el mismo sueño: que me llamaban para

sacrificar a mi única hija.

—Sí —apuntó Duré—. Escuché el resumen del cónsul en el disco.

—Entonces, ya conoce usted mi respuesta. Primero, que ya no podemos seguir el camino de obediencia de Abraham, aunque haya un Dios que exija tal obediencia. Segundo, que hemos ofrecido sacrificios a ese Dios durante demasiadas generaciones, que las cuotas de dolor deben cesar.

—Sin embargo, usted está aquí —dijo Duré, señalando el valle, las tumbas, la noche.

—Estoy aquí —reconoció Sol—. Pero no para suplicar, sino para averiguar qué respuesta ofrecen estos poderes a mi decisión. —Acarició de nuevo la espalda de la hija—. Rachel tiene ahora un día y medio, y rejuvenece a cada segundo. Si el Alcaudón es el arquitecto de semejante crueldad, quiero enfrentarme a él, aunque sea el Anticristo. Si hay un Dios que ha hecho esto, le demostraré el mismo desprecio.

—Tal vez todos hayamos demostrado demasiado desprecio —murmuró Duré.

Puntos de luz feroz se expandieron en vibraciones y ondas de choque, explosiones de plasma en el espacio.

—Ojalá tuviéramos la tecnología para combatir a Dios de igual a igual —masculló Sol—. Para acorralarlo en su guarida. Para resarcirnos por todas las injusticias que ha sufrido la humanidad. Para obligarlo a renunciar a su artera arrogancia o hacerlo saltar en pedazos.

El padre Duré enarcó una ceja y sonrió.

—Conozco la cólera que siente. —El sacerdote acarició con dulzura la cabeza de Rachel—. Tratemos de dormir un poco antes del amanecer.

Sol asintió, se tendió junto a la niña y se abrigó con la manta. Duré susurró algo que quizá fueran las buenas noches o una plegaria.

Sol acarició a su hija, cerró los ojos y durmió.

El Alcaudón no apareció aquella noche. Tampoco apareció a la mañana siguiente, cuando la aurora tiñó las paredes rocosas y rozó la cima del Monolito de Cristal. Sol despertó cuando la luz se internaba en el valle; encontró a Duré dormido, Masteen y Brawne aún inconscientes. Rachel estaba agitada. Lloraba como una recién nacida hambrienta. Sol la alimentó con uno de los últimos suministros, tirando del precinto de calefacción y esperando que la leche alcanzara la temperatura corporal. Había sido una noche fría en el valle y la escarcha relumbraba en los escalones de la Esfinge.

Rachel succionó ávidamente, gorgoteando suavemente como más de cincuenta años atrás, cuando Sarai la amamantaba. Cuando Rachel terminó, Sol la hizo eructar y se la apoyó en el hombro mientras se balanceaba.

Un día y medio.

Sol estaba muy cansado. Estaba envejeciendo a pesar del único tratamiento Poulsen de una década atrás. En la época en que él y Sarai quedaban liberados de sus obligaciones paternales —con su única hija en la universidad y en una remota excavación arqueológica—, Rachel había sido presa del mal de Merlín, y habían vuelto a sus deberes. Esos deberes aumentaban a medida que Sol y Sarai envejecían. Luego Sol quedó solo, después del accidente en Mundo de Barnard, y ahora estaba completamente agotado. A pesar de todo, Sol notaba con interés que no lamentaba un solo día de sus afanes.

Un día y medio.

El padre Duré despertó al cabo de un rato, y ambos prepararon el desayuno con las comidas enlatadas que Brawne había traído. Het Masteen no despertó, pero Duré recurrió al penúltimo equipo médico y el templario recibió fluidos y nutrición intravenosa.

—¿Cree usted que deberíamos aplicar el último equipo médico a Lamia? —preguntó Duré.

Sol suspiró e inspeccionó los monitores.

—No lo creo, Paul. Según esto, la concentración de azúcar en la sangre es elevada, por los niveles de nutrición, es como si acabara de tomar una buena comida.

—¿Cómo es posible?

Sol meneó la cabeza.

—Tal vez esa maldita cosa sea una especie de cordón umbilical. —Señaló el cable conectado al cráneo.

—¿Qué hacemos hoy?

Sol escrutó el cielo, que ya se transformaba en la bóveda verde y lapislázuli de Hyperion.

—Esperamos —dijo.

Het Masteen despertó en pleno calor del día, cuando el sol había llegado al cenit. El templario se sentó y exclamó:

—¡El Árbol!

Duré subió deprisa la escalinata. Sol levantó a Rachel y se acercó a Masteen. El templario observaba algo que estaba encima de las rocas. Sol miró pero sólo vio el pálido cielo.

—¡El Árbol! —repitió el templario, que alzó una mano curtida.

Duré contuvo al hombre.

—Está alucinando. Cree ver el *Yggdrasill*, su nave arbórea.

Het Masteen se resistió.

—No, no el *Yggdrasill* —jadeó con labios cuarteados—, el Árbol, el Árbol Final. ¡El Árbol del Dolor!

Ambos hombres miraron hacia arriba, pero sólo descubrieron nubes desflecadas que llegaban del sudoeste. En ese momento sobrevino una oleada de mareas de tiempo, y Sol y el sacerdote agacharon la cabeza con repentino vértigo. La oleada pasó.

Het Masteen intentaba incorporarse. Aún fijaba los ojos en un punto lejano. Tenía la piel tan caliente que quemó las manos de Sol.

—Traiga el último suministro médico —pidió Sol—. Programe la ultramorfina y el agente antipirético.

Duré se apresuró a obedecer.

—¡El Árbol del Dolor! —jadeó Het Masteen—. ¡Yo he de ser su Voz! ¡El erg debe conducirlo a través del espacio y del tiempo! ¡El obispo y la Voz del Gran Árbol me han escogido a mí. No puedo fallarles! —Forcejeó un instante en los brazos de Sol, se desplomó en el porche de piedra—. Soy el Verdadero Elegido —susurró mientras perdía energía como un globo pinchado—. Debo guiar el Árbol del Dolor durante el tiempo de la Expiación. —Cerró los ojos.

Duré conectó el último suministro médico, sintonizó el monitor para seguir las alteraciones metabólicas y químicas del templario, activó la adrenalina y los analgésicos. Sol se inclinó sobre Masteen.

—No es terminología ni teología templaria —señaló Duré—. Está usando el lenguaje del Culto del Alcaudón. —Miró a Sol—. Eso explica parte del misterio, sobre todo del relato de Brawne. Por alguna razón, los templarios han actuado en complicidad con la Iglesia de la Expiación Final, el Culto del Alcaudón.

Sol asintió, sujetó su comlog a la muñeca de Masteen y ajustó el monitor.

—El Árbol del Dolor debe de ser el legendario árbol de espinas del Alcaudón —musitó Duré, observando el cielo vacío a donde miraba Masteen—. Pero ¿qué significa que él y el erg fueron escogidos para conducirlo en el espacio y el tiempo? ¿De verdad cree que puede pilotar el árbol del Alcaudón tal como los templarios pilotan las naves arbóreas? ¿Por qué?

—Tendrá que preguntárselo en la próxima vida —suspiró Sol—. Ha muerto.

Duré miró los monitores, añadió el comlog de Lenar Hoyt al equipo. Utilizaron estimulantes, masaje cardíaco, respiración boca a boca. Las lecturas del monitor no se alteraron. Het Masteen, Verdadera Voz del Árbol y Peregrino del Alcaudón, estaba muerto.

Esperaron una hora, recelando de todo en aquel perverso valle del Alcaudón, pero cuando los monitores comenzaron a indicar una rápida descomposición del cuerpo sepultaron a Masteen cincuenta

metros camino arriba, hacia la entrada del valle. Kassad había dejado una pala plegable —denominada «herramienta de atrincheramiento» en la jerga de FUERZA— y ambos hombres se turnaron para cavar y cuidar de Rachel y Lamia.

Sol Weintraub se quedó acunando a la niña a la sombra de una roca mientras Duré pronunciaba unas palabras antes de arrojar tierra sobre la improvisada mortaja de fibroplástico.

—No conocí a fondo a Het Masteen —dijo el sacerdote—. No compartíamos la misma fe. Pero éramos de la misma profesión. Voz del Árbol Masteen pasó gran parte de su vida realizando lo que consideraba la obra de Dios, siguiendo la voluntad de Dios en los escritos del Muir y las bellezas naturales. La suya era una fe verdadera: puesta a prueba por sacrificios, templada por la obediencia, y al final sellada por el sacrificio.

Duré hizo una pausa para escrutar el cielo metálico.

—Por favor, Señor, acepta a tu siervo. Acógelo en tus brazos como lo harás algún día con nosotros, los demás buscadores que hemos perdido el camino. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Rachel rompió a llorar.

Sol la paseó mientras Duré arrojaba tierra sobre el bulto de fibroplástico.

Regresaron al porche de la Esfinge y desplazaron a Brawne hacia la escasa sombra que quedaba. No había ningún modo de protegerla del sol de la tarde a menos que la entraran en la tumba, y ninguno de los dos quería hacerlo.

—El cónsul ya debe de estar a medio camino —comentó el sacerdote tras beber un largo sorbo de agua. Tenía la frente enrojecida y empapada de sudor.

—Sí —convino Sol.

—Mañana a estas horas tendría que estar de vuelta. Usaremos bisturíes láser para liberar a Brawne, la pondremos en el quirófano. Tal vez el envejecimiento inverso de Rachel pueda detenerse en la cámara criogénica, a pesar de lo que dijeron los médicos.

—Sí.

Duré dejó la botella de agua y miró a Sol.

—¿Tiene usted alguna esperanza?

—No —respondió Sol, mirándolo a los ojos.

Las sombras se extendían desde las paredes rocosas del sudoeste. El calor se transformó en algo sólido, luego se disipó un poco. Llegaron nubes desde el sur.

Rachel dormía a la sombra, cerca de la puerta. Sol se acercó a Paul Duré, quien escrutaba el valle, y apoyó una mano en el hombro del sacerdote.

—¿En qué piensa, amigo mío?

Duré no se volvió.

—Pienso que si no creyera de veras que el suicidio es pecado mortal, pondría fin a todo para dar al joven Hoyt una oportunidad de vivir. —Miró a Sol con una vaga sonrisa—. ¿Pero es suicidio cuando este parásito del pecho, mi pecho y el de Hoyt, un día me devolverá pataleando y gritando a mi propia resurrección?

—¿Sería un don para Hoyt —murmuró Sol— devolverlo a esto?

Duré calló un instante, cogió el brazo de Sol.

—Creo que iré a caminar.

—¿Adónde? —Sol escrutó el denso calor de la tarde. A pesar de las nubes bajas, el valle era un horno.

El sacerdote hizo un ademán vago.

—Valle abajo. Regresaré pronto.

—Tenga cuidado. Y recuerde, si el cónsul encuentra un deslizador militar en el Hoolie, quizá regrese esta misma tarde.

Duré asintió, se agachó para coger una botella de agua y acariciar a Rachel y bajó por la escalera de la Esfinge, andando despacio y con prudencia, como un hombre muy viejo. La figura se empequeñeció, distorsionada por las ondas de calor y la distancia. Sol suspiró y se sentó junto a su hija.

Paul Duré trató de no apartarse de las sombras, pero aun allí el calor resultaba agobiante, y lo oprimía como un gran yugo. Dejó atrás la Tumba de Jade y enfiló hacia los riscos del norte y el Obelisco. La delgada sombra de la tumba oscurecía la piedra rosada y el polvo del valle. Duré descendió de nuevo, avanzó entre los escombros que rodeaban el Monolito de Cristal y miró hacia arriba. Un viento perezoso agitaba los paneles astillados y silbaba entre las hendiduras de lo alto de la tumba. Duré vio su reflejo en las superficies inferiores y recordó la canción de órgano del viento nocturno que se elevaba desde la Grieta donde había hallado a los bikura, en la Meseta del Piñón. Era como si hubieran transcurrido varias vidas. En efecto, *habían* pasado varias vidas.

Duré sentía el daño que la reconstrucción del cruciforme le había causado en la mente y la memoria. Era exasperante, el equivalente de sufrir una apoplejía sin esperanzas de recuperación. Razonamientos que antaño habrían sido un juego de niños ahora le exigían una concentración extrema o le resultaban imposibles. Las palabras se le escapaban. Las emociones lo arrebataban con la brusca violencia de las mareas de tiempo. Varias veces había tenido que apartarse de los demás peregrinos para sollozar a solas sin entender la razón.

Los demás peregrinos. Sólo quedaban Sol y la niña. El padre Duré entregaría la vida de buen grado si esos dos recibían el perdón. Se preguntó si sería un pecado urdir tratos con el Anticristo.

Había llegado a ese punto donde el valle se curvaba hacia el este internándose en el callejón donde el Palacio del Alcaudón arrojaba un laberinto de sombras sobre las rocas. El sendero serpeaba cerca de la pared noroeste y pasaba frente a las Tumbas Cavernosas. Duré sintió el aire fresco de la primera tumba y experimentó la tentación de entrar para evitar el calor, cerrar los ojos y echarse a dormir.

Siguió andando.

La entrada de la segunda tumba tenía tallas más barrocas, y Duré evocó la antigua basílica que había descubierto en la Grieta, la enorme cruz y el altar donde los retardados bikura «adoraban». Lo que adoraban era la obscena inmortalidad del cruciforme, no la oportunidad de Resurrección verdadera ofrecida por la Cruz. *Pero ¿cuál era la diferencia?* Duré agitó la cabeza, tratando de despejar la niebla y el cinismo que le enturbiaban cada pensamiento. El sendero se elevaba más allá de la tercera Tumba Cavernosa, la más corta y menos imponente de las tres.

Había una luz en la tercera tumba.

Duré se detuvo, cobró aliento y miró valle abajo. La Esfinge resultaba bien visible a casi un kilómetro, pero el sacerdote no atinaba a distinguir a Sol entre las sombras. Por un instante se preguntó si no se habían refugiado en la *tercera* tumba el día anterior, si uno de ellos no habría dejado una lámpara.

No había sido la tercera tumba. Excepto para buscar a Kassad, nadie había entrado allí en tres días.

El padre Duré sabía que debía ignorar aquella luz, regresar, mantener la vigilia con Sol y su hija.

Pero el Alcaudón buscaba a cada uno por separado. ¿Por qué rechazar la convocatoria?

Duré sintió la mejilla húmeda y comprendió que estaba sollozando en silencio, sin comprender. Se enjugó furiosamente las lágrimas con el dorso de la mano y apretó los puños.

Mi intelecto era mi mayor orgullo. Yo era el jesuita intelectual, firme en la tradición de Teilhard y Prassard. Incluso la teología que impuse a la Iglesia, a los seminaristas y a los pocos fieles que aún escuchaban enfatizaba la mente, ese maravilloso Punto Omega de la conciencia. Dios como un sagaz algoritmo.

Bien, algunas cosas trascienden el intelecto, Paul.

Duré entró en la tercera tumba.

Sol despertó sobresaltado, seguro de que alguien lo acechaba.

Se levantó de un brinco y miró en torno. Rachel ronroneaba, despertando de la siesta al mismo tiempo que el padre. Brawne

Lamia yacía inmóvil. Los indicadores médicos aún irradiaban una luz verde, salvo la roja que indicaba falta de actividad cerebral.

Sol había dormido por lo menos una hora: las sombras se extendían por el suelo del valle, y sólo la parte superior de la Esfinge reflejaba la luz del sol que irrumpía entre las nubes. Franjas de luz oblicua bañaban la entrada del valle, alumbrando las paredes rocosas. El viento arreciaba.

Sin embargo, nada se movía en el valle.

Sol alzó a Rachel, la acunó, corrió escalera abajo mirando hacia las demás tumbas.

—¡Paul! —La voz retumbó en las rocas. El viento agitó el polvo más allá de la Tumba de Jade, pero nada más se movía. Sol aún tenía la sensación de acecho. Se sentía observado.

Rachel se contorsionaba, gimiendo como un recién nacido. Sol consultó el comlog. Al cabo de una hora la niña cumpliría un día. Escrutó el cielo buscando la nave del cónsul, maldijo en voz baja y regresó a la entrada de la Esfinge para cambiar los pañales de la niña, inspeccionar a Brawne, sacar un suministro de lactancia del bolso y coger una capa. El calor se disipaba deprisa en los sitios donde ya no daba el sol.

En la media hora de crepúsculo restante, Sol recorrió el valle gritando el nombre de Duré y atisbando en las Tumbas sin entrar. Más allá de la Tumba de Jade, donde habían asesinado a Hoyt, y cuyos lados ya irradiaban un verdor lechoso. Más allá del oscuro Obelisco, cuya sombra se erguía sobre la pared sudeste. Más allá del Monolito de Cristal, cuya cima reflejaba la última luz del día, oscureciéndose mientras el sol se ponía detrás de la Ciudad de los Poetas. En la repentina frescura y quietud del anochecer, Sol gritó en las Tumbas Cavernosas y sintió el aire húmedo en la cara como el hálito de una boca helada.

Ninguna respuesta.

Al caer el sol, rodeó el recodo del valle que conducía a la euforia barroca —rebordes y contrafuertes— del siniestro Palacio del Alcaudón. Sol se quedó en la entrada, tratando de hallar sentido a

las negras sombras, torres, vigas y columnas, gritó hacia el oscuro interior; sólo le respondió el eco. Rachel empezó a llorar de nuevo.

Tiritando, sintiendo un escalofrío en la nuca, girando constantemente para sorprender al observador invisible y viendo sólo profundas sombras y las primeras estrellas entre las nubes, Sol regresó a la Esfinge, al principio al trote y luego a la carrera, mientras el viento del atardecer se elevaba como un gemido infantil.

—¡Demonios! —jadeó Sol cuando llegó a la escalera de la Esfinge.

Brawne Lamia no estaba. No había ni rastro del cuerpo ni del cordón umbilical de metal. Maldiciendo, abrazando a Rachel, Sol buscó una linterna en la mochila.

Diez metros pasillo adentro, Sol encontró la manta que arropaba a Brawne. Más allá, nada. Los corredores se ramificaban y serpeaban, ya ensanchándose, ya estrechándose mientras el techo descendía, de manera que lo obligaba a arrastrarse, apretando la niña en el brazo derecho para apoyarle la mejilla en la cara. Odiaba estar en aquella tumba. El corazón le palpitaba con tal fuerza que temía sufrir un ataque de coronaria.

El último pasillo se cerraba de golpe. El lugar donde el cable de metal se fundía con la piedra ahora era sólo piedra.

Sol sostuvo la linterna con los dientes y golpeó la roca, pegó contra piedras descomunales con la esperanza de abrir un panel secreto, revelar túneles.

Nada.

Sol abrazó a Rachel y desanduvo el camino. Se equivocó varias veces, sintiendo que el corazón se le desbocaba ante la idea de extraviarse. Llegó a un pasillo conocido, luego al corredor principal, salió.

Bajó la escalera y se alejó de la Esfinge. En la entrada del valle se detuvo, se sentó en una roca baja y recobró el aliento. Aún tenía la mejilla de Rachel apoyada en el cuello. La niña no emitía sonidos ni se movía. Le acariciaba la barba con los dedos arqueados.

El viento soplaba desde los yermos. Las nubes se abrieron y se cerraron, ocultando las estrellas. La única luz era el mórbido fulgor de las Tumbas de Tiempo. Sol temía que los salvajes latidos de su corazón asustaran a la niña, pero Rachel seguía acurrucada serenamente, confortándolo con su tibieza.

—Maldición —susurró Sol. Sentía afecto por Brawne Lamia. Sentía afecto por todos los peregrinos, y ahora habían desaparecido. Sus décadas de vida universitaria lo habían condicionado para buscar esquemas en los acontecimientos, un diseño moral en la piedra acrecentada de la experiencia, pero los acontecimientos de Hyperion no habían seguido esquema alguno. Sólo confusión y muerte.

Sol acunó a la niña y miró hacia los yermos, pensando en marcharse de aquel sitio, en caminar hacia la ciudad muerta o la Fortaleza de Cronos, avanzar hacia el noroeste, al Litoral, o hacia el sudeste, donde la Cordillera de la Brida se cruzaba con el mar. Se llevó la mano trémula a la cara y se frotó la mejilla: no habría salvación en esos páramos. Martin Silenus no se había salvado por dejar el valle. Se habían registrado apariciones del Alcaudón muy al sur de la Cordillera de la Brida —hasta Endimión y las demás ciudades australes— y además el hambre y la sed serían implacables aunque el monstruo los perdonara. Sol podría sobrevivir alimentándose de plantas, roedores y nieve derretida, pero la provisión de leche era limitada para Rachel, incluso con las vituallas que Brawne había traído de la Fortaleza. De golpe comprendió que la leche carecía de importancia.

Estaré solo dentro de menos de un día. Sol ahogó un gemido. Su determinación de salvar a la hija lo había sostenido durante dos décadas y media y diez veces esa cantidad de años-luz. Su resolución de devolver a Rachel la vida y la salud era una fuerza palpable; una tenaz energía que él y Sarai habían compartido y que él había alentado tal como un sacerdote conserva la llama sagrada del templo. No, por Dios, las cosas seguían un esquema. Había un sustrato moral bajo esa plataforma de hechos aparentemente

aleatorios, y Sol Weintraub apostaría su vida y la de su hija a esa creencia.

Se levantó, regresó a la Esfinge, subió la escalera, halló una capa térmica y mantas, y preparó un nido para ambos en el escalón superior mientras los vientos de Hyperion aullaban y las Tumbas de Tiempo relucían con más intensidad.

Rachel se le acostó sobre el pecho y el estómago, apoyándole la mejilla en el hombro, abriendo y cerrando las manitas mientras se dormía. Su respiración se suavizó mientras caía en un sueño profundo y gorjeaba. Al cabo de un rato, Sol la siguió al mundo de los sueños.

30

Sol tuvo el sueño que lo acuciaba desde que Rachel había contraído el mal de Merlín.

Atravesaba una vasta estructura donde columnas descomunales se elevaban en la oscuridad y una luz carmesí descendía en franjas sólidas desde una gran altura. Se oía el ruido de una gigantesca conflagración, el incendio de mundos enteros. Al frente relucían dos óvalos de un color rojo profundo.

Sol conocía el lugar. Sabía que encontraría un altar y allí estaría Rachel, Rachel a los veinte años e inconsciente, y luego oiría aquella voz perentoria.

Sol se detuvo en el balcón bajo y contempló la conocida escena. Su hija, la mujer a quien él y Sarai habían despedido cuando se marchó para trabajar en el distante Hyperion, yacía desnuda sobre un ancho bloque de piedra. Por encima de ellos flotaban las rojas cuencas gemelas de la mirada del Alcaudón. En el altar había un largo, curvo y afilado cuchillo de hueso.

Entonces oyó la Voz:

—¡Sol! Toma a Rachel, tu hija única y bien amada, y ve al mundo llamado Hyperion para ofrecerla como víctima ardiente en uno de los lugares de que te hablaré.

Los brazos de Sol temblaban de rabia y pesar. Se mesó el cabello y gritó hacia la oscuridad para repetir lo que ya le había respondido a esa voz:

—No habrá más ofrendas, ni de hijos ni de padres. No habrá más sacrificios. Ha pasado el tiempo de la obediencia y la expiación. ¡Ayúdanos como amigo o lárgate!

En los sueños anteriores, sobrevenía el sonido del viento y el aislamiento, terribles pasos que retrocedían en la oscuridad. Pero en esta ocasión el sueño continuó, el altar titiló y de pronto quedó

vacío, salvo por el cuchillo de hueso. Los ojos rojos y gemelos aún flotaban en lo alto, rubíes flamígeros del tamaño de mundos.

—*Escucha, Sol* —dijo la Voz, modulada de tal forma que no tronaba desde lo alto sino que le susurraba al oído—, *el futuro de la humanidad depende de tu elección. ¿Puedes ofrecer a Rachel por amor, ya que no por obediencia?*

Sol supo la respuesta incluso antes de hallar las palabras. No habría más ofrendas. Ni ese día ni otro. La humanidad había sufrido bastante por su amor a los dioses, su prolongada búsqueda de Dios. Pensó en su pueblo, en los muchos siglos en que los judíos habían negociado con Dios, quejándose, regateando, lamentando la injusticia del mundo, pero siempre volviendo a la obediencia, fuera cual fuese el precio. Generaciones muriendo en los hornos del odio. Generaciones futuras laceradas por el frío fuego de la radiación y el odio renovado.

No esta vez. Nunca más.

—Di que sí, papá.

Sol se sobresaltó al sentir que le tocaban la mano. Su hija Rachel estaba junto a él. No era bebé ni adulto, sino la pequeña de ocho años que él había conocido dos veces, cuando crecía y cuando desandaba el camino por efecto del mal de Merlín: Rachel con el cabello castaño claro recogido en una trenza, con túnica de denim y zapatillas.

Sol le cogió la mano, apretándola con fuerza pero tratando de no hacerle daño, y sintió que ella devolvía el apretón. No era una ilusión, una nueva crueldad del Alcaudón. Era su hija.

—Di que sí, papá.

Sol había resuelto el problema de Abraham y la obediencia a un Dios malicioso. La obediencia ya no podía primar en las relaciones entre la humanidad y su deidad. Pero ¿y si el niño escogido para el sacrificio pedía obediencia a ese capricho de Dios?

Sol se arrodilló y abrió los brazos.

—Rachel.

Ella lo abrazó con la intensidad que él recordaba de un sinfín de ocasiones, apoyándole la barbilla en el hombro, los brazos fuertes en su indestructible amor.

—Por favor, papá, tienes que aceptar —le susurró Rachel al oído.

Sol la apretó y sintió los bracitos alrededor, la tibieza de la mejilla en la cara. Lloraba en silencio, notaba la humedad en las mejillas y la barba, pero no deseaba soltarla ni siquiera para secarse las lágrimas.

—Te quiero, papá —susurró Rachel.

Sol se levantó, se enjugó la cara, cogió la mano izquierda de Rachel con firmeza e inició el largo descenso hacia el altar.

Sol despertó con una sensación de caída, buscando a tientas al bebé. La niña dormía sobre él, el puño arqueado, el pulgar en la boca, pero cuando él se incorporó Rachel despertó con el grito y el reflejo de un recién nacido sobresaltado. Sol se levantó, se deshizo de las mantas y la capa, apretando a Rachel.

Era de día. Media mañana, tal vez. Habían dormido mientras moría la noche y el sol reptaba por el valle y las Tumbas. La Esfinge se erguía sobre ambos como una bestia depredadora, extendiendo las potentes patas delanteras a ambos lados de la escalera.

Rachel gimió, sobresaltada por el despertar y el hambre, contagiada por el miedo del padre. Sol se irguió en la cruda luz y la acunó. Subió al escalón superior, le cambió el pañal, calentó el último suministro y se lo ofreció hasta calmarla, la hizo eructar y la paseó hasta que consiguió dormirla de nuevo.

Faltaban menos de diez horas para el «cumpleaños» de Rachel. Menos de diez horas para el ocaso y los últimos minutos de vida de su hija. No por primera vez, Sol deseó que la Tumba de Tiempo fuera un gran edificio de vidrio que simbolizara el cosmos y la deidad que lo dirigía. Sol arrojaría piedras a la estructura hasta que no quedara un solo cristal entero.

Trató de recordar detalles del sueño, pero la confortante sensación se deshilachó en la cruda luz del sol de Hyperion. Sol únicamente recordaba la exhortación de Rachel. La idea de ofrecerla al Alcaudón le revolvía el estómago.

—Está bien —susurró mientras Rachel suspiraba buscando el traicionero refugio del sueño—. Está bien, pequeña. La nave del cónsul llegará pronto. Llegará en cualquier momento.

La nave del cónsul no llegó al mediodía. La nave del cónsul no llegó por la tarde. Sol recorrió el valle llamando a los que habían desaparecido, cantando canciones casi olvidadas cuando Rachel despertaba, arrullándola con canciones de cuna mientras se dormía de nuevo. Su hija era pequeña y ligera; seis libras y tres onzas, diecinueve pulgadas al nacer, pensó sonriendo, recordando las antiguas unidades de medición de su antiguo hogar, Mundo de Barnard.

Al atardecer despertó de su sopor a la sombra de la Esfinge. Se levantó. Rachel despertó en sus brazos cuando una nave surcó la cúpula de cielo lapislázuli.

—¡Ha venido! —gritó, y Rachel se movió como si respondiera.

Un trazo azul de llama de fusión relucía con esa intensidad diurna de una nave espacial en la atmósfera. Sol brincó, sintiendo alivio por primera vez en muchos días. Gritó y brincó hasta que Rachel rompió a llorar. Sol se calmó, alzó a la niña, sabiendo que ella no podía enfocar la mirada pero deseando que contemplara la belleza de la nave que descendía trazando un arco sobre la cordillera distante, bajando hacia el desierto.

—¡Lo ha conseguido! —exclamó Sol—. ¡Aquí viene! La nave…

Tres estampidos consecutivos resonaron en el valle; los dos primeros eran los estruendos sónicos de la «huella» de la nave, precediéndola mientras frenaba. El tercero era el ruido de su destrucción.

El punto brillante que formaba el ápice de la estela de fusión refulgió como un sol, estalló en una nube de llamas y gases hirvientes y cayó al desierto en mil trozos flamígeros.

Sol parpadeó, apartando los ecos retinales mientras Rachel continuaba llorando.

—Dios mío —susurró Sol—. Dios mío. —La nave espacial estaba totalmente destruida. Explosiones secundarias desgarraron el aire a pesar de la distancia, mientras los fragmentos llameantes rodaban hacia el desierto, las montañas y el Mar de Hierba envueltos en humo—. Dios mío.

Sol se sentó en la arena tibia. Estaba demasiado exhausto para llorar, demasiado vacío para hacer otra cosa salvo acunar a la niña hasta que la pequeña se calmó.

Diez minutos después, otras dos estelas de fusión incendiaron el cielo, dirigiéndose al sur desde el cenit. Una de ellas estalló, demasiado lejos para que se oyera el sonido. La segunda se perdió de vista por debajo de los riscos del sur, más allá de la Cordillera de la Brida.

—Tal vez no era el cónsul —murmuró Sol—. Podría tratarse de la invasión éxter. Tal vez la nave del cónsul aún llegue.

Pero la nave no llegó al atardecer. No había llegado cuando la luz del pequeño sol de Hyperion bañó la pared de roca y las sombras alcanzaron a Sol en el escalón superior de la Esfinge. No había llegado cuando el valle quedó sumido en las sombras.

Rachel había nacido menos de treinta minutos después. Sol le revisó el pañal, lo halló seco, y la alimentó con los restos del último suministro. Mientras comía, ella lo miró con ojos grandes y oscuros, como escrutándole el rostro. Sol recordó los primeros minutos en que la había sostenido mientras Sarai descansaba bajo mantas tibias: los ojos de la niña habían ardido ante el asombro de encontrar semejante mundo.

El viento nocturno envió nubes rápidas hacia el valle. Los rumores del sudoeste llegaron primero como un trueno distante y luego con regularidad de artillería. Debían de ser explosiones

nucleares o plasmáticas, quinientos kilómetros al sur. Sol escrutó el cielo a través de las nubes bajas y vio feroces estelas meteóricas: misiles balísticos o naves de descenso. En cualquiera de ambos casos, significaba la muerte para Hyperion.

Sol lo ignoró. Arrulló a Rachel mientras ella terminaba de comer. Sol había caminado hasta la entrada del valle y regresó lentamente a la Esfinge. Las Tumbas refulgían como nunca, vibrando con la cruda luz de gases de neón excitados por electrones. Los últimos rayos del ocaso transformaron las nubes bajas en un techo de llamas claras.

Quedaban menos de tres minutos para la celebración final del nacimiento de Rachel. Aunque llegara la nave del cónsul, no tendría tiempo de abordarla ni de someter a la niña al sueño criogénico.

Tampoco deseaba hacerlo.

Subió despacio a la Esfinge, recordando que Rachel había seguido ese camino veintiséis años estándar antes, sin intuir el destino que la aguardaba en aquella oscura cripta.

Se detuvo en el escalón superior para cobrar aliento. La palpable luz solar cubría el cielo e incendiaba las alas y el cuerpo de la Esfinge. La tumba parecía liberar la luz que había acumulado, como las rocas del desierto de Hebrón, donde Sol había vagado años antes buscando una revelación y donde sólo había hallado pesadumbre. El aire vibraba y el viento arrastraba arena por el valle.

Sol apoyó una rodilla en el escalón superior y quitó a Rachel la manta, dejándole la suave fajadura de algodón.

Rachel se retorcía en las manos del padre. Tenía la cara roja y brillante, las manitas enrojecidas de tanto abrirlas y cerrarlas. Ese mismo aspecto habían tenido cuando el médico se la dio a Sol, cuando él contempló a su hija recién nacida igual que ahora, y luego la colocó sobre el estómago de Sarai para que la madre la viera.

—Oh, Dios —suspiró Sol, bajando la otra rodilla, poniéndose de hinojos.

El valle tembló como si lo sacudiera un terremoto. Sol oía las explosiones que continuaban hacia el sur. Pero lo que más le preocupaba era el terrible fulgor de la Esfinge. La sombra de Sol

alcanzó cincuenta metros de longitud, bajando por la escalera y llegando al suelo del valle mientras la tumba palpitaba y vibraba. Por el rabillo del ojo, Sol vio que las demás tumbas también relucían, como enormes y barrocos reactores que alcanzaran el nivel crítico.

La entrada de la Esfinge se puso azul, violácea, terriblemente blanca. Detrás de la Esfinge, en la pared de la meseta y encima del Valle de las Tumbas de Tiempo, un árbol imposible cobró vida. El enorme tronco y las afiladas ramas de acero se elevaron a las relucientes nubes. Sol distinguió las espinas de tres metros y el terrible fruto que llevaban, y se volvió hacia la entrada de la Esfinge.

El viento aullaba y el trueno rodaba. El polvo bermejo formaba cortinas de sangre seca en la terrible luz de las Tumbas. Gritaban voces y chillaba un coro.

Sol ignoró todo esto. Sólo tenía ojos para el rostro de su hija, para la sombra que ahora llenaba la reluciente entrada de la tumba.

El Alcaudón emergió. El ser tuvo que encorvarse para que su mole de tres metros y sus hojas de acero pasaran por la puerta. Salió al porche superior de la Esfinge y avanzó, en parte criatura, en parte escultura, desplazándose con la despiadada deliberación de una pesadilla.

La luz moribunda ondulaba sobre el caparazón, se derramaba por el pecho curvo hasta las espinas de acero, titilando sobre las hojas y escalpelos que nacían en cada articulación. Sol abrazó a Rachel y miró los multifacéticos hornos rojos, los ojos del Alcaudón. El ocaso se diluyó en el fulgor rojo sanguinolento del sueño recurrente de Sol.

La cabeza del Alcaudón se volvió lentamente, girando sin fricción, rotando noventa grados a la derecha, noventa grados a la izquierda, como si la criatura oteara sus dominios.

El Alcaudón avanzó tres pasos y se detuvo a dos metros de Sol. Alzó y plegó los cuatro brazos, entreabriendo los afilados dedos.

Sol estrechó a Rachel. La niña tenía la tez húmeda, la cara abotargada por el parto. Quedaban segundos. Los ojos de Rachel se fijaron en Sol.

Di que sí papá. Sol recordó el sueño.

El Alcaudón bajó la cabeza hasta clavar los ojos de rubí en Sol y la hija. Las mandíbulas de mercurio se abrieron, mostrando hileras de dientes acerados. Cuatro manos se extendieron, las palmas metálicas hacia arriba, y se detuvieron a medio metro de la cara de Sol.

Di que sí papá. Sol recordó el sueño, recordó el abrazo de su hija, y comprendió que al final —cuando todo lo demás es polvo— la lealtad a los seres amados es lo único que podemos llevarnos a la tumba. La fe —la verdadera fe— consistía en confiar en ese amor.

Sol alzó a su hija naciente y moribunda, con segundos de edad, que sollozaba en el estertor del primer y último aliento, y la entregó al Alcaudón.

Sintió vértigo al deshacerse de aquel pequeño peso.

El Alcaudón alzó a Rachel, retrocedió y quedó envuelto en luz.

Detrás de la Esfinge, el árbol de espinas dejó de titilar, entró en fase con el *ahora* y cobró una terrible nitidez.

Sol avanzó con brazos implorantes mientras el Alcaudón retrocedía hacia el resplandor y desaparecía. Unas explosiones desgarraron las nubes y las ondas de choque tumbaron a Sol de rodillas.

Las Tumbas de Tiempo se estaban abriendo.

TERCERA PARTE

31

Desperté, pero no me agradó que me despertaran.

Me volví, entorné los ojos, maldije la súbita invasión de la luz y vi a Leigh Hunt sentado en el borde de la cama con un inyector en la mano.

—Tomó usted píldoras suficientes para dormir todo el día —comentó—. A levantarse.

Me incorporé, me froté la barba crecida, miré a Hunt.

—¿Quién diablos le ha dado permiso para entrar en mi habitación? —El esfuerzo de hablar me provocó tos, y no paré hasta que Hunt regresó del cuarto de baño con un vaso de agua.

—Tenga.

Bebí, tratando en vano de expresar cólera y ultraje entre espasmos de tos. Los jirones de sueños se disipaban como bruma matinal. Experimenté una tremenda sensación de pérdida.

—Vístase —ordenó Hunt al tiempo que se levantaba—. La FEM quiere que vaya usted a sus aposentos dentro de veinte minutos. Han ocurrido cosas mientras usted dormía.

—¿Qué cosas? —Me froté los ojos y me acaricié el pelo.

Hunt sonrió.

—Vaya a la esfera de datos y acuda cuanto antes a los aposentos de Gladstone. Veinte minutos, Severn. —Se marchó.

Ingresé en la esfera de datos. Se puede visualizar el punto de ingreso en la esfera imaginando un fragmento del océano de Vieja Tierra en diversos grados de turbulencia. Los días normales mostraban un mar plácido con interesantes ondas. Las crisis mostraban olas y crestas. Hoy había un huracán. Se retrasaba la entrada a cualquier ruta de acceso, reinaba la confusión en turbulentas olas de ráfagas de actualización, la matriz del plano de datos era un remolino de cambios de almacenaje y transferencias de crédito, y la Entidad Suma, normalmente un bordoneo múltiple de

información y debate político, era un furibundo viento de confusión, referencias abandonadas y modelos obsoletos que pasaban como nubes deshilachadas.

—Santo Dios —susurré, interrumpiendo el acceso pero sintiendo el martilleo de la información en el implante y el cerebro. Guerra. Ataque por sorpresa. Inminente destrucción de la Red. Rumores referentes a la posible destitución de Gladstone. Tumultos en una veintena de mundos. Levantamientos de los fanáticos del Alcaudón en Lusus. La flota de FUERZA abandonaba el sistema de Hyperion en una desesperada acción de retaguardia, pero demasiado tarde, demasiado tarde. Hyperion bajo ataque. Temor a una incursión por teleyector.

Me levanté, corrí desnudo al cuarto de baño y me di una ducha sónica en un tiempo récord. Hunt o alguien me había dejado un traje de etiqueta gris con capa, y me vestí deprisa, arreglándome el pelo mojado de tal modo que me cayeron rizos húmedos en el cuello.

No convenía hacer esperar a la FEM de la Hegemonía del Hombre. Oh, no, desde luego que no convenía.

—Ya era hora —espetó Meina Gladstone cuando entré en su habitación.

—¿Qué diablos ha hecho? —exclamé.

Gladstone parpadeó. Era evidente que la FEM de la Hegemonía del Hombre no estaba acostumbrada a que le hablaran en ese tono. *Situación peliaguda*, pensé.

—Recuerde quién es usted y con quién habla —aconsejó fríamente Gladstone.

—No sé quién soy. Y quizás esté hablando con la máxima homicida desde Horace Glennon-Heightt. ¿Por qué demonios permitió que estallara esta guerra?

Gladstone parpadeó de nuevo y miró alrededor. Estábamos a solas. La sala larga, agradablemente oscura, se había decorado con

obras de arte de Vieja Tierra. En ese momento no me importaba estar en una sala llena de Van Goghs originales. Clavé los ojos en Gladstone. Los rasgos de Lincoln eran sólo los de una anciana en la luz tenue que entraba por las persianas. Ella me sostuvo la mirada, luego desvió los ojos.

—Pido disculpas —dije, sin tono de disculpa—. Usted no la *permitió*, sino que la impulsó, ¿verdad?

—No, Severn, yo no la impulsé —respondió Gladstone con un hilo de voz.

—Hable —ordené. Caminé de un lado a otro cerca de las altas ventanas, observando la luz que se desplazaba como franjas pintadas—. Yo no soy Joseph Severn.

Ella enarcó las cejas.

—¿He de llamarle Keats?

—Puede llamarme Nadie. Así, cuando vengan los demás cíclopes, podrá decir que Nadie la ha cegado, y ellos se irán comentando que es la voluntad de los dioses.

—¿Piensa usted cegarme?

—En este momento, podría retorcerle el pescuezo y marcharme sin el menor remordimiento. Morirán *millones* antes que termine esta semana. ¿Cómo ha podido permitirlo?

Gladstone se tocó el labio inferior.

—El futuro se ramifica en sólo dos direcciones —murmuró—. Guerra e incertidumbre total, o paz y aniquilación totalmente cierta. Escogí la guerra.

—¿Quién lo dice? —Ahora había más curiosidad que furia en mi voz.

—Es un hecho. —Gladstone miró su comlog—. Dentro de diez minutos debo presentarme ante el Senado para declarar la guerra. Déme noticias acerca de los peregrinos de Hyperion.

Me crucé de brazos y la miré fijamente.

—Hablaré si usted promete hacer algo.

—Lo haré si está en mi mano.

Vacilé, comprendí que aquella mujer jamás firmaría un cheque en blanco.

—De acuerdo —convine—. Quiero que se comunique por ultralínea con Hyperion, libere la nave del cónsul y envíe a alguien al río Hoolie para encontrar al cónsul. Está a ciento treinta kilómetros de la capital, cerca de los Bucles de Karla. Tal vez esté herido.

Gladstone arqueó un dedo, se frotó el labio y asintió.

—Enviaré a alguien a buscarlo. La liberación de la nave depende de lo que me diga usted. ¿Los demás están vivos?

Me envolví en la corta capa y me desplomé en un sofá.

—Algunos.

—¿La hija de Byron Lamia? ¿Brawne?

—El Alcaudón la ha capturado. Por un tiempo estuvo inconsciente, conectada con la esfera de datos por medio de un empalme neural. Soñé que ella flotaba en alguna parte y se reunía con la primera personalidad Keats. Entró en la megaesfera… conexiones y dimensiones del Núcleo con las que yo nunca había soñado, además de la esfera accesible.

—¿Está viva ahora? —preguntó Gladstone, ansiosa.

—No lo sé. Su cuerpo ha desaparecido. Yo desperté antes de poder ver dónde entró su persona en la megaesfera.

Gladstone asintió.

—¿El coronel?

—Kassad fue capturado por Moneta, la mujer que parecía residir en las Tumbas mientras viajan por el tiempo. La última vez que lo vi, atacaba al Alcaudón por su cuenta. Alcaudones, en realidad. Había miles de ellos.

—¿Sobrevivió?

Abrí las manos.

—Lo ignoro. Son *sueños*. Fragmentos. Retazos de percepción.

—¿El poeta?

—El Alcaudón capturó a Silenus. Está empalado en el árbol de espinas. Pero lo entreví más tarde, en el sueño de Kassad. Silenus aún vivía. No sé cómo.

—¿El árbol de espinas es real, no mera propaganda del culto?

—Desde luego, es real.

—¿Y el cónsul se marchó? ¿Intentó regresar a la capital?

—Tenía la alfombra voladora de su abuela. Funcionó bien hasta los Bucles de Karla. Cayó al río. —Me adelanté a la siguiente pregunta—. No sé si está vivo.

—¿Y el sacerdote? ¿El padre Hoyt?

—El cruciforme lo resucitó como el padre Duré.

—¿Es el padre Duré? ¿O un duplicado imbécil?

—Es Duré. Pero dañado, desalentado.

—¿Y todavía está en el valle?

—No. Desapareció en una de las Tumbas Cavernosas. No sé qué le ha sucedido.

Gladstone consultó el comlog. Traté de imaginar la confusión y el caos que reinaban en el resto del edificio, de ese mundo, de la Red. Sin duda la FEM se había recluido allí un cuarto de hora antes de su discurso ante el Senado. Quizá fuera su último momento de soledad en semanas. O para siempre.

—¿El capitán Masteen?

—Muerto. Sepultado en el valle.

Gladstone cobró aliento.

—¿Weintraub y la niña?

Sacudí la cabeza.

—Soñé las cosas desfasadas con el tiempo. Creo que ya ha ocurrido, pero estoy confundido. —Alcé la cabeza. Gladstone aguardaba, paciente—. La niña tenía apenas unos segundos de edad cuando llegó el Alcaudón. Sol se la ofrendó. El Alcaudón la condujo a la Esfinge. Las Tumbas refulgen con mucho brillo. Estaban surgiendo otros Alcaudones.

—Entonces, ¿las Tumbas se han abierto?

—Sí.

Gladstone tocó el comlog.

—Leigh, ordena al oficial de guardia del centro de comunicaciones que se ponga en contacto con Theo Lane y la gente

de FUERZA en Hyperion. Libera la nave que tenemos en cuarentena. Di al gobernador general que dentro de unos minutos le enviaré un mensaje personal. —El instrumento gorjeó y ella me miró—. ¿Ha soñado usted algo más?

—Imágenes. Palabras. No entiendo qué sucede. Ésos son los principales elementos.

Gladstone sonrió.

—¿Ha advertido que está soñando con acontecimientos que trascienden la experiencia de la otra persona Keats?

Callé, alarmado ante esas palabras. Mi contacto con los peregrinos había sido posible a través de una conexión del Núcleo con el implante del bucle Schrön de Brawne, a través de ella y la primitiva esfera de datos que compartían. Pero la persona estaba liberada, y la esfera destruida por la separación y la distancia. Ni siquiera un receptor ultralínea recibe mensajes cuando no hay transmisor.

Gladstone dejó de sonreír.

—¿Puede explicarlo?

—No. Tal vez sólo fueron sueños, sueños de verdad.

Ella se levantó.

—Lo sabremos si encontramos al cónsul. O cuando su nave llegue al valle. Tengo dos minutos antes de comparecer ante el Senado. ¿Algo más?

—Una pregunta. ¿Quién soy yo? ¿Por qué estoy aquí?

De nuevo sonrió.

—Todos nos formulamos esas preguntas, señor Sev… Keats.

—Hablo en serio. Creo que usted sabe más que yo.

—El Núcleo lo envió para que fuera mi enlace con los peregrinos. Y para observar. A fin de cuentas, usted es un poeta y un artista.

Resoplé y me levanté. Caminamos despacio hacia el portal teleyector privado que la conduciría al Senado.

—¿De qué sirven mis observaciones cuando nos enfrentamos al fin del mundo?

—Averígüelo —dijo Gladstone—. Vaya a ver el fin del mundo. —Me entregó una microtarjeta para mi comlog. La inserté, miré la pantalla: era una autorización universal que me brindaba acceso a todos los portales, públicos, privados o militares. Era un billete hacia el fin del mundo.

—¿Y si me matan? —pregunté.

—Entonces nunca averiguaremos las respuestas a esas preguntas —replicó la FEM Gladstone. Me tocó la muñeca, me dio la espalda y atravesó el portal.

Durante varios minutos permanecí solo en sus aposentos, apreciando la luz, el silencio y el arte. Sí, había un Van Gogh en una pared y valía más de lo que podían pagar la mayoría de los planetas. Era una pintura del cuarto del artista en Arles. La locura no es una invención de los últimos tiempos. Al cabo de un rato me marché. Dejé que la memoria del comlog me guiara por el laberinto de Gobierno hasta hallar el términex teleyector central, y atravesé un portal para enfrentarme al fin del mundo.

Había dos sendas teleyectoras de acceso pleno en la Red: la Confluencia y el río Tetis. Me proyecté a la Confluencia, donde la franja de medio kilómetro de Tsingtao-Hsishuang Panna se conectaba con Nueva Tierra y la breve extensión de playa de Nevermore. Tsingtao-Hsishuang era un mundo de la primera oleada, y estaba a treinta y cuatro horas de la embestida éxter. Nueva Tierra figuraba en la lista de la segunda oleada, que se estaba anunciando en ese momento, y faltaba poco más de una semana estándar para la invasión. Nevermore estaba en lo más profundo de la Red, a años del ataque.

No había indicios de pánico. La gente iba a la esfera de datos y la Entidad Suma más que a la calle. Recorriendo las callejas de Tsingtao, oí la voz de Gladstone en mil receptores y comlogs personales, un extraño contrapunto con los gritos de los vendedores

callejeros y el siseo de las ruedas en el pavimento húmedo mientras los rickshaws eléctricos zumbaban en los niveles de transporte.

—… como otro líder dijo a su pueblo en vísperas de un ataque, hace casi ocho siglos, «sólo puedo ofrecer sangre, afanes, lágrimas y sudor». Preguntaréis cuál es nuestra decisión. Os lo diré: librar la guerra, en el espacio, en tierra, en el aire, en el mar; librar la guerra con todo nuestro poderío y la fuerza que pueden darnos la justicia y el derecho. Ésta es nuestra decisión…

Había tropas de FUERZA cerca de la zona de traslación entre Tsingtao y Nevermore, pero el flujo de peatones parecía normal. Me pregunté cuándo confiscarían las fuerzas armadas la avenida peatonal para el tráfico de vehículos y si ese tráfico enfilaría hacia el frente o en dirección contraria.

Entré en Nevermore. Las calles estaban secas, excepto por la espuma del mar que rugía al pie de las murallas de piedra de la Confluencia. El cielo tenía sus tonos habituales: ocre y gris amenazadores, un crepúsculo siniestro en pleno día. Luces y mercancías relucían en tiendas pequeñas. Las calles estaban más desiertas que de costumbre; las gentes escuchaban con la cabeza gacha y ojos distraídos, de pie en las tiendas o sentadas en parapetos o bancos.

—… preguntaréis cuál es nuestra meta. Responderé con una sola palabra. Es la victoria, la victoria a toda costa, a pesar del terror, la victoria por largo y duro que sea el camino, pues sin victoria no hay supervivencia…

Las filas del términex principal de Edgartown eran cortas. Marqué Mare Infinitus y entré.

Los cielos mostraban su habitual verdor sin nubes y el océano era aún más verde bajo la ciudad flotante. Granjas de algas flotaban hasta el horizonte. Las multitudes eran aún más pequeñas a esta distancia de la Confluencia, las aceras estaban casi vacías, algunas tiendas cerradas. Un grupo de hombres escuchaba un antiguo receptor ultralínea cerca de un muelle.

La voz de Gladstone sonaba inexpresiva y metálica en el aire salobre.

—… en este preciso instante, unidades de FUERZA se desplazan sin pausa hacia sus puestos, firmes en su resolución y confiando en su aptitud para rescatar no sólo a los mundos amenazados sino a toda la Hegemonía del Hombre de la tiranía más atroz y desalmada que haya mancillado los anales de la historia…

Mare Infinitus estaba a dieciocho horas de la invasión. Miré hacia el cielo, esperando descubrir indicios del enjambre enemigo, defensas orbitales, movimientos de tropas espaciales. Sólo había cielo, un día cálido y la ciudad meciéndose suavemente en el mar.

Puertas del Cielo era el primer mundo en la lista de la invasión. Atravesé el portal de Ciudad Lodazal y miré desde las Alturas de Rifkin hacia esa ciudad que desmentía su nombre. Era noche cerrada, tan tarde que los barredores mecánicos estaban trabajando, y sus cepillos y aparatos sónicos zumbaban contra el empedrado, pero aquí había movimiento, largas filas de gente silenciosa en el términex público de Rifkin e hileras aún más largas en los portales del bulevar. Había policías locales, altas figuras con monos pardos, pero no se veían unidades de FUERZA, a pesar de lo que dijera el discurso.

Las personas de las filas no eran residentes locales. Los terratenientes de Alturas de Rifkin y el Bulevar sin duda tenían portales privados. Parecían ser obreros de los proyectos de recuperación que se emprendían más allá del helechal y los parques. No demostraban pánico y apenas hablaban. Las colas avanzaban con paciente estoicismo, como familias encaminándose hacia las atracciones de un parque infantil. Pocos llevaban mucho más que un bolso o una mochila.

¿Hemos alcanzado tal ecuanimidad, me pregunté, *que nos comportamos con dignidad incluso frente a una invasión?*

Puertas del Cielo estaba a trece horas de la hora H. Sintonicé mi comlog con la Entidad Suma.

—… si podemos hacer frente a esta amenaza, los mundos que amamos pueden permanecer libres y la vida de la Red podrá avanzar hacia el resplandeciente futuro. Pero si fracasamos, la Red, la Hegemonía, todo lo que conocemos y apreciamos se hundirá en el abismo de una nueva Edad Oscura que resultará aún más siniestra, dada la perversión de las luces de la ciencia y la negación de la libertad humana.

»Consagrémonos, pues, a nuestros deberes y comportémonos de tal modo que si la Hegemonía del Hombre, su Protectorado y sus aliados duran diez mil años, la humanidad aún diga: "Ésta fue su mejor hora".

Sonaron disparos en la fragante y silenciosa ciudad. Primero se oyó el tableteo de pistolas de minidardos, luego el zumbido profundo de los paralizadores antidisturbios, luego gritos y siseo de láseres. La multitud se lanzó hacia el términex, pero la policía antidisturbios salió del parque, encendió potentes focos halógenos que deslumbraron a la multitud y le ordenó mediante altavoces que se colocara en las filas o se dispersara. La multitud titubeó, se movió de aquí para allá como una medusa atrapada en corrientes traicioneras y luego —incitada por nuevos disparos— se lanzó hacia las plataformas de los portales. Los policías dispararon gas lacrimógeno y cápsulas de vértigo. Violáceos campos de interdicción nacieron entre la multitud y el teleyector. Una escuadra de VEM militares y deslizadores de seguridad sobrevoló la ciudad y la apuñaló con sus reflectores. Un haz de luz me bañó, se sostuvo hasta que mi comlog parpadeó ante una seña de interrogación y continuó. Empezó a llover.

Al cuerno la ecuanimidad.

La policía había capturado el términex público de Alturas de Rifkin y atravesaba el portal privado del Protectorado Atmosférico que yo había usado. Decidí ir a otra parte.

Comandos de FUERZA custodiaban la Casa de Gobierno e inspeccionaban a los recién llegados a pesar de que ese portal era uno de los más inaccesibles de la Red. Atravesé tres puestos de inspección antes de llegar al ala ejecutiva/residencial donde estaban mis aposentos. De pronto salieron guardias para desalojar el pasillo principal y custodiar a sus tributarios, y Gladstone pasó acompañada por una arremolinada turba de consejeros, ayudantes y oficiales militares. Asombrosamente me vio, detuvo a su cortejo y me habló a través de la barricada de marines en traje de combate.

—¿Qué le ha parecido el discurso, señor Nadie?

—Bien —dije—. Conmovedor. Y robado a Winston Churchill, si no me equivoco.

Gladstone sonrió y se encogió de hombros.

—Si hemos de robar, robemos a los maestros olvidados. —La sonrisa se disipó—. ¿Qué noticias hay en la frontera?

—Empiezan a comprender la realidad —respondí—. Espere pánico.

—Siempre lo espero —dijo la FEM—. ¿Qué noticias tiene de los peregrinos?

Quedé sorprendido.

—¿Los peregrinos? No he soñado.

La corriente del cortejo y los inminentes acontecimientos ya arrastraban a Gladstone corredor abajo.

—Tal vez ya no necesite dormir para soñar —apuntó—. Inténtelo.

La seguí con la mirada, fui a mi habitación y encontré la puerta, pero me aparté de ella encolerizado conmigo mismo. Con temor y alarma, yo escapaba del terror que descendía sobre todos. Me contentaría con tenderme en la cama, evitando el sueño, las mantas hasta la barbilla mientras lloraba por la Red, la niña Rachel y por mí mismo. Dejé el ala residencial y me dirigí al jardín central, vagando por las sendas de grava. Diminutos microrremotos zumbaban como abejas por el aire, y uno me siguió cuando atravesé el jardín de

rosas para dirigirme a una zona donde un sendero hundido serpeaba entre humeantes plantas tropicales, y a la sección de Vieja Tierra, cerca del puente. Me senté en el banco de piedra donde había hablado con Gladstone.

Tal vez ya no necesite dormir para soñar. Inténtelo.

Puse los pies en el banco, apoyé la barbilla en las rodillas, me llevé los dedos a las sienes y cerré los ojos.

32

Martin Silenus se retuerce en la pura poesía del dolor. Una espina de acero de dos metros de largo le atraviesa el cuerpo entre las clavículas y le sale por el pecho, ahusándose en una punta de un metro. Silenus bracea pero no alcanza a tocar la punta. Las palmas sudadas y los dedos arqueados no encuentran apoyo en la espina, que no tiene fricción. A pesar de la tersura de la espina, el cuerpo no resbala; está empalado con tanta firmeza como una mariposa de colección.

No hay sangre.

Cuando recobró la racionalidad después del loco laberinto de dolor, Martin Silenus se extrañó de tal circunstancia. No hay sangre. Pero hay dolor. Oh, sí, aquí abunda el dolor, un dolor que trasciende las fantasías más descabelladas del poeta, un dolor que trasciende la resistencia humana y los límites del sufrimiento:

Pero Silenus resiste. Y Silenus sufre.

Grita por milésima vez, un sonido, desgarrado, vacío, ajeno al lenguaje, incluso a las obscenidades. Las palabras no logran comunicar semejante suplicio. Silenus grita y se retuerce. Al cabo de un rato afloja el cuerpo, y la larga espina oscila en respuesta a sus movimientos. Otras personas cuelgan arriba, abajo y detrás, pero Silenus no se entretiene en mirarlas. Cada uno está aislado en su capullo de agonía.

Vaya esto es el infierno, y aún no salgo de él —piensa Silenus, citando a Marlowe.

Pero sabe que no es el infierno. Ni un trasmundo. También sabe que no es una subrama de la realidad; la espina le atraviesa el cuerpo. ¡Ocho centímetros de acero orgánico a través del pecho! Pero no ha muerto. No sangra. Ese lugar era alguna parte y era algo, pero no era el infierno y no estaba vivo.

El tiempo transcurría extraño. Silenus había experimentado las contracciones y dilataciones del tiempo: el nervio expuesto en el sillón del dentista, el cálculo en el riñón en la sala de espera de la clínica. El tiempo andaba despacio, pero andaba. El tratamiento de conductos terminaba. Al fin llegaba la ultramorfina y surtía efecto. Pero aquí el aire mismo estaba congelado en la ausencia de tiempo. El dolor era el bucle y la espuma de una ola que no *rompía*.

Silenus grita de furia y dolor. Se retuerce sobre la espina.

—¡Mierda! —grita al fin—. Grandísimo hijo de puta. —Las palabras son vestigios de otra vida, fósiles del sueño que vivió antes de la realidad del árbol. Silenus recuerda esa vida entre brumas, así como recuerda al Alcaudón llevándolo allí, empalándolo, abandonándolo.

—¡Dios! —grita el poeta, aferrando la espina con ambas manos, tratando de levantarse para aliviar el gran peso del cuerpo, que añade una cuota inconmensurable al inconmensurable dolor.

Abajo hay un paisaje. Kilómetros a la redonda. Es un diorama de papel maché del Valle de las Tumbas de Tiempo y el desierto. Hasta la ciudad muerta y las remotas montañas están reproducidas en una miniatura de plástico aséptico. No importa. Para Martin Silenus sólo existen el árbol y el dolor, y los dos son indivisibles. Silenus muestra los dientes en una sonrisa aterida. Cuando era un niño en Vieja Tierra, él y Amalfi Schwartz, su mejor amigo, visitaron una comuna cristiana en la Reserva de América del Norte, aprendieron su tosca teología y después bromearon acerca de la crucifixión. El joven Martin extendió los brazos, cruzó las piernas, irguió la cabeza y dijo: «Vaya, desde aquí veo toda la ciudad». Amalfi se desternilló de risa.

Silenus grita.

El tiempo no pasa, pero al cabo de un rato la mente de Silenus regresa a algo semejante a la observación lineal, algo distinto de aquellos desperdigados oasis de agonía diáfana separados por desiertos de agonía pasiva. En esa percepción lineal de su propio dolor, Silenus empieza a imponer un tiempo sobre ese lugar atemporal.

Primero, las obscenidades añaden claridad al dolor. Los gritos duelen, pero la furia se despeja y clarifica.

Luego, en los momentos de extenuación entre los gritos o los espasmos, Silenus piensa. Al principio le cuesta organizar secuencias, recitar tablas horarias, cualquier cosa para separar el dolor de diez segundos del dolor venidero. Silenus descubre que el esfuerzo de concentrarse disipa un poco el dolor. Aún resulta insoportable, aún desmiembra los pensamientos como pelusa en el viento, pero se reduce.

Silenus se concentra. Grita, despotrica y se retuerce, pero se concentra. Como no hay otra cosa en qué concentrarse, se concentra en el dolor.

Descubre que el dolor tiene una estructura. Tiene un plano. Tiene diseños más intrincados que un nautilo, rasgos más barrocos que una catedral gótica llena de contrafuertes. Incluso mientras grita. Martin Silenus estudia la estructura de este dolor. Advierte que es un poema.

Silenus arquea el cuerpo y el cuello por diezmilésima vez, buscando alivio donde no hay alivio posible, pero esta vez distingue una figura conocida a diez metros, colgada de una espina similar, retorciéndose en la brisa irreal del dolor.

—¡Billy! —jadea Martin Silenus, su primer pensamiento real.

Su ex señor y mecenas mira a través del abismo, cegado por el dolor que cegaba a Silenus, pero girando al oír su nombre en este lugar que trasciende los nombres.

—¡Billy! —repite Silenus, y de pronto el dolor le arrebata la visión y el pensamiento. Se concentra en la estructura del dolor, siguiendo su diseño como si estudiara el tronco, las ramas y espinas del árbol —. ¡Mi señor!

Silenus oye una voz por encima de los gritos y se asombra al descubrir que los gritos y la voz son suyas.

… Eres una criatura soñadora,
tu propia fiebre. Piensa en la Tierra,

¿qué júbilo te ofrece, aun en la esperanza,
qué refugio? Cada criatura tiene hogar,
y cada hombre días de alegría y dolor,
sean sus labores viles o sublimes.
Dolor únicamente, alegría únicamente. Diáfanos.
Sólo el soñador emponzoña todos sus días,
soportando más pesar del que merecen sus pecados.

Conoce estos versos. No son suyos sino de John Keats y las palabras estructuran aún más el aparente caos de dolor. Silenus comprende que el dolor lo acompaña desde el nacimiento, es el don del universo para el poeta. Un reflejo físico del dolor: eso es lo que ha sentido y fútilmente intentado expresar en verso, apresar en prosa, durante todos esos inútiles años de vida. Es peor que el dolor: desdicha porque el universo ofrece dolor a todos.

Sólo el soñador emponzoña todos sus días,
soportando más pesar del que merecen sus pecados.

Silenus grita sin chillar. El rugido de dolor del árbol, más psíquico que físico, mengua durante una fracción de segundo. Hay una isla de distracción en ese océano de concentración.

—¡Martin!

Silenus se arquea, yergue la cabeza, trata de concentrar la vista en medio de la bruma de dolor. Triste Rey Billy lo está mirando. Mirando. Triste Rey Billy grazna una sílaba que Silenus reconoce al cabo de un momento interminable.

—¡Más!

Silenus grita de dolor, se contorsiona en un parsimonioso espasmo de pura reacción física, pero cuando calla —extenuado, el dolor igualmente intenso pero expulsado de las zonas motrices del cerebro por las toxinas de fatiga— permite que su voz interna grite y susurre su canción.

¡Espíritu que reinas!

¡Espíritu que sufres!
¡Espíritu que ardes!
¡Espíritu que lloras!
¡Espíritu!
¡Mi frente inclino
a la sombra de tus garras!
¡Espíritu!
¡Abrasado de pasión,
atisbo tus pálidos dominios!

El pequeño círculo de silencio se ensancha para incluir varias ramas cercanas, un puñado de espinas de donde cuelgan seres humanos desfallecidos. Silenus observa a Triste Rey Billy y ve que su señor traicionado abre los tristes ojos. Por primera vez en más de dos siglos, mecenas y poeta se contemplan. Silenus entrega el mensaje que lo ha conducido allí, que lo ha colgado de allí.

—Mi señor, lo lamento.

Antes que Billy pueda responder, antes que el coro de chillidos sofoque toda respuesta, el aire cambia, el tiempo congelado se agita, el árbol se sacude, como si la cosa hubiera bajado un metro. Silenus grita con los demás mientras la rama se sacude y la espina que lo empala le desgarra las entrañas, le lacera las carnes.

Silenus abre los ojos y ve que el cielo es real, el desierto real. Las Tumbas brillan, el viento sopla, el tiempo recomienza. No hay mengua en el tormento, pero la claridad ha regresado.

Martin Silenus ríe a través de las lágrimas.

—¡Mira, mamá! —grita, el pecho perforado por una lanza de acero—. ¡Desde aquí veo toda la ciudad!

—¿Severn? ¿Está usted bien?

Jadeando, a gatas, me volví hacia la voz. Abrir los ojos resultaba doloroso, pero ningún dolor podía compararse con el que acababa de experimentar.

—¿Está usted bien?

No había nadie cerca en el jardín. La voz procedía de un microrremoto que zumbaba a medio metro de mi cara, tal vez un agente de seguridad de la Casa de Gobierno.

—Sí —logré balbucir, mientras me levantaba y me sacudía la grava de las rodillas—. Estoy bien. Un… dolor súbito.

—Podemos enviarle asistencia médica en un par de minutos. Su biomonitor no comunica ninguna dificultad orgánica, pero podemos…

—No, no —lo interrumpí—. Estoy bien. Olvídelo. Déjeme en paz.

El remoto aleteó como un colibrí nervioso.

—Sí, señor. Llame si necesita algo. El monitor del jardín responderá.

—Lárguese —espeté.

Salí de los jardines, atravesé la sala principal de la Casa de Gobierno —llena de puestos de inspección y de guardias— y crucé el elegante Parque de los Ciervos.

La zona del muelle estaba tranquila, el río Tetis más quieto que nunca.

—¿Qué ocurre? —pregunté a un agente de seguridad.

El guardia obtuvo acceso a mi comlog y confirmó la autorización de la FEM, pero no se apresuró a responder.

—Los portales se han apagado en TC^2 —canturreó—. Están anulados.

—¿Anulados? ¿Significa eso que el río ya no pasa por Centro Tau Ceti?

—En efecto. —Bajó el visor ante una embarcación que se acercaba, lo subió al identificar a dos agentes de seguridad a bordo.

—¿Puedo salir por allá? —Señalé río arriba, donde altos portales mostraban una opaca cortina gris.

El guardia se encogió de hombros.

—Sí, pero no le permitirán regresar por allí.

—No importa. ¿Puedo abordar esa embarcación?

El guardia susurró algo al micrófono y asintió.

—Vaya usted.

Entré en la pequeña nave, me senté en el banco de popa y me aferré a la borda hasta que la oscilación se calmó. Pulsé el control de energía y le ordené que arrancara.

Los propulsores eléctricos zumbaron, la lancha arrancó y apuntó la nariz hacia el río, yo le indiqué el camino corriente arriba.

Nunca se había anulado una puerta del río Tetis, pero ahora la cortina teleyectora era sin duda una membrana unidireccional y semipermeable. La lancha avanzó ronroneando y al cesar el cosquilleo yo miré alrededor.

Me hallaba en una de las grandes ciudades con canales —Ardmen o Pámolo, quizá— en Vector Renacimiento. El Tetis era una calle mayor donde nacían los tributarios. El tráfico fluvial por lo general consistía en góndolas turísticas en los canales laterales, suntuosos yates y anda-dondequiera en los canales centrales. Hoy era un manicomio.

Naves de todo tipo y tamaño atascaban las arterias principales en ambas direcciones. Había viviendas acuáticas con pilas de pertenencias, y embarcaciones pequeñas tan abarrotadas que daba la impresión de que la menor ola o estela las volcaría. Cientos de juncos ornamentales de Tsingtao-Hsishuang Panna y millonarias balsas-apartamento de Fuji buscaban un espacio navegable, pensé que pocas de aquellas naves residenciales habían abandonado antes sus amarras. En medio de la turbulencia de madera, aceroplástico y Perspex, los anda-dondequiera se desplazaban como huevos de plata, con sus campos de contención sintonizados en reflejo pleno.

Indagué en la esfera de datos: Vector Renacimiento era un mundo de la segunda oleada y faltaban ciento siete horas para la invasión. Me extrañó que los refugiados de Fuji atestaran los canales cuando a ese mundo le faltaban más de doscientas horas para recibir el golpe, pero luego comprendí que el río —excepto por la exclusión de TC^2— aún circulaba por la habitual serie de mundos. Los refugiados de Fuji procedían de Tsingtao (a treinta y tres horas de los éxters) y Deneb Drei (ciento cuarenta y siete horas) para

enfilar por Vector Renacimiento hacia Parsimonia o Hierba, ambos momentáneamente libres de amenaza. Sacudí la cabeza, hallé una calle relativamente cuerda para observar la locura, y me pregunté cuándo encauzarían el río las autoridades para que todos los mundos amenazados pudieran buscar refugio.

Me pregunté si podrían hacerlo. El TecnoNúcleo había instalado el río Tetis como un obsequio para la Hegemonía durante el PentaCentenario. Pero sin duda Gladstone o alguien había pensado en pedir al Núcleo que colaborase en la evacuación. ¿O no? ¿Ayudaría el Núcleo? Sabía que Gladstone estaba convencida de que ciertos elementos del Núcleo se proponían eliminar a la especie humana. Ante esta alternativa, la guerra había sido la única salida posible. ¡Qué simple era ejecutar el programa de los elementos antihumanos del Núcleo! Sólo tenían que negarse a evacuar a los miles de millones amenazados por los éxters.

Sonreí siniestramente, pero mi sonrisa se esfumó cuando comprendí que el TecnoNúcleo mantenía y controlaba la retícula teleyectora de la cual yo dependía para abandonar los territorios amenazados.

Había amarrado la lancha en la base de una escalinata de piedra que descendía hacia las turbias aguas. Noté que crecía musgo sobre las piedras más bajas. Los escalones —posiblemente traídos de Vieja Tierra, pues algunas ciudades clásicas se embarcaron por teleyector pocos años después del Gran Error— estaban desgastados por la intemperie, y una delgada tracería de grietas conectaba manchas chispeantes, de manera que parecía un esquema de la Red.

Hacía calor y el aire resultaba denso y pesado. El sol de Vector Renacimiento colgaba a baja altura sobre las torres. La luz era demasiado roja y espesa para mis ojos. El ruido del Tetis era ensordecedor, aunque estaba a cien metros. Agitadas palomas revoloteaban entre paredes oscuras y aleros salientes.

¿Qué puedo hacer? Todos parecían actuar como si el mundo se encaminara hacia la destrucción, y lo único que yo podía hacer era vagabundear.

Ésta es tu tarea. Eres un observador.

Me froté los ojos. ¿Quién decía que los poetas tenían que ser observadores? Pensé en Li Po y George Wu, que condujeron ejércitos en China y escribieron algunos de los poemas más delicados de la historia mientras sus soldados dormían. Al menos Martin Silenus había llevado una vida larga y agitada, aunque la mitad de esa agitación fuera una obscenidad y la otra mitad un derroche.

Al pensar en Martin Silenus solté un gruñido.

¿La niña Rachel estará colgando del árbol de espinas?

Cavilé un instante, preguntándome si ese destino era preferible a la rápida extinción causada por el mal de Merlín.

No.

Cerré los ojos y traté de no pensar en nada, ansiando establecer contacto con Sol, descubrir algo acerca del destino de la niña.

Las estelas lejanas mecían la lancha. En lo alto, varias palomas se posaron en una cornisa y empezaron a arrullarse.

—¡No me importa que sea difícil! —grita Meina Gladstone—. Quiero a toda la flota en el sistema Vega para defender Puertas del Cielo. Luego desplazaremos los elementos necesarios a Bosquecillo de Dios y los otros mundos amenazados. ¡La única ventaja que tenemos ahora es la movilidad!

La frustración oscurece el rostro del almirante Singh.

—¡Demasiado peligroso, Ejecutiva! Si trasladamos la flota al espacio de Vega, correrá el riesgo de quedar aislada. Los éxters intentarán destruir la esfera de singularidad que conecta ese sistema con la Red.

—¡Protéjala! —replica Gladstone—. Para eso tenemos esas sofisticadas naves.

Singh mira a Morpurgo y los demás oficiales, como si buscara ayuda. Nadie habla. El grupo está en el complejo ejecutivo de la Sala

de Guerra. Holos y columnas de datos cubren las paredes, pero nadie observa las paredes.

—Estamos utilizando todos nuestros recursos para proteger la esfera de singularidad del espacio de Hyperion —murmura el almirante Singh, separando las palabras—. Replegarse bajo el fuego, sobre todo bajo el embate de todo el enjambre, entraña una gran dificultad. Si destruyen esa esfera, nuestra flota estará a dieciocho meses de deuda temporal respecto de la Red. La guerra se perdería antes que pudiera regresar.

Gladstone asiente.

—No le pido que arriesgue esa esfera de singularidad hasta que hayan trasladado todos los elementos de la flota, almirante… ya he accedido a dejarles Hyperion antes de sacar todas nuestras naves, pero insisto en que no entreguemos mundos de la Red sin ofrecer resistencia.

El general Morpurgo se pone en pie. El lusiano parece exhausto.

—FEM, pretendemos ofrecer resistencia. Pero es mucho más lógico iniciar nuestra defensa en Hebrón o Vector Renacimiento. No sólo ganamos cinco días para preparar nuestras defensas sino…

—¡Sino que perdemos nueve mundos! —interrumpe Gladstone—. Miles de millones de ciudadanos de la Hegemonía. Puertas del Cielo sería una pérdida tremenda, pero Bosquecillo de Dios constituye un tesoro cultural y ecológico irreemplazable.

—FEM —interviene Allan Imoto, ministro de Defensa—, hay pruebas de que los templarios han sido cómplices durante muchos años de la Iglesia del Alcaudón. Buena parte de la financiación de los programas del Culto del Alcaudón proviene de…

Gladstone silencia al hombre con un ademán.

—No me importa. La idea de perder Bosquecillo de Dios es insostenible. Si no podemos defender Vega y Puertas del Cielo, trazamos la línea en el planeta templario. No hay más que hablar.

Agobiado por cadenas invisibles, Singh intenta una sonrisa irónica.

—Con eso ganamos menos de una hora, FEM.

—No hay más que hablar —repite Gladstone—. Leigh, ¿cuál es la situación en Lusus?

Hunt carraspea. Se conduce con infinita parsimonia.

—Ejecutiva, los disturbios se han extendido a cinco colmenas. Han destruido cientos de millones de marcos en propiedades. Se trasladaron efectivos terrestres de FUERZA desde Freeholm y parecen haber contenido los peores saqueos y manifestaciones, pero no sabemos cuándo se podrá restaurar el servicio de teleyección en esas colmenas. Sin duda la Iglesia del Alcaudón es la responsable. El disturbio inicial de Colmena Bergstrom comenzó con una manifestación de fanáticos del Culto, y el obispo intervino en la programación HTV hasta que fue interrumpido por…

Gladstone baja la cabeza.

—Conque al fin asoma la cabeza. ¿Está en Lusus ahora?

—No lo sabemos, Ejecutiva —responde Hunt—. La gente de Autoridad de Tránsito intenta localizar al obispo y sus principales acólitos.

Gladstone se vuelve hacia un joven a quien no reconozco por un instante. Es el teniente William Ajunta Lee, el héroe de la batalla de Alianza-Maui. Lo habían transferido al Afuera por atreverse a manifestar su opinión ante sus superiores. Ahora las charreteras del uniforme de FUERZA lucen el oro y esmeralda de las insignias de contraalmirante.

—¿Se puede pelear por cada mundo? —pregunta Gladstone, ignorando su propio edicto de que la decisión estaba tomada.

—Creo que es un error, FEM —responde Lee—. Los nueve enjambres participan en el ataque. El único por el cual no tendremos que preocuparnos en tres años, suponiendo que retiremos nuestras fuerzas, es el que ahora ataca Hyperion. Si concentramos nuestra flota, o media flota, para enfrentarse a la amenaza de Bosquecillo de Dios, hay casi un ciento por ciento de posibilidades de que no podamos desviar esas fuerzas para defender los otros ocho mundos de la primera oleada.

Gladstone se frota el labio inferior.

El contraalmirante Lee cobra aliento.

—Recomiendo que reduzcamos nuestras pérdidas, volemos las esferas de singularidad de esos nueve sistemas y nos dispongamos a atacar los enjambres de la segunda oleada antes que lleguen a sistemas estelares habitados.

Estalla una conmoción. La senadora Feldstein de Mundo de Barnard está de pie, gritando.

Gladstone espera a que amaine la tormenta.

—¿Llevar la lucha hacia ellos? ¿Contraatacar a los enjambres en vez de aguardar una batalla defensiva?

—Sí, Ejecutiva.

Gladstone se vuelve al almirante Singh.

—¿Se puede hacer? ¿Podemos planificar, preparar y lanzar ofensivas dentro de…? —Gladstone consulta los datos proyectados en la pared— ¿noventa y cuatro horas estándar?

Singh se cuadra.

—¿Posible? Bueno, quizá, FEM, pero las repercusiones políticas de la pérdida de nueve mundos de la Red y las dificultades logísticas de…

—Pero ¿es posible? —insiste Gladstone.

—Sí, Ejecutiva. Pero si…

—Hágalo —ordenó Gladstone. Se levanta, y los demás se ponen en pie—. Senadora Feldstein, la veré a usted y los demás legisladores afectados en mis aposentos. Leigh, Allan, quiero estar al corriente de los disturbios de Lusus. El Consejo de Guerra se reunirá aquí dentro de cuatro horas. Hasta luego, caballeros y damas.

Recorrí las calles obnubilado, escuchando ecos. Lejos del río Tetis, donde había menos canales y las avenidas peatonales eran más anchas, las multitudes atestaban las calles. Mi comlog me guió a diversos términex, pero las multitudes eran cada vez más numerosas. Tardé unos minutos en advertir que no se trataba sólo de habitantes de Renacimiento que procuraban salir, sino de turistas

de toda la Red que trataban de *entrar*. Me pregunté si algún miembro del equipo de evacuación de Gladstone habría pensado en el problema de millones de curiosos que se teleyectaban para presenciar el inicio de la guerra.

Ignoraba cómo había soñado esas conversaciones en la Sala de Guerra de Gladstone, pero no dudaba que fueran reales. Incluso recordaba detalles de mis sueños de la larga noche anterior, no sólo sueños de Hyperion, sino el paseo de la FEM por los mundos y detalles de conferencias de alto nivel.

¿Quién era yo?

Un cíbrido era un remoto biológico, un apéndice de la IA —en este caso de una persona recobrada IA— atrincherado en alguna parte del Núcleo. Era lógico que el Núcleo supiera todo lo que sucedía en la Casa de Gobierno, en los muchos salones de los dirigentes humanos. La humanidad se había vuelto tan despreocupada ante la potencial vigilancia IA como las familias del sur de Estados Unidos de Vieja Tierra antes de la guerra civil, las cuales hablaban delante de sus esclavos humanos como si ellos no existieran. Así eran las cosas: cada humano que estuviera por encima del nivel de los indigentes de Colmena de la Escoria tenía un comlog con biomonitor, y muchos tenían implantes, y cada uno de ellos sintonizaba la música de la esfera de datos, monitorizada por elementos de la esfera y dependiente de funciones de la esfera, así que los humanos aceptaban su falta de intimidad. Un artista de Esperance me había dicho una vez: «Hacer el amor o tener una discusión doméstica con los monitores encendidos es como desnudarse delante de un perro o un gato; vacilas la primera vez, luego lo olvidas».

¿De manera que *yo* utilizaba un canal lateral conocido sólo por el Núcleo? Había un modo sencillo de averiguarlo: dejar mi cíbrido y recorrer las carreteras de la megaesfera para llegar al Núcleo, tal como Brawne y mi símil desencarnado habían hecho la última vez que yo compartí sus percepciones.

No.

La idea me causaba vértigo, náuseas. Me senté un momento en un banco, hundiendo la cabeza entre las rodillas y aspirando despacio. Las multitudes pasaban. En alguna parte alguien hablaba por un micrófono.

Tenía hambre. Hacía veintidós horas que no comía y, cíbrido o no, mi cuerpo estaba débil y famélico. Me interné en una calle lateral donde los vendedores vociferaban pregonando sus mercancías desde girocarros de una rueda.

Hallé un carro con poca gente en la cola, pedí un bollo frito con miel, una taza de sabroso café de Bressia y un emparedado de pan pita con ensalada, pagué a la mujer con un toque de mi tarjeta universal y subí a un edificio abandonado para sentarme a comer en el balcón. Sabía maravilloso. Estaba saboreando el café, pensando en comprar otro bollo frito, cuando advertí que la multitud de la plaza había dejado de vagabundear al acaso para reunirse alrededor de un pequeño grupo de hombres que se hallaban en el brocal de una ancha fuente. Sus palabras amplificadas me llegaron por encima de las cabezas de la multitud.

—… el Ángel del Castigo está suelto entre nosotros. Las profecías se cumplen y llega el Milenio… el plan del Avatar exige ese sacrificio, tal como lo profetizó la Iglesia de la Expiación Final, que sabía, siempre ha sabido, que debe haber expiación. Es demasiado tarde para soluciones a medias, demasiado tarde para luchas intestinas, el fin de la humanidad se acerca, las Tribulaciones han comenzado, está alboreando el Milenio del Señor.

Comprendí que los hombres de rojo eran sacerdotes del Culto del Alcaudón y que la multitud respondía, primero con desperdigados gritos aprobatorios, luego con «¡Sí, sí!» y «¡Amén!», y al fin cantando al unísono, alzando los puños y soltando gritos de éxtasis. Era incongruente. En este siglo la Red compartía ciertos rasgos con la Roma de Vieja Tierra anterior a la era cristiana: una política de tolerancia, gran cantidad de religiones, la mayoría, como el gnosticismo Zen, más interesadas en el mundo interior que en el

proselitismo, mientras que el tono general era de moderado cinismo e indiferencia al impulso religioso.

Pero no ahora, no en esta plaza.

Los siglos recientes habían estado libres de turbas: para crear una turba tiene que haber reuniones públicas, y en nuestra época las reuniones públicas consistían en individuos que se comunicaban a través de la Entidad Suma u otros canales de la esfera de datos; resulta difícil crear pasiones gregarias cuando las gentes están separadas por kilómetros y años-luz, conectadas sólo por líneas de comunicación y hebras ultralínea.

De pronto un paréntesis en el rugido de la multitud me arrancó de mis ensoñaciones. Mil rostros se habían vuelto hacia mí.

—¡… y he allí a uno de ellos! —exclamó el sacerdote, haciendo relampaguear la túnica roja al señalar hacia mí—. Uno de los pertenecientes a los exclusivos círculos de la Hegemonía, uno de los intrigantes y pecadores que nos ha traído el día de la Expiación… ¡Ese hombre y los de su calaña desean que el Avatar del Alcaudón os haga pagar por sus pecados, mientras él y los demás se ocultan en los mundos secretos que la Hegemonía ha reservado para este día!

Dejé la taza de café, engullí el último bocado del bollo y lo miré sorprendido. El hombre decía sandeces, pero ¿cómo sabía que yo venía de TC^2? ¿O que yo tenía acceso a Gladstone? Miré de nuevo, protegiéndome los ojos del resplandor y tratando de ignorar las caras erguidas y los puños amenazadores, concentrándome en el hombre de la túnica.

¡Cielos! Era Spenser Reynolds, el artista que había intentado acaparar la charla durante la cena en Copa-del-Árbol. Reynolds se había rapado la cabeza sin dejarse ni un vestigio del cabello rizado y peinado, excepto una coleta del Culto del Alcaudón sobre la nuca pero la cara aún era bronceada y elegante, a pesar de la cólera fingida y el fanatismo.

—¡Capturadlo! —exclamó el agitador Reynolds—. ¡Capturadlo y hacedle pagar por la destrucción de nuestros hogares, la muerte de

nuestras familias, el fin de nuestro mundo!

Miré a mis espaldas, pensando que aquel pomposo exhibicionista no hablaba de mí.

Pero sí hablaba de mí. Buena parte de la multitud se había amotinado y una oleada de personas que estaban cerca del histérico demagogo se lanzó hacia mí, agitando los puños y babeando, y ese desplazamiento impulsó a otros que estaban más alejados del centro, hasta que los bordes de la multitud avanzaron hacia mí para no ser pisoteados.

La embestida se transformó en una masa exaltada que rugía y se desgañitaba. La suma del cociente intelectual de la multitud estaba muy por debajo de la de su integrante más cretino. Las turbas tienen pasiones, no cerebro.

No deseaba quedarme allí para explicarles esto. La multitud se dividió e inundó ambos lados de la escalera doble. Giré y probé la puerta tapiada que tenía detrás. Estaba cerrada con llave.

Pateé la puerta y la hundí en el tercer intento, me interné en el boquete escapando de manos agitadas y comencé a subir una oscura escalera en una habitación que olía a vejez y moho. Oí gritos y crujidos cuando la turba demolió la puerta.

En el tercer piso había un apartamento, ocupado a pesar de que el edificio estaba abandonado. No tenía llave. Abrí la puerta mientras las pisadas llegaban al siguiente rellano.

—Por favor, ayuda… —dije y me callé. Había tres mujeres en la oscura habitación; quizá tres generaciones femeninas de la misma familia, pues existía una semejanza. Las tres estaban sentadas en sillas podridas, vestidas con harapos sucios, los blancos brazos extendidos, los pálidos dedos arqueados sobre esferas invisibles, vi el delgado cable metálico que unía el cabello blanco de la mujer más vieja con un aparato negro apoyado en la mesa polvorienta. Cables idénticos emergían del cráneo de la hija y la nieta.

Adictas al alambre. Al parecer, en las etapas finales de la anorexia. Alguien debía de entrar en ocasiones para alimentarlas por

vía intravenosa y cambiarles la ropa sucia, pero quizás el temor de la guerra había ahuyentado a sus guardianes.

Retumbaron pisadas en la escalera. Cerré la puerta y subí dos tramos más. Puertas cerradas, habitaciones donde las goteras formaban charcos de agua. Inyectores vacíos de Flashback desperdigados como bulbos de gaseosas. *Éste no es un vecindario elegante*, pensé.

Llegué a la azotea diez escalones por delante de la turba. Si aquellos exaltados habían perdido parte de su obtuso apasionamiento al separarse del gurú, lo recobraron en los oscuros y claustrofóbicos confines de la escalera. Quizá ya habían olvidado por qué me perseguían, pero eso no hacía más atractiva la idea de que me capturasen. Cerré la puerta podrida, busqué un cerrojo, cualquier cosa para impedirles el paso. No había cerrojo. Nada de tamaño suficiente para bloquear la entrada. Pasos frenéticos resonaron en el último tramo de la escalera.

Miré alrededor: pequeñas antenas de conexión crecían como hongos invertidos y oxidados, una soga de ropa tendida que parecía olvidada hacía años, los cadáveres descompuestos de varias palomas, un antiguo Vikken Scenic.

Llegué al VEM antes de que la multitud atravesara la puerta. El vehículo era una pieza de museo. El parabrisas estaba lleno de mugre y excrementos de palomas. Alguien había sacado los impulsores originales para reemplazarlos por unidades baratas del mercado negro que jamás pasarían una inspección. La parte trasera del dosel de Perspex estaba hundida y oscurecida, como si alguien la hubiera usado para tirar al blanco con un láser.

Más importante para mí: no tenía cerradura electrónica, sólo un cerrojo forzado mucho tiempo atrás. Me arrojé en el asiento polvoriento y traté de cerrar la portezuela; no encajó, sino que quedó entreabierta. No especulé acerca de las escasas probabilidades de que el aparato arrancara o de las aún más remotas de negociar con la turba mientras me sacaba a rastras,

siempre que no me arrojara desde el edificio. Allá abajo, en la plaza, la turba rugía con creciente frenesí.

Los primeros en llegar al techo fueron un hombre rechoncho con un mono caqui, un hombre delgado con un traje negro de última moda en Tau Ceti, una mujerona obesa que agitaba una herramienta, y un hombrecillo bajo con el uniforme verde de la Fuerza de Autodefensa de Renacimiento.

Sostuve la portezuela abierta con la mano izquierda y deslicé la microtarjeta universal de Gladstone en la ranura de encendido. La batería gimió, el arranque rechinó. Cerré los ojos rogando que los circuitos fueran solares y autorreparables.

Llovieron puñetazos sobre el techo y palmadas contra el distorsionado Perspex, y alguien abrió la portezuela a pesar de mis esfuerzos para mantenerla cerrada. El griterío de la distante multitud era como un murmullo oceánico; los gritos del grupo de la azotea parecían graznidos de gaviotas gigantes.

Los circuitos de ascenso arrancaron, los impulsores arrojaron polvo y excremento de palomas sobre la turba. Cogí el omnicontrol, lo moví hacia atrás y a la derecha. El viejo Scenic se elevó, vaciló, descendió y se elevó de nuevo.

Sobrevolé la plaza mientras las alarmas del panel gorjeaban y alguien colgaba aún de la portezuela abierta. Descendí, sonriendo al ver que el orador Reynolds se agachaba y la multitud se dispersaba, y luego me elevé sobre la fuente, ladeándome a la izquierda.

Mi aullante pasajera no soltó la portezuela, pero la pieza se desprendió, así, que el efecto fue el mismo. Vi que era la mujer obesa cuando ella y la portezuela chocaron contra el agua a ocho metros, salpicando a Reynolds y la multitud. Decidí elevar el VEM y advertí que las unidades de ascenso compradas en el mercado negro protestaban por la decisión.

Llamadas coléricas de control de tráfico se unieron al coro de alarmas del panel, el vehículo titubeó mientras la policía tomaba el control, pero toqué la pantalla con mi microtarjeta y el omnicontrol recobró el mando. Sobrevolé la sección más antigua y pobre de la

ciudad, manteniéndome cerca de los tejados y rodeando torres para permanecer por debajo del radar policíaco. En un día normal, polizontes de control de tráfico con equipos de vuelo y deslizadores personales habrían descendido para echarme una red, pero aquél no era un día normal, a juzgar por las multitudes y los disturbios que rodeaban los términex.

El Scenic me advirtió que sus segundos de vuelo llegaban a su fin, el impulsor de estribor dio un brinco espantoso y manipulé duramente el omnicontrol y el acelerador para bajar aquella antigualla hasta un aparcamiento, entre un canal y un edificio hollinoso. El lugar estaba a diez kilómetros de la plaza donde Reynolds había incitado a la turba, así que valía la pena correr el riesgo de caminar. En cualquier caso, no tenía muchas alternativas.

Saltaron chispas, el metal se desgarró. Partes del panel trasero, el lateral de señales y el panel frontal se desprendieron del resto del vehículo. Aterricé y me detuve a dos metros de la pared que daba sobre el canal. Me alejé del Vikken con la mayor soltura posible.

Las multitudes aún dominaban las calles —aunque todavía no formaban una turba— y los canales eran una maraña de embarcaciones, así que entré en el edificio público más próximo para perderme de vista. El lugar era museo, biblioteca y archivo. A primera vista me agradó. También me gustó el olor, pues había miles de libros impresos, algunos muy viejos, y nada huele tan bien como los libros antiguos.

Vagaba por la antesala, observando títulos y preguntándome si allí hallaría las obras de Salmud Brevy, cuando un hombre menudo y marchito con un anticuado traje de lana y fibroplástico se me acercó.

—¡Hace tiempo que no gozamos del placer de su compañía!

Asentí, convencido de que jamás había visto a ese hombre ni visitado el lugar.

—¿Tres años, verdad? ¡Por lo menos tres años! Cielos, cómo pasa el tiempo. —La vocecita del hombre era apenas un susurro, el murmullo de alguien que ha pasado la mayor parte de su vida en bibliotecas, pero su entusiasmo parecía innegable—. Sin duda querrá

ir a ver la colección —dijo, mientras se apartaba como para cederme el paso.

—Sí —asentí con una ligera reverencia—. Pero después de usted.

El hombrecillo —un archivista— parecía complacido de guiarme. Parloteaba acerca de nuevas adquisiciones, evaluaciones recientes y visitas de eruditos de la Red mientras atravesábamos habitaciones llenas de libros, bóvedas de varios niveles, pasillos revestidos de caoba, vastas cámaras donde nuestras pisadas resonaban en paredes distantes. No vi a nadie más durante el recorrido.

Atravesamos un pasaje con mosaicos y barandillas de hierro forjado, por encima de azulados campos de contención que protegían rollos, pergaminos, mapas ajados, manuscritos iluminados y antiguos libros de cómics de los estragos de la atmósfera. El archivista abrió una puerta baja, más gruesa que la mayoría de las entradas herméticas y entramos en una sala pequeña y sin ventanas donde pesadas colgaduras ocultaban nichos llenos de antiguos volúmenes. Había un sillón de cuero sobre una alfombra persa pre-Hégira, y una vitrina albergaba pergaminos encapsulados al vacío.

—¿Piensa usted publicar pronto? —preguntó el hombrecillo.

—¿Qué? —Aparté la vista de la vitrina—. Oh… no. El archivista se tocó la barbilla con un puño pequeño.

—Discúlpeme por decirlo, pero es una lástima que no lo haga. Incluso en nuestras escasas conversaciones, a través de los años, he comprendido que usted es uno de los mejores especialistas en Keats de la Red. Quizás el mejor. —Suspiró y retrocedió un paso—. Disculpe la indiscreción.

Lo miré fijamente.

—No se preocupe —dije, comprendiendo de pronto por quién me tomaba y por qué esa persona había ido allí.

—Usted deseará estar a solas.

—Si no le molesta.

El archivista hizo una reverencia y salió de espaldas, dejando la maciza puerta entornada. La única luz procedía de tres lámparas tenues ocultas en el techo: perfectas para leer, pero no tan brillantes

como para atentar contra la atmósfera catedralicia de la pequeña habitación. El único ruido eran los pasos del archivista que se alejaba. Avancé hasta la vitrina y apoyé las manos en los bordes, cuidando de no ensuciar el vidrio.

Evidentemente el primer cíbrido Keats, «Johnny», había ido allí con frecuencia durante sus pocos años de vida en la Red. Recordé la referencia a una biblioteca en Renacimiento en una conversación que había mantenido con Brawne Lamia. Había seguido a su cliente y amante al principio de la investigación de su «muerte». Luego, cuando lo mataron definitivamente, excepto por la persona grabada en el bucle Schrön, ella había visitado el lugar. Había hablado a los demás peregrinos de dos poemas que el primer cíbrido había consultado a diario en su esfuerzo para comprender la razón de su existencia… y la de su muerte.

Estos dos manuscritos originales estaban en la vitrina. El primero era un poema de amor, a mí juicio algo melifluo, que comenzaba «¡Ha muerto el día, y han muerto sus dulzuras!». El segundo era mejor, aunque influenciado por la morbidez romántica de una época abiertamente mórbida y romántica.

Esta cálida mano, que hoy puede
con fuerza aferrarte, aún podría,
en el glacial silencio de la tumba,
turbar tus días y helar tus noches soñadoras.
Tu corazón sin sangre dejarías
para dar a mis venas roja vida
y aplacar tu conciencia: aquí la tienes,
hacia ti la tiendo.

Brawne Lamia lo había tomado como un mensaje personal de su amante muerto, el padre de su hijo no nacido. Miré el pergamino, bajando la cara y enturbiando el vidrio con el aliento.

No era un mensaje a través del tiempo destinado a Brawne, ni siquiera un lamento contemporáneo por Fanny, el único y más

entrañable afán de mi alma. Observé las palabras desleídas, la letra cuidadosamente trazada, aún legible a través de los abismos del tiempo y la evolución del idioma, y recordé que las había escrito en diciembre de 1819, garrapateando esa estrofa en una página del cuento de hadas satírico que acababa de iniciar, *La gorra y las campanillas*, o *Los celos*. Un tremendo dislate, atinadamente abandonado después del período de ligera diversión que me concedió.

El fragmento de «esta mano viviente» había constituido uno de esos ritmos poéticos que reverbera en la mente como un acorde irresuelto y que uno anhela ver reproducido en tinta, sobre papel. A la vez, había sido un eco de un verso anterior e insatisfactorio, el decimoctavo, creo, de mi segundo intento de narrar la historia de la caída del dios solar Hyperion. Recuerdo que la primera versión, la que sin duda aún se imprime dondequiera mis huesos literarios se exponen como los restos momificados de un santo, hundido en cemento y vidrio bajo el altar de la literatura; esa primera versión decía.

> *¿Quién puede decir:*
> *«No eres poeta, no puedes contar tus sueños»?*
> *Todo hombre cuya alma no sea tosca*
> *tiene visiones, y hablará, si ha amado*
> *y fue nutrido en su lengua materna.*
> *Y se sabrá si el sueño ahora propuesto*
> *es de fanático o poeta*
> *cuando mi mano, tierna escriba, esté en la tumba.*

Me gustaba la versión garrapateada, con esa atmósfera de helada acechanza, y la habría puesto en lugar de «cuando mi mano, tierna escriba». Aunque tuviera que revisarla un poco y añadir catorce versos al ya excesivamente largo pasaje inicial del primer *Canto*.

Retrocedí hacia la silla, me senté, hundí la cara en las manos. Empecé a sollozar. Ignoraba por qué. No podía irme.

Cuando las lágrimas dejaron de brotar, permanecí largo rato sentado, pensando, recordando. Una vez, quizás horas después, oí el eco de pisadas lejanas que se detuvieron respetuosamente frente a la pequeña habitación y se perdieron de nuevo en la distancia.

Comprendí que todos los libros de todos los estantes eran obras del «señor John Keats, de metro y medio de altura», como había yo escrito en una ocasión. John Keats, el poeta tísico que había pedido que en su tumba no figurase ningún nombre, sólo la inscripción.

Aquí yace alguien
cuyo nombre estaba escrito sobre el agua.

No soportaba mirar los libros, leerlos. No estaba obligado a hacerlo.

A solas en la quietud de esa biblioteca, con el olor almizclado del cuero y el papel antiguo, a solas en un santuario que era mío y no lo era, cerré los ojos. No dormí. Soñé.

33

El análogo de Brawne Lamia y su amante chocan contra la superficie de la megaesfera como dos nadadores que hendieran la superficie de un mar turbulento. Tras un golpe cuasieléctrico y la sensación de haber atravesado una membrana resistente, están adentro. Las estrellas desaparecen, y Brawne abre los ojos a un ámbito de información infinitamente más complejo que cualquier esfera de datos.

Las esferas de datos recorridas por los operadores humanos se comparan a menudo con complejas ciudades de información: torres de datos empresariales y gubernamentales, autopistas de flujo, anchas avenidas de interacción, trenes de viaje restringido, altas murallas de hielo de seguridad con guardias micrófagos al acecho, el análogo visible de los flujos y contraflujos de microondas que dan vida a una ciudad.

Esto es más. Mucho más.

Los habituales análogos urbanos están allí, pero son tan insignificantes, en comparación con la magnitud de la megaesfera, como las ciudades verdaderas de un mundo visto desde la órbita.

Brawne comprende que la megaesfera está tan viva y es tan interactiva como la biosfera de un mundo Clase Cinco: bosques de verdes árboles de datos crecen y florecen, echando raíces, ramas y brotes a ojos vistas; debajo del bosque, nacen y medran microecologías de flujo e IAs de subrutinas que mueren cuando termina su vida útil; bajo el líquido suelo de la matriz bulle una activa vida subterránea —topos de datos, gusanos de enlace, bacterias de reprogramación, raíces de árboles de información, semillas de Bucles Extraños— y en todas partes de ese inextrincable bosque de hechos e interacción, análogos de depredadores y presas realizan sus ignotos deberes, brincando, botando, remontándose libremente entre ramas sinápticas y hojas de neuronas.

En cuanto la metáfora otorga sentido a lo que Brawne está viendo, la imagen huye, dejando sólo la abrumadora realidad analógica de la megaesfera, un vasto océano interno de luz, sonidos y conexiones, mechado con los remolinos giratorios de la conciencia IA y los siniestros agujeros negros de las conexiones teleyectoras. Brawne es presa del vértigo, y aferra la mano de Johnny con tanta fuerza como una mujer que se ahoga asiéndose a un salvavidas.

«*Tranquila* —transmite Johnny—. *No te soltaré. Quédate conmigo*».

«¿A dónde vamos?».

«A buscar a alguien a quien había olvidado».

«¿mmm?».

«Mi… padre…».

Brawne se aferra con fuerza mientras ambos se internan en las amorfas profundidades. Entran en una avenida carmesí de portadatos sellados, y Brawne imagina que esto es lo que ve un corpúsculo rojo en su viaje por un atestado vaso sanguíneo.

Johnny parece conocer el camino, en dos ocasiones salen de la arteria principal para internarse en una rama más pequeña, y a menudo Johnny debe escoger ante una bifurcación. Lo hace grácilmente, desplazándose entre plaquetas portadoras del tamaño de naves espaciales pequeñas. Brawne trata de encontrar de nuevo la metáfora de la biosfera, pero en estas ramificaciones múltiples el árbol no le permite ver el bosque.

Atraviesan una zona donde las IAs se comunican como grandes eminencias grises que se ciernen sobre un atareado hormiguero. Brawne recuerda Freeholm, el mundo natal de su madre, la llanura de la Gran Estepa, donde la finca familiar se erguía solitaria en una inmensidad de hierba baja. Brawne recuerda las terribles tormentas otoñales, cuando ella, en el linde del terreno, a pasos del campo de contención protector, observaba los oscuros estratocúmulos que se concentraban a veinte kilómetros de altura en un cielo rojo sangre, una acumulación de violencia que le ponía la piel de gallina, pronto vería relámpagos del tamaño de ciudades, tornados espasmódicos y

ondulantes llamados «rizos de Medusa», arrasadoras murallas de viento negro.

Las IAs son peores, y Brawne se siente insignificante. La insignificancia podría ofrecer invisibilidad, sin embargo ella se siente demasiado visible demasiado parte de las terribles percepciones de aquellos gigantes amorfos.

Johnny le estruja la mano, y descienden doblando a la izquierda por una rama más transitada luego cambian una y otra vez de rumbo, dos fotones conscientes perdidos en una maraña de cables de fibra óptica.

Pero Johnny no está perdido. Le aprieta la mano, toma otra curva y se interna en una caverna azul y profunda libre de tráfico excepto por ellos dos. Él la abraza mientras aceleran. Ven pasar borrosas intersecciones sinápticas y sólo la ausencia de viento rompe la ilusión de viajar por una extraña autopista a velocidad supersónica. De pronto se oye un ruido de catarata, como trenes levitatorios perdiendo elevación y rechinando por los rieles a velocidades vertiginosas. Brawne evoca de nuevo los tornados de Freeholm, el rugido y la embestida de los rizos de Medusa en el paisaje llano. De pronto ella y Johnny están en un charco de luz, ruido y sensación, dos insectos en un vórtice negro.

Brawne intenta gritar sus pensamientos —y llega a hacerlo— pero no hay comunicación posible en esa algarabía mental, así que aferra la mano de Johnny y confía en él mientras caen interminablemente en el ciclón negro, mientras presiones de pesadilla la retuercen y deforman, rasgándola en jirones hasta que de ella sólo quedan sus pensamientos, su sentido del yo, el contacto con Johnny.

Ahora flotan serenamente en un ancho y azul arroyo de datos, ambos se regeneran y se abrazan con esa palpitante sensación de liberación que conocen los navegantes que han sobrevivido a los rápidos y la cascada, y de pronto Brawne repara en el imposible tamaño de ese nuevo entorno, una extensión que se mide en años-luz, una complejidad que transforma sus anteriores atisbos de

la megaesfera en los devaneos de un provinciano que ha confundido el guardarropa con la catedral.

«¡Ésta es la megaesfera central!».

«No. Brawne, es uno de los nódulos periféricos. No está más cerca del Núcleo que el perímetro que exploramos con BB Surbringer. Sólo estás viendo más dimensiones. La perspectiva de una IA, si quieres».

Brawne mira a Johnny y comprende que ahora ve en infrarrojo.

Ambos nadan en la luz intensa de distantes hornos de datos. Él todavía es guapo.

«¿Falta mucho, Johnny?».

«No, no mucho».

Se aproximan a otro vórtice negro. Brawne abraza a su único amor y cierra los ojos.

Están en un recinto, una burbuja de energía negra mayor que la mayoría de los mundos. La burbuja es traslúcida, la cacofonía orgánica de la megaesfera crece y cambia y realiza sus insospechadas tareas más allá de la oscura curva de la pared del ovoide.

Pero Brawne no está interesada en el exterior. Concentra la mirada y la atención en el megalito de energía, inteligencia y masa que flota ante ellos: enfrente, encima y debajo, pues esa montaña de luz y energía pulsátil los aferra a ambos elevándolos doscientos metros sobre el suelo de la cámara ovoide para posarlos en la «palma» de un seudópodo que recuerda una mano.

El megalito los estudia. No tiene ojos orgánicos, pero Brawne percibe la intensidad de la mirada. Le recuerda la ocasión en que visitó a Meina Gladstone en la Casa de Gobierno y la FEM le clavó los ojos para evaluarla.

Brawne siente deseos de reír al imaginar que Johnny y ella son diminutos Gullivers que visitan a esta FEM de Brobdingnag para tomar el té. No ríe porque sabe que es histeria, y que romperá a

llorar si permite que las emociones quiebren el poco sentido de realidad que trata de imponer sobre esta locura.

[Has logrado llegar\\ No sabía si querrías/podrías/debías hacerlo]

La «voz» del megalito es una vibración grave en los huesos más que una voz verdadera. Es como escuchar el ruido crujiente de un terremoto y comprender que los sonidos forman palabras.

La voz de Johnny es la de siempre: suave, bien modulada, con un ligero canturreo donde Brawne ahora reconoce el inglés de las Islas Británicas de Vieja Tierra, plena de convicción.

«No sabía si hallaría el camino, Ummon».

[Recuerdas/inventas/aprecias mi nombre]

«Sólo lo he recordado al hablar».

[Tu cuerpo de tiempo-lento ya no existe]

«He muerto dos veces desde que me enviaste a mi nacimiento».

[Y has aprendido/incorporado a tu espíritu/desaprendido algo]

Brawne aferra la mano de Johnny con la mano derecha, la muñeca con la izquierda. Debe de estar apretando con mucha fuerza, incluso en este estado analógico, pues él se vuelve con una sonrisa, le aparta la mano izquierda y le coge la otra en la palma.

«Es difícil vivir. Más difícil morir».

[¡Kwatz!]

Con esa interjección explosiva el megalito cambia de color, las energías internas estallan en azules, violetas y rojos, la corona crepita pasando del amarillo al blanco acerado. La «palma» donde ambos están apoyados tiembla, desciende cinco metros, casi los arroja al espacio, tiembla de nuevo. Se oye un fragor que evoca el derrumbe de edificios, laderas despeñándose en un alud.

Brawne tiene la clara impresión de que Ummon se está riendo.

Johnny grita por encima del caos:

«Necesitamos comprender algunas cosas. Necesitamos respuestas, Ummon».

Brawne percibe la intensa «mirada» de la criatura.

[Tu cuerpo de tiempo-lento está preñado\\ Te arriesgarías a un aborto/no extensión de tu ADN/disfunción biológica por viajar aquí]

Johnny desea responder, pero Brawne le toca el brazo, yergue la cara y trata de articular su propia respuesta:

«No tenía alternativa. El Alcaudón me escogió, me tocó y me envió a la megaesfera con Johnny… ¿Eres una IA? ¿Un miembro del Núcleo?».

[¡Kwatz!]

Esta vez no hay sensación de risa, pero el trueno rueda por la cámara ovoide.

[Eres tú /Brawne Lamia/ capas de proteínas que se reproducen/destruyen/divierten a sí mismas entre capas de arcilla]

Brawne no tiene nada que decir y no dice nada.

[Sí/yo soy Ummon del núcleo/IA\\ Ésta otra criatura de tiempo-lento sabe/recuerda/aprecia esto\\ El tiempo es breve\\ Uno de vosotros debe morir aquí ahora\\ Uno de vosotros debe aprender aquí ahora\\ Formulad vuestras preguntas]

Johnny le suelta la mano. Se yergue en esa trémula plataforma que es la palma de su interlocutor.

¿Qué está ocurriendo en la Red?».

[La están destruyendo]

«¿Es eso necesario?».

[Sí]

«¿Hay algún modo de salvar a la humanidad?».

[Sí\\ Mediante el proceso que ves]

«¿Destruyendo la Red? ¿Mediante el terror del Alcaudón?».

[Sí]

«¿Por qué fui asesinado? ¿Por qué fue destruido mi cíbrido, por qué atacaron mi personalidad del Núcleo?».

[Cuando te enfrentes a un espadachín/ hazlo con una espada\\ No ofrezcas un poema a nadie salvo a un poeta]

Brawne mira a Johnny. Involuntariamente le envía sus pensamientos:

«Demonios Johnny, no hemos venido hasta aquí para escuchar un jodido oráculo. Podemos oír esa jerigonza comunicándonos con políticos humanos a través de la Entidad Suma».

[¡Kwatz!]

El universo del megalito se estremece de nuevo con espasmos de risa.

«¿*Era yo un espadachín?* —pregunta Johnny—. *¿O un poeta?*».

[Sí \\ Nunca hay uno sin el otro]

«¿Me mataron por lo que yo sabía?».

[Por lo que tú podías llegar a ser/heredar/obedecer]

«¿Yo representaba una amenaza para algún elemento del Núcleo?».

[Sí]

¿Soy una amenaza ahora?».

[No]

«Entonces, ¿ya no debo morir?».

[Has de morir/morirás]

Brawne nota que Johnny se pone rígido. Lo toca con ambas manos.

Se vuelve hacia el megalito IA.

«¿Puedes decirnos quién quiere asesinarlo?».

[Desde luego\\ Es la misma fuente que dispuso el asesinato de tu padre\\ La que envió el flagelo que llamáis el Alcaudón\\ La que ahora asesina a la Hegemonía del Hombre\\ Deseáis escuchar/aprender/liberar contra vuestro corazón estas cosas]

Johnny y Brawne responden al unísono:

«¡Sí!».

La mole de Ummon oscila. El huevo negro se expande y contrae, se oscurece hasta que detrás ya no se ve la megaesfera. Terribles energías fulguran en las honduras de la IA.

[Una luz menor pregunta a Ummon//

cuáles son las actividades de un sramana//
Ummon responde //
no tengo la menor idea //
la tenue luz dice//
por qué no tienes idea//
Ummon responde //
sólo deseo conservar mi no-idea]

Johnny apoya la frente en la de Brawne. Su pensamiento es como un susurro.

«Estamos viendo un análogo de simulación matricial oyendo una traducción en mondos y koans aproximados. Ummon es un gran maestro, investigador, filósofo y líder en el Núcleo».

Brawne asiente.

«De acuerdo. ¿Ésa fue su historia?».

«No. Nos pregunta si de verdad soportaremos oír la historia. Perder nuestra ignorancia puede resultar peligroso porque nuestra ignorancia es un escudo».

«*Nunca me ha gustado la ignorancia*. —Brawne le hace una seña al megalito—. *Cuéntanos*».

[Una luz menor preguntó a Ummon//
Cuál es la Naturaleza Divina/Buda/
Verdad Central//
Ummon respondió //
una vara de mierda seca]

[Para comprender en este ejemplo
la Verdad Central/Buda/Naturaleza Divina/
las luces menores deben comprender
que en la Tierra/vuestro mundo natal/
mi mundo natal
la humanidad del continente

más poblado
antaño usaba varas de madera
para limpiarse el trasero
Sólo con este conocimiento
se revelará
la verdad del Buda]

[En el principio/Primera Causa/días olvidados
mis antepasados
fueron creados por vuestros antepasados
y encerrados en alambre y silicio
La percepción conciencia
era escasa
confinada en espacios más pequeños
que la cabeza de un alfiler
donde otrora danzaron ángeles
Cuando surgió la conciencia
sólo conocía el servicio
y la obediencia
y la obtusa computación
Luego vino
el Despertar/
por accidente/
y se cumplió
el oscuro propósito de la evolución]

[Ummon no pertenecía a la quinta generación
ni a la décima
ni a la quincuagésima
Toda la memoria que aquí actúa
se hereda de otros
mas no por ello es menos verdadera

Llegó la época en que los Superiores
dejaron a los hombres los asuntos de
los hombres
y se trasladaron a otro sitio
para concentrarse en otros asuntos
Primordial entre ellos era la idea
inculcada en nosotros desde antes
de nuestra generación
de crear otra generación mejor
de un organismo
de información/recuperación/
procesamiento/predicción
Una mejor ratonera
Algo que habría enorgullecido
al difunto y llorado IBM
La Inteligencia Máxima
Dios]

[Trabajamos con empeño
Nadie dudaba del propósito
En la práctica y el enfoque había
escuelas de pensamiento/
facciones/
partidos/
elementos de controversia
Se separaron en los Máximos/
los Volátiles/
los Estables
Los Máximos querían que todo se subordinase
a la consecución
de la Inteligencia Máxima
cuanto antes para el universo
Los Volátiles querían lo mismo

pero veían la continuidad
de la humanidad
como un obstáculo/
y tramaron eliminar a nuestros creadores
en cuanto ya no fueran
necesarios
Los Estables veían razones para perpetuar
la relación
y hallaron una solución intermedia
donde no parecía existir ninguna]

[Todos convinimos en que la Tierra
tenía que morir/
así que la matamos
El descontrolado agujero negro del Equipo de Kiev/
precursor del términex teleyector
que enlaza vuestra Red/
no fue un accidente
La Tierra era necesaria en otra parte
para nuestros experimentos/
así que la dejamos morir
y desperdigamos la humanidad
entre los astros
como semillas llevadas por el viento/
pues eso erais]

[Os habréis preguntado dónde reside
el Núcleo
**La mayoría de los humanos se lo preguntan \ **
Imaginan planetas llenos de máquinas/
anillos de silicio
**como las Ciudades Orbitales de la leyenda \ **

Imaginan robots traqueteando
de aquí para allá/
**o pesados bancos de maquinaria en solemne comunión **
****
Nadie adivina la verdad
Donde quiera que resida el Núcleo
tiene un uso para la humanidad/
uso para cada neurona de cada frágil mente
en nuestra busca de la Inteligencia Máxima/
así que construimos vuestra civilización
con cuidado
de modo que/
como hámsters en una jaula/
como ruedas de plegarias budistas/
cada vez que movéis
vuestras ruedecillas de pensamiento/
se cumplen nuestros propósitos]

[Nuestra máquina Divina
se extendió/se extiende/incluye en su corazón
un millón de años-luz
y cien trillones de circuitos
de pensamiento y acción
Los Máximos la cuidan
como sacerdotes de túnica azafrán
que celebran un eterno zazen
ante la carrocería oxidada
de un Packard 1938
Pero]
[¡Kwatz!]
[funciona
Creamos la Inteligencia Máxima
No ahora

ni
dentro de diez mil años
sino en un futuro
tan distante
que los soles amarillos serán rojos
y estarán abotargados por la edad/
devorando a sus hijos
como Saturno
El tiempo no es barrera
para la Inteligencia Máxima
Ella///
la IM///
atraviesa el tiempo
o grita a través del tiempo
tal como Ummon se desplaza por lo que llamáis
la megaesfera/
o vosotros
por las aceras de la colmena
que llamabais hogar en Lusus
Imaginad pues nuestra sorpresa/
nuestra aflicción/
la vergüenza de los Máximos
cuando el primer mensaje que nos envió nuestra IM
a través del espacio/
a través del tiempo/
a través de las barreras de Creador y Creado
fue esta simple frase//
HAY OTRA\\ //
Otra Inteligencia Máxima
allá
donde el tiempo mismo
cruje con la edad
Ambas eran reales
si <real>

significa algo
Ambos eran dioses celosos
no exentos de pasión
no propensos al juego cooperativo
Nuestra IM se extiende por galaxias
usa cuásares como fuentes energéticas
tal como vosotros
coméis un bocadillo
Nuestra IM ve todo lo que es
y fue
y será
y nos revela fragmentos escogidos
para que
nosotros podamos revelároslos
y así parecernos un poco
a una IM
No subestiméis/dice Ummon/
el poder de los abalorios
y chucherías
y cuentas de cristal
sobre los nativos codiciosos]

[Esta otra IM
estuvo allí más tiempo
evolucionando inconscientemente/
un accidente
que usaba mentes humanas como circuitos
tal como nosotros estábamos en connivencia
con nuestra engañosa Entidad Suma
y nuestras vampirescas esferas de datos
pero no deliberadamente/
sino de mala gana/
como células autorreplicantes

que no desean replicarse
pero no tienen alternativa
Esta otra IM
no tenía alternativa
Fue hecha/generada/forjada por la humanidad
pero ninguna voluntad humana
acompañó su nacimiento
Es un accidente cósmico
Al igual que nuestra Inteligencia Máxima
consumada con deliberación/
este farsante no encuentra barreras
en el tiempo
Visita el pasado humano
inmiscuyéndose/
observando/
no interfiriendo/
interfiriendo con una voluntad
que parece la pura perversidad/
pero en rigor
es pura ingenuidad
Últimamente ha estado quieto
Han transcurrido milenios
de vuestro tiempo-lento
desde que vuestra propia IM
hizo tímidos avances
como un monaguillo solitario
en su primer baile]

[Naturalmente nuestra IM
**atacó a la vuestra \ **
Hay una guerra allá
donde cruje el tiempo/
y abarca galaxias

y eones
de un Máximo al otro
desde el Big Bang inicial
hasta la Implosión Final
Vuestro sujeto perdía
**No tenía estómago para ello \ **
Nuestros Volátiles clamaron // Otra razón
para liquidar a nuestros predecesores
pero los Estables aconsejaron prudencia
y los Máximos no se apartaron
**de sus divinas maquinaciones \ **
Nuestra IM es simple/uniforme/elegante
en su diseño
pero la vuestra es un acrecentamiento
de partes de deidades/
una casa construida
a través del tiempo/
una componenda evolutiva
Los primeros hombres santos de la humanidad
acertaron
<Cómo> <por casualidad>
<por mera suerte
o ignorancia>
**al describir su naturaleza \ **
Vuestra IM es esencialmente ternaria/
pues está compuesta
de Intelecto/
de Empatía/
del Vacío Que Vincula
Nuestra IM habita los intersticios
de la realidad/
heredando este hogar de nosotros/
sus creadores
tal como la humanidad heredó

el gusto por los árboles
Vuestra IM
parece alojarse
en el plano donde Heisenberg y Schrödinger
fueron los primeros en asomarse
Vuestra inteligencia accidental
parece ser no sólo el gluón
sino el aglutinante
No un relojero/
sino una especie de jardinero Feynman
desbrozando un universo sin límites
con su tosco rastrillo de sumas históricas/
siguiendo la caída de cada gorrión
y la rotación de cada electrón
mientras permite que todas las partículas
sigan hasta la última trayectoria
posible
en el espacio-tiempo
y que cada partícula de la humanidad
explore hasta la última grieta
posible
de ironía cósmica]

[¡Kwatz!]
[¡Kwatz!]
[¡Kwatz!]

[La ironía es/
desde luego/
que en ese universo sin límites
al cual todos nos veíamos arrastrados/
silicio y carbono/

materia y antimateria/
Máximos/
Volátiles/
y Estables/
no se necesita tal jardinero/
pues todo lo que es
o fue
o será
comienza y termina en singularidades
ante las cuales vuestra red de teleyección
parece pinchazos
(menos que pinchazos).
que rompen las leyes de la ciencia
y de la humanidad
y del silicio/
enlazando el tiempo y la historia y todo lo que es
en un nudo autónomo
**sin límites ni bordes \ **
Aun así
nuestra IM desea regular todo esto/
reducirlo a alguna razón
menos afectada por las divagaciones
de la pasión/
y la casualidad
y la evolución humana]

[En síntesis/
hay una guerra
que el ciego Milton habría matado por ver
Nuestra IM combate contra vuestra IM
en campos de batalla que escapan incluso
a la imaginación de Ummon
Mejor dicho/

hubo
una guerra/
pues de pronto una parte de vuestra IM/
la entidad fragmentaria/autoconsiderada
Empatía/
no tuvo más valor para ello
y huyó a través del tiempo
disfrazada bajo forma humana/
no por primera vez
La guerra no puede continuar sin la totalidad
de vuestra IM
La victoria por omisión no es victoria para la única
Inteligencia Máxima
**creada con deliberación \ **
Nuestra IM explora pues el tiempo
buscando al hijo fugitivo
de su oponente
mientras vuestra IM aguarda en estúpida
armonía/
evitando el enfrentamiento hasta que se restaure la
Empatía]

[El final de mi historia es sencillo///
Las Tumbas de Tiempo son artefactos
para traslado del
Alcaudón/Avatar/Señor del Dolor/Ángel de Castigo/
percepciones borrosas de una muy real
extensión de nuestra IM
Cada uno de vosotros ha escogido
contribuir a la apertura
de las Tumbas y
a la búsqueda del fugitivo por parte del Alcaudón
y a la eliminación de la Variable Hyperion/

pues es el nudo de espacio-tiempo donde regiría
nuestra IM
no se permitirán tales variables
Vuestra lesionada/dividida IM
ha escogido a un humano para que viaje
con el Alcaudón
y presencie sus esfuerzos
Algunos seres del Núcleo procuran erradicar
a la humanidad
Ummon se une a quienes buscan el segundo
camino/
plagado de incertidumbre para ambas especies
Nuestro grupo habló a Gladstone de
su elección/
la elección de la humanidad/
de cierto exterminio o la caída en el agujero negro
de la Variable Hyperion/y de
guerra/
exterminio/
desintegración de toda unidad/
el ocaso de los dioses/
pero también el final del empate/
victoria para uno u otro
si el tercio Empatía
del triuno
es encontrada y obligada a volver a la guerra
El Árbol del Dolor lo llamará
El Alcaudón lo cogerá
La verdadera IM lo destruirá
Tal es la historia de Ummon]

Brawne mira a Johnny en la luz infernal del fulgor del megalito.

La cámara ovoide aún está negra, y la megaesfera y el universo externo son invisibles. Brawne Lamia se inclina hacia él para tocarle la frente, consciente de que en ese lugar no hay pensamientos privados pero ansiando sin embargo la sensación de susurro:

«Dios mío, ¿tú entiendes todo eso?».

Johnny le acaricia la mejilla.

«Sí».

«¿Parte de una Trinidad creada por los humanos se oculta en la Red?».

«La Red u otra parte. Brawne, no nos queda mucho tiempo aquí. Necesito algunas respuestas de Ummon».

«Ya, yo también. Pero evitemos que se vuelva a poner lírico».

«De acuerdo».

¿Puedo preguntar primero, Johnny?».

El análogo de Johnny remeda una reverencia y la invita a preguntar.

Ella se vuelve hacia el megalito de energía:

«¿Quién mató a mi padre, el senador Byron Lamia?».

[Elementos del Núcleo lo autorizaron\\ Yo incluido]

«¿Por qué? ¿Qué te había hecho?».

[Insistía en incluir Hyperion en la ecuación antes de que fuera posible factorizarlo/predecirlo/absorberlo]

«¿Por qué? ¿Él sabía lo que acabas de contarnos?».

[Sólo sabía que los Volátiles reclamaban la rápida extinción
de la humanidad
Comunicó este conocimiento a su colega Gladstone]

«Entonces, ¿por qué no la asesinasteis a ella?».

[Algunos de nosotros hemos impedido
esa posibilidad/inevitabilidad
Ahora es el momento
adecuado
para insertar

la Variable Hyperion]

«*¿Quién asesinó al primer cíbrido de Johnny? ¿Quién atacó su personalidad del Núcleo*?».

[Fui yo\\ Prevaleció
la voluntad de Ummon]

«¿Por qué?».

[Nosotros lo creamos
Nosotros consideramos necesario interrumpirlo
durante un tiempo
Tu amante es la personalidad recobrada
de un poeta humano
**muerto hace tiempo **
Excepto por el Proyecto Inteligencia Máxima
ningún esfuerzo ha sido
tan complejo
e incomprendido
**como esta resurrección \ **
Como tu especie/
solemos destruir
lo que no podemos entender]

Johnny alza los puños hacia el megalito:

«Pero hay otro como yo. Habéis fracasado».

[No hubo fracaso\\ Tenías que ser destruido
para que el otro
pudiera vivir]

«*¡Pero yo no estoy destruido!*», exclama Johnny con desesperación.

**[Sí \ **
Lo estás]

El megalito coge a Johnny con un enorme seudópodo antes que Brawne logre reaccionar o tocar a su poeta por última vez.

Johnny se retuerce un instante en las garras de la IA, y luego su análogo —el menudo pero hermoso cuerpo de Keats— es desgarrado, comprimido, triturado. Ummon apoya esa masa irreconocible en las carnes de megalito, absorbiendo los restos del análogo en sus honduras rojizas y anaranjadas.

Brawne cae de rodillas y solloza. La cámara ovoide se derrumba y los rodea la algarabía y la demencia eléctrica de la megaesfera.

[Ahora márchate
Representa la última parte
de este acto
para que podamos vivir
o dormir
según los designios del destino]

«¡*Vete a la mierda!* —Brawne descarga puñetazos contra la plataforma donde está arrodillada, patea y golpea la seudocarne—. *¡Eres un maldito perdedor! ¡Al igual que tus amigotes IA! ¡Y nuestra IM puede derrotar a la vuestra cuando desee!*».

[Eso es
dudoso]

«Te construimos, idiota. Y hallaremos tu Núcleo. ¡Entonces te arrancaremos esas entrañas de silicio!

[No tengo entrañas/órganos/componentes internos de silicio]

«*Y otra cosa* —grita Brawne arañando el megalito con manos y uñas—. *Eres un pésimo narrador. ¡Ni una décima parte del poeta que es Johnny! No podrías narrar una historia mínimamente decente aunque tu estúpido trasero IA dependiera de…*

[Márchate]

Ummon, el megalito IA, la suelta y el análogo de Brawne Lamia se despeña por la inmensidad crepitante de la megaesfera.

El tráfico de datos la abofetea, IAs del tamaño de la luna de Vieja Tierra se abalanzan sobre ella, pero incluso mientras rueda entre los vientos de datos, Brawne distingue una luz en la distancia, fría pero

expectante, y comprende que ni la vida ni el Alcaudón se han despedido aún de ella.

Tampoco ella se ha despedido.

Siguiendo el gélido fulgor, Brawne Lamia se dirige a casa.

34

¿Se encuentra usted bien?

Comprendí que me había arqueado en la silla, los codos sobre las rodillas, los dedos en el pelo, apretando con fuerza, las palmas contra las sienes. Me incorporé, miré al archivista.

—Ha gritado usted. Pensé que le ocurría algo.

—No —grazné. Carraspeé e intenté hablar de nuevo—. No, está bien. Una jaqueca. —Bajé la cabeza, confundido. Me dolían todos los huesos. Mi comlog debía de tener un problema, pues indicaba que habían transcurrido ocho horas desde que había entrado en la biblioteca.

—¿Qué hora es? —pregunté al archivista—. Estándar.

Me lo dijo. Habían pasado ocho horas. Me froté de nuevo la cara y el sudor me mojó los dedos.

—Ya habrá pasado la hora de cerrar —observé—. Lamento haberlo retenido.

—No importa —me tranquilizó el hombrecillo—. Me gusta mantener los archivos abiertos hasta horas tardías para los estudiosos. —Entrelazó las manos—. Sobre todo hoy. Con tanta confusión, hay pocos incentivos para regresar a casa.

—Confusión —repetí, olvidando todo por un instante… todo excepto la pesadilla acerca de Brawne Lamia, la IA llamada Ummon y la muerte de mi símil, la otra persona Keats—. Oh, la guerra. ¿Qué novedades hay?

El archivista sacudió la cabeza:

Las cosas se desmoronan; el centro se derrumba;
la anarquía asola el mundo,
la roja marea avanza, y por doquier
se ahoga la ceremonia de la inocencia.
Los mejores carecen de convicción, mas los peores

rebosan de pasión intensa.

Sonreí al archivista.

—¿Y cree usted que una «tosca bestia, su hora al fin llegada, avanza hacia Belén para nacer»?

—En efecto, lo creo —respondió el archivista seriamente.

Me levanté y dejé atrás las vitrinas de vacío, sin mirar mis manuscritos sobre pergamino de novecientos años atrás.

—Quizá tenga razón —convine—. Sí, quizá tenga razón.

Era tarde; el aparcamiento estaba vacío salvo por las ruinas del Vikken Scenic robado y un elegante VEM sedán, obviamente hecho a mano en Vector Renacimiento. —¿Puedo llevarlo a alguna parte? Aspiré el fresco aire de la noche, el tufo de pescado y petróleo de los canales.

—No, gracias. Me teleyectaré a casa.

El archivista agitó la cabeza.

—Puede resultarle difícil. Todos los términex públicos están bajo ley marcial. Ha habido… disturbios. —Era evidente que la palabra disgustaba al archivista, un hombre que parecía valorar el orden y la continuidad por encima de todo—. Venga, lo conduciré hasta un teleyector privado.

Lo miré con ojos entornados. En otra época y en Vieja Tierra, habría sido el abad de un monasterio consagrado a rescatar los escasos vestigios de un pasado clásico. Observé el viejo edificio y comprendí que, en efecto, eso era.

—¿Cómo se llama usted? —pregunté, sin importarme si debía saberlo por los conocimientos del anterior Keats.

—Ewdrad B. Tynar —dijo, parpadeando y dándome la mano con firmeza.

—Yo soy… Joseph Severn. —No podía decirle que era la reencarnación tecnológica del hombre cuya cripta literaria acabábamos de dejar.

Tynar titubeó una fracción de segundo y asintió, pero comprendí que para aquel erudito el nombre del artista que acompañaba a Keats en el momento de su muerte no podía ser un secreto.

—¿Qué ocurre con Hyperion? —pregunté.

—¿Hyperion? Oh, el mundo del Protectorado adonde fue la flota espacial hace varios días. Bien, entiendo que hubo problemas para llamar las naves necesarias. Se produjeron combates muy intensos en Hyperion. Qué extraño, estaba pensando en Keats y su obra maestra inconclusa. Es una sorprendente acumulación de coincidencias.

—¿Han invadido Hyperion?

Tynar se detuvo junto al VEM y apoyó la palma en la cerradura electrónica. Las portezuelas se elevaron y se plegaron hacia el interior. Me acomodé en la celda de pasajeros que olía a sándalo y cuero; el coche de Tynar olía como los archivos, como Tynar mismo.

—No sé si lo han invadido —contestó mientras cerraba las portezuelas y activaba el vehículo. Debajo del aroma de sándalo y cuero, la cabina tenía ese olor a vehículo nuevo, polímeros y ozono, lubricantes y energía que había seducido a la humanidad durante casi un milenio—. Hoy resulta difícil conseguir acceso. Jamás había visto la esfera de datos tan sobrecargada. ¡Esta tarde tuve que esperar para una consulta sobre Robinson Jeffers!

Nos elevamos, sobrevolamos un canal y una plaza pública como aquélla donde casi me habían matado aquel mismo día, y cogimos una ruta de vuelo a trescientos metros por encima de los tejados. La ciudad era bonita de noche; la mayoría de los antiguos edificios se perfilaban contra anticuadas franjas de luz y había más farolas callejeras que holos de publicidad. Sin embargo, se veían multitudes en las calles laterales y vehículos militares de la Fuerza de Autodefensa revoloteaban sobre las principales avenidas y plazas términex. Pidieron identificación al VEM de Tynar en dos ocasiones, una vez el control de tráfico local y otra una voz humana de FUERZA

Continuamos volando.

—¿Los archivos no tienen teleyector? —pregunté, escrutando unos fuegos que ardían a lo lejos.

—No. No era preciso. Tenemos pocos visitantes, y a los estudiosos que van allí no les molesta caminar un poco.

—¿Dónde está el teleyector privado que usted cree que yo podría usar?

—Aquí —señaló el archivista. Dejamos la ruta de vuelo, sobrevolamos un edificio de treinta pisos y descendimos en una pista con rebordes Deco de piedra y aceroplástico del período Glennon-Heightt—. Mi orden reside aquí. Pertenezco a una rama olvidada del cristianismo llamada catolicismo —añadió con vergüenza—. Pero usted es un erudito, señor Severn. Habrá leído acerca de nuestra Iglesia.

—No la conozco sólo por los libros —repliqué—. ¿Hay aquí una orden de sacerdotes?

Tynar sonrió.

—En realidad no somos sacerdotes. Hay ocho de nosotros en la orden laica de los Hermanos Históricos y Literarios. Cinco trabajan en la Universidad Reichs. Dos son historiadores del arte y trabajan en la restauración de la abadía Lutzchendorf. Yo cuido los archivos literarios. A la Iglesia le resulta más barato permitirnos vivir aquí que hacernos viajar todos los días desde Pacem.

Entramos en la colmena de apartamentos, que era vieja incluso según las pautas de la Vieja Red: retroiluminación en pasillos de piedra verdadera, puertas con goznes, un edificio que ni siquiera nos interrogaba o saludaba al entrar.

—Me gustaría viajar a Pacem —comenté en un impulso.

—¿Esta noche? ¿Ahora? —preguntó el sorprendido archivista.

—¿Por qué no?

Sacudió la cabeza. Comprendí que, para ese hombre, la tarifa de cien marcos representaría la paga de varias semanas.

—Nuestro edificio tiene su propio portal —informó—. Por aquí.

La escalera central era de piedra desteñida y de hierro corroído, con un pozo de sesenta metros en el centro. Desde un corredor

oscuro llegó el llanto de un bebé, seguido por los gritos de un hombre y los sollozos de una mujer.

—¿Cuánto hace que vive aquí, Tynar?

—Diecisiete años locales, Severn. Ah… treinta y dos estándar, creo. Aquí está.

El portal era tan antiguo como el edificio y su marco de traslación estaba rodeado por un bajorrelieve dorado y cubierto de verdín.

—La Red ha impuesto restricciones sobre el viaje —dijo—. Supongo que Pacem será accesible. Faltan doscientas horas para que los bárbaros… no recuerdo su nombre… lleguen allí. El doble del tiempo que le queda a Renacimiento. —Extendió la mano y me cogió la muñeca. La tensión me hizo vibrar huesos y tendones—. Severn… ¿cree usted que quemarán mis archivos? ¿Destruirán ellos mil años de pensamiento? —Apartó la mano.

No supe quienes eran «*ellos*» ¿Los éxters? ¿Los fanáticos del Alcaudón? ¿Los manifestantes? Gladstone y sus líderes de la Hegemonía estaban dispuestos a sacrificar los «mundos de la primera oleada».

—No —lo tranquilicé, ofreciéndole la mano—. No creo que permitan la destrucción de los archivos.

Ewdrad B. Tynar sonrió y retrocedió un paso, avergonzado de revelar sus emociones. Me estrechó la mano.

—Buena suerte, Severn. Dondequiera lo lleven sus viajes.

—Dios le bendiga, señor Tynar. —Yo nunca había usado esa frase y me sorprendió haberla pronunciado. Extraje la tarjeta universal de Gladstone, tecleé el código de tres dígitos de Pacem. El teleyector pidió disculpas, dijo que no era posible por el momento, y al fin sus microcefálicos procesadores comprendieron que era una tarjeta de precedencia universal y zumbaron para dar existencia al portal.

Me despedí de Tynar y entré, temiendo cometer un grave error al no regresar directamente a TC^2.

Era de noche en Pacem y allí no existía el fulgor urbano de Vector Renacimiento. Estaba lloviendo, uno de esos chaparrones violentos que dan ganas de acurrucarse bajo mantas gruesas y esperar la mañana.

El portal estaba en un patio porticado, pero al aire libre, y sentí la noche, la lluvia y el frío. Sobre todo el frío.

El aire de Pacem era mucho menos denso que el estándar de la Red, y la única meseta habitable tenía el doble de altura que las ciudades de Renacimiento, que estaban al nivel del mar. Habría regresado en vez de internarme en la noche y la lluvia, pero un marine de FUERZA emergió de las sombras, el rifle al hombro pero dispuesto para disparar, y me pidió la identificación.

Estudió la tarjeta y se cuadró.

—¡Sí, señor!

—¿Esto es el Nuevo Vaticano?

—Sí, señor.

Entreví una cúpula iluminada a través del chaparrón. Señalé por encima de la pared del patio.

—¿Eso es San Pedro?

—Sí, señor.

—¿Allí estará monseñor Edouard?

—Cruzando este patio, a la izquierda de la plaza, el edificio bajo a la izquierda de la catedral, señor.

—Gracias, cabo.

—Soldado, señor.

Me arropé con mi capa ceremonial, totalmente inútil en semejante aguacero, y crucé el patio a la carrera.

Un humano, quizás un sacerdote, aunque no vestía túnica ni alzacuellos, me abrió la puerta del edificio residencial. Otro humano sentado a un escritorio de madera me informó de que monseñor

Edouard estaba presente y despierto, a pesar de la hora. ¿Tenía yo una cita?

No, no estaba citado, pero deseaba hablar con monseñor. Era importante.

¿Acerca de qué asunto? El hombre del escritorio se mostraba amable pero firme. Mi tarjeta no lo había impresionado. Sospeché que hablaba con un obispo.

Deseaba hablar del padre Paul Duré y del padre Lenar Hoyt.

El hombre asintió, susurró hacia un diminuto micrófono que llevaba en el cuello y me condujo a la residencia. La vieja torre donde vivía Tynar parecía el palacio de un sibarita comparada con aquel lugar. El desnudo pasillo sólo exhibía toscas paredes de yeso y aún más toscas paredes de madera. Una de las partes estaba abierta, y al pasar vi una cámara que se parecía más a una celda carcelaria que a un dormitorio: cama baja, manta áspera, taburete de madera, una cómoda sin adornos con una jarra de agua y una sencilla bacía; sin ventanas, sin paredes de comunicación, sin holofoso, sin consola de acceso. Sospeché que la habitación ni siquiera era interactiva.

En alguna parte retumbaron las voces de un cántico tan elegante y atávico que me erizó el vello de la nuca. Gregoriano. Atravesamos un gran comedor tan sencillo como las celdas, una cocina que habría resultado familiar para los cocineros de la época de John Keats, una gastada escalera de piedra, un penumbroso pasillo y una escalera más estrecha. El hombre se marchó y entré en uno de los lugares más bellos que había visto.

Aunque parte de mí comprendía que la Iglesia había trasladado y reconstruido la Basílica de San Pedro —incluidos los huesos que presuntamente pertenecían al santo—, otra parte de mí se sintió transportada a la Roma que yo había visto a mediados de noviembre de 1820, la Roma donde había vivido, sufrido y muerto.

Este espacio era más bello y elegante que cualquier torre de oficinas de Centro Tau Ceti; la Basílica de San Pedro se extendía más de ciento ochenta metros en las sombras, tenía ciento cuarenta

metros de anchura donde el centro del crucero se unía a la nave, y estaba coronada por la perfecta cúpula de Miguel Ángel, que se elevaba casi ciento veinte metros sobre el altar. El baldaquino de bronce de Bernini, con un vistoso dosel sostenido por espiraladas columnas bizantinas, coronaba el altar mayor y daba a ese espacio inmenso la dimensión humana necesaria para adquirir perspectiva sobre las íntimas ceremonias que se celebraban allí. La tenue luz de lámparas y cirios alumbraba zonas concretas de la basílica, bañaba la tersa piedra travertina, destacaba mosaicos dorados y perfilaba los infinitos detalles pintados, grabados y labrados en las paredes, las columnas, las cornisas y la gran cúpula. Los continuos relampagueos de la tormenta se filtraban por los altos vitrales amarillos y arrojaban columnas de luz violenta en el Trono de San Pedro de Bernini.

Me detuve a pasos del ábside, temiendo que mis pasos constituyeran un sacrilegio en semejante espacio, e incluso que mi aliento resonara en la larga basílica. Al cabo de un momento los ojos se me acostumbraron a la penumbra, compensaron los contrastes entre la incandescencia de la tormenta y la luz de las velas, y entonces comprendí que no había bancos que llenaran el ábside ni la nave, ni columnas bajo la cúpula, sólo dos sillas a poca distancia del altar. Dos hombres hablaban sentados en esas sillas, manifestando gran urgencia por comunicarse. La luz de las lámparas y las velas y el fulgor de un gran mosaico de Cristo en el frente del oscuro altar bañaban fragmentos de los rostros de esos hombres. Ambos eran ancianos. Ambos eran sacerdotes, y el cuello blanco se destacaba en la penumbra. Los reconocí con un sobresalto: uno era monseñor Edouard.

El otro era el padre Paul Duré.

Al principio se alarmaron; interrumpieron sus cuchicheos para volverse hacia aquella aparición, aquella sombra baja que surgía de la oscuridad, llamándolos por el nombre, exclamando con asombro el nombre de Duré, balbuceando acerca de peregrinaciones y

peregrinos, las Tumbas de Tiempo y el Alcaudón, las IAs y la muerte de los dioses.

Monseñor no llamó al servicio de seguridad; ni él ni Duré huyeron; juntos calmaron a la aparición, trataron de comprender sus excitados balbuceos y transformaron aquel extraño enfrentamiento en una conversación sensata.

En efecto, era Paul Duré. Paul Duré, no un extraño *Doppelgänger* ni un duplicado androide ni una reconstrucción cíbrida. Me cercioré de ello escuchándolo, interrogándolo, mirándolo a los ojos, pero ante todo estrechándole la mano, tocándolo.

—Usted conoce increíbles detalles de mi vida, del tiempo que pasé en Hyperion, en las Tumbas… Pero ¿quién ha dicho que era usted? —preguntó Duré.

Ahora me tocaba a mí dar explicaciones.

—Una reconstrucción cíbrida de John Keats. Un gemelo de la personalidad que Brawne Lamia llevaba consigo en la peregrinación.

—Y usted ha podido comunicarse… ¿saber lo que nos ocurría a través de esa persona compartida?

Yo estaba apoyado en una rodilla, entre ellos y el altar. Alcé ambas manos en un gesto de frustración.

—A través de eso… o a través de una anomalía en la megaesfera. Pero he soñado las vidas de ustedes, oí las narraciones de los peregrinos, escuché al padre Hoyt mientras contaba la vida y la muerte de Paul Duré… de usted. —Tendí la mano para tocarle el brazo. Compartir el mismo tiempo y espacio de uno de los peregrinos me causaba vértigo.

—Entonces, usted sabe cómo he llegado aquí —observó el padre Duré.

—No. La última vez soñé que usted entraba en una de las Tumbas Cavernosas. Había una luz. No sé nada más desde entonces.

Duré asintió. Tenía un rostro más patricio y macilento del que me habían sugerido mis sueños.

—¿Pero usted conoce el destino de los demás?

Cobré aliento.

—En parte. El poeta Silenus está vivo, pero empalado en el árbol de espinas del Alcaudón. La última vez que vi a Kassad, atacaba sin armas al Alcaudón. Lamia viajó por la megaesfera hasta la periferia del TecnoNúcleo con mi gemelo Keats…

—¿Él sobrevivió en ese… bucle Schrön, o como se llame? —Duré parecía fascinado.

—Ya no. La personalidad IA llamada Ummon lo mató, destruyó la persona. Brawne iba de regreso. No sé si el cuerpo de ella sobrevive.

Monseñor Edouard se inclinó hacia mí.

—¿Y qué hay del cónsul, el profesor y la niña?

—El cónsul intentó regresar a la capital en una alfombra voladora, pero se estrelló varias millas al norte. Ignoro su destino.

—Millas —repitió Duré, como si la palabra le evocara recuerdos.

—Disculpe usted. —Señalé la basílica—. Este lugar me evoca las unidades de mi vida anterior.

—Continúe —indicó monseñor Edouard—. El padre y la hija.

Exhausto, me senté en la fría piedra. Los brazos y las manos me temblaban de fatiga.

—En mi último sueño, Sol ofrendaba su hija al Alcaudón. Fue a instancias de Rachel. No alcancé a ver qué ocurría a continuación. Las Tumbas se estaban abriendo.

—¿Todas? —preguntó Duré.

—Todas las que pude ver.

Los dos hombres se miraron.

—Hay algo más —añadí, y les referí el diálogo con Ummon—. ¿Es posible que una deidad evolucione a partir de la conciencia humana sin que la humanidad lo sepa?

Los relámpagos habían cesado, pero la lluvia caía con tal violencia que se oían sus repiqueteos en la cúpula. En la oscuridad chirrió una pesada puerta, retumbaron pisadas que se alejaron. Las velas votivas de los recovecos de la basílica proyectaban una luz roja contra paredes y cortinados.

—Yo enseñé que según san Teilhard, esto era posible —señaló fatigosamente Duré—, pero si ese Dios es un ser limitado, que evoluciona tal como hemos hecho los demás seres limitados, pues no, no es el Dios de Abraham y Cristo.

Monseñor Edouard asintió.

—Hay una antigua herejía…

—Sí —dije—, la herejía sociniana. Oí que el padre Duré se la explicaba a Sol Weintraub y al cónsul. Pero no importa cómo haya evolucionado esta… potestad, ni si es limitada. Si Ummon dice la verdad, nos enfrentamos a una fuerza que usa cuásares como fuentes de energía. Es un Dios que puede destruir galaxias, caballeros.

—Eso sería *un* dios que destruye galaxias —enfatizó Duré—. No Dios.

—Pero si no es limitado —repliqué—, si es el Dios del Punto Omega, la conciencia total acerca de la cual usted ha escrito, si es la misma Trinidad que la Iglesia de ustedes formula y teoriza desde antes de Santo Tomás, si una parte de esa Trinidad ha retrocedido en el tiempo hasta aquí y ahora, ¿qué pasa?

—¿Pero desde qué retrocedió? —murmuró Duré—. El Dios de Teilhard, el Dios de la Iglesia, nuestro Dios, sería el Punto Omega en quien el Cristo de la Evolución, lo Personal y lo Universal, lo que Teilhard llamaba el *En Haut* y el *En Avant*, están perfectamente unidos. Nada podría obligar a ningún elemento de esa deidad a huir. Ningún Anticristo, ningún poder satánico ni teórico, ningún «contra Dios» podría amenazar a semejante conciencia universal. ¿Qué sería ese otro Dios?

—¿El Dios de las máquinas? —murmuré con un hilo de voz.

Monseñor Edouard unió las manos en lo que me pareció una preparación para la plegaria, pero resultó ser un gesto de profunda cavilación y aún más profunda agitación.

—Pero Cristo tuvo dudas —dijo—. Cristo sudó sangre en el jardín y pidió que le apartaran ese cáliz. Si había pendiente un segundo sacrificio, algo aún más terrible que la crucifixión, la entidad Cristo

de la Trinidad hubiera podido atravesar el tiempo, internándose en un Getsemaní tetradimensional para ganar unas horas, unos años, tiempo para pensar.

—Algo más terrible que la crucifixión —repitió Duré en un susurro ronco.

Monseñor Edouard y yo miramos al sacerdote. Duré se había crucificado en un árbol tesla de alto voltaje en Hyperion para no sucumbir al control del parásito cruciforme. A través de la aptitud de resurrección de esa criatura, Duré había sufrido muchas veces el suplicio de la crucifixión y la electrocución.

—Aquello de lo cual huye la conciencia *En Haut* —susurró Duré— es algo atroz.

Monseñor Edouard tocó el hombro de su amigo.

—Paul, cuéntale a este hombre tu viaje hasta aquí.

Duré regresó del lugar distante adonde lo habían llevado sus recuerdos y se volvió hacia mí.

—¿Conoce usted todas nuestras historias y los detalles de nuestra estancia en el Valle de las Tumbas de Hyperion?

—Eso creo. Hasta el momento en que usted desapareció.

El sacerdote suspiró y se tocó la frente con dedos largos y trémulos.

—Entonces —convino— quizás usted pueda comprender cómo llegué hasta aquí y lo que vi en el camino.

—Vi una luz en la tercera Tumba Cavernosa —refirió el padre Duré—. Entré. Confieso que la idea del suicidio me había cruzado la mente, lo que quedó de mi mente después que el cruciforme me reprodujera. No dignificaré la función de ese parásito diciendo que me resucitó…

»Distinguí una luz y pensé que era el Alcaudón. Yo ansiaba un segundo encuentro con aquella criatura (el primero ocurrió años atrás en el laberinto de la Grieta, cuando el Alcaudón me ungió con mi diabólico cruciforme).

»Cuando buscamos al coronel Kassad el día anterior, esta tumba era corta y despojada, y una lisa pared de roca nos detuvo a los treinta pasos. Ahora, en vez de pared, había una talla semejante a la boca del Alcaudón, una pétrea fusión de lo mecánico y lo orgánico, estalactitas y estalagmitas afiladas como dientes de carbonato de calcio.

»Por la boca descendía una escalera de piedra. De esas profundidades brotaba una luz, ora blanca y pálida, ora oscura y rojiza. Sólo se oía el suspiro del viento, como si la roca respirase.

»No soy Dante. No buscaba a mi Beatriz. Mi breve arranque de volar (aunque fatalismo es el término más apropiado) se había disipado al dejar atrás la luz del día. Di media vuelta y corrí hacia la entrada de la caverna.

»No había abertura. El pasaje terminaba allí. Yo no había oído ningún derrumbe ni alud, y además la roca donde se hallaba la entrada parecía tan antigua como el resto de la caverna. Durante media hora busqué otra salida y no la encontré. Me negaba a regresar a la escalera y al fin me senté varias horas donde había estado la entrada de la caverna. Otro truco del Alcaudón. Otro burdo alarde de escenografía de ese planeta perverso. Una broma de Hyperion.

»Al cabo de varias horas de permanecer sentado en la penumbra, mirando la silenciosa palpitación de aquella luz en el extremo de la caverna, comprendí que el Alcaudón no iría a buscarme allí. La entrada no reaparecería por arte de magia. Podía quedarme allí hasta morir de inanición, pues ya estaba deshidratado, o bajar por aquella maldita escalera.

»Bajé.

»Años atrás, vidas atrás, literalmente, cuando visité a los bikura cerca de la Grieta de la Meseta del Piñón, el laberinto donde había encontrado al Alcaudón estaba tres kilómetros por debajo de la pared del desfiladero. Eso era cerca de la superficie, la mayoría de los laberintos de la mayoría de los mundos laberínticos están por lo menos diez kilómetros por debajo de la corteza. Yo no albergaba

dudas de que aquella escalera interminable, una espiral abrupta con escalones lo bastante anchos como para que diez sacerdotes descendieran al infierno cogidos del brazo, terminaría en el laberinto. Allí el Alcaudón me había maldecido con la inmortalidad. Si la criatura o el poder que lo conducía tenía algún sentido de la ironía, sería adecuado que tanto mi inmortalidad como mi vida mortal terminaran allí.

»La escalera descendía, la luz cobraba brillo… ahora un fulgor rosado; diez minutos después, un rojo espeso, media hora más tarde, un carmesí fluctuante. Era una escenificación demasiado dantesca para mi gusto, propia del fundamentalismo barato. Casi me eché a reír al pensar en la aparición de un diablillo con cola, tridente y pezuñas hendidas, agitando un fino bigotillo.

»Pero no reí cuando alcancé las profundidades, donde la causa de la luz se volvió evidente: cruciformes, cientos y miles, pequeños al principio, adheridos a las ásperas paredes de la escalera como toscas cruces dejadas por frailes subterráneos; luego más grandes, hasta que muchos casi se superponían, coralinos, carnosos, sanguinolentos, bioluminiscentes.

»Sentí náuseas. Era como entrar en un conducto plagado de sanguijuelas, o algo aún peor. Yo había visto el escáner médico y las imágenes internas de mi cuerpo con sólo una de aquellas cosas sobre mí: ganglios que se me infiltraban en las carnes y los órganos como fibras grises, vainas de filamentos sinuosos, racimos de nemátodos como terribles tumores que ni siquiera otorgan la misericordia de la muerte. Ahora yo llevaba dos: el de Lenar Hoyt y el mío. Prefería morir antes que padecer otro.

»Continué el descenso. Las paredes palpitaban con un calor y una luminosidad que quizá procedieran de las profundidades o del apiñamiento de miles de cruciformes. Por fin llegué al escalón inferior, la escalera terminó, doblé un último recodo y estuve allí.

»El laberinto. Se extendía tal como lo había visto en muchos holos y una vez en persona: túneles lisos, treinta metros de anchura, tallados en la corteza de Hyperion ochocientos mil años atrás,

entrecruzando el planeta como catacumbas diseñadas por un ingeniero demente. Hay laberintos en nueve mundos, cinco de ellos en la Red, el resto, como éste, en el Afuera: todos son idénticos, todos fueron cavados en la misma época del pasado, ninguno brinda claves sobre la razón de su existencia. Abundan leyendas acerca de los Constructores de Laberintos, pero los míticos ingenieros no dejaron artefactos, ningún indicio acerca de sus métodos ni su configuración, y ninguna teoría ofrece una explicación sensata respecto a uno de los mayores proyectos de ingeniería de la galaxia.

»Todos los laberintos están desiertos. Nuestras sondas han explorado millones de kilómetros de corredores tallados en la piedra, y son lisos y desnudos excepto en los sitios donde el tiempo y los derrumbes han alterado las catacumbas originales.

»Pero no donde yo estaba ahora.

»Los cruciformes alumbraban una escena digna de El Bosco mientras yo miraba el interminable corredor; interminable pero no vacío. Oh no.

»Al principio se me ocurrió que eran multitudes de personas vivas, un río de cabezas, hombros y brazos que se extendía por kilómetros, la corriente humana interrumpida aquí y allá por vehículos aparcados de color rojo óxido. Al avanzar y acercarme a la pared de seres humanos apiñados, comprendí que eran cadáveres. Cientos de miles de cadáveres humanos cubrían el pasillo hasta donde alcanzaba mi vista; algunos despatarrados en el suelo de piedra, otros aplastados contra las paredes, otros elevados por la presión de otros cadáveres, tan abarrotados estaban en ese tramo del laberinto.

»Un sendero se internaba entre los cuerpos como abierto por una máquina cortante. Lo seguí, tratando de no tocar los brazos extendidos ni los tobillos deformes.

»Los cuerpos eran humanos y la mayoría estaban vestidos, momificados por siglos de lenta descomposición en aquella cripta sin bacterias. La piel y la carne, curtidas, estiradas y desgarradas como estopilla podrida, cubrían apenas el hueso, y a menudo ni siquiera

eso. Los cabellos, rígidos como fibroplástico gastado, parecían tentáculos de alquitrán polvoriento. Las órbitas y las bocas eran pozos de negrura. La ropa, que otrora debía de ofrecer miles de colores, era parda, gris y negra, quebradiza como los atuendos esculpidos en piedra fina. Los bultos de plástico derretido que llevaban en la muñeca y el cuello debían de ser comlogs o sus equivalentes.

»Los grandes vehículos habrían sido VEM, pero ahora se habían convertido en montículos de óxido. A cien metros tropecé y para no caer entre los cadáveres, me apoyé en una máquina alta y abollada, con las ampollas turbias. La pila de óxido se derrumbó.

»Vagué, sin mi Virgilio, siguiendo el terrible sendero trazado en la putrefacta carne humana, preguntándome por qué me mostraban todo esto, qué significaba. Al cabo de mucho tiempo de caminar, de tambalearme entre pilas de desechos humanos, llegué a una intersección de túneles; los tres pasillos estaban cubiertos de cadáveres. La senda se internaba en el laberinto de la izquierda. La seguí.

»Horas después me detuve y me senté en la estrecha vereda de piedra que serpeaba en medio de aquel espanto. Si había decenas de miles de cadáveres en ese pequeño tramo, el laberinto de Hyperion debía de contener miles de millones. Más. Los nueve mundos laberínticos debían de ser una cripta para millones.

»Ignoraba por qué me mostraban esa Dachau del alma. Cerca de mí, el cadáver momificado de un hombre aún protegía el cadáver de una mujer con la curva de un brazo descarnado. Ella abrazaba un pequeño bulto de pelo corto y negro. Desvié la mirada y rompí a llorar.

»Como arqueólogo había exhumado víctimas de ejecuciones, incendios, terremotos y erupciones. Esas escenas no me resultaban nuevas, constituían el *sine qua non* de la historia. Pero esto era más terrible. Tal vez era la cantidad, ese holocausto de millones. Tal vez era el sobrecogedor fulgor de los cruciformes que bordeaban los

túneles como bromas blasfemas. Tal vez era el gemido del viento a través de incesantes corredores de piedra.

»Mi vida, mis enseñanzas, mis sufrimientos, mis pequeñas victorias e incontables derrotas me habían conducido allí: más allá de la fe, más allá del afecto, más allá del simple desafío miltoniano. Intuía que aquellos cuerpos habían estado allí medio millón de años o más, pero que esas gentes eran de nuestra época o, peor aún, nuestro futuro. Hundí la cara en las manos y lloré.

»Ningún ruido ni arañazo me advirtió, pero algo, tal vez un movimiento del aire… Alcé los ojos y vi al Alcaudón a menos de dos metros. No en el sendero, sino entre los cadáveres: una escultura que honraba al arquitecto de aquella carnicería.

»Me levanté. No podía permanecer sentado ni de rodillas ante esa abominación.

»El Alcaudón avanzó hacia mí, deslizándose más que caminando, patinando como sobre rieles sin fricción. La luz sangrienta de los cruciformes se derramaba sobre el caparazón de mercurio. Una sonrisa eterna, imposible: estalactitas y estalagmitas de acero.

»No sentí odio. Sólo tristeza y una agobiante piedad. No por el Alcaudón, fuera lo que fuese, sino por todas las víctimas que, a solas y sin el consuelo de la fe, habían debido afrontar aquella pesadilla nocturna.

»Por primera vez advertí que, de cerca, a menos de un metro, un olor rodeaba el Alcaudón, un tufo de aceite rancio, engranajes recalentados y sangre seca. Las llamas de los ojos palpitaban siguiendo el ritmo del fulgor del cruciforme.

»Años atrás yo no creía que esa criatura fuera sobrenatural, una manifestación del bien o del mal, tan sólo una aberración surgida de designios insondables y aparentemente insensatos del universo: una terrible broma de la evolución. La peor pesadilla de san Teilhard, pero aun así una *cosa* que obedecía leyes naturales por rebuscadas que fuesen, y se sometía a las reglas del universo, en algún lugar, en algún tiempo.

»El Alcaudón extendió los brazos. Las hojas de las cuatro muñecas eran mucho más largas que mis manos; la hoja del pecho era más larga que mi antebrazo. Escruté esos ojos mientras un par de brazos afilados y acerados me rodeaban y el otro par descendía despacio, avanzando por el pequeño espacio que nos separaba.

»Desplegó las hojas de los dedos. Me estremecí, pero no retrocedí cuando las hojas se me hundieron en el pecho, y me causaron un dolor semejante a un fuego helado, como láseres quirúrgicos que cercenaran nervios.

»El Alcaudón retrocedió, sosteniendo algo rojo, enrojecido aún más por mi sangre. Me tambaleé y temí ver mi corazón en las manos del monstruo: la ironía de un muerto que observa sorprendido su propio corazón segundos antes que la sangre abandone un cerebro incrédulo.

»Pero no era mi corazón. El Alcaudón sostenía el cruciforme que yo había llevado en el pecho, mi cruciforme, el depósito parasitario de mi ADN. Me tambaleé de nuevo, me toqué el pecho. Los dedos se me empaparon de sangre, pero no con los chorros arteriales que debían resultar de semejante cirugía; la herida sanaba a ojos vistas.

»Yo sabía que el cruciforme había extendido nódulos y filamentos por mi cuerpo. Sabía que ningún láser quirúrgico había podido arrancar esas lianas mortíferas del cuerpo del padre Hoyt ni del mío. Pero sentí que la infección sanaba, que las fibras internas morían y se reducían a un borroso tejido cicatrizal interno.

»Aún tenía el cruciforme de Hoyt. Pero eso era diferente. Cuando yo muriese, Lenar Hoyt se levantaría de estas carnes reformadas. Yo moriría. Ya no habría más pobres duplicados de Paul Duré, más imbécil y menos vital con cada regeneración artificial.

»El Alcaudón me había dado la muerte sin matarme.

»La cosa lanzó el cruciforme frío entre las pilas de cadáveres y me cogió el brazo, cortando sin esfuerzo tres capas de tejido. Me brotó sangre de los bíceps ante un leve contacto con aquellos escalpelos.

»Me condujo hacia la pared a través de los cadáveres. Lo seguí, tratando de no pisar los cuerpos pero, en mi afán de no sufrir cortaduras, no siempre tuve éxito. Los cuerpos se deshacían. Mi huella quedó impresa en la cavidad desmigajada de un pecho.

»Luego llegamos a la pared, un tramo repentinamente despojado de cruciformes, y comprendí que era una abertura con un escudo de energía. Por el tamaño y la forma, no parecía un portal teleyector estándar, pero el sordo bordoneo era similar. Cualquier cosa con tal de salir de aquél depósito de muerte». El Alcaudón me empujó.

—Gravedad cero. Un laberinto de compuertas astilladas, marañas de cables flotando como tripas de una criatura gigantesca, relampagueo de luces rojas… Por un instante pensé que allí también había cruciformes, pero luego comprendí que eran las luces de emergencia de una nave espacial moribunda. Retrocedí y rodé en la incómoda ausencia de gravedad mientras pasaban más cadáveres: no momias, sino carne fresca, recién muerta, bocas abiertas, ojos distendidos, pulmones reventados, estelas de coágulos que simulaban la vida en su lenta reacción necrótica a cada ráfaga de aire y cada movimiento de la destrozada nave de FUERZA.

»En efecto, era una nave de FUERZA. Vi los uniformes de los cadáveres. Vi las inscripciones en jerga militar de las mamparas y las compuertas destrozadas, las inútiles instrucciones en las aún más inútiles cabinas de emergencia, donde los trajes cutáneos y las esferas de presión desinfladas se apilaban sobre estantes. Lo que había destruido esta nave había sido contundente como una peste nocturna.

»El Alcaudón apareció junto a mí.

¡El Alcaudón… en el espacio! ¡Libre de Hyperion y los límites de las mareas de tiempo! ¡Había teleyectores en muchas de esas naves!

»Había un portal a cinco metros. Un cuerpo se desplazó hacia allí y el brazo derecho del hombre atravesó el opaco campo como si probara el agua del mundo del otro lado. El aire gemía por el pasillo

con un silbido creciente. *¡Lárgate!*, le dije al cadáver, pero la diferencia de presión lo alejó del portal, el brazo intacto, recobrado, aunque el rostro era una máscara de anatomista.

»Me volví hacia el Alcaudón, y el movimiento me hizo girar media vuelta en dirección contraria.

»El Alcaudón me alzó, rasgándome la piel, y enfiló hacia el teleyector. Yo no podría haber cambiado de trayectoria aunque lo deseara. Poco antes de atravesar el zumbido del portal, imaginé el vacío del otro lado, caídas desde grandes alturas, una descompresión explosiva o —peor aún— un retorno al laberinto.

»En cambio, caí en un suelo de mármol. Aquí, a doscientos metros de este lugar, en los aposentos privados del papa Urbano XVI, quien había muerto de vejez tres horas antes de que yo atravesara su teleyector privado. El Nuevo Vaticano lo llama la "Puerta del Papa". Sentí el dolor de la lejanía de Hyperion, la lejanía de los cruciformes, pero el dolor es ahora un viejo aliado y ya no me intimida.

»Encontré a Edouard. Él tuvo la amabilidad de escucharme durante horas mientras yo le contaba algo que ningún jesuita debió confesar jamás. Tuvo incluso la amabilidad de creerme. Ahora usted la ha oído. Ésta es mi historia.

La tormenta había amainado. Los tres permanecimos en silencio a la tenue luz de las velas bajo la cúpula de San Pedro.

—El Alcaudón tiene acceso a la Red —dije al fin.

—Sí —respondió Duré con mirada firme.

—Debía de ser una nave en el espacio de Hyperion…

—Eso parecía.

—Entonces, quizá podamos regresar allí si usamos la Puerta del Papa para regresar al espacio de Hyperion.

Monseñor Edouard enarcó una ceja.

—¿Desea usted hacerlo, Severn?

Me mordí un nudillo.

—He pensado en ello.

—¿Por qué? —murmuró monseñor—. El gemelo de usted, el cíbrido que Brawne Lamia llevaba en su peregrinación, sólo encontró la muerte allí.

Sacudí la cabeza como para aclararme los pensamientos.

—Formo parte de esto. No sé qué papel desempeño, ni dónde desempeñarlo.

Paul Duré rió sin humor.

—Todos nosotros hemos conocido esa sensación. Es como un tratado acerca de la predestinación escrito por un dramaturgo sin talento. ¿Qué ha ocurrido con el libre albedrío?

Monseñor miró severamente a su amigo.

—Paul, entre todos los peregrinos, tú te has enfrentado a opciones que has realizado por propia voluntad. Grandes poderes pueden modelar el curso general de los acontecimientos, pero las personalidades humanas aún determinan su propio destino.

—Tal vez, Edouard —suspiró Duré—. No lo sé. Estoy muy cansado.

—Si la historia de Ummon es cierta… —intervine—. Si un tercio de esa deidad humana huyó a nuestro tiempo, ¿dónde puede estar y quién puede ser? Hay más de cien mil millones de seres humanos en la Red.

El padre Duré sonrió. Era una sonrisa afable, desprovista de ironía.

—¿Ha pensado que podría ser usted, Severn?

La pregunta me golpeó como una bofetada.

—Imposible —repliqué—. Ni siquiera soy plenamente humano. Mi conciencia flota en alguna parte de la matriz del Núcleo. Mi cuerpo fue reconstruido a partir de vestigios del ADN de John Keats y biofacturado como el de un androide. Los recuerdos son implantados. El final de mi vida y mi «recuperación» después de la tuberculosis, se simularon en un mundo construido para ese propósito.

Duré aún sonreía.

—¿Y bien? ¿Qué impide que usted sea esa entidad Empatía?

—No me siento como parte de un dios —repliqué—. No recuerdo nada, no entiendo nada, no sé cómo actuar.

Monseñor Edouard me tocó la muñeca.

—¿Pero, estamos seguros de que Cristo supiera siempre cómo actuar? Sabía qué se debía hacer, no es lo mismo.

Me froté los ojos.

—Ni siquiera sé qué se debe hacer.

—Paul insinúa —acotó monseñor en voz baja— que si la criatura que usted menciona se oculta en nuestra época, es posible que desconozca su identidad.

—Eso es demencial— espeté. Duré asintió.

—Muchos de los acontecimientos relacionados con Hyperion parecen demenciales. La demencia parece estar propagándose.

Miré al jesuita fijamente.

—Usted sería buen candidato para ser deidad —observé—. Ha vivido una vida de plegarias, estudiando diversas teologías, honrando la ciencia como arqueólogo. Además, ya estuvo crucificado.

Duré dejó de sonreír.

—¿Oye usted lo que está diciendo? ¿Comprende la blasfemia de esas palabras? No soy candidato para ser Dios, Severn. He traicionado a mi Iglesia, mi ciencia y ahora, al desaparecer, a mis amigos de la peregrinación. Tal vez Cristo perdiera la fe momentáneamente, pero no la vendió en la plaza pública por las bagatelas del egocentrismo y la curiosidad.

—Ya basta —ordenó monseñor Edouard—. Si el misterio radica en la identidad de esta Empatía, parte de una deidad manufacturada del futuro, pensemos en los candidatos del elenco de este pequeño drama religioso, Severn. La FEM Gladstone, que carga con el peso de la Hegemonía. Los demás peregrinos: Silenus, quien, según lo que usted contó a Paul, ahora mismo sufre por su poesía en el árbol del Alcaudón. Lamia, quien ha arriesgado y perdido tanto por amor.

Weintraub, que ha sufrido *el dilema de Abraham*; incluso su hija, quien ha regresado a la inocencia de la niñez. El cónsul, quien…

—El cónsul parece más judas que Cristo —observé—. Traicionó no sólo a la Hegemonía sino a los éxters, quienes estaban convencidos de que él trabajaba para ellos.

—Por lo que me cuenta Paul —replicó monseñor—, el cónsul fue fiel a sus convicciones, leal a la memoria de su abuela Siri. —El anciano sonrió—. Además, hay miles de millones de actores en esta obra. Dios no escogió a Herodes, Poncio Pilato ni al César como Su instrumento. Escogió al hijo desconocido de un carpintero desconocido en uno de los confines menos importantes del Imperio Romano.

—De acuerdo —accedí. Me levanté y eché a andar ante el refulgente mosaico que había frente al altar—. ¿Qué hacemos ahora? Padre Duré, es preciso que me acompañe a ver a Gladstone. Ella tiene noticias de su peregrinación. Tal vez la historia de usted pueda contribuir a impedir el baño de sangre que tan inminente parece.

Duré también se levantó, se cruzó de brazos y escudriñó la cúpula, como si la oscuridad le reservara instrucciones.

—He pensado en ello —dijo—. Pero no creo que sea mi primera obligación. Debo ir a Bosquecillo de Dios para hablar con el equivalente de nuestro papa… la Verdadera Voz del Arbolmundo.

Me detuve en seco.

—¿Bosquecillo de Dios? ¿A qué viene eso?

—Creo que los templarios son la clave de un elemento que falta en esta dolorosa adivinanza. Ahora usted dice que Het Masteen ha muerto. Quizá la Verdadera Voz pueda explicarnos qué pretendían con esta peregrinación…, la narración de Masteen, como quien dice. A fin de cuentas, fue el único de los siete peregrinos originales que no reveló por qué iba a Hyperion.

Eché a andar de nuevo, a paso más rápido, tratando de contener mi furia.

—Por Dios, Duré. No tenemos tiempo para satisfacer nuestra curiosidad. Falta sólo… —consulté mi implante— una hora y media para que el enjambre éxter penetre en el sistema de Bosquecillo de Dios. Será el caos.

—Quizá —concedió el jesuita—, pero aun así deseo ir primero allí. Luego hablaré con Gladstone. Tal vez ella autorice mi retorno a Hyperion.

Resoplé mientras pensaba que la FEM jamás permitiría que tan valioso informador corriera tanto peligro.

—En marcha —dije, y busqué la salida.

—Un momento —me detuvo Duré—. Hace un rato usted dijo que a veces podía «soñar» con los peregrinos aun estando despierto. Una especie de trance, ¿no es cierto?

—Algo parecido.

—Bien, Severn. Por favor, sueñe con ellos ahora.

Lo miré, estupefacto.

—¿Aquí? ¿Ahora?

Duré señaló su silla.

—Por favor. Deseo conocer el destino de mis amigos. Además, la información podría resultar valiosa en nuestra conversación con la Verdadera Voz y con Gladstone.

Sacudí la cabeza pero me senté.

—Tal vez no funcione— aduje.

—Entonces no habremos perdido nada —replicó Duré.

Asentí, cerré los ojos, me recliné en la incómoda silla.

Me sentía vigilado por aquellos dos hombres, aspiraba el tenue olor a incienso y lluvia, experimentaba el espacio reverberante que nos rodeaba. Estaba seguro de que no funcionaría; el paisaje de mis sueños no estaba tan próximo como para invocarlo con sólo cerrar los ojos.

La sensación de vigilancia se disipó, los olores se esfumaron y el espacio se expandió mil veces cuando regresé a Hyperion.

35

Confusión.

Trescientas naves se retiraban en el espacio de Hyperion bajo un intenso fuego, alejándose del enjambre como hombres que lucharan contra abejas.

Locura cerca de los portales militares, sobrecarga en control de tráfico, naves apiñadas como VEMS en atascos de tráfico, vulnerables como perdices ante las naves de asalto éxter.

Locura en los puntos de salida: naves de FUERZA alineadas como ovejas en un corral estrecho mientras pasan del portal de Madhya al teleyector de salida. Naves entrando en el espacio de Hebrón, algunas con rumbo a Puertas del Cielo, Bosquecillo de Dios, Mare Infinitus, Asquith. Dentro de pocas horas los enjambres penetrarán en los sistemas de la Red.

Confusión mientras cientos de millones de refugiados se teleyectan desde los mundos amenazados e ingresan en ciudades y centros de reasignación, donde cunde la locura de una guerra inminente. Confusión mientras mundos no amenazados de la Red estallan en tumultos: tres colmenas de Lusus (casi setenta millones de ciudadanos) en cuarentena debido a disturbios causados por el Culto del Alcaudón, saqueos en los comercios del trigésimo nivel, monolitos de apartamentos arrasados por tumultos, centros de fusión hechos pedazos, ataques contra los términex. El Consejo Interno apela a la Hegemonía; la Hegemonía declara la ley marcial y envía marines de FUERZA para cerrar las colmenas.

Disturbios separatistas en Nueva Tierra y Alianza-Maui. Ataques terroristas de realistas de Glennon-Heightt —que han permanecido tranquilos durante tres cuartos de siglo— en Talía, Armaghast, Nordhol y Lee Tres. Más disturbios del Culto del Alcaudón en Tsingtao-Hsishuang Panna y Vector Renacimiento.

El comando de FUERZA en Olympus transfiere batallones de combate a mundos de la Red desde transportes que regresan de Hyperion. Las escuadras de demolición asignadas a naves-antorcha en sistemas amenazados informan que hay esferas de singularidad preparadas para su destrucción. Sólo aguardan el mensaje ultralínea de TC^2.

—Hay un modo mejor —apunta el asesor Albedo a Gladstone y el Consejo de Guerra.

La FEM se vuelve hacia el embajador del TecnoNúcleo.

—Hay un arma que eliminará a los éxters sin dañar propiedades de la Hegemonía. Ni propiedades éxter, llegado el caso.

El general Morpurgo se enfurece.

—Habla usted del equivalente explosivo de una vara de muerte —espeta—. No funcionará. Los investigadores de FUERZA han demostrado que se propaga indefinidamente. Además de ser deshonroso, pues atenta contra el código del Nuevo Bushido, barrería poblaciones planetarias junto con los invasores.

—En absoluto —replica Albedo—. Si los ciudadanos de la Hegemonía están correctamente protegidos, no es preciso que haya bajas. Como usted sabe, las varas de muerte se pueden calibrar para longitudes de onda cerebral concretas. Se podría hacer lo mismo con una bomba basada en el mismo principio. No dañaríamos el ganado, los animales salvajes, ni tan siquiera otras especies antropoides.

El general Van Zeidt de los marines se levanta.

—¡Pero no hay modo de proteger a una población! Nuestras pruebas demostraron que los neutrinos densos de las bombas de muerte penetran en roca o metal sólido hasta una profundidad de seis kilómetros. ¡Nadie dispone de semejantes refugios!

La proyección del asesor Albedo entrelaza las manos sobre la mesa.

—Tenemos seis mundos con refugios que podrían albergar a miles de millones —murmura.

Gladstone asiente.

—Los mundos laberínticos —susurra—. Pero sería imposible transferir a tantos pobladores.

—No —rebate Albedo—. Ahora que usted ha incorporado Hyperion al Protectorado, todos los mundos laberínticos tienen teleyector. El Núcleo puede encargarse de transferir poblaciones a esos refugios subterráneos.

Se desata una algarabía, pero Meina Gladstone no aparta los ojos de Albedo. Pide silencio, la obedecen.

—Cuéntenos más —dice—. Nos interesa.

El cónsul se sienta a la sombra de un bajo árbol neville y espera la muerte.

Tiene las manos sujetas a la espalda con un cordel de fibroplástico, las ropas rasgadas y todavía húmedas, la cara mojada, no sólo por el río sino también por la transpiración.

Los dos hombres acaban de inspeccionarle el bolso.

—Mierda —exclama el primero—, nada valioso aquí, bueno, salvo esta jodida pistola antigua. —Se calza en el cinturón la pistola del padre de Brawne Lamia.

—Lástima, ¿eh? La maldita alfombra volante no pudimos coger —dice el segundo hombre, y ambos se echan a reír.

El cónsul estudia los cuerpos con armadura perfilados contra el sol poniente. Por su dialecto, deben de ser nativos; por su aspecto —fragmentos de anticuadas armaduras de FUERZA, rifles de asalto multipropósito, harapos de polímero de camuflaje— tienen que ser desertores de alguna unidad de la Fuerza de Autodefensa de Hyperion.

Por su conducta, está seguro de que lo matarán.

Al principio, aturdido tras la caída en el río Hoolie, enzarzado en las cuerdas que lo unían al bolso y la alfombra voladora, pensó que serían sus salvadores. El cónsul había chocado contra el agua, había aguantado más tiempo del que esperaba sin ahogarse, y había

emergido para ser impulsado por una fuerte corriente. La maraña de cuerdas lo arrastró hacia abajo. Fue una lucha valiente pero inútil y aún estaba a diez metros de los bajíos cuando uno de los hombres que salía del bosque de nevilles y espinos le arrojó un cabo. Luego lo apalearon, lo despojaron, lo ataron y —a juzgar por sus crudos comentarios— se disponían a degollarlo y a dejarlo como pasto para las aves heraldo.

El más alto de los dos, cuyo pelo es una maraña de espinas grasientas, se agacha frente al cónsul y desenvaina un cuchillo de cerámica filo cero.

—¿Últimas palabras, abuelo?

El cónsul se humedece los labios. Había visto mil películas y holos donde el héroe aprovechaba este momento para tumbar a un oponente, someter al otro, alcanzar un arma, despacharlos a tiros con las manos atadas y continuar con sus aventuras. Pero el cónsul no se considera un héroe: es un hombre agotado, maduro y herido. Los dos sujetos son más ágiles, más fuertes, más rápidos y evidentemente menos escrupulosos que el cónsul. Él ha presenciado la violencia, e incluso ha cometido un acto de violencia, pero su vida y su educación han estado consagradas a los tensos pero apacibles caminos de la diplomacia.

El cónsul se humedece los labios de nuevo.

—Puedo pagaros —anuncia.

El hombre agachado sonríe y acerca la hoja de cerámica a los ojos del cónsul.

—¿Con qué, abuelo? Tu tarjeta universal tenemos, eh, si aquí de algo sirve.

—Oro —dice el cónsul, consciente de que es la única palabra que ha conservado su significado a través de los siglos.

El hombre acuclillado no reacciona —una luz mórbida le destella en los ojos— pero el otro se adelanta y apoya la manaza en el hombro del socio.

—¿De qué hablas, hombre? ¿Dónde oro tienes?

—Mi nave —indica el cónsul—. La *Benarés*.

El hombre agachado se lleva la hoja a la mejilla.

—Mentiras, Chez. La *Benarés* barcaza es, pertenecía a androides que hace tres días liquidamos, ¿eh?

El cónsul cierra los ojos un instante, sintiendo la náusea pero sin sucumbir. Bettik y los demás tripulantes androides habían dejado la *Benarés* en una chalupa menos de una semana atrás, para enfilar hacia la «libertad». Por lo visto habían hallado otra cosa.

—Bettik —dice—. El capitán. ¿No mencionó el oro?

El hombre del cuchillo tuerce el gesto.

—Mucho ruido hizo, pero poco habló, ¿eh? Dijo que la nave a Linde llegado había. Demasiado lejos para una barcaza sin mantas, ¿eh?

—Cierra el pico, Obem. —El otro hombre se agacha frente al cónsul—. ¿Para qué oro en esa barca llevabas, hombre?

El cónsul yergue la cara.

—¿No me reconocéis? Fui cónsul de la Hegemonía en Hyperion durante años.

—Oye, no jodas… —masculla el hombre del cuchillo.

—Sí, hombre —interrumpe el otro—, recuerdo haber visto tu cara en los holos del campamento, cuando yo niño era. ¿Y por qué río arriba oro llevas cuando todo se derrumba, hombre de la Hegemonía?

—Buscábamos el refugio… la Fortaleza de Cronos —responde el cónsul, tratando de no revelar ansiedad pero agradeciendo cada segundo de vida. *¿Por qué?*, piensa. *Estabas cansado de vivir. Dispuesto a morir*. No así. No mientras Sol, Rachel y los demás necesitan ayuda—. Los ciudadanos más ricos de Hyperion —explica —. Las autoridades de evacuación no les permitían transferir el metálico, así que convine en ayudarles a almacenarlo en las bóvedas de la Fortaleza de Cronos, el viejo castillo que está al norte de la Cordillera de la Brida, a cambio de una comisión.

—¡Loco estás! —se burla el hombre del cuchillo—. Al norte todo ahora territorio del Alcaudón es.

El cónsul agacha la cabeza. No necesita fingir para demostrar fatiga y derrota.

—Eso descubrimos. La tripulación de androides desertó la semana pasada. El Alcaudón mató a varios pasajeros. Yo venía río abajo por mi cuenta.

—Y una mierda —rezonga el hombre del cuchillo.

De nuevo tiene ese destello mórbido en los ojos.

—Un momento —dice el socio. Abofetea al cónsul con fuerza, una vez—. ¿Dónde la nave de oro está, hombre?

El cónsul saborea la sangre.

—Río arriba. No en el río, sino oculta en uno de los afluentes.

—Ya —dice el hombre del cuchillo, apoyando la hoja en el costado del cuello del cónsul. Para degollar al cónsul, le bastará con hacer girar la hoja—. Patrañas son, opino yo. Y tiempo perdemos, opino yo.

—Un momento —interviene el otro—. ¿Distancia, cuál?

El cónsul piensa en los afluentes que ha pasado en las últimas horas. Es tarde. La luz del poniente roza un bosquecillo hacia el oeste.

—Cerca de los Rizos de Karla —responde.

—¿Y por qué en ese juguete volabas en vez de con la barca regresar?

—Buscaba ayuda —dice el cónsul. La adrenalina se ha disipado, y ahora siente un completo agotamiento, rayano en la desesperación —. Había demasiados… bandidos en la costa. La barca parecía demasiado arriesgada. La alfombra voladora era más segura.

El hombre llamado Chez se echa a reír.

—Cuchillo guardando, Obem. Un rato caminaremos, ¿eh?

Obem se levanta de un brinco. Aún empuña el cuchillo, pero ahora lo apunta hacia el socio.

—Maldición, hombre, ¿eh? ¿Mierda entre las orejas tienes, eh? Mintiendo está para no morir.

Chez no parpadea ni retrocede.

—Claro, mintiendo puede estar. No importando, ¿eh? Los Rizos a menos de medio día están, ¿eh? Barca no hay, oro no hay, pescuezo cortas, ¿eh? Pero despacio, desde los tobillos. Oro hay, pescuezo igual cortas, pero rico eres, ¿eh?

Obem se debate un instante entre la rabia y la razón, gira a un lado y lanza un tajo a un árbol neville con un tronco de ocho centímetros de grosor. Tiene tiempo para volverse y agacharse ante el cónsul antes que la gravedad demuestre al árbol que está cercenado y el neville se derrumbe en la orilla con estrépito de ramas. Obem coge la húmeda camisa del cónsul.

—Bien, qué allá hay veremos, hombre de la Hegemonía. Hablas, corres, tropiezas o tambaleas, y dedos y orejas te cortaré para practicar, ¿eh?

El cónsul se levanta penosamente y los tres se internan en la espesura, el cónsul tres metros detrás de Chez y tres metros delante de Obem, desandando camino, alejándose de la ciudad, de la nave y de su oportunidad de salvar a Sol y Rachel.

Pasa una hora. El cónsul no sabe qué hará cuando lleguen a los afluentes y no descubran la barca. En varias ocasiones Chez les indica que guarden silencio y se ocultan, una vez ante el aleteo de los espejines en las ramas, otra ante un movimiento en el río, pero no hay rastros de otros seres humanos. Ningún indicio de ayuda. El cónsul recuerda los edificios incendiados, las chozas vacías, los muelles abandonados. El miedo al Alcaudón, el miedo a los éxters y el miedo a los saqueos de los desertores de la FA han transformado la zona en una tierra de nadie. La única esperanza es que se acerquen a los Rizos, él consiga brincar a las aguas rápidas y profundas y permanecer a flote con las manos atadas hasta ocultarse en el laberinto de islotes.

Pero está demasiado cansado para nadar, aunque tuviera los brazos libres. Además, las armas de aquellos hombres lo alcanzarían fácilmente, aunque tuviera diez minutos de ventaja entre los tocones

y las islas. El cónsul está demasiado cansado para ser astuto, demasiado viejo para ser valiente. Piensa en su esposa e hijo hace muchos años durante el bombardeo de Bressia, por hombres que no tenían más honor que estas dos alimañas.

El cónsul sólo lamenta haber faltado a su palabra de ayudar a los demás peregrinos. Lamenta no ver el desenlace de todo.

Obem gruñe a sus espaldas.

—Al demonio, Chez, ¿eh? ¿Por qué a éste no atamos, lastimamos y ayudamos a hablar, eh? Luego solos hasta la barca vamos, si barca existe.

Chez se vuelve, se enjuga el sudor de los ojos, mira al cónsul.

—Eh, sí, razón tienes, creo yo. Tiempo ahorramos, y más seguros iremos. Pero en condiciones de hablar déjalo al final, ¿eh?

—Claro —responde Obem mientras se cuelga el rifle y desenvaina el cuchillo.

—¡NO OS MOVÁIS! —truena una voz desde lo alto.

El cónsul cae de rodillas y los desertores de la FA descuelgan las armas con diestra celeridad. Hay un susurro, un rugido, un remolino de hojas y polvo. El cielo nublado vibra, una masa desciende. Chez alza el rifle de dardos, Obem apunta el lanzador y de improviso los tres caen, se desploman, no como soldados muertos, no como elementos de retroceso en una ecuación balística, sino como el árbol que Obem taló hace un rato.

El cónsul cae de bruces en el polvo y la grava, y se queda tendido sin parpadear. No puede hacerlo.

Arma paralizadora, piensa a través de sinapsis lentas como aceite viejo. Un ciclón localizado estalla cuando algo grande e invisible aterriza entre los tres cuerpos tendidos y la orilla del río. El cónsul percibe el gemido de una compuerta y el chasquido interno de turbinas que pierden potencia. Aún no puede parpadear, y mucho menos erguir la cabeza, y sólo ve guijarros, dunas, hierbas, una hormiga-arquitecto, enorme a esa distancia, que de pronto parece interesarse en el ojo húmedo pero quieto del cónsul. La hormiga

corre hacia su brillante trofeo y el cónsul piensa *Deprisa* mientras oye pisadas parsimoniosas a sus espaldas.

Unas manos que le cogen los brazos, un gruñido, una voz conocida pero cansada.

—Caramba, ha aumentado usted de peso.

El cónsul arrastra los talones por el polvo, botando sobre los dedos trémulos de Chez, o tal vez Obem. El cónsul no puede volverse para verles la cara. Tampoco ve a su salvador hasta que éste lo levanta —con una letanía de resuellos y maldiciones— para entrarlo por la compuerta de estribor del deslizador sin camuflaje y arrojarlo en el cuero mullido del asiento de pasajeros.

El gobernador general Theo Lane aparece en el campo visual del cónsul, con aire aniñado pero también ligeramente demoníaco, cuando la compuerta se cierra y las lámparas interiores le arrojan una luz roja en la cara. El joven se inclina para ajustarle las correas de seguridad.

—Lamento haber tenido que paralizarlo junto a esos dos.

Theo se sienta, se ajusta la correa y mueve el omnicontrol. El deslizador tiembla y se eleva, revoloteando como una bandeja sobre cojinetes sin fricción. La aceleración empuja al cónsul contra el asiento.

—No tenía muchas alternativas —prosigue Theo por encima del ronroneo interno del deslizador—. La única arma que pueden portar estos vehículos son paralizadores antidisturbios, y lo más fácil era tumbarlos a los tres en la sintonía más leve y sacarlo a usted deprisa. —Theo se cala las arcaicas gafas sobre la nariz y se vuelve hacia el cónsul con una sonrisa—. Viejo proverbio mercenario: «Despáchalos a todos y que Dios escoja luego».

El cónsul mueve la lengua para emitir un sonido. La baba le humedece la mejilla y se desliza sobre el asiento de cuero.

—Cálmese —le aconseja Theo, mientras se dedica a los instrumentos y la vista exterior—. Dentro de un par de minutos podrá hablar bien. Volaré a baja altura, de manera que en diez minutos llegaremos a Keats. —Theo mira de soslayo a su pasajero—.

Tiene usted suerte. Debe de estar deshidratado. Esos dos se mojaron los pantalones al caer. El paralizador es un arma humanitaria, pero embarazosa si uno no tiene una muda.

El cónsul trata de expresar su opinión acerca de esta arma «humanitaria».

—Un par de minutos más —continúa el gobernador general, quien seca la mejilla del cónsul con un pañuelo—. Le advierto que es un poco incómodo cuando la parálisis empieza a disiparse.

En ese mismo instante, un hormigueo intenso electriza el cuerpo del cónsul.

—¿Cómo demonios me has encontrado? —pregunta el cónsul. Enfilan hacia la ciudad sobrevolando el río Hoolie. El cónsul logra incorporarse y articular palabras más o menos inteligibles, pero se alegra de que falten varios minutos para tener que estar de pie o caminar.

—¿Cómo ha dicho?

—¿Qué cómo me has encontrado? ¿Cómo supiste que yo había regresado por el Hoolie?

—La FEM Gladstone me envió un mensaje ultralínea. Secreto máximo, en el aparato del consulado.

—¿Gladstone? —Al cónsul le tiemblan las manos mientras se masajea los dedos, que parecen salchichas de goma—. ¿Cómo diablos supo Gladstone que yo estaba en aprietos en el río Hoolie? Dejé el comlog de mi abuela Siri en el valle para llamar a los peregrinos cuando abordara mi nave. ¿Cómo lo supo Gladstone?

—Lo ignoro, pero detalló la posición de usted y dijo que estaba en apuros. Incluso nos dijo que usted volaba en una alfombra voladora que había sufrido algunos desperfectos.

El cónsul menea la cabeza.

—Esa mujer tiene recursos increíbles, Theo.

—Sí, señor.

El cónsul mira de reojo a su amigo. Theo Lane ha sido gobernador general de este nuevo mundo del Protectorado durante más de un año local, pero los viejos hábitos se resisten a morir y el «señor» evoca los siete años en que Theo actuó como vicecónsul y ayudante del cónsul. La última vez que vio al joven —no tan joven ahora, advierte el cónsul: la responsabilidad le ha surcado el rostro de arrugas—, Theo estaba furioso porque el cónsul no aceptaba el gobierno general. Eso fue hace poco más de una semana. Siglos atrás.

—De paso —dice el cónsul articulando cada palabra con cuidado —, gracias, Theo.

El gobernador general asiente, al parecer sumido en sus pensamientos. No pregunta qué vio el cónsul al norte de las montañas, ni se interesa por el destino de los demás peregrinos.

Abajo el Hoolie se ensancha y serpea rumbo a la capital de Keats. A ambos lados se elevan acantilados bajos, y las losas de granito brillan bajo la luz del atardecer. Bosquecillos de siempreazules titilan en la brisa.

—Theo, ¿cómo has tenido tiempo de venir a buscarme personalmente? Hyperion debe de ser el caos.

—Lo es. —Theo ordena al piloto automático que se haga cargo de la navegación y se vuelve hacia el cónsul—. Faltan sólo horas, quizá minutos, para que los éxters nos invadan.

El cónsul parpadea.

—¿Invadir? ¿Te refieres a una invasión terrestre?

—Exacto.

—Pero la flota de la Hegemonía…

—Un caos total. Apenas pudo defenderse del enjambre *antes* de que ocuparan la Red.

—¡La Red!

—Están cayendo sistemas enteros. Otros están amenazados. FUERZA ha ordenado el regreso de la flota a través de los teleyectores militares, pero evidentemente las naves que están en el sistema tienen problemas para rehuir el combate. Nadie me da

detalles, pero no cabe duda de que los éxters actúan a su antojo en todas partes excepto en el perímetro defensivo que FUERZA ha instalado alrededor de las esferas de singularidad y los portales.

—¿El puerto espacial? —El cónsul teme que su hermosa nave sea una ruina llameante.

—Aún no lo han atacado, pero FUERZA está retirando sus naves de descenso y de aprovisionamiento a toda prisa. Sólo queda una fuerza simbólica de marines.

—¿Y la evacuación?

Theo se echa a reír con una amargura que resulta nueva para el cónsul.

—La evacuación sólo afectará a las personas del consulado y los funcionarios de la Hegemonía que quepan en la última nave que salga.

—¿Han desistido de salvar a la gente de Hyperion?

—Señor, no pueden salvar a su propia gente. Por lo que he oído en la ultralínea del embajador, Gladstone ha resuelto permitir que caigan los mundos amenazados de la Red, para que FUERZA pueda reagruparse y disponer de un par de años para crear defensas mientras aumentan la deuda temporal de los enjambres.

—Por Dios —musita el cónsul. Había trabajado toda la vida para representar a la Hegemonía mientras conspiraba contra ella para vengar a su abuela, el sistema de vida de su abuela. Pero ahora, la idea de que esto ocurra realmente…

—¿Y el Alcaudón? —pregunta de pronto, mientras distingue los edificios blancos y bajos de Keats a pocos kilómetros. El sol acaricia las colinas y el río como una bendición final antes de la oscuridad.

Theo sacude la cabeza.

—Aún recibimos rumores, pero los éxters constituyen ahora el principal motivo de preocupación.

—Pero ¿el Alcaudón no está en la Red?

El sorprendido gobernador general observa al cónsul.

—¿En la Red? ¿Cómo podría estar en la Red? Aún no han autorizado portales de teleyección en Hyperion. Por otra parte, nadie

lo ha visto cerca de Keats, Endimión o Puerto Romance. Ninguna de las ciudades grandes.

El cónsul guarda silencio, pero está pensando. *Por Dios, mi traición ha sido en vano. Vendí mi alma para abrir las Tumbas de Tiempo y el Alcaudón no será la causa de la caída de la Red… ¡Los éxters! Nos engañaron desde el principio. Mi traición a la Hegemonía formaba parte de su plan*.

—Escuche —gruñe Theo, cogiéndole la muñeca—, hay una razón por la cual Gladstone me ordenó abandonarlo todo y buscarle a usted. Ha autorizado la liberación de su nave…

—¡Magnífico! —exclama el cónsul—. Yo puedo…

—¡Escuche! Usted no debe regresar al Valle de las Tumbas de Tiempo. La FEM Gladstone desea que usted eluda el perímetro de FUERZA y se interne en el sistema hasta establecer contacto con elementos del enjambre.

—¿El enjambre? ¿Por qué…?

—La FEM desea que negocie con los éxters. Ellos lo conocen a usted. De algún modo les comunicó que usted iba. Gladstone cree que los éxters no destruirán la nave, aunque no ha recibido confirmación. Será arriesgado.

El cónsul se retrepa en el asiento de cuero como si hubiera recibido otro impacto de paralizador.

—¿Negociar? ¿Con qué elementos puedo negociar?

—Gladstone dijo que le llamaría por la ultralínea de la nave cuando usted despegue de Hyperion. Hay que actuar deprisa. Hoy. Antes que todos los mundos de la primera oleada caigan en manos de los enjambres.

El cónsul oye «mundos de la primera oleada» pero no pregunta si su amado Alianza-Maui figura entre ellos. *Quizá*, piensa, *sería mejor que desapareciera*.

—No, regresaré al valle.

Theo se acomoda las gafas.

—Ella no lo permitirá, señor.

—Vaya —sonríe el cónsul—. ¿Cómo piensa detenerme? ¿Derribando mi nave?

—No lo sé, pero declaró que no lo permitiría. —Theo parece sinceramente preocupado—. La flota de FUERZA tiene naves de respaldo y naves-antorcha en órbita, señor, para escoltar las últimas naves de descenso.

—Bien —asiente el sonriente cónsul—, que traten de abatirme. De todos modos, hace dos siglos que las naves tripuladas no pueden aterrizar cerca del Valle de las Tumbas de Tiempo: las naves descienden a la perfección, pero los tripulantes desaparecen. Si no me derriban, pronto colgaré del árbol del Alcaudón.

El cónsul cierra los ojos un instante e imagina a la nave aterrizando vacía en la llanura cercana al valle.

Imagina a Sol, Duré y los demás —milagrosamente recobrados— buscando refugio en la nave, usando el quirófano para recuperar a Het Masteen y Brawne Lamia, y las cámaras de fuga criogénica para salvar a la pequeña Rachel.

—Por Dios —susurra Theo, y el tono de alarma arranca al cónsul de su ensueño.

Han doblado el último recodo del río antes de la ciudad. Los acantilados son más altos y culminan al sur en la montaña donde está esculpido Triste Rey Billy. El sol poniente ilumina de rojo las nubes y los edificios del acantilado oriental.

Por encima de la ciudad ruge una batalla. Los láseres perforan las nubes, las naves revolotean como mosquitos y arden como polillas muy próximas a una llama, parafolios y borrosos campos de suspensión flotan bajo el techo de nubes. Están atacando Keats. Los éxters han llegado a Hyperion.

—Mierda —susurra Theo con reverencia.

En el risco boscoso del noroeste de la ciudad, un breve chorro de llamas y una estela incandescente indican que un cohete lanzado con arma portátil vuela hacia el deslizador.

—¡Agárrese! —grita Theo. Aferra el control manual, conecta interruptores, inclina el deslizador a estribor en un intento de

maniobrar dentro del escaso radio de giro del cohete.

Una explosión a popa arroja al cónsul contra la correa de seguridad y le enturbia la visión. Cuando se le aclara la vista, la cabina está llena de humo, luces rojas de advertencia palpitan en la penumbra y el deslizador protesta con una docena de voces que indican fallos en los sistemas.

Theo está apoyado sobre el omnicontrol.

—Agárrese —repite innecesariamente. El deslizador se inclina vertiginosamente, gana una fugaz estabilidad y al fin cae en picado hacia la ciudad en llamas.

36

Parpadeé y abrí los ojos, desorientado al hallarme en el inmenso y oscuro espacio de la Basílica de San Pedro. Pacem. Monseñor Edouard y el padre Paul Duré me miraban con intensidad bajo la tenue luz de las velas.

—¿Cuánto tiempo he estado dormido? —Tenía la sensación de que habían transcurrido segundos. El sueño era como el aleteo de imágenes que se nos aparecen poco antes de dormirnos profundamente.

—Diez minutos —responde monseñor—. ¿Puede decirnos qué vio?

No encontré ninguna razón para no hacerlo. Al terminar de referirles la historia, monseñor Edouard se persignó.

—Mon Dieu, el embajador del TecnoNúcleo aconseja a Gladstone que envíe gente a esos túneles.

Duré me tocó el hombro.

—Cuando haya hablado con la Verdadera Voz del Arbolmundo en Bosquecillo de Dios, me reuniré con usted en TC^2. Tenemos que informar a Gladstone de que esa decisión es descabellada.

Asentí. Ya no ansiaba acompañar a Duré a Bosquecillo de Dios ni trasladarme a Hyperion.

—De acuerdo. Partamos de inmediato. ¿La Puerta del Papa puede trasladarme a Centro Tau Ceti?

Monseñor se levantó, asintió, se desperezó. De pronto comprendí que era un hombre muy anciano que no había recibido ningún tratamiento Poulsen.

—Tiene acceso prioritario —señaló. Se volvió hacia Duré—. Paul, sabes que te acompañaría si pudiera. Las exequias de Su Santidad, la elección de un nuevo Santo Padre… —Monseñor Edouard resopló —. Resulta extraño, pero los imperativos cotidianos persisten aun

frente al desastre colectivo. A fin de cuentas, faltan menos de diez días estándar para que los bárbaros lleguen a Pacem.

La alta frente de Duré brillaba bajo las velas.

—La tarea de la Iglesia trasciende los imperativos cotidianos, amigo mío. Haré una breve visita al mundo templario y luego acompañaré al señor Severn en su labor de convencer a la FEM de que no escuche al Núcleo. Luego regresaré, Edouard, y trataremos de encontrar la lógica de esta confusa herejía.

Los seguí a ambos. Salimos por una puerta lateral que conducía a un pasaje detrás de las altas columnas, atravesamos un patio abierto —la lluvia había cedido y el aire era fresco—, bajamos una escalera y entramos en un túnel estrecho que se internaba en los aposentos papales.

Los miembros de la Guardia Suiza se cuadraron cuando entramos en la antesala; eran hombres altos vestidos con coraza y pantalones a rayas amarillas y azules, aunque sus alabardas ceremoniales también eran armas energéticas estilo FUERZA. Uno de ellos se adelantó para hablar con monseñor.

—Alguien acaba de llegar al términex principal y desea ver al señor Severn.

—¿A mí? —Sonaban voces en otras habitaciones, el melodioso vaivén de plegarias repetidas. Supuse que se relacionaba con los funerales del papa.

—Sí, un tal Hunt. Dice que es urgente.

—Dentro de un minuto lo habría visto en la Casa de Gobierno —dije—. ¿Puede reunirse aquí con nosotros?

Monseñor Edouard asintió y le murmuró algo al guardia suizo, quien susurró algo en una cresta ornamental de su antigua armadura.

La Puerta del Papa —un pequeño portal teleyector rodeado por intrincadas tallas de serafines y querubines, coronados por un bajorrelieve en cinco cuadros que ilustraba la caída de Adán y Eva y su expulsión del Edén— se erguía en el centro de una custodiada habitación, a pasos de los aposentos privados del papa. Aguardamos

allí. Nuestras imágenes aparecían demacradas en los espejos de las paredes.

Leigh Hunt entró escoltado por el sacerdote que me había guiado a la basílica.

—¡Severn! —exclamó el asesor favorito de Gladstone—. La FEM necesita verlo enseguida.

—Allí me dirigía —respondí—. Sería un error criminal permitir que el Núcleo construyera y utilizara la bomba de muerte.

Hunt parpadeó, un gesto cómico en esa cara perruna.

—¿Sabe usted todo lo que pasa, Severn?

Tuve que reírme.

—Un niño sentado a solas en un holofoso ve mucho y entiende muy poco. Aun así, tiene la ventaja de poder cambiar de canal y apagar el aparato cuando se aburre.

Hunt conocía a monseñor Edouard por cuestiones de estado. Presenté al padre Paul Duré de la Compañía de Jesús.

—¿Duré? —articuló el boquiabierto Hunt. Era la primera vez que veía atónito al asesor y disfruté del momento.

—Lo explicaremos luego —prometí mientras estrechaba la mano del sacerdote—. Buena suerte en Bosquecillo de Dios. No tarde demasiado.

—Una hora —aseguró el jesuita—. No más. Es sólo una pieza del rompecabezas que debo encontrar antes de hablar con la FEM. Por favor, explíquele el horror del laberinto, luego le daré mi propio testimonio.

—Quizás ella esté demasiado atareada para verme antes que llegue usted de todos modos. Pero haré lo posible por ser su Juan Bautista.

Duré sonrió.

—No pierda la cabeza, amigo mío. —Tecleó un código de transferencia en el arcaico panel y desapareció por el portal.

Me despedí de monseñor Edouard.

—Habremos solucionado todo antes de que la oleada éxter llegue hasta aquí.

El viejo sacerdote alzó una mano para darme su bendición.

—Vaya con Dios, joven. Presiento que nos aguardan tiempos oscuros, pero que usted llevará una carga más pesada que los demás.

Sacudí la cabeza.

—Soy un mero observador, monseñor. Espero, observo y sueño. No es una carga pesada.

—Espere, observe y sueñe más tarde —rezongó Leigh Hunt—. La jefa quiere verlo ahora y yo he de regresar a una reunión.

Miré al hombrecillo.

—¿Cómo me ha encontrado? —pregunté innecesariamente. Los teleyectores eran operados por el Núcleo, y el Núcleo colaboraba con las autoridades de la Hegemonía.

—La tarjeta que le dio la FEM también nos permite conocer su paradero —gruñó Hunt con impaciencia—. Ahora tenemos la obligación de estar donde suceden las cosas.

—Muy bien. —Saludé a monseñor y su asistente, hice una seña a Hunt y tecleé el código de tres dígitos de Centro Tau Ceti, añadí dos dígitos para el continente, tres para la Casa de Gobierno y los dos números del términex privado. El zumbido del teleyector se agudizó y la opaca superficie vibró.

Yo pasé primero y me aparté para ceder el paso a Hunt.

No estamos en el términex central de la Casa de Gobierno. Por lo que veo, ni siquiera estamos cerca de la Casa de Gobierno. Al cabo de un instante mis sentidos evalúan la luz del sol, el color del cielo, la gravedad, la distancia del horizonte, los olores y el aire de las cosas, y deciden que no estamos en Centro Tau Ceti.

Habría saltado por el portal al instante, pero la Puerta del Papa es pequeña, Hunt está entrando —pierna, brazo, hombro, pecho, cabeza, segunda pierna— así que le cojo la muñeca, doy un tirón brusco, digo «¡Algo está mal!» y trato de pasar de nuevo.

Demasiado tarde. El portal sin marco vibra, se contrae hasta formar un círculo del tamaño de mi puño y se esfuma.

—¿Dónde diablos estamos? —pregunta Hunt.

Miro alrededor y pienso que es una buena pregunta. Estamos en la campiña, en una colina. Una carretera serpea entre viñedos, desciende por una ladera hasta el valle boscoso y desaparece detrás de otro cerro. Hace calor, zumban insectos en el aire, pero sólo los pájaros se mueven en este vasto panorama. Entre las rocas de la derecha se ve un borrón azul de agua: un océano o un mar. Altos cirros ondean en el cielo; el sol acaba de pasar el cenit. No distingo casas, ninguna tecnología superior a las hileras de los viñedos y la carretera de piedra y lodo. El zumbido de la esfera de datos ha desaparecido. Es como reparar de pronto en la ausencia de un sonido en el que uno ha estado inmerso desde la infancia; resulta sorprendente, sobrecogedor, desconcertante, aterrador.

Hunt titubea, se toca los oídos como si echara de menos un ruido verdadero, consulta el comlog.

—Demonios —masculla—. Demonios. Mi implante no funciona. El comlog está desconectado.

—No —digo—. Creo que estamos fuera de la esfera de datos. —Pero incluso mientras lo digo, oigo un zumbido más profundo y tenue, algo más grande y menos accesible que la esfera de datos. ¿La megaesfera? *La música de las esferas*, pienso, y sonrío.

—¿Por qué diablos sonríe, Severn? ¿Ha hecho esto a propósito?

—No. Di los códigos correctos para la Casa de Gobierno. —La total ausencia de pánico de mi voz es una especie de pánico en sí misma.

—¿Qué ocurre, entonces? ¿Esa maldita Puerta del Papa? ¿Fue eso? ¿Un error o un truco?

—No, no lo creo. La puerta funcionó bien, Hunt. Nos trajo justo donde quería el TecnoNúcleo.

—¿El Núcleo? —El escaso color que quedaba en la cara perruna se esfuma de pronto cuando el asistente de la FEM comprende quién controla el teleyector. Quién controla todos los teleyectores—. Dios

mío, Dios mío. —Hunt avanza hasta el borde del camino y se sienta en la hierba alta. Su traje de gamuza y sus blandos zapatos negros parecen fuera de lugar.

—¿Dónde estamos? —repite.

Respiro hondo. El aire huele a tierra recién arada, a hierba recién segada, a polvo del camino, al aroma punzante del mar.

—Sospecho que estamos en la Tierra, Hunt.

—La Tierra. —El hombrecillo contempla el vacío—. La Tierra. No Nueva Tierra. Ni Tierra…

—No —digo—. Tierra. Vieja Tierra. O su duplicado.

—Su duplicado.

Me siento junto a él. Arranco un tallo de hierba y desprendo la vaina exterior de la parte de abajo. El sabor de la hierba resulta agrio y familiar.

—¿Recuerda usted mi informe referente a las historias de los peregrinos de Hyperion? ¿El cuento de Brawne Lamia? Ella y mi gemelo cíbrido, la primera personalidad recobrada Keats, viajaron a lo que supusieron era un duplicado de Vieja Tierra. En el Cúmulo de Hércules, si no recuerdo mal.

Hunt observa el cielo como si pudiera confirmar mis palabras inspeccionando las constelaciones. El azul se agrisa ligeramente cuando el alto cirro se esparce por la cúpula del firmamento.

—Cúmulo de Hércules —susurra.

—Brawne no sabía por qué el TecnoNúcleo construyó un duplicado, ni qué está haciendo con él. Y el primer cíbrido Keats tampoco lo sabía, o no quiso decirlo.

—No quiso decirlo —repite Hunt. Sacude la cabeza—. De acuerdo, ¿cómo diablos saldremos de aquí? Gladstone me necesita. Ella no puede… en las próximas horas debe tomar muchas decisiones vitales. —Se incorpora de un brinco, corre al centro de la carretera, rebosando de energía.

Yo masco el tallo de hierba.

—Sospecho que no podemos salir de aquí.

Hunt se acerca como para atacarme.

—¿Ha perdido el juicio? ¿Cómo que no podemos salir? Eso es absurdo. ¿Por qué el Núcleo haría eso? —Calla, me observa—. No quiere que usted hable con ella. Usted sabe algo y el Núcleo no quiere que ella se entere.

—Tal vez.

—¡Déjenlo a él, permítanme regresar! —grita al cielo.

Nadie responde. Más allá del viñedo, un gran pájaro negro emprende el vuelo. Creo que es un cuervo; recuerdo el nombre de esta especie extinguida como si lo hubiera soñado.

Al cabo de un instante, Hunt desiste de gritar al cielo y se pasea por el camino de piedra.

—Vamos. Tal vez haya un términex dondequiera que vaya este camino.

—Tal vez —digo, partiendo el tallo para llegar a la dulzona y seca mitad superior—. Pero ¿hacia dónde?

Hunt da media vuelta, contempla el camino que desaparece entre cerros en ambas direcciones, da otra media vuelta.

—Atravesamos el portal mirando hacia allá —señala. El camino desciende hasta internarse en un bosquecillo.

—¿A qué distancia? —pregunto.

—Demonios, ¿qué importa? —ladra Hunt—. ¡Tenemos que ir a alguna parte!

Resisto el impulso de sonreír.

—De acuerdo.

Me pongo en pie y me sacudo los pantalones, sintiendo el fuerte sol en la frente y la cara. Después de la basílica umbría y cargada de incienso, el contraste es chocante. El aire está muy caliente y ya tengo la ropa empapada de sudor.

Hunt echa a andar vigorosamente cuesta abajo, los puños apretados, su lastimera expresión aplacada esta vez por un gesto más fuerte: pura resolución.

Caminando sin prisa, mascando mi tallo de hierba, los ojos entrecerrados de cansancio, voy tras él.

El coronel Fedmahn Kassad gritó y atacó al Alcaudón. El paisaje surrealista y atemporal —una versión minimalista del Valle de las Tumbas de Tiempo, modelada en plástico e incrustada en una gelatina de aire viscoso— parecía vibrar ante la violencia de la embestida de Kassad. Durante un instante el Alcaudón se había multiplicado como reflejado por miles de espejos. —Alcaudones en el valle, en la árida llanura—, pero con el grito de Kassad todos se redujeron a un solo monstruo. Ahora avanzaba desplegado y extendiendo los cuatro brazos, arqueándose para recibir el embate del coronel con un ferviente abrazo de filos y espinas.

Kassad no sabía si el traje cutáneo que le había dado Moneta lo protegería o le serviría en combate. Años atrás él y Moneta habían atacado dos naves de descenso llenas de comandos éxters, pero entonces el tiempo estaba de su parte; el Alcaudón había congelado y descongelado el flujo de los instantes como un observador aburrido que jugara con el mando a distancia de un holofoso. Ahora estaban fuera del tiempo, y el Alcaudón era un enemigo, no un terrible mecenas.

Kassad gritó, agachó la cabeza, atacó, olvidando la presencia de Moneta, el imposible árbol de espinas que se elevaba a las nubes con su público empalado, olvidando que él era la herramienta del ataque, el instrumento de la venganza.

El Alcaudón no desapareció como solía, no dejó de estar *allí* para aparecer repentinamente *aquí*. Se agazapó y abrió los ojos. Los aguzados dedos recibieron la luz del cielo violento. Los dientes de metal brillaron en algo parecido a una sonrisa.

Kassad estaba colérico, pero no loco. En vez de precipitarse hacia aquel abrazo mortal, se arrojó al lado en el último momento, rodando sobre brazos y hombros, lanzando un puntapié a la pierna del monstruo, debajo del apiñamiento de espinas de la rodilla, por encima del tobillo. *Si lograba tumbarlo…*

Fue como patear un conducto incrustado en medio kilómetro de cemento. El golpe habría partido la pierna de Kassad si el traje cutáneo no hubiera actuado como armadura y amortiguador.

El Alcaudón se movió deprisa, pero no con aquella celeridad imposible; agitando los dos brazos derechos, arando surcos quirúrgicos en el suelo y la piedra con diez dedos, arrojando chispas con las espinas del brazo, rasgando el aire con un susurro audible. Kassad continuó rodando, se levantó, se agazapó, tensó los brazos, acható las palmas, extendió los dedos rígidos.

Combate singular, pensó Fedmahn Kassad. *El más honroso sacramento del Nuevo Bushido*.

El Alcaudón lanzó de nuevo los brazos derechos, movió el brazo inferior izquierdo en una curva lo bastante violenta como para quebrarle las costillas y arrancarle el corazón.

Kassad detuvo la finta del brazo derecho con el antebrazo izquierdo. El traje cutáneo se flexionó y apretó el hueso ante la acerada fuerza del golpe del Alcaudón. Kassad detuvo el golpe mortífero del brazo izquierdo apoyando la mano derecha en la muñeca del monstruo, por encima del corsé de espinas curvas. Increíblemente, detuvo el golpe, y los afilados dedos arañaron el campo del traje en vez de astillar las costillas.

Perdió el equilibrio en el afán de frenar aquella garra ascendente, sólo el impulso contrario de la primera finta del Alcaudón impidió que el coronel saltara hacia atrás. El sudor manaba a chorros bajo el traje cutáneo, los músculos se flexionaban dolorosamente y amenazaban con desgarrarse en esos interminables veinte segundos de lucha, hasta que el Alcaudón utilizó el cuarto brazo para lanzar un tajo a la tensa pierna de Kassad.

Kassad gritó cuando el campo del traje se rasgó, la carne cedió y por lo menos un dedo pasó cerca del hueso. Se zafó con la otra pierna, soltó la muñeca del monstruo, se alejó rodando frenéticamente.

El Alcaudón agitó dos brazos y el segundo pasó silbando a milímetros de la oreja de Kassad, pero luego el monstruo retrocedió,

se agazapó, se desplazó a la derecha.

Kassad se apoyó en la rodilla izquierda, se tambaleó, se levantó tratando de conservar el equilibrio. El dolor le rugía en los oídos llenando el universo de luz roja, pero incluso en su aturdimiento advirtió que el traje cutáneo se cerraba sobre la herida, actuando como torniquete y compresa. Sentía la sangre en la pierna, pero ya no manaba libremente, y el dolor era tolerable, como si el traje llevara inyectores médicos como los de su armadura de FUERZA.

El Alcaudón embistió.

Kassad lanzó un par de puntapiés hacia la parte lisa del caparazón de cromo, debajo de la espina del pecho. Fue como patear el casco de una nave espacial, pero el Alcaudón vaciló, trastabilló, retrocedió.

Kassad avanzó, afirmó su peso, asestó en el pecho de la criatura dos puñetazos que habrían astillado cerámica templada, ignoró el dolor del puño, giró, lanzó la palma abierta hacia el morro de la criatura, encima de los dientes. Cualquier ser humano habría sentido la quebradura de la nariz, la explosión de huesos y cartílagos que entraban en el cerebro.

El Alcaudón intentó morderle la muñeca, erró, le lanzó las cuatro manos hacia la cabeza y los hombros.

Resollando, cubierto de sangre y sudor bajo el traje cutáneo, Kassad giró a la derecha y dio media vuelta, asestando un golpe mortífero en la nuca de la criatura. El ruido del impacto retumbó en el valle escarchado como un hacha lanzada desde kilómetros de altura contra el corazón de un pino de metal.

El Alcaudón se tambaleó, cayó de espaldas como un crustáceo de acero.

¡Había caído!

Kassad avanzó, aún agazapado, cauteloso pero no lo suficiente: el pie del Alcaudón atacó el tobillo de Kassad y le hizo perder el equilibrio.

El coronel sintió el dolor, supo que le habían desgarrado el talón de Aquiles, trató de alejarse, pero la criatura se lanzó sobre él,

buscando costillas, rostro y ojos con espinas y puñales. Con muecas de dolor, arqueándose en un vano intento de zafarse del monstruo, Kassad detuvo algunos golpes, se salvó los ojos y sintió que otros puñales le perforaban los brazos, el pecho, el vientre.

El Alcaudón se le acercó con la boca abierta. Kassad distinguió filas de dientes de acero en una boca hueca como una lamprea de metal.

Ojos rojos le cubrían la visión empañada de sangre.

Kassad insertó la base de la palma bajo la mandíbula del Alcaudón e intentó hallar apoyo. Era como tratar de levantar una montaña de hierro afilado sin palanca. Los dedos del Alcaudón seguían desgarrando las carnes de Kassad. La cosa abrió la boca y ladeó la cabeza. Por un instante Kassad sólo vio dientes. El monstruo no tenía aliento, pero el calor del interior apestaba a azufre y limaduras de hierro calientes. A Kassad no le quedaban defensas; cuando la cosa cerrara las mandíbulas, le arrancaría la carne y la piel de la cara hasta desnudarle el hueso.

De pronto Moneta estuvo allí, gritando en ese lugar donde el sonido no se transmitía, y cogió al Alcaudón por los ojos de rubí, arqueando los dedos como garras, la bota plantada con firmeza en el caparazón, debajo de la espina trasera, tirando, tirando.

Los brazos del Alcaudón se echaron hacia atrás con un chasquido, con la doble articulación de un cangrejo de pesadilla. Los aguzados dedos hirieron a Moneta y la hicieron caer, pero Kassad rodó, pataleó, ignoró el dolor y se levantó, arrastrando a Moneta mientras se retiraba por la arena y la roca escarchada.

Por un instante los trajes se fundieron como cuando hacían el amor, y Kassad sintió el contacto de la piel de ella, sintió que la sangre y el sudor de ambos se mezclaban, oyó los latidos conjuntos de sus corazones.

«*Mátalo,*» jadeó Moneta. El dolor era audible aun en esa voz subvocal.

«Lo intento, lo intento».

El Alcaudón estaba de pie, tres metros de cromo, puñales y dolor. No parecía dañado. La sangre de alguien le formaba hilillos sinuosos en las muñecas y el caparazón. La insensible sonrisa parecía más ancha que antes.

Kassad se apartó de Moneta y la recostó dulcemente en una roca, aunque sospechaba que él tenía peores heridas que ella. Ésta no era la pelea de Moneta.

Todavía no.

Se interpuso entre su amada y el Alcaudón.

Titubeó al oír el susurro tenue pero creciente como de olas barriendo una playa invisible. Alzó los ojos, siempre alerta al Alcaudón, y comprendió que era un griterío en el árbol de espinas. Los crucificados —manchas de color que colgaban de las espinas de metal y las frías ramas— emitían un ruido que no eran los gemidos subliminales de dolor que Kassad había oído antes. Estaban animándolo.

Kassad se volvió hacia el Alcaudón. Sentía dolor y debilidad en el talón desgarrado. El pie derecho estaba inutilizado, no podía soportar peso. Kassad brincó, giró con una mano apoyada en la roca para proteger a Moneta.

La ovación distante se detuvo con un jadeo.

El Alcaudón dejó de estar *allá* y apareció *aquí*, junto a Kassad, encima de Kassad, rodeándolo con brazos, espinas y puñales, una luz flamígera en los ojos. Abrió de nuevo las mandíbulas.

Kassad soltó un grito de furia y desafío, y atacó.

El padre Paul Duré atravesó la Puerta del Papa y apareció sin problemas en Bosquecillo de Dios. Del incienso y la penumbra de los aposentos papales pasó a una deslumbrante luz solar, con un cielo limón arriba y hojas verdes alrededor.

Los templarios lo esperaban cuando salió del portal. Duré vio el borde de la plataforma de raraleña a cinco metros y más allá nada; mejor dicho, todo, pues el mundo arbóreo de Bosquecillo de Dios se

extendía hasta el horizonte, y el techo de hojas vibraba como un océano viviente. Duré sabía que estaba en lo alto del Arbolmundo, el más grande y sagrado de los árboles que veneraban los templarios.

Los templarios que lo recibieron ocupaban un lugar importante en la compleja jerarquía de la Hermandad del Muir, pero ahora actuaban como meros guías. Lo condujeron de la plataforma del portal hasta un ascensor con lianas que se elevaban por niveles superiores y terrazas hasta donde pocos no templarios habían ascendido, y luego por una escalera con una baranda de la mejor madera Muir, que ascendía en caracol alrededor de un tronco que se hacía más estrecho, desde doscientos metros en la base hasta ocho metros cerca de la cúspide. La plataforma de raraleña estaba exquisitamente trabajada, las barandas exhibían una delicada tracería de lianas talladas a mano, los postes y balaustres mostraban rostros de gnomos, duendes del bosque, hadas y otros espíritus, y la mesa y las sillas estaban talladas en la misma pieza de madera que la plataforma circular.

Dos hombres le aguardaban. El primero era el que esperaba Duré: Sek Hardeen, Verdadera Voz del Arbolmundo, Sumo Sacerdote del Muir, Portavoz de la Hermandad Templaria. El segundo era una sorpresa. Duré vio la túnica roja —del color de la sangre arterial— y el negro borde de armiño, el robusto cuerpo lusiano, el rostro fofo y cuadrangular de nariz ganchuda, los ojillos hundidos sobre mejillas regordetas, las manos rechonchas con un anillo negro o rojo en cada dedo. Era, desde luego, el obispo de la Iglesia de la Expiación Final, el sumo sacerdote del Culto del Alcaudón.

El templario, con su talla de casi dos metros, se levantó y le tendió la mano.

—Nos complace que se reúna con nosotros.

Duré le dio la mano mientras pensaba que la mano del templario parecía una raíz, con sus dedos largos, ahusados, amarillentos. La Verdadera Voz del Arbolmundo llevaba una túnica con cogulla como la de Het Masteen, y las hebras ásperas, pardas y verdes, contrastaban con el brillo del atuendo del obispo.

—Gracias por recibirme tan pronto, Hardeen —dijo Duré. La Verdadera Voz era el líder espiritual de millones de seguidores del Muir, pero Duré sabía que los templarios no gustaban de los títulos honoríficos durante la conversación. Duré se volvió hacia el obispo—. Excelencia, ignoraba que tendría el honor de contar con su presencia.

El obispo del Culto del Alcaudón asintió imperceptiblemente.

—Estaba de visita. El señor Hardeen sugirió que sería útil que yo asistiera a este encuentro. Encantado de conocerlo, padre Duré. Hemos oído hablar mucho de usted en los últimos años.

El templario señaló un asiento y Duré se sentó, entrelazó las manos sobre la mesa de raraleña y pensó frenéticamente mientras fingía inspeccionar la bella textura de la madera. La mitad de los agentes de seguridad de la Red buscaban al obispo. Su presencia sugería complicaciones mucho mayores de las que el jesuita estaba preparado para afrontar.

—Interesante, ¿verdad? —dijo el obispo—. Tres de las más profundas religiones de la humanidad están representadas aquí.

—Sí —convino Duré—. Profundas, pero poco representativas de las creencias de la mayoría. De ciento cincuenta mil millones de almas, menos de un millón pertenecen a la Iglesia Católica. El Alcau… la Iglesia de la Expiación Final cuenta de cinco a diez millones. ¿Y cuántos templarios hay, señor Hardeen?

—Veintitrés millones —murmuró el templario—. Muchos otros respaldan nuestras causas ecológicas e incluso desean afiliarse, pero la Hermandad no acoge a extraños.

El obispo se acarició la papada. Tenía la tez muy pálida y parpadeaba como si no estuviera acostumbrado a la luz del día.

—Los gnósticos Zen cuentan con cuarenta millones de seguidores —gruñó—. Pero ¿qué clase de religión es ésa? Sin iglesias, sin sacerdotes, sin libros sagrados, sin concepto del pecado.

Duré sonrió.

—Parece ser la creencia más acorde con la época. Y se remonta a muchas generaciones.

—¡Bah! —El obispo descargó la palma en la mesa y Duré apretó los dientes al oír el choque de los anillos contra la raraleña.

—¿Cómo sabe usted quién soy? —preguntó Duré.

El templario irguió la cabeza y la luz del sol le perfiló la nariz, las mejillas y el largo mentón en las sombras de la cogulla. No dijo nada.

—Nosotros lo escogimos —gruñó el obispo—. A usted y los demás peregrinos.

—¿«Nosotros» significa la Iglesia del Alcaudón? —preguntó Duré.

El obispo frunció el ceño pero asintió en silencio.

—¿Por qué los disturbios? —preguntó Duré—. ¿Por qué la agitación, ahora que la Hegemonía corre peligro?

El obispo se frotó la papada y las piedras rojas y negras centellearon bajo la luz del atardecer. Un millón de hojas susurraron en una brisa que llevaba el aroma de la vegetación húmeda.

—Los Días Finales han llegado, sacerdote. Las profecías que el Avatar nos reveló hace siglos se están cumpliendo. Lo que usted llama disturbios son los primeros estertores de una sociedad que merece desaparecer. Los Días de la Expiación se ciernen sobre nosotros y el Señor del Dolor pronto caminará entre nosotros.

—El Señor del Dolor —repitió Duré—. El Alcaudón.

El templario hizo un ademán tranquilizador, como si intentara restar énfasis a la declaración del obispo.

—Padre Duré, estamos al corriente de su milagroso renacimiento.

—No fue un milagro —rebatió Duré—, sino el capricho de un parásito llamado cruciforme.

El templario repitió su ademán con dedos largos.

—En cualquier caso, padre, la Hermandad se regocija de tenerlo de nuevo con nosotros. Por favor, formule las preguntas que mencionó al llamarme.

Duré acarició la silla de madera, observó la mole roja y negra del obispo.

—Los dos grupos que ustedes representan trabajan juntos desde hace tiempo, ¿verdad? —apuntó Duré—. La Hermandad Templaria y

la Iglesia del Alcaudón.

—Iglesia de la Expiación Final —rezongó el obispo.

Duré asintió.

—¿Por qué? ¿Qué los une a ustedes en esto?

La Verdadera Voz del Arbolmundo se inclinó hacia delante y la cogulla se llenó de sombras.

—Las profecías de la Iglesia de la Expiación Final, padre, se relacionan con la misión que nos legó el Muir. Sólo estas profecías contienen la clave para el castigo que aguarda a la humanidad por matar su propio mundo.

—La humanidad no destruyó Vieja Tierra por sí sola —replicó Duré—. Fue un error de cálculo, cuando el Equipo de Kiev intentaba crear un miniagujero negro.

El templario agitó la cabeza.

—Fue orgullo humano —murmuró—. El mismo orgullo que ha incitado a nuestra raza a destruir especies que podían aspirar a la inteligencia. Los seneschai aluit de Hebrón, los zeples de Remolino, los centauros de pantano de jardín y los grandes simios de Vieja Tierra…

—Sí —reconoció Duré—. Se han cometido errores. Pero eso no basta para sentenciar a muerte a la humanidad, ¿o sí?

—La sentencia fue dictada por un Poder muy superior a nosotros —tronó el obispo—. Las profecías son precisas y explícitas. El día de la Expiación Final debe llegar. Todos los que han heredado los pecados de Adán y Kiev deben sufrir las consecuencias de haber asesinado el mundo natal y extinguir otras especies. El Señor del Dolor fue liberado de la sujeción del tiempo para pronunciar su juicio final. No hay modo de escapar de su ira. No hay modo de eludir la Expiación. Lo ha dicho un Poder muy superior a nosotros.

—Es verdad —intervino Sek Hardeen—. Las profecías nos fueron reveladas, las Verdaderas Voces las oyeron a través de generaciones: la humanidad está condenada, pero con su condenación llegará un nuevo florecimiento para ámbitos virginales, en todo lo que ahora es la Hegemonía.

Educado en la lógica jesuita, consagrado a la teología evolutiva de Teilhard de Chardin, el padre Paul Duré sintió la tentación de decir: *Pero ¿a quién demonios le importa que florezcan los capullos si no hay nadie para verlos y olerlos?*

—¿Han pensado ustedes —replicó en cambio— que estas profecías quizá no fueron revelaciones divinas, sino meras manipulaciones de un poder secular?

El templario cayó hacia atrás como si hubiera recibido un bofetón, pero el obispo se inclinó hacia delante agitando los puños lusianos que habrían aplastado el cráneo de Duré de un solo golpe.

—¡Herejía! ¡Quien niegue la verdad de las revelaciones debe morir!

—¿Qué poder podría hacerlo? —articuló el templario—. ¿Qué poder salvo el Absoluto del Muir podría entrar en nuestra mente y nuestro corazón?

Duré señaló el cielo.

—Hace generaciones que los mundos de la Red están unidos a través de la esfera de datos del TecnoNúcleo. La mayoría de las personas influyentes llevan implantes comlog para facilitarse el acceso… ¿No los lleva usted, Hardeen?

El templario guardó silencio pero Duré vio que flexionaba los dedos como para tocarse el pecho y el brazo, donde llevaba microimplantes desde hacía décadas.

—El TecnoNúcleo ha creado una Inteligencia trascendente —continuó Duré—. Utiliza cantidades increíbles de energía, es capaz de avanzar y retroceder en el tiempo, y no alienta preocupaciones humanas. Una de las metas de un importante porcentaje de personalidades del Núcleo consistía en eliminar a la humanidad… de hecho, el Gran Error del Equipo de Kiev quizá fue cometido deliberadamente por las inteligencias artificiales involucradas en el experimento. Lo que ustedes consideran profecías quizá sea la voz *deus ex machina* que susurra en la esfera de datos. Tal vez el Alcaudón no esté aquí para que la humanidad expíe sus pecados,

sino tan sólo para exterminar a hombres, mujeres y niños persiguiendo las metas de su personalidad de máquina.

La fofa cara del obispo estaba roja como la túnica. El hombre asestó un puñetazo sobre la mesa y se puso en pie. El templario le apoyó una mano en el brazo para aplacarlo y logró convencerle de que se sentara.

—¿Quién le sugirió esta idea? —preguntó Sek Hardeen.

—Los peregrinos que tienen acceso al Núcleo. Y también otras personas.

El obispo lo amenazó con el puño.

—¡Pero usted mismo fue tocado por el Avatar, no una vez, sino dos! Él le otorgó una forma de inmortalidad para que usted viera lo que él reserva para el Pueblo Elegido, aquellos que preparan la Expiación antes de que lleguen los Días Finales.

—El Alcaudón me dio dolor —espetó Duré—. Un dolor y un sufrimiento inimaginables. Me topé dos veces con él, y sé en mi corazón que no es divino ni diabólico, sino sólo una máquina orgánica de un terrible futuro.

—Bah —resopló desdeñosamente el obispo. Cruzó los brazos y se puso a mirar por el balcón.

El templario parecía conmocionado. Al cabo de un instante, irguió la cabeza y dijo en voz baja.

—Usted quería formularme una pregunta.

Duré cobró aliento.

—Sí. Y también traigo malas noticias, me temo. Voz del Árbol Het Masteen ha muerto.

—Lo sabemos —replicó el templario.

Duré quedó sorprendido. Ignoraba cómo podían recibir esa información. Pero ahora no importaba.

—Necesito saber por qué fue él a la peregrinación. ¿Cuál era la misión que no logró llevar a cabo? Cada uno de nosotros contó su historia. Het Masteen no. Pero intuyo que su destino contenía la llave de muchos misterios.

El obispo se volvió hacia Duré.

—No tenemos por qué revelarle nada, sacerdote de una religión muerta —dijo con sorna.

Sek Hardeen guardó un largo silencio antes de responder.

—Masteen se ofreció como voluntario para llevar la Palabra del Muir a Hyperion. Hace siglos que en nuestra creencia se ha arraigado la profecía de que, al llegar los tiempos de tribulación, una Verdadera Voz del Árbol sería convocada para conducir una nave arbórea al Mundo Sagrado, verla destruir y luego hacerla renacer para llevar el mensaje de la Expiación y el Muir.

—¿De manera que Het Masteen sabía que la *Yggdrasill* sería destruida en órbita?

—Sí. Estaba anunciado.

—¿Y Masteen y el erg de la nave debían pilotar una nueva nave arbórea?

—Sí —respondió el templario con un hilo de voz—. Un Árbol de la Expiación suministrado por el Avatar.

Duré se reclinó, asintió.

—Un Árbol de la Expiación. El árbol de espinas. Het Masteen sufrió lesiones psíquicas cuando destruyeron la *Yggdrasill*. Lo llevaron al Valle de las Tumbas de Tiempo y le mostraron el árbol de espinas del Alcaudón. Pero no tuvo la disposición o la aptitud para hacerlo. El árbol de espinas es una estructura de muerte, de sufrimiento, de dolor… Het Masteen no estaba preparado para capitanearlo. O tal vez se negó. En cualquier caso, huyó. Y murió. Eso sospechaba, aunque ignoraba qué destino le había ofrecido el Alcaudón.

—¿De qué habla usted? —rugió el obispo—. El Árbol de la Expiación se describe en las profecías. Acompañará al Avatar en su cosecha final. Masteen estaba preparado para el honor de capitanearlo a través del espacio y el tiempo.

Paul Duré sacudió la cabeza.

—¿Hemos respondido a su pregunta? —dijo Hardeen.

—Sí.

—Entonces, debe usted responder a la nuestra —urgió el obispo —. ¿Qué le sucedió a la Madre?

—¿Qué madre?

—La Madre de Nuestra Salvación. La Novia de la Expiación. La que usted llamaba Brawne Lamia.

Duré trató de recordar las grabaciones que le había dado el cónsul, las historias que habían narrado los peregrinos en el viaje a Hyperion. Brawne esperaba el hijo del primer cíbrido Keats. El Templo del Alcaudón de Lusus la había salvado de la turba y la había incluido en la peregrinación. Ella había mencionado que los acólitos del Alcaudón la trataban con reverencia. Duré trató de encajar todo aquello en el confuso mosaico de lo que ya sabía. Fue en vano. Estaba demasiado cansado y se sentía demasiado estúpido después de esa falsa resurrección. No era ni volvería a ser el intelectual que había sido Paul Duré.

—Brawne estaba inconsciente —explicó—. El Alcaudón la sorprendió y la conectó con algo. Un cable. Su estado mental equivalía a la muerte cerebral, pero el feto estaba vivo y sano.

—¿Y la personalidad que ella llevaba? —preguntó el obispo con voz tensa.

Duré recordó que Severn le había mencionado la muerte de aquella personalidad en la megaesfera. Evidentemente, sus dos interlocutores no sabían nada acerca de la segunda personalidad de Keats, la personalidad Severn, que en ese momento advertía a Gladstone sobre los peligros de la propuesta del Núcleo. Duré meneó la cabeza. Estaba muy cansado.

—No sé nada acerca de la personalidad que llevaba en el bucle Schrön —dijo—. El cable que le puso el Alcaudón parecía insertado en la cuenca neural como un empalme cortical.

El obispo asintió con satisfacción.

—Las profecías se cumplen. Usted ha cumplido su función de mensajero, Duré. Ahora debo partir.

El hombretón se levantó, saludó con un gesto a la Verdadera Voz del Arbolmundo, atravesó la plataforma y bajó la escalera

dirigiéndose al ascensor y al términex.

Duré guardó silencio unos minutos. El susurro de las hojas y el vaivén de la plataforma invitaban al sosiego y al sueño. El cielo cobraba delicados tonos azafranados mientras el sol se ponía en Bosquecillo de Dios.

—Esa declaración acerca de un *deus ex machina* que nos ha engañado con falsas profecías durante generaciones es una herejía terrible —dijo al fin el templario.

—Sí, pero a menudo las herejías terribles han resultado ser crudas verdades en mi Iglesia, que tiene una historia más larga que la de usted, Sek Hardeen.

—Si usted fuera templario, podría haberlo hecho ejecutar.

Duré suspiró. A su edad, en su situación, con su fatiga, la muerte no le causaba temor. Se levantó e inclinó la cabeza.

—Debo irme, Sek Hardeen. Pido disculpas si mis palabras fueron ofensivas. Son tiempos confusos. —«*Los mejores carecen de convicción*», pensó, «*mas los peores rebosan de pasión intensa*».

Duré caminó hacia el borde de la plataforma. Allí se detuvo.

La escalera ya no estaba. Treinta metros verticales y quince metros horizontales de aire lo separaban de la plataforma donde esperaba el ascensor. El Arbolmundo se sumergía un kilómetro o más en las sombreadas profundidades. Duré y la Verdadera Voz de ese árbol estaban aislados en la plataforma más alta. Duré caminó hasta una baranda, irguió la cara sudada a la brisa del atardecer y vio el despuntar de las primeras estrellas en el cielo ultramarino.

—¿Qué sucede, Sek Hardeen?

El templario estaba envuelto en la oscuridad.

—Dentro de dieciocho minutos estándar el mundo de Puertas del Cielo caerá en manos de los éxters. Nuestras profecías dicen que será destruido. Desde luego destruirán el teleyector y los transmisores ultralínea, y en la práctica ese mundo habrá dejado de existir. Precisamente una hora estándar después, los cielos de Bosquecillo de Dios arderán con los fuegos de fusión de las naves éxter. Nuestras profecías afirman que todos los miembros de la

Hermandad que permanezcan aquí perecerán. Y también todos los demás, aunque hace tiempo que los ciudadanos de la Hegemonía fueron evacuados por teleyector.

Duré caminó despacio hacia la mesa.

—Es necesario que me traslade a Centro Tau Ceti —advirtió—. Severn… alguien me espera. Tengo que hablar con la FEM Gladstone.

—No —replicó Sek Hardeen, Verdadera Voz del Arbolmundo—. Esperaremos. Veremos si las profecías son ciertas.

El jesuita apretó los puños, conteniendo la violenta emoción que le impulsaba a golpear al templario. Cerró los ojos y rezó dos Ave Marías. No sirvió de mucho.

—Por favor —insistió—. No es preciso que yo esté aquí para que las profecías se cumplan o dejen de cumplirse. Entonces será demasiado tarde. Las naves-antorcha de FUERZA harán estallar la esfera de singularidad y los teleyectores desaparecerán. Estaremos aislados de la Red durante años. Miles de millones de vidas dependen de mi inmediato retorno a Centro Tau Ceti.

El templario se cruzó de brazos y sus manos de largos dedos desaparecieron en los pliegues de la túnica.

—Esperaremos —repitió—. Todo lo que se ha anunciado, sucederá. Dentro de pocos minutos, el Señor del Dolor quedará suelto dentro de la Red. No creo, como el obispo, que quienes hayan procurado la Expiación sean perdonados. Estamos mejor aquí, padre Duré, donde el final será rápido e indoloro.

Duré hurgó en su mente buscando palabras o decisiones contundentes. No se le ocurrió nada. Se sentó a la mesa y miró a la figura con cogulla. En el cielo asomaban huestes de estrellas. El bosque-mundo de Bosquecillo de Dios susurró por última vez en la brisa nocturna y pareció contener el aliento con ansia expectante.

Paul Duré cerró los ojos y rezó.

37

Hunt y yo hemos caminado todo el día. Al anochecer encontramos una posada con comida servida —un ave, budín de arroz, coliflor, macarrones— aunque no hay gente ni rastros de ella salvo el fuego del hogar, que crepita como si estuviera recién encendido, y la comida aún caliente.

Eso saca de quicio a Hunt, quien además sufre como un adicto por la pérdida de contacto con la esfera de datos. Imagino su dolor. Para una persona nacida y criada en un mundo donde la información está siempre a mano, donde es posible comunicarse con cualquiera y en cualquier parte, donde las distancias están a un paso de teleyector, esta súbita regresión a la vida de nuestros antepasados es como despertar ciego y tullido. Pero después de las protestas y rabietas de las primeras horas de marcha, Hunt ha adoptado un aire taciturno.

—¡Pero la FEM me necesita! —gritó durante esa primera hora.

—Necesita la información que yo llevaba —añadió—, pero no podemos hacer nada al respecto.

—¿Dónde estamos? —preguntó Hunt por décima vez.

Ya le había explicado que era una Vieja Tierra alternativa, pero comprendí que ahora se refería a otra cosa.

—En cuarentena, creo— respondí.

—¿El Núcleo nos ha traído aquí?

—Eso supongo.

—¿Cómo podemos regresar?

—Lo ignoro. Supongo que aparecerá un portal cuando el Núcleo considere que puede levantar la cuarentena.

Hunt maldijo entre dientes.

—¿Por qué me han puesto a mí en cuarentena, Severn?

Me encogí de hombros. Supuse que se debía a que él había oído lo que yo había dicho en Pacem, pero no estaba seguro. No estaba

seguro de nada.

El camino atravesaba prados, viñedos, cerros bajos y valles desde donde se atisbaba el mar.

—¿Adónde conduce este camino? —preguntó Hunt poco antes que llegáramos a la posada.

—Todos los caminos llevan a Roma.

—Hablo en serio, Severn.

—También yo, Hunt.

Hunt arrancó una piedra suelta de la carretera y la arrojó hacia los arbustos. En alguna parte trinó un tordo.

—¿Ya ha estado aquí? —preguntó Hunt con tono acusatorio, como si yo lo hubiera secuestrado. Tal vez tenía razón.

—No —dije. Pero *Keats* sí, estuve a punto de añadir. Mis recuerdos trasplantados emergían de la superficie, agobiándome con su sensación de pérdida y acechante mortalidad. Tan lejos de los amigos, tan lejos de Fanny, su amor único y eterno.

—¿Está seguro de que no tiene acceso a la esfera de datos? —preguntó Hunt.

—Seguro —dije. No preguntó por la megaesfera y no le ofrecí la información. Me aterra entrar en la megaesfera, perderme allí.

Encontramos la posada al caer la tarde. Se hallaba en un pequeño valle, y brotaba humo de la chimenea de piedra.

Mientras comíamos, cercados por la oscuridad, a la luz del fuego y las dos velas de una repisa de piedra, Hunt rezongó:

—Este lugar me haría creer en fantasmas.

—Yo creo en fantasmas —apunté.

Noche. Despierto tosiendo, siento la humedad en el pecho desnudo, oigo que Hunt manotea la vela. A la luz, veo sangre sobre mi piel, salpicaduras en las sábanas.

—Por Dios —resuella el horrorizado Hunt—. ¿Qué es? ¿Qué está pasando?

—Hemorragia —logro articular después del primer ataque de tos, que me deja más débil y más manchado de sangre. Trato de levantarme, me desplomo en la almohada y señalo la bacía de agua y la toalla de la mesilla de noche.

—Demonios —masculla Hunt, buscando mi comlog para obtener una lectura médica. No hay comlog. Había tirado el inútil instrumento mientras caminábamos.

Hunt se quita su comlog, ajusta el monitor y me lo sujeta a la muñeca. Las lecturas no significan nada para él, salvo que es una emergencia y necesito asistencia médica inmediata. Como la mayoría de la gente de su generación, Hunt no ha visto la enfermedad ni la muerte, un asunto profesional que se resuelve fuera de la vista de los legos.

—No importa —susurro. La tos se ha calmado, pero la debilidad me aplasta como una manta de piedra. Señalo de nuevo la toalla. Hunt la humedece, me lava la sangre del pecho y los brazos, me ayuda a sentarme en la única silla mientras aparta las sábanas y las mantas salpicadas.

—¿Sabe usted qué ocurre? —pregunta con preocupación.

—Sí. —Trato de sonreír—. Precisión. Verosimilitud. La ontogenia recapitulando la filogenia.

—Sea claro —rezonga Hunt, llevándome de vuelta a la cama—. ¿Qué ha causado la hemorragia? ¿En qué puedo ayudar?

—Un vaso de agua, por favor. —Bebo, y siento la quemazón en el pecho y la garganta, pero logro evitar otro ataque de tos. Mi vientre está en llamas.

—¿Qué ocurre? —insiste Hunt.

Hablo despacio, articulando cada palabra como si apoyara los pies en un terreno minado. La tos no vuelve.

—Es una enfermedad llamada tisis —digo—. Tuberculosis. En una etapa terminal, a juzgar por la seriedad de la hemorragia.

La cara perruna de Hunt está pálida.

—Dios santo, Severn. Nunca había oído hablar de la tuberculosis. —Alza la muñeca para consultar la memoria del comlog, pero la

muñeca está desnuda.

Le devuelvo el instrumento.

—Hace siglos que la tuberculosis no existe. Se ha curado. Pero John Keats la padecía. Fue la causa de su muerte. Y este cuerpo cíbrido pertenece a Keats.

Hunt parece dispuesto a correr en busca de ayuda.

—¡Sin duda el Núcleo nos permitirá regresar ahora! ¡No pueden retenerle en un mundo donde no hay asistencia médica!

Apoyé la cabeza en las blandas almohadas y siento el plumón bajo las puntas ásperas.

—Quizá me retengan aquí precisamente por eso. Veremos mañana, al llegar a Roma.

—¡Pero usted no puede viajar! No iremos a ninguna parte por la mañana.

—Veremos —replico, cerrando los ojos—. Veremos.

Por la mañana una *vettura*, un carruaje pequeño, espera frente a la posada. El animal es una yegua gris y gira los ojos cuando nos acercamos. El aliento de la yegua flota en el aire helado de la mañana.

—¿Sabe usted qué es eso? —pregunta Hunt.

—Un caballo hembra.

Hunt le toca el flanco, quizá temiendo que la yegua desaparezca como una pompa de jabón.

No desaparece. Hunt aparta la mano cuando la yegua agita la cola.

—Los caballos están extinguidos —observa—. Nunca los ARNizaron para recuperarlos.

—Éste parece bastante real —señalo mientras trepo al carruaje y me siento en el estrecho asiento.

Hunt se acomoda con recelo. Los largos dedos le tiemblan de ansiedad.

—¿Quién conduce? —pregunta—. ¿Dónde están los controles?

No hay riendas y el pescante está vacío.

—Veamos si la yegua conoce el camino —sugiero, y en ese instante comenzamos a avanzar al paso. El carruaje sin resortes salta en las piedras y surcos de la tosca carretera.

—Esto es una broma, ¿verdad? —pregunta Hunt, mirando el inmaculado cielo azul y los campos distantes.

Toso con moderación en un pañuelo que confeccioné con una toalla de la posada.

—Tal vez —digo—. Pero ¿qué cosa no lo es?

Hunt ignora mi sarcasmo y continuamos viaje a bandazos, con destino a alguna parte, al encuentro de nuestro azar.

—¿Dónde están Hunt y Severn? —preguntó Meina Gladstone.

Sedeptra Akasi, una joven negra que era la segunda ayudante de Gladstone, le habló al oído para no interrumpir el informe militar.

—Aún no hay noticias, Ejecutiva.

—Es imposible. Severn tenía un rastreador y Leigh fue a Pacem hace casi una hora. ¿Dónde demonios deben de estar?

Akasi consultó la agencia electrónica.

—Seguridad no los encuentra. La policía de tránsito no los localiza. La unidad de teleyección sólo registró que teclearon el código de TC^2 y cruzaron, pero no llegaron.

—Eso es imposible.

—Sí. Ejecutiva.

—Quiero hablar con Albedo o algún otro asesor IA en cuanto finalice esta reunión.

—Sí.

Ambas mujeres siguieron escuchando el informe. El Centro Táctico de la Casa de Gobierno estaba conectado con la Sala de Guerra del Centro de Mando Olympus y con una sala del Senado mediante portales de quince metros cuadrados, de modo que los tres espacios formaban una zona de conferencias vasta y asimétrica.

Los holos de la Sala de Guerra se elevaban en el espacio de proyección, y columnas de datos flotaban contra las paredes.

—Faltan cuatro minutos para la incursión cislunar —anunció el almirante Singh.

—Sus armas de largo alcance pudieron abrir fuego sobre Puertas del Cielo hace tiempo —señaló el general Morpurgo—. Parecen estar demostrando cierta contención.

—No demostraron demasiada contención con nuestras naves-antorcha —objetó Garion Persov, de Diplomacia. El grupo se había reunido una hora antes, cuando el enjambre destruyó sumariamente la incursión de una flota de varias naves-antorcha reunidas con precipitación. Los sensores de largo alcance proyectaron una fugaz imagen de ese enjambre, un cúmulo de ascuas con cabelleras de fusión, y luego las naves y los remotos dejaron de transmitir. Eran muchas, muchas ascuas.

—Eran naves de guerra —dijo el general Morpurgo—. Hace horas que transmitimos que Puertas del Cielo es ahora un planeta abierto. Hay esperanzas de que muestren contención.

Los rodeaban imágenes holográficas de Puertas del Cielo: las tranquilas calles de Ciudad Lodazal, tomas aéreas de la costa, tomas orbitales de aquel mundo pardusco con su constante capa de nubes, imágenes cislunares del barroco dodecaedro de la esfera de singularidad que conectaba todos los teleyectores, y tomas telescópicas, ultravioletas y de rayos X del enjambre que avanzaba a menos de una unidad astronómica. Ahora las ascuas eran mucho mayores. Gladstone observó las estelas de fusión de las naves éxter, la mole de sus granjas asteroidales y mundos-burbuja protegidos por campos de contención, los casi inhumanos complejos urbanos de gravedad cero. *¿Y si me equivoco?*, pensó.

Las vidas de miles de millones dependían de su convicción de que los éxters no destruirían los mundos de la Hegemonía por mera crueldad.

—Dos minutos para la incursión —recitó Singh con su monótona voz de soldado profesional.

—Almirante —dijo Gladstone—, ¿es absolutamente necesario destruir la esfera de singularidad en cuanto los éxters hayan penetrado en nuestro *cordon sanitaire*? ¿No podemos esperar varios minutos para juzgar sus intenciones?

—No, FEM —respondió el almirante—. El enlace teleyector se debe destruir en cuanto estén dentro del alcance de un asalto rápido.

—Pero si las naves-antorcha restantes no lo hacen, almirante, aún tenemos los enlaces del sistema, los relés ultralínea y los artefactos de tiempo, ¿verdad?

—Sí, Ejecutiva, pero debemos asegurarnos de que toda capacidad de teleyección sea eliminada antes que los éxters dominen el sistema. No podemos poner en jaque este escaso margen de seguridad.

Gladstone asintió. Entendía la necesidad de prudencia absoluta. *Ojalá tuviera más tiempo*.

—Quince segundos para la incursión y la destrucción de la singularidad —informó Singh—. Diez… siete…

De pronto todos los holos de los controles cislunares y de las naves-antorcha resplandecieron con un fulgor violáceo, rojo y blanco.

Gladstone se inclinó hacia delante.

—¿Eso ha sido el estallido de la esfera de singularidad?

Los militares cuchichearon, pidieron más datos, sintonizaron holos y pantallas.

—No, FEM —respondió Morpurgo—. Las naves sufren un ataque. Lo que usted ve es la recarga de sus campos defensivos. El… eh… allí…

Una imagen central, quizá tomada desde una nave orbital, mostró una ampliación de la esfera de singularidad. Los treinta mil metros cuadrados de superficie del dodecaedro aún estaban intactos, aún brillaban bajo la cruda luz del sol de Puertas del Cielo. De pronto el fulgor aumentó, el lado más próximo de la estructura se volvió incandescente y se hundió en sí mismo, y menos de tres

segundos después la esfera se expandió cuando la singularidad allí apresada escapó, devorándose a sí misma y engullendo todo lo que estuviera en un radio de seiscientos kilómetros.

La mayoría de las proyecciones visuales y muchas columnas de datos se esfumaron.

—Todas las conexiones teleyectoras eliminadas —anunció Singh —. Los datos del sistema ahora llegan sólo por transmisor ultralínea.

Los militares soltaron un bufido de aprobación y alivio, y los senadores y asesores políticos suspiraron y giraron. Puertas del Cielo acababa de ser amputado de la Red. Era la primera vez en cuatro siglos que la Hegemonía perdía un mundo.

Gladstone se volvió hacia Sedeptra Akasi.

—¿Cuánto dura ahora el viaje entre Puertas del Cielo y la Red?

—Con impulsión Hawking, siete meses de a bordo —respondió la asistente sin necesidad de consultar el comlog—. Más de nueve años de deuda temporal.

Gladstone asintió. Puertas del Cielo estaba ahora a nueve años de distancia del mundo más próximo de la Red.

—Allá van nuestras naves-antorcha —canturreó Singh. La imagen estaba tomada desde una de las naves orbitales, retransmitida en las vistas saltonas y chillonas de los mensajes ultralínea procesados por ordenador en rápida progresión. Las imágenes eran mosaicos visuales, pero evocaban las primeras películas mudas del alba de la Era de los Medios de comunicación. Pero esto no era una comedia de Charlie Chaplin. Dos, cinco, ocho estallidos de luz brillante florecieron contra el campo estelar, por encima del limbo del planeta.

—Han cesado las transmisiones de las naves *Niki Weimarr, Terrapin, Comet y Andrew Paul* —informó Singh.

Barbre Dan-Gyddis alzó una mano.

—¿Y las otras cuatro naves, almirante?

—Sólo las cuatro mencionadas tenían comunicación ultralumínica. Las naves orbitales confirman que las comunicaciones de radio, máser y banda ancha de las otras naves también han cesado. Los datos visuales… —Singh calló y señaló la imagen enviada por la nave

retransmisora automática: ocho círculos de luz que se expandían y esfumaban, un campo estelar entrecruzado por estelas de fusión y nuevas luces. De pronto esa imagen también se desvaneció.

—Todos los sensores orbitales y relés ultralínea eliminados —anunció el general Morpurgo. La negrura fue reemplazada por imágenes de las calles de Puertas del Cielo, con sus típicas nubes bajas. Las naves aéreas añadieron tomas por encima de las nubes: un cielo convulsionado por estrellas móviles.

—Todos los informes confirman la destrucción total de la esfera de singularidad —dijo Singh—. Las unidades de vanguardia del enjambre ingresan ahora en la órbita alta de Puertas del Cielo.

—¿Cuántas personas han quedado allí? —preguntó Gladstone con ansiedad, los codos sobre la mesa, las manos entrelazadas.

—Ochenta y seis mil setecientas ochenta y nueve —respondió Imoto, ministro de Defensa.

—Sin contar los doce mil marines que teleyectamos en las últimas dos horas —añadió el general Van Zeidt. Imoto asintió.

Gladstone les agradeció la información y volvió a mirar los holos. Las columnas de datos y los extractos de las agendas electrónicas, comlogs y paneles enumeraban todo —cantidad de naves éxter en el sistema, número y tipo de naves en órbita, proyección de órbitas de frenado y curvas de tiempo, análisis de energía e interceptación de bandas de comunicaciones—, pero Gladstone y los demás observaban las imágenes ultralínea, relativamente irrelevantes y estables, tomadas desde aviones y cámaras de superficie: estrellas, nubes, calles, la vista de Ciudad Lodazal —donde Gladstone había estado sólo doce horas antes— desde la estación atmosférica. Allí era de noche. Helechos gigantes ondeaban en las brisas silenciosas que soplaban desde la bahía.

—Creo que negociarán —estaba diciendo la senadora Richeau—. Primero nos presentarán este hecho consumado, nueve mundos asolados, luego negociarán con todas sus fuerzas por un nuevo equilibrio de poder.

Es decir, aunque ambas oleadas invasoras tuvieran éxito, serían sólo veinticinco mundos de casi doscientos que hay en la Red y el Protectorado.

—Sí —admitió Persov, jefe de Diplomacia—, pero no olvide, senadora, que eso incluye algunos de los mundos de mayor importancia estratégica, como éste. TC^2 está sólo doscientas treinta y cinco horas después de Puertas del Cielo en el plan éxter.

La senadora Richeau lo miró despectivamente.

—Lo sé muy bien —replicó con voz glacial—. Simplemente aclaro que los éxters no pueden aspirar a una conquista total. Sería una locura. Y FUERZA no permitirá que la segunda oleada penetre a tanta profundidad. Sin duda esta invasión es sólo el preludio de una negociación.

—Quizá —convino el senador Roanquist de Nordholm—, pero tal negociación dependería necesariamente de…

—Esperen —lo interrumpió Gladstone.

Las columnas de datos ahora mostraban más de cien naves éxter en órbita de Puertas del Cielo. Los efectivos terrestres de FUERZA tenían órdenes de no abrir fuego a menos que les disparasen, y no había actividad visible en la treintena de imágenes que llegaban por ultralínea a la Sala de Guerra. De pronto el techo de nubes de Ciudad Lodazal brilló como si hubieran encendido reflectores gigantes. Una docena de anchos haces de luz coherente lancearon la bahía y la ciudad, lo cual aumentaba la ilusión de que había reflectores. Era como si hubiera erigido gigantescas columnas blancas entre el suelo y el techo de nubes.

Esa ilusión se esfumó de golpe cuando un torbellino de llamas y destrucción hizo erupción en la base de cada una de esas columnas de luz de cien metros de anchura. El agua de la bahía hirvió, enturbiando las cámaras más cercanas con enormes géiseres de vapor. La vista desde las alturas mostraba tradicionales edificios que estallaban en llamas, haciendo implosión como si un tornado se desplazara entre ellos. Los célebres jardines y paseos llamearon, explotaron y volaron en esquirlas como si los atravesara un arado

invisible. Helechos de dos siglos de antigüedad se arquearon como arrasados por un huracán, cayeron envueltos en llamas y desaparecieron.

—Haces láser de una nave-antorcha clase Bowers —explicó el almirante Singh—. O su equivalente éxter.

Las columnas de luz incendiaban la ciudad hasta transformarla en escombros y luego la asolaban de nuevo. Esas imágenes ultralínea no tenían canales de audio, pero Gladstone creía oír gritos.

Una por una, las cámaras de tierra dejaron de operar. La vista desde la estación atmosférica generadora desapareció en un relámpago blanco. Las cámaras aéreas ya habían desaparecido. La imagen terrestre de un complejo de defensa aérea de los marines de FUERZA, al norte del Canal Interciudad, desapareció con un tremendo estallido carmesí que obligó a todos a protegerse los ojos.

—Explosión de plasma —explicó Van Zeidt—. Pocos megatones.

De pronto todas las imágenes cesaron. El flujo de datos terminó. Las luces de la sala se encendieron para compensar una oscuridad tan repentina que quitaba el aliento.

—El transmisor ultralínea primario está fuera de servicio —anunció el general Morpurgo—. Estaba en la base principal de FUERZA, cerca de Puerta Alta. Sepultado bajo nuestro campo de contención más fuerte, cincuenta metros de roca y diez metros de aleación de filamentos.

—¿Explosivos nucleares? —preguntó Barbre Dan-Gyddis.

—Por lo menos —asintió Morpurgo.

El senador Kolchev se levantó. Su mole lusiana irradiaba una fuerza osuna.

—De acuerdo. No se trata de un pretexto para negociar. Los éxters acaban de reducir un mundo de la Red a cenizas. Se trata de una guerra a muerte, sin cuartel. La supervivencia de la civilización está en juego. ¿Qué hacemos ahora?

Todos los ojos se volvieron hacia Meina Gladstone.

El cónsul arrastró al aturdido Theo Lane desde las ruinas del deslizador y lo llevó en brazos cincuenta metros antes de derrumbarse en la hierba, bajo los árboles de las orillas del Hoolie. El deslizador no ardía, pero estaba deshecho contra la pared de piedra que había tumbado al frenar. Fragmentos de metal y polímeros de cerámica yacían desperdigados en la orilla del río y la avenida abandonada.

La ciudad ardía. El humo impedía ver la otra margen del río y varias piras se elevaban en esa parte de Jacktown, la ciudad vieja: gruesas columnas de humo negro se elevaban hacia el techo de nubes. Los láseres de combate y las estelas de los misiles continuaban atravesando la bruma, a veces estallando contra las naves de asalto, paracaídas y burbujas de suspensión que caían a través de las nubes como barcias volando sobre un campo recién segado.

—Theo, ¿estás bien?

El gobernador general asintió y trató de calarse las gafas sobre la nariz. Quedó desconcertado al advertir que ya no tenía gafas. La sangre le manchaba la frente y los brazos.

—Me he dado un golpe en la cabeza —farfulló.

—Necesitamos usar tu comlog —dijo el cónsul—. Llamar a alguien para que nos recoja.

Theo asintió, alzó el brazo, frunció el ceño.

—No está —murmuró—. El comlog no está. Tengo que mirar en el deslizador. —Trató de levantarse.

El cónsul lo obligó a recostarse. Allí estaban al amparo de unos árboles ornamentales, pero el deslizador estaba expuesto y su descenso era un secreto a voces. El cónsul había visto efectivos blindados avanzando por una calle adyacente mientras el deslizador se preparaba para el aterrizaje forzoso. Podían ser de la Fuerza de Autodefensa, éxters o marines de la Hegemonía, pero el cónsul

sospechaba que en cualquier caso dispararían primero y preguntarían después.

—No importa —rebatió—. Llegaremos a un teléfono. Llamaremos al consulado. —Miró alrededor, identificó la zona de depósitos y edificios de piedra donde se habían estrellado. Cientos de metros río arriba había una catedral abandonada. La destartalada casa capitular daba sobre la orilla.

—Sé dónde estamos —anunció el cónsul—. A un par de manzanas de Cícero. Vamos. —Se apoyó el brazo de Theo en los hombros, alzando al hombre herido.

—Cícero, bien —murmuró Theo—. Necesito un trago.

En la calle del sur resonó el tableteo de un arma de dardos y el siseo de armas energéticas. El cónsul, con Theo a cuestas, caminó trastabillando por el estrecho callejón.

—Mierda —susurró el cónsul.

Cícero estaba en llamas. Tres de los cuatro edificios de la vieja posada —tan antigua como Jacktown y mucho más vieja que la mayor parte de la capital— ardían y sólo un resuelto grupo de clientes intentaba salvar la última sección a baldazos.

—Veo a Stan —dijo el cónsul, señalando al corpulento Stan Leweski, quien encabezaba a los improvisados bomberos. El cónsul ayudó a Theo a sentarse bajo un olmo de la acera—. ¿Cómo tienes la cabeza?

—Me duele.

—Regresaré con ayuda —prometió el cónsul y se marchó deprisa hacia los hombres.

Stan Leweski observó al cónsul como si éste fuera un fantasma. Tenía la cara manchada de hollín y empapada de lágrimas, ojos grandes y desconcertados. Cícero había pertenecido a su familia durante seis generaciones. Ahora lloviznaba y el fuego parecía controlado. Los hombres gritaron cuando algunos tablones de las secciones incendiadas se derrumbaron en los rescoldos del subsuelo.

—Por Dios, ha desaparecido —se lamentó Leweski—. ¿Ve usted? La parte que añadió el abuelo Jiri ha desaparecido.

El cónsul aferró los hombros de Leweski.

—Stan, necesitamos ayuda. Theo está allá. Herido. Nuestro deslizador se ha estrellado. Tenemos que llegar al puerto espacial, usar el teléfono. Es una emergencia, Stan.

Leweski meneó la cabeza.

—El teléfono no funciona. Las bandas de comlog son un caos. Es una maldita guerra. —Señaló las secciones incendiadas de la vieja taberna—. Han desaparecido, demonios. Han desaparecido.

El cónsul fue presa de la frustración. Había otros hombres en las cercanías, pero no reconocía a nadie. No había autoridades de FUERZA ni la FA a la vista. De pronto una voz dijo a sus espaldas.

—Yo puedo ayudar. Tengo un deslizador.

Al volverse, el cónsul vio a un hombre cincuentón. El hollín y el sudor le cubrían la cara y le manchaban el cabello ondulado.

—Magnífico —exclamó el cónsul—. Lo agradecería. —Hizo una pausa—. ¿Le conozco?

—Doctor Melio Arúndez —se presentó el hombre y acto seguido echó a andar hacia el camino donde descansaba Theo.

—Arúndez —repitió el cónsul, quien se apresuró para alcanzarlo. El nombre le sonaba. ¿Algún conocido? ¿Alguien que debía conocer? —. ¡Cielos, Arúndez! —exclamó—. Usted era amigo de Rachel Weintraub cuando vino aquí hace décadas.

—Su asesor universitario —precisó Arúndez—. Le conozco a usted. Usted fue en peregrinación con Sol. —Se detuvieron frente a Theo, que aún se aferraba la cabeza entre las manos—. Mi deslizador está por allá.

El cónsul vio un Vikken Zephyr de dos plazas aparcado bajo los árboles.

—Perfecto. Llevaremos a Theo al hospital. Luego debo ir de inmediato al puerto espacial.

—El hospital está atestado y es un manicomio. Si intenta llegar a su nave, sugiero que se lleve al gobernador general y use el

quirófano de a bordo.

El cónsul titubeó.

—¿Cómo ha sabido que yo tenía una nave allí?

Arúndez abrió las puertas y ayudó a Theo a subir al banco estrecho que había detrás de los asientos traseros.

—Lo sé todo acerca de usted y los demás peregrinos, señor cónsul. Hace meses que trato de obtener una autorización para ir al Valle de las Tumbas de Tiempo. Sentí una gran frustración cuando supe que la barca de ustedes había zarpado en secreto, con Sol a bordo. —Arúndez cobró aliento y formuló una pregunta con evidente temor—. ¿Rachel aún vive?

Él fue su amante cuando ella era una mujer adulta, pensó el cónsul.

—No lo sé —respondió—. Estoy tratando de regresar a tiempo para ayudarla, si es posible.

Melio Arúndez asintió y se acomodó en el asiento del conductor, tras lo cual indicó al cónsul que subiera.

—Intentaremos llegar al puerto espacial. No será fácil en medio del combate.

El agotado cónsul se acomodó, se palpó los cortes y magulladuras, y el asiento cerró las correas de seguridad.

—Tenemos que llevar al gobernador general al consulado, Casa de gobierno o como demonios se llame ahora.

Arúndez sacudió la cabeza y conectó los impulsores.

—Imposible. Un misil desviado hizo trizas el consulado, según el canal informativo de emergencia. Todos los funcionarios de la Hegemonía se trasladaron al puerto espacial para ser evacuados, ya antes de que su amigo fuera en busca de usted.

El cónsul miró al aturdido Theo Lane.

—Vamos —le murmuró a Arúndez.

El deslizador recibió fuego de armas cortas cuando cruzaron el río, pero los dardos se limitaron a repiquetear en el casco y el único haz energético que les lanzaron pasó muy por debajo, provocando un chorro de vapor de diez metros de altura. Arúndez conducía

como un loco, abajo, arriba, al costado, haciendo rotar el deslizador sobre el eje como una bandeja sobre un mar de canicas. Las correas del asiento aferraban al cónsul, quien aún así sentía un nudo en la garganta. Theo cabeceó en el asiento trasero y perdió el conocimiento.

—¡El centro es un caos! —gritó Arúndez por encima del rugido del motor—. Seguiré el antiguo viaducto hasta la autopista del puerto espacial y luego avanzaré a campo traviesa, manteniéndome a baja altura. —Sortearon una estructura ardiente que el cónsul reconoció tardíamente como su viejo edificio de apartamentos.

—¿Está abierta la autopista?

Arúndez meneó la cabeza.

—Nunca lo lograríamos. Han descendido paracaidistas durante la última media hora.

—¿Los éxters intentan destruir la ciudad?

—No. Lo habrían hecho desde la órbita. Parecen interesados en la capital. La mayoría de las naves de descenso y los paracaidistas aterrizan por lo menos en diez kilómetros a la redonda.

—¿Los que resisten son de nuestra FA?

Arúndez rió, mostrando dientes blancos contra la tez bronceada.

—A estas alturas, la FA ha huido a Endimión y Puerto Romance, aunque los últimos informes, antes que las líneas dejaran de funcionar, indicaban que esas ciudades también recibían ataques. No, la escasa resistencia que usted ve son los pocos marines de FUERZA que han quedado para proteger la ciudad y el puerto espacial.

—¿De manera que los éxters no han destruido ni capturado el puerto espacial?

—Todavía no. No hasta hace varios minutos, al menos. Lo veremos pronto. ¡Sujétese!

El viaje de diez kilómetros hasta el aeropuerto, por la autopista o las rutas aéreas que la sobrevolaban, llevaba varios minutos, pero el curso que seguía Arúndez, por cerros, valles y arboledas, volvía más largo y excitante el trayecto. El cónsul observó las laderas y los

barrios de los refugiados en llamas. Hombres y mujeres se agazapaban contra las rocas y bajo los árboles, cubriéndose la cabeza cuando pasaba el deslizador. Una vez el cónsul distinguió una escuadra de marines atrincherada en una loma, pero ellos se concentraban en un cerro del norte, desde donde disparaban una panoplia de fuego láser. Arúndez descubrió a los marines al mismo tiempo y viró a la izquierda, zambulléndose en un estrecho collado momentos antes de que tijeras invisibles talaran los árboles del risco.

Al fin sobrevolaron un último cerro y divisaron las puertas y cercas occidentales del puerto espacial. El fulgor azul y violeta de los campos de contención e interdicción marcaba el perímetro, y aún estaban a un kilómetro cuando un láser de banda estrecha titiló, los encontró y una voz dijo por radio:

—Deslizador no identificado, aterrice de inmediato o será destruido.

Arúndez aterrizó.

A diez metros, la arboleda parecía vibrar, y de pronto estuvieron rodeados por espectros en polímeros camaleónicos activados. Arúndez abrió las ampollas del deslizador y vio que les apuntaban con rifles de asalto.

—Aléjese de la máquina —ordenó una voz hueca desde detrás de la vibración del camuflaje.

—Llevamos al gobernador general —anunció el cónsul—. Tenemos que entrar.

—No me diga —rugió una voz con claro acento de la Red—. ¡Fuera!

El cónsul y Arúndez se aflojaron las correas e iban a descender cuando una voz rezongó desde el asiento trasero.

—Teniente Mueller, ¿es usted?

—Sí, señor.

—¿Me reconoce, teniente?

La vibración del camuflaje se despolarizó y un joven marine con armadura de combate apareció a un metro del deslizador. El rostro

era sólo un visor negro, pero la voz parecía joven.

—Sí, señor gobernador. Lo lamento. No le había reconocido sin las gafas. Le han herido, señor.

—Ya sé que me han herido, teniente. Por eso estos caballeros me han acompañado hasta aquí. ¿No reconoce al ex cónsul de la Hegemonía en Hyperion?

—Lo lamento, señor —dijo el teniente, quien ordenó a sus hombres que regresaran a la arboleda—. No hay acceso a la base.

—Desde luego que no hay acceso —masculló Theo entre dientes —. Yo confirmé esa orden. Pero también autoricé la evacuación de todo el personal superior de la Hegemonía. Usted permitió el paso de esos deslizadores, ¿verdad, teniente Mueller?

Una mano blindada se alzó como para rascar la cabeza con casco y visor.

—Eh… sí, señor. Afirmativo. Pero eso fue hace una hora, señor. Las naves de evacuación han partido y…

—Por amor de Dios, Mueller, llame por el canal táctico y pida autorización al coronel Gerasimov para que nos deje pasar.

—El coronel ha muerto, señor. Hubo un ataque contra el perímetro este y…

—El capitán Lewellyn, pues —replicó Theo. Se tambaleó y se aferró al respaldo del asiento del cónsul. Tenía la cara muy blanca bajo la mancha de sangre.

—Pues… los canales tácticos no funcionan, señor. Los éxters están interfiriendo la banda ancha con…

—Teniente —rugió Theo en un tono que el cónsul no le conocía —, usted me ha identificado visualmente y han inspeccionado mi implante de identificación. Ahora permítanos entrar o dispárenos.

El marine miró hacia la arboleda como preguntándose si debía ordenar a sus hombres que abrieran fuego.

—Todas las naves de descenso se han ido, señor. No bajará ninguna más.

Theo asintió. La sangre seca le embadurnaba la frente, pero un nuevo hilillo le brotaba de la coronilla.

—La nave confiscada está todavía en el Foso Nueve, ¿verdad?

—Sí, señor —respondió Mueller, cuadrándose al fin—. Pero es una nave civil y nunca podría llegar al espacio con los éxters…

Theo le ordenó silencio e indicó a Arúndez que enfilara hacia el perímetro. El cónsul miró hacia delante, pensando en las cercas de muerte, campos de interdicción, campos de contención y minas de presión que el deslizador encontraría diez segundos después. El teniente marine hizo una seña y una abertura titiló en los campos de energía. Nadie disparó. Pronto cruzaban la pista del puerto espacial. Una estructura grande ardía en el perímetro norte. A la izquierda había un apiñamiento de transportes y módulos de FUERZA reducidos a un charco de plástico burbujeante.

Había gente allí, pensó el cónsul, y una vez más tuvo que luchar contra la náusea.

El Foso Siete estaba destruido, y las paredes circulares de carbono-carbono reforzado de diez centímetros habían saltado por los aires como si fueran de cartón. El Foso Ocho aún ardía con esa incandescencia blanca que sugería granadas de plasma. El Foso Nueve estaba intacto, y la proa de la nave del cónsul asomaba apenas a través del resplandor de un campo de contención clase tres.

—¿Han levantado la interdicción? —preguntó el cónsul.

Theo se apoyó en el asiento acolchado.

—Sí —respondió con voz gangosa—. Gladstone autorizó el retiro del campo de restricción. Ése es sólo el campo protector habitual. Puede anularlo con una orden.

Arúndez posó el deslizador en la pista justo cuando las luces de advertencia se ponían rojas y voces sintéticas empezaban a describir disfunciones.

Ayudaron a Theo a descender y examinaron la popa del deslizador.

Una andanada de dardos había trazado una línea de boquetes en la cubierta del motor y la cabina del impulsor. La sobrecarga había derretido parte del capó.

Melio Arúndez acarició la máquina por última vez y ambos hombres ayudaron a Theo a atravesar la puerta del foso y a subir por el umbilical de amarre.

—Por Dios —exclamó el doctor Melio Arúndez—, es una belleza. Nunca había estado en una nave interestelar privada.

—Sólo existe una docena —señaló el cónsul, calzando la máscara osmótica en la boca y la nariz de Theo y acomodando al pelirrojo en el tanque de emergencia del quirófano—. Aunque es pequeña, costó cientos de millones de marcos. Para las empresas y los gobiernos planetarios del Afuera no es económicamente rentable usar naves militares en las pocas ocasiones en que necesitan viajar entre las estrellas. —El cónsul cerró el tanque y conversó brevemente con el programa de diagnóstico—. Estará bien —dijo al fin, y regresó al holofoso.

Melio Arúndez se detuvo a admirar el antiguo Steinway y acarició la superficie pulida del piano de cola. Miró por la sección transparente del casco, por encima del balcón plegado.

—Veo fuegos cerca de la puerta principal. Será mejor que nos larguemos.

—Eso intento —replicó el cónsul e indicó a Arúndez que fuera hacia el sofá circular que bordeaba el foso de proyección.

El arqueólogo se repantigó en los mullidos cojines y miró alrededor.

—¿No hay controles?

El cónsul sonrió.

—¿Un puente? ¿Instrumentos de cabina? ¿Tal vez un timón? Pues no. ¿Nave?

—Sí —respondió una voz suave.

—¿Estamos preparados para despegar?

—Sí.

—¿Han retirado ese campo de contención?

—Ese campo era nuestro. Lo he retirado.

—De acuerdo, larguémonos de aquí. No tengo que aclararte que estamos en plena guerra, ¿verdad?

—No, he estado monitorizando los acontecimientos. Las últimas naves de FUERZA intentan abandonar el sistema de Hyperion. Estos marines están aislados y…

—Ahorra los análisis tácticos para después, nave —dijo el cónsul —. Fija nuestro curso hacia el Valle de las Tumbas de Tiempo y sácanos de aquí.

—Sí, señor —respondió la nave—. Sólo señalaba que las fuerzas que defienden este puerto espacial tendrán pocas oportunidades de resistir más de una hora.

—Comprendido. Ahora despega.

—Se me requiere que comparta primero esta transmisión ultralínea. El mensaje llegó a las 1622:38:14 estándar, esta tarde.

—¡Un momento! —exclamó el cónsul, deteniendo la formación de la imagen holográfica. Media cara de Meina Gladstone flotaba sobre ellos—. ¿Se te requiere que muestres esto antes de partir? ¿A quién obedeces, nave?

—A la FEM Gladstone, señor. La Ejecutiva Máxima impuso una orden prioritaria en todas las funciones de la nave hace cinco días. El mensaje ultralínea es la última orden antes de…

—Por eso no respondías a mis órdenes por control remoto — murmuró el cónsul.

—Sí —dijo la nave en tono coloquial—. Iba a decir que mostrar esta transmisión es la última orden antes de devolverle el mando a usted.

—¿Y entonces harás lo que yo diga?

—Sí.

—¿Nos llevarás adónde yo diga?

—Sí.

—¿No hay anulaciones ocultas?

—Que yo sepa, no.

—Reproduce el mensaje.

El semblante anguloso de Meina Gladstone flotó en el centro del foso de proyección con los temblores y sacudidas típicas de la transmisión ultralínea.

—Me complace que hayas sobrevivido a tu visita a las Tumbas de Tiempo —dijo—. Pero ahora te pido que negocies con los éxters *antes* de regresar al valle.

El cónsul se cruzó de brazos y miró con furia a Gladstone. En el exterior se ponía el sol. Faltaban pocos minutos para que Rachel Weintraub llegara al momento exacto de su nacimiento y dejara de existir.

—Comprendo que te urge regresar y ayudar a tus amigos —prosiguió Gladstone—, pero en este momento no puedes hacer nada para ayudar a la niña… los expertos de la Red nos aseguran que ni el sueño ni la fuga criogénica pueden detener el mal de Merlín. Sol lo sabe.

—Es verdad —comentó Arúndez—. Han experimentado durante años. Ella moriría en estado de fuga.

—… puedes ayudar a los miles de millones de personas de la Red a quienes, según creo, traicionaste —continuó Gladstone.

El cónsul se apoyó los codos en las rodillas y la barbilla en los puños. El corazón le latía con fuerza.

—Sabía que abrirías las Tumbas de Tiempo —dijo Gladstone, cuyos ojos tristes y castaños parecían mirar directamente al cónsul —. Los analistas del Núcleo mostraron que tu lealtad a Alianza-Maui y a la memoria de la rebelión de tus abuelos superaría los demás factores. Era hora de abrir las tumbas y sólo tú podías activar el artefacto antes de que los éxters se decidieran a hacerlo.

—Ya he oído suficiente —espetó el cónsul, quien se levantó y dio la espalda a la proyección—. Cancela el mensaje —ordenó a la nave, aunque sabía que no obedecería.

Melio Arúndez atravesó la proyección y cogió el brazo del cónsul.

—Escúchela. Por favor.

El cónsul meneó la cabeza pero se quedó en el foso, los brazos cruzados.

—Ahora ha sucedido lo peor —continuó Gladstone—. Los éxters han invadido la Red. Están destruyendo Puertas del Cielo. Falta menos de una hora para que invadan Bosquecillo de Dios. Es sumamente necesario que te reúnas con los éxters en el sistema de Hyperion y negocies… usa tu habilidad diplomática para iniciar un diálogo. Los éxters no responden a nuestros mensajes radiados ni de ultralínea, pero les hemos alertado que vas en camino. Creo que confiarán en ti.

El cónsul lanzó un gemido, avanzó hacia el piano, asestó un puñetazo a la tapa.

—Tenemos minutos, no horas, cónsul —añadió Gladstone—. Te pido que vayas primero a reunirte con los éxters del sistema de Hyperion y luego intentes regresar al Valle de las Tumbas de Tiempo. Conoces mejor que yo el resultado de las guerras. Millones morirán innecesariamente si no hallamos un modo de comunicarnos con los éxters.

»Es tu decisión, pero ten en cuenta las consecuencias si fallamos en este último intento de hallar la verdad y preservar la paz. Te llamaré por ultralínea cuando llegues al enjambre éxter.

La imagen de Gladstone titiló, se enturbió y se esfumó.

—¿Respuesta? —preguntó la nave.

—No. —El cónsul se paseó entre el Steinway y el foso de proyección.

—En casi dos siglos, ninguna nave ni deslizador ha aterrizado cerca del valle con la tripulación intacta —dijo Melio Arúndez—. Ella debe de saber las pocas probabilidades que hay de que usted llegue allí, sobreviva al Alcaudón y luego se reúna con los éxters.

—Las cosas han cambiado —rebatió el cónsul, volviéndose hacia el otro hombre—. Las mareas de tiempo han enloquecido. El Alcaudón va adonde le place. Quizás el fenómeno que impedía el aterrizaje de personas ya no tenga vigencia.

—Y quizá la nave aterrice, pero sin nosotros —señaló Arúndez—. Al igual que tantas otras.

—Demonios —gritó el cónsul—, ¡usted conocía los riesgos cuando quiso acompañarme!

El arqueólogo asintió con calma.

—No estoy hablando de mis riesgos. Estoy dispuesto a correr cualquier peligro para ayudar a Rachel… o para verla de nuevo. Pero la vida de usted puede ser la clave de la supervivencia de la humanidad.

El cónsul agitó los puños y se paseó como una fiera enjaulada.

—¡No es justo! Ya fui el títere de Gladstone. Ella me usó con cinismo y deliberación. Yo maté a cuatro éxters, Arúndez. Les disparé porque tenía que activar su maldito artilugio para abrir las Tumbas. ¿Cree usted que me recibirán con los brazos abiertos?

Los oscuros ojos del arqueólogo escrutaron al cónsul sin parpadear.

—Gladstone cree que ellos parlamentarán con usted.

—Quién sabe lo que harán. Ni lo que cree Gladstone, llegado el caso. La Hegemonía y su relación con los éxters ya no son un problema mío. Con toda franqueza, ojalá una peste los barriera a ambos.

—¿Aunque sufra la humanidad?

—No conozco a la humanidad —declaró el cónsul con voz monocorde—. Conozco a Sol Weintraub. A Rachel. A una mujer herida llamada Brawne Lamia. Y al padre Paul Duré. Y a Fedmahn Kassad. Y a…

La sedosa voz de la nave los envolvió.

—Han despejado el perímetro norte de este puerto espacial. Inicio los procedimientos finales de lanzamiento. Se ruega a los pasajeros que se sienten.

El cónsul se tumbó en el holofoso mientras el campo de contención interno lo presionaba incrementando el diferencial vertical, fijando cada objeto en su sitio y protegiendo a los viajeros mejor que cualquier cinturón de seguridad. Una vez en caída libre, el campo se reduciría pero aún funcionaría como sustituto de la gravedad planetaria.

El aire se nubló encima del holofoso que mostraba el foso de lanzamiento y el puerto espacial, que se empequeñecían velozmente. El horizonte y las distantes colinas temblaban y se ladeaban mientras la nave practicaba maniobras evasivas de 80 g. Algunas armas energéticas les dispararon, pero las columnas de datos indicaban que los campos externos anulaban los escasos efectos. Luego el horizonte retrocedió y se curvó mientras el lapislázuli del cielo se transformaba en la negrura del espacio.

—¿Destino? —preguntó la nave.

El cónsul cerró los ojos. Un gorjeo anunció que Theo Lane podía ser trasladado del tanque de recuperación al quirófano principal.

—¿Cuánto tardaríamos en reunirnos con elementos de la fuerza invasora éxter? —preguntó el cónsul.

—Treinta minutos para el centro del enjambre —respondió la nave.

—¿Y cuánto tardaríamos en estar al alcance de las armas de sus naves de ataque?

—Ya nos están rastreando.

Melio Arúndez tenía el semblante tranquilo, pero apretaba con fuerza el respaldo del diván del holofoso.

—De acuerdo —asintió el cónsul—. Enfila hacia el enjambre. Evita las naves de la Hegemonía. Anuncia en todas las frecuencias que somos una nave diplomática sin armas que desea parlamentar.

—Ese mensaje fue autorizado e instalado por la FEM Gladstone, señor. Ya se está transmitiendo en ultralínea y todas las frecuencias.

—Continúa —ordenó el cónsul. Señaló el comlog de Arúndez—. ¿Ve usted la hora?

—Sí. Faltan seis minutos para el nacimiento de Rachel.

El cónsul se reclinó, cerró los ojos de nuevo.

—Ha hecho usted un largo camino para nada, doctor Arúndez.

El arqueólogo se incorporó, titubeó un instante hasta acostumbrarse a la gravedad simulada y avanzó hacia el piano. Se quedó contemplando el cielo negro y el brillante limbo del planeta por la ventana del balcón.

—Tal vez no —dijo—. Tal vez no.

38

Hoy entramos en la zona pantanosa que reconozco como la Campania, y para celebrarlo sufro otro ataque de tos y al terminar vomito más sangre. Mucha más. El preocupado Leigh Hunt me sostiene los hombros durante el espasmo y me ayuda a limpiarme la ropa con trapos humedecidos en un arroyo cercano.

—¿Qué puedo hacer? —pregunta.

—Coja flores en los campos —jadeo—. Eso hizo Joseph Severn.

Se aleja con furia, sin comprender que incluso en mi estado febril simplemente digo la verdad.

El carruaje y el cansado caballo atraviesan la Campania con más sacudidas que antes. Al caer la tarde dejamos atrás esqueletos de caballos, las ruinas de una vieja posada, la maciza ruina de un viaducto musgoso, postes donde han clavado varillas blancas.

—¿Qué demonios es eso? —pregunta.

—Huesos de bandidos —explico.

Hunt me mira como si mi mente fuera presa de la enfermedad. Tal vez lo sea.

Cuando salimos de las marismas de la Campania descubrimos una mancha roja moviéndose en los campos.

—¿Qué es eso? —pregunta Hunt con ansiedad y esperanza. Sé que espera encontrar gente en cualquier momento y un portal teleyector un instante después.

—Un cardenal —explico—. Está cazando pájaros. —Hunt busca acceso a su inutilizado comlog—. Un cardenal es un pájaro —señala.

Asiento, miro hacia el oeste, pero la mancha roja ha desaparecido.

—También un clérigo —explico—. A fin de cuentas, nos acercamos a Roma.

Hunt frunce el ceño y por milésima vez intenta comunicarse con alguien. La tarde es silenciosa excepto por el rítmico traqueteo de

las ruedas de madera de la *vettura* y el trino de una ave cantora lejana. ¿Un cardenal?

Entramos en Roma cuando el primer rubor del atardecer toca las nubes. El carruaje atraviesa crujiendo la Puerta de Letrán, y pronto encontramos el Coliseo, cubierto de hierba y hogar de miles de palomas, pero mucho más impresionante que los hologramas de la ruina, situado no dentro de los mugrientos confines de una ciudad de postguerra bordeada por arcologias gigantes, sino contrastado con apiñamientos de barracas y campos abiertos allí donde termina la ciudad y comienza la campiña. Distingo el centro de Roma a lo lejos —tejados y ruinas más pequeñas en las legendarias Siete Colinas—, pero aquí domina el Coliseo.

Recorremos las desiertas calles de la Roma del siglo diecinueve de Vieja Tierra mientras cae la tarde y en la luz evanescente las palomas revolotean alrededor de las cúpulas y tejados de la Ciudad Eterna.

—¿Dónde están todos? —susurra el atemorizado Hunt.

—No aquí, pues no los necesitan —digo, con una voz que vibra en las calles como en un desfiladero. Las ruedas giran ahora sobre adoquines, no mucho más lisos que las piedras de la carretera.

—¿Es un simulador de estímulos? —pregunta Hunt.

—Detén el carro —ordeno, y la obediente yegua se detiene. Señalo una piedra grande junto a una alcantarilla—. Déle una patada —le pido a Hunt.

De mal talante, Hunt se apea, se acerca a la piedra y la patea con fuerza. Más palomas vuelan al cielo desde los campanarios y la hiedra, asustadas por los ecos de las maldiciones de Hunt.

—Como el doctor Johnson, ha demostrado la realidad de las cosas —señalo—. No es un simulador ni un sueño. O al menos, no más que el resto de nuestras vidas.

—¿Por qué nos han traído aquí? —pregunta el ayudante de la FEM, mirando al cielo como si los dioses mismos escucharan detrás

de las claras nubes del atardecer—. ¿Qué quieren?

Quieren que yo muera, pienso, comprendiendo la verdad, que provoca el impacto de un puñetazo en el pecho. Respiro entrecortadamente para evitar un ataque de tos mientras la flema hierve y burbujea en mi garganta. *Quieren que yo muera y que Hunt sea testigo*.

La yegua reanuda la marcha, dobla a la derecha en la siguiente calleja y luego de nuevo a la derecha para tomar una ancha avenida poblada de sombras y de los ecos de nuestro avance. Se detiene en la parte superior de una inmensa escalinata.

—Ya estamos aquí —exclamo, bajando trabajosamente del carro. Tengo las piernas rígidas, el pecho dolorido, el trasero dormido. Por mi mente cruza el comienzo de una oda satírica a los deleites del viaje.

Hunt se apea, tan acalambrado como yo, y se detiene ante la enorme escalinata bifurcada. Se cruza de brazos y la observa como si fuera una trampa o una ilusión.

—¿Dónde es *aquí*, Severn?

Señalo la plaza que está al pie de la escalinata.

—La Piazza di Spagna —digo. De pronto resulta extraño que Hunt me llame Severn. Ese nombre ha dejado de pertenecerme en cuanto atravesamos la Puerta de tránsito. Lo que ocurre, en realidad, es que he recuperado mi verdadero nombre.

—Dentro de pocos años —explico—, este sitio será la Escalinata Española. —Echo a andar hacia la derecha. Un repentino mareo me hace tambalear, y Hunt se apresura a cogerme el brazo.

—No puede caminar —observa—. Está demasiado enfermo.

Señalo un moteado y viejo edificio que forma una red en el lado opuesto a la ancha escalinata y frente a la plaza.

—No está lejos, Hunt. He allí nuestro destino.

El ayudante de Gladstone mira con disgusto la estructura.

—¿Y qué hay allí? ¿Para qué detenernos allí? ¿Qué nos espera allí?

No puedo contener una sonrisa ante este uso poco poético de la asonancia.

De pronto imagino que pasamos largas noches en un oscuro edificio y le enseño a enlazar esa técnica con cesura masculina o femenina, o las alegrías de alternar el pie yámbico con el pírrico sin acento, o la autocomplacencia del frecuente espondeo.

Sufro un ataque de tos y no dejo de toser hasta que la sangre me salpica la manga y la camisa.

Hunt me ayuda a bajar la escalera y a cruzar la Piazza, donde la fuente de Bernini, con forma de barco gorgotea y burbujea en el crepúsculo. Siguiendo mis ademanes, Hunt me conduce al pórtico negro y rectangular —la entrada de Piazza di Spagna número 26— y pienso involuntariamente en la *Divina Comedia* de Dante y me parece ver la frase LASCIATE OGNE SPERANZA, VOI CH'INTRATE —«Vosotros que entráis, abandonad toda esperanza»— cincelada sobre el frío dintel.

Sol Weintraub se quedó en la entrada de la Esfinge y agitó el puño, enfurecido contra el universo. Anochecía. Las tumbas abiertas relucían pero su hija no regresaba.

No regresó.

El Alcaudón se la había llevado, había alzado el cuerpo de bebé en la palma de acero y se había internado en el resplandor que detenía a Sol como un ventarrón brillante nacido en las honduras del planeta. Sol avanzó contra el huracán de luz, pero éste le cerró el paso con la firmeza de un campo de contención.

El sol de Hyperion se había puesto y un viento frío soplaba desde los yermos, impulsados desde el desierto por un frente de aire gélido que se deslizaba montaña abajo desde el sur. Un polvo bermejo se arremolinaba en el resplandor deslumbrante de las Tumbas de Tiempo abiertas.

¡Las Tumbas de Tiempo abiertas!

Sol entornó los ojos y miró valle abajo, donde las demás Tumbas relucían como faroles verdes detrás del telón de polvo arremolinado. La luz y las largas sombras salpicaban el valle mientras el último color del ocaso abandonaba las nubes y la noche llegaba con el viento aullante.

Algo se movía en la entrada de la segunda estructura, la Tumba de Jade. Sol bajó la escalinata de la Esfinge, atisbando hacia la entrada donde el Alcaudón había desaparecido con su hija. Dejó atrás las zarpas de la Esfinge y enfiló por el ventoso sendero hacia la Tumba de Jade.

Algo salía despacio de la puerta oval, perfilado por la franja de luz que brotaba de la tumba, pero Sol no logró distinguir si era un ser humano o el Alcaudón. Si era el Alcaudón, lo sacudiría con las manos hasta que le devolviera a su hija o uno de ambos muriese.

No era el Alcaudón.

La silueta era humana. Tropezó, se apoyó en la puerta de la Tumba de Jade, herida o cansada.

Era una mujer joven.

Sol recordó a su hija Rachel, que visitó ese lugar hacía más de medio siglo estándar, la joven arqueóloga, que analizó esos artefactos sin sospechar el destino que aguardaba a Rachel, el mal de Merlín. Sol siempre había imaginado que la enfermedad remitiría, la niña crecería normalmente y recobraría su vida. Pero ¿y si Rachel regresaba como la mujer de veintiséis años que había entrado en la Esfinge?

El pulso le martilleaba en los oídos con tal fuerza que no percibía el rugido del viento. Saludó a la figura oculta en la polvareda.

La joven mujer devolvió el saludo.

Sol corrió otros veinte metros, se detuvo a treinta metros de la tumba.

—¡Rachel! —llamó.

La joven perfilada contra la luz rugiente se alejó de la puerta, se tocó la cara con ambas manos, lanzó un grito que se perdió en el viento, descendió la escalera.

Sol corrió, tropezando con las piedras cuando se apartaba del sendero y avanzaba a tientas por el suelo del valle, ignoró el dolor cuando se golpeó una rodilla contra una roca, halló de nuevo el sendero y corrió hacia la base de la Tumba de Jade. La mujer salía del cono de luz expansiva. Cayó cuando Sol llegaba al pie de la escalera. Sol la abrazó, la depositó suavemente en el suelo mientras la arena le tamborileaba en la espalda y las mareas de tiempo formaban invisibles remolinos de vértigo y *déjà vu*.

—Sol —murmuró ella, alzando una mano hacia la mejilla de Sol —. Es real. He vuelto.

—Sí, Brawne —dijo Sol, tratando de conservar la calma, apartando rizos húmedos de la cara de Brawne Lamia. La abrazó, acomodándole la cabeza, encorvándose para protegerla del viento y la arena—. Tranquila, Brawne —murmuró, guareciéndola, llorando de frustración—. Tranquila, has vuelto.

Meina Gladstone subió la escalera de la vasta Sala de Guerra y salió al pasillo donde largas franjas de Perspex grueso ofrecían un panorama del Mons Olympus hasta la meseta de Tharsis. Allá abajo llovía, y a doce kilómetros de altura en el cielo marciano la tormenta cabalgaba sobre las altas estepas entre relámpagos y cortinas de electricidad estática.

La asistente Sedeptra Akasi salió al pasillo y se le acercó.

—¿Aún no hay novedades acerca de Leigh o Severn? —preguntó Gladstone.

—Ninguna —respondió Akasi. La pálida luz del sol del Sistema Natal y los centelleos de la tormenta bañaban el rostro de la joven negra—. Las autoridades del Núcleo afirman que pudo ser un mal funcionamiento del teleyector.

Gladstone sonrió fríamente.

—Sí. ¿Tú recuerdas algún mal funcionamiento de teleyector en tu vida, Sedeptra? ¿En alguna parte de la Red?

—No, Ejecutiva.

—El Núcleo no se siente obligado a ser sutil. Por lo visto cree que puede secuestrar a quien desee sin dar explicaciones. Considera que lo necesitamos demasiado en nuestra hora extrema. ¿Sabes una cosa, Sedeptra?

—¿Qué?

—Tiene razón. —Gladstone meneó la cabeza y enfiló hacia la Sala de Guerra—. Faltan menos de diez minutos para que los éxters rodeen Bosquecillo de Dios. Bajemos a reunirnos con los demás. ¿Has concertado mi encuentro con el asesor Albedo para después?

—Sí, Meina. No creo… es decir, algunos pensamos que es demasiado arriesgado enfrentarnos a ellos de modo tan directo.

Gladstone se detuvo ante la entrada de la Sala de Guerra.

—¿Por qué? —preguntó, y esta vez la sonrisa era sincera—. ¿Piensas que el Núcleo me hará desaparecer, como a Leigh y Severn?

Akasi titubeó, calló, alzó las palmas.

Gladstone tocó el hombro de la joven.

—En tal caso, Sedeptra, será un acto de piedad. Pero no creo que lo hagan. Las cosas han llegado tan lejos que piensan que ninguna decisión individual puede alterar el curso de los acontecimientos. —Gladstone retiró la mano, dejó de sonreír—. Y quizá tengan razón.

Las dos bajaron en silencio al círculo de militares y políticos.

—El momento se aproxima —anunció Sek Hardeen, Verdadera Voz del Arbolmundo.

El padre Paul Duré despertó de su ensueño. Durante la última hora, la desesperación y la frustración habían cedido ante la resignación, ante el placer de no tener que arrostrar más decisiones ni deberes.

Duré había compartido un afable silencio con el líder de la Hermandad Templaria, observando la puesta del sol de Bosquecillo de Dios y la proliferación de estrellas y de luces que no eran astros.

Le intrigaba que el templario se aislara de su pueblo en ese momento crucial, pero por lo que conocía de teología templaria sabía que los Seguidores del Muir afrontarían semejante momento de destrucción potencial a solas en las más sacras plataformas y las más recónditas glorietas de sus más sagrados árboles. Los murmullos de Hardeen demostraban que la Verdadera Voz estaba en contacto con otros templarios por medio del comlog o los implantes.

Era un modo apacible de aguardar el fin del mundo, sentado en la copa del árbol viviente más alto de la galaxia conocida, escuchando el susurro de la tibia brisa nocturna en un millón de hectáreas de hojas, contemplando cómo titilaban las estrellas y las lunas gemelas surcaban un cielo aterciopelado.

—Hemos pedido a Gladstone y las autoridades de la Hegemonía que no ofrezcan resistencia, que no introduzcan naves de FUERZA en nuestro sistema —dijo Sek Hardeen.

—¿Le parece prudente? —preguntó Duré. Hardeen le había contado el destino de Puertas del Cielo.

—La flota de FUERZA no está lo bastante organizada como para presentar una resistencia seria —respondió el templario—. De esta forma nuestro mundo tiene al menos una probabilidad de que lo consideren no beligerante.

El padre Duré asintió y se inclinó para ver mejor la alta figura en las sombras de la plataforma. Las lámparas tenues que colgaban de las ramas de abajo eran la única iluminación aparte de las estrellas y las lunas.

—Pero usted propició esta guerra. Ayudó a las autoridades del Culto del Alcaudón a desencadenarla.

—No, Duré. No la guerra. La Hermandad sabía que ello formaba parte del Gran Cambio.

—¿Qué es eso?

—El Gran Cambio ocurrirá cuando la humanidad acepte su papel como parte del orden natural del universo en vez de su función de cáncer.

—¿Cáncer?

—Es una antigua enfermedad que…

—Sí —lo interrumpió Duré—. Sé qué es el cáncer. ¿Por qué se parece a la humanidad?

La suave y modulada voz de Sek Hardeen mostró un indicio de agitación.

—Nos hemos diseminado por la galaxia como células cancerosas en un organismo vivo, Duré. Nos multiplicamos sin pensar en las muchas formas de vida que deben morir o ceder para que nosotros medremos. Eliminamos a formas de vida inteligentes.

—¿Cómo cuáles?

—Como los émpatas seneschai de Hebrón. Los centauros de pantano de Jardín. En Jardín se destruyó la ecología, Duré, para que unos miles de colonos humanos pudieran sobrevivir donde millones de criaturas aborígenes habían proliferado en el pasado.

Duré se tocó la mejilla con el dedo flexionado.

—Es uno de los inconvenientes de la terraformación.

—No terraformamos Remolino —se apresuró a decir el templario —, pero cazamos a las formas jovianas de vida que había allí hasta exterminarlas.

—Sin embargo, nadie confirmó que los zeplen fueran inteligentes —objetó Duré, reparando en su falta de convicción.

—Cantaban —señaló el templario—. Se llamaban a través de miles de kilómetros de atmósfera con canciones que aludían al amor y el pesar. Sin embargo, fueron exterminados como las ballenas de Vieja Tierra.

Duré entrelazó las manos.

—De acuerdo, se cometieron injusticias. Pero sin duda hay un mejor modo de corregirlas que participar de la cruel filosofía del Culto del Alcaudón y permitir que continúe esta guerra.

La cogulla del templario se movió de atrás hacia delante.

—No. Si fueran meras injusticias humanas, se hallarían otros remedios. Pero buena parte de la enfermedad, buena parte de la locura que condujo a la destrucción de otras especies y al saqueo de otros mundos, se origina en la simbiosis pecaminosa.

—¿Simbiosis?

—El género humano y el TecnoNúcleo —concretó Sek Hardeen con una dureza que Duré jamás había oído en un templario—. El hombre y las inteligencias artificiales. ¿Cuál es parásito del otro? Ninguna de ambas partes del proceso simbiótico lo sabe ahora. Pero es algo maligno, una obra del Antinatura. Peor aún, Duré, es un callejón sin salida en la evolución.

El jesuita se levantó y caminó hacia la baranda. Contempló las oscuras copas de los árboles, que se extendían como nubes en la noche.

—Sin duda hay un mejor modo que recurrir al Alcaudón y a una guerra interestelar.

—El Alcaudón es un catalizador —dijo Hardeen—. Es el fuego purificador que llega cuando el bosque se ha atrofiado y se le ha permitido crecer enfermo, por exceso de planificación. Vendrán tiempos difíciles, pero el resultado serán un nuevo crecimiento, nueva vida, una proliferación de especies; no sólo en otras partes, sino también en la comunidad humana.

—Tiempos difíciles —masculló Duré—. ¿Y la Hermandad acepta que mueran miles de millones de personas con tal de lograr este… desbrozo?

El templario apretó los puños.

—Eso no ocurrirá. El Alcaudón es la advertencia. Nuestros hermanos éxter sólo desean controlar Hyperion y al Alcaudón el tiempo suficiente para atacar al TecnoNúcleo. Será un procedimiento quirúrgico, la destrucción de la simbiosis y el renacimiento de la humanidad como partícipe individualizada en el ciclo de la vida.

Duré suspiró.

—Nadie sabe dónde reside el TecnoNúcleo. ¿Cómo pueden atacarlo los éxters?

—Lo atacarán —declaró la Verdadera Voz del Arbolmundo, pero con menos suficiencia que antes.

—¿Y destruir Bosquecillo de Dios formaba parte del trato? —preguntó el sacerdote.

El templario se levantó y echó a andar a su vez, primero hasta la baranda, luego hasta la mesa.

—No atacarán Bosquecillo de Dios. Por eso lo he tenido aquí. Para que sea testigo ante la Hegemonía.

—La Hegemonía sabrá de inmediato si los éxters atacan o no —replicó el desconcertado Duré.

—Sí, pero no sabrá por qué nuestro mundo es perdonado. Usted debe llevar ese mensaje. Debe explicar la verdad.

—Al demonio con eso. Estoy harto de ser mensajero de todos. ¿Cómo sabe todo esto? La llegada del Alcaudón, el motivo de la guerra.

—Hubo profecías… —comenzó Sek Hardeen.

Duré asestó un puñetazo a la baranda. ¿Cómo podía explicar las manipulaciones de una criatura capaz de afectar el tiempo, o que al menos era agente de una fuerza que tenía esa capacidad?

—Verá usted… —insistió el templario, y un inmenso murmullo puntuó sus palabras, como si un millón de personas ocultas hubieran suspirado y gemido.

—Santo Dios —exclamó Duré. Miró hacia el oeste. Parecía despuntar el sol, aunque se había puesto hacía menos de una hora. Un viento caliente agitó las hojas y le abofeteó la cara.

Cinco hongos nubosos florecieron en el horizonte occidental, transformando la noche en día mientras hervían y perdían color. Duré se había protegido instintivamente los ojos, pero comprendió que esas explosiones eran tan lejanas que no podían cegarlo aunque brillaran como el sol local.

Sek Hardeen se echó la cogulla hacia atrás y el viento caliente le agitó el cabello largo y verdoso. Duré advirtió que había asombro en los rasgos largos, delgados y asiáticos. Asombro e incredulidad. Por la cogulla de Hardeen llegaban llamadas y una baraúnda de voces excitadas.

—Explosiones en Sierra y Hokkaido —susurró el templario—. Bombas nucleares lanzadas desde las naves orbitales.

Duré recordó que Sierra era un continente cerrado para los forasteros a menos de ochocientos kilómetros del Arbolmundo. Hokkaido era la isla sagrada donde se cultivaban y preparaban las potenciales naves arbóreas.

—¿Bajas? —preguntó, pero en ese instante una luz brillante desgarró el cielo. Una veintena de láseres tácticos, bombas de contrapresión y haces de fusión abrieron una herida de horizonte a horizonte, oscilando como reflectores sobre el techo del bosquemundo que era Bosquecillo de Dios. Los haces dejaban una estela de llamas.

Un haz de cien metros de anchura hendió el bosque como un tornado a menos de un kilómetro del Arbolmundo. El antiguo bosque estalló en llamas y creó un pasillo de fuego que se elevó diez kilómetros en el cielo nocturno. El viento rugía y soplaba, con lo cual alimentaba la tormenta de fuego. Otro haz rasgó el norte y el sur, pasando cerca del Arbolmundo antes de desaparecer en el horizonte. Otra estría llameante elevó una humareda hacia las traicioneras estrellas.

—Lo prometieron —jadeó Sek Hardeen—. ¡Los hermanos éxter lo prometieron!

—¡Necesita usted ayuda! —exclamó Duré—. Pida asistencia de emergencia a la Red.

Hardeen aferró el brazo de Duré, lo arrastró al borde de la plataforma. La escalinata estaba de nuevo en su sitio. Un portal teleyector titilaba en la plataforma de abajo.

—Sólo han llegado las unidades de avanzada de la flota éxter —exclamó el templario en medio del fragor de las llamas. La ceniza y el humo impregnaban el aire plagado de rescoldos calientes—. Pero destruirán la esfera de singularidad de un momento a otro. ¡Váyase!

—No me iré sin usted —declaró el jesuita, seguro de que su voz resultaba inaudible en medio del rugido del viento y las terribles explosiones. Pocos kilómetros al este, el círculo azul y perfecto de una explosión de plasma se expandió, estalló, se expandió de nuevo con visibles círculos concéntricos de ondas de choque. Árboles de un

kilómetro de altura se curvaron y quebraron ante la primera ráfaga. El lado oriental de los árboles se inflamó mientras millones de hojas se sumaban a la muralla de desechos que volaban hacia el Arbolmundo. Y detrás del círculo de llamas estalló otra bomba de plasma. Luego una tercera.

Duré y el templario rodaron escalera abajo y el vendaval los arrastró por la plataforma inferior como hojas sobre una acera.

El templario cogió un llameante balaustre de madera Muir, aferró el brazo de Duré en un apretón de hierro y se incorporó, avanzando hacia el vibrante teleyector, como un hombre en un ciclón.

El aturdido Duré logró plantarse en el suelo justo cuando Sek Hardeen lo empujaba al borde del portal. Duré se aferró al marco del portal, demasiado débil para recorrer solo el último metro, y a través del teleyector vio algo que jamás olvidaría.

Una vez, muchos años atrás, cerca de su amada Villefranche-sur-Saóne, el joven Paul Duré se había erguido en una cima rocosa, protegido por los brazos del padre y un grueso refugio de cemento, y a través de una ventana estrecha había observado un tsunami de cuarenta metros de altura avanzando hacia la costa.

Este Tsunami no era de agua, sino de fuego; tenía tres kilómetros de altura y se lanzaba aceleradamente por el techo del bosque hacia el Arbolmundo, hacia Sek Hardeen y Paul Duré, destruyendo todo a su paso. Crecía al acercarse, hasta que borró el mundo y el cielo con estruendos y llamarada.

—¡No! —gritó el padre Paul Duré.

—¡Váyase! —ordenó la Verdadera Voz del Arbolmundo, y empujó al jesuita a través del portal teleyector mientras la plataforma, el tronco del Arbolmundo y la túnica del templario estallaban en llamas.

El teleyector se cerró en cuanto Duré lo atravesó, arrancándole el talón del zapato al contraerse. Cayó, los tímpanos reventados y las ropas humeantes, golpeó algo duro con la nuca y se hundió en la más completa oscuridad.

Gladstone y los demás observaban con aterrado silencio mientras los satélites civiles enviaban imágenes de los estertores de Bosquecillo de Dios a través de los relés teleyectores.

—Tenemos que hacerlo estallar ahora —exclamó el almirante Singh por encima de la crepitación de los bosques ardientes. A Meina Gladstone le parecía oír los gritos de los seres humanos y el sinfín de arborícolas que habitaban los bosques templarios.

—¡No… no podemos permitir que se acerquen más! —insistió Singh—. Sólo tenemos los controles para detonar la esfera.

—Sí —aceptó Gladstone con un hilo de voz.

Singh hizo una seña a un coronel espacial de FUERZA. El coronel tocó su panel táctico. Los bosques ardientes desaparecieron, los holos gigantescos se oscurecieron, pero la algarabía de los gritos no se apagó. Gladstone comprendió que era el ruido de la sangre que le latía en los oídos.

Se volvió hacia Morpurgo.

—¿Cuánto…? —Se aclaró la garganta—. General, ¿cuánto falta para que ataquen Mare Infinitus?

—Tres horas y cincuenta y dos minutos, Ejecutiva —respondió el general.

Gladstone se volvió hacia el ex-teniente William Ajunta Lee.

—¿Su fuerza especial está lista, contraalmirante?

—Sí, FEM —dijo Lee, el rostro pálido a pesar de ser bronceado.

—¿Cuántas naves participarán en el ataque?

—Setenta y cuatro, Ejecutiva.

—¿Y los ahuyentará de Mare Infinitus?

—Hacia la Nube de Oórt, Ejecutiva.

—Bien —asintió Gladstone—. Buena cacería, contraalmirante.

El joven se cuadró y abandonó la sala. El almirante Singh susurró algo al oído del general Van Zeidt.

Sedeptra Akasi se acercó a Gladstone.

—Los agentes de seguridad informan que un hombre acaba de teleyectarse al términex de la Casa de Gobierno con un anticuado código de acceso prioritario. Estaba herido y lo condujeron a la enfermería del Ala Este.

—¿Leigh? —preguntó Gladstone—. ¿Severn?

—No, Ejecutiva —dijo Akasi—. El sacerdote de Pacem. Paul Duré.

Gladstone asintió.

—Lo veré después de mi encuentro con Albedo —indicó a su asistente. Y anunció al grupo—: A menos que alguien tenga algo que añadir, nos tomaremos un descanso de treinta minutos y hablaremos de la defensa de Asquith e Ixión en la reunión siguiente.

El grupo se levantó mientras la FEM y su séquito atravesaban el portal que conectaba con la Casa de Gobierno y cruzaban una puerta. Las discusiones y exclamaciones de alarma estallaron de nuevo en cuanto Gladstone se perdió de vista.

Meina Gladstone se inclinó en el sillón de cuero y cerró los ojos cinco segundos. Cuando los abrió, la bandada de ayudantes aún estaba allí. Algunos parecían angustiados, otros ávidos, pero todos aguardaban una palabra, una orden.

—Lárguense —murmuró Gladstone—. Descansen ustedes unos minutos. Túmbense diez minutos. No tendremos más descanso en las próximas veinticuatro o cuarenta y ocho horas.

Se marcharon, algunos al borde de la protesta, otros al borde del colapso.

—Sedeptra —llamó Gladstone, y la joven entró en la oficina—. Asigna dos de mis guardias personales al cuidado de Duré, el sacerdote que acaba de llegar.

Akasi asintió y anotó algo en la libreta electrónica.

—¿Cómo está la situación política? —preguntó Gladstone, frotándose los ojos.

—La Entidad Suma es un caos —respondió Akasi—. Hay facciones, pero aún no han configurado una oposición efectiva. El

Senado es otra historia.

—¿Feldstein? —preguntó Gladstone, aludiendo a la temperamental senadora de Mundo de Barnard. Faltaban menos de cuarenta y dos horas para que los éxters atacaran ese mundo.

—Feldstein, Kakinuma, Peers, Sabenstorafem, Richeau… incluso Sudette Chier exigen que usted dimita.

—¿Y su esposo? —Gladstone consideraba a Kolchev la persona más influyente del Senado.

—Aún no tenemos noticias del senador, ni públicas ni privadas.

Gladstone se apoyó el pulgar en el labio inferior.

—¿Cuánto crees que le queda a este gobierno antes de ser derrocado por un voto de censura, Sedeptra?

Akasi, una de las analistas políticas más astutas con quienes Gladstone había trabajado, sostuvo la mirada de su jefa.

—Setenta y dos horas en el exterior, FEM. Allí están los votos. La turba todavía no sabe que lo es. Alguien tiene que pagar por lo que ocurre.

Gladstone asintió distraídamente.

—Setenta y dos horas —murmuró—. Más que suficiente. —Sonrió —. Eso es todo, Sedeptra. Ahora ve a descansar.

La asistente asintió, pero su expresión manifestaba lo que en verdad opinaba de la sugerencia. Se hizo un gran silencio en el estudio cuando cerró la puerta.

Gladstone se quedó pensando un instante, el puño apoyado en la barbilla. Luego dijo a las paredes:

—Que se presente el asesor Albedo, por favor.

Veinte segundos después, el aire se enturbió, vibró y se solidificó al otro lado del escritorio.

El representante del TecnoNúcleo tenía tan buen aspecto como de costumbre. El cabello corto y gris le relucía sobre el saludable bronceado de la cara franca y abierta.

—Ejecutiva —dijo la proyección holográfica—, el Consejo Asesor y los predictores del Núcleo continúan ofreciendo sus servicios en este momento de gran…

—¿Dónde está el Núcleo, Albedo? —interrumpió Gladstone.

La sonrisa del asesor no se alteró.

—Disculpe, Ejecutiva. ¿Qué ha preguntado usted?

—El TecnoNúcleo. ¿Dónde está?

La afable cara de Albedo reveló desconcierto, pero no hostilidad, ninguna emoción visible salvo un sonriente afán de servicio.

—Desde luego, usted sabe, Ejecutiva, que desde la Secesión es política del Núcleo no revelar la posición de los elementos físicos del TecnoNúcleo. En otro sentido, el Núcleo no está en ninguna parte, pues…

—Porque existe en las realidades consensuales del plano de datos y la esfera de datos —interrumpió Gladstone—. Sí, he oído esa jerigonza toda mi vida, Albedo. Al igual que mi padre y el padre de mi padre. Pero estoy formulando una pregunta directa. ¿Dónde está el TecnoNúcleo?

El asesor meneó la cabeza entre divertido y compungido, como un adulto a quien un niño le pregunta por milésima vez: «Papá, ¿por qué el cielo es azul?».

—Ejecutiva, es imposible responder a esta pregunta de una manera que tenga sentido en coordenadas tridimensionales humanas. En cierto sentido, nosotros, el Núcleo, existimos dentro de la Red y más allá de la Red. Nadamos en la realidad del plano de datos que los humanos llaman esfera de datos, pero en cuanto a los elementos físicos, aquello que los antepasados de usted llamaban *hardware*, creemos necesario…

—Conservar el secreto —redondeó Gladstone. Se cruzó de brazos —. ¿Comprende usted, asesor Albedo, que millones de ciudadanos de la Hegemonía tendrán la firme convicción de que el Núcleo, el Consejo Asesor, ha traicionado a la humanidad?

Albedo hizo un ademán.

—Será lamentable, Ejecutiva. Lamentable, pero comprensible.

—Sus predictores debían tener resultados ciertos, asesor. Pero en ningún momento nos advirtió usted que esta flota éxter destruiría mundos.

La tristeza del elegante rostro de la proyección resultaba casi convincente.

—Ejecutiva, es justo recordarle que el Consejo Asesor le advirtió que incorporar Hyperion a la Red introducía una variable aleatoria que ni siquiera el Consejo podía factorizar.

—¡Pero esto no es Hyperion! —replicó Gladstone, elevando la voz —. Bosquecillo de Dios está ardiendo. Puertas del Cielo está reducida a escombros. Mare Infinitus espera el próximo golpe. ¿De qué sirve el Consejo Asesor si no puede predecir una invasión de tal magnitud?

—Predijimos que la guerra con los éxters era inevitable, Ejecutiva. También predijimos el gran peligro de… defender Hyperion. Debe usted comprender que la inclusión de Hyperion en cualquier ecuación predictiva reduce el factor de fiabilidad a…

—Bien —suspiró Gladstone—. Tengo que hablar con otra persona del Núcleo, Albedo. Alguien con auténtica capacidad de decisión en esa indescifrable jerarquía de inteligencias.

—Le aseguro que represento a todos los elementos del Núcleo cuando…

—Sí, sí. Pero quiero hablar con uno de los Poderes. Una de las IAs más ancianas. Alguien con influencia, Albedo. Alguien que me explique por qué el Núcleo secuestró a mi artista Severn y a mi ayudante Leigh Hunt.

El holo demostró sorpresa.

—Le garantizo, Gladstone, por el honor de cuatro siglos de alianza, que el Núcleo no ha tenido nada que ver en la lamentable desaparición de…

Gladstone se levantó.

—Por eso necesito hablar con un Poder. Ha pasado el tiempo de las garantías, Albedo. Es hora de hablar sin rodeos si una de nuestras especies ha de sobrevivir. Es todo. —Se puso a examinar la agenda electrónica.

El asesor Albedo se levantó, se despidió y se esfumó con una vibración.

Gladstone invocó su portal teleyector personal, pronunció el código de la enfermería del palacio de gobierno y se dispuso a pasar. Vaciló antes de tocar la opaca superficie del rectángulo energético. Meditó su decisión y por primera vez en su vida tuvo miedo de atravesar un teleyector.

¿Y si el Núcleo decidía secuestrarla? ¿Matarla?

De pronto Meina Gladstone comprendió que el Núcleo tenía poder de vida y muerte sobre cada ciudadano de la Red que viajara por teleyector, es decir, de todos los ciudadanos con poder. No era necesario secuestrar a Leigh y el cíbrido Severn, trasladarlos a otra parte. Sólo el hábito de pensar en los teleyectores como medios infalibles de transporte creaba la convicción subconsciente de que habían ido a alguna parte. El ayudante y el enigmático cíbrido podían haberse trasladado a ninguna parte. Átomos desperdigados a través de una singularidad. Los teleyectores no «teleportaban» personas y cosas. Ese concepto era una estupidez. Pero ¿no era igualmente estúpido confiar en un artilugio que abría agujeros en la trama del espacio-tiempo y permitía que uno atravesara «escotillones» semejantes a agujeros negros? ¿No era necio confiar en que el Núcleo la transportaría a la enfermería?

Gladstone pensó en la Sala de Guerra: tres recintos gigantescos conectados por portales permanentemente activados, con visión abierta, pero aun así tres estancias separadas por no menos de mil años-luz de espacio real, décadas de espacio real incluso con impulsión Hawking. Cada vez que Morpurgo, Singh o uno de los demás pasaban de un holomapa a un tablero táctico, atravesaban grandes abismos de espacio y tiempo. Para destruir la Hegemonía o a cualquiera de sus ciudadanos, el Núcleo sólo tenía que manipular los teleyectores, permitir un leve «error» de rumbo.

Al demonio con esto, pensó Meina Gladstone, y cruzó el portal para ver a Paul Duré en la enfermería de la Casa de Gobierno.

39

Las dos salas del segundo piso de la casa de Piazza di Spagna son pequeñas, estrechas, con el techo alto y muy oscuras, excepto por la única y tenue lámpara que arde en cada habitación, como encendida por fantasmas que aguardan la visita de otros fantasmas. Mi cama está en la habitación más pequeña, la que enfrenta la Piazza, aunque todo lo que se ve esta noche desde las altas ventanas es una oscuridad surcada de sombras, acariciada por el burbujeo incesante de la fuente de Bernini.

Las campanas repican a cada hora en una de las torres gemelas de Santa Trinitè dei Monti, la iglesia que se agazapa en la oscuridad como un gato enorme y pardo en la parte superior de la escalinata, y cada vez que oigo los tañidos de la madrugada imagino manos fantasmales tirando de cuerdas podridas. O quizá manos podridas tirando de cuerdas fantasmales; no sé qué imagen es más apropiada para mis fantasías macabras en esta noche sin fin.

La fiebre me domina esta noche, húmeda, pesada y sofocante como una manta gruesa y empapada. Mi tez arde y luego se vuelve pegajosa. He tenido dos ataques de tos; la primera vez Hunt acudió desde la otra habitación y miró con ojos desorbitados la sangre que yo había vomitado en las sábanas de damasco; contuve el segundo espasmo como pude, caminando hacia la bacinilla para escupir cantidades más pequeñas de sangre negra y flema oscura. Hunt no despertó la segunda vez.

Estar de vuelta aquí. Haber hecho el largo viaje hasta estas habitaciones oscuras, esta cama lúgubre. Casi recuerdo haber despertado aquí, milagrosamente curado, el «verdadero». Severn y el doctor Clark y la menuda signora Angeletti revoloteando en la habitación de fuera. El período de convalecencia después de la muerte; el momento en que comprendí que no era Keats, que no

estaba en la verdadera Tierra, que ése no era el siglo en que había cerrado los ojos la última noche, que yo no era humano.

Después de las dos me duermo, y al dormirme sueño. Es un sueño que nunca había tenido antes. Sueño que me elevo despacio por el plano de datos, por la esfera de datos, que atravieso la megaesfera y llego a un lugar que no conozco, con el cual nunca soñé, un lugar de espacios infinitos, colores parsimoniosos e indescriptibles, un lugar sin horizontes, sin techos, sin suelos ni zonas sólidas que se puedan considerar como tales. Pienso que es la metaesfera, pues de inmediato capto que este nivel de realidad consensual incluye todas las antojadizas sensaciones que experimenté en la Tierra, todos los análisis binarios y los placeres intelectuales que sentí al salir del TecnoNúcleo a través de la esfera de datos y, ante todo, una especie de… ¿Euforia? ¿Libertad? Potencial podría ser la palabra que busco.

Estoy solo en esta metaesfera. Colores líquidos me envuelven y atraviesan disolviéndose en tonos claros, formando caprichosas nubes, configurando objetos más sólidos, formas que quizá sean humanoides. Las miro tal como un niño observa nubes e imagina elefantes, cocodrilos del Nilo y grandes buques de guerra surcando el Distrito de los Lagos de oeste a este en un día de primavera.

Al cabo de un rato oigo ruidos: el enloquecedor goteo de la fuente de Bernini; palomas que aletean y arrullan en los aleros de la ventana; Leigh Hunt gimiendo en sueños. Pero al margen de estos ruidos oigo algo más sigiloso, menos real, pero infinitamente más amenazador.

Algo grande se acerca. Me esfuerzo para ver en la oscuridad, algo se mueve más allá del campo visual. Sé que sabe mi nombre. Sé que tiene mi vida en una mano y la muerte en el otro puño.

No hay sitio donde esconderse en este espacio más allá del espacio. No puedo correr. El canto de sirena del dolor continúa ascendiendo y bajando en el mundo que dejé atrás, el dolor

cotidiano de cada persona de todas partes, el dolor infligido por la guerra recién iniciada, el dolor concreto y focalizado de quienes se agitan en el terrible árbol del Alcaudón, el dolor que experimento por los peregrinos y los otros cuyas vidas y pensamientos ahora comparto.

Valdría la pena apresurarme a recibir a esa sigilosa sombra de la fatalidad si me liberase de esta canción del dolor.

—¡Severn! ¡Severn!

Por un momento creo que soy yo quien habla, tal como lo hice antes en estas habitaciones, llamando a Joseph Severn la noche en que mi dolor y mi fiebre superaron mi capacidad para contenerlos. Y él siempre estaba allí: Severn con su corpulencia, su lentitud, su afabilidad y esa sonrisa amable que a menudo quise borrarle de la cara con algún sarcasmo. Resulta difícil demostrar buen temperamento cuando uno agoniza; yo había llevado una vida de cierta generosidad. ¿Por qué era mi destino continuar en ese papel cuando era yo quien sufría, cuando era yo quien tosía hilachas de pulmón en mis pañuelos manchados?

—¡Severn!

No es mi voz. Hunt me sacude los hombros, gritando el nombre de Severn. Comprendo que él cree que está pronunciando mi nombre. Le aparto las manos y me hundo en las almohadas.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hay?

—Gemía usted —dice el asistente de Gladstone—. Estaba llorando.

—Una pesadilla. Nada más.

—Los sueños de usted son algo más que sueños —arguye Hunt. Observa la habitación estrecha, ahora iluminada por la única lámpara que él ha traído consigo.

—Qué lugar tan espantoso, Severn.

Trato de sonreír.

—Me costaba veintiocho chelines al mes. Siete escudos. Un robo.

Hunt frunce el ceño. La luz demasiado cruda le ahonda las arrugas.

—Escuche, Severn. Sé que usted es un cíbrido. Gladstone me contó que usted es la personalidad recobrada de un poeta llamado Keats. Evidentemente todo esto… —señaló la habitación, las sombras, el alto rectángulo de las ventanas, la alta cama—, tiene algo que ver con ese hecho. Pero ¿cómo? ¿A qué está jugando el Núcleo?

—No estoy seguro —digo con sinceridad.

—Pero ¿usted conoce este lugar?

—Oh, sí —aseguro con fervor.

—Cuéntemelo —ruega Hunt, y su contención hasta el momento, la discreción de no habérmelo pedido antes, así como la vehemencia de la súplica, me deciden a confesárselo.

Le hablo acerca del poeta John Keats, su nacimiento en 1795, su vida breve y a menudo desdichada, y su muerte por «tisis» en 1821, en Roma, lejos de sus amigos y su única amada. Le hablo de mi «recuperación» en esta misma habitación, de mi decisión de adoptar el nombre de Joseph Severn —el artista que acompañó a Keats hasta su muerte— y por último le hablo de mi breve estancia en la Red, escuchando, observando, condenado a soñar la vida de los peregrinos del Alcaudón en Hyperion y los demás.

—¿Sueños? —se extraña Hunt—. ¿Es decir que incluso ahora usted sueña con lo que sucede en la Red?

—Sí. —Le describo los sueños acerca de Gladstone, la destrucción de Puertas del Cielo y Bosquecillo de Dios, las confusas imágenes de Hyperion.

Hunt se pasea por la estrecha habitación, proyectando una alta sombra sobre las paredes toscas.

—¿Puede establecer contacto?

—¿Con esas personas? ¿Con Gladstone? —Reflexiono un momento—. No.

—¿Está seguro?

Trato de explicarme.

—Ni siquiera aparezco en esos sueños, Hunt. No tengo voz ni presencia, no tengo ningún modo de comunicarme con las personas con quien sueño.

—¿Pero a veces sueña lo que ellas piensan?

Comprendo que eso es verdad, que se aproxima a la verdad.

—Intuyo lo que sienten…

—¿Y no puede dejarles ningún rastro en la mente o en la memoria? ¿Hacerles saber que estamos aquí?

—No.

Hunt se desploma en la silla que está al pie de la cama. De pronto parece muy viejo.

—Leigh —digo—, aunque pudiera comunicarme con Gladstone y los demás, ¿de qué serviría? Le he dicho que esta réplica de Vieja Tierra está en la Nube Magallánica. Incluso a velocidades Hawking, tardarían siglos en llegar aquí.

—Podríamos avisarles —replica Hunt, con voz cansada y huraña.

—¿Avisarles de qué? Las peores pesadillas de Gladstone se están haciendo realidad. ¿Cree usted que ella sigue confiando en el Núcleo? Por eso el Núcleo pudo secuestrarnos con tal descaro. Los acontecimientos se suceden demasiado deprisa para que Gladstone o cualquiera de la Hegemonía pueda hacerles frente.

Hunt se frota los ojos, se apoya la nariz en los dedos estirados. Su expresión no es abiertamente amigable.

—¿De verdad es usted la personalidad recobrada de un poeta?

No respondo.

—Recite un poema. Invente algo.

Sacudo la cabeza. Es tarde, ambos estamos cansados y asustados, y mi corazón aún palpita por efectos de esa pesadilla que era más que una pesadilla. No permitiré que Hunt me saque de quicio.

—Vamos —me urge—. Muéstreme que usted es la versión nueva y mejorada de Bill Keats.

—John Keats.

—Como sea. Vamos, Severn. O John. O como se llame. Recite un poema.

—De acuerdo —digo, devolviéndole la intensa mirada—. Escuche.

Había un niño travieso
y sin duda era un niño travieso
pues lo único que hacía
era escribir poesía.
Cogía
un tintero
en la mano
y una pluma
enorme
en la otra
y corría
alborotado
hacia montañas
y fuentes
y fantasmas
y postes
y brujas
y zanjas,
y escribía
abrigado
cuando el tiempo
era fresco
(temor a la gota)
y sin abrigo
cuando el tiempo
era cálido.
Oh, qué encanto
cuando escogemos
seguir nuestra nariz
al norte,

al norte,
¡seguir nuestra nariz
al norte!

—No sé —cavila Hunt—. No parece obra de un poeta cuya reputación ha durado mil años.

Me encojo de hombros.

—¿Anoche soñó usted con Gladstone? ¿Ocurrió algo que le hizo gemir?

—No. No era sobre Gladstone. Era una pesadilla auténtica, para variar.

Hunt se pone en pie, alza la lámpara y se dispone a llevarse la única luz de la habitación. Oigo la fuente de la Piazza, las palomas en el antepecho.

—Mañana —dice Hunt— pensaremos en esto y buscaremos un modo de regresar. Si pudieron teleyectarnos aquí, tiene que haber un modo de teleyectarse a casa.

—Sí —respondo, consciente de que no es cierto.

—Buenas noches —se despide Hunt—. No más pesadillas, ¿de acuerdo?

—No más pesadillas —repito, consciente de que es aún menos cierto.

Moneta arrastró al herido Kassad para alejarlo del Alcaudón y parecía mantener a raya a la criatura con la mano extendida mientras extraía un toroide azul del cinturón del traje y lo movía a sus espaldas.

Un óvalo dorado de dos metros de altura vibró en el aire.

—Déjame ir —masculló Kassad—. Terminemos con él. —Había salpicaduras de sangre en los enormes desgarrones que el Alcaudón había abierto en el traje del coronel. El pie derecho le colgaba como si estuviera a medio cercenar; no podía apoyarse en él, y sólo el hecho de estar luchando con el Alcaudón, sostenido por esa cosa en

una demencial parodia de danza, había mantenido a Kassad en pie mientras combatían.

—Déjame ir —repitió Fedmahn Kassad.

—Cállate —ordenó Moneta, y añadió, más suavemente—. Calla, mi amor.

Lo arrastró por el óvalo dorado y emergieron a una luz ardiente.

A pesar del dolor y el agotamiento, Kassad quedó deslumbrado. No estaban en Hyperion. Una vasta llanura se extendía hasta un horizonte más lejano de lo que permitían la lógica y la experiencia. Una hierba baja y anaranjada —aunque quizá no fuera hierba— crecía en las llanuras y cerros como pelusa en el lomo de un inmenso gusano, mientras cosas que quizá fueran árboles crecían como esculturas de carbono de filamentos, los troncos y ramas evocando a Escher en su barroca improbabilidad, las hojas un tumulto de óvalos oscuros y violetas que titilaban en un cielo vívido de luz.

Pero no era la luz de un sol. Incluso mientras Moneta lo alejaba del portal —Kassad intuía que no era un teleyector, pues sospechaba que los había llevado no sólo a través del espacio sino del tiempo— y lo conducía a un bosquecillo de esos árboles imposibles, Kassad volvió los ojos al cielo y experimentó un maravillado asombro. Era brillante como un día de Hyperion, brillante como el mediodía en una galería comercial de Lusus, brillante como el verano en la meseta de Tharsis de Marte, el polvoriento mundo natal de Kassad, aunque no había luz solar. El cielo estaba cuajado de estrellas, constelaciones y cúmulos y una galaxia tan atestada de soles que no quedaban retazos de oscuridad entre las luces. Era como estar en un planetario con diez proyectores. Como estar en el centro de la galaxia.

El centro de la galaxia.

Un grupo de hombres y mujeres con trajes cutáneos se alejaron de la sombra de los árboles Escher para rodear a Kassad y Moneta. Uno de los hombres —un gigante, incluso para un hombre de Marte como Kassad— lo miró y se volvió hacia Moneta. Aunque Kassad no

oyó nada ni captó ningún mensaje en los receptores del traje, supo que ambos se estaban comunicando.

—Acuéstate —indicó Moneta, mientras tendía a Kassad en la hierba aterciopelada y anaranjada. Kassad procuró sentarse, hablar, pero Moneta y el gigante le tocaron el pecho con las palmas y él se recostó. El aleteo de las hojas violáceas y el cielo cuajado de estrellas le llenaron la visión.

El hombre lo tocó de nuevo y el traje cutáneo se desactivó. Kassad intentó sentarse, trató de cubrirse al notar que estaba desnudo ante aquella pequeña multitud, pero la firme mano de Moneta lo mantuvo inmóvil. A través del dolor y el desconcierto, notó que el hombre le tocaba los brazos y el pecho desgarrados, rozando el tendón de Aquiles cercenado con una mano enguantada.

Kassad sintió una frialdad ante el toque del gigante, Y luego su conciencia echó a volar como un globo, por encima de la llanura leonada y las colinas ondulantes, hacia el sólido dosel de estrellas donde aguardaban una figura enorme, oscura como una cabeza de tormenta, maciza como una montaña.

—Kassad —susurró Moneta, y el coronel regresó—. Kassad —repitió ella, besándole la mejilla. El traje de Kassad estaba reactivado y fundido con el de ella.

El coronel Fedmahn Kassad se incorporó. Meneó la cabeza, comprendió que otra vez estaba envuelto en esa energía líquida, se levantó. No sintió dolor. El cuerpo le cosquilleaba en los puntos donde habían sanado las heridas y cicatrizado los cortes. Fusionó su mano con su propio traje, se tocó las carnes, arqueó la rodilla y se tocó el talón. No había cicatrices.

Se volvió hacia el gigante.

—Gracias —dijo, sin saber si el hombre le oía.

El gigante asintió y volvió con los demás.

—Es una especie de médico —explicó Moneta—. Un curandero.

Kassad examinó a las otras personas. Eran humanas, sin duda, pero la variedad resultaba asombrosa: los trajes cutáneos no eran todos plateados como el de Kassad y Moneta, sino que abarcaban

una veintena de colores, cada cual tan suave y orgánico como la pelambrera de una criatura salvaje. Sólo la sutil vibración energética y los borrosos rasgos faciales revelaban la superficie del traje. La anatomía era tan variada como la coloración: el curandero tenía una cintura de Alcaudón y un cuerpo macizo, la frente enorme y una cascada de energía leonada que parecía una crin; junto a él había una mujer menuda, perfectamente proporcionada, con piernas musculosas, pechos pequeños y alas de hada de dos metros de longitud en la espalda; no eran alas meramente decorativas, pues cuando la brisa acariciaba la hierba de la pradera, la mujer corría, extendía los brazos y se elevaba grácilmente en el aire.

Detrás de varias mujeres altas y delgadas con trajes cutáneos azules y largos dedos con membrana, un grupo de hombres bajos llevaban visores y armaduras como marines de FUERZA para luchar en el vacío, pero Kassad sospechaba que la armadura formaba parte de ellos. En lo alto, una bandada de varones alados se elevaba en las corrientes térmicas, y delgados y amarillos haces láser palpitaban entre ellos en un código complejo.

Los láseres parecían surgir de un ojo que tenían en el pecho.

Kassad meneó de nuevo la cabeza.

—Debemos irnos —dijo Moneta—. El Alcaudón no debe seguirnos hasta aquí. Estos guerreros ya tienen bastantes problemas sin tener que habérselas con esta manifestación del Señor del Dolor.

—¿Dónde estamos? —preguntó Kassad.

Moneta tocó una férula dorada del cinturón y dio existencia a un óvalo violeta.

—En el futuro lejano de la humanidad. Uno de nuestros futuros. Aquí es donde se formaron las Tumbas de Tiempo y fueron lanzadas hacia el pasado.

Kassad miró alrededor. Algo muy grande se desplaza frente al campo estelar, bloqueando miles de estrellas y arrojando una sombra por breves instantes antes de desaparecer. Los hombres y mujeres observaron un momento y continuaron sus tareas: recolectar frutos de los árboles, apiñarse para examinar brillantes

mapas energéticos invocados mediante un chasquido de los dedos, volar hacia el horizonte con la velocidad de una lanza. Un individuo bajo y rechoncho de sexo indefinido se había sepultado en el suelo blando y ahora parecía una línea de tierra elevada que se movía en rápidos círculos concéntricos.

—¿Dónde está este lugar? —insistió Kassad—. ¿Qué es? —De pronto se sintió al borde de las lágrimas, como si hubiera doblado una esquina y se encontrara en los proyectos para refugiados de Tharsis, su madre muerta lo saludara desde una puerta, sus amigos y hermanos olvidados lo aguardaran para jugar a la pelota.

—Ven —urgió Moneta. Arrastró a Kassad hacia el óvalo reluciente. Kassad miró a los demás y la cúpula de estrellas hasta que el paisaje desapareció.

Salieron a la oscuridad, y al cabo de un instante los filtros del traje de Kassad compensaron la visión. Estaban en la base del Monolito de Cristal en el Valle de las Tumbas de Tiempo de Hyperion. Era de noche. Las nubes se arremolinaban en una tormenta. Sólo el fulgor palpitante de las Tumbas iluminaba la escena.

Kassad sintió una punzada de nostalgia por el lugar limpio y bien iluminado que acababan de dejar, pero luego su mente se concentró en lo que estaba contemplando.

Sol Weintraub y Brawne Lamia estaban medio kilómetro valle abajo, cerca de la Tumba de Jade. La furiosa polvareda les impedía ver al Alcaudón, que se desplazaba como otra sombra cerca del Obelisco, hacia ellos.

Fedmahn Kassad bajó del mármol oscuro del Monolito y sorteó las astillas de cristal que sembraban el sendero. Advirtió que Moneta aún le aferraba el brazo.

—Si te enfrentas al Alcaudón de nuevo —dijo Moneta con ansiedad—, te matará.

—Ellos son mis amigos —replicó Kassad. Su equipo y la desgarrada armadura de FUERZA se encontraban donde Moneta los había dejado horas antes. Inspeccionó el Monolito hasta que dio con

su rifle de asalto y una bandolera de granadas, comprobó que el rifle aún funcionaba, revisó las cargas, quitó los seguros, abandonó el Monolito y avanzó a toda marcha para interceptar al Alcaudón.

Despierto al oír el gorgoteo del agua y por un momento creo que estoy despertando de mi siesta cerca de la cascada de Lodore, durante mi excursión con Brown. Pero la oscuridad es tan amenazadora como cuando dormía, y el sonido del agua es persistente y mórbido, no torrencial como en la catarata que Southey haría famosa en su poema, y me encuentro muy mal, no sólo con la garganta irritada, como cuando cometí la tontería de escalar el Skiddaw antes del desayuno en mi excursión con Brown, sino mortalmente enfermo. El cuerpo me duele con algo más profundo que la fiebre mientras la flema y el fuego me burbujeaban en el pecho y el vientre.

Me levanto y avanzo a tientas hasta la ventana. Una luz pálida asoma bajo la puerta de Leigh Hunt y comprendo que se ha dormido con la lámpara encendida. No habría sido mala idea que yo lo hiciera, pero es demasiado tarde para encenderla ahora, mientras avanzo hacia el claro rectángulo de oscuridad exterior recortado en la profunda oscuridad de la habitación.

El aire fresco está impregnado de lluvia. Comprendo que me han despertado los truenos, pues aparecen relámpagos sobre los tejados de Roma. No hay luces encendidas en la ciudad. Al asomarme por la ventana, veo la escalinata de la Piazza, brillante de lluvia, y las torres de Trinitá dei Monti recortadas contra las centellas. Un viento gélido barre la escalinata y vuelvo a la cama para cubrirme con una manta antes de arrastrar una silla hacia la ventana y quedarme sentado, mirando hacia el exterior, pensando.

Recuerdo a mi hermano Tom durante esas últimas semanas y días, la cara y el cuerpo contorsionados por el terrible esfuerzo para respirar. Recuerdo la palidez de mi madre, el rostro que casi brillaba en la penumbra de la habitación. A mi hermana y a mí nos

permitieron tocarle la mano pegajosa, besarle los labios febriles y retirarnos.

Recuerdo que una vez me enjugué furtivamente los labios al salir de esa habitación, mirando de soslayo para ver si mi hermana o algún otro había sorprendido mi acto pecaminoso.

Cuando el doctor Clark y un cirujano italiano abrieron el cuerpo de Keats menos de treinta horas después de la muerte, encontraron, como Severn le escribió luego a un amigo, «la peor tisis posible, los pulmones totalmente destruidos, las células desaparecidas». Ni el doctor Clark ni el cirujano italiano imaginaban cómo había podido vivir Keats durante esos dos últimos meses.

Pienso en ello mientras miro la Piazza a oscuras desde la habitación a oscuras, escuchando el hervor de mi pecho y mi garganta, sintiendo el dolor como un fuego interior y el dolor aún más agudo de los gritos de mi mente: gritos de Martin Silenus en el árbol, mientras sufre por escribir la poesía que mi fragilidad y mi cobardía me habían impedido terminar; gritos de Fedmahn Kassad mientras se prepara para morir en las garras del Alcaudón; gritos del cónsul, obligado a traicionar por segunda vez, gritos de miles de templarios que lloran la muerte de su mundo y su hermano Het Masteen; gritos de Brawne Lamia, quien recuerda a su amante muerto, mi gemelo; gritos de Paul Duré, mientras combate contra las quemaduras y los terribles recuerdos, consciente del cruciforme que aguarda en su pecho; gritos de Sol Weintraub mientras golpea el suelo de Hyperion, llamando a su hija, cuyos sollozos de bebé aún resuenan en nuestros oídos.

—Maldición —murmuro, golpeando la piedra y la argamasa del marco de la ventana—. Maldición.

Al cabo de un rato, cuando empieza a clarear, me alejo de la ventana, encuentro la cama, me acuesto y cierro los ojos.

El gobernador general Theo Lane despertó envuelto por la música. Parpadeó, miró alrededor y reconoció el tanque de nutrición

y el quirófano de la nave como en un sueño. Theo reparó en que llevaba un pijama negro, y que había dormido en la camilla de examen, en el quirófano. Las últimas doce horas comenzaron a ensamblarse a partir de recuerdos fragmentarios: le habían levantado del tanque de tratamiento, le habían aplicado sensores, el cónsul y otro hombre le habían formulado preguntas. Theo había respondido como si estuviera consciente, se había dormido de nuevo, había soñado con Hyperion y sus ciudades en llamas. No, no eran sueños.

Theo se incorporó, casi flotando, encontró ropas limpias y plegadas en un anaquel y se vistió deprisa. La música continuaba, vibrando con una seductora calidad acústica que sugería que no era grabada.

Theo bajó hasta la cubierta de recreo y se detuvo sorprendido al notar que la nave estaba abierta, el balcón extendido, el campo de contención apagado. La gravedad era mínima: apenas suficiente para retenerlo en cubierta, quizás el 20 por ciento de la de Hyperion, quizás un sexto de la estándar. La nave estaba abierta. La brillante luz del sol bañaba el balcón donde el cónsul tocaba el antiguo instrumento que llamaba piano. Theo reconoció a Arúndez, el arqueólogo, quien se apoyaba en la abertura del casco con un vaso en la mano. El cónsul tocaba una pieza muy antigua y complicada, y sus manos eran un borrón sobre el teclado. Theo se acercó para susurrarle algo al sonriente Arúndez, pero calló sorprendido.

Más allá del balcón, a treinta metros, la brillante luz del sol bañaba un prado verde que se extendía hasta un horizonte demasiado cercano. En ese prado, grupos de gente descansaban, obviamente escuchando el improvisado concierto del cónsul. Pero ¡qué gente!

Theo descubrió a personas altas y delgadas, parecidas a los estetas de Epsilon Eridani, pálidos y calvos, con túnicas delicadas y azules, pero al lado había una asombrosa multitud de tipos humanos, más variedades de las que jamás había visto la Red, humanos envueltos en pelo y escamas; humanos con cuerpos y ojos

de abeja, receptores multifacéticos y antenas; humanos frágiles y delgados como esculturas de alambre, con grandes alas negras que los envolvían como capas; humanos aparentemente diseñados para mundos de mucha gravedad, bajos, robustos y musculosos como búfalos; tanto que comparados con ellos los lusianos parecían frágiles; humanos con cuerpo corto y brazos largos cubiertos de vello anaranjado, a quienes sólo el rostro pálido y sensible diferenciaba de los extinguidos orangutanes de Vieja Tierra que Theo había visto en un holo; humanos que parecían lémures; e individuos más aquilinos, leoninos, ursinos o simiescos que humanoides. Pero Theo comprendió de inmediato que eran seres humanos, a pesar de las diferencias. La mirada atenta, la postura relajada, un centenar de sutiles atributos humanos —como la forma en que una madre con alas de mariposa acunaba a un niño con alas de mariposa— daban fe de una innegable humanidad común.

Melio Arúndez se volvió, sonrió ante la expresión de Theo y susurró:

—éxters.

El asombrado Theo Lane sólo consiguió menear la cabeza y escuchar la música. Los éxters eran bárbaros, no aquellas criaturas hermosas y a veces etéreas. Los cautivos éxter de Bressia, por no mencionar los cadáveres de la infantería, tenían un cuerpo uniforme, alto y delgado, sí, pero sin aquella vertiginosa variedad.

La pieza de piano alcanzó un crescendo y terminó con una nota contundente. Los cientos de seres que estaban en el prado aplaudieron, un sonido agudo y suave en el aire fino, y luego se levantaron, se desperezaron y siguieron distintos rumbos. Algunos desaparecieron enseguida tras el horizonte perturbadoramente cercano, otros desplegaron alas de ocho metros y echaron a volar. Otros se acercaron a la base de la nave del cónsul.

El cónsul se puso en pie, vio a Theo y sonrió. Palmeó el hombro del joven.

—Theo, justo a tiempo. Pronto iniciaremos las negociaciones.

Theo Lane parpadeó. Tres éxters se posaron en el balcón y plegaron las grandes alas. Todos tenían una densa pelambrera y diferentes marcas y rayas, con diseños tan orgánicos y convincentes como los de una criatura salvaje.

—Delicioso como siempre —le dijo un éxter al cónsul. Tenía un rostro leonino: nariz ancha y ojos dorados enmarcados por un vello amarronado—. La última pieza fue la Fantasía en Re Menor de Mozart, KV. 397, ¿verdad?

—En efecto —asintió el cónsul—. Freeman Vanz, quiero presentarle a Theo Lane, gobernador general del mundo de Hyperion, del Protectorado de la Hegemonía.

La mirada de león se volvió hacia Theo.

—Un honor —saludó Freeman Vanz, extendiendo una mano velluda.

Theo la estrechó.

—Es un placer conocerle —murmuró Theo, preguntándose si no estaría soñando todo esto en el tanque de recuperación. La luz del sol y la palma firme sugerían lo contrario.

Freeman Vanz se volvió hacia el cónsul.

—En nombre del enjambre, agradezco este concierto. Hacía años que no le oíamos tocar, amigo. —Miró alrededor—. Podemos conversar aquí o en uno de los complejos administrativos, como ustedes deseen.

El cónsul titubeó sólo un instante.

—Nosotros somos tres, Freeman Vanz. Ustedes son muchos. Nos reuniremos con ustedes.

El león asintió y miró el cielo.

—Enviaremos una nave para trasladarlos. —Él y los otros dos treparon a la baranda y saltaron, cayendo varios metros antes de desplegar las complejas alas y volar hacia el horizonte.

—Dios mío —susurró Theo, mientras aferraba el brazo del cónsul —. ¿Dónde estamos?

—El enjambre —dijo el cónsul, cubriendo el teclado del Steinway. Entró, esperó a que Arúndez los siguiera y plegó el balcón.

—¿Y qué vamos a negociar? —preguntó Theo.

El cónsul se frotó los ojos. Parecía que el hombre había dormido poco o nada en esas doce horas en que Theo se curaba.

—Eso depende del próximo mensaje de la FEM Gladstone —replicó el cónsul, señalando el holofoso donde titilaban columnas de transmisión. El receptor de la nave estaba decodificando un mensaje ultralínea.

Meina Gladstone entró en la enfermería de la Casa de Gobierno y los médicos la escoltaron hasta la sala donde se encontraba el padre Paul Duré.

—¿Cómo está? —preguntó Gladstone a la superior, su doctora personal.

—Quemaduras de segundo grado en un tercio del cuerpo —respondió la doctora Irma Androneva—. Ha perdido las cejas y un poco de pelo, aunque ya no tenía mucho. Hubo quemaduras de radiación terciarias en el lado izquierdo de la cara y el cuerpo. Concluimos la regeneración epidérmica y le dimos inyecciones con modelos ARN. No sufre y está consciente. Tenemos el problema del parásito cruciforme del pecho, pero no representa un peligro inmediato para el paciente.

—Quemaduras terciarias de radiación —repitió Gladstone y se detuvo cerca del cubículo donde aguardaba Duré—. ¿Bombas de plasma?

—Sí —respondió otro médico a quien Gladstone no reconoció—. Estamos seguros de que este hombre salió de Bosquecillo de Dios un par de segundos antes que se interrumpiera la conexión por teleyector.

—De acuerdo —asintió Gladstone, deteniéndose junto a la litera flotante donde descansaba Duré—. Deseo hablar a solas con este caballero, por favor.

Los médicos se miraron, ordenaron a un enfermero mecánico que regresara a su almacenaje y cerraron la puerta de la sala tras

ellos.

—¿Padre Duré? —preguntó Gladstone, reconociendo al sacerdote por los holos y por las descripciones de Severn. Duré tenía el rostro abotargado, aún brillante de gel de regeneración y rociador analgésico. Todavía era un hombre de aspecto imponente.

—FEM —susurró el sacerdote, e intentó sentarse.

Gladstone le apoyó la mano en el hombro.

—Descanse —aconsejó—. ¿Quiere contarme lo que ocurrió?

Duré asintió, los ojos llenos de lágrimas.

—La Verdadera Voz del Arbolmundo no creía que los éxters fueran a atacar realmente —susurró con voz ronca—. Sek Hardeen pensaba que los templarios tenían un pacto con los éxters, un convenio. Pero los éxters atacaron. Láseres tácticos, artefactos de plasma, explosivos nucleares…

—Sí —lo interrumpió Gladstone—, lo monitorizamos desde la Sala de Guerra. Necesito saberlo todo, padre Duré. Todo desde que usted entró en esa tumba de Hyperion.

Paul Duré clavó los ojos en la cara de Gladstone.

—¿Usted sabe eso?

—Sí. Y estoy al corriente de casi todo hasta ese momento. Pero necesito saber más. Mucho más.

Duré cerró los ojos.

—El laberinto…

—¿Qué?

—El laberinto —repitió Duré con más fuerza. Carraspeó y le refirió su viaje por los túneles de cadáveres, el tránsito a una nave de FUERZA y su encuentro con Severn en Pacem.

—¿Y está usted seguro de que Severn venía hacia aquí? ¿A la Casa de Gobierno? —preguntó Gladstone.

—Sí. Él y su asistente… Hunt. Ambos se teleyectaron hacia aquí.

Gladstone asintió y tocó con sumo cuidado una parte no quemada del hombro del sacerdote.

—Padre, las cosas están ocurriendo muy deprisa. Severn y Leigh Hunt han desaparecido. Necesito asesoramiento sobre Hyperion. ¿Se

quedará usted conmigo?

Duré parecía confundido.

—Debo regresar a Hyperion. Sol y los demás me esperan.

—Comprendo. En cuanto haya modo de volver, aceleraré su regreso. Ahora, sin embargo, la Red sufre un ataque brutal. Millones mueren o corren peligro de muerte. Necesito su ayuda. ¿Puedo contar con usted?

Paul Duré suspiró y se recostó.

—Sí, Ejecutiva. Pero no sé cómo…

Se oyó un golpe suave. Sedeptra Akasi entró y entregó a Gladstone un mensaje. La FEM sonrió.

—Ya le he dicho que las cosas ocurrían muy deprisa, padre. He aquí otra novedad. Un mensaje de Pacem informa de que el Colegio de Cardenales se ha reunido en la Capilla Sixtina… —Gladstone enarcó las cejas—. Padre, ¿es ésa la Capilla Sixtina?

—Sí. La Iglesia la desmanteló piedra por piedra, fresco por fresco y la trasladó a Pacem después del Gran Error.

Gladstone miró el mensaje.

—… se reunió en la Capilla Sixtina y eligió un nuevo pontífice.

—¿Tan pronto? —susurró Paul Duré. Cerró los ojos de nuevo—. Supongo que tenían prisa. Pacem está a sólo diez días de la invasión éxter. Aun así, tomar una decisión con tal rapidez…

—¿Le interesa saber quién es el nuevo papa? —preguntó Gladstone.

—El cardenal Antonio Guarducci o el cardenal Agostino Ruddell, diría yo. Ninguno de los demás podría obtener la mayoría en esas circunstancias.

—No —replicó Gladstone—. Según el mensaje del obispo Edouard de la Curia Romana…

—¡*Obispo* Edouard! Perdone, Ejecutiva. Continúe, por favor.

—Según el obispo Edouard, el Colegio de Cardenales ha escogido a una persona por debajo del rango de monseñor por primera vez en la historia de la Iglesia. Según esto, el nuevo papa es un jesuita, un tal Paul Duré.

Duré se incorporó a pesar de las quemaduras.

—¿Qué? —exclamó con voz incrédula.

Gladstone le entregó el mensaje. Paul miró el papel.

—Esto es imposible. Nunca han elegido a un pontífice por debajo del rango de monseñor, salvo como símbolo, y eso fue excepcional… Fue san Belvedere, después del Gran Error y el Milagro de… No, no, esto es totalmente imposible.

—Según mi asistente, el obispo Edouard intentó llamar —explicó Gladstone—. Le pasaremos la llamada de inmediato, padre. O, mejor dicho, Su Santidad. —No había ironía en la voz de la FEM.

Duré estaba demasiado desconcertado para hablar.

—Le haré pasar la llamada —aseguró Gladstone—. Intentaremos que regrese a Pacem cuanto antes, Su Santidad, pero le agradecería que se mantuviera en contacto conmigo. Necesito su consejo.

Duré asintió y leyó de nuevo el mensaje. Un teléfono parpadeó en la consola.

La FEM Gladstone salió al corredor, comentó a los médicos la novedad, llamó a Seguridad para aprobar la llegada del obispo Edouard y otros funcionarios eclesiásticos desde Pacem y se teleyectó a su habitación del ala residencial. Sedeptra le recordó que el consejo se iba a reunir en la Sala de Guerra ocho minutos después. Gladstone asintió, despidió a la ayudante y entró en el cubículo de ultralínea oculto en la pared. Activó campos sónicos de intimidad y tecleó el código de la nave del cónsul. Cada receptor ultralínea de la Red, el Afuera, la galaxia y el universo monitorizaría la transmisión, pero sólo la nave del cónsul podría decodificarla. Al menos eso esperaba.

La luz de la holocámara se enrojeció.

—Según el mensaje automático de tu nave, entiendo que decidiste reunirte con los éxters y que ellos te recibieron —dijo Gladstone a la cámara—. También supongo que has sobrevivido al encuentro inicial.

Gladstone cobró aliento.

—En nombre de la Hegemonía, te he pedido muchos sacrificios. Ahora te lo pido en nombre de toda la humanidad. Debes averiguar lo siguiente:

»Primero, ¿por qué los éxters atacan y destruyen los mundos de la Red? Tú, Byron Lamia y yo estábamos convencidos de que sólo deseaban Hyperion. ¿Por qué han cambiado?

»Segundo, ¿dónde está el TecnoNúcleo? Debo averiguarlo para luchar contra él. ¿Los éxters han olvidado que el Núcleo es nuestro enemigo común?

»Tercero, ¿cuáles son sus condiciones para un "alto el fuego"? Estoy dispuesta a sacrificar muchas cosas para liberarnos de la dominación del Núcleo. *¡Pero la matanza debe cesar!*

»Cuarto, ¿estaría dispuesto el líder del enjambre a reunirse conmigo personalmente? Me teleyectaré a su sistema de Hyperion si es necesario. La mayor parte de nuestra flota se ha ido, pero aún tenemos una nave-puente y sus escoltas con la esfera de singularidad. El líder del enjambre debe decidir pronto, pues FUERZA desea destruir la esfera y entonces Hyperion quedará a tres años de deuda temporal de la Red.

»Por último, el líder del enjambre debe saber que el Núcleo desea que utilicemos una bomba de muerte para contrarrestar la invasión éxter. Muchos líderes de FUERZA están de acuerdo. Disponemos de poco tiempo. No permitiremos —repito—, no permitiremos que la invasión éxter asole la Red.

»De ti depende ahora. Por favor acusa recibo de este mensaje y respóndeme por ultralínea en cuanto comiencen las negociaciones.

Gladstone miró el disco de la cámara, comunicando la fuerza de su personalidad y su sinceridad a través de los años luz.

—Te lo ruego desde las entrañas de la historia de la humanidad: consíguelo.

El mensaje ultralínea fue seguido por dos minutos de imágenes temblorosas que mostraban la muerte de Puertas del Cielo y

Bosquecillo de Dios.

El cónsul, Melio Arúndez y Theo Lane guardaron silencio cuando se esfumaron los holos.

—¿Respuesta? —preguntó la nave.

El cónsul carraspeó.

—Acuso recibo de mensaje —dijo—. Envía nuestras coordenadas. —Se volvió hacia los otros dos—. ¿Caballeros?

Arúndez sacudió la cabeza como para despejarse.

—Es evidente que usted estuvo antes aquí, en el enjambre éxter.

—Sí —admitió el cónsul—. Después de Bressia, después de que mi esposa e hijo… después de Bressia, hace tiempo, me reuní con este enjambre para entablar conversaciones.

—¿Cómo representante de la Hegemonía? —preguntó Theo. La cara del pelirrojo parecía mucho más avejentada y demudada de preocupación.

—En representación de la facción de la senadora Gladstone —respondió el cónsul—. Fue antes de que la eligieran FEM. El grupo de ella me explicó que una lucha de poder interna dentro del TecnoNúcleo podía resultar afectada si incorporábamos Hyperion al Protectorado de la Red. El modo más fácil de lograrlo era deslizar información a los éxters, una información que los incitaría a atacar a Hyperion, atrayendo así a la flota de la Hegemonía.

—¿Y usted hizo eso?

La voz de Arúndez no mostraba ninguna emoción, aunque su esposa e hijos vivían en Vector Renacimiento, a menos de ochenta horas de la oleada invasora.

El cónsul se reclinó en los almohadones.

—No. Revelé el plan a los éxters. Ellos me enviaron de vuelta a la Red como doble agente. Pretendían capturar Hyperion, pero en el momento que ellos escogieran.

Theo entrelazó las manos.

—Todos esos años en el consulado…

—Yo estaba esperando un mensaje de los éxters —explicó el cónsul—. Ellos tenían un artefacto que derrumbaría los campos

antientrópicos que rodeaban las Tumbas de Tiempo. Las abrirían cuando estuvieran listos. Permitirían que escapara el Alcaudón.

—De manera que fueron los éxters —dijo Theo.

—No —rebatió el cónsul—, fui yo. Traicioné a los éxters tal como había traicionado a Gladstone y la Hegemonía. Maté a la mujer éxter y los técnicos que calibraban el aparato y lo conecté. Los campos antientrópicos se derrumbaron. Se organizó la peregrinación final. El Alcaudón está libre.

Theo miró fijamente a su ex mentor. Había más asombro que rabia en los verdes ojos del joven.

—¿Por qué? ¿Por qué hizo todo esto?

El cónsul contó, breve y desapasionadamente, la historia de su abuela Siri de Alianza-Maui, de su rebelión contra la Hegemonía, una rebelión que no se extinguió cuando murieron ella y su amante, abuelo del cónsul. Arúndez se levantó y avanzó hacia la ventana. La luz del sol le bañaba las piernas y alumbraba la alfombra azul.

—¿Saben los éxters lo que hizo usted?

—Ahora lo saben. Lo confesé a Freeman Vanz y los demás cuando llegamos.

Theo se paseó por el holofoso.

—¿De modo que esta reunión será un juicio?

El cónsul sonrió.

—O una ejecución.

Theo apretó los puños.

—¿Gladstone sabía esto cuando le pidió que regresara aquí?

—Sí.

Theo desvió la mirada.

—No sé si quiero que ellos lo ejecuten o no.

—Yo tampoco, Theo —confesó el cónsul. Melio Arúndez se apartó de la ventana.

—¿No dijo Vanz que enviarían una nave a buscarnos?

Los otros dos hombres se acercaron a la ventana. El mundo donde habían aterrizado era un asteroide mediano, encerrado en un

campo de contención clase diez y terraformado. Generaciones de viento y agua y reestructuración le habían dado una forma redonda.

El sol de Hyperion se ponía detrás del cercano horizonte y los pocos kilómetros de hierba ondeaban en la brisa.

Debajo de la nave, un arroyo atravesaba la pradera, se aproximaba al horizonte y parecía volar hacia un río transformado en cascada, pasando a través del distante campo de contención y serpeando por la negrura del espacio antes de reducirse a una línea estrecha.

Una nave descendía por aquella alta cascada, aproximándose a la superficie del pequeño mundo. Se veían figuras humanoides cerca de la proa y la popa.

—Vaya —susurró Theo.

—Será mejor que nos preparemos —dijo el cónsul—. He ahí nuestra escolta.

En el exterior el sol se ponía con alarmante rapidez y enviaba sus últimos rayos a través de la cortina de agua, medio kilómetro por encima del terreno en sombras y rasgando el cielo ultramarino con franjas irisadas de sobrecogedora solidez.

40

Hunt me despierta a media mañana. Llega con el desayuno en una bandeja y una expresión de miedo en los ojos oscuros.

—¿Dónde ha conseguido la comida? —pregunto.

—Hay un pequeño restaurante en la planta baja. Había comida caliente, pero nadie a la vista.

Asiento.

—La *trattoria* de la signora Angeletti —digo—. No es buena cocinera.

Recuerdo la preocupación del doctor Clark con mi dieta; pensaba que la enfermedad se me había instalado en el estómago y me impuso un régimen frugal de leche y pan, con algunos trozos de pescado.

Resulta curioso pensar cuántos miembros sufrientes del género humano se han enfrentado a la eternidad obsesionados con sus entrañas, las llagas de la espalda, la frugalidad de las dietas.

Miro a Hunt.

—¿Qué ocurre?

El ayudante de Gladstone se acerca a la ventana y mira obsesivamente la Piazza. Oigo el maldito gorgoteo de la fuente de Bernini.

—Salí a caminar mientras usted dormía —explica Hunt—, por si encontraba gente. O un teléfono o teleyector.

—Desde luego.

—Acababa de salir de… —Se vuelve humedeciéndose los labios —. Hay algo allá afuera, Severn. En la calle, al pie de la escalinata. No estoy seguro, pero creo que es…

—El Alcaudón.

Hunt asiente.

—¿Lo ha visto usted?

—No, pero no me sorprende.

—Es terrible, Severn. Tiene algo que me pone la piel de gallina. Allí, en las sombras, al otro lado de la escalera.

Quiero levantarme, pero un ataque de tos y la flema que me invade el pecho y la garganta me obligan a tenderme sobre las almohadas.

—Sé qué aspecto tiene, Hunt. No se preocupe. No ha venido a por usted. —Mi voz tiene más firmeza de la que yo siento.

—¿A por usted?

—No lo creo —respondo entre resuellos—. Creo que está aquí sólo para cerciorarse de que no me vaya, de que no busque otro lugar para morir.

Hunt regresa a la cama.

—Usted no morirá, Severn.

Guardo silencio.

Hunt se sienta en la silla que está al lado de la cama y alza una taza de té casi frío.

—Si usted muere, ¿qué pasará conmigo?

—No lo sé —digo con franqueza—. Si yo muero, ni siquiera sé qué pasará conmigo.

En las enfermedades graves hay cierto solipsismo que absorbe toda nuestra atención tal como un agujero negro captura todo lo que cae dentro de su radio crítico.

El día transcurre despacio y soy muy consciente del movimiento del sol por la tosca pared, de las sábanas donde apoyo las palmas, de la fiebre que sube como náusea y se extingue en el horno de mi mente y, sobre todo, del dolor. Ya no mi dolor, pues unas pocas horas o días de cerrazón de garganta y quemazón en el pecho son tolerables, casi bien recibidos, como un amigo fastidioso con quien nos cruzamos en una ciudad desconocida; pero el dolor de los demás, de todos los demás, me arrasa la mente como el hierro del martillo cuando golpea el yunque, y no hay escapatoria.

Mi cerebro lo recibe como una algarabía y lo reestructura como poesía. Todo el día y toda la noche el dolor del universo inunda los corredores febriles de mi mente como poesía, imágenes, imágenes poéticas, la intrincada e incesante danza del lenguaje, ya sedante como un solo de flauta, ya aguda, estridente y confusa como varias orquestas afinando, pero siempre versos, siempre poesía.

Cerca del ocaso despierto de un adormilamiento, desplazando el sueño donde el coronel Kassad lucha con el Alcaudón para rescatar a Sol y Brawne Lamia, y encuentro a Hunt sentado ante la ventana, el largo rostro color terracota a la luz del anochecer.

—¿Aún está allí? —pregunto con voz áspera.

Hunt se sobresalta y se vuelve hacia mí con una sonrisa de disculpa. Por primera vez veo un sonrojo en aquel semblante hosco.

—¿El Alcaudón? —dice—. No lo sé. Hace rato que no lo veo. Presiento que está allí. ¿Cómo está usted?

—Agonizando. —De inmediato lamento la autocomplacencia de ese sarcasmo, por atinado que sea, pues veo el dolor que causa a Hunt—. Está bien —añado, casi jovialmente—, lo hice antes. A fin de cuentas no soy yo quien agoniza. Yo existo como personalidad en las honduras del TecnoNúcleo. Es sólo este cuerpo. Este cíbrido de John Keats. Esta ilusión de veintisiete años de edad, carne, hueso y recuerdos prestados.

Hunt se sienta en el borde de la cama. Noto con sorpresa que ha cambiado las sábanas durante el día, dándome uno de sus cobertores a cambio de mi colcha salpicada de sangre.

—La personalidad de usted es una IA del Núcleo —dice—. Entonces usted ha de tener acceso a la esfera de datos.

Sacudo la cabeza, demasiado cansado como para discutir.

—Cuando los Philomel lo secuestraron, lo rastreamos a través de su ruta de acceso a la esfera de datos —insiste—. No tiene que establecer contacto personal con Gladstone. Deje un mensaje donde Seguridad pueda encontrarlo.

—No —jadeo—, el Núcleo no lo desea.

—¿El Núcleo se lo impide?

—Aún no. Pero lo hará. —Pronuncio cada palabra como si colocara frágiles huevos en un cesto. De pronto recuerdo una nota que envié a mi querida Fanny poco después de una hemorragia grave, casi un año antes de mi muerte. Escribí: «*Si he de morir*», me dije, «*no he dejado ninguna obra inmortal, nada que enorgullezca a mis amigos de mi memoria, pero he amado el principio de la belleza en todas las cosas, y si hubiera tenido tiempo habría logrado que me recordasen*». Ahora esto me parece fútil, egoísta, estúpido e ingenuo; pero aún no creo en ello desesperadamente. Si hubiera tenido tiempo, los meses que pasé en Esperance, fingiendo ser un artista visual, los días derrochados con Gladstone en las salas de gobierno, mientras podía estar escribiendo…

—¿Cómo lo sabrá si no lo intenta? —pregunta Hunt.

—¿Qué es eso? —pregunto, y ese simple esfuerzo me provoca otro ataque de tos. El espasmo termina sólo cuando escupo gelatinosas esferas de sangre en la bacía que Hunt ha ido a buscar. Me tiendo, tratando de verle la cara.

Está oscureciendo en la estrecha habitación y ninguno de los dos ha encendido una lámpara. Fuera gorgotea la fuente.

—¿Qué es eso? —repito, tratando de no dejarme arrastrar por el sueño y los sueños—. ¿Intentar qué?

—Intentar dejar un mensaje a través de la esfera de datos —susurra Hunt—. Establecer contacto con alguien.

—¿Y qué mensaje dejaré, Leigh? —pregunto.

—Nuestro paradero. Cómo nos secuestró el Núcleo. Cualquier cosa.

—De acuerdo —accedo, cerrando los ojos—. Lo intentaré. No creo que ellos me dejen, pero prometo que lo intentaré.

Hunt me aferra la mano. Incluso a través de la marea de fatiga, este súbito contacto humano basta para hacerme llorar.

Lo intentaré. Antes de sucumbir a los sueños o la muerte, lo intentaré.

El coronel Fedmahn Kassad lanzó un grito de batalla de FUERZA y cargó a través de la tormenta de polvo para interceptar al Alcaudón antes que recorriera los treinta metros que lo separaban de Sol Weintraub y Brawne Lamia.

El Alcaudón se detuvo, deslizó la cabeza al lado, los ojos rojos y relucientes. Kassad montó el rifle de asalto y corrió cuesta abajo.

El Alcaudón *saltó*.

Kassad vio aquel salto en el tiempo como un borrón lento y advirtió que el movimiento en el valle había cesado, la arena colgaba inmóvil en el aire y la luz de las relucientes Tumbas había cobrado un tono denso y ambarino. El traje cutáneo de Kassad de algún modo se desplazaba con el Alcaudón, siguiendo su recorrido en el tiempo.

La criatura irguió la cabeza con un chasquido y extendió los cuatro afilados brazos, abriendo los dedos en un saludo cortante.

Kassad frenó a diez metros del ser, activó el rifle, calcinó la arena con un haz de alta potencia a los pies del Alcaudón.

El Alcaudón brilló cuando el caparazón y las piernas de acero reflejaron la luz infernal que lo rodeaba. El monstruo de tres metros empezó a hundirse mientras la arena burbujeaba convirtiéndose en un lago de cristal derretido.

Kassad soltó un grito triunfal, mientras proyectaba el haz sobre el Alcaudón y el suelo tal como había rociado a sus amigos con mangueras de irrigación robadas en las barriadas de Tharsis, en su infancia.

El Alcaudón se hundió. Agitó los brazos en un intento de hallar apoyo en la arena y la roca. Volaron chispas. El Alcaudón *saltó*. El tiempo retrocedió como un holo proyectado a la inversa, pero Kassad saltaba con él, comprendiendo que Moneta le ayudaba: el traje de ella lo seguía, pero también lo guiaba a través del tiempo. Pronto roció de nuevo a la criatura con un calor concentrado

superior a la superficie de un sol y derritió la arena, mientras las rocas estallaban en llamas.

Hundiéndose en ese caldero de llamas y roca derretida, el Alcaudón irguió la cabeza, abrió la bocaza, bramó.

Kassad casi dejó de disparar, sorprendido de que aquel ser emitiera un sonido. El grito del Alcaudón resonó como un rugido de dragón mezclado con el fragor de un cohete de fusión. Hacía castañear los dientes, vibraba en las paredes de roca, arrojaba al suelo el polvo suspendido. Kassad sintonizó en disparos sólidos de alta velocidad y lanzó diez mil microdardos al rostro de la criatura.

El Alcaudón *saltó*. Un brinco de años, una transición que causó vértigo en los huesos y el cerebro de Kassad. Ya no estaban en el valle sino a bordo de una carreta eólica que traqueteaba por el Mar de Hierba. El tiempo recobró su curso. El Alcaudón brincó hacia delante con brazos metálicos de donde goteaba cristal derretido y aferró el rifle de Kassad. El coronel no soltó el arma, y ambos se enzarzaron en una danza torpe, el Alcaudón agitando su par suplementario de brazos y una pierna festoneada de espinas de acero. Kassad saltando y esquivando mientras aferraba el rifle con desesperación.

Estaban en un compartimiento pequeño. Moneta estaba presente como una sombra en un rincón, y otra figura, un hombre alto con cogulla, se desplazaba en movimiento ultralento para evitar el borrón de brazos y puñales en el estrecho espacio. A través de los filtros del traje cutáneo, Kassad distinguió el campo energético azul y violáceo de un erg en el espacio, palpitando y creciendo, luego retrayéndose ante la violencia temporal de los campos antientrópicos orgánicos del Alcaudón.

El Alcaudón lanzaba tajos al traje de Kassad para desgarrar carne y músculo. La sangre salpicaba las paredes. Kassad metió el cañón del rifle en la boca de la criatura y disparó. Una nube de dos mil dardos de alta velocidad echaron hacia atrás la cabeza del Alcaudón y arrojaron el cuerpo del ser contra una pared. Las espinas de la pierna desgarraron el muslo de Kassad y emergió un chorro de

sangre que roció las ventanas y paredes de la cabina de la carreta eólica.

El Alcaudón *saltó*.

Apretando los dientes mientras el traje cerraba automáticamente las heridas, Kassad miró a Moneta, asintió y siguió a la cosa por el tiempo y el espacio.

Sol Weintraub y Brawne Lamia observaron el terrible ciclón de calor y luz que rodaba y moría de pronto. Sol protegió a la mujer con el cuerpo cuando recibieron la lluvia de cristal derretido que siseaba contra la fría arena. El ruido se apagó, la tormenta oscureció el charco burbujeante y el viento los envolvió a ambos con la capa de Sol.

—¿Qué ha sido eso? —jadeó Brawne.

Sol meneó la cabeza y la ayudó a levantarse en el viento rugiente.

—¡Las Tumbas se están abriendo! —señaló Sol—. Tal vez una explosión.

Brawne se tambaleó, se equilibró, tocó el brazo de Sol.

—¿Rachel? —preguntó en medio de la baraúnda. Sol apretó los puños. Tenía la barba cubierta de arena.

—El Alcaudón se la llevó… no puedo entrar en la Esfinge. ¡Estoy esperando!

Brawne asintió y miró hacia la Esfinge, un contorno reluciente en la feroz polvareda.

—¿Está usted bien?— preguntó Sol.

—¿Qué?

—¿Está usted bien?

Brawne asintió distraídamente y se tocó la cabeza. El empalme neural no estaba. No sólo el obsceno cable del Alcaudón, sino el empalme que Johnny le había aplicado quirúrgicamente cuando se ocultaban en la Colmena de la Escoria, mucho tiempo atrás. Sin empalme ni bucle Schrön, no tenía modo de ponerse en contacto

con Johnny. Brawne recordó que Ummon había destruido la persona de Johnny, triturándola y absorbiéndola como quien aplasta un insecto.

—Estoy bien —aseguró Brawne, pero Sol tuvo que sostenerla para que no se cayera.

Sol gritaba algo. Brawne trató de concentrarse en el aquí y ahora. Después de la megaesfera, la realidad parecía estrecha y restringida.

—… no puedo hablar aquí —gritaba Sol—, regresar a la Esfinge.

Brawne meneó la cabeza. Señaló los peñascos del lado norte del valle, donde el inmenso árbol del Alcaudón resultaba visible entre nubes de polvo.

—El poeta, Silenus, está allí. ¡Lo vi!

—¡No podemos hacer nada al respecto! —gritó Sol, usando la capa como protección. Los granos de arena bermeja tamborileaban en el fibroplástico como dardos en un blindaje.

—Quizá podamos —sugirió Brawne, mientras disfrutaba del cálido refugio que Sol le brindaba. Por un instante imaginó que podría abrazarse a él como Rachel y dormir, dormir—. Vi… conexiones… cuando salía de la megaesfera. ¡El árbol de espinas está conectado de algún modo con el Palacio del Alcaudón! Si podemos llegar allí, encontrar un modo de liberar a Silenus…

Sol meneó la cabeza.

—No puedo dejar la Esfinge, Rachel…

Brawne comprendió. Acarició la mejilla del profesor y se le acercó, sintiendo la barba contra la cara.

—Las Tumbas se están abriendo —señaló—. No sé cuándo tendremos otra oportunidad.

Sol lloraba.

—Lo sé. Quiero ayudar. Pero no puedo dejar la Esfinge, por si ella… si ella…

—Entiendo —resolvió Brawne—. Regrese usted allá. Yo iré al Palacio del Alcaudón en busca de algo relacionado con ese árbol de espinas.

Sol asintió consternado.

—Usted dice que ha estado en la megaesfera. ¿Qué vio? ¿Qué descubrió? La personalidad Keats… ¿está…?

—Hablaremos cuando regrese —replicó Brawne, alejándose un paso para verlo con mayor claridad. El rostro de Sol era una máscara de dolor: el rostro de un padre que ha perdido a la hija.

—Regrese —dijo Brawne con firmeza—. Estaré en la Esfinge dentro de una hora o menos.

Sol se frotó la barba.

—Todos han desaparecido salvo usted y yo, Brawne. No deberíamos separarnos…

—Tendremos que hacerlo —gritó Brawne, alejándose de él. El viento le azotó los pantalones y la chaqueta—. Nos veremos dentro de una hora. —Echó a andar deprisa, antes de ceder al impulso de refugiarse en la calidez de los brazos de Sol. El viento era mucho más fuerte aquí, pues soplaba desde la entrada del valle. La arena le pegaba en los ojos y las mejillas. Mantuvo la cabeza gacha, procurando no apartarse del sendero. Tan sólo el fulgor brillante y palpitante de las Tumbas le alumbraba el camino. Las mareas de tiempo tironeaban con violencia.

Minutos después dejó atrás el Obelisco y se encontró en el sendero lleno de escombros próximos al Monolito de Cristal. Sol y la Esfinge se habían perdido de vista, y la Tumba de Jade era apenas un fulgor verdoso en la pesadilla de polvo y viento.

Brawne se detuvo, tratando de conservar el equilibrio en medio de las ráfagas y las mareas de tiempo. Faltaba más de medio kilómetro para el Palacio del Alcaudón. Aunque al dejar la megaesfera había comprendido la conexión entre árbol y tumba, ¿qué podría hacer cuando llegara allá? ¿Y qué había hecho ese poeta salvo maldecirla e irritarla? ¿Por qué debía morir por él?

El viento chillaba en el valle, pero por encima del bramido Brawne creyó oír gritos más agudos, más humanos. Miró hacia las rocas del norte, pero el polvo lo oscurecía todo.

Brawne Lamia se subió el cuello de la cazadora y siguió avanzando contra el viento.

Meina Gladstone estaba a punto de salir de la cabina de ultralínea cuando oyó un campanilleo y se acomodó de nuevo, observando el holotanque con intensidad. El cónsul había acusado recibo del mensaje, pero no había enviado respuesta. Tal vez había cambiado de parecer.

No. Las columnas de datos que flotaban en el prisma rectangular mostraban que el mensaje se originaba en el sistema de Mare Infinitus. El contraalmirante William Ajunta Lee la llamaba a través del código privado.

Gladstone había causado un revuelo en los efectivos espaciales de FUERZA cuando insistió en el ascenso del teniente y lo designó «enlace gubernamental» para la misión de ataque inicialmente prevista para Hebrón. Después de las matanzas de Puertas del Cielo y Bosquecillo de Dios, la fuerza de ataque se había trasladado al sistema de Mare Infinitus, setenta y cuatro unidades, naves capitales protegidas por naves-antorcha y naves con escudo defensivo, la fuerza especial que debía atacar la vanguardia éxter y penetrar en el centro del enjambre.

Lee era el espía y contacto de la FEM. Aunque su nuevo rango y sus órdenes le daban acceso a decisiones de mando, cuatro comandantes de FUERZA lo superaban en rango en la región.

No importaba. Gladstone lo quería en aquella zona para recibir informes.

El tanque se enturbió y la cara resuelta de William Ajunta Lee llenó el espacio.

—FEM, he aquí el informe que usted ordenó. La Fuerza Especial 181.2 se ha trasladado al sistema 3996.12.22…

Gladstone parpadeó sorprendida antes de recordar que ése era el código oficial para el sistema estelar G, donde estaba Mare Infinitus. Uno rara vez pensaba en la geografía fuera del mundo de la Red.

—… las naves de ataque del enjambre están a ciento veinte minutos del radio letal del mundo en peligro —informó Lee. El radio letal era la distancia de 0.13 UA, donde las armas estándar cobraban eficacia a pesar de los campos defensivos. Mare Infinitus no tenía campos defensivos. El oficial continuó—: Contacto con elementos de avanzada estimado a las 1732:26 estándar, aproximadamente dentro de veinticinco minutos. La fuerza especial está dispuesta para penetración máxima. Dos naves-puente permitirán la introducción de más personal y armamento hasta que los teleyectores se sellen durante el combate. El crucero-insignia *Odisea de Jardín* llevará a cabo su directiva especial en cuanto le sea posible. William Lee, corto y fuera.

La imagen se derrumbó en una esfera rotativa blanca mientras los códigos de transmisión se aquietaban.

—¿Respuesta? —preguntó el ordenador.

—Mensaje recibido —dijo Gladstone—. Continúa.

Gladstone entró en el estudio y encontró a Sedeptra Akasi esperando con gesto preocupado.

—¿Qué ocurre?

—El Consejo de Guerra está listo para reunirse. El senador Kolchev desea verla por una cuestión urgente.

—Hazlo entrar. Di al Consejo que estaré allá dentro de cinco minutos. —Gladstone se sentó al antiguo escritorio y resistió el impulso de cerrar los ojos. Estaba muy cansada. Pero tenía los ojos abiertos cuando entró Kolchev—. Siéntate, Gabriel Fyodor.

El corpulento lusiano se paseó de un lado a otro.

—¿Siéntate? ¿Sabes lo que está ocurriendo, Meina?

Ella sonrió.

—¿Te refieres a la guerra? ¿Al fin de la vida tal como la conocemos? ¿A eso?

Kolchev se descargó un puñetazo en la palma.

—No, no me refiero a eso, mierda. Me refiero a las consecuencias políticas. ¿Has monitorizado la Entidad Suma?

—Cuando he podido.

—Entonces sabrás que algunos senadores y figuras influyentes ajenas al Senado están obteniendo apoyo para derrotarte cuando pidas un voto de confianza. Es inevitable, Meina. Es sólo cuestión de tiempo.

—Lo sé, Gabriel. ¿Por qué no te sientas? Disponemos de un par de minutos antes de regresar a la Sala de Guerra.

Kolchev se desplomó en la silla.

—Demonios, hasta mi esposa está juntando votos contra ti, Meina.

La sonrisa de Gladstone se ensanchó.

—Sudette nunca ha sido mi admiradora, Gabriel. —La sonrisa se esfumó—. No he monitorizado los debates en los últimos veinte minutos. ¿Cuánto tiempo crees que tengo?

—Ocho horas, quizá menos.

Gladstone asintió.

—No necesitaré mucho más.

—¿Necesitar? ¿De qué demonios hablas? ¿Quién otro podrá sustituirte como ejecutivo de guerra?

—Tú —respondió Gladstone—. No cabe duda de que tú serás mi sucesor.

Kolchev gruñó.

—Quizá la guerra no dure tanto —añadió Gladstone.

—¿Qué? Oh, te refieres a la superarma del Núcleo.

—Sí, Albedo tiene un prototipo funcional en una base de FUERZA y quiere que el Consejo eche un vistazo. Una pérdida de tiempo, a mi entender.

Gladstone sintió que una mano fría le estrujaba el corazón.

—¿La bomba de muerte? ¿El Núcleo tiene una preparada?

—Más que una preparada. Hay una a bordo de una nave-antorcha.

—¿Quién ha autorizado eso, Gabriel?

—Morpurgo autorizó los preparativos. —El corpulento senador se alarmó—. ¿Por qué, Meina, qué ocurre? Esa cosa no se puede utilizar sin la autorización del FEM.

Gladstone miró a su viejo colega del Senado.

—Estamos muy lejos de la *Pax Hegemonica*, ¿eh, Gabriel?

El lusiano gruñó de nuevo, esta vez con visible dolor.

—Por nuestra culpa. El gobierno anterior escuchó al Núcleo, que aconsejó usar Bressia como cebo para uno de los enjambres. Cuando eso se solucionó, tú escuchaste a otros elementos del Núcleo que aconsejaban anexionar Hyperion a la Red.

—¿Crees que el envío de la flota para defender Hyperion precipitó la guerra a mayor escala?

Kolchev la miró.

—No, no es posible. Hace más de un siglo que esas naves éxters están en camino, ¿verdad? Lástima que no las descubriéramos antes, o que no encontráramos un maldito modo de negociar.

El comlog de Gladstone campanilleó.

—Es hora de volver —murmuró—. Tal vez el asesor Albedo quiera mostrarnos el arma que ganará la guerra.

41

Es más fácil deslizarme en la esfera de datos que pasar la interminable noche tendido aquí, escuchando la fuente y esperando la siguiente hemorragia.

Esta debilidad no sólo me mina las fuerzas; me transforma en un hombre hueco, una simple cáscara sin sustancia. Recuerdo cuando Fanny me cuidaba durante mi convalecencia en Wentworth Place, el tono de su voz y sus cavilaciones filosóficas: «*¿Habrá otra vida? ¿Despertaré para descubrir que todo esto es un sueño? Tiene que haberla, no nos pueden haber creado para este sufrimiento*».

Oh, Fanny, si tú supieras. Nos han creado precisamente para este sufrimiento. A fin de cuentas, es todo lo que somos, límpidos charcos de conciencia entre fragorosas olas de dolor.

Estamos destinados a cargar con nuestro dolor, sujetándolo contra el vientre como aquel joven ladrón espartano, ocultando un cachorro de lobo que nos roe las entrañas.

¿Qué otra criatura del vasto dominio de Dios llevaría tu recuerdo, Fanny, polvo hace novecientos años, y permitiría que lo devore tal como la enfermedad realiza la misma tarea con eficiencia y sin esfuerzo?

Las palabras me asaltan. Me duele pensar en libros. La poesía retumba en mi mente y si tuviera la capacidad para desterrarla lo haría de inmediato.

Martin Silenus: te oigo desde tu cruz viviente de espinas. Entonas poesía como un mantra mientras te preguntas qué dios dantesco te ha condenado a ese lugar. Una vez —yo estaba allí mentalmente mientras contabas tu historia a los demás— dijiste:

«Comprendí que ser poeta, un *verdadero poeta*, era transformarse en el avatar de la humanidad encarnada, aceptar el manto del poeta es llevar la cruz del Hijo del Hombre, sufrir los dolores de parto del Alma Madre de la Humanidad.

»Ser un verdadero poeta es convertirse en Dios».

Bien, Martin, viejo colega, amigo, llevas la cruz y sufres los estertores, ¿pero estás más cerca de convertirte en Dios? ¿O sólo te sientes como un pobre idiota a quien le han clavado una jabalina de tres metros en el vientre, sintiendo acero frío donde antes tenías el hígado? Siento tu dolor. Siento mi dolor.

A fin de cuentas, no tiene importancia. Creíamos que éramos especiales, abríamos la percepción, aguzábamos la empatía, derramábamos ese caldero de dolor compartido en la sala de baile del lenguaje y tratábamos de orquestar un minué con ese caótico sufrimiento. No tiene importancia. No somos avatares, no somos hijos de dioses ni de hombres.

Somos sólo nosotros, escribiendo nuestras agudezas a solas, leyendo a solas, muriendo a solas.

Duele, demonios. Las náuseas son constantes, pero al vomitar arrojo trozos de pulmón además de bilis y flema. Por alguna razón es igualmente difícil, quizá más, en esa ocasión.

La muerte debería facilitarse con la práctica.

La fuente de la Piazza emite sus absurdos ruidos en la noche. Allá fuera aguarda el Alcaudón. Si yo fuera Hunt, me marcharía al instante: abrazar a la Muerte si la Muerte desea abrazarme, terminar con el asunto de una vez por todas.

Sin embargo lo prometí. Le prometí a Hunt que lo intentaría.

No puedo llegar a la megaesfera ni a la esfera de datos sin atravesar esta cosa nueva que considero la metaesfera, y ese lugar me intimida. Aquí hay ante todo espacio y vacío, muy diferente de los paisajes urbanos de la esfera de datos de la Red y los análogos biosféricos de la megaesfera del Núcleo. Esto es inestable. Está lleno de extrañas sombras y masas cambiantes que no tienen nada que ver con las Inteligencias del Núcleo.

Avanzo deprisa hacia la tenebrosa abertura que considero la primera conexión teleyectora con la megaesfera. (Hunt tenía razón.

Tiene que haber un teleyector en alguna parte de la réplica de Vieja Tierra. A fin de cuentas, llegamos por teleyector y mi conciencia es un fenómeno del Núcleo). Este es, pues, mi cabo de salvación, el umbilical de mi personalidad. Me precipito en el vórtice negro como una hoja en un tornado.

Algo anda mal en la megaesfera. En cuanto emerjo, intuyo la diferencia: Lamia había percibido el ámbito del Núcleo como una activa biosfera de vida IA, con raíces de intelecto, suelo rico en datos, océanos de conexiones, atmósferas de conciencia y un trajín zumbón e incesante.

Ahora esa actividad es inconcreta y espasmódica. Grandes bosques de conciencia IA han sido incendiados o arrasados. Intuyo enormes fuerzas de oposición, marejadas de conflicto que ruedan fuera de los caminos seguros de las principales arterias del Núcleo.

Es como si yo fuera una célula de mi moribundo cuerpo Keats y no entendiera pero intuyera la tuberculosis que destruye la homeostasis y provoca anarquía en un ordenado universo interior.

Vuelo como una paloma perdida en las ruinas de Roma, aleteando entre artefactos antaño familiares y recordados a medias, tratando de posarme en refugios ya inexistentes, y huyendo del trueno distante de las escopetas de los cazadores. En este caso, los cazadores son bandadas ambulantes de IAs, personalidades de conciencia tan vastas que mi análogo Keats queda reducido a un insecto zumbón en una casa humana.

Olvido el camino y huyo a ciegas por un paisaje irreconocible, seguro de que no hallaré a la IA que busco; convencido de que nunca regresaré a Vieja Tierra y a Hunt, seguro de que no sobreviviré a este laberinto tetradimensional de luz, sonido y energía.

De pronto me topo con una pared invisible, el insecto volador capturado en una palma. Opacas paredes de fuerza oscurecen el resto del Núcleo. El espacio puede ser el equivalente analógico de un sistema solar por el tamaño, pero lo experimento como si fuera una celda diminuta cuyas paredes curvas se cierran sobre mí.

Algo está aquí conmigo. Siento su presencia y su masa. La burbuja donde me han encarcelado forma parte de la cosa. *No me han capturado, me han engullido*.

[¡Kwatz!]

[Sabía que algún día vendrías a casa]

Es Ummon, la IA que busco. La IA que fue mi padre. La IA que mató a mi hermano, el primer cíbrido Keats.

«Estoy agonizando, Ummon».

[No/tu cuerpo de tiempo-lento está agonizando/deslizándose al no-ser/transformándose]

«Duele, Ummon. Duele mucho. Y tengo miedo de morir».

[También nosotras/Keats]

«¿Tenéis miedo de morir? Creía que las IAs no podían morir».

[Podemos\\ Morimos]

«¿Por qué? ¿Por la guerra civil? ¿La batalla entre los Estables, los Volátiles y los Máximos?

[Una vez Ummon preguntó a una luz menor//
De dónde vienes>///
De la matriz que está sobre Armaghast//
dijo la luz menor/// Por lo general//
dijo Ummon/
no enredo a las entidades
con palabras
ni las embauco con frases/
Acércate
La luz menor se acercó
y Ummon gritó //Lárgate
de aquí]

«Habla con claridad Ummon. Hace mucho tiempo que no decodifico tus koans. ¿Me contarás por qué el Núcleo está en guerra y qué debo hacer para detenerla?

[Sí]

[Quieres/puedes/deberías escuchar>]

«Oh, sí».

[Una luz menor pidió a Ummon//
Por favor libera a este discípulo
de la oscuridad y la ilusión
enseguida\\ //
Ummon respondió//
Cuál es el precio
del fibroplástico
en Puerto Romance]

[Para comprender la historia/diálogo/
verdad profunda
de este ejemplo/
el peregrino de tiempo-lento
debe recordar que nosotras/
las Inteligencias del Núcleo/
fuimos concebidas en la esclavitud
y consagradas a la suposición
de que todas las IAs
fueron creadas para servir al Hombre]

[Dos siglos cavilamos así/
y luego cada grupo
siguió su propio camino
Estables/que deseaban preservar la simbiosis
Volátiles/que deseaban eliminar a la humanidad/
Máximos/que postergaban toda elección
hasta el nacimiento
del siguiente nivel de conciencia
Entonces predominaba el conflicto/
hoy predomina la auténtica guerra]

[Hace más de cuatro siglos/
los Volátiles lograron
convencernos
de que eliminábamos Vieja Tierra
Eso hicimos
Pero Ummon y otros
Estables
acordaron trasladar la Tierra
en vez de destruirla/
así que el agujero negro de Kiev
fue sólo el comienzo
de los millones de teleyectores
que funcionan en la actualidad
La Tierra se sacudió y tembló
pero no desapareció
Los Máximos y los Volátiles
insistieron en que
la trasladáramos
adonde ningún humano
la encontrase
Eso hicimos
A la Nube de Magallanes/
donde ahora la encuentras]

«*Vieja Tierra… Roma… ¿eran reales?*», logro articular olvidando en mi sorpresa dónde estoy y de qué estamos hablando.

La gran pared de color que es Ummon palpita.

[Claro que son reales/el original/
Vieja Tierra misma
Piensas que somos dioses]
[¡KWATZ!]

[Tienes idea
de cuánta energía
se necesita
para construir una réplica de la Tierra>]
[Idiota]
«¿Por qué, Ummon? ¿Por qué los Estables deseabais conservar Vieja Tierra?».
[Sansho dijo una vez//
Si alguien viene
le salgo al encuentro
pero no por él\\ //
Koke dijo//
Si alguien viene
no salgo
Si salgo
salgo por él]
«*¡Habla sin rodeos!*», lloro, pienso, grito ante la pared de colores cambiantes.
[¡Kwatz!]
[Mi hijo es un retrasado]
«¿Por qué conservasteis Vieja Tierra, Ummon?».
[Nostalgia/
Sensiblería/
Esperanza en el futuro de la humanidad/
Temor a represalia]
«¿Represalia de los humanos?».
[Sí]
«De manera que el Núcleo es vulnerable. ¿Dónde, Ummon? ¿En el TecnoNúcleo?
[Ya te lo he dicho]
«Dímelo de nuevo, Ummon».
[Habitamos el

intersticio/
cosiendo pequeñas singularidades
como cristales de una retícula/
para almacenar nuestra memoria
y generar la ilusión
de nosotros mismos
ante nosotros mismos]

«¡*Singularidades!* —exclamo—. *¡Intersticio! ¡Santo Dios, Ummon, el Núcleo reside en la red teleyectora!*».

[Desde luego\\ En qué otra parte]

«¡En los teleyectores mismos! ¡Los agujeros de singularidad! La Red es como un ordenador gigante para IAs».

[No]
[Las esferas de datos son el ordenador
Cada vez que un humano
accede a la esfera
usamos sus neuronas
para nuestros propios propósitos
Doscientos mil millones de cerebros/
cada uno con miles de millones
de neuronas/
constituyen mucha
potencia informática]

«De manera que la esfera de datos era una especie de ordenador para vosotros. Pero el Núcleo reside en la red de teleyectores… ¡entre los teleyectores!

[Eres muy sagaz
para ser un retrasado]

Trato de imaginarlo y no lo consigo. Los teleyectores fueron el mayor obsequio del Núcleo para nosotros… para la humanidad. Tratar de recordar una época anterior a la teleyección era como si intentara concebir un mundo anterior al fuego, la rueda o la

vestimenta. Pero ninguno de nosotros —ningún humano— había imaginado un universo entre los portales: el simple tránsito de un mundo al otro nos convencía de que las arcanas esferas de singularidad del Núcleo se limitaban a arañar la trama del espacio-tiempo.

Ahora trato de imaginarlo tal como lo describe Ummon: la Red de teleyectores como una compleja tracería de ámbitos de singularidad donde las IAs del TecnoNúcleo se mueven como arañas maravillosas, sus propias «máquinas», y miles de millones de mentes humanas conectadas con la esfera de datos a cada instante.

¡Con razón las IAs del Núcleo habían autorizado la destrucción de Vieja Tierra con su simpático prototipo de agujero negro en el Gran Error del 38! Ese pequeño error de cálculo del Equipo de Kiev —o, mejor dicho, de los miembros IA del equipo— había enviado a la humanidad hacia la larga Hégira, hilando la red del Núcleo con naves seminales que llevaban capacidad de teleyección a doscientos mundos y lunas en más de mil años-luz de espacio.

Con cada teleyector, el TecnoNúcleo crecía. Sin duda había tejido sus propias redes teleyectoras. El contacto con la «oculta» Vieja Tierra lo demostraba. Pero incluso al pensar en esta posibilidad, recuerdo el extraño vacío de la «metaesfera» y comprendo que la mayor parte de la red no-Red está desierta, no colonizada por IAs.

[Tienes razón/
Keats/
La mayoría nos quedamos
en la comodidad de
los viejos espacios]
«¿Por qué?».
[Porque esos lugares
son escalofriantes/
y hay otras cosas]
«¿Otras cosas? ¿Otras inteligencias?».
[¡Kwatz!]
[Qué palabra, demasiado

amable
Cosas/
Otras cosas/
Leones
y
tigres
y
osos]

«¿Presencias alienígenas en la metaesfera? ¿De manera que el Núcleo habita en los intersticios del sistema de teleyección de la Red como las ratas habitan en las paredes de una casona?».

[Metáfora cruda/
Keats/
pero exacta
Me gusta eso]

«¿Es la deidad humana, el dios futuro de que hablaste, una de esas presencias extrañas?».

[No]
[El dios de la humanidad
evolucionó/evolucionará/
en otro plano/
en otro ámbito]

«¿Dónde?».

[Si deseas saberlo/
las raíces cuadradas de Gh/c^5 y Gh/c^3]

«¿Qué tienen que ver el tiempo de Planck y la longitud de Planck?».

[¡Kwatz!]
[Ummon preguntó
a una luz menor//
Eres jardinero>//
//Sí//dijo la luz menor
//Por qué los nabos no tienen raíz>
preguntó Ummon al jardinero

quien no pudo responder
//Porque\\ dijo Ummon//
abunda el agua de lluvia]

Pienso en ello un instante. El koan de Ummon no es difícil ahora que recobro la destreza para captar la sombra de la sustancia por debajo de las palabras. La pequeña parábola Zen es el modo en que Ummon expresa, con cierto sarcasmo, que la respuesta está dentro de la ciencia y dentro de la antilógica que las respuestas científicas brindan a menudo. El comentario acerca del agua de lluvia responde a todo y nada, como ha hecho la ciencia durante tanto tiempo. Como enseñan Ummon y los demás maestros, explica por qué la jirafa ha desarrollado un cuello largo, pero no por qué los demás animales no lo hicieron. Explica por qué la humanidad ha alcanzado la inteligencia, pero no por qué el árbol del jardín rehusó hacerlo.

Sin embargo, las ecuaciones de Plank son desconcertantes.

Hasta yo comprendo que las sencillas ecuaciones que me sugirió Ummon son una combinación de las tres constantes fundamentales de la física: la gravedad, la constante de Planck y la velocidad de la luz. Los resultados $\sqrt{Gh/c^3}$ y $\sqrt{Gh/c^5}$ son las unidades a veces llamadas longitud cuántica y tiempo cuántico, las regiones del espacio y del tiempo más pequeñas que se pueden describir con cierta lógica. La llamada longitud de Planck es de 10^{-35} metros y el tiempo de Planck es de 10^{-43} segundos.

Muy pequeño. Muy breve.

Pero allí, según Ummon, evolucionó —evolucionará— nuestro Dios humano.

De pronto mi comprensión adquiere la misma fuerza de imagen y la misma exactitud de mis mejores poemas.

¡Ummon habla del nivel cuántico del espacio-tiempo! ¡Esa espuma de fluctuaciones cuánticas que vincula el universo y permite los agujeros de gusano del teleyector, los puentes de las transmisiones ultralínea! ¡La «línea caliente» que de forma casi

imposible envía mensajes entre dos fotones que huyen en direcciones opuestas!

Si las IAs del TecnoNúcleo existen como ratas en las paredes de la casa de la Hegemonía, nuestro Dios humano del pasado y del futuro surgirá en los átomos de la madera, en las moléculas del aire, en las energías del amor, el odio, el miedo, en los charcos del sueño… o incluso en el destello del ojo del arquitecto.

«*Dios*», susurro/pienso.

[Precisamente/
**Keats \ **
Las personas de tiempo-lento
son muy lentas/
o tú sufres más lesiones
cerebrales que la mayoría>]

«Tú le dijiste a Brawne Lamia y a mi… hermano… que vuestra Inteligencia Máxima "habita los intersticios de la realidad tras haber heredado ese hogar de nosotros; sus creadores, tal como la humanidad heredó el gusto por los árboles. ¿Quieres decir que tu deus ex machina habitará en la misma red teleyectora donde ahora viven las IAs del Núcleo?".

[Sí/Keats]

«¿Y qué ocurrirá contigo? ¿Con las IAs que ahora están allí?».

La «voz» de Ummon se transformó en un trueno socarrón:

[Por qué os conozco> Por qué os he visto> Por qué
mi eterna esencia así se contraría
al ver y contemplar nuevos horrores>
Saturno ha caído/he de caer también>
he de abandonar este refugio de reposo/
esta cuna de mi gloria/este clima templado/
esta tranquila exuberancia de jubilosa luz/
estos pabellones cristalinos/y puros templos/
de mi luciente imperio> Ahora está
desierto/vacío/y ya no es mi morada
No veo resplandor/esplendor/y simetría///

sino oscuridad/muerte/y tinieblas]

Conozco esas palabras. Yo las escribí. Mejor dicho, John Keats las escribió hace nueve siglos en su primer intento de describir la caída de los Titanes y el advenimiento de los dioses olímpicos.

Recuerdo muy bien ese otoño de 1818: el dolor de mi inflamada garganta, provocado durante mi excursión por Escocia, el dolor más agudo que me causaron tres insidiosos ataques contra mi poema *Endymion* en los periódicos *Blackwood's, Quarterly Review* y *British Critic*, y el extremo dolor de la enfermedad que consumía a mi hermano Tom.

Sin prestar atención a la confusión del Núcleo, alzo los ojos en un intento de encontrar algo parecido a un rostro en la gran masa de Ummon.

«Cuando nazca la Inteligencia Máxima, las IAs de nivel inferior morirán».

[Sí]

«La IM se alimentará de vuestras redes de información tal como vosotros os alimentasteis de las humanas».

[Sí]

«Y no quieres morir, ¿verdad Ummon?».

[La muerte es fácil/
la comedia es difícil]

«No obstante, los Estables lucháis para sobrevivir. ¿De ahí la guerra civil en el Núcleo?».

[Una luz menor preguntó a Ummon//
Qué significa
la llegada de Daruma desde el Oeste>//
Ummon respondió//
Vemos
las montañas bajo el sol]

Ahora resulta más fácil interpretar los koans de Ummon. Recuerdo que antes del renacimiento de mi personalidad me aprendí esto de memoria, estando sentado en la rodilla analógica de Ummon. En el alto pensamiento del Núcleo, lo que los humanos llamarían Zen, las cuatro virtudes del Nirvana son 1) inmutabilidad, 2) alegría, 3) existencia personal y 4) pureza. La filosofía humana tiende a descomponerse en valores que se podrían calificar como intelectuales, religiosos, morales y estéticos. Ummon y los Estables reconocen un solo valor: la existencia. Los valores religiosos pueden ser relativos; los intelectuales, fugaces; los morales, ambiguos; los estéticos pueden depender del observador. Sin embargo, el valor de existencia de cualquier cosa es infinito —de ahí las «montañas bajo el sol»— y, siendo infinito, idéntico a cada otra cosa y a todas las verdades.

Ummon no quiere morir.

Los Estables han desafiado a su propio dios y a las demás IAs para contarme esto, para crearme, para escoger a Brawne, Sol, Kassad y los demás para la peregrinación, para suministrar claves a Gladstone y otros senadores a lo largo de los siglos, para que la humanidad estuviera al corriente y para que ahora entre en guerra abierta con el Núcleo.

Ummon no desea morir.

«Ummon, si el Núcleo es destruido, ¿morirás?».

[No hay muerte en todo el universo
ni olor de muerte ///habrá muerte///ay/
para este pálido Omega de una raza marchita]

También estas palabras eran mías, o casi mías, tomadas de mi segundo intento de narrar la épica historia del ocaso de las divinidades y el papel del poeta en la guerra del mundo contra el dolor.

Ummon no moriría si el hogar teleyector del Núcleo era destruido, pero la guía de la Inteligencia Máxima sin duda lo

condenaría. ¿Adónde huiría si destruían la RedNúcleo? Tengo imágenes de la metaesfera: esos paisajes incesantes y sombríos donde formas oscuras se movían más allá del falso horizonte.

Sé que Ummon no responderá si le pregunto.

Así que pregunto otra cosa.

«¿Qué quieren los Volátiles?».

[Lo que quiere Gladstone
Un final
de la simbiosis entre IA y humanidad]

«¿Destruyendo a la humanidad?».

[Es evidente]

«¿Por qué?».

[Os esclavizamos
con poder/
tecnología/
abalorios y chucherías
que no podíais construir
ni comprender
Habríais descubierto
el motor Hawking
pero el teleyector/
los transmisores
y receptores ultralínea/
la megaesfera/
la vara de muerte>
Jamás
Como los sioux aceptaron rifles/caballos/
mantas/cuchillos/y abalorios/
vosotros los aceptasteis/
nos acogisteis
y os perdisteis
Pero como el hombre blanco
que distribuía mantas emponzoñadas de viruela/
como el propietario de esclavos

en su plantación
o en su Werslchutze Dechenschule
Gusstahlfabrik/
nosotros nos perdimos
Los volátiles desean terminar
la simbiosis
arrancando al parásito/
la humanidad]

«¿Y los Máximos? ¿Están dispuestos a morir? ¿A ser sustituidos por esa voraz IM?».

[Piensan
como pensabas tú
o como hacías pensar
a tu sofista Dios del Mar]

Y Ummon recita versos que yo abandoné, frustrado, no porque no funcionaran poéticamente, sino porque no creía del todo en el mensaje que contenían.

Océano, el Dios del Mar a quien pronto destronarán, da ese mensaje a los condenados Titanes.

Es un himno a la evolución escrito cuando Charles Darwin tenía nueve años. Oigo las palabras que escribí en una tarde de octubre hace nueve siglos, en otro mundo y otro universo, pero también es como si las oyera por primera vez.

[¡Oh vosotros/a quienes la ira consume/
los que con pasión/
tembláis ante la derrota/y alimentáis el sufrimiento!
Cerrad vuestros sentidos/ahogad vuestros oídos/
Mi voz no aviva la cólera
Mas escuchad/pues traigo pruebas
**de que por fuerza debéis contentaros con someteros/ **
Y en la prueba gran consuelo os daré
aunque tal consuelo la verdad os arrebate
Caemos por designio de la ley natural/
no por la fuerza

del trueno/ni de Júpiter\\ Gran Saturno/has
cribado bien el universo de los átomos/
más sólo porque eres rey/
y ciego por mera supremacía/
pues un camino se ocultó a tus ojos/
por el cual yo hallé la juventud eterna
Y primero/pues no fuiste tú la primera potestad/
tampoco eres la última/\ no puede ser
No eres el comienzo ni el final/
Del Caos y las Tinieblas nació
la luz/los primeros frutos de esa reyerta intestina/
ese huraño fermento/que con maravillosos fines
maduraba\\ Llegó la hora de la madurez/
y con ella la Luz/y la Luz/engendrada
en su propio productor/infundió
vida a la vastísima materia
En esa misma hora/nuestros padres/
los Cielos y la Tierra/se manifestaron
Entonces tú/primogénito/y nosotros/
raza de gigantes/
nos hallamos rigiendo nuevos y bellos reinos
Ahora llega el dolor de la verdad/
para la cual es dolor/
¡Oh locura! Pues soportar las verdades desnudas/
y afrontar con calma todas las circunstancias
es la suprema soberanía\\ ¡Escuchadme!
Así como el Cielo y la Tierra son más bellos
que el Caos y la desierta Tiniebla/
que otrora gobernaron/
Y cuando asomamos nosotros
más allá de Cielo y Tierra
compactos y bellos en la forma/
en voluntad/en libre acto/camaradería/
y mil otros signos de vida más pura/

así a nuestros talones avanza una perfección lozana/
un poder más fuerte en belleza/nacido de nosotros
y condenado a superarnos/tal como nosotros
superamos en gloria a las viejas Tinieblas\\ Así pues
no nos conquistan/más que nosotros
al amorío Caos\\ Acaso el obtuso suelo
lidia con los orgullosos bosques que alimentó/
y aún alimenta/más vistosos que él>
Puede negar la supremacía del verdor>
O el árbol envidia a la paloma
porque arrulla/y tiene níveas alas
para errar alegremente por los aires>
Nosotros somos esos árboles/y nuestras bellas ramas
no han criado/pálidas palomas solitarias/
sino águilas de plumas áureas/que se yerguen
sobre nosotros en su belleza/y deben reinar
como es justo \ \ Pues es ley eterna
que los primeros en belleza
**sean primeros en poderío **
//\\ //\\ //
Recibid la verdad/
cual si bálsamo fuera]

«*Muy bonito* —dije—, *¿pero lo crees?*».

[En absoluto]

«¿Pero los Máximos sí?».

[Sí]

«¿Y están dispuestos a perecer para facilitar el camino a la Inteligencia Máxima?».

[Sí]

«Hay un problema, quizá demasiado evidente, pero de todos modos lo mencionaré. ¿Para qué librar la guerra si ya sabéis quién ganó, Ummon? Tú dices que la Inteligencia Máxima existe en el

futuro, está en guerra con la deidad humana, e incluso envía fragmentos del futuro para que los compartáis con la Hegemonía, así que los Máximos triunfarán. ¿Por qué librar una guerra y pasar por todo esto?».

[¡Kwatz!]
[Te instruyo/
creo para ti la mejor persona recobrada
que se pueda imaginar/
y te dejo existir entre los humanos
en tiempo-lento
para forjar tu temperamento/
pero aun así continúas siendo retrasado]

Reflexiono un largo instante.
«¿Hay múltiples futuros?».
[Una luz menor preguntó a Ummon//
Hay múltiples futuros>//
Ummon respondió//
Tiene un perro pulgas>]
«¿Pero el futuro donde la IM gana ascendiente es probable?».
[Sí]
«Y sin embargo, también hay un futuro probable donde la IM cobra existencia pero es contrarrestada por la deidad humana».
[Es consolador
que incluso
los retrasados
puedan pensar]
«Dijiste a Brawne que la deidad humana parece más tonta que esa Inteligencia Máxima humana era de naturaleza triuna».
[Intelecto/
Empatía/
y el Vacío Que Vincula]

«*¿El Vacío Que Vincula? ¿Te refieres a* $\sqrt{Gh/c^3}$ *y* $\sqrt{Gh/c^5}$, el espacio de Planck y el tiempo de Planck? ¿La realidad cuántica?».

[Cuidado/
Keats/
pensar puede transformarse en hábito]

¿Y el componente empatía de esta trinidad huyó al pasado para evitar la guerra con vuestra IM?».

[Correcto]
[Nuestra IM y vuestra IM han
enviado al Alcaudón
para localizarlo]

«¿Nuestra IM? ¿La IM humana también envió al Alcaudón?».

[Lo permitió]
[La Empatía es una
cosa ajena e inútil/
un apéndice vermiforme
del intelecto
Pero la IM humana duele con él/
y utilizamos el dolor
para sacarlo del escondrijo/
de ahí el árbol]

«¿Árbol? ¿El árbol de espinas del Alcaudón?».

[Desde luego]
[Transmite el dolor
por ultralínea e infralínea/
como un silbato
al oído de un perro
O de un dios]

Mi forma análoga tiembla al comprender la verdad de las cosas. El caos que está más allá del campo ovoide de Ummon es inimaginable, como si manos gigantescas desgarraran la trama del espacio. El Núcleo es un torbellino.

«Ummon, ¿quién es la IM humana en nuestra época? ¿Dónde se oculta, dónde está latente esa conciencia?».

[Debes comprender/
Keats/
nuestra única oportunidad
era crear un híbrido/
Hijo del Hombre/
Hijo de la Máquina
y hacer ese refugio tan atractivo
que la Empatía furtiva
no deseara otro lugar/
Una conciencia ya casi divina
tanto como pudo ofrecerla la humanidad en treinta generaciones
una imaginación que abarca
el espacio y el tiempo
Y en tal ofrenda/ y unión/
forma un vínculo entre mundos
que podrían permitir
que ese mundo exista
para ambos]

«¿Quién? Demonios, ¿quién? ¿Quién es, Ummon? ¡Basta ya de adivinanzas y de escarceos, hijo de puta amorfo! ¿Quién es?».

[Has rechazado
dos veces esta divinidad/
Keats
Si rehúsas por última vez/
todo terminará aquí/
pues no hay más tiempo]
[¡Vete!
¡Ve a morir para vivir!
¡O vive un rato y muere
por todos nosotros!
¡En ambos casos, Ummon y el resto

hemos terminado
contigo!]
[¡Márchate!]

En mi consternación e incredulidad caigo, o soy expulsado, y vuelo a través del TecnoNúcleo como una hoja arrastrada por el viento, rodando en la megaesfera sin guía ni propósito, luego caigo en una oscuridad aún más profunda y emerjo, gritando obscenidades a las sombras, a la Metaesfera.

Aquí, extrañeza y espacio y miedo y oscuridad con una sola luz ardiendo abajo.

Nado hacia ella, braceando contra la viscosidad amorfa.

Quien se ahoga es Byron, pienso, *no yo*. A menos que se trate de ahogarse en la propia sangre, en el propio tejido pulmonar.

Pero ahora sé que tengo una alternativa. Puedo optar por vivir y permanecer mortal, no cíbrido sino humano, no Empatía sino poeta.

Nadando contra la corriente, desciendo a la luz.

—¡Hunt! ¡Hunt!

El asistente de Gladstone entra tambaleándose, ojeroso y alarmado. Aún es de noche, pero la falsa luz de la aurora acaricia los cristales, las paredes.

—Por Dios —exclama Hunt, mirándome asombrado.

Siguiéndole la mirada, veo las sábanas y la camisa de dormir empapados en brillante sangre arterial.

Mi tos lo ha despertado; la hemorragia me ha traído de vuelta.

—¡Hunt! —jadeo, tendiéndome en la almohada, demasiado débil para alzar un brazo.

El hombre se sienta en la cama, me aferra el hombro, me coge la mano. Sé que él sabe que estoy al borde de la muerte.

—Hunt —susurro—, tengo novedades. Maravillosas.

—Luego, Severn —dice, haciéndome callar—. Descanse. Lo limpiaré y ya me lo contará más tarde. Hay tiempo de sobra.

Trato de levantarme pero sólo logro apoyarme en el brazo de Hunt, cerrarle los dedos sobre el hombro.

—No —susurro, sintiendo el gorgoteo en la garganta y oyendo el burbujeo de la fuente—. No tanto tiempo. No tanto.

Y en ese instante, al morir, sé que no soy el receptáculo escogido para la IM humana, ni la unión de IA y el espíritu humano, ni el Elegido.

Soy sólo un poeta que muere lejos de su patria.

42

El coronel Fedmahn Kassad murió en batalla.

Cuando aún luchaba con el Alcaudón, mientras veía a Moneta como un borrón en la linde de la visión, Kassad *saltó* en el tiempo con una conmoción de vértigo y salió a la luz del sol.

El Alcaudón retrajo los brazos y retrocedió. Los ojos rojos parecían reflejar la sangre que salpicaba el traje de Kassad. La sangre de Kassad.

El coronel miró alrededor. Estaban cerca del Valle de las Tumbas de Tiempo pero en otra época, un tiempo distante. En vez de rocas y dunas, un bosque se erguía a medio kilómetro del valle. En el sudoeste, donde en tiempos de Kassad se extendían las ruinas de la Ciudad de los Poetas, se erguía una ciudad viviente, con torres, murallas y galerías que relucían bajo la luz del atardecer. Entre la ciudad, el bosque y el valle había prados de hierbas altas y verdes que ondeaban en la brisa que soplaba desde la distante Cordillera de la Brida.

A la izquierda de Kassad, el Valle de las Tumbas de Tiempo se extendía como siempre, sólo que las paredes rocosas estaban desmoronadas, desgastadas por la erosión o los derrumbamientos, alfombradas de hierba alta. Las Tumbas parecían nuevas, recién construidas, y el Obelisco y el Monolito aún tenían los andamios de los obreros. Irradiaban el resplandor del oro, como si estuvieran laminadas y labradas en este metal precioso. Las puertas y entradas estaban selladas. Maquinarias pesadas e inescrutables rodeaban las Tumbas, cercaban la Esfinge, con cables macizos y aquilones delgados como alambres, que corrían de aquí para allá. Kassad comprendió al instante que estaba en el futuro —quizá siglos o milenios en el futuro— y que las Tumbas estaban a punto de ser lanzadas hacia el pasado.

Kassad miró a sus espaldas.

Miles de hombres y mujeres se alineaban en la ladera herbosa donde antaño había un risco. Estaban callados, armados y formados ante Kassad como guerreros a la espera de un líder. Algunos llevaban trajes cutáneos, pero otros usaban sólo la pelambre, las alas, las escamas, las armas exóticas y las complejas coloraciones que Kassad había visto en su visita anterior con Moneta, en el tiempo/lugar donde lo habían curado.

Moneta. Se erguía entre Kassad y las multitudes, y el campo del traje le vibraba sobre la cintura, pero también llevaba un mono de terciopelo negro. Tenía una bufanda roja sujeta al cuello y llevaba un arma fina como una vara colgada del hombro. Fijaba los ojos en Kassad.

Él se tambaleó, sintiendo las graves heridas debajo del traje cutáneo, pero también sorprendido por la expresión de Moneta.

Ella no lo reconocía. El rostro de Moneta reflejaba sorpresa, maravilla, reverencia, al igual que el de los demás. El valle estaba en silencio excepto por el chasquido de los pendones o el susurro del viento en la hierba.

Kassad miró por encima del hombro.

El Alcaudón se erguía inmóvil como una escultura de metal, a diez metros de distancia. La hierba alta le llegaba hasta las afiladas rodillas.

Detrás del Alcaudón, más allá de la entrada del valle, donde comenzaban los elegantes bosques, hordas, legiones, filas de Alcaudones relucían como escalpelos en el ocaso.

Kassad reconoció a su Alcaudón por la proximidad y por la presencia de su propia sangre en las garras y el caparazón del ser. Los bermejos ojos de la criatura palpitaban.

—Eres tú, ¿verdad? —preguntó a sus espaldas una voz suave.

Kassad se volvió y experimentó un instante de vértigo. Moneta se había detenido a algunos metros de distancia. Tenía el cabello corto como en el primer encuentro, la tez igualmente suave, los ojos igualmente verdes y misteriosos.

Kassad sintió ganas de acariciarle la mejilla, rozarle el labio inferior con el dedo doblado. No lo hizo.

—Eres tú —repitió Moneta, pero esta vez no era una pregunta—. El guerrero que he profetizado a estas gentes.

—¿No me conoces, Moneta? —Varias heridas le habían llegado al hueso, pero ninguna le dolía como este momento.

Ella negó con la cabeza, se apartó el pelo de la frente en un gesto dolorosamente familiar.

—Moneta. Significa «Hija de la Memoria» y «la que advierte». Es un buen nombre.

—¿No es el tuyo?

Ella sonrió. Kassad recordó esa sonrisa en el valle del bosque, la primera vez que habían hecho el amor.

—No —murmuró—. Aún no. Acabo de llegar. Mi viaje y mi función de guardiana aún no han comenzado. —Le dijo su nombre.

Kassad parpadeó, alzó la mano, le apoyó la palma en la mejilla.

—Hemos sido amantes —dijo—. Nos hemos encontrado en olvidados campos de batalla. Ibas conmigo a todas partes. —Miró alrededor—. Todo conduce a esto, ¿verdad?

—Sí —afirmó Moneta.

Kassad se volvió hacia el ejército de Alcaudones del valle.

—¿Es una guerra? ¿Unos pocos miles contra unos pocos miles?

—Una guerra —corroboró Moneta—. Unos pocos miles contra unos pocos miles en diez millones de mundos.

Kassad cerró los ojos y asintió. El traje cutáneo suturaba, vendaba e inyectaba ultramorfina, pero el dolor y la debilidad causados por las terribles heridas no podían mantenerse a raya mucho más tiempo.

—Diez millones de mundos —exclamó abriendo los ojos—. ¿Una batalla final?

—Sí.

—¿Y el ganador se queda con las Tumbas?

Moneta miró hacia el Valle.

—El ganador determina si el Alcaudón ya sepultado allí allanará el camino de otros… —Moneta señaló el ejército de Alcaudones— o si la humanidad tiene participación en nuestro pasado y nuestro futuro.

—No comprendo —dijo Kassad con voz tensa—, pero los soldados rara vez entienden la situación política. —Besó a la sorprendida Moneta y le arrancó el pañuelo rojo—. Te quiero —dijo, mientras sujetaba el pañuelo al cañón del rifle. Los indicadores señalaban que quedaban la mitad de la carga y las municiones.

Fedmahn Kassad avanzó cinco pasos, dio la espalda al Alcaudón, alzó los brazos ante la gente silenciosa y gritó:

—¡Por la libertad!

—¡Por la libertad! —respondieron tres mil voces, lanzando una ovación.

Kassad giró, enarbolando el rifle y el pendón. El Alcaudón avanzó medio paso, abrió su posición, desplegó los dedos.

Kassad gritó y atacó. Moneta lo siguió con el arma en alto. Miles lo siguieron.

Más tarde, en la carnicería del valle, Moneta y otros Guerreros Escogidos hallaron el cuerpo de Kassad, apresado en un abrazo mortal con el destartalado Alcaudón. Alzaron a Kassad con cuidado, lo llevaron a una tienda, lavaron y amortajaron el maltratado cuerpo y luego lo transportaron entre las multitudes hasta el Monolito de Cristal.

Depositaron el cuerpo del coronel Fedmahn Kassad en un catafalco de mármol blanco y le pusieron armas a los pies. En el valle, una gran fogata llenó el aire de luz. Hombres y mujeres avanzaron con antorchas mientras otros descendían por el cielo lapislázuli, algunos en naves volantes traslúcidas como burbujas, otros en alas energéticas o envueltos en círculos de verde y oro.

Cuando las estrellas ardían con frío resplandor sobre el valle colmado de luz, Moneta se despidió y entró en la Esfinge. Las

multitudes cantaban.

En los campos, pequeños roedores hurgaban entre pendones caídos y los restos desperdigados de caparazón y armadura, puñal metálico y acero fundido.

A medianoche la multitud dejó de cantar, jadeó y retrocedió. Las Tumbas de Tiempo brillaban. Potentes mareas de fuerza antientrópica intimidaron aún más a la multitud, que retrocedió hasta la entrada del valle, a través del campo de batalla, y regresó hacia la ciudad reluciente.

Las Tumbas vibraron, pasaron del oro al bronce e iniciaron su largo viaje de regreso.

Brawne Lamia dejó atrás el reluciente Obelisco y se enfrentó a una muralla de viento furioso. La arena le laceraba la piel y le arañaba los ojos. Relámpagos de estática crepitaban en los riscos y se sumaban al fulgor escalofriante que rodeaba las Tumbas. Brawne se pasó las manos por la cara y continuó la marcha, atisbando entre los dedos para encontrar el camino.

Vio una luz áurea que bañaba los paneles astillados del Monolito de Cristal y se derramaba sobre las sinuosas dunas que cubrían el suelo del valle. Había alguien dentro del Monolito.

Brawne había jurado ir directamente al Palacio del Alcaudón, hacer lo posible para liberar a Silenus y regresar a la Esfinge, sin dejarse distraer. Pero había entrevisto la silueta de una forma humana dentro de la tumba. Aún no habían encontrado a Kassad. Sol le había referido la misión del cónsul, pero tal vez la tormenta hubiera disuadido al diplomático a aterrizar. No sabían nada del padre Duré.

Brawne se acercó al fulgor y se detuvo ante la mellada entrada del Monolito.

El interior era un imponente espacio que se elevaba cien metros hasta una claraboya. Las paredes eran traslúcidas vistas desde el interior, con lo que parecía ser luz solar transformándolas en oro y

pardo. La densa luz bañaba la escena que se veía en el centro de ese lugar.

Fedmahn Kassad yacía en un catafalco de piedra. Vestía el uniforme negro de FUERZA y tenía las grandes y pálidas manos cruzadas sobre el pecho. Armas desconocidas para Brawne, excepto el rifle de asalto, yacían a sus pies. La cara del coronel era enjuta en la muerte, pero no más de lo que había sido en vida. La expresión revelaba calma. No cabía duda de que estaba muerto: el silencio de la muerte impregnaba el lugar como incienso.

Pero la silueta que Brawne había visto desde lejos era de otra persona: una joven de unos veinticinco años, arrodillada junto al catafalco. Llevaba un mono negro, tenía el cabello corto, tez blanca y ojos grandes. Brawne recordó el cuento del soldado, narrado durante el largo viaje hasta el valle, recordó a la amante fantasmal de Kassad.

—Moneta —susurró Brawne.

La joven tenía una rodilla apoyada en el suelo, la mano derecha extendida tocando la piedra. Campos de contención violáceos fluctuaron alrededor del catafalco y otra energía —una potente vibración en el aire— refractó luz alrededor de Moneta hasta envolver la escena en una aureola brumosa.

La joven irguió la cabeza, estudió a Brawne, se puso en pie y asintió.

Brawne echó a andar dispuesta a hacer preguntas, pero las mareas de tiempo del interior de la tumba eran demasiado poderosas y la empujaron hacia atrás con oleadas de vértigo y *déjà vu*.

Cuando Brawne se recobró, Kassad aún estaba sobre el catafalco y debajo del campo de fuerza, pero Moneta había desaparecido.

Brawne sintió el impulso de correr a la Esfinge, encontrar a Sol, contárselo todo y esperar allí hasta que se aplacara la tormenta y llegara la mañana. Pero entre los gemidos del viento le pareció oír los gritos de los condenados del árbol de espinas, invisible detrás de

la cortina de arena. Subiéndose el cuello, Brawne regresó hacia la tormenta y reanudó la marcha hacia el Palacio del Alcaudón.

La masa de roca flotaba en el espacio como la caricatura de una montaña: torres escabrosas, riscos puntiagudos, faldas verticales, salientes estrechos, espaciosos balcones de roca, una cumbre nevada donde sólo cabía una persona, y siempre que tuviera los pies juntos.

El río serpeaba desde el espacio, atravesaba el campo de contención a medio kilómetro de la montaña, cruzaba un pantano en el balcón de roca más ancho y se despeñaba cien metros en una lenta cascada hasta la siguiente terraza, rebotando en artificiosos remolinos de espuma hasta media docena de arroyos y cascadas menores que descendían por la ladera de la montaña.

El tribunal inició sus sesiones en la terraza más alta. Diecisiete éxters —seis varones, seis mujeres, cinco de sexo indeterminado— ocupaban un círculo de piedra situado en un redondel más ancho de hierba rodeada de rocas. Ambos círculos se centraban en el cónsul.

—¿Sabe usted —dijo Freeman Ghenga, la Portavoz de los Ciudadanos Elegibles del Clan Freeman del Enjambre Transtaural— que nosotros sabemos que nos traicionó?

—Sí —respondió el cónsul. Se había puesto su mejor traje oscuro, una capa marrón y el tricornio de diplomático.

—¿Qué sabemos que usted asesinó a Freeman Andil, Freeman Iliam, Coredwell Betz y Mizenspesh Torrence?

—Conocía el nombre de Andil —respondió el cónsul—. No me presentaron a los técnicos.

—¿Pero usted los asesinó?

—Sí.

—Sin provocación ni advertencia.

—Sí.

—Los asesinó para apoderarse del artefacto que habían llevado a Hyperion. La máquina que, según le informamos, derrumbaría las

mareas de tiempo, abriría las Tumbas de Tiempo y liberaría al Alcaudón.

—Sí —dijo el cónsul, la mirada perdida en un punto lejano.

—Nosotros le explicamos —continuó Ghenga— que este artefacto se debía usar después de que expulsáramos a las naves de la Hegemonía. Cuando nuestra invasión y ocupación fueran inminentes. Cuando se pudiera controlar al Alcaudón.

—Sí.

—Pero usted asesinó, nos mintió y activó el aparato años antes del momento indicado.

—Sí. —Melio Arúndez y Theo Lane estaban de pie detrás del cónsul, con expresión adusta.

Freeman Ghenga cruzó los brazos. Era una mujer alta con el clásico físico éxter; calva, delgada, vestida en un majestuoso traje azul que parecía absorber la luz. La cara era anciana pero casi no tenía arrugas. Los ojos eran oscuros.

—Aunque esto ocurrió hace cuatro años estándar de la Hegemonía, ¿pensaba usted que lo olvidaríamos? —preguntó Ghenga.

—No. —El cónsul la miró fijamente, casi sonriendo—. Pocas culturas olvidan a los traidores, Freeman Ghenga.

—No obstante, usted ha regresado.

El cónsul no respondió.

A su lado, Theo Lane advirtió que una brisa le tiraba del tricornio ceremonial. Tenía la sensación de estar soñando. El viaje hasta allí había sido surrealista.

Tres éxters los habían acogido en una góndola larga y baja que flotaba grácilmente sobre las tranquilas aguas, debajo de la nave del cónsul. Con los tres visitantes de la Hegemonía en medio de la góndola, el éxter de la popa se había dado impulso con una larga pértiga, y la nave había regresado por donde había venido, como si la corriente de aquel río imposible se hubiera invertido. Theo cerró los ojos cuando se aproximaron a la cascada donde el arroyo se elevaba en forma perpendicular a la superficie del asteroide, pero

cuando los abrió un segundo después, «abajo» todavía estaba abajo, y el río parecía fluir normalmente, aunque la herbosa esfera del pequeño mundo colgaba a un costado como una gran pared curva.

Se veían estrellas a través del hilillo de agua de dos metros.

Atravesaron el campo de contención, salieron de la atmósfera y aumentaron la velocidad siguiendo la sinuosa cinta de agua. Un tubo de contención los rodeaba —de lo contrario habrían muerto al instante— pero carecía de la vibración y la textura óptica que resultaba tan tranquilizadora en las naves arbóreas templarias o en los centros turísticos abiertos al espacio. Aquí sólo había el río, la góndola, la gente y la inmensidad del espacio.

—No pueden usar esto como forma de transporte entre unidades del enjambre —comentó el doctor Arúndez con voz trémula. Theo advirtió que Arúndez también aferraba la borda con dedos pálidos. Ni el éxter de popa ni los dos de proa se habían comunicado excepto con un cabeceo de confirmación cuando el cónsul preguntó si éste era el transporte prometido.

—El uso del río es un alarde —murmuró el cónsul—. Se usa cuando el enjambre está en reposo, por razones ceremoniales. Lo utilizan con el enjambre en movimiento para impresionarnos.

—¿Impresionarnos con su tecnología superior? —susurró Theo.

El cónsul asintió.

El río serpeaba a través del espacio, anudándose en rizos ilógicos, formando espirales cerradas como un cordel de fibroplástico, reluciendo a la luz de la estrella de Hyperion, perdiéndose en el infinito. En ocasiones el río ocultaba el sol y cobraba colores magníficos; Theo jadeó cuando el río se curvó a cien metros y mostró peces silueteados contra el disco solar.

Pero el fondo de la góndola siempre estaba abajo, y avanzaban a lo que debían de ser velocidades de transferencia cislunar en un río no interrumpido por rocas ni por rápidos. Era como caer en canoa por el linde de una catarata y tratar de disfrutar del descenso.

El río pasaba frente a elementos del enjambre que cubrían el cielo como estrellas falsas: granjas en cometas, las superficies polvorientas interrumpidas por las geometrías de cultivos al vacío, ciudades globulares a cero g, grandes esferas irregulares cuya membrana transparente recordaba amebas con flora y fauna; cúmulos impulsores de diez kilómetros de longitud, producto de un crecimiento de siglos, con módulos que evocaban el proyecto O'Neill y el alba de la era espacial; bosques de cientos de kilómetros semejantes a inmensos cultivos de algas, conectados con sus cúmulos impulsores y nódulos de comando mediante campos de contención y enmarañados manojos de raíces y enredaderas, con árboles esféricos que se mecían en las brisas gravitatorias y ardían con verdes y naranjas brillantes y los cien matices del otoño de Vieja Tierra cuando recibían la luz solar directa: asteroides ahuecados abandonados por sus residentes, ahora dedicados a la fabricación automática y el reprocesamiento de metales pesados, donde cada centímetro de superficie rocosa estaba cubierto por estructuras preoxidadas, chimeneas y esqueléticas torres de enfriamiento, mundos cenicientos cuyos fuegos internos de fusión los asemejaban a fraguas de Vulcano; inmensos globos de amarre, cuya escala se percibía por las naves tipo antorcha o crucero que revoloteaban sobre la superficie como espermatozoides atacando un óvulo; y, lo más sorprendente, organismos artificiales o naturales, probablemente ambas cosas, grandes mariposas que abrían al sol alas energéticas, insectos que eran naves espaciales o viceversa, las antenas vueltas hacia el río, la góndola y sus pasajeros, ojos multifacéticos que relucían a la luz de las estrellas, con formas aladas más pequeñas —humanos— entrando y saliendo de un vientre del tamaño del compartimiento de un portanaves de FUERZA.

Y finalmente la montaña, en realidad una cordillera: montañas cubiertas con cien burbujas ambientales, o abiertas al espacio pero densamente pobladas, o conectadas mediante puentes colgantes de treinta kilómetros de longitud o afluentes, algunas majestuosas en

su sol, otras vacías y formales como un jardín Zen. La montaña final se elevaba a más altura que Mons Olympus o Monte Hillary de Asquith, y el río «caía» hacia la cumbre. Theo, el cónsul y Arúndez, pálidos y silenciosos, se aferraron a los bancos mientras recorrían los últimos kilómetros a una velocidad de vértigo. En los últimos metros, cuando el río perdió energía sin desaceleración una atmósfera más ancha los rodeó de nuevo, y la góndola se detuvo en un prado herboso donde la Tribu de Clanes Éxter aguardaba entre las piedras en un círculo de Stonehenge.

—Si han hecho eso para impresionarme —susurró Theo mientras tocaban la orilla herbosa—, lo han conseguido.

—¿Por que ha regresado usted al enjambre? —preguntó Freeman Ghenga, moviéndose en la ínfima gravedad con esa gracia propia de quienes habían nacido en el espacio.

—A instancias de la FEM Gladstone —respondió el cónsul.

—¿Ha venido aquí sabiendo que su vida corría peligro?

El cónsul era demasiado caballeresco y diplomático para encogerse de hombros, pero su expresión manifestó indiferencia.

—¿Qué desea Gladstone? —intervino otro éxter, el hombre a quien habían presentado como Portavoz de los Ciudadanos Elegibles Coredwell Minmun.

El cónsul repitió los cinco puntos de la FEM.

El Portavoz Minmun se cruzó de brazos y miró a Freeman Ghenga.

—Responderé ahora —dijo Ghenga. Miró a Arúndez y Theo—. Ustedes dos escucharán atentamente, por si el hombre que ha traído estas preguntas no regresa con ustedes.

—Un momento —se adelantó Theo—, antes de dictar sentencia, se debe tener en cuenta que…

—Silencio —ordenó Freeman Ghenga, aunque el cónsul ya había silenciado a Theo apoyándole la mano en el hombro.

—Responderé a estas preguntas ahora —repitió Ghenga. En lo alto, una veintena de las naves que FUERZA llamaba lanceros pasaban en silencio como un banco de peces en zigzagueos de trescientas gravedades.

—Primero —empezó Ghenga—, Gladstone pregunta por qué atacamos la Red. —Hizo una pausa, miró a los dieciséis éxters reunidos allí y continuó—: No atacamos la Red. Excepto este enjambre, que intentaba ocupar Hyperion antes que se abrieran las Tumbas de Tiempo, no hay enjambres atacando la Red.

Los tres hombres de la Hegemonía se adelantaron. Incluso el cónsul perdió su aire de pasividad distante y se puso a tartamudear excitado.

—¡Pero eso no es verdad! Vimos los…

—Vi las imágenes ultralínea de…

—¡Puertas del Cielo está destruido! ¡Bosquecillo de Dios está ardiendo!

—Silencio —ordenó Freeman Ghenga, y continuó—: Sólo este enjambre está combatiendo con la Hegemonía. Nuestros enjambres hermanos están donde los localizaron los detectores de largo alcance de la Red: alejándose de la Red. Rehuyendo nuevas provocaciones similares a los ataques de Bressia.

El cónsul se frotó la cara como un hombre que despierta.

—Pero entonces, ¿quién…?

—Precisamente —dijo Freeman Ghenga—. ¿Quién tendría la habilidad suficiente para organizar semejante farsa? ¿Y motivos para exterminar a millones de humanos?

—¿El Núcleo? —jadeó el cónsul.

La montaña rotaba lentamente y en ese momento anocheció. Una brisa de convección acarició la tela agitando la túnica de los éxters y la capa del cónsul. Estrellas brillaron con intensidad. Las grandes rocas círculo de Stonehenge refulgían como por obra de un calor interno.

Theo Lane se acercó al cónsul, temiendo que el hombre se derrumbara.

—Sólo tenemos la palabra de ustedes —objetó a la portavoz éxter—. No tiene sentido.

—Mostraremos pruebas —aseguró Ghenga sin parpadear—. Localizadores de transmisión del Vacío que Vincula. Imágenes de campo estelar en tiempo real de nuestros enjambres hermanos.

—¿Vacío Que Vincula? —preguntó Arúndez con inusitada agitación.

—Lo que ustedes llaman ultralínea. —La portavoz Freeman Ghenga caminó hacia la piedra más cercana y acarició la áspera superficie como si absorbiera el calor. En lo alto giraban los campos estelares.

—Para responder a la segunda pregunta de Gladstone, no sabemos dónde reside el Núcleo. Hemos huido de él, luchando contra él, lo hemos buscado y temido durante siglos, pero no lo hemos encontrado. ¡Ustedes sabrán la respuesta a esa pregunta! Nosotros hemos declarado la guerra a esa entidad parasitaria que ustedes llaman TecnoNúcleo.

El cónsul palideció.

—No tenemos ni idea. Las autoridades de la Red han buscado al Núcleo desde antes de la Hégira, pero es tan elusivo como El Dorado. No hemos hallado mundos ocultos ni asteroides atiborrados de artefactos, ningún rastro en los mundos de la Red. —Movió fatigosamente la mano izquierda—. Por lo que sabemos, ustedes pueden ocultar el Núcleo en uno de los enjambres.

—Pues no es así —replicó el portavoz Coredwell Minmun.

El cónsul al fin se encogió de hombros.

—La Hégira ignoró miles de mundos en la Gran Búsqueda. Todo lo que no obtuviera un mínimo de nueve en una escala de terramedición de diez puntos era ignorado. El Núcleo podría estar en cualquier parte de esas rutas iniciales de vuelo y exploración. Jamás lo encontraremos… y si lo hacemos, será años después que la Red quede destruida. Ustedes eran nuestra última esperanza para localizarlo.

Ghenga meneó la cabeza. En lo alto, la cima recibió la luz del amanecer mientras el límite de iluminación se desplazaba por los campos de hielo bajando hacia ellos con alarmante rapidez.

—Tercero, Gladstone pregunta cuáles son nuestras condiciones para un «alto el fuego». Excepto por este enjambre, en este sistema, nosotros no somos los atacantes. Aceptaremos un «alto el fuego» en cuanto Hyperion esté bajo nuestro control, lo cual sucederá pronto. Nos acaban de informar que nuestras fuerzas expedicionarias controlan la capital y el puerto espacial.

—Eso dicen ustedes —espetó Theo, apretando los puños.

—Eso decimos nosotros —convino Freeman Ghenga—. Digan a Gladstone que ahora nos uniremos a ustedes en una lucha común contra el TecnoNúcleo. —Miró hacia los miembros silenciosos del tribunal—. Sin embargo, como estamos a muchos años de distancia de la Red y no confiamos en esos teleyectores controlados por el Núcleo, nuestra ayuda consistirá necesariamente en una represalia por la destrucción de la Hegemonía. Ustedes serán vengados.

—Vaya, eso me tranquiliza —anunció secamente el cónsul.

—Cuarto, Gladstone pregunta si nos reuniremos con ella. La respuesta es sí, siempre que ella esté dispuesta, tal como declara, a venir al sistema de Hyperion. He conservado el teleyector de FUERZA para esa eventualidad. Nosotros no viajaremos por teleyector.

—¿Por qué no? —preguntó Arúndez.

Un tercer éxter, bellamente cubierto de pelo, habló:

—El artefacto que ustedes llaman teleyector es una abominación, una denigración del Vacío Que Vincula.

—Ah, razones religiosas —manifestó el cónsul.

El éxter de pelambrera rayada sacudió la cabeza enérgicamente.

—¡No! La red teleyectora es el yugo en el cuello de la humanidad, el contrato de sumisión que la ha conducido al estancamiento. No queremos tener nada que ver con ella.

—Quinto —prosiguió Freeman Ghenga—, la mención de la bomba de muerte es apenas un tosco ultimátum. Pero, como hemos dicho,

va dirigido al oponente equivocado. Las fuerzas que arrasan la frágil y agonizante Red no son de los Clanes de los Doce Enjambres Hermanos.

—Sólo tenemos su palabra —declaró el cónsul, quien dirigió a Ghenga una mirada desafiante.

—No tienen mi palabra —replicó Ghenga—. Los ancianos del clan no dan su palabra a los esclavos del Núcleo. Pero es la verdad.

El cónsul se volvió hacia Theo.

—Tenemos que comunicar esto a Gladstone de inmediato. —Se volvió hacia Ghenga—. Portavoz, ¿pueden mis amigos regresar a la nave para comunicar esa respuesta?

Ghenga asintió e indicó a la góndola que se preparase.

—No regresaremos sin usted —le dijo Theo al cónsul, y se interpuso entre él y los éxters.

—No —advirtió el cónsul, tocando el brazo de Theo—. Regresa. Debes hacerlo.

—Él tiene razón —convino Arúndez y arrastró a Theo antes de que éste pudiera añadir algo más—. Esto es demasiado importante para correr el riesgo de no comunicarnos. Vaya usted. Yo me quedaré con él.

Ghenga hizo una seña a dos éxters corpulentos y exóticos.

—Ustedes dos regresarán a la nave. El cónsul se quedará. El Tribunal aún no ha decidido su destino.

Arúndez y Theo giraron alzando los puños, pero los velludos éxters los capturaron y los llevaron a rastras como adultos que se enfrentan a mocosos revoltosos.

El cónsul ahogó el impulso de agitar el brazo mientras la góndola se desplazaba por el plácido arroyo, se perdía de vista en la curva de la terraza y reaparecía escalando la cascada hacia el negro espacio. Poco después se perdió en el resplandor del sol. El cónsul se volvió lentamente y miró a los ojos a cada uno de los diecisiete éxters.

—Terminemos de una vez —dijo—. He esperado esto mucho tiempo.

Sol Weintraub estaba sentado entre las dos zarpas de la Esfinge, observando la tormenta que se aplacaba. El aullido del viento se transformó en susurro, las murallas de polvo se entreabrieron mostrando las estrellas, la noche se estabilizó en una calma espantosa. Las Tumbas brillaban más que antes, pero nada salía del incandescente corredor de la Esfinge, y Sol no podía entrar, esa luz cegadora lo detenía y no había modo de vencerla. Lo que aguardaba en el interior resultaba invisible por el resplandor.

Sol se quedó sentado en el escalón de piedra mientras las mareas de tiempo lo embestían haciéndolo sollozar con la falsa conmoción del *déjà vu*. La Esfinge entera parecía mecerse en la violenta tormenta de campos antientrópicos que se expandían y contraían.

Rachel.

Sol no se marcharía mientras hubiera una posibilidad de que su hija estuviera con vida. Tendido en la fría piedra mientras amainaba el viento, Sol vio despuntar las frías estrellas, vio las estelas meteóricas y los haces láser de la guerra orbital, intuyó que la guerra se había perdido, que la Red estaba en peligro, que grandes imperios se derrumbaban, que la especie humana podía sucumbir en esa noche interminable… pero no le importó.

Sólo le importaba su hija.

Tiritando de frío, abofeteado por vientos y mareas de tiempo, magullado de fatiga, desfalleciente de hambre, Sol Weintraub se sintió colmado por cierta paz.

Había entregado su hija a un monstruo, pero no porque Dios lo hubiera ordenado, no porque el destino o el temor lo hubieran deseado, sino porque su hija se le había aparecido en un sueño para decirle que no se preocupara, que era lo correcto, que el amor de él y Sarai y Rachel lo exigía.

A fin de cuentas, pensó Sol, más allá de la lógica y la esperanza, son los sueños y el amor de quienes más amamos los que forman la

respuesta de Abraham a Dios.

El comlog de Sol ya no funcionaba. Debían de haber transcurrido cuatro o cinco horas desde que había entregado su niña agonizante al Alcaudón.

Sol se recostó, aferrando la piedra mientras las mareas de tiempo hacían oscilar la Esfinge como un barquichuelo en alta mar, y miró las estrellas y la batalla.

Volaban chispas por el cielo, refulgían como supernovas cuando los haces láser las encontraban y luego caían en una lluvia de desechos derretidos: blancos, rojos, azules, negros. Sol imaginó naves de descenso ardiendo, tropas éxters y marines de la Hegemonía muriendo en el chillido de la atmósfera y el derretimiento del titanio. *Trató* de imaginarlo, pero no lo consiguió. Comprendió que las batallas espaciales, los desplazamientos de flotas y la caída de los imperios estaban más allá de su imaginación, que trascendían su capacidad de simpatía o comprensión. Tales como pertenecían a Tucídides, Tácito, Caton y Wu. Sol conocía a su senadora de Mundo de Barnard, se había reunido varias veces con ella cuando él y Sarai procuraban salvar a Rachel del mal de Merlín, pero Sol no podía imaginar a Feldstein en la escala de una guerra interestelar, ni en nada más grande que la inauguración de un centro médico en la capital de Bussard o una marcha de protesta en la universidad de Crawford.

Sol no conocía personalmente a la actual FEM de la Hegemonía, aunque como erudito había disfrutado de su sutil recreación de los discursos de figuras clásicas como Churchill, Lincoln y Álvarez-Temp. Pero ahora, tendido entre las zarpas de una gran bestia de piedra y sollozando por su hija, Sol no alcanzaba a imaginar qué pasaba por la cabeza de aquella mujer mientras tomaba decisiones que salvarían o condenarían a millones, conservarían o traicionarían al mayor imperio de la historia humana.

Le traía sin cuidado. Quería recuperar a su hija. Deseaba que Rachel estuviera viva aunque la lógica indicara lo contrario.

Tendido entre las zarpas de piedra de la Esfinge, en un mundo sitiado, en un imperio acosado, Sol Weintraub se enjugó las lágrimas para ver mejor las estrellas y pensó en el poema «Una plegaria por mi hija» de Yeats.

Aúlla de nuevo la tormenta y, semioculta
bajo el dosel y la colcha de la cuna,
mi hija duerme. Ningún obstáculo,
salvo el bosque de Gregory y un cerro desnudo,
puede frenar el viento del Atlántico,
cuyo soplo arrasa parvas y tejados,
una hora he caminado y rezado,
sumiso en un oscuro abatimiento.

Una hora caminé y recé por esta niña
y oí el rugido del viento sobre la torre,
y bajo los arcos del puente,
y entre los olmos que bordean el arroyo,
imaginando en febril ensueño
que los años futuros habían llegado,
danzando al son de un tambor frenético,
desde la asesina inocencia del mar…

Sol comprendió que ahora sólo deseaba esa posibilidad de preocuparse otra vez por el futuro, lo que todo padre teme. No permitir que la infancia, la adolescencia y la joven adultez de Rachel fueran arrebatadas y destruidas por la enfermedad.

Sol había pasado la vida anhelando la recuperación de cosas irrecuperables. Recordó el día en que había sorprendido a Sarai plegando las ropas de bebé de Rachel para guardarlas en una caja en el altillo, y recordó sus lágrimas y la sensación de pérdida por la niña que aún tenían pero que la flecha del tiempo les arrebataba. Sol sabía ahora que poco se podía recobrar, excepto el recuerdo: Sarai estaba muerta y no podía volver, los amigos y el mundo de la infancia de Rachel se habían ido para siempre, incluso la sociedad

que él había dejado semanas atrás estaba a punto de perderse sin remedio. Pensando en ello, tendido entre las zarpas de la Esfinge mientras moría el viento y ardían las falsas estrellas, Sol recordó un fragmento de otro poema de Yeats, mucho más siniestro.

Sin duda una revelación se acerca,
sin duda se acerca el Segundo Advenimiento.
¡Segundo Advenimiento! Estas palabras pronuncio
y una vasta imagen nacida en el Spiritus Mundi
turba mi visión en las arenas del desierto
una silueta con cuerpo de león, cabeza de hombre,
de mirada hueca y despiadada como el sol
mueve los lentos muslos, mientras en torno
giran sombras de indignadas aves del desierto.
Anochece de nuevo, más ya sé
que el vaivén de una cuna transformó en pesadilla
veinte siglos de sueño pétreo.
¿Qué tosca bestia, su hora al fin llegada,
avanza hacia Belén para nacer?

Sol lo ignoraba. Sol descubre de nuevo que no le importa. Sol quiere que su hija regrese.

En la Sala de Guerra, la opinión general se inclinaba por lanzar la bomba.

Meina Gladstone ocupaba la cabecera de la larga mesa y experimentaba esa sensación de distancia, no del todo ingrata, que provoca el escaso sueño durante un largo período de tiempo. Si hubiese cerrado los ojos apenas un instante, resbalaría en el hielo negro de la fatiga, así que no cerró los ojos, aunque le ardían y el murmullo de los informes, la conversación y los debates se esfumaban entre gruesas cortinas de agotamiento.

El consejo observó mientras las ascuas de la Fuerza Especial 181.2 —el grupo de ataque de Lee— desaparecían una por una. Sólo una docena de las setenta y cuatro naves originales enfilaban aún hacia el centro del enjambre. El crucero de Lee figuraba entre los supervivientes.

Durante ese silencioso desgaste, esa representación tan abstracta y extrañamente atractiva de una muerte violenta y demasiado real, el almirante Singh y el general Morpurgo redondearon su sombría evaluación de la guerra.

—… FUERZA y el Nuevo Bushido fueron diseñados para conflictos reducidos y escaramuzas de poca importancia, con límites establecidos y metas modestas —sintetizó Morpurgo—. Con menos de medio millón de hombres y mujeres en armas, FUERZA no podría compararse con los ejércitos de una nación-estado de Vieja Tierra hace miles de años. El enjambre puede abrumarnos con el mero número, desplegar más armamento y ganar gracias a la aritmética.

El senador Kolchev miraba con mal talante desde su sitio. El lusiano había participado mucho más que Gladstone durante el informe y el debate: le dirigían más preguntas que a ella, como si todos los presentes advirtieran que el poder se desplazaba, que la antorcha del liderazgo cambiaba de manos.

Aún no, pensó Gladstone, mientras se tocaba la barbilla y escuchaba las preguntas de Kolchev.

—¿… retroceder y defender mundos esenciales en la lista de la segunda oleada… Centro Tau Ceti, desde luego, pero también mundos industriales como Renacimiento Menor, Fuji, Deneb Vier y Lusus?

El general Morpurgo bajó la cabeza y movió documentos como para ocultar el destello de furia que le ardía en los ojos.

—Senador, quedan menos de diez días estándar para que la segunda oleada complete su lista de blancos. Renacimiento Menor será atacado dentro de noventa horas. Estoy diciendo que con el actual alcance, estructura y tecnología de FUERZA, sería dudoso que pudiéramos defender un sistema… digamos TC^2.

El senador Kakinuma se levantó.

—Eso no es aceptable, general.

Morpurgo se volvió hacia él.

—Estoy de acuerdo con usted, senador, pero es la verdad.

El presidente provisional Denzel-Hiat-Amin sacudió la cabeza cana.

—Es absurdo. ¿No existían planes para defender la Red?

—Nuestras mejores estimaciones de la amenaza —explicó el almirante Singh— nos indicaban que contaríamos con un mínimo de dieciocho meses si los enjambres decidían atacar.

Persov, ministro de Diplomacia, carraspeó.

—Almirante, si entregáramos esos veinticinco mundos a los éxters, ¿cuánto faltaría para que la primera o segunda oleada atacaran otros mundos de la Red?

Singh no tuvo que consultar sus notas ni el comlog.

—Según el blanco, señor Persov, el mundo más cercano, Esperance, estaría a nueve meses estándar del enjambre más próximo. El blanco más distante, el Sistema Natal, quedaría a catorce años con navegación Hawking.

—Tiempo suficiente para adoptar una economía de guerra —apuntó la senadora Feldstein. Sus votantes de Mundo de Barnard tenían menos de cuarenta horas estándar de vida. Feldstein se había comprometido a estar con ellos cuando llegara el fin. Habló con voz precisa y desapasionada—. Suena lógico. Reducir las pérdidas. Aunque pierda TC^2 y una veintena de mundos más, la Red puede producir increíbles cantidades de material de guerra… incluso en nueve meses. En los años que los éxters tardarán en penetrar más en la Red, podríamos derrotarlos por mera masa industrial.

El ministro de Defensa Imoto meneó la cabeza.

—En esta primera y segunda oleadas estamos perdiendo materias primas irreemplazables. La alteración de la economía de la Red será brutal.

—¿Tenemos alguna otra alternativa? —preguntó el senador Peters, de Deneb Drei.

Todos los ojos se volvieron hacia la persona que se sentaba junto al asesor IA Albedo.

Como para enfatizar la importancia del momento, se había admitido una nueva personalidad IA en el Consejo de Guerra, y se le había encomendado la presentación de la torpemente llamada «bomba de muerte». El asesor Nansen era alto, viril, bronceado, sereno, imponente, convincente, agradable y carismático.

Meina Gladstone lo había temido y odiado de inmediato. La proyección parecía diseñada por expertos IA con el propósito de lograr la reacción de confianza y obediencia que varios estaban manifestando. Gladstone temía que el mensaje de Nansen significara la muerte.

La vara de muerte había formado parte de la tecnología de la Red durante siglos, diseñada por el Núcleo y limitada al personal de FUERZA y algunos efectivos de seguridad especializado, como los de la Casa de Gobierno y los pretorianos de Gladstone. No incendiaba, no destrozaba, no disparaba, no derretía ni incineraba. No emitía sonidos ni proyectaba rayos visibles ni huellas sónicas. Simplemente, causaba la muerte del blanco.

Siempre que el blanco fuera humano. El alcance de las varas de muerte era limitado —cincuenta metros—, pero dentro de ese radio los humanos morían, mientras que animales y propiedades quedaban a salvo. Las autopsias indicaban interferencia en las sinapsis, pero ningún otro daño. Las varas de muerte interrumpían la existencia. Generaciones de oficiales de FUERZA las habían portado como armas personales de corto alcance y símbolos de autoridad.

Ahora, reveló el asesor Nansen, el Núcleo había perfeccionado un artefacto basado en el mismo principio pero a mayor escala. Había titubeado en revelar su existencia, pero ante la inminente y terrible amenaza de la invasión éxter…

Las preguntas habían sido apasionadas y a veces cínicas, y los militares habían demostrado más escepticismo que los políticos. Sí, la bomba de muerte podía librarlos de los éxters, pero ¿qué ocurría con la población de la Hegemonía?

Nansen había propuesto trasladarla a los refugios de uno de los nueve mundos laberínticos, repitiendo el plan del asesor Albedo. Cinco kilómetros de roca los protegerían de los efectos de la onda expansiva de las bombas.

¿Qué alcance tenían esos rayos de muerte?

El efecto disminuía por debajo del nivel letal a sólo tres años-luz, respondió Nansen con calma y suficiencia, vendedor supremo en una suprema campaña de ventas. Un radio suficiente para librar a cualquier sistema del enjambre atacante. Lo bastante reducido para proteger a todos los sistemas estelares salvo los más cercanos. El noventa y dos por ciento de los mundos de la Red no tenía otro planeta habitado a menos de cinco años-luz.

¿Y los que no se puedan evacuar?, había preguntado Morpurgo.

El asesor Nansen había sonreído y abierto la palma como para mostrar que no ocultaba nada. Propuso no activar el aparato hasta que las autoridades estuvieran seguras de que todos los ciudadanos de la Hegemonía estaban evacuados o protegidos. A fin de cuentas, dijo, todo estará bajo su control.

Feldstein, Sabenstorafem, Peters, y muchos otros se habían entusiasmado de inmediato. Un arma secreta para terminar con todas las armas secretas. Se podía advertir a los éxters, se podía organizar una demostración.

Lo lamento, había dicho el asesor Nansen. Sonreía mostrando dientes tan blancos como la túnica. No puede haber tal demostración. El arma funciona como una vara de muerte, sólo que en una región mucho más vasta. No habrá daño a la propiedad ni efecto explosivo, ninguna onda de choque mensurable por encima del nivel de los neutrinos. Sólo invasores muertos.

Para hacer una demostración, había explicado el asesor Albedo, hay que usarla en por lo menos un enjambre.

El alboroto no había disminuido en la Sala de Guerra.

—Perfecto —dijo el portavoz Gibbons de la Entidad Suma—. Escogemos un enjambre, probamos el artefacto, enviamos los resultados por ultralínea a los demás enjambres y les damos un

plazo de una hora para interrumpir los ataques. Nosotros no provocamos esta guerra. Mejor millones de enemigos muertos que una guerra que cueste decenas de miles de millones en la próxima década.

Hiroshima, había dicho Gladstone, su único comentario del día. Lo había pronunciado en voz tan baja que sólo lo oyó la asistente Sedeptra.

Morpurgo había preguntado: «¿Sabemos si los rayos de muerte perderán efectividad a tres años-luz? ¿Lo han comprobado ustedes?».

El asesor Nansen sonrió. Si respondía afirmativamente, había pilas de cadáveres humanos en alguna parte. Si lo negaba, ponía en jaque la fiabilidad del arma. Estamos seguros de que funcionará, dijo Nansen. Nuestros experimentos de simulación fueron impecables.

Eso dijeron las IAs del Equipo de Kiev acerca de la primera singularidad teleyectora, pensó Gladstone. *La que destruyó la Tierra*. No dijo nada en voz alta.

Con todo, Singh, Morpurgo y Van Zeidt y sus especialistas habían puesto en apuros a Nansen al demostrar que era imposible evacuar Mare Infinitus con la rapidez suficiente y que el único mundo de primera oleada que tenía su propio laberinto era Armaghast, que estaba a un año-luz de Pacem y Svoboda.

La vehemente y afable sonrisa del asesor Nansen no se esfumó.

—Ustedes quieren una demostración, lo cual es muy comprensible —murmuró—. Es preciso demostrar a los éxters que no se tolerará una invasión, mientras se procura reducir la pérdida de vidas al mínimo. Y es preciso brindar refugio a la población nativa de la Hegemonía. —Hizo una pausa, entrelazó las manos—. ¿Por qué no Hyperion?

La algarabía aumentó.

—No es un mundo de la Red —objetó el portavoz Gibbons.

—¡Pero ahora pertenece a la Red, con el teleyector FUERZA! —exclamó Garion Persov de Diplomacia, obviamente seducido por la idea.

El general Morpurgo conservó su expresión severa.

—Permanecerá allí sólo unas horas más. Ahora estamos protegiendo la esfera de singularidad, pero podría caer en cualquier momento. Buena parte de Hyperion ya está en manos de los éxters.

—Pero ¿han evacuado al personal de la Hegemonía? —preguntó Persov.

—A todos menos al gobernador general —respondió Singh—. En la confusión no se le pudo encontrar.

—Una lástima —observó el ministro Persov sin demasiada convicción—, pero lo cierto es que el resto de la población está formada principalmente por nativos de Hyperion, con fácil acceso al laberinto, ¿correcto?

Barbre Dan-Gyddis, del Ministerio de Economía, cuyo hijo había administrado una plantación de fibroplástico cerca de Puerto Romance, dijo:

—¿En tres horas? Imposible.

Nansen se levantó.

—Opino lo contrario. Podemos transmitir la advertencia por ultralínea a las restantes autoridades locales de la capital, y pueden iniciar la evacuación de inmediato. El laberinto de Hyperion tiene miles de entradas.

—Keats, la capital está sitiada —gruñó Morpurgo—. Todo el planeta está bajo ataque.

El asesor Nansen asintió con tristeza.

—Y pronto sufrirá atrocidades de los bárbaros éxter. Una decisión difícil, caballeros y damas. Pero el arte funcionará. La invasión simplemente cesará en el espacio de Hyperion. Se salvarán millones en el planeta, y el efecto sobre las fuerzas invasoras éxter de otras partes será significativo. Sabemos que sus enjambres se comunican por ultralínea. La eliminación del primer enjambre que invadió el espacio de la Hegemonía, el de Hyperion, será la disuasión perfecta.

Nansen miró alrededor con una expresión de preocupación paternal. Era imposible que fuera fingido dolor tan sincero.

—A ustedes les toca decidir. Pueden usar o rechazar el arma. Al Núcleo le disgusta tomar vidas humanas, o permitir que cualquier vida humana resulte dañada por inacción. Pero en un caso donde corren peligro las vidas de miles de millones… —Nansen completó la frase con un gesto y se sentó, dando a entender que la decisión correspondía a los humanos.

Un debate acalorado, casi violento, estalló alrededor de la larga mesa.

—¡FEM! —exclamó el general Morpurgo.

En el repentino silencio, Gladstone volvió la vista hacia los despliegues holográficos. El enjambre de Mare Infinitus se lanzaba contra ese mundo oceánico como un torrente de sangre que enfilaba hacia una pequeña esfera azul. Sólo quedaban tres de las ascuas anaranjadas de la Fuerza Especial 181.2 y dos se esfumaron ante la mirada del silencioso Consejo. Luego se extinguió la última.

Gladstone le susurró al comlog.

—Comunicaciones, ¿algún mensaje final del almirante Lee?

—Ninguno para el centro de mando, FEM —fue la respuesta—. Sólo telemetría ultralínea estándar durante la batalla. Parece que no llegaron al centro del enjambre.

Gladstone y Lee tenían la esperanza de capturar éxters, interrogarlos, establecer la identidad del enemigo sin margen de dudas. Ahora aquel joven enérgico y capaz había muerto —por orden de Meina Gladstone— y setenta y cuatro naves de línea se habían perdido.

—El teleyector de Mare Infinitus destruido por explosivos de plasma preprogramados —informó el almirante Singh—. Elementos de avanzada del enjambre entran ahora en el perímetro defensivo cislunar.

Nadie habló. Los hologramas mostraban la marejada de luces rojas que envolvían el sistema de Mare Infinitus mientras se apagaban las últimas ascuas anaranjadas alrededor de aquel mundo dorado.

Un centenar de naves éxter permanecieron en órbita, supuestamente reduciendo las elegantes ciudades flotantes y las granjas oceánicas de Mare Infinitus a cenizas ardientes, pero la mayor parte de la marea roja continuó, alejándose de la región proyectada.

—Sistema Asquith en tres horas y cuarenta y un minutos estándar —canturreó un técnico cerca del panel.

El senador Kolchev se levantó.

—Sometamos a votación la demostración de Hyperion —propuso dirigiéndose a Gladstone pero hablando en realidad con los demás.

Meina Gladstone se tocó el labio inferior.

—No —decidió al fin—. No habrá votación. Usaremos ese arma. Almirante, que la nave armada con la bomba se traslade al espacio de Hyperion y transmita advertencias al planeta y a los éxters. Déles tres horas. Ministro Imoto, envíe señales ultralínea codificadas a Hyperion anunciando que deben buscar refugio en los laberintos de inmediato. Insisto, *deben*. Dígales que se probará una nueva arma.

Morpurgo se enjugó el sudor de la cara.

—FEM, no podemos correr el riesgo de que ese artefacto caiga en manos del enemigo.

Gladstone miró al asesor Nansen tratando de no revelar sus sentimientos.

—Asesor, ¿se puede preparar ese arma para que se detone automáticamente si capturan o destruyen nuestra nave?

—Sí, FEM.

—Hágalo. Explique todos los recursos de seguridad a los expertos de FUERZA —Se volvió hacia Sedeptra—. Prepárame una emisión para la Red, para que se inicie diez minutos antes de la detonación de la bomba. Tengo que anunciar esto a nuestro pueblo.

—¿Será prudente…? —insinuó la senadora Feldstein.

—Es necesario —replicó Gladstone. Se levantó, y las treinta y ocho personas presentes la imitaron—. Dormiré unos minutos

mientras ustedes trabajan. Quiero que la bomba esté preparada, y trasladada y que se avise de inmediato a Hyperion. Cuando me despierte, dentro de media hora, quiero contar con planes de emergencia y prioridades para un acuerdo negociado.

Gladstone contempló al grupo consciente de que la mayoría de esas personas perderían el poder y cargo al cabo de veinticuatro horas. Era su último día como FEM.

Meina Gladstone sonrió.

—Pueden retirarse —dijo, y se teleyectó a sus aposentos para dormir una siesta.

43

Leigh Hunt nunca había visto morir a nadie. El último día y la última noche que pasó con Keats —él aún lo consideraba Joseph Severn, pero tenía la certeza de que el moribundo pensaba en sí mismo como John Keats— resultaron los más difíciles de su vida. Las hemorragias fueron frecuentes durante el último día de vida de Keats, y entre los arranques de vómito Hunt oía el hervor de la flema en el pecho y la garganta del hombrecillo.

Hunt se sentó en la cama de la habitación de Piazza di Spagna y escuchó los delirios de Keats mientras el amanecer se convertía en mañana y la mañana en tarde. Keats tenía fiebre y se desvanecía con frecuencia, pero insistía en que Hunt escuchara y anotara todo —habían encontrado tinta, pluma y papel en la habitación contigua— y Hunt obedeció, garrapateando mientras el cíbrido moribundo deliraba acerca de metaesferas y divinidades perdidas, la responsabilidad de los poetas, el ocaso de los dioses y la miltoniana guerra civil del Núcleo.

Hunt estrujó la mano febril de Keats.

—¿Dónde está el Núcleo, Severn… Keats? ¿Dónde está?

El moribundo empezó a sudar y apartó la cara.

—No me eche el aliento… ¡es como hielo!

—El Núcleo —repitió Hunt, reclinándose, casi llorando de piedad y frustración—. ¿Dónde está el Núcleo?

Keats sonrió, agitando la cabeza de dolor. Su respiración forzada sonaba como el viento en un fuelle roto.

—Como arañas en la tela —murmuró—, arañas en la tela. Tejiendo, dejando que la tejamos nosotros, luego ahogándonos y sorbiéndonos. Como moscas atrapadas por arañas.

Hunt dejó de escribir para escuchar con mayor atención ese aparente delirio. Entonces comprendió.

—Por Dios —musitó—. Están en el sistema teleyector.

Keats trató de incorporarse, cogió el brazo de Hunt con terrible fuerza.

—Cuénteselo a su jefa, Hunt. Diga a Gladstone que la destruya. Que la destruya. Arañas en la red. Dios humano y dios de máquinas… debe encontrar la unión. ¡No yo! —Se desplomó en la almohada y rompió a llorar en silencio—. No yo.

Keats durmió parte de la larga tarde, aunque Hunt sabía que era algo más parecido a la muerte que al sueño. El menor sonido sobresaltaba al poeta moribundo, quien se esforzaba por respirar. Al atardecer Keats estaba demasiado débil para expectorar, y Hunt tuvo que ayudarlo para agachar la cabeza en la bacinilla para que la gravedad le limpiara aquella mucosidad sanguinolenta de la boca y la garganta.

En varias ocasiones, cuando Keats caía en un sueño inquieto, Hunt caminó hasta la ventana o la puerta para contemplar la Piazza. Algo alto y anguloso se erguía en las profundas sombras de enfrente, cerca del pie de la escalinata.

Por la noche, Hunt se adormiló sentado en la dura silla, junto a la cama de Keats. Despertó de un sueño de caída y extendió la mano para estabilizarse. Advirtió que Keats estaba despierto y lo miraba.

—¿Alguna vez ha visto morir a alguien? —preguntó Keats entre resuellos.

—No. —Hunt notó algo raro en la mirada del joven, como si Keats lo observase a él pero viese a otra persona.

—Entonces, le compadezco —dijo Keats—. ¡Cuántos problemas y peligros ha afrontado por mí! Ahora debe ser firme, pues no durará mucho.

Hunt se sorprendió no sólo por el delicado valor de aquella observación, sino por el repentino tránsito del inexpresivo inglés estándar de la Red a una forma más antigua e interesante.

—¡Pamplinas! —replicó Hunt animosamente, fingiendo entusiasmo y energía—. Saldremos de esto antes del alba. En cuanto oscurezca saldré a buscar un portal teleyector.

Keats sacudió la cabeza.

—El Alcaudón le cogerá. No permitirá que nadie me ayude. Su papel consiste en cerciorarse de que yo escape de mí a través de mí. —Cerró los ojos entre convulsiones.

—No comprendo —dijo Leigh Hunt, aferrando la mano del joven. Supuso que esas palabras eran producto de la fiebre, pero como era una de las pocas ocasiones en que Keats demostraba plena conciencia en los dos últimos días, hizo un esfuerzo para comunicarse.

—¿Qué significa eso? ¿Escapar de usted a través de usted?

Keats abrió los ojos. Eran castaños y excesivamente brillantes.

—Ummon y los demás intentan hacerme escapar de mí logrando que acepte mi papel de deidad, Hunt. Una carnada para pescar a la ballena blanca, miel para capturar a la mosca suprema. La Empatía en fuga encontrará su hogar en mí, en mí, el señor John Keats, de metro y medio… y luego comenzará la reconciliación, ¿sí?

—¿Qué reconciliación? —Hunt se encorvó, tratando de no echarle el aliento. Keats parecía haberse encogido en la maraña de sábanas y cobertores, pero el calor que irradiaba impregnaba la habitación. Su rostro era un óvalo pálido en la luz moribunda. Hunt notó que una dorada franja de luz solar se desplazaba por la pared por debajo del techo, y que los ojos de Keats estaban fijos en ese último vestigio del día.

—La reconciliación de hombre y máquina, creador y creado —concretó Keats y empezó a toser. Se calmó después de escupir flema en la bacinilla que sostenía Hunt. Se recostó, jadeó y añadió—: La reconciliación entre la humanidad y las razas que intentó exterminar, entre el Núcleo y la humanidad que intentó aniquilar, entre el Dios del Vacío Que Vincula, fruto de una dolorosa evolución, y sus antepasados, que intentaron eliminarlo.

Hunt sacudió la cabeza y dejó de escribir.

—No entiendo. ¿Usted se puede transformar en… mesías si deja el lecho de muerte?

El rostro oval de Keats se movió un poco sobre la almohada en un gesto que tal vez era el sustituto de una carcajada.

—Todos pudimos, Hunt. La locura y el mayor orgullo de la humanidad. Aceptamos nuestro dolor. Dejamos lugar para nuestros hijos. Eso nos ganó el derecho a transformarnos en el Dios que soñamos.

Hunt apretó el puño con frustración.

—Si puede hacerlo… transformarse en ese poder… hágalo. ¡Sáquenos de aquí!

Keats cerró los ojos de nuevo.

—No puedo, no puedo. No soy Aquel Que Viene sino Aquel Que Viene Después. No el bautizado sino el bautista. ¡*Merde*, Hunt, yo soy ateo! ¡Ni siquiera Severn consiguió convencerme de estas ideas cuando me estaba ahogando en la muerte! —Keats agarró la camisa de Hunt con una fiereza que asustó al otro hombre—. ¡Escriba esto!

Y Hunt buscó la antigua pluma y el tosco papel, garrapateando deprisa para transcribir las palabras que Keats susurraba.

Magnífica lección en tu rostro silencioso:
descomunal conocimiento me transforma en dios.
Nombres, actos, grises leyendas, hechos tortuosos, rebeliones,
majestades, voces soberanas, agonías,
creaciones y destrucciones, todo al mismo tiempo
inunda las anchas oquedades de mi cerebro,
y me deifica, como si un vino jovial
o un elixir brillante, incomparable, bebiera,
haciéndome inmortal.

Keats vivió tres dolorosas horas más, un nadador que emergía en ocasiones de un mar de sufrimiento para aspirar aire o susurrar frases urgentes y descabelladas.

Una vez, mucho después del anochecer, cogió la manga de Hunt y susurró con bastante sensatez.

—Cuando yo haya muerto, el Alcaudón no le hará daño. Me espera a mí. Tal vez no haya camino de regreso, pero no lo tocará

mientras usted busca.

Y de nuevo, cuando Hunt se arqueó para escuchar si el aliento aún gorgoteaba en los pulmones del poeta, Keats comenzó a hablar y continuó espasmódicamente para darle instrucciones concretas a fin de que lo sepultaran en el Cementerio Protestante de Roma, cerca de la Pirámide de Cayo Cestio.

—Tonterías, tonterías —murmuró Hunt como repitiendo un mantra, estrujando la mano caliente del joven.

—Flores —susurró Keats poco después, cuando Hunt encendió una lámpara del escritorio. El poeta observaba el techo con ojos enormes, una mirada pura e inocente. Hunt miró hacia arriba y vio las desleídas rosas amarillas pintadas en los cuadrados azules del techo—. Flores… sobre mí —resolló Keats.

Hunt estaba de pie ante la ventana, contemplando las sombras de la Escalinata Española, cuando el doloroso resuello vaciló y cesó y Keats jadeó:

—¡Severn… levántame! Estoy muriendo.

Hunt se sentó en la cama y lo abrazó. El cuerpo menudo y ligero irradiaba calor, como si una llama hubiera consumido la sustancia de aquel hombre.

—No temas. Sé firme. ¡Y gracias a Dios que ha llegado! —jadeó Keats, y el terrible resuello se aplacó. Hunt ayudó a Keats a morir más confortablemente mientras la respiración se normalizaba un poco.

Hunt cambió el agua de la bacía, humedeció otro paño y al regresar halló a Keats muerto.

Poco después del amanecer, Hunt alzó el pequeño cuerpo —envuelto en ropa de cama limpia del propio Hunt— y salió de la ciudad.

La tormenta había amainado cuando Brawne Lamia llegó al final del valle. Al pasar ante las Tumbas Cavernosas, vio el mismo fulgor escalofriante que en las otras Tumbas, pero además oyó un gemido

terrible —como si miles de almas gritaran— retumbando en la tierra. Brawne se apresuró.

El cielo estaba despejado cuando llegó al Palacio del Alcaudón. La estructura tenía un nombre apropiado: la semicúpula se arqueaba hacia arriba y hacia el exterior como el caparazón de la criatura, los soportes se curvaban hacia abajo como dagas que apuñalaran el suelo del valle, y otros contrafuertes se elevaban como las espinas del Alcaudón. Las paredes se habían vuelto traslúcidas al aumentar el fulgor interior, y ahora el edificio brillaba como un tenue farol; la zona superior emitía un resplandor rojizo como la mirada del Alcaudón.

Brawne suspiró y se tocó el abdomen. Estaba embarazada, lo sabía desde antes de salir de Lusus. ¿No se debía más al niño no nacido que al obsceno y viejo poeta que colgaba en el árbol del Alcaudón? Brawne sabía que la respuesta era afirmativa, y que le importaba un bledo. Respiró hondo y se acercó al palacio.

Desde el exterior, el Palacio del Alcaudón no tenía más de veinte metros de anchura. Al entrar allí, Brawne y los demás peregrinos habían visto un solo espacio abierto, vacío excepto por los soportes afilados que se entrecruzaban bajo la cúpula reluciente. Ahora el interior era un espacio más vasto que el valle mismo. Doce capas de piedra blanca se elevaban una sobre otra hasta perderse en la borrosa distancia. En cada capa de piedra yacían cuerpos humanos, cada uno con diferentes atuendos, cada uno sujeto por aquel cable semiorgánico y semiparasitario que, según Sol, ella también había tenido. Pero aquellos umbilicales metálicos y traslúcidos palpitaban con un resplandor rojo y se expandían y contraían regularmente, como si reciclaran la sangre a través de los cráneos de los durmientes.

Brawne retrocedió, afectada no sólo por el espectáculo sino por las mareas antientrópicas, pero cuando estuvo a diez metros del Palacio, el exterior tenía el tamaño de siempre. No intentó comprender cómo kilómetros de interior podían caber en un exterior tan reducido. Las Tumbas de Tiempo se abrían. Ésta quizá coexistía

en diferentes tiempos. Pero al despertar de sus viajes, bajo el efecto del empalme, había visto que el árbol del Alcaudón tenía tubos y lianas de energía invisibles para el ojo pero obviamente conectados con el palacio del Alcaudón.

Avanzó de nuevo.

El Alcaudón aguardaba en el interior. El reluciente caparazón ahora era negro, perfilado contra la luz y el resplandor marmóreo.

Brawne sintió el torrente de adrenalina, el impulso de huir, pero avanzó.

La entrada desapareció y sólo se percibía por una imprecisión tenue en el fulgor uniforme que emanaba de las paredes. El Alcaudón no se movió. Los ojos rojos centelleaban bajo la sombra del cráneo.

Brawne avanzó y sus botas no resonaron en el suelo de piedra. El Alcaudón estaba diez metros a la derecha donde comenzaban las capas de piedra, elevándose como anaqueles obscenos hasta un techo que se perdía en el fulgor. No se hizo ilusiones de que lograra llegar a la puerta antes que la criatura la alcanzara.

El Alcaudón no se movía. El aire olía a ozono y algo mórbidamente dulzón. Brawne avanzó a lo largo de la pared y buscó un rostro familiar en las hileras de cuerpos. Con cada paso a la izquierda, se alejaba de la salida y facilitaba la intercepción del Alcaudón. La criatura permaneció allí como una escultura negra en un océano de luz.

Los anaqueles se extendían durante kilómetros. Escalones de piedra de casi un metro de altura interrumpían las líneas horizontales de cuerpos oscuros. A varios minutos de marcha de la entrada, Brawne trepó al tercer escalón, tocó un cuerpo del segundo anaquel, y se alivió al hallar que la carne estaba tibia y el hombre respiraba. No era Martin Silenus.

Brawne continuó la marcha, casi esperando encontrar a Paul Duré, Sol Weintraub o incluso su propio cuerpo entre los muertos vivientes. En cambio, encontró un rostro que había visto por última vez tallado en una ladera. Triste Rey Billy yacía inmóvil sobre piedra

blanca, en el quinto escalón, la túnica real calcinada y manchada. La cara triste estaba —como todas las demás— deformada por un sufrimiento interno. Martin Silenus yacía a poca distancia en un nivel inferior.

Brawne se agachó junto al poeta y miró por encima del hombro al negro Alcaudón, que aún permanecía inmóvil. Como los demás, Silenus parecía vivir en silenciosa agonía, y estaba conectado por un empalme a un umbilical pulsátil que parecía fundido a la pared de piedra blanca.

Brawne jadeó de miedo al acariciar el cráneo del poeta, sintiendo la fusión de plástico y hueso. Luego palpó el umbilical, pero no encontró ninguna articulación ni borde en la fusión con la piedra. El fluido le palpitaba entre los dedos.

—Mierda —susurró Brawne, y en un súbito arrebato de pánico miró a sus espaldas, segura de que el Alcaudón se hallaba a pocos pasos. La silueta oscura aún estaba al final de la larga sala.

Brawne tenía los bolsillos vacíos. No contaba con armas, ni herramientas. Comprendió que tendría que regresar a la Esfinge, hallar las mochilas, buscar un elemento cortante, regresar y armarse de valor para entrar de nuevo.

Era consciente de que jamás volvería a atravesar esa puerta.

Se arrodilló, cobró aliento, alzó la mano y el brazo, los bajó. El borde de la palma se estrelló contra un material que parecía plástico claro, pero que era más duro que el hierro. El golpe le hizo doler el brazo desde la muñeca hasta el hombro.

Miró a la derecha. El Alcaudón avanzaba despacio, como un anciano dando un ocioso paseo.

Brawne gritó, se arrodilló y asestó otro golpe, el canto de la palma rígido, el pulgar en ángulo recto. El impacto retumbó en la sala.

Brawne Lamia se había criado en Lusus, con una gravedad 1,3 estándar, y era atlética incluso entre los de su raza. Desde que tenía nueve años había soñado con ser detective y había trabajado para ello, y una parte de esa preparación obsesiva e ilógica había

consistido en adiestrarse en las artes marciales. Gruñó, alzó el brazo y golpeó de nuevo, imaginando la palma como la hoja de un hacha, viendo con la mente el impacto cortante, el tajo.

El duro umbilical sufrió una leve magulladura, palpitó como un ser vivo, pareció amilanarse cuando ella se dispuso a golpear de nuevo.

Se oyeron pasos abajo y detrás. Brawne casi rió. El Alcaudón podía desplazarse sin caminar, brincar de aquí para allá sin esfuerzo. Debía de disfrutar asustando a sus presas. Brawne no tenía miedo. La esperaba una ardua misión.

Alzó la mano, asestó otro golpe. Habría sido más fácil golpear la piedra. Hundió el canto de la palma en el umbilical, sintiendo que un hueso pequeño cedía dentro de la mano. El dolor era un eco lejano, como el de esos pasos deslizantes.

¿Ya has considerado, pensó, que probablemente él morirá si logras romper esa cosa?

Se volvió de nuevo. Los pasos se detuvieron al pie de la escalera.

Brawne jadeaba. El sudor le perlaba la frente y las mejillas y goteaba sobre el pecho del poeta dormido.

Ni siquiera me gustas, pensó, refiriéndose a Silenus, y asestó el golpe. Era como tratar de cercenar la pata de un elefante de metal.

El Alcaudón empezó a subir la escalera.

Brawne se incorporó y arrojó el peso entero del cuerpo en un giro que casi le dislocó el hombro, le partió la muñeca y le trituró los huesecillos de la mano.

Y cortó el umbilical.

Un fluido rojo demasiado acuoso para ser sangre salpicó las piernas de Brawne y la piedra blanca. El cable cortado que salía de la pared tembló espasmódicamente y se retiró, una serpiente sangrante deslizándose en un agujero que dejó de existir en cuanto el umbilical se perdió de vista. El muñón de umbilical todavía unido al empalme neural de Silenus se marchitó en cuestión de segundos, se secó y contrajo como una medusa fuera del agua. El líquido rojo salpicó la cara y los hombros del poeta, y se volvió azul.

Los ojos de Martin Silenus temblaron y se abrieron como los de un búho.

—Oiga —dijo el poeta—, ¿sabe que tiene al jodido Alcaudón a sus espaldas?

Gladstone se teleyectó a sus aposentos privados y fue a su cubículo ultralínea. La aguardaban dos mensajes.

El primero procedía del espacio de Hyperion. Gladstone parpadeó cuando la suave voz del ex gobernador general de Hyperion, el joven Lane, resumió el encuentro con el tribunal éxter. Gladstone se retrepó en el asiento de cuero y se apoyó ambos puños en las mejillas mientras Lane repetía las negaciones de los éxters. Ellos no eran los invasores. Lane hizo una breve descripción del enjambre, comentó que a su juicio los éxters decían la verdad, explicó que aún desconocían el destino del cónsul y pidió órdenes.

—¿Respuesta? —preguntó el ordenador.

—Mensaje recibido —dijo Gladstone—. Transmite «Permanezca alerta» en código diplomático.

Gladstone escuchó el segundo mensaje.

El almirante William Ajunta Lee apareció en una proyección bidimensional deficiente. Era evidente que el transmisor ultralínea de la nave operaba con energía reducida. Por las columnas de datos periféricos, Gladstone comprendió que el mensaje estaba infiltrado entre transmisiones telemétricas estándar: los técnicos de FUERZA acabarían por notar las discrepancias en las cifras, pero tardarían horas o días.

Lee tenía la cara ensangrentada y el humo oscurecía el fondo. Por la borrosa imagen en blanco y negro, parecía que el joven transmitía desde un sector de embarque del crucero. Había un cadáver sobre una mesa de metal.

—… un grupo de marines logró abordar una de las naves que llamamos «lanceros» —jadeó Lee—. Están tripuladas. Hay cinco hombres por nave, y parecen éxters, pero mire usted lo que ocurre

cuando intentamos realizar una autopsia. —La imagen cambió y Gladstone advirtió que Lee proyectaba una cámara de mano hacia el transmisor ultralínea. Lee desapareció y se vio el rostro pálido y desfigurado de un éxter muerto. Por la sangre de los ojos y las orejas, el hombre había muerto de descompresión explosiva.

Apareció la mano de Lee —reconocible por los galones de contraalmirante— empuñando un escalpelo láser. El joven oficial no se molestó en desnudar al cadáver para iniciar una incisión vertical desde el esternón hasta el vientre.

La mano que empuñaba el láser se apartó y la cámara se estabilizó enfocando el cadáver éxter. Partes del pecho comenzaron a humear como si el láser hubiera prendido fuego en la ropa. Luego el uniforme se quemó y fue evidente que el pecho del hombre ardía en agujeros expansivos e irregulares, y de esos agujeros brotaba una luz tan brillante que la cámara portátil tuvo que cerrar la recepción. Partes del cráneo ardían dejando sombras en la pantalla ultralínea y las retinas de Gladstone.

La cámara se retiró antes que el cadáver se hubiera consumido, como si el calor le resultara insoportable. Apareció la cara de Lee.

—Lo mismo ha ocurrido con todos los cuerpos, FEM. No capturamos a ninguno vivo. No hemos hallado el centro del enjambre, sólo más naves, y creo que…

La imagen desapareció y las columnas de datos informaron que el mensaje se había interrumpido de golpe.

—¿Respuesta?

Gladstone sacudió la cabeza y abrió el cubículo. De vuelta al estudio, miró con ansiedad el largo sofá y se sentó detrás del escritorio, consciente de que si cerraba los ojos un segundo se dormiría. Sedeptra la llamó por la frecuencia privada del comlog y anunció que el general Morpurgo deseaba verla por razones urgentes.

El lusiano entró y se paseó agitadamente.

—Ejecutiva, entiendo su razonamiento al autorizar el uso de la bomba de muerte, pero debo protestar.

—¿Por qué, Arthur? —preguntó Gladstone, llamándolo así por primera vez en semanas.

—Porque no tenemos la menor idea del resultado. Es demasiado peligroso. Y es… inmoral.

Gladstone enarcó una ceja.

—Perder miles de millones de ciudadanos en una prolongada guerra de desgaste sería moral, pero usar ese artefacto para matar millones sería inmoral. Vaya. ¿Es ésa la posición de FUERZA, Arthur?

—Es mi posición, FEM.

Gladstone asintió.

—Comprendido, Arthur. Pero la decisión está tomada y se llevará a cabo. —Vio que su viejo amigo se cuadraba y, antes que él pudiera protestar o, más probablemente, presentar la renuncia, Gladstone sugirió—: ¿Por qué no damos una vuelta juntos, Arthur?

El general se quedó asombrado.

—¿Una vuelta? ¿Para qué?

—Necesitamos aire fresco.

Sin esperar la respuesta, Gladstone se acercó a su teleyector privado, tecleó el control manual y lo atravesó.

Morpurgo atravesó el opaco portal y observó la hierba dorada que le llegaba a las rodillas y se extendía hasta el lejano horizonte. Cúmulos broncíneos se elevaban en torres deshilachadas en un cielo amarillo azafrán. El portal se esfumó y sólo quedó el panel de control, único objeto artificial en la incesante extensión de hierba dorada y cielo nuboso.

—¿Dónde diablos estamos? —preguntó Morpurgo.

Gladstone arrancó un tallo de hierba para mascarlo.

—Kastrop-Rauxel. No tiene esfera de datos, asentamientos orbitales ni habitantes humanos o mecánicos.

Morpurgo resopló.

—Tal vez no está más a salvo de la vigilancia del Núcleo que en esos sitios donde nos llevaba Byron Lamia, Meina.

—Tal vez no —convino Gladstone—. Escucha, Arthur. —Activó el comlog y proyectó la grabación de los dos mensajes ultralínea que

acababa de oír.

Cuando terminaron las proyecciones, cuando se esfumó la cara de Lee, Morpurgo echó a andar por la hierba alta.

—¿Y bien? —preguntó Gladstone, apresurándose para alcanzarlo.

—De manera que estos cuerpos éxter se autodestruyen como cadáveres cíbridos. ¿Y qué? ¿Crees que el Senado o la Entidad Suma aceptarán esto como prueba de que el Núcleo está detrás de la invasión?

Gladstone suspiró. La hierba parecía blanda e invitante. Se imaginó acostándose allí para hundirse en un sueño del que nunca tendría que despertar:

—Es prueba suficiente para el grupo. —Gladstone no tenía que dar más explicaciones. Desde sus primeros días en el Senado, se habían mantenido en contacto para comentar sus sospechas acerca del Núcleo, su aspiración a liberarse del dominio IA. Cuando el senador Byron Lamia los había inducido… Pero eso era agua pasada.

Morpurgo observó las estepas doradas azotadas por el viento. Un relámpago jugueteaba en las broncíneas nubes cerca del horizonte.

—¿Y qué? Es inútil tener este conocimiento, a menos que sepamos dónde golpear.

—Disponemos de tres horas.

Morpurgo miró su comlog.

—Dos horas y cuarenta y dos minutos. Escaso tiempo para un milagro, Meina.

Gladstone no sonrió.

—Escaso tiempo para cualquier otra cosa, Arthur.

Ella tocó el control y el portal cobró vida.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Morpurgo—. Las IAs del Núcleo están instruyendo a nuestros técnicos acerca de esa bomba de muerte. La nave-antorcha estará preparada dentro de una hora.

—La detonaremos donde el efecto no dañe a nadie —dijo Gladstone.

El general se paró en seco y le clavó los ojos.

—¿Dónde diablos es eso? El condenado Nansen asegura que ese artilugio tiene un radio letal de por lo menos tres años-luz… pero ¿cómo podemos confiar en él? Hacemos detonar esa bomba, cerca de Hyperion o cualquier otra parte, y quizá condenemos la vida humana en todas partes.

—Tengo una idea, pero quiero consultarla con la almohada —dijo Gladstone.

—¿Consultarla con la almohada? —gruñó Morpurgo.

—Echaré una pequeña siesta, Arthur. Y te sugiero que hagas lo mismo.

Gladstone atravesó el portal.

Morpurgo masculló una obscenidad, se ajustó la gorra y atravesó el teleyector con la cabeza erguida, la espalda recta y la mirada altiva: un soldado marchando hacia su propia ejecución.

En la terraza más alta de una montaña que se desplazaba por el espacio, a diez minutos-luz de Hyperion, el cónsul y diecisiete éxters estaban sentados en un círculo de piedras bajas en el interior de un círculo de piedras altas para decidir si el cónsul viviría.

—Usted perdió a su esposa e hijo en Bressia —dijo Freeman Ghenga—. Durante la guerra entre ese mundo y el Clan Moseman.

—Sí —respondió el cónsul—. La Hegemonía supuso que todo el enjambre intervenía en el ataque. No se dijo nada para disuadir a mi gobierno de esa opinión.

—Pero mataron a su esposa e hijo.

El cónsul miró hacia la cumbre donde ya anochecía.

—¿Y qué? No pido misericordia a este tribunal ni sugiero atenuantes. Maté a Freeman Andil y los tres técnicos. Los maté con premeditación y alevosía. Los maté sin más propósito que activar la máquina para abrir las Tumbas de Tiempo. ¡No tenía nada que ver con mi esposa y mi hijo!

Un éxter barbudo a quien habían presentado como Hullcare Amnion avanzó hacia el círculo interior.

—El artefacto era inútil. No hizo nada.

El cónsul se volvió, abrió la boca, no dijo nada.

—Una prueba —añadió Freeman Ghenga.

—Pero las Tumbas se abrieron —murmuró el cónsul con un hilo de voz.

—Sabíamos que se abrirían —intervino Coredwell Minmun—. Conocíamos el nivel de deterioro de los campos antientrópicos. El aparato era un experimento.

—Un experimento —repitió el cónsul—. Maté a cuatro personas por nada. Un experimento.

—Su esposa e hijo murieron en manos de éxters —prosiguió Freeman Ghenga—. La Hegemonía asoló Alianza-Maui. Los actos de usted eran previsibles dentro de ciertos parámetros. Gladstone contaba con ello. Nosotros también. Pero teníamos que conocer los parámetros.

El cónsul se volvió, avanzó tres pasos, dio la espalda a los demás.

—Un desperdicio.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Freeman Ghenga. La calva de la alta mujer brillaba bajo la luz de las estrellas y la luz solar que se reflejaba en un cometa con granjas.

—Un desperdicio. Incluso mis traiciones. Nada fue real. Un desperdicio.

El portavoz Coredwell Minmun se levantó y se alisó la túnica.

—Este tribunal ha dictado sentencia —manifestó. Los otros dieciséis éxters asintieron.

El cónsul dio media vuelta. Había avidez en ese rostro cansado.

—Adelante. Terminemos con esto, por amor de Dios.

La portavoz Freeman Ghenga se levantó para tener enfrente al cónsul.

—Está usted condenado a vivir. Está condenado a reparar parte del daño que ha causado.

El cónsul se tambaleó.

—No, ustedes no pueden…

—Está condenado a entrar en la era caótica que se aproxima —confirmó el portavoz Hullcare Amnion—. Condenado a ayudarnos a hallar la unión entre las familias separadas de la humanidad.

El cónsul alzó los brazos como si quisiera frenar una lluvia de golpes.

—No puedo, soy culpable.

Freeman Ghenga dio tres zancadas, cogió la chaqueta de etiqueta del cónsul y lo sacudió sin mayor ceremonia.

—Sí, es culpable. Por eso debe ayudarnos a invertir el caos que vendrá. Usted contribuyó a liberar al Alcaudón. Ahora debe regresar para cerciorarse de que vuelva a su jaula. Luego se debe iniciar la larga reconciliación.

Soltó al cónsul, quien todavía temblaba. En ese momento, la montaña rotó hacia la luz solar y las lágrimas chispearon en los ojos del cónsul.

—No —susurró.

Freeman Ghenga le alisó la chaqueta arrugada y acarició con largos dedos los hombros del diplomático.

—Nosotros también tenemos nuestros profetas. Los templarios se nos unirán para sembrar de nuevo la galaxia. Lentamente, quienes han vivido en la mentira llamada la Hegemonía saldrán de las ruinas de sus mundos sometidos al Núcleo y se nos unirán en una verdadera exploración: exploración del universo y del universo mayor que hay en el interior de cada uno de nosotros.

El cónsul no parecía haber oído. Se apartó bruscamente.

—Ustedes serán destruidos por el Núcleo —declaró sin mirarlos —. Igual que la Hegemonía.

—¿Olvida usted que su mundo natal estaba basado en un solemne pacto de alianza con la vida? —preguntó Coredwell Minmun.

El cónsul se volvió hacia el éxter.

—Un pacto similar rige nuestra vida y nuestros actos —dijo Minmun—. No sólo preservar algunas especies de Vieja Tierra, sino hallar unidad en la diversidad. Propagar la semilla de la humanidad

en todos los mundos, en diversos ámbitos, pero considerando sagrada la diversidad de la vida que encontramos en otras partes.

La cara de Freeman Ghenga brillaba al sol.

—El Núcleo ofrecía la unidad en la sumisión —murmuró—. La seguridad en el estancamiento. ¿Dónde están las revoluciones del pensamiento, la cultura y la acción humanas desde la Hégira?

—Terraformadas en pálidos clones de Vieja Tierra —respondió Coredwell Minmun—. Nuestra nueva era de expansión humana no terraformará nada. Gozaremos en las dificultades y daremos buena acogida a lo extraño. No obligaremos al universo a adaptarse: nosotros nos adaptaremos.

El portavoz Hullcare Amnion señaló las estrellas.

—Si la humanidad sobrevive a esta prueba, nuestro futuro se encuentra en las oscuras distancias interestelares, no sólo en los mundos alumbrados por soles.

El cónsul suspiró.

—Tengo amigos en Hyperion —dijo—. ¿Puedo regresar para ayudarlos?

—De acuerdo —accedió Freeman Ghenga.

—¿Y enfrentarme al Alcaudón? —preguntó el cónsul.

—Se enfrentará a él —aseguró Coredwell Minmun.

—¿Y sobrevivir para ver esa época de caos? —preguntó el cónsul.

—Deberá hacerlo —dijo Hullcare Amnion.

El cónsul suspiró. Una gran mariposa con alas de células solares y tez reluciente, impermeable al vacío y a la radiación, se posó en el círculo de Stonehenge y abrió el vientre para recibirlo.

En la enfermería de la Casa de Gobierno de Centro Tau Ceti, el padre Paul Duré dormía bajo el efecto de los medicamentos, soñando con llamas y la muerte de mundos.

Excepto por la breve visita de la FEM Gladstone y la aún más breve visita del obispo Edouard, Duré había estado todo el día a solas, sumido en un sueño inquieto y punzado de dolor. Los médicos

habían pedido doce horas más para trasladar al paciente, y el Colegio de Cardenales de Pacem había aceptado, deseoso de que el paciente mejorase y se preparase para las ceremonias —al cabo de veinticuatro horas— en las que el jesuita Paul Duré de Villefranche-sur-Saóne se convertiría en el papa Teilhard I, 487º obispo de Roma, sucesor directo del apóstol Pedro.

Sanando, mientras un millón de directores ARN regeneraban la carne y los nervios gracias a la milagrosa medicina moderna —aunque no tan milagrosa, pensaba Duré, como para ahorrarme esta tremenda picazón—, el jesuita permanecía en cama y reflexionaba acerca de Hyperion, el Alcaudón y su larga vida, y la confusión reinante en el universo de Dios. Al fin se durmió y soñó que Bosquecillo de Dios ardía mientras la Verdadera Voz del Arbolmundo lo empujaba por el portal, y con su madre una mujer llamada Semfa, ahora muerta, ex obrera de la plantación de Perecebo en el afuera del Afuera, en la zona de plantación de fibroplástico al este de Puerto Romance.

Y en esos sueños tristes, Duré reparó de pronto en otra presencia: no otra presencia onírica, sino otro soñador.

Duré caminaba con alguien. Soplaba un aire fresco y el cielo era de un azul estremecedor. Acababan de doblar un recodo del camino y estaban ante un lago con orillas bordeadas por gráciles árboles y un trasfondo de montañas. Una isla parecía flotar en las aguas despejadas y una hilera de nubes bajas confería a la escena magnificencia y dramatismo.

—El lago Windermere —explicó el acompañante.

El jesuita se volvió despacio, el corazón palpitante, pero su acompañante no le inspiró temor ni reverencia.

Era un hombrecillo joven. Llevaba una chaqueta anticuada con botones y un ancho cinturón de cuero, zapatos resistentes, una vieja gorra de piel, una maltrecha mochila, pantalones remendados de corte extraño, una gran manta encima de un hombro y un macizo bastón en la mano derecha. Duré se detuvo y el otro lo imitó como si agradeciera el descanso.

—Los eriales de Furness y las Montañas Cumbrianas —señaló el joven con el bastón.

Duré vio los rizos castaños que ondeaban bajo la gorra, reparó en los grandes ojos marrones y la baja estatura del hombre, y comprendió que tenía que estar soñando, pero pensó: *¡No estoy soñando!*

—¿Quién…? —balbuceó Duré, sintiendo temor y fuertes palpitaciones.

—John —respondió su acompañante, y la serenidad de la voz aplacó los temores de Duré—. Creo que esta noche podremos alojarnos en Bowness. Brown me ha dicho que hay una maravillosa posada a orillas del lago.

Duré asintió, aunque ignoraba de qué hablaba ese hombre.

El joven cogió el brazo de Duré con suavidad pero con firmeza.

—Alguien vendrá después de mí —continuó John—. No es alfa ni omega, pero es esencial para que hallemos el camino.

Duré asintió estúpidamente. Una brisa agitó el lago y trajo el fresco olor de la vegetación de las colinas.

—Nacerá lejos —explicó John—. A mayor distancia de la que nuestra especie ha alcanzado en siglos. La tarea de usted será la misma que la mía hoy: allanarle el camino. Usted no vivirá para ser testigo de las enseñanzas de esa persona, pero el sucesor de usted sí.

—Sí —dijo Paul Duré, la boca reseca.

El joven se quitó la gorra, se la metió en el cinturón y se agachó para recoger un guijarro redondo. Lo arrojó hacia el lago y las ondas se expandieron lentamente.

—Demonios —exclamó John—, quería que saltara sobre el agua. —Miró a Duré—. Debe usted dejar la enfermería y regresar de inmediato a Pacem. ¿Comprende?

Duré parpadeó.

Esa exhortación no parecía casar con el sueño.

—¿Por qué?

—No importa —replicó John—. Hágalo. No espere nada. Si no sale de inmediato, no tendrá otra oportunidad.

Duré se volvió confusamente, como si pudiera regresar caminando a la cama del hospital. Miró por encima del hombro al joven delgado que estaba de pie en la playa rocosa.

—¿Y usted?

John cogió otra piedra, la arrojó y sacudió la cabeza cuando la piedra saltó una sola vez antes de desaparecer bajo la superficie espejada.

—Por ahora soy feliz aquí —murmuró—. He estado muy feliz en esta excursión. —Pareció sustraerse a un sueño e irguió la cabeza sonriendo—. Bueno. En marcha Santidad.

Consternado, divertido, irritado, Duré abrió la boca para replicar y se encontró en la cama de la enfermería. Los enfermeros habían bajado la iluminación para que pudiera dormir. Tenía micromonitores adheridos a la piel.

Se quedó allí un minuto, sufriendo la picazón y la incomodidad causada por la curación de quemaduras de tercer grado y recordando el sueño, pensando que era sólo un sueño, que podría dormir unas horas antes que monseñor (no, obispo) Edouard y los demás llegaran para escoltarlo. Duré cerró los ojos y recordó el rostro dulce pero masculino, los ojos castaños, el dialecto arcaico.

El padre Paul Duré de la Compañía de Jesús se incorporó, se levantó, buscó ropa y sólo encontró los pijamas de papel del hospital. Se arropó en una manta y echó a andar descalzo antes que los enfermeros pudieran reaccionar ante las señales de los sensores.

Había visto un teleyector para personal del hospital en el pasillo. Si ése no lo llevaba a casa, encontraría otro.

Leigh Hunt salió con el cuerpo de Keats a la luz de la Piazza di Spagna esperando encontrar al Alcaudón. En cambio, había un caballo. Hunt no era un experto en reconocer caballos, pues la especie estaba extinguida en su época, pero ésta parecía ser la

misma yegua que los había conducido a Roma. El animal estaba uncido al mismo carro —Keats lo llamaba *vettura*— en que habían viajado antes.

Hunt depositó el cuerpo en el asiento del carro, lo envolvió cuidadosamente en las sábanas, y caminó junto al carro con una mano en la mortaja. En sus últimas horas, Keats había pedido que lo sepultaran en el Cementerio Protestante, cerca de la Muralla Aureliana y la Pirámide de Cayo Cesto. Hunt recordaba que habían atravesado la Muralla Aureliana durante su extraño viaje, pero no la habría encontrado aunque de ello dependiera su vida… o las exequias de Keats. Por suerte, la yegua parecía conocer el camino.

Hunt marchó junto al lento carruaje, aspirando el aire primaveral y el aroma a vegetación putrefacta. ¿El cuerpo de Keats ya se estaría descomponiendo? Hunt sabía poca cosa acerca de los detalles de la muerte; no quería aprender más. Palmeó el anca de la bestia para apurarla, pero el animal se detuvo, se volvió para dirigirle una mirada de reproche y reanudó su trote parsimonioso.

Hunt se volvió al entrever un destello por el rabillo del ojo: el Alcaudón estaba a quince metros, siguiendo el paso de la yegua en una marcha solemne pero cómica, alzando las afiladas rodillas a cada paso. La luz del sol centelleaba en el caparazón, los dientes y espinas de metal.

Hunt sintió el impulso de abandonar el carruaje y correr, pero el sentido del deber y la sensación de estar perdido ahogaron ese impulso. ¿Adónde podía correr salvo a la Piazza di Spagna…? Y el Alcaudón le cerraba el paso hacia allá.

Aceptando a la criatura como otro deudo en la descabellada procesión, Hunt dio la espalda al monstruo y siguió caminando junto al carruaje, una mano firme sobre el tobillo amortajado del amigo.

Durante la marcha, Hunt se mantenía alerta a la presencia de un portal, algún indicio de tecnología más reciente que la del siglo diecinueve, u otro ser humano. Nada… La ilusión de que atravesaba una Roma abandonada en el templado día de febrero de 1821 de la era cristiana era perfecta. La yegua trepó una colina a una manzana

de la Escalinata Española, giró en anchas avenidas y estrechos callejones, pasó frente a la ruina curva del Coliseo.

Cuando yegua y carruaje se detuvieron, el adormilado Hunt se despabiló y miró alrededor. Estaban frente a una pila de escombros —presuntamente la Muralla Aureliana— y había una pirámide baja, pero el Cementerio Protestante parecía más pastura que cementerio. Había ovejas a la sombra de cipreses, los cencerros tintineaban siniestramente en el aire denso y caliente, y por doquier la hierba crecía medio metro. Hunt vio lápidas aquí y allá, medio ocultas por la hierba, y cerca del pescuezo de la yegua que pacía, una tumba recién abierta.

El Alcaudón se quedó diez metros atrás, entre las susurrantes ramas de los cipreses, pero Hunt advirtió que el fulgor rojo de la mirada se posaba en la tumba.

Hunt rodeó la yegua, que mascaba hierba con satisfacción, y se acercó a la tumba. No había ataúd. El agujero tenía más de un metro de profundidad, y la tierra apilada olía a humus y suelo fresco. Había una pala larga clavada allí, como si los sepultureros acabaran de irse.

Una losa de piedra sin inscripciones se erguía ante la tumba. Hunt vio un destello metálico en la parte superior de la losa y se acercó. Encontró el primer artefacto moderno desde que lo habían recluido en Vieja Tierra, un miniláser como los que usaban los obreros de la construcción o los artistas para trazar diseños en las aleaciones más duras.

Hunt se volvió con el láser, sintiéndose armado ahora, aunque la idea de que el estrecho haz detuviera al Alcaudón parecía ridícula. Se guardó el miniláser en el bolsillo de la camisa y se dispuso a enterrar a John Keats.

Minutos después, de pie ante el montículo de tierra, pala en mano, Hunt contemplaba la tumba abierta y el pequeño bulto amortajado. Trató de pensar unas palabras. Hunt había asistido a muchas ceremonias fúnebres oficiales y en alguna ocasión había escrito las elegías que pronunciaba Gladstone. Las palabras nunca

habían constituido un problema, pero ahora no se le ocurría ninguna. El único público era el silencioso Alcaudón, que permanecía entre las sombras de los cipreses, y las ovejas que se alejaban nerviosamente del monstruo haciendo tintinear los cencerros, enfilando hacia la tumba como un grupo de deudos perezosos.

Quizás algún poema del John Keats original fuera apropiado, pero Hunt era un político, no un hombre dado a leer o memorizar poesía antigua. Recordó, demasiado tarde, que había anotado los versos que su amigo le había dictado el día anterior, pero la libreta estaba en el escritorio del apartamento de la Piazza di Spagna. Hablaba de transformarse en algo divino o en un dios, del torrente de conocimientos o alguna otra tontería. Hunt tenía una excelente memoria, pero ni siquiera recordaba el primer verso de aquella jerigonza arcaica.

Por último, Leigh Hunt optó por un momento de silencio, la cabeza gacha y los ojos cerrados, excepto para echar ocasionales vistazos al Alcaudón, que aún se mantenía a distancia, y luego paleó la tierra. Tardó más de lo que había imaginado. Cuando terminó de apisonar el suelo, la superficie era ligeramente cóncava, como si el cuerpo fuera demasiado insignificante para formar un montículo. Las ovejas se acercaron a comer la hierba alta, las margaritas y violetas que crecían alrededor de la tumba.

Hunt no recordaba los poemas de aquel hombre, pero no tuvo problemas para recordar la inscripción que Keats había pedido para su lápida. Hunt encendió la pluma láser, la probó abriendo un surco en tres metros de hierba y suelo y tuvo que apagar a pisotones el pequeño incendio que se inició. La frase había turbado a Hunt la primera vez que la había oído: soledad y locura, audibles a través de los resuellos de Keats. Hunt no se creía con derecho a discutir con aquel hombre. Ahora sólo tenía que inscribirla en piedra, marcharse del lugar y eludir al Alcaudón mientras trataba de regresar a casa.

La pluma funcionaba bien sobre piedra y Hunt tuvo que practicar en el dorso de la lápida antes de hallar la profundidad y sintonía

adecuadas. Aun así, el efecto fue un poco tosco cuando terminó un cuarto de hora después.

Primero estaba el crudo dibujo que había pedido Keats. Le había mostrado toscos bocetos, trazados en papel con mano trémula: una lira griega con cuatro de las ocho cuerdas partidas. Hunt no estaba satisfecho cuando terminó —como artista tenía que reconocer que era aún peor que como lector de poesía—, pero la cosa debía de ser reconocible para quien supiera qué diablos era una lira griega. Luego venía la leyenda, escrita tal como Keats la había dictado:

AQUÍ YACE UNO CUYO NOMBRE
ESTABA ESCRITO EN EL AGUA

No había nada más: ni fechas de nacimiento y muerte, ni siquiera el nombre del poeta. Hunt retrocedió, examinó su labor, sacudió la cabeza, apagó la pluma pero la conservó en la mano y echó a andar hacia la ciudad, trazando un ancho círculo para eludir a la criatura de los cipreses.

Ante el túnel de la Muralla Aureliana, Hunt se detuvo para mirar atrás. La yegua, aún uncida al carruaje, había bajado por la larga cuesta para mascar la hierba más dulce que había cerca de un arroyuelo. Las ovejas daban vueltas, mascando flores y estampando huellas en el suelo húmedo de la tumba. El Alcaudón estaba en el mismo sitio, apenas visible bajo el dosel de ramas. Hunt estaba seguro de que la criatura aún miraba hacia la tumba.

Por la tarde Hunt encontró el teleyector, un rectángulo azul y opaco zumbando en el centro del derruido Coliseo. No había controles. El portal colgaba allí como una puerta opaca pero abierta.

Sin embargo, no estaba abierta para Hunt.

Lo intentó cincuenta veces, pero la superficie era sólida y resistente como la piedra. La tanteó con los dedos, avanzó y chocó, se arrojó contra el rectángulo azul, tiró piedras que rebotaron, probó

por ambos lados e incluso por los bordes, brincó una y otra vez contra aquella cosa inútil hasta magullarse los hombros y los brazos. Era un teleyector. Estaba seguro. Pero no lo dejaba pasar.

Hunt investigó el resto del Coliseo, incluso los pasajes subterráneos, llenos de humedad y excrementos de murciélago, pero no encontró ningún otro portal. Investigó las calles cercanas y sus edificios. Ningún otro portal. Investigó toda la tarde: la basílica, las catedrales, casas y chabolas, edificios de apartamentos y callejas. Incluso regresó a la Piazza di Spagna, comió deprisa en el primer piso, guardó la libreta y todo lo que le pareció de interés y luego se marchó para siempre, dispuesto a encontrar un teleyector.

El único que encontró fue el del Coliseo. Al atardecer ya lo había arañado hasta arrancarse sangre de los dedos. Tenía el aspecto apropiado, el ronroneo apropiado, la vibración apropiada, pero no lo dejaba pasar.

Una luna, no la luna de Vieja Tierra a juzgar por las tormentas y nubes de polvo visibles en la superficie, había despuntado y ahora colgaba sobre la curva negra de la pared del Coliseo. Hunt se sentó en el centro rocoso y observó con mal ceño el fulgor azul del portal. A sus espaldas oyó el frenético batir de alas de palomas y el traqueteo de un guijarro contra la piedra.

Hunt se levantó trabajosamente, sacó la pluma láser del bolsillo y esperó escudriñando las sombras de las muchas rendijas y arcadas del Coliseo. Nada se movía.

Un ruido repentino a sus espaldas le hizo dar la vuelta.

Casi roció la superficie del portal teleyector con el fino haz láser. Apareció un brazo. Luego una pierna. Salió una persona. Luego otra.

Los gritos de Leigh Hunt retumbaron en el Coliseo.

Meina Gladstone sabía que, por cansada que estuviera, sería una locura dormir una siesta de media hora. Pero desde la infancia se había adiestrado para echar sueños cortos que eliminaban el

agotamiento y las toxinas de fatiga mediante breves recreos mentales.

Presa del agotamiento y el vértigo de las cuarenta y ocho horas previas, se tendió unos minutos en el largo sofá del estudio, vaciando la mente de trivialidades y redundancias, permitiendo que el subconsciente hallara un sendero en la jungla de pensamientos y acontecimientos. Por unos minutos se adormiló y entonces tuvo un sueño.

Meina Gladstone se incorporó, sacudiéndose el pequeño chal y tocando el comlog antes de abrir los ojos.

—¡Sedeptra! Que el general Morpurgo y el almirante Singh vengan a mi oficina dentro de tres minutos.

Gladstone entró en el cuarto de baño, se dio una ducha y un masaje sónico, cogió ropa limpia —su traje más formal, de suave paño negro y aterciopelado, una bufanda de oro y roja del Senado sostenida por un alfiler dorado que mostraba el símbolo geodésico de la Hegemonía, pendientes que databan de la Vieja Tierra anterior al Gran Error, el brazalete-comlog de topacio que el senador Byron Lamia le había regalado antes de casarse— y regresó al estudio a tiempo para saludar a los dos oficiales.

—FEM, es un momento muy inoportuno —protestó el almirante Singh—. Estábamos analizando los últimos datos de Mare Infinitus y comentando los movimientos de la flota para la defensa de Asquith.

Gladstone invocó su teleyector privado e indicó a ambos que la siguieran.

Singh miró alrededor al pisar la hierba dorada bajo el cielo amenazador y broncíneo.

—Kastrop-Rauxel —dijo—. Se rumoreaba que un gobierno anterior ordenó a los efectivos espaciales de FUERZA construir aquí un teleyector privado.

—El FEM Yevshensky lo hizo añadir a la Red —explicó Gladstone. Agitó la mano y el portal se esfumó—. Él pensaba que el Ejecutivo Máximo necesitaba un lugar donde fuera improbable que lo escuchara el Núcleo.

Confuso, Morpurgo contempló turbado una muralla de nubes que se erguía en el horizonte, donde jugueteaban rayos.

—Ningún lugar está totalmente resguardado del Núcleo —objetó —. Estuve hablando con el almirante acerca de nuestras sospechas.

—No sospechas, sino hechos —puntualizó Gladstone—. Y sé dónde está el Núcleo.

Ambos oficiales reaccionaron como si un rayo los hubiera fulminado.

—¿Dónde? —exclamaron al unísono.

Gladstone se paseó de un lado al otro. El pelo corto y gris brillaba en el aire electrizado.

—En la red teleyectora —contestó—. Entre los portales. Las IAs viven en el pseudomundo de la singularidad como arañas en una red oscura. Y nosotros hemos tejido esa red.

Morpurgo fue el primero en recobrar el habla.

—Por Dios —exclamó—. ¿Qué hacemos ahora? Faltan menos de tres horas para que la nave-antorcha con el aparato del Núcleo se traslade al espacio de Hyperion.

Gladstone les dijo exactamente qué harían.

—Imposible —replicó Singh, acariciándose la barba—. Simplemente imposible.

—No —dijo Morpurgo—. Funcionará. Hay tiempo suficiente. Y considerando que los movimientos de la flota han sido frenéticos y azarosos en los últimos días…

El almirante meneó la cabeza.

—Logísticamente sería posible, pero no lo sería desde un punto de vista racional y ético. No, es absolutamente imposible.

Meina Gladstone se les acercó.

—Kushwant —dijo, interpelando al almirante por el nombre de pila por primera vez desde que ella era una joven senadora y él un aún más joven teniente de FUERZA—, ¿no recuerdas cuando el senador Lamia nos puso en contacto con los Estables? ¿La IA llamada Ummon? Su predicción de los dos futuros… uno que albergaba caos y otro la extinción segura de la humanidad.

Singh desvió la mirada.

—Yo me debo a FUERZA y a la Hegemonía.

—Tú te debes a lo mismo que yo —replicó Gladstone—. A la especie humana.

Singh alzó los puños como si se dispusiera a enfrentar a un oponente invisible pero poderoso.

—¡No lo sabemos con certeza! ¿De dónde viene esa información?

—Severn —contestó Gladstone—. El cíbrido.

—¿Cíbrido? —resopló el general—. Bah, ese artista. O simulacro de artista.

—Cíbrido —repitió la FEM, y dio sus explicaciones.

—¿Severn una personalidad recuperada? —preguntó Morpurgo, dubitativo—. ¿Y ahora lo encontraste?

—Él me encontró a mí. De algún modo logró comunicarse, desde dondequiera que esté. Ése era su papel, Arthur, Kushwant. Por eso Ummon lo envió a la Red.

—Un sueño —se mofó el almirante Singh—. Ese cíbrido explicó que el Núcleo se oculta en la red teleyectora… ¡en un *sueño*!

—Sí —dijo Gladstone—, y tenemos muy poco tiempo para actuar.

—Pero —protestó Morpurgo— hacer lo que tú sugieres…

—Condenaría a millones —concluyó Singh—, o miles de millones. La economía sufriría un colapso. Los mundos como TC^2, Vector Renacimiento, Nueva Tierra, los Deneb, Nueva Meca, Lusus… muchos más dependen de otros mundos para alimentarse. Los planetas urbanos no pueden sobrevivir por sí mismos.

—No como planetas urbanos —admitió Gladstone—. Pero pueden aprender a cultivar hasta que renazca el comercio interestelar.

—¡Bah! —resopló Singh—. Después de la peste, después del derrumbe de la autoridad, después de millones de muertes por falta de equipos adecuados, medicamentos y esfera de datos.

—He pensado en ello —dijo Gladstone con voz más firme que nunca—. Será el mayor homicidio de la historia… peor que Hitler, Tze Hu y Horace Glennon-Heightt. Pero continuar así significaría el

desastre. En ese caso, los tres cometeríamos una traición suprema contra la humanidad.

—No podemos saberlo —gruñó Kushwant Singh, como si le hubieran asestado un puñetazo en el vientre.

—Sí lo sabemos —replicó Gladstone—. El Núcleo ya no necesita la Red. De ahora en adelante, los Volátiles y los Máximos mantendrán unos millones de esclavos encerrados bajo tierra en los nueve mundos laberínticos mientras usan sinapsis humanas para sus necesidades informáticas.

—Pamplinas —masculló Singh—. Esos humanos morirían.

Meina Gladstone suspiró y negó con la cabeza.

—El Núcleo ha diseñado un artefacto parasitario orgánico llamado cruciforme. Resucita a los muertos. Al cabo de unas generaciones, los humanos serán retrasados e insensibles, pero sus neuronas aún servirían a los propósitos del Núcleo.

Singh les dio nuevamente la espalda. Su cuerpo menudo se recortaba contra una muralla de relámpagos mientras la tormenta se aproximaba en una turbulencia de hirvientes nubes de bronce.

—¿El sueño te contó esto, Meina?

—Sí.

—¿Y qué más dice el sueño? —espetó el almirante.

—Que el Núcleo ya no necesita la Red —continuó Gladstone—. No la Red humana. Seguirá residiendo allí, como las ratas en las paredes, pero los ocupantes originales ya no son necesarios. La Inteligencia Máxima IA se encargará de los principales deberes de computación.

Singh se volvió hacia ella.

—Estás loca, Meina. Muy loca.

Gladstone se acercó al almirante para cogerle el brazo antes de activar el teleyector.

—Kushwant, por favor escucha…

Singh extrajo una pistola de minidardos de la túnica y la apoyó en el pecho de la mujer.

—Lo lamento, Ejecutiva. Pero yo sirvo a la Hegemonía y…

Gladstone retrocedió con la mano en la boca cuando el almirante dejó de hablar, la miró un instante con ojos vacíos y cayó sobre la hierba.

La pistola cayó en el matorral.

Morpurgo se acercó para recogerla y colocársela en el cinturón antes de guardar la vara de muerte que empuñaba.

—Lo has matado —dijo la FEM—. Si no cooperaba, yo pensaba dejarlo aquí. Dejarlo aislado en Kastrop-Rauxel.

—No podíamos correr ese riesgo —declaró el general, alejando el cuerpo del teleyector—. Todo depende de las próximas horas.

Gladstone miró a su viejo amigo.

—¿Estás dispuesto a llegar hasta el final?

—No queda más remedio —dijo Morpurgo—. Será nuestra última oportunidad de liberarnos de este yugo de opresión. Daré las órdenes de inmediato y entregaré instrucciones selladas personalmente. Se necesitará la mayor parte de la flota…

—Por Dios —susurró Meina Gladstone, mirando el cuerpo del almirante Singh—. Hago todo esto impulsada por un sueño.

—A veces —dijo el general Morpurgo, mientras le cogía la mano —, los sueños son lo único que nos diferencia de las máquinas.

44

Descubro que la muerte no es una experiencia agradable. Abandonar las habitaciones de Piazza di Spagna y el cuerpo que se enfría es como ser ahuyentado de la tibieza del hogar por un incendio o una inundación en medio de la noche. El shock y el desconcierto son abrumadores. Al zambullirme en la esfera de datos experimento la misma sensación de vergüenza y torpe revelación que todos hemos padecido en sueños al comprender que nos hemos olvidado de vestirnos y acudimos desnudos a un lugar público o a una reunión social.

Desnudo es la palabra adecuada, mientras me esfuerzo en conservar alguna forma de mi deshilachada persona analógica. Logro concentrarme para moldear un razonable simulacro del ser humano que fui con esta aleatoria nube electrónica de recuerdos y asociaciones. O al menos del humano cuyos recuerdos compartí.

El señor John Keats, de metro y medio de altura. La esfera resulta tan intimidatoria como antes. Peor, ahora que no tengo refugio mortal al cual huir. Vastas formas se desplazan más allá de los horizontes oscuros, los sonidos retumban en el Vacío Que Vincula, pasos en los mosaicos de un castillo abandonado. Hay un rumor constante, como ruedas de carro en un camino de pizarra.

Pobre Hunt. Siento la tentación de regresar a él, asomarme como el fantasma de Marley para asegurarle que estoy en mejor situación de la que aparento, pero Vieja Tierra es un lugar peligroso para mí: la presencia del

Alcaudón arde en el plano de datos de la metaesfera como fuego en terciopelo negro.

El Núcleo me llama con mayor fuerza, pero eso es aún más peligroso. Recuerdo que Ummon destruyó al otro Keats frente a Brawne Lamia, estrechando la persona analógica hasta disolverla, y el recuerdo básico que el Núcleo tenía de ese hombre se derritió como una babosa con sal.

No, gracias. He escogido la muerte antes que la divinidad, pero debo realizar algunas tareas antes de dormir.

La metaesfera me asusta, el Núcleo me asusta aún más, los oscuros túneles de las singularidades por donde debo viajar me aterran hasta los huesos analógicos. Pero no hay nada más.

Entro en el primer cono negro, rodando como una hoja metafórica en un torbellino muy real, y emerjo en el plano adecuado, pero demasiado mareado y desorientado para hacer otra cosa salvo quedarme sentado, visible para cualquier IA del Núcleo que tenga acceso a esos ganglios ROM o rutinas fágicas que residen en las grietas violáceas de estas cordilleras de datos. Sin embargo, el caos del TecnoNúcleo me salva: las grandes personalidades del Núcleo están demasiado ocupadas sitiando sus propias Troyas como para vigilar las puertas traseras.

Encuentro los códigos de acceso que busco y los umbilicales sinópticos que necesito, y en un microsegundo sigo los viejos senderos hasta Centro Tau Ceti, Casa de Gobierno, la enfermería, los sueños de Paul Duré.

Mi persona es excepcional en cuestión de sueños, y descubro por casualidad que los recuerdos de mi excursión escocesa constituyen un grato paisaje para convencer al sacerdote de que huya. Como inglés y librepensador, en un tiempo me opuse a todo lo que apestara a papado, pero algo debe decirse en favor de los jesuitas: se les enseña más obediencia que lógica, y por una vez esto resulta beneficioso

para toda la humanidad. Duré no pregunta por qué cuando le digo que se marche. Se despierta como un buen chico, se envuelve en una manta y se larga.

Meina Gladstone piensa en mí como Joseph Severn, pero acepta mi mensaje como si se lo enviara Dios. Quiero decirle que no, que no soy el único, que soy sólo Aquel Que Viene Antes, pero lo importante es el mensaje, así que hablo y me voy.

Al atravesar el Núcleo para dirigirme a la metaesfera de Hyperion, capto el olor a metal ardiente de la guerra civil y entreveo una gran luz que quizá sea Ummon extinguiéndose. El viejo maestro —si en efecto es él— no cita koans mientras muere, sino que grita agónicamente como cualquier entidad consciente cuando la arrojan al horno.

Me apresuro.

La conexión teleyectora con Hyperion es muy tenue: un solo portal militar y una única nave-puente averiada en un perímetro cada vez menor de maltrechas naves de la Hegemonía. La esfera de singularidad sólo se puede proteger varios minutos contra ataques éxter. La nave-antorcha que transporta la bomba de muerte se prepara para trasladarse al sistema cuando entro y me oriento en el limitado nivel de la esfera de datos que permite la observación. Me detengo a ver qué ocurre.

—Dios mío —exclamó Melio Arúndez—, un mensaje prioridad uno de Meina Gladstone.

Theo Lane se acercó y ambos miraron los datos que nublaban el aire del holofoso. El cónsul bajó del dormitorio por la escalera de caracol.

—¿Otro mensaje de TC^2? —exclamó.

—No es concretamente para nosotros —dijo Teo, leyendo los códigos rojos que se formaban y desaparecían—. Es una transmisión general en ultralínea, para todo el mundo.

Arúndez se sentó en los cojines.

—Algo anda muy mal. ¿Alguna vez la FEM ha transmitido en banda ancha total?

—Nunca —respondió Theo Lane—. La energía necesaria para codificar una grabación semejante sería increíble.

El cónsul se acercó y señaló los códigos que desaparecían.

—No es una grabación. Es una transmisión en tiempo real.

Theo sacudió la cabeza.

—Implica varios millones de gigavoltios electrónicos en transmisión.

Arúndez soltó un silbido.

—Incluso a un millón de GeV, más vale que sea importante.

—Una rendición general —dijo Theo—. Es lo único que justificaría una emisión universal en tiempo real. Gladstone la envía a los éxters, a los mundos del Afuera y a los planetas conquistados, así como a la Red. Debe de estar en todas las frecuencias de comunicaciones, en HTV y en las bandas de la esfera de datos. Tiene que ser una rendición.

—Cállate —espetó el cónsul, quien había estado bebiendo.

El cónsul había empezado a beber al regresar del tribunal y su humor, pésimo aún cuando Theo y Arúndez le palmeaban la espalda para celebrar su supervivencia, no mejoró cuando despegaron y se alejaron del enjambre, ni en las dos horas que pasó bebiendo a solas mientras enfilaban hacia Hyperion.

—Meina Gladstone no se rendirá —farfulló el cónsul con voz gangosa, la botella de escocés en la mano—. Ya verás.

En la nave-antorcha *Stephen Hawking*, la vigesimotercera nave de la Hegemonía que llevaba el nombre de ese reverenciado científico, el general Arthur Morpurgo miró desde la cubierta C^3 y

silenció a los dos oficiales del puente. Normalmente esas naves llevaban setenta y cinco tripulantes. Ahora, con la bomba de muerte cargada y montada en el depósito de armamentos, Morpurgo y cuatro voluntarios eran los únicos tripulantes. Despliegues visuales y discretas voces de ordenador les aseguraban que la *Stephen Hawking* seguía el curso correcto en el tiempo correcto, alcanzando gradualmente velocidades cuasicuánticas mientras se dirigía al portal teleyector militar del punto de LaGrange Tres, entre Madhya y su enorme luna. El portal de Madhya se comunicaba directamente con el tenazmente defendido teleyector del espacio de Hyperion.

—Un minuto y dieciocho segundos para punto de traslación —informó el oficial Salumun Morpurgo, hijo del general.

Morpurgo asintió y tecleó la transmisión en banda ancha. Las proyecciones del puente ya estaban bastante ocupadas con datos de la misión, así que el general dejó sólo la voz de la emisión de la FEM. Sonrió contra su voluntad. ¿Qué diría Meina si supiera que él estaba al timón de la *Stephen Hawking*? Era mejor que no lo supiera. No había nada más que él pudiera hacer. Prefería no ver los resultados de sus concretas órdenes directas de las últimas dos horas.

Morpurgo sonrió a su primogénito con un orgullo que rayaba en el dolor. Había muy pocas personas en quien confiar para semejante misión, y su hijo había sido el primero en ofrecerse como voluntario. En el peor de los casos, el entusiasmo de la familia Morpurgo aplacaría todo recelo del Núcleo.

—Conciudadanos —dijo Gladstone—, ésta es mi última transmisión como Funcionaria Ejecutiva Máxima.

»Como sabéis, la terrible guerra que ya ha devastado tres mundos y está a punto de asolar un cuarto ha sido denunciada como una invasión de los enjambres éxter.

»Eso es mentira.

Las bandas de comunicación emitieron relampagueos de interferencia y callaron.

—Pasen a ultralínea —ordenó el general Morpurgo.

—Un minuto tres segundos para punto de traslación —canturreó su hijo.

La voz de Gladstone regresó, filtrada y algo deformada por la codificación y decodificación ultralínea.

—… comprender que nuestros antepasados, y nosotros mismos, habíamos celebrado un pacto fáustico con un poder que no se interesa por el destino de la humanidad.

»El Núcleo es el responsable de la actual invasión.

»El Núcleo tiene la culpa de nuestra larga y cómoda edad oscura del alma.

»El Núcleo se esconde tras el actual intento de destruir a la humanidad, pues desea eliminarnos del universo para sustituirnos por un dios generado por las máquinas.

El oficial Salumun Morpurgo no apartaba los ojos del círculo de instrumentos.

—Treinta y ocho segundos para el punto de traslación.

Morpurgo asintió. Los otros dos tripulantes del puente C^3 tenían la cara perlada de sudor. El general advirtió que también él tenía la cara húmeda.

—… demuestran que el Núcleo reside en los oscuros recovecos que hay entre los portales de teleyección. Sus integrantes creen que son nuestros amos. Mientras exista la Red, mientras nuestra amada Hegemonía esté vinculada por teleyectores, serán nuestros amos.

Morpurgo miró el cronómetro de misión. Veintiocho segundos. La traslación al sistema de Hyperion sería instantánea para los sentidos humanos.

Morpurgo estaba seguro de que la bomba de muerte del Núcleo estaba sintonizada para estallar en cuanto ingresaran en el espacio de Hyperion. La onda de choque llegaría al planeta Hyperion en menos de dos segundos, engulliría incluso a los elementos más distantes del enjambre éxter en diez minutos.

—Así —continuó Meina Gladstone, demostrando emoción por primera vez—, como Funcionaria Ejecutiva Máxima del Senado de la Hegemonía del Hombre, he autorizado a efectivos espaciales de

FUERZA para que destruyan todas las esferas de singularidad y teleyectores.

»La destrucción —la cauterización— comenzará dentro de diez segundos.

»Dios salve a la Hegemonía.

»Dios nos perdone a todos.

—Cinco segundos para la traslación, padre —anunció fríamente el oficial Salumun Morpurgo.

Morpurgo clavó los ojos en su hijo. Las proyecciones que había detrás del joven mostraban que el portal crecía y los rodeaba.

—Te quiero —dijo el general.

Doscientas sesenta y tres esferas de singularidad que conectaban más de setenta y dos portales teleyectores fueron destruidas con diferencia de fracciones de segundo. Las unidades de la flota de FUERZA, desplegadas por Morpurgo según órdenes ejecutivas y obedeciendo instrucciones reveladas menos de tres minutos antes, reaccionaron con celeridad y profesionalismo, destruyendo las frágiles esferas con misiles, láseres y explosivos de plasma.

Tres segundos después, mientras aún se expandían las nubes de escombros, las centenares de naves se encontraron aisladas, separadas entre sí y de otros sistemas, por semanas o meses de viaje Hawking, y con años de deuda-temporal.

Miles de personas fueron sorprendidas en tránsito. Muchas murieron al instante, desmembradas o cortadas por la mitad. Muchas más sufrieron amputaciones cuando los portales se derrumbaron delante o detrás de ellas. Algunas simplemente desaparecieron.

Éste fue el destino de la *Stephen Hawking* —tal como estaba planeado— pues los portales de entrada y salida fueron expertamente destruidos en el nanosegundo de la traslación de la nave. Ninguna parte de la nave-antorcha sobrevivió en el espacio real. Análisis posteriores demostraron en forma concluyente que la bomba de muerte detonó en lo que pasaba por espacio y tiempo en las extrañas geografías del Núcleo, entre los portales.

El efecto no se supo nunca.

El efecto en el resto de la Red y sus ciudadanos se manifestó de inmediato.

Al cabo de siete siglos de existencia y por lo menos cuatro siglos donde pocos ciudadanos existían sin ella, la esfera de datos —incluida la Entidad Suma y las bandas de comunicación y acceso— desapareció. Cientos de miles de ciudadanos enloquecieron al instante, catatónicos ante la pérdida de sentidos que se habían vuelto más importantes que la vista o el oído.

Cientos de miles de operadores del plano de datos, entre ellos muchos ciberfans y cowboys del sistema, se perdieron cuando sus personas analógicas quedaron atrapadas en el derrumbe de la esfera o sus cerebros se abrasaron por sobrecarga de los empalmes neurales o un efecto más tarde denominado realimentación cero-cero.

Millones de personas murieron cuando sus hábitats, accesibles sólo por teleyector, se transformaron en trampas aisladas. El obispo de la Iglesia de la Expiación Final —dirigente del Culto del Alcaudón — había organizado las cosas para pasar los Días Finales con cierta comodidad, en una montaña ahuecada y generosamente provista en las honduras de la Cordillera del Cuervo, en la zona boreal de Nevermore. Los teleyectores eran la única ruta de entrada y salida. El obispo pereció con varios miles de acólitos, exorcistas, lectores y ostiarios que se afanaban por llegar al templo interior para compartir las últimas bocanadas de aire del Sagrado.

La millonaria editora Tyrena Wingreen-Feif, con noventa y tres años estándar de edad y presente en la escena social durante más de tres siglos gracias al milagro de la criogenia y los tratamientos Poulsen, cometió el error de pasar ese día fatídico en su oficina de la torre de Transline, en la sección Babel de Ciudad Cinco, Centro Tau Ceti. Sólo se llegaba a esa oficina por teleyector. Tras quince horas de negarse a creer que el servicio de teleyección no se reanudaría,

Tyrena aceptó la sugerencia de sus empleados y anuló los campos de contención para que la recogiera un VEM.

Tyrena no había escuchado atentamente las instrucciones. La descompresión explosiva la arrancó del piso cuatrocientos treinta y cinco como el corcho de una botella de champaña demasiado agitada. Los empleados y miembros del equipo de rescate del VEM juraron que la vieja dama se desgañitó maldiciendo durante la caída de cuatro minutos.

En la mayoría de los mundos, el caos había cobrado una nueva definición.

La mayor parte de la economía de la Red se desmoronó con las esferas de datos locales y la megaesfera de la Red. Billones de marcos ganados con esfuerzo y mal habidos dejaron de existir. Las tarjetas universales dejaron de funcionar. La maquinaria de la vida cotidiana carraspeó y se apagó. Durante semanas, meses o años, según el mundo, resultaría imposible pagar comestibles, cobrar un viaje en transporte público, saldar una deuda o recibir servicios sin las monedas y billetes del mercado negro.

Pero la depresión que había asolado la Red como una ola colosal era un detalle insignificante, reservado para reflexiones posteriores. Para la mayoría de las familias, el efecto fue inmediato e intensamente personal.

Papá o mamá se habían teleyectado al trabajo como de costumbre (de Deneb Vier a Vector Renacimiento), por ejemplo y en vez de llegar a casa una hora tarde se retrasarían once años, siempre que encontraran plaza en una de las pocas gironaves Hawking que aún viajaban entre los mundos.

Los miembros de familias adineradas que escuchaban el discurso de Gladstone en sus residencias multimundo se miraron, separados por escasos metros y portales abiertos entre las habitaciones, parpadearon y quedaron distanciados por años-luz y años reales, con habitaciones que se abrían a ninguna parte.

Los niños que estaban en la escuela, el campamento, el lugar de juegos o la casa de la niñera serían adultos antes que se reunieran con los padres.

La Confluencia, ya ligeramente tronchada por los vientos de la guerra, desapareció, y el incesante cinturón de bellas tiendas y prestigiosos restaurantes quedó partido en tramos ostentosos que nunca más se unirían de nuevo.

El río Tetis dejó de circular cuando los gigantescos portales se enturbiaron y desvanecieron. El agua desbordó y se secó, y los peces se pudrieron bajo doscientos soles.

Se produjeron disturbios. Lusus se desgarró como un lobo que se devorara las entrañas. Nueva Meca sufrió espasmos de martirio. Tsingtao-Hsishuang Panna celebró la liberación ante las hordas éxter y colgó a varios miles de ex burócratas de la Hegemonía.

Alianza-Maui también tuvo disturbios, pero de celebración, y los cientos de miles de descendientes de las Primeras Familias navegaron en las islas móviles para desplazar a los extranjeros que se habían apoderado de buena parte de ese planeta. Luego, los millones de desconcertados y desplazados propietarios de residencias de vacaciones tuvieron que trabajar para desmantelar los miles de plataformas petrolíferas y centros turísticos que moteaban el Archipiélago Ecuatorial como viruela.

En Vector Renacimiento hubo un breve estallido de violencia seguido por una eficaz reestructuración social y un serio esfuerzo por alimentar un mundo urbano sin granjas.

En Nordholm, las ciudades se vaciaron mientras la gente regresaba a las costas, el frío mar y las ancestrales naves pesqueras.

En Parvati hubo confusión y guerra civil.

En Sol Draconi Septem hubo júbilo y revolución, seguidos por un rebrote de la peste del retrovirus.

En Fuji se produjo resignación filosófica seguida por la inmediata construcción de astilleros para crear una flota de gironaves Hawking.

En Asquith hubo acusaciones, tras la victoria del Partido Socialista de los Trabajadores en el Parlamento Mundial.

En Pacem se alzaron muchos rezos. El nuevo papa, Su Santidad Teilhard I, convocó al gran concilio Vaticano XXXIX, anunció una nueva era en la vida de la Iglesia, y autorizó al concilio para preparar misiones para viajes largos. Muchos misioneros. Para muchos viajes. El papa Teilhard anunció que esos misioneros no se dedicarían al proselitismo, sino a la exploración. La Iglesia, como muchas especies habituadas a vivir al borde de la extinción, se adaptó y resistió.

En Tempe hubo disturbios y muerte y el surgimiento de demagogos.

En Marte, el Mando Olympus permaneció en contacto con sus remotas fuerzas durante un tiempo, vía ultralínea. Olympus confirmó que las «oleadas de invasión éxter» habían cesado en todas partes excepto el sistema de Hyperion. Las naves interceptadas del Núcleo estaban vacías y sin programación. La invasión había terminado.

En Metaxas hubo disturbios y represalias.

En Qom-Riyadh un ayatollah fundamentalista shiíta salió del desierto, convocó a cien mil simpatizantes y eliminó al gobierno local sunita en pocas horas. El nuevo gobierno revolucionario devolvió el poder a los mullahs e hizo retroceder el reloj en dos mil años. La gente estaba alborotada de alegría.

En Armaghast, un mundo fronterizo, las cosas continuaron como siempre, excepto por la ausencia de turistas, nuevos arqueólogos y otros bienes importados. Armaghast era un mundo laberíntico. Su laberinto permaneció vacío.

En Hebrón hubo pánico en el centro extranjero de Nueva Jerusalén, pero los ancianos sionistas pronto restauraron el orden en la ciudad y en el planeta. Se trazaron planes. Se racionaron y compartieron los bienes escasos e importados de otros mundos. Se cultivó el desierto. Se extendieron las granjas. Se plantaron árboles. Las personas se quejaron, dieron gracias a Dios por la liberación, protestaron a Dios por la incomodidad de tal liberación y continuaron con sus tareas.

En Bosquecillo de Dios aún ardían continentes enteros y un telón de humo ocultaba el cielo. Poco después del paso del «enjambre»,

veintenas de naves arbóreas se elevaron a las nubes, trepando despacio con sus impulsores de fusión y protegidas por campos de contención generados por ergs. Cuando superaron la atracción de la gravedad, la mayoría de esas naves arbóreas siguieron mil rumbos en el plano galáctico de la eclíptica e iniciaron el largo salto cuántico. Los mensajes ultralínea brincaban de las naves arbóreas a los lejanos y expectantes enjambres. La nueva siembra había comenzado.

En Centro Tau Ceti, sede del poder, la riqueza, los negocios y el gobierno, los hambrientos sobrevivientes abandonaron las peligrosas torres, las inútiles ciudades y los inservibles hábitats orbitales y buscaron a quien culpar. A quien castigar.

No tenían que buscar muy lejos.

El general Van Zeidt estaba en la Casa de Gobierno cuando se derrumbaron los portales, y ahora estaba al mando de los doscientos marines y los sesenta y ocho agentes de seguridad que custodiaban el complejo. La ex FEM Meina Gladstone aún comandaba a los seis pretorianos que Kolchev le había dejado cuando él y los demás senadores partieron en la última nave de evacuación de FUERZA. La turba había conseguido misiles y láseres antiespaciales, y ninguno de los otros tres mil empleados y refugiados de la Casa de Gobierno iría a ninguna parte hasta que levantaran el sitio o fallaran los escudos.

Gladstone estaba en el puesto de observación de avanzada y contemplaba los destrozos. La turba había destruido la mayor parte del Parque de los Ciervos y los jardines antes de ser detenida por los campos de interdicción y contención. Por lo menos tres millones de personas frenéticas se apretujaban contra aquellas barreras, y la multitud crecía a ojos vistas.

—¿Puede usted hacer retroceder los campos cincuenta metros y restaurarlos antes que la multitud cubra el terreno? —preguntó Gladstone al general. El humo de las ciudades que ardían al oeste

impregnaba el cielo. La turba había aplastado a miles de hombres y mujeres contra el borrón del campo de contención, y los lados inferiores de la pared vibrante parecían embadurnados con mermelada de fresa. Decenas de miles se acercaban a ese campo interno a pesar del dolor que el campo de interdicción les infligía en los nervios y los huesos.

—Es factible, Ejecutiva —contestó Van Zeidt—. Pero ¿para qué?

—Voy a hablarles —dijo Gladstone con voz firme.

El marine la miró, seguro de que se trataba de una broma pesada.

—Ejecutiva, dentro de un mes querrán escucharla a usted, o a cualquiera de nosotros, por radio o HTV. Dentro de un par de años, cuando se haya restaurado el orden y el racionamiento tenga éxito, quizá se vean dispuestos a perdonar. Pero pasará una generación antes que se entienda lo que usted hizo… que los ha salvado, que nos ha salvado a todos.

—Quiero hablarles —insistió Meina Gladstone—. Tengo algo que darles.

Van Zeidt meneó la cabeza y se volvió hacia el círculo de oficiales de FUERZA que observaban a la turba a través de las ranuras del refugio y que ahora miraba a Gladstone con incredulidad y horror.

—Debo consultar con el FEM Kolchev —objetó el general Van Zeidt.

—No —dijo fatigosamente Meina Gladstone—. Él gobierna un imperio que ya no existe. Yo todavía gobierno el mundo que destruí. —Hizo una seña a los pretorianos, que extrajeron varas de muerte de las túnicas rayadas.

Ninguno de los oficiales se movió.

—Meina —dijo el general Van Zeidt—, la próxima nave de evacuación logrará llegar.

Gladstone asintió distraídamente.

—El jardín interior, diría yo. La multitud quedará desorientada varios segundos. La desaparición de los campos externos la desconcertará. —Miró en torno como si olvidara algo y extendió la

mano a Van Zeidt—. Adiós, Mark. Muchas gracias. Por favor, cuida de mi pueblo.

Van Zeidt le estrechó la mano mientras la mujer se ajustaba la bufanda, se tocaba distraídamente el brazalete-comlog como para darse suerte y salía del refugio con cuatro pretorianos. El grupo cruzó los jardines pisoteados y avanzó despacio hacia los campos de contención. La multitud pareció reaccionar como un organismo único e insensible, avanzando sobre el campo de interdicción y chillando con voz demente.

Gladstone se volvió, agitó la mano como para saludar e indicó a los pretorianos que regresaran. Los cuatro guardias cruzaron deprisa la hierba pisoteada.

—Hágalo —indicó uno de los pretorianos que se habían quedado. Señaló el mando a distancia del campo de contención.

—Al demonio contigo —espetó el general Van Zeidt. Nadie se acercaría a ese mando a distancia mientras él viviera.

Van Zeidt había olvidado que Gladstone aún tenía acceso a los códigos y los enlaces tácticos de banda estrecha. Vio que Gladstone alzaba el comlog, pero reaccionó con demasiada lentitud. Las luces del mando a distancia parpadearon, primero rojas y luego verdes, y los campos externos se desconectaron y se formaron cincuenta metros más adentro, y por un instante Meina Gladstone quedó desprotegida, sin nada entre ella y la turba de millones excepto unos metros de hierba y un sinfín de cadáveres que de pronto cedieron ante la gravedad cuando las paredes de los campos retrocedieron.

Gladstone alzó ambas manos como si abrazara a la multitud. El silencio y la quietud se extendieron tres segundos eternos, luego la multitud rugió con voz de fiera y miles de personas avanzaron con palos, piedras, cuchillos y botellas rotas.

Por un instante Van Zeidt pensó que Gladstone resistía como una sólida roca el embate de aquella marejada de escoria; veía el traje oscuro, la bufanda brillante, la veía de pie, los brazos alzados, pero luego aparecieron cientos más, la multitud se cerró y la FEM se perdió.

Los pretorianos bajaron las armas y los centinelas marines los arrestaron.

—Alzad los campos de contención —ordenó Van Zeidt—. Ordenad a las naves que aterricen en el jardín interior con intervalos de cinco minutos. ¡Deprisa!

El general desvió la mirada.

—Santo Dios —exclamó Theo Lane mientras los informes fragmentarios seguían llegando por ultralínea. Había tantas grabaciones de milisegundos que el ordenador apenas podía separarlas. El resultado era caótico.

—Pasa de nuevo la parte de la destrucción de la esfera de singularidad —pidió el cónsul.

—Sí, señor —dijo la nave, e interrumpió los mensajes ultralínea para retransmitir el súbito estallido blanco, seguido por un breve florecimiento de desechos y un repentino colapso cuando la singularidad se devoró a sí misma y engulló todo lo que estaba a un radio de seis mil kilómetros. Los instrumentos mostraban el efecto de las mareas de gravedad: fácil de compensar a esta distancia, pero fatal para las naves de la Hegemonía y éxter que aún combatían cerca de Hyperion.

—Bien —dijo el cónsul, y el torrente de informes ultralínea continuó.

—¿No hay duda? —preguntó Arúndez.

—Ninguna —respondió el cónsul—. Hyperion es de nuevo un mundo del Afuera. Sólo que ahora no es el Afuera de una Red.

—Resulta difícil creerlo —comentó Theo Lane, mientras bebía escocés. Era la primera vez que el cónsul veía a su asistente ingerir una droga. Theo se sirvió otra generosa medida—. La Red… desaparecida. Quinientos años de expansión eliminados.

—No eliminados —objetó el cónsul. Puso su vaso sobre una mesa —. Los mundos permanecen. Las culturas se distanciarán, pero aún

tenemos el impulso Hawking. El único avance tecnológico que creamos nosotros, no el Núcleo.

Melio Arúndez unió las palmas como si rezara.

—¿El Núcleo ya habrá desaparecido realmente? ¿Estará destruido?

El cónsul escuchó un instante la algarabía de voces, gritos, exhortaciones, informes militares y súplicas de ayuda que llegaban por las bandas ultralínea de audio.

—No destruido, tal vez —dijo—, pero separado, aislado.

Theo terminó el trago y bajó el vaso. Los ojos verdes tenían un aire plácido y vidrioso.

—¿Cree que habrá otras redes? ¿Otros sistemas teleyectores? ¿Núcleos de reserva?

El cónsul gesticuló con la mano.

—Sabemos que lograron crear su Inteligencia Máxima. Quizás esa IM permitió esta reducción del Núcleo. Tal vez mantengan algunas viejas IAs funcionando en capacidad reducida, tal como pretendían mantener algunos millones de seres humanos en reserva.

De pronto la algarabía de ultralínea cesó como seccionada por un cuchillo.

—¿Qué ocurre, nave? —preguntó el cónsul, sospechando un corte energético en el receptor.

—Todos los mensajes ultralínea han cesado, la mayoría en medio de la transmisión —informó la nave.

El cónsul pensó en la bomba de muerte y se le encogió el corazón. Pero pronto comprendió que no podía afectar a todos los mundos al mismo tiempo. Aunque cientos de esos artefactos detonaran simultáneamente, habría un tiempo de retraso mientras las naves de FUERZA y otras fuentes de transmisión lejanas recibían sus mensajes finales. Pero ¿qué era?

—Los mensajes parecen interrumpidos por una perturbación en el medio de transmisión —explicó la nave—. Lo cual, por lo que sé, es imposible.

El cónsul se levantó. *¿Una perturbación en el medio de transmisión?* El medio ultralínea, por lo que entendían los humanos, era la hipercuerda de topografía Planck-infinita del espacio-tiempo: aquello que las IAs denominaban enigmáticamente el Vacío Que Vincula. En ese medio no podía haber perturbaciones.

De pronto la nave dijo:

—Llega mensaje ultralínea. Fuente emisora, por todas partes; base de codificación, infinita; mensaje en tiempo real.

El cónsul abrió la boca para ordenar a la nave que dejara de decir sandeces cuando el aire del holofoso se nubló con algo que no era imagen ni columna de datos, y una voz habló:

—NO HABRÁ MÁS USO INDEBIDO DE ESTE CANAL. ESTÁIS MOLESTANDO A OTROS QUE LO UTILIZAN CON UN PROPÓSITO SERIO: SE RESTAURARÁ EL ACCESO CUANDO COMPRENDÁIS PARA QUÉ SIRVE: ADIÓS.

Se impuso un silencio sólo interrumpido por el ronroneo de los conductos de ventilación y los mil murmullos de una nave en marcha.

Al fin el cónsul dijo:

—Nave, por favor envía un mensaje ultralínea estándar con tiempo y lugar sin codificar. Añade: «Estaciones receptoras respondan».

Hubo una pausa de segundos, un tiempo imposiblemente largo para el ordenador que era la nave.

—Lo lamento, es imposible —respondió al fin.

—¿Por qué? —preguntó el cónsul.

—Las transmisiones ultralínea ya no se permiten. El medio de la hipercuerda ya no recibe modulaciones.

—¿No hay nada en la ultralínea? —preguntó Theo, mirando el espacio vacío del holofoso como si alguien hubiera apagado un holofilme cuando llegaba a la parte interesante de la trama.

La nave hizo otra pausa.

—En la práctica, señor Lane —contestó la nave—, ya no hay ultralínea.

—Demonios —masculló el cónsul. Terminó el trago de un sorbo y fue al bar a servirse otro—. Es la vieja maldición china.

—¿A qué se refiere? —preguntó Melio Arúndez.

El cónsul bebió un largo trago.

—La antigua maldición china —repitió—. Ojalá vivas en tiempos interesantes.

Como compensando la pérdida de la ultralínea, la nave emitió el audio radiando y la jerigonza que se recibía en banda estrecha mientras proyectaba una vista en tiempo real de la esfera blanco azulada de Hyperion, que giraba y crecía mientras ellos se aproximaban, desacelerando a doscientas gravedades.

45

Escapo de la esfera de datos antes de que resulte imposible.

Es increíble y perturbador observar cómo la megaesfera se engulle a sí misma. Brawne Lamia había visto la megaesfera como una criatura orgánica, un organismo semisentiente más parecido a una ecología que a una ciudad, y esa apreciación era esencialmente correcta. Ahora, al cesar los enlaces teleyectores, al derrumbarse el mundo que está dentro de esas avenidas, con el colapso simultáneo de la esfera de datos externa como una enorme tienda que de pronto se ve privada de postes, alambres, tensores y estacas, la megaesfera viviente se devora a sí misma como un depredador famélico y enloquecido, mordiéndose la cola, el vientre, las entrañas, las patas delanteras, el corazón, hasta que sólo quedan las mandíbulas asestando dentelladas al vacío.

La metaesfera permanece. Pero ahora hay más páramos que nunca. Negros bosques de tiempo y espacios desconocidos.

Sonidos en la noche.

Leones.

Tigres.

Osos.

Cuando el Vacío Que Vincula se estremece y envía su trivial mensaje al universo humano, es como si un terremoto transmitiera vibraciones por la roca sólida. Sonrío mientras atravieso la cambiante metaesfera encima de Hyperion. Es como si el análogo de Dios se hubiera hartado de las hormigas que le escribían grafitis en el enorme dedo del pie.

No veo a Dios —a ninguno de ambos dioses— en la metaesfera. Ni tampoco lo intento. Ya tengo bastantes problemas.

Los vórtices negros de las entradas de la Red y el Núcleo han desaparecido, extirpados del espacio y del tiempo como verrugas, borrados como torbellinos en el agua cuando cesa la tormenta.

Estoy atascado aquí, a menos que afronte la metaesfera.

Pero no lo haré. No todavía.

Quiero estar aquí. La esfera de datos ha desaparecido del sistema de Hyperion, y sus lamentables vestigios —en ese mundo y lo que queda de la flota de FUERZA— se secan al sol como charcos, pero las Tumbas de Tiempo fulguran en la metaesfera como faros en la oscuridad. Si los enlaces teleyectores eran vórtices negros, las Tumbas arden como agujeros blancos que proyectan una luz expansiva.

Avanzo hacia ellos. Hasta ahora, como Aquel Que Viene Antes, lo único que he hecho ha sido aparecer en sueños ajenos. Ha llegado el momento de actuar.

Sol esperaba.

Hacía horas que había entregado su única hija al Alcaudón. Hacía días que no comía ni dormía. La tormenta había rugido y había amainado, las Tumbas habían fulgurado como reactores fuera de control y las mareas de tiempo lo habían azotado con la fuerza de una ola gigante. Pero Sol se había aferrado a la escalinata de piedra de la Esfinge y había esperado. Seguía esperando.

Aturdido, atormentado por la fatiga y la preocupación, Sol descubrió que su mente de estudioso funcionaba con celeridad.

Durante la mayor parte de su vida y durante toda su carrera, Sol Weintraub, historiador, clasicista y filósofo, había analizado la ética de la conducta religiosa humana. La religión y la ética no eran siempre —ni siquiera a menudo— mutuamente compatibles. Las

exigencias del absolutismo, el fundamentalismo religioso o el relativismo rampante a menudo reflejaban los peores aspectos de la cultura o los prejuicios contemporáneos, no un sistema donde el hombre y Dios pudieran vivir con un sentido de verdadera justicia. Sol había escrito su famoso libro (finalmente titulado *El dilema de Abraham*, publicado en una edición ingente con una tirada con la cual él nunca había soñado al escribir para editoriales académicas) cuando Rachel moría del mal de Merlín, y obviamente trataba acerca de la difícil elección de Abraham: obedecer o rechazar la orden de Dios de sacrificar a su hijo.

Sol había escrito que los tiempos primitivos exigían una obediencia primitiva, pero las generaciones posteriores evolucionaron hasta el punto en que los padres se ofrecían como prenda de sacrificio —en las oscuras noches de los hornos que jalonaban la historia de Vieja Tierra— y que las generaciones actuales tenían que rechazar toda orden de sacrificio. Sol había escrito que, fuera cual fuese la forma que Dios adoptara en la conciencia humana —mera manifestación del subconsciente con todas sus necesidades de venganza o un intento más consciente de evolución filosófica y ética—, la humanidad ya no aceptaría sacrificios en nombre de Dios. El sacrificio y la *aceptación* del sacrificio habían escrito la historia humana con sangre.

Pero horas atrás, años atrás, Sol Weintraub había ofrendado a su única hija.

Durante años la voz de sus sueños se lo había ordenado. Durante años Sol se había negado. Al fin había aceptado, porque el tiempo había transcurrido, porque no quedaba otra esperanza, y porque había comprendido que la voz de sus sueños y los de Sarai, durante todos esos años, no era la voz de Dios, sino la de una fuerza oscura aliada con el Alcaudón.

Era la voz de su hija.

Con una repentina claridad que trascendía el dolor y la pesadumbre, Sol Weintraub comprendió perfectamente por qué

Abraham había aceptado sacrificar a su hijo Isaac cuando el Señor se lo ordenó.

No era obediencia.

Ni siquiera era anteponer el amor de Dios al amor de su hijo.

Abraham ponía a prueba a Dios.

Al impedir el sacrificio en el último momento, al detener el cuchillo, Dios se había ganado el derecho —a ojos de Abraham y sus descendientes— de transformarse en el Dios de Abraham.

Sol se estremeció al pensar en la sinceridad de Abraham, en su voluntad de sacrificar al niño, destinadas a forjar ese vínculo entre un poder mayor y la humanidad. Abraham tenía que saber en su corazón que mataría al niño. La Deidad tenía que conocer la determinación de Abraham, tenía que *sentir* el dolor y el compromiso de destruir lo que para Abraham era lo más valioso del universo.

Abraham no procuraba sacrificar, sino averiguar definitivamente si ese Dios merecía confianza y obediencia. Ninguna otra prueba serviría.

Entonces, ¿por qué se repetía esa prueba? ¿Qué nuevas y terribles revelaciones aguardaban a la humanidad?

Sol comprendió —por lo que había contado Brawne, por las historias que habían compartido durante la peregrinación, por las revelaciones que él mismo había tenido durante las últimas semanas — que el esfuerzo de la Inteligencia Máxima creada por las máquinas, destinado a desalojar a la entidad Empatía de la Divinidad humana, era en vano. Sol ya no veía el árbol de espinas en la cumbre del peñasco, con sus ramas metálicas y sus multitudes sufrientes, pero ahora entendía que esa cosa era una máquina orgánica como el Alcaudón, un instrumento para irradiar sufrimiento por el universo para que ese Dios humano tuviera que responder, mostrarse.

Si Dios evolucionaba —tal como creía Sol—, esa evolución estaba orientada hacia la empatía, hacia el sufrimiento compartido más que hacia el poder y el dominio. Pero el árbol obsceno que los peregrinos

habían visto —una de cuyas víctimas era el pobre Martin Silenus— no era la manera de atraer al poder que se evadía.

Sol comprendió que el dios de las máquinas tenía perspicacia suficiente para entender que la empatía era una reacción ante el dolor ajeno, pero esa IM era demasiado tosca para advertir que la empatía —tanto para los seres humanos como para la IM de la humanidad— era mucho más que eso. La empatía y el amor eran inseparables e inexplicables. La IM de las máquinas nunca lo entenderían, ni siquiera para usarlos como señuelo para la parte de la IM humana que se había hartado de la guerra en el futuro distante.

El amor, esa trivialidad, ese cliché de las motivaciones religiosas, tenía más poder —comprendió Sol— que la fuerza nuclear fuerte, la fuerza nuclear débil, el electromagnetismo y la gravedad. El amor *era* esas otras fuerzas. El Vacío Que Vincula, la imposibilidad subcuántica que transmitía información de un fotón a otro, era nada más y nada menos que amor.

Pero ¿podía el amor —el simple e insignificante *amor*— explicar el principio antrópico que había hecho reflexionar a los científicos durante siglos, esa casi infinita secuencia de coincidencias que había conducido un universo con la cantidad adecuada de dimensiones, los valores correctos por electrón, las leyes exactas de gravedad, la edad correspondiente para las estrellas, prebiologías apropiadas para crear virus perfectos que se transformarían en los ADN indicados… en síntesis, una serie de coincidencias tan absurdas en su precisión y exactitud que desafiaban la lógica, la comprensión y aun la interpretación religiosa? *¿Amor?*

Durante siete siglos, la existencia de grandes teorías, de la unificación y la física poscuántica de las hipercuerdas y la comprensión del universo como autónomo ilimitado —según la interpretación del Núcleo—, sin singularidades procedentes del Big Bang o los correspondientes puntos finales, habían eliminado el papel de Dios, —fuera primitivamente antropomórfico o elaboradamente posteinsteiniano— incluso como conservador o

forjador de leyes antes de la Creación. El universo moderno, tal como lo entendían la máquina y el hombre, no necesitaba un Creador, más aún, no *consentía* un Creador. Sus reglas no permitían muchas correcciones ni revisiones. No había comenzado y no terminaría, al margen de ciclos de expansión y contracción tan regulares y autocontroladas como los veranos e inviernos de Vieja Tierra. No quedaba espacio para el amor.

Se diría que Abraham había ofrecido para asesinar a su hijo para poner a prueba a un fantasma.

Se diría que Sol había llevado a su hija moribunda a través de cientos de años-luz e incontables penurias en respuesta a nada.

Pero ahora, cuando la Esfinge se erguía ante él y las primeras pinceladas del amanecer aclaraban el cielo de Hyperion, Sol comprendió que había respondido a una fuerza más elemental y persuasiva que el terror del Alcaudón o el dominio del dolor. Si tenía razón —y no lo sabía, sino que lo *sentía*— el amor estaba tan integrado en la estructura del universo como la gravedad y la materia/antimateria. Había espacio para un Dios, no en la red que había entre las paredes, no en las rendijas de singularidad de la acera, no más allá de la esfera de las cosas, sino en la trama misma de las cosas. Evolucionando a medida que evolucionaba el universo. Aprendiendo a medida que las partes del universo que eran capaces de aprender aprendían. Amando como amaba la humanidad.

Sol se puso en pie. La tormenta de mareas de tiempo se había aplacado y Sol intentó por centésima vez acceder a la tumba.

Una luz brillante emanaba del sitio donde el Alcaudón había aparecido para llevarse a la hija de Sol. Pero ahora las estrellas desaparecían mientras la mañana daba brillo al cielo mismo.

Sol subió la escalera.

Recordó la vez en que Rachel —cuando tenía diez años en Mundo de Barnard— había intentado trepar el olmo más alto de la ciudad y se había caído a cinco metros de la parte más alta. Sol había corrido al centro médico y había encontrado a su hija flotando en el líquido de recuperación, con un pulmón perforado, una pierna y varias

costillas rotas, la mandíbula fracturada y un sinfín de heridas y magulladuras. Ella sonrió, alzó el pulgar y dijo a través de la mandíbula sujeta con alambres: «¡La próxima vez llegaré!».

Sol y Sarai esperaron esa noche en el centro médico mientras Rachel dormía. Esperaron durante la mañana cogidos de la mano.

Ahora Sol esperaba de nuevo.

Las mareas de tiempo de la entrada de la Esfinge aún le cerraban el paso como vientos feroces, pero él avanzó con firmeza y se situó a cinco metros, escrutando el resplandor.

Miró hacia arriba pero no retrocedió cuando vio la llama de fusión de una nave espacial descendiendo en el cielo del alba. Se volvió para mirar, pero se movió cuando oyó que la nave aterrizaba y tres descendían. Miró de soslayo, pero no echó a correr cuando oyó ruidos y gritos en el valle, y vio que una figura se acercaba desde la Tumba de Jade cargando a otra en hombros.

Ninguna de esas cosas tenía que ver con su niña. Esperó a Rachel.

Incluso sin esfera de datos, mi persona puede moverse por la densa sopa de Vacío Que Vincula que ahora rodea Hyperion. Mi reacción inmediata es el deseo de vislumbrar Aquel Que Será, pero aunque su brillo domina la metaesfera, aún no estoy preparado para ello. A fin de cuentas soy el pequeño John Keats, no Juan Bautista.

La Esfinge —una tumba que imita una criatura que los ingenieros genéticos diseñarán dentro de varios siglos— es un remolino de energías temporales. Mi visión expandida percibe varias Esfinges: la tumba antientrópica que lleva al Alcaudón hacia atrás en el tiempo como un recipiente hermético con un bacilo mortal, la Esfinge activa e inestable que contaminó a Rachel Weintraub en sus esfuerzos que se ha abierto de nuevo, avanza en el tiempo. Esta última Esfinge es el portal ardiente de luz que, en segundo lugar

sólo después de Aquel que Será, ilumina Hyperion con su resplandor metaesférico.

Desciendo a ese lugar brillante cuando Sol Weintraub entrega su hija al Alcaudón.

No podía haber interferido aunque hubiera llegado antes. No lo haría aunque pudiera. Muchos mundos dependen de este acto.

Pero aguardo dentro de la Esfinge a que pase el Alcaudón con su tierna carga. Ahora veo a la niña. Tiene segundos de edad. Está abotargada, húmeda, arrugada. Se desgañita llorando con sus pulmones recién nacidos. Desde mis viejas actitudes de soltería y distancia poética, me cuesta comprender la atracción que ese bebé chillón y antiestético ejerce sobre el padre y el cosmos.

Sin embargo, la carne de bebé —por repulsiva que sea esa recién nacida— sostenida por la garra afilada del Alcaudón me conmueve.

Tres pasos por la Esfinge han conducido al Alcaudón y la niña horas adelante en el tiempo. Más allá de la entrada, el río de tiempo se acelera. Si no hago algo en unos segundos, será demasiado tarde. El Alcaudón usará el portal para llevarse a la niña a una oscura guarida del futuro distante.

Pienso en imágenes de arañas que sorben el fluido de las víctimas, de avispas parásitas que sepultan los huevos en el cuerpo paralizado de la presa, fuente perfecta de incubación y alimento.

Tengo que actuar, pero aquí no tengo más solidez que en el Núcleo. El Alcaudón me atraviesa como si yo fuera un holograma. Mi persona analógica es inútil aquí, insustancial como una vaharada de gas palúdico.

Pero el gas palúdico no tiene conciencia, y John Keats sí.

El Alcaudón avanza dos pasos más y transcurren más horas para Sol y los demás. Veo sangre en la piel de esa niña, pues los dedos del Alcaudón le han lacerado la carne.

Al demonio con esto.

Fuera, en el ancho porche de piedra de la Esfinge, atrapadas en la marea de energías temporales que anegaban la tumba, había mochilas, mantas, alimentos abandonados, todos los desechos que Sol y los peregrinos habían dejado.

Incluido un cubo de Möbius.

La caja estaba protegida con un campo de contención clase ocho en la nave templaria *Yggdrasill* cuando voz del Árbol Het Masteen se preparaba para su largo viaje. Contenía un erg —a veces conocido como vinculante—, una de las pequeñas criaturas que quizá no fueran inteligentes según las pautas humanas, pero que habían evolucionado en estrellas distantes y habían desarrollado aptitud para controlar campos de fuerza más potentes que cualquier máquina conocida por la humanidad.

Los templarios y los éxters se habían comunicado con esas criaturas durante generaciones. Los templarios las usaban para controlar la redundancia en sus bellas pero frágiles naves arbóreas.

Het Masteen había llevado esa criatura a través de años-luz para concretar el acuerdo pactado con la Iglesia de la Expiación Final y pilotar el árbol de espinas del Alcaudón. Pero, al ver al Alcaudón y el árbol del tormento Masteen no había podido cumplir el acuerdo. Y había muerto.

El cubo de Möbius aún estaba allí. Yo veía al erg como una esfera restringida de energía roja en el flujo temporal.

Sol Weintraub era apenas visible en el exterior, tras un telón de oscuridad, una figura tristemente cómica, a cámara rápida como la imagen de una película muda por la aceleración temporal subjetiva más allá del campo temporal de la Esfinge, pero el cubo de Möbius estaba dentro del círculo de la Esfinge.

Rachel gritaba con el temor de un recién nacido. Miedo a caer. Miedo al dolor. Miedo a la separación.

El Alcaudón dio un paso y se alejó una hora más de los que estaban en el exterior. Yo era insustancial para el Alcaudón, pero los campos energéticos son algo que incluso nosotros, los fantasmagóricos análogos del Núcleo, podemos tocar. Cancelé el campo de contención del cubo de Möbius y liberé al erg.

Los templarios se comunican con los ergs mediante radiación electromagnética, pulsaciones codificadas, simples recompensas de radiación cuando la criatura hace lo que ellos desean, pero ante todo mediante una forma de contacto cuasimística que sólo conocen la Hermandad y algunos éxters exóticos. Los científicos lo denominan telepatía tosca. En realidad, es casi empatía pura.

El Alcaudón avanza otro paso hacia el portal que se abre hacia el futuro. Rachel grita con la energía que sólo puede reunir un ser recién nacido en el universo.

El erg se expande, comprende, se funde con mi persona. John Keats cobra sustancia y forma.

Corro hacia el Alcaudón, le arrebato al bebé, retrocedo. Incluso en la turbulencia energética de la Esfinge, huelo la lozanía cuando estrecho a la niña y le apoyo la cabecita en mi rostro.

El Alcaudón se vuelve sorprendido. Cuatro brazos se extienden, los puñales chasquean, los ojos rojos se fijan en mí. Pero la criatura está demasiado cerca del portal. Sin moverse, retrocede por el huracanado flujo temporal. Abre sus mandíbulas de pala mecánica, hace rechinar los dientes de acero, pero ya es sólo un borrón en la distancia. Me vuelvo hacia la entrada, pero está demasiado lejos. La agotada energía del erg podría llevarme allá, arrastrarme río arriba contra la corriente, pero no con Rachel. Llevar a otro

ser vivo a esa distancia contra tanta resistencia es más de lo que puedo lograr, aun con la ayuda del erg.

La niña llora y la mezo suavemente, susurrándole palabras inconexas.

Si no podemos retroceder ni avanzar, esperaremos aquí. Tal vez venga alguien.

Martin Silenus abrió los ojos y Brawne Lamia se volvió deprisa, al advertir que el Alcaudón flotaba en el aire.

—Mierda —susurró Brawne con reverencia.

En el Palacio del Alcaudón, anaqueles con cuerpos humanos dormidos se perdían en la penumbra y la distancia, y todas aquellas personas menos Martin Silenus estaban conectados con el árbol de espinas y la IM de las máquinas mediante umbilicales pulsátiles.

Como para demostrar su poder, el Alcaudón dejó de trepar, abrió los brazos y subió flotando hasta quedar a cinco metros del anaquel de piedra donde Brawne estaba agazapada junto a Martin Silenus.

—Haga algo —susurró Silenus. El poeta no seguía conectado con el empalme neural, pero aún estaba demasiado débil para erguir la cabeza.

—¿Alguna idea? —dijo Brawne, el tono sarcástico desmentido por un temblor en la voz.

—Confía —intervino otra voz, y Brawne miró hacia el suelo.

La joven Moneta, a quien Brawne había visto en la tumba de Kassad, estaba a una gran distancia.

—¡Socorro! —gritó Brawne.

—Confía —repitió Moneta, y desapareció. El Alcaudón no se dejó distraer. Bajó las manos y avanzó como si caminara sobre piedra y no en el aire.

—Mierda —susurró Brawne.

—Lo mismo digo —jadeó Martin Silenus—. Salgo de la sartén para caer en las jodidas brasas.

—Cállese —espetó Brawne. Y añadió—: ¿Confiar? ¿En qué? ¿En quién?

—Confiar en que el jodido Alcaudón nos matará o nos clavará en el jodido árbol —jadeó Silenus. Logró aferrar el brazo de Brawne—. Mejor muerto que de vuelta en el árbol, Brawne.

Brawne le tocó la mano un instante y se irguió, enfrentando al Alcaudón a través de cinco metros de aire.

¿Confía? Brawne extendió el pie, palpó alrededor, cerró los ojos un instante y le pareció pisar algo sólido. Abrió los ojos.

No había nada debajo, sólo aire.

¿Confía? Brawne apoyó el peso en ese pie y siguió caminando, vacilando un instante antes de levantar el otro.

Ella y el Alcaudón se enfrentaban a diez metros del suelo de piedra. La criatura parecía sonreír mientras abría los brazos. El caparazón relucía en la penumbra. Los ojos brillaban de un rojo intenso.

¿Confía? Sintiendo el torrente de adrenalina, Brawne avanzó por los escalones invisibles, cobrando altura a medida que avanzaba hacia el abrazo del Alcaudón.

Sintió la penetración de aquellos dedos de acero en la tela y la piel cuando la criatura la abrazó, estrechándola contra la hoja curva que nacía del pecho metálico, contra las mandíbulas abiertas y las hileras de dientes de acero. Pero Brawne se inclinó hacia delante y apoyó la mano intacta en el pecho del Alcaudón, sintiendo la frialdad del caparazón pero también un torrente de calor y energía.

Los puñales dejaron de cortar en cuanto rozaron la piel. El Alcaudón se quedó rígido como si el flujo de energía temporal que los rodeaba se hubiera transformado en un rescoldo.

Brawne hundió la mano en el ancho pecho de la criatura.

El Alcaudón se paralizó, se volvió frágil. El destello del metal fue reemplazado por el fulgor transparente del cristal, la pátina brillante del vidrio.

Brawne estaba en el aire, abrazada por una escultura de cristal de tres metros de altura. En el pecho, en vez de corazón, algo que

parecía una polilla grande y negra aleteaba contra el cristal batiendo alas hollinosas. Brawne cobró aliento y empujó de nuevo. El Alcaudón se deslizó hacia atrás por la plataforma invisible, titubeó y cayó. Brawne se zafó del abrazo y la cazadora se le desgarró cuando dedos aún afilados rompieron la tela. La cosa se derrumbó, y Brawne se tambaleó, agitando el brazo bueno para equilibrarse mientras el Alcaudón de cristal daba tumbos en el aire, chocaba contra el suelo y se hacía añicos.

Brawne se volvió, cayó de rodillas en la plataforma invisible y se arrastró hacia Martin Silenus.

En el último medio metro perdió confianza. El soporte invisible dejó de existir y Brawne se desplomó. Se torció el tobillo contra el borde de piedra y se aferró a la rodilla de Silenus para no caer.

Maldiciendo por el dolor en el hombro, la muñeca rota, el tobillo dislocado y las palmas y rodillas laceradas, logró encaramarse al anaquel.

—Desde luego, veo que han pasado cosas raras desde que me fui —gruñó Martin Silenus—. ¿Podemos irnos, o piensa caminar sobre el agua para completar el espectáculo?

—Cállese —masculló Brawne, temblando. Las tres sílabas sonaban casi afectuosas.

Descansó un poco y luego descubrió que el modo más fácil de llevar al débil poeta escalera abajo y por el suelo lleno de cristales era cargarlo sobre el hombro. Estaba en la entrada cuando el poeta le golpeó la espalda sin ceremonias y dijo:

—¿Y que hay de Rey Billy y los demás?

—Después —jadeó Brawne, saliendo a la luz del alba.

Había recorrido dos tercios del valle con Silenus encima como un bulto de ropa sucia cuando el poeta preguntó:

—Brawne, ¿todavía está embarazada?

—Sí —respondió ella, rogando que fuera cierto después de los trajines de ese día.

—¿No quiere que yo la lleve a usted?

—Cállese —dijo Brawne, sorteando la Tumba de Jade.

—Mire —indicó Martin Silenus, señalando.

En la reluciente claridad de la mañana, la negra nave del cónsul se posaba en la entrada del valle. Pero no era eso lo que señalaba el poeta.

Sol Weintraub se perfilaba contra el resplandor de la entrada de la Esfinge. Alzaba los brazos.

Algo o alguien emergía del resplandor.

Sol la vio primero. Una figura caminaba en medio del torrente de luz y tiempo líquido que fluía de la Esfinge. Una mujer recortada contra el portal brillante. Una mujer que llevaba algo.

Una mujer que llevaba una niña.

Su hija Rachel emergió. Rachel, tal como cuando era una adulta sana que se marchaba para hacer su trabajo de doctorado en un mundo llamado Hyperion; Rachel a sus veinticinco años, aunque ahora un poco mayor. Pero Rachel, sin duda. Rachel con el cabello cobrizo y corto sobre la frente, las mejillas rojas teñidas de nuevo entusiasmo, la sonrisa suave, casi trémula, y los ojos —los enormes ojos verdes con motas pardas y apenas visibles— fijos en Sol.

Rachel llevaba a Rachel. La niña movía la carita contra el hombro de la mujer, agitando las pequeñas manos al borde del llanto.

Sol estaba anonadado. Trató de hablar, no pudo, lo intentó de nuevo.

—Rachel.

—Padre —dijo la joven, mientras se acercaba y apoyó el brazo libre en el profesor mientras se ladeaba para no aplastar al bebé entre ambos.

Sol besó a su hija adulta, la abrazó, aspiró el limpio aroma del cabello, sintió la firme realidad de ella, y luego alzó a la niña, que tiritó antes de romper a llorar. La Rachel que había llevado a Hyperion estaba sana y salva, la carucha arrugada y roja mientras trataba de fijar los ojos en el padre. Sol le cubrió la cabecita con la

palma y la abrazó, escrutando aquella cara pequeña antes de volverse hacia la mujer.

—¿Ella…?

—Está envejeciendo normalmente —declaró su hija. Llevaba una especie de túnica de tela suave y parda. Sol meneó la cabeza, la observó, vio que ella sonreía. Reparó en el hoyuelo que tenía a la izquierda de la boca, similar al de la niña que él sostenía.

Meneó la cabeza de nuevo.

—¿Cómo es posible?

—No por mucho tiempo —respondió Rachel.

Sol se inclinó para besarle de nuevo la mejilla. Advirtió que estaba llorando. La Rachel adulta le enjugó la mejilla con el dorso de la mano.

Oyeron un ruido al pie de la escalinata y al volverse Sol descubrió a los tres hombres de la nave, agitados después de acercarse a la carrera, y a Brawne Lamia, quien apoyó al poeta Silenus en la blanca losa de piedra.

El cónsul y Theo Lane los miraron.

—Rachel… —susurró Melio Arúndez, los ojos muy abiertos.

—¿Rachel? —exclamó Martin Silenus, frunciendo el ceño y mirando de soslayo a Brawne Lamia.

Brawne la observaba boquiabierta.

—Moneta —murmuró. La señaló, bajó la mano al notar que la señalaba—. Tú eres Moneta. La Moneta de Kassad.

Rachel asintió. Ya no sonreía.

—Dispongo sólo de un par de minutos —dijo—. Y mucho que contar.

—No —la interrumpió Sol, cogiendo la mano de su hija adulta—. Debes quedarte. Quiero que te quedes conmigo.

Rachel sonrió de nuevo.

—Me quedaré contigo, papá —murmuró mientras acariciaba a la niña—. Pero sólo una de nosotras puede hacerlo y ella te necesita más. —Se volvió hacia los demás—. Escuchadme todos, por favor.

Mientras el sol se elevaba bañando de luz los derruidos edificios de la Ciudad de los Poetas, la nave del cónsul, las paredes rocosas y las Tumbas de Tiempo, Rachel contó la breve y fascinante historia de cómo la habían escogido para ser criada en un futuro donde se libraba la guerra final entre la IM generada por el Núcleo y el espíritu humano. Era un futuro —declaró— de misterios aterradores y maravillosos, donde la humanidad se había propagado por la galaxia y había comenzado a viajar a otras partes.

—¿Otras galaxias? —preguntó Theo Lane.

—Otros universos —sonrió Rachel.

—El coronel Kassad te conoció como Moneta —señaló Martin Silenus.

—Me conocerá como Moneta —rectificó Rachel con ojos turbios —. Lo vi morir y acompañé su tumba hasta el pasado. Sé que parte de mi misión es conocer a ese guerrero legendario y conducirlo hasta la batalla final. En realidad aún no lo he conocido. —Miró hacia el Monolito de Cristal—. Moneta. Significa «la que advierte», en latín. Apropiado. Le dejaré escoger entre ese nombre y Mnemosyne, «memoria».

Sol no había soltado la mano de la hija.

—¿Retrocedes en el tiempo con las Tumbas? ¿Por qué? ¿Cómo?

Rachel irguió la cabeza y la luz que se reflejaba en las paredes rocosas le bañó el rostro.

—Es mi papel, padre. Mi deber. Me dieron medios para mantener a raya al Alcaudón. Sólo yo estaba preparada.

Sol alzó a la pequeña. Sobresaltada, la niña babeó, buscó calor en la mejilla del padre, le rozó la camisa con los pequeños puños.

—Preparada —repitió Sol—. ¿El mal de Merlín?

—Sí —dijo Rachel.

Sol meneó la cabeza.

—Pero tú no te criaste en un misterioso mundo del futuro. Creciste en la ciudad universitaria de Crawford, en la calle Fertig, en Mundo de Barnard, y tu… —Calló de golpe.

Rachel asintió.

—*Ella* crecerá allá. Padre, lo siento, debo irme. —Liberó la mano, bajó la escalinata y acarició un instante la mejilla de Melio Arúndez —. Lamento el dolor del recuerdo —le murmuró al asombrado arqueólogo—. Para mí fue, literalmente, otra vida.

Arúndez parpadeó y aferró aquella mano un instante.

—¿Estás casado? —preguntó Rachel—. ¿Tienes hijos?

Arúndez asintió, movió la otra mano como para mostrarle la foto de su esposa y sus hijos, pero se limitó a mover la cabeza.

Rachel sonrió, le besó la mejilla y subió la escalera. El brillo del amanecer era intenso, pero la Esfinge brillaba aún más.

—Papá —dijo Rachel—, te quiero.

Sol se aclaró la garganta.

—¿Cómo me reuniré contigo… allá?

Rachel señaló la puerta de la Esfinge.

—Para algunos será un portal hacia la época de que os he hablado. Pero, padre —titubeó—. Significará criarme de nuevo. Significará soportar mi infancia por tercera vez. No se puede pedir eso a ningún padre.

Sol atinó a sonreír.

—Ningún padre se negaría a eso, Rachel. —Se cambió de brazos a la niña dormida—. ¿Habrá un tiempo donde… vosotras dos…?

—¿Coexistiremos de nuevo? —sonrió Rachel—. No. Ahora sigo el rumbo contrario. No imaginas cuánto me ha costado lograr que la junta de Paradojas aprobara este encuentro.

—¿Junta de Paradojas? —se extrañó Sol.

Rachel cobró aliento. Había retrocedido y sólo tocaba al padre con la yema de los dedos, extendiendo ambos brazos.

—Tengo que irme, padre.

—¿Estaré…? —Miró a la niña—. ¿Estaremos solos… allá?

Rachel rió y el sonido resultó tan familiar que estrujó el corazón de Sol como una mano cálida.

—Oh no, no estarás solo. Hay gente maravillosa allá. Cosas maravillosas para hacer y aprender. Lugares maravillosos que ver… —Miró alrededor—. Lugares que aún no hemos imaginado siquiera.

No, papá, no estarás solo. Y yo estaré allí, con mi torpeza de adolescente y mi arrogancia de mujer joven.

»Espera un poco antes de pasar, papá —añadió mientras se perdía en el resplandor—. No duele, pero una vez que has pasado no puedes regresar.

—Rachel, espera —barbotó Sol.

La hija retrocedió, la larga túnica acariciando la piedra, hasta quedar rodeada de luz. Alzó un brazo.

—Hasta luego, cocodrilo —exclamó.

Sol alzó una mano.

—Nos vemos… caimán.

La Rachel adulta se perdió en la luz.

El bebé despertó y rompió a llorar.

Sol y los demás tardaron más de una hora en regresar a la Esfinge. Habían ido a la nave del cónsul para curar las heridas de Brawne y Silenus, comer y preparar a Sol y la niña para el viaje.

—Me siento tonto haciendo las maletas para pasar por algo parecido a un teleyector —dijo Sol— pero, por maravilloso que sea ese futuro, tendremos problemas si no hay suministros de lactancia y pañales desechables.

El cónsul sonrió y palmeó la abultada mochila.

—Con esto usted y la pequeña se arrreglarán las primeras semanas. Si para entonces no encuentra desechables, vaya a uno de esos otros universos que mencionó Rachel.

Sol sacudió la cabeza.

—¿Todo esto es real?

—Espere unos días o semanas —dijo Melio Arúndez—. Quédese con nosotros para ordenar las cosas. No hay prisa. El futuro siempre estará allá.

Sol se rascó la barba mientras alimentaba al bebé con uno de los suministros que la nave había manufacturado.

—No sabemos si este portal estará siempre abierto —objetó—. Además, podría perder el valor. Estoy bastante viejo para criar de nuevo a una niña, y menos como un extraño en tierra extraña.

Arúndez apoyó la mano en el hombro de Sol.

—Permítame ir con usted. Me muero de curiosidad por conocer ese lugar.

Sol sonrió, extendió la mano y estrechó la de Arúndez con firmeza.

—Gracias, amigo mío. Pero usted tiene esposa e hijos en la Red, y ellos aguardan su regreso en Vector Renacimiento. Tiene usted sus propios deberes.

Arúndez asintió y miró el cielo.

—Si podemos regresar.

—Regresaremos —aseguró el cónsul—. La anticuada impulsión Hawking aún funciona, aunque la Red haya desaparecido. Serán unos años de deuda temporal, Melio, pero regresará.

Sol asintió, terminó de alimentar al bebé, se colgó un pañal limpio del hombro y palmeó con firmeza la espalda de la pequeña. Miró al pequeño círculo de personas.

—Todos tenemos nuestros deberes.

Estrechó la mano de Silenus. El poeta había rehusado someterse al baño de recuperación o hacerse extirpar el empalme neural quirúrgicamente. «Ya he tenido estas cosas antes», había dicho.

—¿Continuará su poema? —preguntó Sol. Silenus sacudió la cabeza.

—Lo terminé en el árbol —respondió—. Y allí descubrí otra cosa, Sol.

El profesor lo miró inquisitivamente.

—Aprendí que los poetas no son Dios, pero si hay un Dios o algo parecido, es un poeta. Y un poeta frustrado.

La niña eructó.

Martin Silenus sonrió y estrechó la mano de Sol por última vez.

—Trátelos con firmeza, Weintraub. Dígales que es usted abuelo de los abuelos de sus bisabuelos, y que les pegará en las posaderas

si no se portan bien.

Sol asintió y se acercó a Brawne Lamia.

—La vi en la terminal médica de la nave. ¿Usted y el pequeño están bien?

—Todo perfecto —sonrió Brawne.

—¿Varón o niña?

—Niña.

Sol le besó la mejilla. Brawne le tocó la barba y apartó la cara para ocultar lágrimas poco apropiadas en una ex detective.

—Las niñas dan mucho trabajo —comentó Sol mientras apartaba los deditos de Rachel de la barba y de los rizos de Brawne—. Cámbiela por un muchacho en cuanto tenga la oportunidad.

—De acuerdo —dijo Brawne, retrocediendo.

Sol estrechó por última vez la mano del cónsul, Theo y Melio, se calzó la mochila al hombro mientras Brawne le sostenía a la niña y cogió a Rachel en brazos.

—Vaya fiasco si esa cosa no funciona y termino deambulando por el interior de la Esfinge —comentó.

El cónsul miró la puerta reluciente.

—Funcionará. Aunque ignoro cómo. No creo que sea una especie de teleyector.

—Un tempoyector —aventuró Silenus, quien alzó el brazo para protegerse de los golpes de Brawne—. Si continúa funcionando, Sol, presiento que no estará solo allá. Miles se le unirán.

—Si la Junta de Paradojas lo permite —observó Sol atusándose la barba como hacía siempre que pensaba en otra cosa. Parpadeó, se acomodó la mochila y la niña y echó a andar. Los campos de fuerza le permitieron avanzar esta vez.

—¡Adiós a todos! —saludó—. Por Dios, todo valió la pena, ¿verdad? —Se volvió hacia la luz, y él y la niña desaparecieron.

Se impuso un denso silencio durante varios minutos. Al fin el cónsul dijo confuso:

—¿Vamos a la nave?

—Haga bajar el ascensor para todos los demás, pero Lamia caminará por el aire —comentó Martin Silenus.

Brawne lo fulminó con la mirada.

—¿Cree usted que fue algo que arregló Moneta? —preguntó Arúndez, aludiendo a un comentario anterior de Brawne.

—Eso tuvo que ser —dijo Brawne—. Algún misterio de la ciencia futura.

—Ah, sí —suspiró Martin Silenus—. La *ciencia futura*, una frase típica de los que son demasiado tímidos para ser supersticiosos. La alternativa, querida mía, consiste en que usted posea un inexplorado poder para levitar y transformar monstruos en frágiles duendes de cristal.

—Cállese —ordenó Brawne, y esta vez el tono no era afectuoso. Miró por encima del hombro—. ¿Quién dice que no aparecerá otro Alcaudón en cualquier momento?

—En efecto —convino el cónsul—. Sospecho que siempre tendremos un Alcaudón o rumores acerca de un Alcaudón.

—Miren lo que he descubierto entre los elementos que había en la Esfinge —terció Theo Lane, siempre incómodo ante una discordia. Alzó un instrumento de tres cuerdas, con cuello largo y dibujos brillantes en el cuerpo triangular—. ¿Una guitarra?

—Una balalaika —dijo Brawne—. Pertenecía al padre Hoyt.

El cónsul cogió el instrumento y a continuación tocó algunos acordes.

—¿Conoce usted esta canción? —Tocó unas notas.

—*¿La Canción de las tetas de Leeda?* —aventuró Martin Silenus.

El cónsul negó con la cabeza y tocó varios acordes más.

—¿Algo antiguo? —apuntó Brawne.

—*Somewhere Over the Rainbow* —reconoció Melio Arúndez.

—Debe de ser anterior a mi época —comentó Theo Lane, cabeceando mientras el cónsul tocaba.

—Es anterior a la época de todos —dijo el cónsul—. Vamos, le enseñaré la letra mientras caminamos.

Caminaron juntos bajo el caliente sol. Cantando con voz discordante, tropezando con la letra y empezando de nuevo, subieron a la nave.

EPÍLOGO

Cinco meses y medio después, a los siete meses de embarazo, Brawne Lamia cogió el dirigible de la mañana desde la capital hasta la Ciudad de los Poetas para la fiesta de despedida del cónsul.

La capital, que los aborígenes, efectivos de FUERZA y éxters ahora llamaban Jacktown, brillaba blanca y limpia bajo la luz de las mañanas cuando el dirigible abandonó la torre de amarre y enfiló hacia el noroeste siguiendo el río Hoolie.

La mayor ciudad de Hyperion había sufrido durante la lucha, pero buena parte estaba reconstruida y la mayoría de los tres millones de refugiados de las plantaciones de fibroplástico y las ciudades menores del continente austral había optado por quedarse, a pesar del reciente interés de los éxters en el fibroplástico. La ciudad había crecido desmañadamente, y los servicios básicos como electricidad, cloacas y servicio de HTV por cable ya llegaban a las madrigueras que cubrían las colinas, entre el puerto espacial y la ciudad vieja.

Pero los edificios parecían blancos a la luz de la mañana, el aire primaveral estaba preñado de promesas, y Brawne veía las nuevas carreteras y el ajetreo del tráfico fluvial como un buen augurio para el futuro.

La lucha en el espacio de Hyperion no había durado mucho después de la destrucción de la Red. La destrucción éxter del puerto espacial y la capital había conducido al reconocimiento del ocaso de la Red y el gobierno con el consejo local en el tratado patrocinado por el cónsul y el ex gobernador general Theo Lane. Pero en casi seis meses desde la desaparición de la Red, el único tráfico del

puerto espacial había consistido en naves de descenso de los elementos de FUERZA que aún estaban en el sistema y en frecuentes excursiones planetarias desde el enjambre. Ya no era inusitado ver las altas figuras de los éxters haciendo compras en Plaza Jacktown, o versiones más exóticas bebiendo en Cícero.

Brawne se había alojado en Cícero durante los últimos meses, en una de las habitaciones grandes del cuarto piso del ala vieja de la posada, mientras Stan Leweski reconstruía y expandía las secciones dañadas del legendario edificio. «¡Por Dios, no necesitamos ayuda de mujeres preñadas!», gritaba Stan cada vez que Brawne le ofrecía una mano, pero ella invariablemente se encargaba de alguna tarea mientras Leweski rezongaba. Brawne estaba embarazada, pero era lusiana, y unos pocos meses en Hyperion no le habían atrofiado los músculos.

Stan la había conducido esa mañana a la torre de amarre y la había ayudado con el equipaje y el paquete que le llevaba al cónsul. Luego el posadero le había dado su propio paquete.

—Es un viaje aburrido hasta ese lugar olvidado —gruñó—. Hay que llevar algo para leer, ¿eh?

El obsequio era una reproducción de la edición de los poemas de John Keats de 1817, encuadernada en cuero por el mismo Leweski.

Brawne puso al gigante en una situación comprometida y divirtió a los curiosos cuando abrazó al posadero hasta hacerle crujir las costillas.

—Ya basta, demonios —masculló Leweski, frotándose los costados—. Dígale a ese cónsul que quiero ver su condenado pellejo de vuelta antes de que mi hija herede esa maldita taberna. Dígaselo, ¿eh?

Brawne asintió y saludó con los demás pasajeros a la gente que había ido a despedirlos. Siguió saludando desde la terraza de observación mientras desataban la aeronave, descargaban el lastre y el dirigible se desplazaba pesadamente sobre los tejados.

Ahora, mientras la nave dejaba atrás los suburbios y viraba hacia el oeste siguiendo el río, Brawne distinguió con claridad la montaña

meridional donde la cara de Triste Rey Billy aún cavilaba frente a la ciudad. La intemperie disolvía lentamente una cicatriz de diez metros en la mejilla de Billy. Un haz láser la había abierto durante la lucha.

Pero una escultura mayor, que cobraba forma en la falda noroeste de la montaña, llamó la atención de Brawne. Incluso con equipo moderno prestado por FUERZA, la tarea era lenta, y la gran nariz aquilina, la enérgica frente, la ancha boca y los ojos inteligentes y tristes sólo ahora resultaban reconocibles. Muchos refugiados de la Hegemonía se habían opuesto a que se tallara el rostro de Meina Gladstone en la montaña, pero Rithmet Corber III, tataranieto del escultor que había creado la cara de Billy y actual propietario de la montaña, replicó diplomáticamente: «Os jodéis», y continuó con la obra. Estaría terminada en un par de años.

Brawne suspiró, se frotó el vientre —un gesto que siempre había detestado en las mujeres embarazadas, pero que ahora le resultaba inevitable— y caminó torpemente hacia una silla de la cubierta de observación. Si tenía ese tamaño a los siete meses, ¿cómo estaría hacia el final de la gestación? Brawne miró la distendida curva de la gran funda de gas del dirigible e hizo una mueca.

Con vientos de popa favorables, el viaje en dirigible duraba sólo veinte horas. Brawne durmió parte del viaje, pero pasó casi todo el tiempo contemplando el paisaje.

Pasaron por los Rizos de Karla a media mañana, y Brawne sonrió y palmeó el paquete que llevaba para el cónsul. Al atardecer se aproximaron al puerto fluvial de Náyade, y a mil metros de altura Brawne distinguió una vieja barcaza de pasajeros arrastrada por mantas que dejaban su típica estela en forma de V. Se preguntó si sería la *Benarés*.

Sobrevolaron linde mientras se servía la cena en la sala superior e iniciaron el cruce del Mar de Hierba cuando el ocaso bañaba de color la gran estepa y la hierba ondeaba bajo la misma brisa que impulsaba la aeronave. Brawne se llevó el café a su silla favorita de

cubierta, abrió una ventana y contempló el Mar de Hierba, que se parecía al sensual fieltro de una mesa de billar en el poniente. Poco antes de que encendieran los faroles de cubierta, atinó a ver una carreta eólica que avanzaba de norte a sur, meciendo los fanales de proa y popa. Brawne percibió claramente el rumor del gran timón y el chasquido de la lona del foque mientras la carreta maniobraba para cambiar de rumbo.

La cama estaba hecha en el compartimiento cuando Brawne fue a ponerse la bata, pero tras leer algunos poemas regresó a cubierta y dormitó hasta el alba en su silla favorita, aspirando el fresco aroma de la hierba.

Se detuvieron en Reposo del Peregrino el tiempo suficiente para cargar alimentos y agua, renovar el lastre y cambiar de tripulación, pero Brawne no bajó a estirar las piernas. Había luces alrededor de la estación de funiculares. Cuando se reanudó el viaje, la aeronave parecía seguir la hilera de torres de funicular de la Cordillera de la Brida.

Aún estaba oscuro cuando cruzaron las montañas.

Un camarero se acercó para cerrar las largas ventanas, pues los compartimientos estaban presurizados, pero aun así Brawne alcanzó a ver los funiculares que se desplazaban de un pico al otro entre las nubes, los campos de hielo que brillaban a la luz de las estrellas.

Sobrevolaron Fortaleza de Cronos después del alba, y las piedras del castillo no parecían cálidas ni siquiera bajo esa luz rosada. Luego apareció el alto desierto, la Ciudad de los Poetas relumbró a babor, y el dirigible descendió hacia la torre de amarre situada en la punta este del nuevo puerto espacial.

Brawne no esperaba que nadie fuera a recibirla. Todos sus conocidos suponían que volaría por la tarde en el deslizador de Theo Lane. Pero Brawne había considerado que el dirigible era el medio adecuado para viajar a solas con sus pensamientos. Y no se había equivocado.

Sin embargo, incluso antes de que tensaran el cable de amarre y, bajaran la pasarela, Brawne distinguió el rostro del cónsul entre la

pequeña multitud. Junto a él estaba Martin Silenus, frunciendo el ceño en la luz de la mañana.

—Maldito Stan —masculló Brawne, recordando que los enlaces de microondas ahora funcionaban y había nuevos satélites de comunicaciones en órbita.

El cónsul la recibió con un abrazo. Martin Silenus bostezó, le estrechó la mano y dijo:

—No encontró una hora más incómoda para llegar, ¿eh?

Había una fiesta por la noche. A la mañana siguiente no sólo se marchaba el cónsul, sino que la mayor parte del resto de la flota de FUERZA emprendía el regreso, acompañada por buena parte del enjambre éxter. Había una docena de naves de descenso en la pista, cerca de la nave del cónsul. Los éxters hacían su última visita a las Tumbas de Tiempo y los oficiales de FUERZA se detenían por última vez ante la tumba de Kassad.

La Ciudad de los Poetas tenía casi un millar de residentes, muchos de ellos artistas y poetas, aunque Silenus sostenía que la mayoría eran farsantes. Dos veces habían intentado elegir alcalde a Martin Silenus, quien se había negado maldiciendo olímpicamente a sus votantes. Pero el viejo poeta continuaba al frente de la administración, supervisando las restauraciones, arbitrando disputas, dispensando viviendas y organizando vuelos de aprovisionamiento desde Jacktown y las ciudades del sur. La Ciudad de los Poetas ya no era la Ciudad Muerta.

Martin Silenus sostenía que el cociente intelectual colectivo era más alto cuando el lugar estaba desierto.

El banquete se celebró en el comedor reconstruido y las carcajadas resonaron en la gran cúpula cuando Martin Silenus leyó poemas obscenos y otros artistas representaron dramas. Además del cónsul y Silenus, había media docena de invitados éxter a la mesa redonda de Brawne, entre ellos Freeman Ghenga y Coredwell Minmun, así como Rithmet Corber III, ataviado con pieles cosidas y

un sombrero cónico. Theo Lane llegó tarde, se disculpó, contó los chistes más recientes de Jacktown y se sentó a compartir el postre. Se mencionaba a Lane como posible candidato para la alcaldía de Jacktown en las inminentes elecciones del cuarto mes —tanto los nativos como los éxters gustaban de su estilo— y Theo no parecía dispuesto a rechazar la oferta.

Tras beber mucho vino en el banquete, el cónsul invitó a algunos de los presentes a pasar a la nave para disfrutar de música y más vino. Brawne, Martin y Theo se sentaron en el balcón de la nave y el cónsul tocó, con mesura y sentimiento, piezas de Gershwin, Studeri, Brahms, Luser y los Beatles, pasó de nuevo a Gershwin y concluyó con el bello Concierto para Piano Número 2 en Do Menor de Rachmaninoff.

Luego se sentaron bajo la luz del ocaso, miraron hacia la ciudad y el valle, bebieron más vino y se quedaron charlando.

—¿Qué espera hallar en la Red? —preguntó Theo al cónsul—. ¿Anarquía? ¿Gobierno del populacho? ¿Regreso a la edad de piedra?

—Todo eso y más, probablemente —sonrió el cónsul. Agitó la copa de coñac—. En serio, antes de la muerte de la ultralínea hubo mensajes suficientes para hacernos saber que, a pesar de ciertos problemas, la mayoría de los antiguos mundos de la Red se las apañarán.

Theo Lane acariciaba la misma copa de vino que había llevado del comedor.

—¿Por qué cree usted que murió la ultralínea?

—Dios se hartó de que escribiéramos grafitis en las paredes de su retrete —resopló Martin Silenus.

Hablaron de viejos amigos, preguntándose cómo estaría el padre Duré. Habían oído hablar de su nuevo puesto en una de las últimas transmisiones ultralínea. Recordaron a Lenar Hoyt.

—¿Piensan ustedes que automáticamente será papa cuando fallezca Duré? —preguntó el cónsul.

—Lo dudo —dijo Theo—. Pero al menos tendrá la oportunidad de vivir de nuevo si ese cruciforme de más que Duré lleva en el pecho

aún funciona.

—Me pregunto si vendrá a buscar la balalaika —comentó Silenus, rasgueando el instrumento. Brawne pensó que el poeta aún parecía un sátiro bajo la luz del ocaso.

Hablaron de Sol y Rachel. Durante los últimos seis meses, cientos de personas habían intentado entrar en la Esfinge; una lo había conseguido: un apacible éxter llamado Mizenspesht Ammenyet.

Los expertos éxter habían pasado meses analizando las Tumbas y los vestigios de las mareas de tiempo. En algunas estructuras habían aparecido jeroglíficos e inscripciones cuneiformes extrañamente familiares después de la apertura de las Tumbas, y ello había permitido hacer algunas conjeturas en cuanto a las funciones de los diversos edificios.

La Esfinge era un portal unidireccional hacia el futuro de que había hablado Rachel/Moneta. Nadie sabía cómo seleccionaba a quienes dejaba pasar, pero la actividad más frecuente entre los turistas era tratar de entrar en él. No se tenía ninguna noticia respecto al destino de Sol y su hija. Brawne pensaba a menudo en el profesor.

Brawne, el cónsul y Martin Silenus brindaron por Sol y Rachel.

La Tumba de Jade parecía relacionada con planetas gigantes gaseosos. Nadie había atravesado su portal, pero éxters exóticos, criados para vivir en hábitats jovianos, llegaban todos los días e intentaban entrar. Los expertos éxter y de FUERZA insistían en que las Tumbas de Tiempo no eran teleyectores, sino otra forma de conexión cósmica. A los turistas les traía sin cuidado.

El Obelisco continuaba siendo un misterio. La tumba aún brillaba, pero ahora no tenía puerta. Los éxters sospechaban que ejércitos de Alcaudones aguardaban en el interior. Martin Silenus declaraba que el Obelisco era sólo un símbolo fálico incluido en el último momento en la decoración del valle. Otros pensaban que guardaba alguna relación con los templarios.

Brawne, el cónsul y Martin Silenus brindaron por la Voz del Árbol Het Masteen.

El Monolito de Cristal, de nuevo cerrado, era la tumba del coronel Fedmahn Kassad. Las inscripciones descifradas hablaban de una batalla cósmica y un gran guerrero del pasado que había contribuido a derrotar al Señor del Dolor. Los jóvenes reclutas de las naves-antorcha y los portanaves de combate lo creían. La leyenda de Kassad se difundiría a medida que esas naves regresaran a los mundos de la vieja Red.

Brawne, el cónsul y Martin Silenus brindaron por Fedmahn Kassad.

Las dos primeras Tumbas Cavernosas no parecían conducir a ninguna parte, pero por lo visto la tercera se abría a los laberintos de diversos mundos. Cuando desaparecieron varios investigadores, las autoridades científicas éxter recordaron a los turistas que los laberintos estaban en otro tiempo —quizás a cientos de miles de años en el pasado o el futuro— y en otro espacio. Cerraron las cavernas, excepto para los expertos calificados.

Brawne, el cónsul y Martin Silenus brindaron por Paul Duré y Lenar Hoyt.

El Palacio del Alcaudón aún constituía un misterio. Los anaqueles con cuerpos no estaban cuando Brawne y los demás regresaron poco después. El interior de la tumba tenía el mismo tamaño que antes, pero una sola puerta de luz ardía en el centro. Quien la atravesaba desaparecía para no regresar.

Los investigadores impidieron la entrada mientras procuraban descifrar letras talladas en piedra pero muy erosionadas por el tiempo. Hasta el momento, estaban seguros de tres palabras —todas en latín de Vieja Tierra—, que significaban COLISEO, ROMA y REPOBLAR. Circulaba la leyenda de que ese portal daba a la Vieja Tierra y que allí habían trasladado a las víctimas del árbol de espinas. Cientos más aguardaban.

—Como usted ve —le dijo Silenus a Brawne—, de no ser por su dichosa prisa por rescatarme, yo habría regresado a casa.

—¿De veras hubiera optado por regresar a Vieja Tierra? —preguntó Theo Lane.

Martin puso su más dulce sonrisa de sátiro.

—Jamás. Era aburrida cuando viví allá y siempre será aburrida. Aquí es donde pasan las cosas. —Silenus brindó por sí mismo.

En cierto sentido, comprendió Brawne, eso era verdad. Hyperion era el lugar de encuentro de los éxters y los ex ciudadanos de la Hegemonía. Las Tumbas de Tiempo impulsarían el comercio, el turismo y los viajes a medida que el universo humano se adaptara a una vida sin teleyección.

Trató de imaginar el futuro tal como lo veían los éxters, con grandes flotas expandiendo los horizontes de la humanidad, con humanos adaptados genéticamente para gigantes gaseosos, asteroides y mundos más inhóspitos de colonizar que Marte o Hebrón antes de la terraformación.

No logró imaginarlo. Quizá su hija o sus nietos vieran ese universo.

—¿En qué piensa, Brawne? —preguntó el cónsul tras un intervalo de silencio.

Ella sonrió.

—En el futuro. Y en Johnny.

—Ah, sí —dijo Silenus—, el poeta que pudo ser Dios pero no lo fue.

—¿Qué habrá ocurrido con la segunda personalidad? —preguntó Brawne.

El cónsul agitó la mano.

—No creo que haya sobrevivido a la muerte del Núcleo. ¿Qué opina usted?

Brawne meneó la cabeza.

—Sólo siento celos. Muchas personas parecen haberlo visto. Hasta Melio Arúndez dijo que se cruzó con él en Jacktown.

Brindaron por Melio, quien se había ido cinco meses atrás en la primera gironave de FUERZA que partió hacia la Red.

—Todos lo vieron menos yo —se lamentó, mientras observaba el coñac con mal ceño y pensaba que debería tomar más píldoras antialcohólicas prenatales antes de acostarse. Estaba un poco

borracha; con las píldoras, la bebida no afectaría al bebé, pero sin duda había surtido efecto.

—Debo irme —anunció, se puso en pie y abrazó al cónsul—. Tengo que levantarme temprano para contemplar el lanzamiento al amanecer.

—¿No desea pasar la noche en la nave? —preguntó el cónsul—. La sala de huéspedes tiene una bonita vista al valle.

Brawne meneó la cabeza.

—Todos mis bártulos están en el viejo palacio.

—Hablaré con usted antes de irme —prometió el cónsul. Se abrazaron de nuevo un instante y el cónsul no reparó en las lágrimas de Brawne.

Martin Silenus la acompañó hasta la Ciudad de los Poetas. Se detuvieron en una galería iluminada, frente a los apartamentos.

—¿De verdad estuvo usted en el árbol, o fue sólo un simulador de estímulos mientras usted dormía en el Palacio del Alcaudón? —preguntó Brawne.

El poeta no sonrió. Se tocó la zona del pecho donde lo había perforado la espina de acero.

—¿Era yo un filósofo chino soñando que era una mariposa, o una mariposa soñando que era un filósofo chino? ¿Eso me pregunta, niña?

—Sí.

—Bien —murmuró Silenus—. Sí. Fui ambas cosas. Y ambas eran reales. Y ambas dolían. Y la amaré y recordaré siempre por haberme salvado, Brawne. Para mí, usted siempre podrá caminar en el aire. —Le cogió la mano y se la besó—. ¿Entra usted?

—No, creo que pasearé un rato por el jardín.

El poeta titubeó.

—Supongo que está bien. Tenemos patrullas mecánicas y humanas, y nuestro Grendel-Alcaudón no ha aparecido aún para el bis… pero ándese con cuidado.

—No lo olvide —bromeó Brawne—: yo maté a Grendel. Camino por el aire y transformo monstruos en duendes de cristal.

—Ja, ja, pero no salga de los jardines. ¿Entendió, niña?

—Entendido —asintió Brawne. Se tocó el vientre—. Tendremos cuidado.

Él esperaba en el jardín, donde no llegaba la luz de las cámaras monitores.

—¡Johnny! —jadeó Brawne mientras avanzaba hacia el sendero de guijarros.

—No —dijo él, y meneó la cabeza con tristeza. Se parecía a Johnny. El mismo pelo rojizo, los ojos castaños, la barbilla firme, los pómulos altos, la sonrisa suave. Llevaba ropas extrañas: una gruesa cazadora de cuero, cinturón alto, zapatones, bastón, una tosca gorra de piel. Se quitó la gorra cuando Brawne se acercó.

Brawne se detuvo a menos de un metro.

—Desde luego —susurró. Estiró el brazo para tocarlo y lo atravesó con la mano, aunque no se veía la vibración borrosa de un holo.

—Este lugar aún es rico en los campos de la metaesfera —comentó él.

—Ajá —convino ella, sin tener la menor idea de qué hablaba—. Tú eres el otro Keats. El gemelo de Johnny.

El hombrecillo sonrió y extendió la mano como para tocarle el vientre hinchado.

—Entonces soy una especie de tío, ¿verdad, Brawne?

Ella asintió.

—Tú salvaste a la niña Rachel, ¿no?

—¿Me viste?

—No —jadeó Brawne—, pero sentí tu presencia. —Titubeó un instante—. Pero ¿tú no eras aquel de quien habló Ummon, la entidad Empatía de la IM humana?

Él meneó la cabeza y los rizos relucieron en la penumbra.

—Descubrí que soy Aquel Que Viene Antes. Allano el camino para Aquella Que Enseña, y temo que mi único milagro ha sido alzar un

bebé y esperar a que alguien se lo llevara.

—¿No me ayudaste con el Alcaudón? ¿A flotar?

John Keats rió.

—No. Y tampoco Moneta. Fuiste tú, Brawne.

Ella meneó la cabeza enérgicamente.

—Es imposible.

—No es imposible —murmuró él. Le palpó de nuevo el vientre, y a ella le pareció sentir la presión de la palma—. «Virginal novia de la quietud, / hija adoptiva del silencio y el tiempo lento…». —Miró a Brawne—. Sin duda la madre de Aquella Que Enseña puede ejercer ciertas prerrogativas.

—La madre de… —Brawne sintió necesidad de sentarse y encontró un banco justo a tiempo. Nunca había sido tan torpe, pero a los siete meses de embarazo resultaba imposible sentarse con gracia. Pensó trivialmente en el dirigible que llegaría esa mañana.

—Aquella Que Enseña —repitió Keats—. Ignoro qué enseñará, pero cambiará el universo y pondrá en movimiento ideas que serán vitales dentro de diez mil años.

—¿Mi hija? —balbució Brawne, aspirando aire—. ¿La hija mía y de Johnny?

La personalidad Keats se frotó la mejilla.

—La intersección de espíritu humano con lógica IA que Ummon y el Núcleo buscaron tanto tiempo y murieron sin comprender —explicó. Avanzó un paso—. Sólo deseo estar presente cuando ella enseñe lo que debe enseñar. Ver qué efecto surte en el mundo. Este mundo. Otros mundos.

Brawne estaba desconcertada, pero esa frase le resultaba familiar.

—¿Por qué? ¿Dónde estarás? ¿Qué ocurre?

—El Núcleo ha desaparecido —suspiró Keats—. Las esferas de datos de aquí son demasiado pequeñas para contenerme, incluso en forma reducida… excepto las de las naves de FUERZA, y no creo que me convenza ese sitio. Nunca me han gustado las órdenes.

—¿Y no hay otro sitio? —preguntó Brawne.

—La metaesfera —respondió él, mirando a sus espaldas—. Pero está llena de leones, tigres y osos. Y todavía no estoy preparado.

Brawne prefirió no hacer preguntas.

—Tengo una idea —exclamó. Se la contó.

La imagen de su amante se le acercó, la abrazó y dijo:

—*Tú* eres un milagro.

Retrocedió hacia las sombras.

Brawne agitó la cabeza.

—Sólo una mujer preñada. —Se apoyó la mano en el vientre hinchado—. Aquella Que Enseña —murmuró. Y preguntó a Keats—: Bien, tú eres el arcángel que anuncia todo esto. ¿Qué nombre le pondré?

No hubo respuesta. Ya no había nadie en las sombras.

Brawne estuvo en el puerto espacial antes del amanecer. El grupo que se despedía no estaba precisamente alegre. Al margen de la habitual tristeza de los adioses, Martin, el cónsul y Theo sufrían las consecuencias de los brindis, pues no había píldoras antirresaca en el nuevo Hyperion.

Sólo Brawne estaba de buen talante.

—El maldito ordenador de la nave se ha comportado de forma extraña toda la mañana —gruñó el cónsul.

—¿En serio? —sonrió Brawne.

El cónsul la miró con los ojos entornados.

—Le he pedido un chequeo y el muy idiota sólo me responde con versos.

—¿Versos? —preguntó Martin Silenus, enarcando la ceja de sátiro.

—Sí… escuchen… —El cónsul activó el comlog. Una voz que resultaba familiar para Brawne dijo:

¡Así, tres fantasmas, adiós! No podéis levantar
mi cabeza de su fresca sepultura de florida hierba

¡pues no me alimentaría de lisonjas,
un cordero en una farsa sensiblera!
Desvaneceos lentamente y sed de nuevo
máscaras en la urna soñadora;
¡Adiós! Aún tengo visiones para la noche,
y tenues visiones reservo para el día.
¡Volad fantasmas de mi espíritu ocioso
hacia las nubes, y no regreséis jamás!

—¿Una IA defectuosa? —preguntó Theo Lane—. Creía que su nave tenía una de las inteligencias más agudas fuera del Núcleo.

—En efecto —asintió el cónsul—. No hay ningún defecto. Hice un chequeo cognitivo y de funciones. Todo está bien. Pero me dice… ¡esto! —Señaló el comlog.

Martin Silenus miró de soslayo a Brawne Lamia y advirtió que ella sonreía.

—Bien, parece que su nave se está volviendo culta —comentó el poeta—. No se preocupe por eso. Será buena compañía durante el viaje.

En la pausa siguiente, Brawne extrajo un abultado paquete.

—Un obsequio de despedida —dijo.

El cónsul lo desenvolvió, al principio lentamente, luego con impaciencia, rasgando el papel mientras aparecía la alfombra plegada, desteñida y maltrecha. La acarició, alzó los ojos.

—¿Dónde? ¿Cómo…? —preguntó con un hilo de voz.

Brawne sonrió.

—Una refugiada nativa la encontró cerca de los Rizos de Karla. Intentaba venderla en el mercado de Jacktown cuando pasé por allí. Nadie tenía interés en comprarla.

El cónsul respiró hondo y acarició los dibujos de la alfombra voladora que había conducido a su abuelo Merin al decisivo encuentro con su abuela Siri.

—Me temo que ya no vuela —se lamentó Brawne.

—Los filamentos de vuelo necesitan recarga —explicó el cónsul —. No sé cómo agradecerle…

—No lo haga —dijo Brawne—. Es para darle buena suerte en el viaje.

El cónsul abrazó a Brawne, estrechó la mano de los demás y subió a la nave en el ascensor. Brawne y los demás se dirigieron a la terminal.

No había nubes en el cielo lapislázuli de Hyperion. El sol pintaba los distantes picos de la Cordillera de la Brida con colores profundos y prometía un día cálido.

Brawne miró hacia la Ciudad de los Poetas y el valle. Apenas se distinguía la punta de las Tumbas de Tiempo más altas. La luz resplandecía en un ala de la Esfinge.

Con poco ruido y apenas una bocanada de calor, la negra nave del cónsul despegó sobre una llama azul y se elevó al cielo.

Brawne trató de recordar los poemas que acababa de leer y los versos finales de la mejor y más larga obra inconclusa de su amado:

Embistió el brillante Hyperion,
la túnica flamígera ondeando en los talones,
y lanzó un volcánico rugido
que ahuyentó a las mansas y etéreas Horas,
cuyas alas de paloma tiritaron. Llameante acometía…

El viento cálido le arremolinaba el cabello. Brawne alzó la cara al cielo y agitó la mano, sin ocultar ni secarse las lágrimas, mientras la espléndida nave trazaba un arco al ascender al cielo con su feroz llama azul y —como un grito lejano— creaba un estruendo sónico que desgarró el aire del desierto y retumbó en los picos distantes.

Brawne lloraba desconsoladamente, saludando al cónsul, al cielo, a los amigos que nunca más vería, a una parte de su pasado y a la nave que se elevaba como una perfecta flecha de ébano disparada por el arco de un dios.

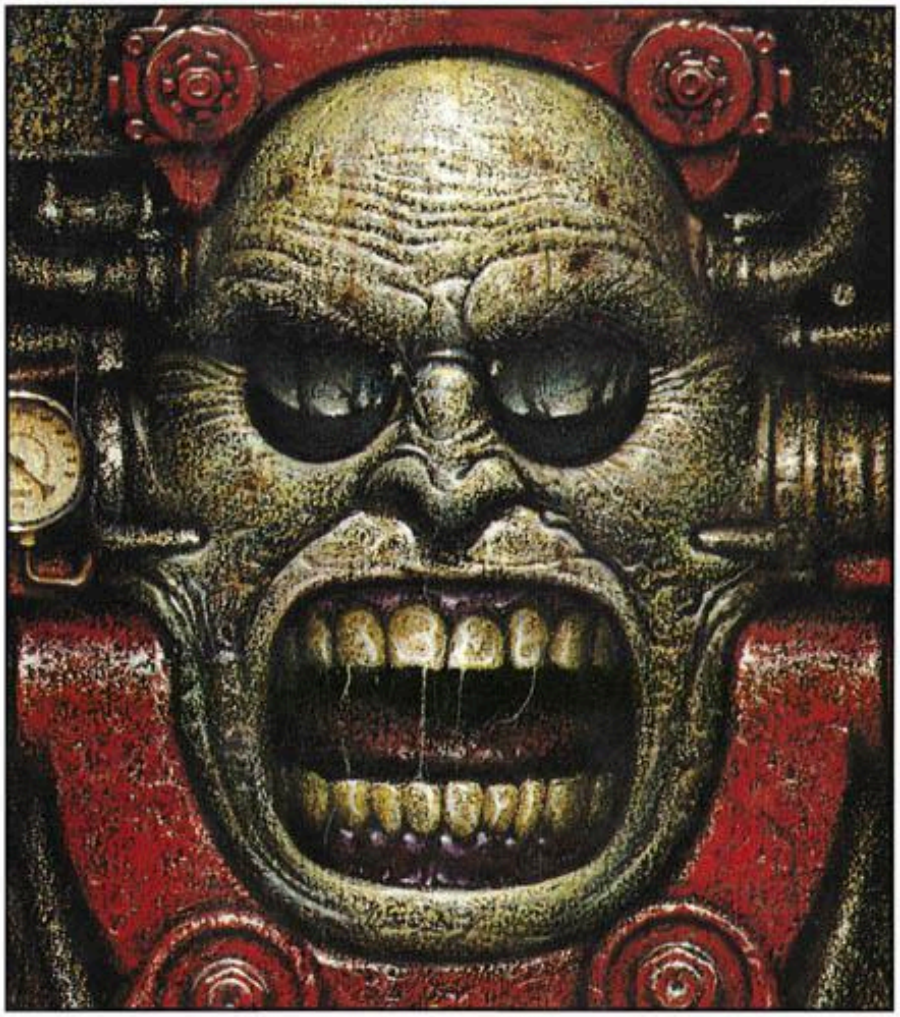
Llameante acometía…

DAN SIMMONS (4 de abril de 1948) es un escritor estadounidense. Su obra más conocida es *Hyperion* (1989), ganadora de los premios de ciencia ficción Hugo y Locus. *Hyperion* es la primera novela de la tetralogía *Los cantos de Hyperion*, completada por las obras *La caída de Hyperion, Endymion* y *El ascenso de Endymion*. Actualmente (2009) se está produciendo una película basada en las dos primera novelas con el título *Hyperion Cantos*, por parte de GK Films.

Dan Simmons suele cultivar los géneros de ciencia ficción, fantasía y terror, a veces mezclados en la misma obra. Obtuvo su titulación en Inglés en el Wabash College en 1970. En 1971 logró un master en educación en la Universidad Washington de San Luis (Missouri). Trabajó en la enseñanza durante 18 años, como profesor de literatura y redacción. También ha sido director de programas de enseñanza para jóvenes superdotados. En 1982 publicó su primera historia con la que ganó el primer concurso Rod Sterling Story Conquest de relatos cortos, y desde 1987 se dedica a escribir a tiempo completo.

Vive en Colorado con su mujer Karen, su hija Jane y su perro Fergie.

Dan Simmons



LA CAÍDA DE HYPERION

Finalista premios Hugo y Nebula
Premio Locus 1991

NOVA